La aventura humana


3

Enciclopedia de las Ciencias del Hombre

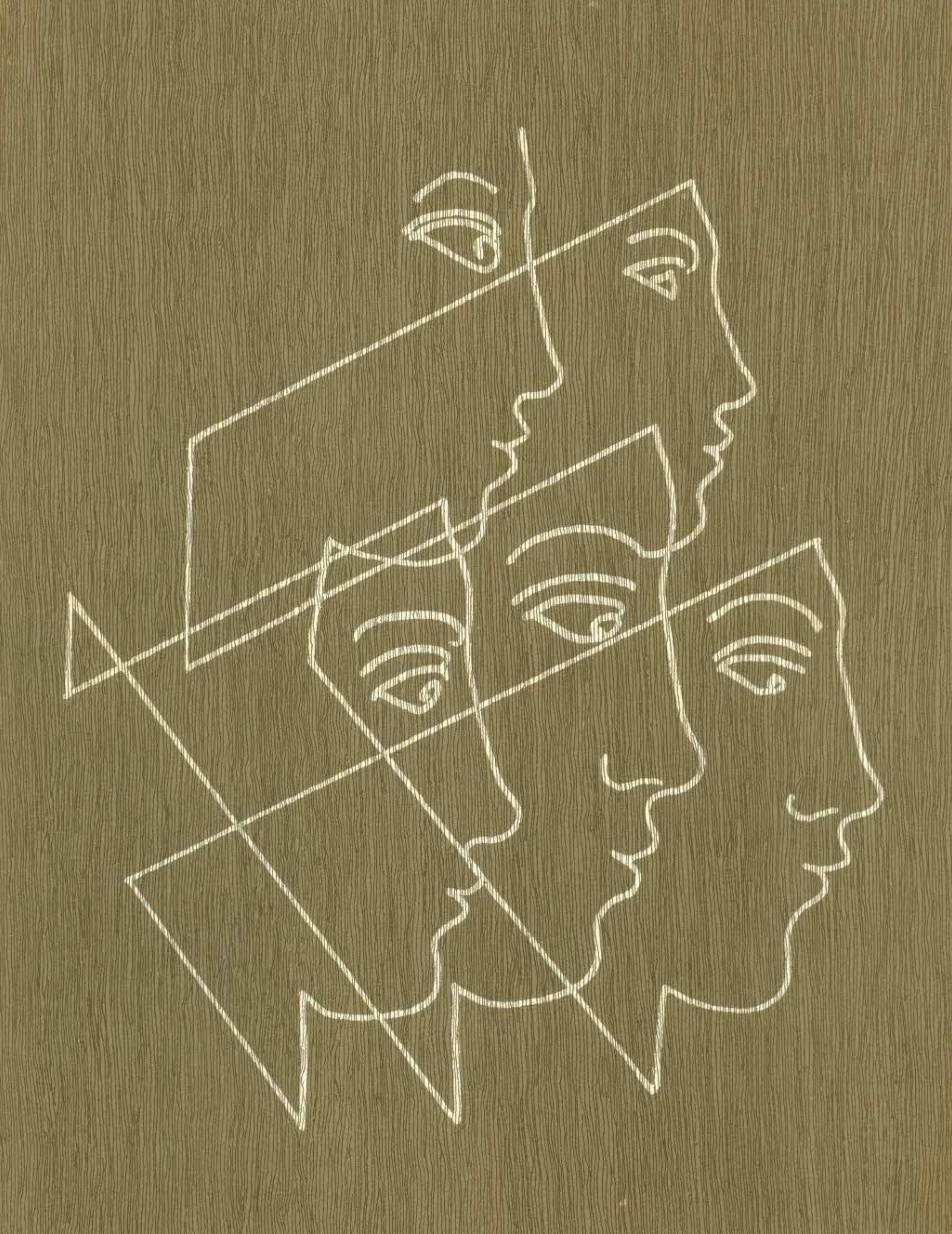
Las sociedades modernas

SALVAT




La aventura
3 humana
SALVAT

LAS SOCIEDADES MODERNAS



Los seis tomos de esta colección han sido publicados bajo la dirección de

PAUL ALEXANDRE

presentados por

PEDRO LAIN ENTRALGO
de la Universidad de Madrid

ANDRE MAUROIS
de la Academia Francesa

TIBOR MENDE
Profesor del Instituto de Estudios Políticos de París

RAYMOND ARON
Profesor de la Sorbona

JEAN PIAGET
Profesor de la Universidad de Ginebra

PIERRE AUGER
Profesor de la Sorbona

LOUIS ARMAND
De la Academia Francesa

dirección artística
HANS ERNI

comité de redacción
PAUL ALEXANDRE
PEDRO LAÍN ENTRALGO
NOËL BALLIF
OLIVIER BURGELIN
ROBERT CLOET
MAURICE GODELIER
PIERRE GRÉCO

director de fotografía
ANDRÉ J. SALESSE-LAVERGNE (M.T.A.)

secretario de redacción
DOMINIQUE LAMBILLIOTTE

documentación y compaginación
FRED GIVONE

HERACLIO FOURNIER, S. A.
Heraclio Fournier, 17. — VITORIA, 1967
PRINTED IN SPAIN

LA AVENTURA HUMANA

ENCICLOPEDIA DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE

las sociedades modernas



SALVAT EDITORES COLOMBIANA, S. A.

BOGOTA

La colaboración de T. B. Bottomore ha sido redactada originalmente en inglés; la de F. Ferrarotti, en italiano; la de R. König, en alemán; la de P. Laín Entralgo, en castellano, y las restantes en francés.

Este tercer tomo ha sido publicado bajo la dirección de OLIVER BURGELIN, jefe de estudios en el Centre d'études des Communications de masses de l'Ecole pratique des Hautes Etudes de París, con la colaboración de

RAYMOND ARON
Profesor en la Sorbona
Miembro de l'Institut

T. B. BOTTOMORE
M. Sc. (Econ.), maître de conférences en la Escuela de Ciencias económicas y políticas de Londres

FRANÇOIS BOURRICAUD
Profesor de sociología en la Facultad de Letras y Ciencias humanas de Burdeos

JEAN-LOUIS BOUTILLIER
Doctor en Ciencias económicas, chargé de recherches en l'Office de la Recherche scientifique et technique Outre-mer de París

MICHEL CROZIER
Maître de recherches en el Centre national de la Recherche scientifique de París, Doctor en Letras

FRANCO FERRAROTTI
Profesor de sociología y director del Instituto de sociología en la Universidad de Roma

RENE GOUELLAIN
Sociólogo, chargé de recherches en l'Office de la Recherche scientifique et technique Outre-mer de París

RENE KÖNIG
Doctor en Filosofía, profesor y director del Instituto de Investigaciones sociológicas en la Universidad de Colonia

PEDRO LAIN ENTRALGO
Profesor de la Universidad de Madrid y miembro de la Academia Española

GEORGES LAPASSADE
Agregado de la Universidad, profesor en la Facultad de Letras de la Universidad de Túnez

JACQUES LAUTMAN
Agregado de la Universidad, attaché de recherches en el Centre national de la Recherche scientifique (sociología) de París

SERGE MALLET
Jefe de estudios en la Ecole pratique des Hautes Etudes de París

HENRI MENDRAS
Maître de recherches en el Centre national de la Recherche scientifique y profesor en el Instituto de Estudios Políticos de París

CHARLES PARAIN
Agregado de la Universidad, vicepresidente de la Sociedad francesa de Etnografía de París

RENAUD SAINSAULIEU
Attaché de recherches en el Centre national de la Recherche scientifique (sociología) de París

JACQUES SELOSSE
Chargé de recherches en el Centre national de la Recherche scientifique de París



índice de materias

Las leyendas que encabezan los capítulos, así como la introducción a las distintas partes, el prólogo y «Persona y sociedad», expresan el pensamiento del comité de redacción, al margen de la responsabilidad de los autores.

La ilustración de este volumen ha sido realizada por la Oficina de estudios y aplicaciones de métodos y técnicas audiovisuales (M.T.A.), con excepción de las fotografías en cuyo epígrafe se hace una mención distinta o lleva un asterisco. En lo que concierne a estas últimas, los editores desean expresar su agradecimiento a los museos y coleccionistas cuya gentileza les ha permitido reproducir las obras de arte siguientes: *Kybernetes* de Hans Erni (pág. 7): Museo de arte moderno de la ciudad de París (foto MTA): *La ciudad de París* de Robert Delaunay (fragmento, página 36): Museo nacional de arte moderno (archivo fotográfico de los Museos nacionales de Francia): *Desnudo rosa* de Henri Matisse (pág. 45): Museo de Baltimore (foto André Held, Lausanne); *Los constructores* de Fernand Léger (pág. 57): colección Sonia Henje, Oslo (foto André Held, Lausanne); *Fresco* de Hans Erni (fragmento, págs. 70 y 71): foto Laboratorios Ciba, Basilea: *Burócrata medio atmosfericocéfalo en actitud de ordeñar la leche de un harpa craneana* de Salvador Dalí (pág. 86): colección de los señores A. Reynold Morse, Cleveland (foto Robert Descharnes): *El osario* de Pablo Picasso (págs. 108 y 109): colección Walter P. Chrysler, junior, Nueva York (foto André Held, Lausanne); *Carteles en Deauville* de Raoul Dufy (pág. 118): Museo nacional de arte moderno, París (archivo fotográfico de los Museos nacionales de Francia); *Canyon* de Rauschenberg (pág. 119): Galería Sonnabend, París; *Metamecánica* de Tinguely (pág. 124): foto Pierre-Luc Magnin, Ginebra; *Encima de la tierra* de Souzdaltsev (pág. 143): foto APN, Moscú; *Composición roja, amarilla, gris, azul* de Piet Mondrian (pág. 171): Kunstmuseum de Basilea, colección Hoffman (foto P. L. Magnin); *Ekoï*, estatuilla camerunesa (pág. 186): Galería J. Kerchache, París (foto MTA); *Frieze* de Jakson Pollock (págs. 206 y 207): colección Mrs. Burton Tremaine (foto Rudolph Burckardt).

EN este tercer tomo de la «Aventura humana» abordamos el estudio de las sociedades modernas: de la organización del planeta pasamos a la de los conjuntos humanos; tras el aspecto geográfico y económico consideramos el sociológico. ¿En qué consiste este nuevo enfoque?

El propósito de la sociología radica en descubrir las estructuras características de los diversos tipos de sociedades que forman la trama de la historia; más aún, a través de las imágenes difícilmente reconstruidas del funcionamiento de una sociedad en diversos momentos históricos, pretende descubrir algún encadenamiento lógico y cierta necesidad de evolucionar, que representan las propiedades fundamentales de un sistema social. De este modo, como cualquier otra ciencia, la sociología acaba por descubrir nuevas «leyes».

Para lograr esto veremos cómo la sociología pierde deliberadamente de vista a los individuos y sus opiniones acerca del funcionamiento social; la sociología rechaza la «conciencia» social, ya que la experiencia demuestra que lo consciente no se adapta absolutamente a lo real sino que a menudo lo contradice. Precisamente más allá de la conciencia la sociología descubre situaciones y relaciones entre los individuos. Los individuos que componen un grupo social ejercen diversas actividades económicas, familiares, políticas y culturales, y de este modo mantienen una serie de relaciones sociales, asumen una serie de *roles* que están en función de ciertas reglas, se integran en unas categorías, ya que todo individuo — quiéralo o no — pertenece a la misma categoría que los que desempeñan su misma función. Analizando las situaciones, relaciones y *roles,* la sociología descubre una estructura social que parece organizar desde el exterior la conducta de los individuos y conferirles coherencia y sentido; en resumen, descubre leyes que no dependen de los individuos, pero que los condicionan. En rigor podría decirse que el individuo parece reducido a un elemento intercambiable en el seno de una serie, a una variable permutable en una relación social que aparece como constante.

No obstante, la sociología no puede limitarse a este primer paso que pudiéramos calificar de «macroscópico». Más adelante veremos cuáles son las razones que aconsejan estudiar las relaciones sociales a nivel más restringido, volver a un análisis «microscópico», y ver que los hechos sociales no existen en sí mismos sino

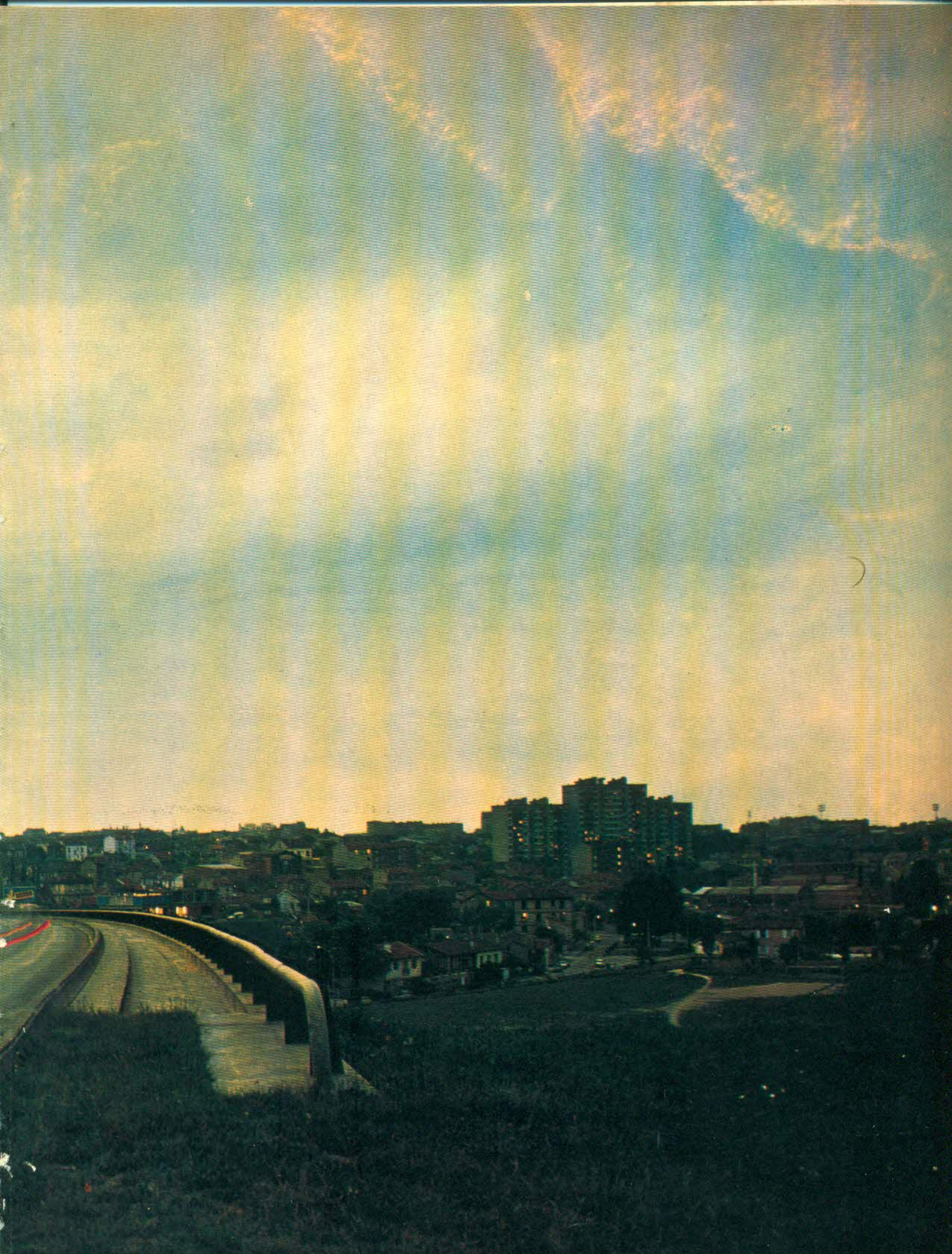
que son «obra» de individuos cuya conciencia es uno de los móviles de esta acción. Además, estos mismos hechos sociales no constituyen un mundo indiferente y mudo, sino un conjunto en movimiento, significativo y contradictorio: los hechos sociales son discutidos, aceptados, rechazados, interpretados, «valorados» por los individuos.

Por lo tanto, este estudio de las sociedades modernas se hará a dos niveles diferentes; primero intentaremos ver en qué medida pueden deducirse reglas generales comunes a todas las culturas modernas; luego, conscientes de la necesidad de volver a la singularidad de los individuos, examinaremos los pequeños grupos e intentaremos, definiendo las nociones de *rol, status* social y grupo de referencia, hacer comprensible la forma en que el individuo vive y valoriza las estructuras sociales. Este estudio nos orientará lógicamente hacia lo que será el tema del volumen siguiente, la psicología social, cuyas relaciones con la sociología se pondrán de relieve en la conclusión del presente tomo.

Trataremos solamente de las sociedades industriales, occidentales en su mayoría, a las que se ha consagrado casi por entero la sociología, dada la riqueza de material de estudio y de experiencias que ofrecen y su mayor y creciente importancia en el acaecer histórico de la humanidad. No obstante, se hacen numerosas alusiones a la supervivencia de estructuras sociales más antiguas y se dedica un capítulo a las sociedades del tercer mundo, indudablemente en vías de desarrollo, pero aún bajo el influjo de la organización tribal, aun cuando hasta el tomo siguiente no se pondrá de relieve la importancia fundamental del comportamiento de los grupos sociales primitivos.

Veremos que, si bien la sociología ha hecho mucho, le queda mucho más por hacer, cosa que no debe sorprendernos. Las dificultades de la sociología son las comunes a todas las ciencias que deben explicar sin contradicción la contradictoria unidad de un todo orgánico y de sus partes. La sociología está lejos de haberlas superado, pero el aspecto problemático de este estudio de las sociedades modernas concuerda muy bien con la finalidad que nos hemos propuesto: plantear problemas más que resolverlos.





PEDRO LAÍN ENTRALGO

persona y sociedad

DESPUÉS de la «Introducción» de R. Aron y de la «Conclusión» de O. Burgelin, parece más que superflua cualquier visión de conjunto sobre el contenido de este volumen. Al volver la última de sus páginas, el lector habrá adquirido una idea muy cabal y documentada de lo que hoy es la sociedad en los países que solemos llamar «desarrollados» y de lo que acerca de ella piensan los especialistas en el conocimiento de la realidad social. Más aún: sabrá con suficiente precisión cómo ha ido constituyéndose esta vigorosa disciplina científica a que damos el nombre de «Sociología» (T. R. Bottomore, R. König) y cuáles son los principales problemas que desde dentro de ella la vivifican y agitan. Pero acaso sea conveniente añadir a todo lo dicho dos cosas: la sumarísima mención de algunas importantes contribuciones españolas al conocimiento de la sociedad y una rápida respuesta a tres graves interrogaciones que R. Aron formula en su brillante artículo introductorio.

El lector debe recordar — o acaso aprender — que a lo largo de los últimos decenios, varios autores españoles han enriquecido con ideas originales y valiosas la teoría de la sociedad. Ante todo, Ortega, con *La rebelión de las masas*, libro más citado que comprendido, y con *El hombre y la gente*, torso de una personalísima introducción a la sociología general. Y luego J. Marías *(La estructura social)* y los malogrados E. Gómez Arboleya *(Historia de la estructura y del pensamiento social)* y S. Lissarrague *(Bosquejo de teoría social)*. El examen atento de estos libros permitirá mejorar tanto histórica como filosóficamente la abundante y bien seleccionada información sociológica que ofrece el presente volumen.

Vengamos ahora a las interrogaciones de R. Aron. La primera plantea punzantemente el problema de la relación entre la persona individual y la sociedad, y dice así: *¿Hasta qué punto el individuo se confunde con su «rol»?*

El artículo de Fr. Ferrarotti nos ha enseñado con toda exactitud lo que la sociología actual, desde G. Mead, entiende por «rol» [1]. Pues bien, R. Aron se pregunta si la vida en sociedad — lo que cada hombre hace en ella — agota o no las posibilidades de nuestro ser; si la actual sociedad deja ser al individuo humano otra cosa que *homo socialis*. Pregunta que tiene una razón de ser permanente, porque la sociedad siempre ha sido obligante para el individuo (Durkheim nos enseñó a verlo), y un motivo circunstancial, porque en nuestro tiempo las instancias sociales han llegado a ser más copiosas e intensas que nunca. El hombre realiza su vida propia como agente, actor y autor de sí mismo (Zubiri). Es agente de sí mismo, como ejecutor de los actos vitales que constituyen su biografía, digerir, viajar, escribir o pensar. Es actor de sí mismo, porque esa ejecución acontece en un mundo, y dentro del mundo se ve él obligado a desempeñar tales o cuales «papeles» o «roles». Es, en fin, autor de sí mismo, en cuanto inventor original de su propia existencia. Todo hombre, hasta el más vulgar, debe actuar como «novelista de sí mismo», escribieron Unamuno y Ortega. Así planteado el problema, la pregunta es: en una sociedad tan exigente como la actual para lo que cada uno de sus miembros tiene de agente y de actor, ¿hasta qué punto puede el hombre ser autor de sí mismo?

(1) Creo que esta palabra se ha hecho ya insustituible. En un primer momento podría tal vez haberse optado por «papel», en el sentido teatral del término. En cuanto «actores» en la sociedad a que pertenecemos, desempeñamos en ella una serie de «papeles»: el de padre de familia, el de ingeniero, el de miembro de un club, etc. Parece, sin embargo, que el uso ha impuesto definitivamente, y en cuanto tecnicismo, el término «rol».

Algo puede y debe responderse de manera inmediata. Puede y debe decirse, en efecto, que el individuo se confundirá tanto más con su rol, cuanto más honda y sinceramente crea en la importancia de lo que con él hace y cuanto más finamente se ajuste su vocación personal a ese quehacer. Si un barrendero y padre de familia cree de veras que esa doble función suya es importante para su país y para el buen orden del universo, se sentirá satisfactoriamente realizado en ella. Si un profesor tiene verdadera vocación de docente, vivirá gustosa y entregadamente su actividad social como tal profesor. Y si se aúnan uno y otro motivo, la atribución de importancia objetiva a lo que se hace y la vocación personal para hacerlo, el ajuste del individuo al rol será punto menos que perfecto.

Pero lo cierto es que tal ajuste es y no puede no ser defectuoso y conflictivo. Varias razones conspiran a ello:

1.ª La infrecuencia social de los dos motivos antes señalados y la rareza todavía mayor con que uno y otro concurren en cada caso particular. No parece frecuente que un barrendero conceda importancia a su función social, aunque la cumpla sin mayores amarguras o resentimientos, y menos aún que una «vocación de barrendero» existiera o haya surgido en su alma. Sobre todo, si el ejercicio de esa profesión impide — como suele — salir de la estrechez.

2.ª La competición, muchas veces conflictiva, entre los distintos roles que una misma persona ha de desempeñar. Un individuo es a la vez político, empresario y padre de familia. ¿Podrá serlo sin que esas actividades choquen operativa y psicológicamente entre sí? Y ese inevitable choque — en el caso más leve, la carencia de tiempo suficiente para «hacerlo todo» — ¿acontecerá sin que la persona en cuestión se vea obligada a reflexionar sobre su deficiente condición de autor de sí mismo?

3.ª La competición, conflictiva siempre, entre cada uno de los roles que un individuo ha de cumplir y los que junto a él — o acaso frente a él — cumplen los restantes individuos del mismo grupo. La vida social es obligación (Durkheim), imitación (Tarde) y, más ampliamente, relación interindividual (Simmel, von Wiese); pero también, dentro de ese contexto, rivalidad. El «juego» social — el hecho de que el individuo tenga que «jugar su papel» en la sociedad — es a la vez, como enseña el certero análisis de G. Mead, *play* (juego-diversión: el hombre di-vierte su existencia a través de los varios canales en que ésta se realiza) y *game* (juego-competición: el hombre compite con los que socialmente hacen lo mismo que él); y esta competición le hace descubrir de manera simultánea el «otro social» (los otros hombres, en tanto que socialmente «otros») y el «uno mismo trans-social» (la propia persona, en tanto que titular de posibilidades insuficiente e insatisfactoriamente realizadas para ella en la sociedad).

4. La necesidad que el hombre tiene de imaginar, en el seno de su intimidad más propia, modos de ser personales que rebasan los límites de los diversos roles que socialmente ha de cumplir. Además de ser agente, actor y autor de sí mismo, el individuo humano es siempre soñador de sí mismo, aunque la apariencia pragmatista y tosca de su vida parezca excluir en tantas ocasiones la licitud de este último epíteto. El banquero que sueña con ser escritor, político de masas u *homme-à-femmes* de éxito y la mecanógrafa que se imagina a sí misma como estrella de la canción o del cinema son, entre tantos ejemplos posibles, individuos muy alejados de confundirse con su rol respectivo.

El bien documentado artículo de J. Selosse muestra con patética evidencia las consecuencias — suicidio, enfermedad mental, evasión, desorden familiar — a que en la sociedad actual suele conducir el desajuste entre los roles y las personas. Hay ciertamente una parte de la sociedad en la cual, sin mengua de esta esencial necesidad de ensueño del individuo humano y sin detrimento de las otras razones que acabo de aducir, concuerdan más o menos satisfactoriamente el rol y la persona; pero no parece ilícito ni pesimista afirmar que en todas las formas de la sociedad actual, hállense a uno u otro lado del telón de acero, es considerablemente mayor el número de los insatisfechos que el de los satisfechos. En la mayor parte de los casos, por razones de orden económico. En los casos restantes, por razones de carácter político (deficiente solidaridad con la vida histórica que ocasionalmente hace el grupo de que uno es parte) o vocacional (discordancia entre vocación, aptitud real y rol efectivo). ¿Qué puede, qué debe hacerse para que sea más ampliamente satisfactoria la conexión entre el «ente social» y la «persona»? ¿Cómo puede mejorar la armonía entre la inexorable obligación de la vida social (la *contrainte* de los análisis sociológicos de Durkheim) y la insoslayable libertad de los individuos sometidos a ella? He aquí uno de los más graves problemas de nuestro mundo: un mundo cuyos dos polos sociales van siendo la aventura del viaje cósmico y la rutina impersonal del hormiguero.

La segunda de las interrogaciones de R. Aron reza así: *La cultura de masas, ¿es una cultura de decadencia?*

Los artículos de O. Burgelin y Fr. Bourricaud presentan de manera tan autorizada como sugestiva la realidad de la «sociedad de masas» y la forma y el contenido de la cultura — la «cultura de masas» — que más característicamente corresponde a ella. En rigor, todos, cualesquiera que sean nuestro nivel intelectual y nuestras exigencias vitales, nos hallamos sometidos a la niveladora influencia de esa cultura: el cine, la televisión, la publicidad, el fútbol, las canciones de moda y los prestigios vigentes en torno a nosotros nos determinan — con nuestra irritación, a veces — en mayor o menor medida. Exquisitos o vulgares, egregios o adocenados, todos, poco o mucho, pertenecemos a la masa. Y esta pertenencia ¿puede ser, desde el punto de vista de la cultura, otra cosa que una degradación?

Los dos rasgos más acusados y acaso más definitorios de la actual sociedad de masas son la seguridad social y la nive-

lación. A medida que se intensifica el «desarrollo» de la sociedad a que pertenece, va viviendo el hombre más seguro —empleo, vivienda, vejez, enfermedad, etc.— y va nivelándose la condición y la formación de los individuos. El adocenamiento, la conversión del hombre en hormiga de una ciudad y un Estado, ¿será, en tal caso, consecuencia necesaria del logro de la seguridad social?

Así lo han pensado —y temido— no pocos hombres egregios. He aquí, entre otros posibles, un texto de Gregorio Marañón: «El progreso humano —cuando llegue a ser general el bienestar físico y moral que ahora sólo disfrutan unos cuantos— será la obra consciente de todos, no el producto de la adivinación de nadie. El genio de los hombres excepcionales, como las fortunas enormes de los millonarios, se ha amasado siempre con el dolor de los demás, y la justicia futura hará que desaparezcan. Nosotros lo vemos claro y lo deseamos para nuestros hijos; pero no sentiremos morirnos antes de verlo.» La seguridad y el bienestar generales harán desaparecer el genio.

¿Va a ser esto así? Es verdad que siempre ha habido, aunque con forma y medios diferentes de los actuales, una cultura de masas. W. Jaeger nos ha hecho ver que ciertos escritos del *Corpus Hippocraticum* se hallaban destinados a la formación intelectual del griego medio; constituían, por tanto, un «saber de masas». No desempeñaron otro papel, en la Edad Media francesa, las representaciones teatrales en el *parvis de Notre-Dame;* y, como R. Aron apunta, tal fue en Francia la función de las *images d'Epinal* a lo largo del siglo XIX. Pero lo cierto es que nunca la cultura de masas ha tenido la extensión y la fuerza que hoy tiene en el mundo entero.

El problema consiste en saber si sobre este nuevo nivel y dentro de este marco va a ser posible, como hasta ahora, la aparición del genio. Los últimos decenios del siglo pasado y primera mitad del nuestro han alumbrado —para no citar más que a unos pocos— a Einstein, Freud, Rilke, Husserl, Picasso, Proust, Strawinsky, Chaplin, Le Corbusier. ¿Será capaz de otro tanto la segunda mitad del siglo XX? Es preciso confesar que durante los diecisiete años que de ella van transcurridos no parece posible mencionar un elenco semejante; pero acaso ahora la genialidad individual vaya siendo sustituida por la inédita genialidad del equipo; y, por otra parte, acaso la respuesta del individuo genial a la exigencia y el desafío del medio esté adquiriendo, muy poco a poco, modos y contenidos diferentes de los que antaño tuvo. En cualquier caso, no parece una forzosidad admitir sin más premisa que la actual cultura de masas sea una cultura de decadencia.

R. Aron se pregunta en tercer lugar: *El hombre de la organización ¿es tan sólo un prisionero de ella?*

El tema de la organización ha sido ampliamente tratado por sociólogos y ensayistas durante los últimos lustros. Los artículos de M. Crozier, S. Mallet y J. Lautman han concedido al lector información más que suficiente acerca de él. Nuestro problema, por tanto, no consiste en exponer lo que la organización sea como institución socio-económica, sino en discernir en qué medida está apresada por ella la existencia cotidiana del hombre que vive a su servicio: el *organization-man* o *white collar,* para usar dos denominaciones anglosajonas que han conseguido vigencia universal. O, más precisamente, en precisar las condiciones por las cuales ese hombre puede dejar de ser un «prisionero».

¿Cómo no recordar, a este respecto, la última escena de *Tiempos modernos,* la famosa película de Chaplin? Después de haber sido esclavo de una organización industrial —la elaboración de piezas mecánicas en serie—, Charlot decide conquistar su propia libertad y se pierde, aislado y pobre, en la ancha soledad del campo. Pero esta solución, por lo demás tan bella y conmovedora, ¿no procede acaso de un planteamiento puramente romántico y bohemio del problema de la organización?

Más que una condena de la cual es posible evadirse, la organización, con su indudable e impersonal dureza —«la sociedad, esa gran desalmada», ha escrito Ortega—, es un desafío con el cual es preciso contar. Y para que en él acabe triunfando la persona, son necesarias, a mi juicio, las cuatro siguientes condiciones:

1.ª Una retribución justa y decorosa —por tanto, progresiva— del «hombre de la organización». Déjeseme citar la frase nada técnica de un burgués agudo y levemente cínico, el dramaturgo Benavente: «El dinero no da la felicidad; pero es lo único que nos compensa de no tenerla.»

2.ª Un clima ético, si se me permite esta expresión, capaz de añadir alguna confianza —y por tanto alguna vinculación personal— a la ineludible relación contractual entre el empleado y la empresa. Sólo por obra de esa confianza podrá pasar el individuo de ser mero «empleado» a ser cabal «persona»; sólo en su virtud llegará a ser sonrisa personal en el rostro del funcionario la indiferencia mecánica que ese rostro muestra en ciertos medios y la sonrisa táctica —mecánica también, a la postre— que ostenta en otros.

3.ª Una planificación del trabajo que permita el ocio. «Vivimos negociosos —esto es, trabajamos— por causa del ocio», escribió Aristóteles. Por abismal que sea la diferencia entre la sociedad industrial moderna y la *polis* griega, nuestro mundo ha descubierto de nuevo la profunda verdad de esa sentencia aristotélica. La automación del trabajo parece ser la vía regia para que tan viejas palabras alcancen hoy nuevo sentido.

4.ª Una educación y un ambiente que permitan al hombre-masa descubrir el sentido perfectivo del ocio. La reducción de éste a los binomios «descanso y tedio», «descanso y aturdimiento» o «descanso y embriaguez» —tan frecuentes, por desdicha, en la actual sociedad de masas— puede ser gravemente perturbadora de la vida personal. El hombre de

la organización debe aprender el cultivo del ocio; y tal cultivo sólo será recto cuando el trabajador sepa estimar gozosamente en él la obra de su propio trabajo y cuando, a través del pensamiento y el arte, el alma del transitorio ocioso sea capaz de volar hacia los niveles de la existencia que en su medio se consideren «superiores».

Vivir en sociedad es a la vez un «encontrarse en» y un «encontrarse con». Cuando, pasada la adolescencia, comienza el hombre a hacer su vida personal, se encuentra situado en el grupo humano — familia, clase, profesión, etc. — a que, casi siempre sin una decisión vocacional, le han llevado su nacimiento, su educación y los requerimientos de su ambiente. El grupo social empieza siendo una morada a la cual uno llega sin saber muy bien cómo ni por qué. Pero el «en» de la existencia social es al mismo tiempo «con». Viviendo en sociedad, el hombre, en efecto, se encuentra con los restantes miembros de su grupo y consigo mismo, con la singular persona que dentro de ese grupo él ha venido a ser. Triple fuente de conflictos, porque a cualquier hombre pueden contrariarle el grupo social en que ha venido a encontrarse (por razones de carácter económico, vocacional o histórico), las personas que constituyen ese grupo (caso del individuo que, trabajando vocacionalmente, choca con sus compañeros de trabajo) y la figura que, bajo la presión del medio, ha tenido que adoptar su propia persona (el médico por vocación al que molesta verse obligado a ser «médico del Seguro»).

Frente a esta realidad, tan vicioso parece ser el optimismo utópico de los que sueñan una vida social sin conflictos, como el pesimismo radical de quienes ven esa vida como una condenación degradante. El utopista comunitario desconoce la índole de la intimidad humana; el eremita antisocial olvida, por su parte, que hasta para ser antisocial hace falta la sociedad. Tratar con los hombres es condición necesaria para ser plenamente hombre, pero no es y no puede ser condición suficiente. Con otras palabras: la relación social es y será siempre conflictiva, pero el conflicto puede no ser catastrófico; más aún, puede llegar a ser fecundo, si la sociedad acierta a convertirlo en estímulo. El camino real de la historia debe pasar, en suma, entre la utopía de la comunidad y la utopía de la soledad.

¿Será éste el camino futuro de la actual sociedad de masas? Tal vez sí. En todo caso, ese camino es el que ven como posible y deseable los sociólogos que después de haber sido descriptores de la realidad social aspiran a ser terapeutas de la misma. Esto es: aquéllos para los cuales la política debe comenzar siendo, como hace casi un siglo decía el patólogo Rudolf Virchow, «medicina en gran escala», atención cuidadosa y eficaz a las dolencias del cuerpo social.

La lechuza de Minerva alza su vuelo en el crepúsculo. «Una sociedad histórica sólo se conoce retrospectivamente cuando ha desaparecido en el pasado y ha sido sustituida por otra.» Esta afirmación de Hegel podría servir de presentación a este volumen dedicado a las sociedades modernas, pues en la medida en que las sociedades son nuestro presente sólo pueden conocerse imperfectamente, cualesquiera que sean los progresos alcanzados por las ciencias sociales y, en particular, por la sociología y la psicosociología, disciplinas ambas que profesan los colaboradores de esta enciclopedia.

La dificultad de comprender plenamente las sociedades modernas es tanto mayor en cuanto que ellas mismas se plantean en función de su futuro. Las sociedades del pasado eran y querían ser lo que eran; no se reconocían como el objeto de una ciencia positiva, pero ostentaban una representación del orden y de los valores que les eran propios. Las sociedades modernas, animadas por el espíritu científico, intentan descubrir el secreto de sus conflictos y de su solidaridad aplicando los métodos más rigurosos, pero a la vez se interrogan incesantemente acerca de lo que serán. El hombre es el porvenir del hombre, ha escrito Jean-Paul Sartre. Los comunistas integran su acción en una visión global del acaecer humano e incluso cósmico. Edifican el socialismo y así la sociedad soviética actual sólo alcanza su significado por referencia al socialismo del futuro. En Occidente se multiplican las investigaciones sobre previsión y prospectiva, como si los regímenes democráticos y liberales quisieran oponer a la filosofía marxista de la historia —anticipación ideológica y milenaria— una filosofía más modesta, pero igualmente animada de un espíritu prometeico.

Probablemente las sociedades modernas son las primeras en desvalorizar el pasado en beneficio del futuro, en negar el valor de la tradición en sí misma; las primeras en considerar el cambio y no la estabilidad como conforme a la naturaleza, y al acaecer y no el ser como concepto supremo. Pero, si los sabios conciben su ciencia como una historia con múltiples actos y los economistas consideran normal el incremento anual de la renta nacional, ni los sabios saben hacia dónde les llevan unos conocimientos cada vez más extensos y precisos, ni los economistas pueden decir qué harán los hombres de los recursos que aumentan con el progreso de la productividad y del trabajo. En resumen, las sociedades modernas se caracterizan principalmente por el desarrollo de la ciencia, de la técnica y de la producción, desarrollo que se supone tendrá una continuidad y prolongación indefinidas (salvo imprevisible catástrofe), sin que esta característica implique que todas las sociedades modernas tengan el mismo régimen social, político o intelectual. Se descubre aquí una de las mayores dificultades con que tropezaron los redactores de esta obra y que, cada cual a su modo, han intentado superar. Todas las sociedades llamadas modernas presentan, en la medida que lo son, unas semejanzas, pero están muy lejos de ser idénticas. Por lo tanto, había que escoger entre dos métodos: o bien elaborar una tipología de las sociedades modernas y comparar los diferentes tipos que presentan, o bien partir de la hipótesis de que hay una esencia general o un modelo común para todas las sociedades modernas e indicar solamente de paso las variaciones respecto de este modelo, según los regímenes.

Se ha optado por el segundo término de esta alternativa y, en consecuencia, el libro trata ante todo de las sociedades modernas de tipo occidental, evocando de vez en cuando a las de tipo soviético, bien para recordar que tienen los mismos problemas e instituciones (por ejemplo, en lo que respecta a la industrialización de la agricultura), bien para subrayar su resistencia a determinados aspectos de las socie-

las sociedades modernas

dades occidentales (por ejemplo, en lo relativo a la cultura de las masas).

La solución adoptada era quizá la única posible e interesa señalar los límites de su validez científica. La idea de que las sociedades soviéticas y occidentales son, en último análisis, más parecidas que diferentes y la hipótesis de un progresivo acercamiento entre ambas, están de moda en Occidente, pero no ocurre lo mismo en la Unión Soviética, donde los teóricos oficiales rechazan hoy la coexistencia ideológica con la misma energía que ayer. En el propio Occidente se aceptan dichas ideas e hipótesis con despreocupada ligereza, igual, que, irreflexivamente, se rechazaban hace diez años.

Lo que es cierto e incontestable es que las sociedades soviéticas y las occidentales son modernas, es decir, marcadas por rasgos comunes como son la industrialización, el incremento regular de la renta nacional, la urbanización, el progreso científico y técnico, la integración del individuo en el trabajo a través de vastas organizaciones, la racionalización de las actividades y la especificación de los roles. *Estos rasgos comunes son bastante numerosos e importantes como para permitirnos hablar de la* sociedad moderna *(en singular) o de la sociedad industrial (o, si se prefiere, de la* civilización industrial*), pero de ello no se deduce que las diferencias entre los regímenes sean secundarias, pues en realidad tienen un alcance humano al lado del cual las oposiciones nacionales de antaño parecen irrisorias. Cierto que las posturas ideológicas acentúan o transfiguran los conflictos de regímenes, pero esto no significa que los conflictos sean insignificantes.*

Desde el momento en que decidieron hacer caso omiso de los regímenes, insistiendo en los rasgos comunes, los autores hubieron de buscar una vía intermedia entre la abstracción con pretensión universal y la descripción concreta; en otras palabras, o bien el sociólogo se interesaba por las generalidades, buscando fenómenos o instituciones inseparables del modernismo, o bien, preocupado por acercarse a la realidad, describía menos las *sociedades modernas que* una *sociedad moderna. Aún así, cada autor se ha comprometido más o menos en una dirección u otra; en la primera se orienta, por ejemplo, el autor del capítulo dedicado al trabajo agrícola y en la segunda, el del capítulo dedicado al trabajo industrial.*

En cualquier caso, la opción se justifica por serios argumentos. La tendencia a industrializar el trabajo agrícola es universal y, a menos de elaborar una tipología de los diferentes regímenes de propiedad y explotación, que hubiera sido compleja, resultaba más fácil y no menos lícito dibujar a grandes rasgos una transformación visible en todos los países en vías de modernización. Por el contrario, si la organización técnica y burocrática del trabajo industrial ofrece sorprendentes similitudes en todos los países, incluso a ambos lados del telón de acero, los movimientos sindicalistas han sido y siguen siendo distintos en sus aspiraciones y acciones en cada país, incluso en Occidente, por no hablar de la radical heterogeneidad de los sindicatos libres occidentales con respecto a los sindicatos estatales del mundo soviético. Las interpretaciones de Serge Mallet son, efectivamente, el resultado de sus estudios sobre los sindicatos franceses y no resultan válidas para todos los movimientos sindicalistas occidentales. No es seguro que se pueda discernir una orientación única de las organizaciones obreras de las sociedades industriales.

Lo que se aplica al sindicalismo, se aplica con mayor motivo a las instituciones. El capítulo de François Bourricaud

ilustra brillantemente la eterna antinomia entre el consenso y los conflictos, tal como se impone a las sociedades industriales. Así como la expresión de sociedad industrial señala un retorno a los fundadores, Auguste Comte y Spencer, la búsqueda de un acuerdo entre los ciudadanos, por encima de las inevitables rivalidades de interés o divergencias de opinión entre individuos y grupos, estaba igualmente en la raíz del pensamiento de Comte. El creador de la «religión de la humanidad» tenía la ambición de restaurar la unidad espiritual, rota por la coexistencia de dos formas incompatibles del pensamiento: el pensamiento teológico o metafísico por una parte y el pensamiento positivista por la otra.

La sociología convertida en auténticamente positiva, es decir, muy alejada de la sociología positivista, no discute en abstracto las condiciones en que podría reconstituirse la unidad espiritual; estudia los mecanismos por los que se establece un mínimo de consenso entre los grupos de interés y las circunstancias en que, a falta de ese mínimo, se descompone un régimen o se desencadena una revolución violenta. La universalidad del problema permite a François Bourricaud titular su capítulo: Las instituciones de la sociedad industrial; *a pesar de ello, no incluye en él a los regímenes soviéticos y deja vislumbrar la diversidad de soluciones, desigualmente imperfectas, dadas a un problema universal.*

Los autores de estos estudios consagrados a las sociedades modernas son sociólogos o psicosociólogos. Ahora bien, la sociología, tal como escriben nuestros dos colegas extranjeros, T. B. Bottomore y René König, precisamente por ser cada vez más una ciencia positiva y particular, no abarca el todo de estas sociedades y, en su estado actual, se presta mal a una síntesis totalizadora. Economistas, juristas, políticos e incluso historiadores y etnólogos, también tendrían bastante que decir. Los especialistas de cada una de estas disciplinas podrían aportar su contribución a una teoría de las sociedades modernas.

La economía, primera y más desarrollada de las ciencias sociales, en función de la cual la sociología se define por complementariedad y por oposición, pondría al descubierto los sutiles mecanismos que establecen un acuerdo, siempre aproximativo, entre la demanda de millones de consumidores y la oferta de millones de mercancías, de decenas de miles de objetos distintos (y hasta los dirigentes soviéticos han renunciado hace tiempo a extender la planificación administrativa a todos los objetos, y se limitan, con lo que la tarea ya es inmensa, a algunos millares de los más importantes). En definitiva, la producción y distribución de mercancías es el objetivo primordial de las sociedades modernas. Desde luego, el hombre no vive para producir ni para consumir, sino que produce y consume como consecuencia de una forma de existencia, pero de hecho, la producción y su incremento se nos aparecen como la finalidad de las sociedades industriales. En cualquier caso, la sociología estudia la forma en que se organizan los hombres para producir y la influencia que sobre las relaciones sociales ejercen la ciencia y la técnica aplicadas a la producción.

Seguramente que los «politicólogos» no desdeñarían verse clasificados entre los sociólogos, pero no se conformarían con el modesto lugar que les reserva la sociología. Lo que llamamos sociología no es sino una parte de la obra de Aristóteles que la tradición ha llamado Política.

Hoy nos sentimos inclinados a la operación inversa: nos vemos tentados a reducir el objeto de la política a un capítulo de la sociología; reducción que en sí no es ilícita, a condición de que la sociología no se encierre en su particularismo y de que no se desconozcan las cualidades específicas del orden político. Quizá las políticas de las sociedades industriales tienen determinadas características comunes; es cierto que las sociedades industrializadas han conocido regímenes políticos sumamente diferenciados: del despotismo al liberalismo, del totalitarismo a la democracia de los partidos.

Nada permite afirmar que las sociedades industriales estén abocadas a un régimen político y sólo a uno. La afirmación de Tocqueville, según la cual las sociedades modernas, favorables a la igualdad, serían libres unas y esclavas otras, está más cerca de nuestra experiencia que la dogmática versión evolucionista según la cual la aventura humana se orientaría por sí misma e inexorablemente hacia un régimen determinado. Cuanto más convendría completar la afirmación de Tocqueville sugiriendo que cada fase del proceso de crecimiento presenta alguna afinidad con determinado tipo de régimen.

Los historiadores son más propensos que nosotros a discutir el plural colectivo usado en el término «las sociedades modernas». ¿Desde qué fecha se las puede considerar modernas? ¿Hasta qué punto seguirán siendo dentro de diez o cincuenta años lo que son o nos parecen ahora? ¿Cómo comprender unas sociedades que, por esencia, se encuentran en perpetua transformación? En pleno crecimiento, animadas por la voluntad de ciencia y poderío, las sociedades son americana, rusa, japonesa o francesa antes que modernas (¿o sería preferible decir, quizá, que lo son a la vez *que modernas?)*

Los etnólogos se interesarían por lo que Charles Parain llama supervivencias, así como por las maneras de ser, sentir, juzgar y actuar que varían para cada grupo y que admiten un análisis etnológico, como lo admiten todas las culturas *en la acepción que dan a esta palabra los especialistas de las sociedades primitivas. No puede dudarse que la ciencia y la técnica modernas, impulsadas por los llamados medios masivos de comunicación tienden a uniformar las formas de vida. Pero resultaría peligroso concebir en lontananza, por extrapolación, una humanidad unificada en los tonos grises de una mediocre comodidad y de costumbres monótonas; sueño o pesadilla, nada es menos científico que semejante utopía.*

Esta célebre cultura de masas de la que se ocupa Olivier Burgelin solamente es homogénea en la superficie. Desde luego, hace participar a millones de lectores, radioyentes o

televidentes en la supuesta vida gloriosa de las testas coronadas o sin coronar y transformar a los artistas de cine o a los ases del ciclismo en personajes legendarios. En todas las épocas, incluso antes de la radio y de la televisión, los hombres corrientes soñaron con los esplendores de los personajes mundanos y compartieron imaginariamente sus goces o su gloria. Sin las estampas de Epinal, Luis Napoleón tal vez jamás hubiera sido emperador de los franceses. Cabe preguntarse si los lectores de la gran prensa, creadora diaria de mitos, resultan en realidad más embaucados que quienes los crean.

No basta que idénticas imágenes se presenten a los televidentes para que les encuentren todos el mismo significado pues igual que el sibarita o el glotón consumen de diverso modo los manjares y los vinos, el consumo de los objetos de cultura es diferente según sea la inteligencia, formación y calidad de los consumidores.

Finalmente, ¿hasta qué punto la comprensión netamente sociológica es original en relación a otras disciplinas que también estudian los fenómenos sociales? El afán de clasificar, empadronar y contar no es privativo del sociólogo; también lo sienten economistas y políticos. Los métodos que emplean sociólogos y psicólogos (encuestas por medio de cuestionarios, entrevistas dirigidas o no, clasificación mecánica de las respuestas y formación de grupos) nos ponen en el camino, aun cuando estos métodos no sean más que medios. Pero los medios dejan de adivinar el fin.

El sociólogo o el psicosociólogo no se limitan exclusivamente a las relaciones sociales tal como las determina la ley, ni a los mecanismos sociales tal como se van desarrollando según un esquema racional, sino que estudian las relaciones sociales tal y como las viven los individuos. El psicosociólogo centra su atención en la determinación individual de las relaciones sociales y el sociólogo en la determinación social de las experiencias individuales, conscientes ambos de la individualización de lo social y de la socialización de lo individual. Por esto la sociología es a la vez la ciencia de un aspecto de la sociedad y de la sociedad entera.

La sociología se limita a un aspecto de la sociedad en cuanto deja a los economistas el análisis de los conceptos y fenómenos puramente económicos; no se ocupa en la relación entre ahorro e inversión, ni en los cálculos de la renta nacional. Deja al jurista el estudio de leyes y jurisprudencia y al político el de las constituciones, pero no se desinteresa de los temas económicos, de los jueces y criminales, ni de los electores y elegidos, sino que se esfuerza en comprender cómo todos estos personajes desempeñan sus roles *y se adhieren a los mismos. Merece citarse aquí la célebre paradoja de Diderot sobre los actores. ¿Experimentan éstos los sentimientos que simulan? Igualmente es posible preguntarse: ¿Hasta qué punto los individuos se confunden con los* roles *sociales que tienen que desempeñar? ¿Cómo reaccionan ante los imperativos que fijan en líneas generales estos* roles*? ¿Se sienten alienados por las obligaciones que deben asumir? ¿Aspiran a una libertad prohibida por la racionalización de la sociedad? ¿Se sienten realizados a sí mismos en sus* roles *o no? ¿Intentan realizarse en el trabajo, en el seno de la familia, en la política o en la intimidad de la meditación o la oración?*

Todos estos interrogantes justifican la importancia de los conceptos clave de la sociología que se exponen e ilustran en los estudios que siguen: status *y* rol, *formal e informal, organización y pequeño grupo. Ciencia de las relaciones sociales tal como son impuestas por el medio y vividas por el individuo, la sociología es a la vez ciencia particular y de síntesis. Particular, puesto que no incluye ni excluye las demás ciencias sociales; sintética porque en último análisis busca al hombre social o al individuo socializado, esto es, al sujeto concreto de las relaciones sociales, objetivo último de todas las ciencias humanas.*

Como advierte René König en su contribución a esta obra, le es tan imposible a un sociólogo abarcar todos los campos de la sociología como a un físico o a un biólogo dominar con igual maestría todos los aspectos de su ciencia. La tentativa de exponer el estado actual de la sociología resulta más difícil que una tentativa similar en cualquiera de las ciencias naturales. La sociología no se halla en el mismo estadio de desarrollo que las ciencias naturales y, en cierto sentido, no lo alcanzará nunca puesto que su objeto cambia a medida que éstas progresan y así, sus generalidades, leyes y teorías, jamás tendrán el mismo alcance que en las ciencias naturales.

Los estudios reunidos en esta enciclopedia deben considerarse como una síntesis provisional o, mejor aún, como «una serie de ojeadas sobre el mundo actual», por decirlo con palabras de Paul Valéry. Una ojeada sobre las clases, en el concepto marxista del término, que parecen desdibujarse; sobre la sociedad de masas que tiende a cubrir con un velo uniforme la diversidad de los grupos, a menudo opuestos entre sí, pero no necesariamente abocados a la lucha sin cuartel; sobre la dialéctica de los hombres y de las instituciones, de las relaciones formales y de las reacciones individuales, de la espontaneidad favorecida por los grupos reducidos y del racionalismo impuesto por la eficacia del trabajo colectivo. Una ojeada, por último, sobre el pasado y el futuro, sobre las formas de vida que se prolongan en la sociedad industrial y sobre la difícil adaptación de los individuos a los cambios.

La sociedad de clases, primera parte de este libro, es la sociedad industrial del siglo pasado, la de la miseria obrera y la burguesía triunfante y cruel, la que fue estudiada y denunciada por el genio de Marx, verdadero fundador de la sociología junto a Auguste Comte, Spencer o Tocqueville. La primera parte de este libro se interroga acerca de las transformaciones sucedidas desde entonces y, sin negar la permanencia de los conflictos entre los grupos sociales, sugiere la imagen no de una sociedad sin clases ni de una sociedad sin lucha de clases, sino de una sociedad agitada por

tumultuosos conflictos de intereses, normalmente susceptibles de solucionarse sin violencia o por medio de razonables compromisos. Desde el marxismo, presente aunque apaciguado, la atención se desplaza hacia los dos interrogantes formulados con más frecuencia en los últimos años. ¿Difunden los medios de comunicación de masas una cultura de decadencia? ¿Originan una especie de embrutecimiento general o bien prometen a millones de hombres cierta participación en una cultura prefabricada o estandarizada, pero no irremisiblemente condenada a la bajeza y a la vulgaridad? El segundo interrogante podría expresarse en dos palabras: racionalización y alienación. *¿El hombre de las organizaciones es cada vez más prisionero de mecanismos anónimos y de burocracias monstruosas o, antes al contrario, es el progreso social quien atenúa la opresiva rigidez de las primitivas formas de racionalización? ¿El hombre de las sociedades industriales, a pesar de la constante elevación de su nivel de vida, es siempre un ser insatisfecho, explotado, un enfermo incapaz de adaptarse a las revoluciones incesantes de la técnica?*

No serían sociólogos los colaboradores de esta obra si dieran respuestas categóricas a estas preguntas, aun cuando algunos, como Michel Crozier, se inclinen hacia el optimismo y otros, como Jacques Selosse, hacia el pesimismo, mientras que Olivier Burgelin se sitúa en el centro y Georges Lapassade encarna el espíritu de reivindicación humanista. Bueno es que los diversos colaboradores no pertenezcan a la misma escuela y que no adopten la misma actitud en nombre de un mismo sistema de valores, pues de otra forma el lector tendría una falsa imagen de la sociedad moderna y de la sociología. La primera se siente inquieta ante sus problemas y la segunda se interroga a la vez sobre el porvenir y sobre sí misma.

La sociología o la psicosociología del siglo último han sido a la vez crítica y ciencia. Crítica de la realidad social iluminada por la ciencia o ciencia de la realidad social animada por la crítica. El nexo entre crítica y ciencia subsiste, aun cuando la una haya perdido a menudo su aspereza revolucionaria y la otra haya renunciado a formular profecías. La sociología actual es ciencia modesta y crítica mesurada. Algunos le reprocharán haberse convertido en conformista, en tanto que otros se lamentarán de que haya perdido su audacia juvenil, pero es difícil que el sociólogo pueda imaginar un orden social radicalmente diferente del que ve a su alrededor y no ha de ser tan ingenuo que espere la milagrosa curación apocalíptica de innumerables males. Modestia y mesura son laudables siempre que no degeneren en empirismo sin idea o en creencia conservadora sin preocupación de conciencia.

Con toda seguridad que éste no es el reproche que pudiera hacerse a los colaboradores de esta enciclopedia, ambiciosa y sugestiva.

RAYMOND ARON

PRIMERA PARTE

sociología



LAS sociedades estudiadas en este volumen son las primeras que se han considerado a sí mismas como tema de estudio científico. Desde luego, todas las grandes civilizaciones han tenido una imagen de sí mismas que queda reflejada en sus actos o sus mitos; en el caso de la sociedad griega, por ejemplo, esta imagen adopta incluso las características de una construcción especulativa. No obstante únicamente asistimos al nacimiento de una auténtica ciencia de la realidad social con el advenimiento de las sociedades industriales. La simple presencia de teorías sociales no es un hecho nuevo, pero lo que caracteriza a la investigación científica es el sometimiento sistemático de la reflexión teórica a la experiencia, que es lo que intenta la sociología.

En los umbrales del siglo XIX, cuando Europa se beneficiaba de una tradición científica muy superior a la de cualquier otra civilización y, especialmente, de una ciencia de la naturaleza, creadora de notables aplicaciones técnicas en todos los campos, la sociología, tal como la definía Auguste Comte, no era más que una utopía. Su promoción a la categoría de ciencia fue, precisamente, consecuencia de la primera revolución industrial, producto a su vez del progreso de las ciencias naturales. Indudablemente, los principios de la industrialización presentaron aspectos inquietantes: crecimiento urbano acelerado y desordenado, despoblación del campo, miseria, destrucción de las formas tradicionales de vida, condiciones de trabajo abominables y hacinamiento de los obreros en tugurios. Mas las ciencias naturales no se han limitado a dar nacimiento a las técnicas, sino que son también expresión de una nueva actitud ante los hechos. Gracias a esta actitud que ha sido adoptada frente a los problemas sociales, se hizo posible que algunos hombres elaboraran una ciencia de la sociedad comparable a la de la naturaleza y orientada a definir las condiciones de una eficaz intervención del hombre en los hechos de su propia existencia.

T. B. BOTTOMORE

nacimiento de la sociología

La palabra «sociología» fue inventada y utilizada antes que nadie por Auguste Comte, pero la disciplina así bautizada por este filósofo había ido formándose progresivamente desde mediados del siglo XVIII. Para comprender su origen hay que considerar algunas de las características generales que la distinguen de maneras de ver más antiguas. En las sociedades más atrasadas y primitivas los hombres pensaban ya en la naturaleza de su vida social, y en las civilizaciones antiguas — en India y en China, en Grecia y en Roma — muchos pensadores observaban, describían y clasificaban las costumbres de su época, los problemas políticos de su comunidad y los cambios económicos y sociales de que eran testigos. Sin embargo, la mayoría de estos estudios trataban de los aspectos políticos de la sociedad tanto si se presentaban en forma de consejos a los gobernantes, como si eran reflexiones acerca de la mejor forma de regir una comunidad.

Las ciencias naturales progresaron fabulosamente en el siglo XVII y a principios del XVIII, y al abrigo de las mismas florecieron las modernas ciencias sociales, en el intento de aplicar los nuevos métodos científicos al estudio de los fenómenos sociales, con miras a definir conceptos precisos, descubrir leyes sobre el comportamiento y utilizar métodos exactos de medida. Los primeros frutos de esta tentativa fueron las nuevas ciencias de la economía de política y la demografía.

La idea de una ciencia social

Simultáneamente se intentó formular los principios de una ciencia del hombre más general y aplicar, según había propuesto Hume, el método experimental de razonamiento a los temas políticos y morales. En 1748, Montesquieu, con su *Esprit des lois,* aportó la mayor contribución de su tiempo a esta ciencia, como demostró el joven Durkheim en su tesis doctoral sobre «*La contribution de Montesquieu à la constitution de la science sociale*». Montesquieu establecía una distinción entre las leyes positivas — o legislación — que los hombres crean y pueden modificar, y las leyes derivadas de la «naturaleza de las cosas», a las que necesariamente debe someterse el comportamiento humano. Montesquieu distingue dos tipos: leyes generales del comportamiento, aplicables a todas las sociedades humanas, y leyes más limitadas que se aplican a tipos especiales de sociedades. En los últimos capítulos de su obra, y por medio del estudio comparado de muchos datos históricos, geográficos y etnográficos, el autor procura establecer bases de los principales tipos de sociedades y de los factores que puedan influir sobre ellas.

Se encuentran las mismas preocupaciones científicas en la obra de los filósofos franceses, discípulos de Montesquieu, especialmente en la *Encyclopédie* de Diderot y d'Alembert, que tenía por objeto primordial exponer las realizaciones de la ciencia y de la tecnología de la época y estimular la aplicación de estos nuevos métodos al estudio de las sociedades humanas.

En Inglaterra hallamos la misma tendencia en un grupo de historiadores y filósofos escoceses que, influidos por Hume y por los pensadores franceses, intentaron clasificar y describir los diversos tipos de sociedades para justificar sus diferencias y señalar sus transformaciones. Los más importantes de estos escritores para el desarrollo de la sociología fueron Adam Ferguson y John Millar. Ferguson, en su *Ensayo sobre la historia de la sociedad civil* (1767), expone su teoría del progreso social, notable por el reflexivo y erudito empleo de los datos históricos y etnográficos y por la cantidad de instituciones sociales a partir de las cuales se establecen los diferentes tipos de sociedad. El *Origen de la diferencia de condiciones,* de John Millar (1771) es la primera

obra que examina sistemáticamente la estratificación social que, más adelante, iba a convertirse en una de las preocupaciones esenciales del pensamiento sociológico. Como Ferguson, Millar se interesa por el desarrollo de la sociedad y la forma en que se comunican entre sí las instituciones sociales. En consecuencia, se esfuerza en relacionar dicha estratificación con la tecnología y el régimen de la propiedad, por una parte, y con el gobierno y el poder político, por otra. No resulta, pues, ilógico ver en esta obra un primer ensayo de formulación de la interpretación económica de la historia.

La filosofía de la historia

Otros filósofos europeos se interesaban entonces por la idea del progreso social. En Alemania, J. G. von Herder expuso en 1764 un esquema evolucionista: *Ideas sobre la filosofía de la historia de la humanidad*. En esta obra coincide con Montesquieu y su escuela en reconocer a los factores geográficos una influencia considerable en la formación de los tipos de sociedades y de culturas, pero concede menos importancia que los anteriores a la elaboración de leyes científicas, justificando el progreso de la civilización por los esfuerzos espontáneos del espíritu humano, que sólo es modificado por los diferentes medios físicos a que está sometido. Leyendo a Herder se hace patente la aparición de una nueva influencia que ha favorecido el nacimiento de la sociología: la de la filosofía de la historia. Esbozada ya por varios autores en el transcurso del siglo XVIII, esta nueva disciplina fue elaborada en su aspecto filosófico por Hegel. Mientras tanto, antes que Saint-Simon, Condorcet en su *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (1795) había ya expuesto en forma muy sociológica una teoría del progreso social.

Los filósofos de la historia introdujeron en el pensamiento social determinadas ideas que desempeñaron un gran papel en la ulterior formación de las teorías sociológicas. Una de ellas es que las sociedades responden a cierto número de tipos y que hay períodos históricos en cuyo transcurso predominan determinadas formas de sociedad. Esta teoría implica la concepción de la sociedad como un todo más o menos coherente en cuyo seno se establecen las diversas instituciones y actividades que, en conjunto, determinan la forma de una sociedad dada. Implica igualmente el abandono de la concepción racionalista del siglo XVIII (la de Hume y Voltaire) que había intentado hallar la explicación de los sucesos históricos en los principios universales e inmutables de la naturaleza humana. Por último, ha sido adoptada asimismo por los teóricos conservadores que, como Bonald y J. de Maistre, han mostrado la naturaleza orgánica de las sociedades.

A través de los filósofos de la historia —especialmente Herder y Hegel— la unidad de la sociedad se considera sin vacilar como creación del espíritu o de la razón y es observada desde un punto de vista filosófico. Pero el mismo concepto puede considerarse también de forma más científica, y más empírica, como lo demuestran las obras de los historiadores escoceses, de Condorcet y Saint-Simon. El concepto más importante aportado por Ferguson es el de «sociedad civil», que él distingue del Estado o «sociedad política».

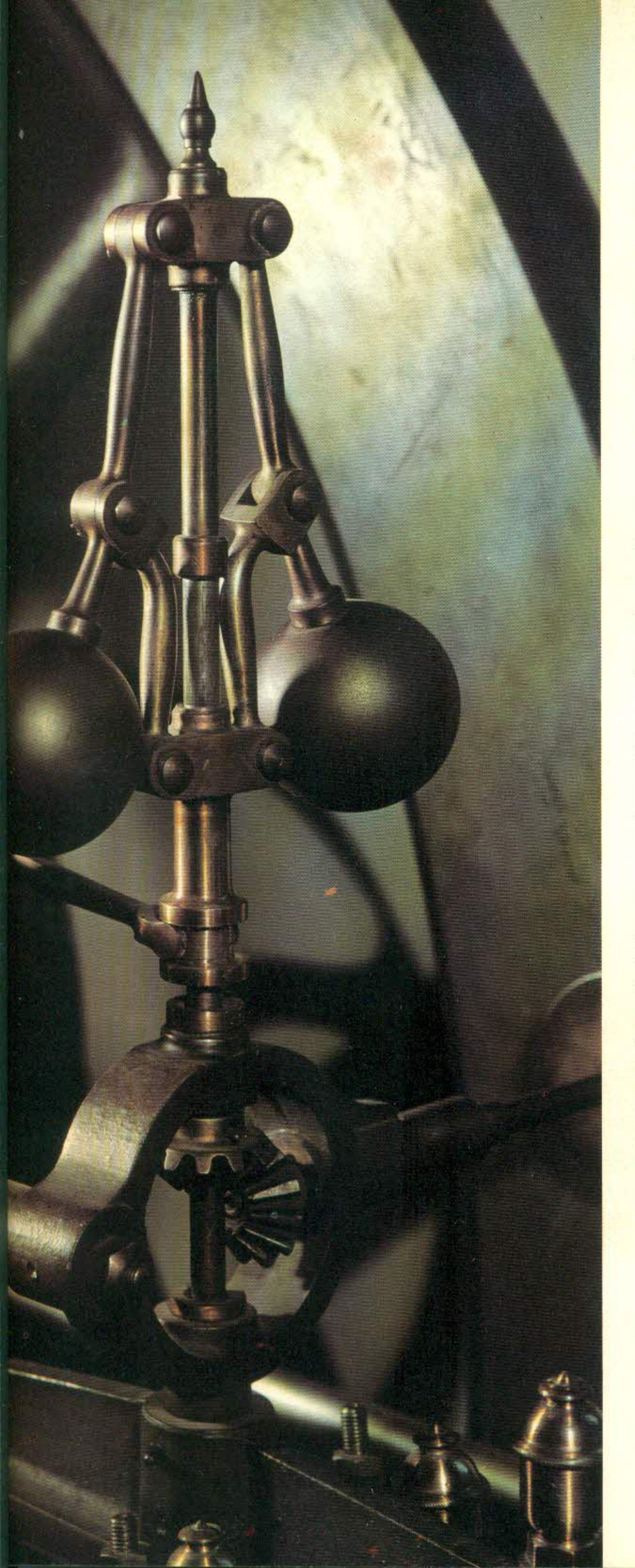
Hasta el siglo XVIII la mayoría de las narraciones históricas, con la rara excepción de las de Vico e Ibn Khaldun, se limitaban a contar los hechos políticos, pero Ferguson llama la atención sobre la importancia de la historia de la propiedad, de la vida económica, de la familia y de las clases sociales, agrupa estos elementos bajo el concepto de «sociedad civil» y estudia a continuación sus relaciones con el sistema político. Encontramos el mismo esquema en J. Millar, Condorcet y, sobre todo, en Saint-Simon para quien la clave de su historia moderna reside en el desarrollo de la industria, que relaciona directamente con muchos otros fenómenos sociales e intelectuales.

La innovación de estos estudios históricos consiste en la introducción, en el marco de la investigación científica, de aspectos de la vida social anteriormente olvidados: las diferentes formas de la propiedad, los sistemas económicos, la estratificación social y la estructura familiar, cuyas relaciones con la organización política y la cultura de cada tipo de sociedad intentan demostrar.

La filosofía de la historia ha aportado otra idea importante al pensamiento social: la de que la historia de la humanidad pertenece a un orden inteligible y no consiste en una simple sucesión de hechos fortuitos, por lo que se la puede considerar como un proceso de cambios que obedecen a determinadas leyes generales que, en consecuencia, explican los hechos particulares. Estas nociones son abordadas por la filosofía de la historia en forma todavía hipotética y no están aún separadas de las interpretaciones teológicas de la historia del mundo. El paso a una sociología histórica se hizo cuando los eruditos, intentando tratar científicamente la vida social, estudiaron de cerca la historia social y económica de los tiempos modernos, en la misma época en que las grandes exploraciones permitían la observación real de civilizaciones no europeas y sociedades tribales primitivas. Fueron estos nuevos conocimientos los que permitieron a Ferguson dar un carácter más empírico a sus estudios sobre el progreso social y estimularon en Francia el pensamiento de los enciclopedistas, y el de Saint-Simon más tarde.

Encuestas sociales y reforma de la sociedad

Desde finales del siglo XVIII, el estudio económico y social de los países europeos experimentó un gran incremento merced a las investigaciones emprendidas por los gobiernos o por las personas o asociaciones privadas preocupadas por la



reforma social. Interviene aquí también otro factor que ha dado fuerte impulso a la sociología: la aparición de nuevos problemas sociales que requerían una solución, así como la actitud reformadora que los consideraba como un desafío a la razón y a la piedad humanas. Según dice Albion Small en su *Sociología general* (1905): «es muy probable que los sentimientos filantrópicos hayan contribuido más al nacimiento de la sociología que el mero impulso científico. Los hombres (...) han luchado con tanto entusiasmo por la mejora de las condiciones sociales que, ineludiblemente, sus esfuerzos debían llevar al desarrollo de una sociología científica». Sin embargo, en este impulso humanitario estaban implicados diversos elementos.

Por una parte manifestábanse los esfuerzos de quienes querían disminuir o eliminar los males inherentes al nuevo sistema industrial y quienes, a título público o privado, instauraron los estudios sociales sobre las condiciones de vida de los menesterosos o de las clases trabajadoras (por ejemplo, Sir F. M. Eden: *La condición del pobre* (1797); Eugene Buret: *De la miseria de las clases trabajadoras en Inglaterra y Francia* (1840), sobre las condiciones de trabajo y horarios de las fábricas y sobre la higiene urbana y la sanidad pública (por ejemplo, Edwin Chadwick: *El estado sanitario de la población de Gran Bretaña,* (1842)).

Ya en el siglo XVIII, Condorcet planteó el principio y los rudimentos de una «matemática social», pero fue Quételet, en su libro: *Sobre el hombre y el desarrollo de sus facultades, o ensayo de física social* (1835), el primero en afirmar, apoyado en una gran cantidad de datos, que en la vida social las constantes resultan tan evidentes como lo son en el mundo natural.

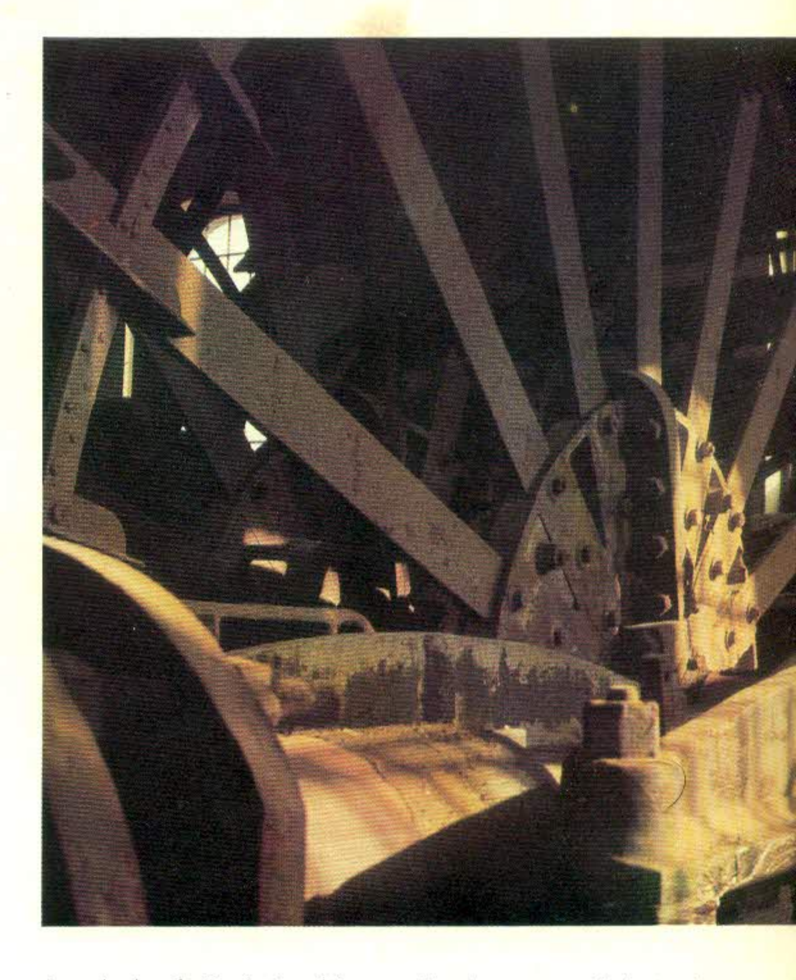
Otro aspecto de este impulso reformador fue la lucha de los primeros socialistas por la completa reorganización de la sociedad; en efecto, aquel afán les hizo estudiar, en forma más teórica, el funcionamiento de las instituciones en la sociedad existente y los medios de modificarla. En su primer estadio, la asociación entre la naciente ciencia social y el socialismo es perfectamente visible en los trabajos de Saint-Simon y sus seguidores, de Proudhon y de Robert Owen; en el segundo estadio, se convertirá naturalmente en un rasgo distintivo de la teoría social de Marx, que pretende ser al mismo tiempo una ciencia general de la sociedad y una doctrina política. Las teorías socialistas centraron su interés en el desarrollo industrial y en la organización del trabajo en las fábricas, en el derecho de propiedad y en las nuevas clases sociales que iban remplazando a los «estados» del antiguo régimen, o dicho de otro modo: en las mismas instituciones que los historiadores habían empezado a explorar bajo la denominación de «sociedad civil». Como los historiadores, los teóricos socialistas se interesaban principalmente por las re-

La máquina de vapor de Watt (en la foto vemos el regulador) marca el comienzo de la gran industria moderna: en Inglaterra, a fines del siglo XVIII, Watt hubo de fabricar varios centenares de estas máquinas.

laciones entre los cambios aportados a estas instituciones y los experimentados por el sistema político o, en otras palabras, entre la revolución industrial y las revoluciones políticas.

Así, ya se consiguiera por vía de reforma o de revolución, el desarrollo de la democracia estimuló igualmente el interés promovido por las ciencias sociales. Tenemos un buen ejemplo en la *Democracia en América*, de Tocqueville (1835-1840). Este autor afirma que se necesita una nueva ciencia, que debe englobar una gama mayor de hechos políticos, económicos y sociales, para comprender el desarrollo de las modernas sociedades industriales; luego, toma como ejemplo la sociedad americana para demostrar lo que puede suceder a las sociedades europeas. La abolición del sistema de clases del antiguo régimen es, según él, el primer paso hacia la igualdad política, de la que se deducirán crecientes reivindicaciones para lograr la igualdad económica (que él consideraba un tanto prematuramente, como el estado de la sociedad americana). En consecuencia, suponía que en las sociedades industriales existe una tendencia natural a la igualdad, pero también que esta tendencia entraña una mayor concentración del poder en el gobierno central, lo que constituye un atentado a la libertad.

La teoría social de Tocqueville está en este punto en franca contradicción con la de Marx (el cual considera que el capitalismo moderno tiende naturalmente a aumentar la *desigualdad*, mientras que la instauración de la igualdad en una sociedad sin clases debe estar en la misma base de la libertad individual) y prefigura las teorías sociológicas modernas de la «sociedad de masa».



La máquina de Marly permitía, en 1682, elevar 4.500 m³ diarios de agua a una altura de 170 m; fue la más potente anterior a la era industrial.

La influencia del cambio social

En estos movimientos intelectuales y sociales se puede reconocer fácilmente la influencia de los rápidos cambios sobrevenidos en las sociedades europeas. El desarrollo industrial, el crecimiento urbano, la aparición de una clase obrera industrial y de un movimiento obrero, las revoluciones y motines políticos habían sembrado el desorden en hombres e instituciones.

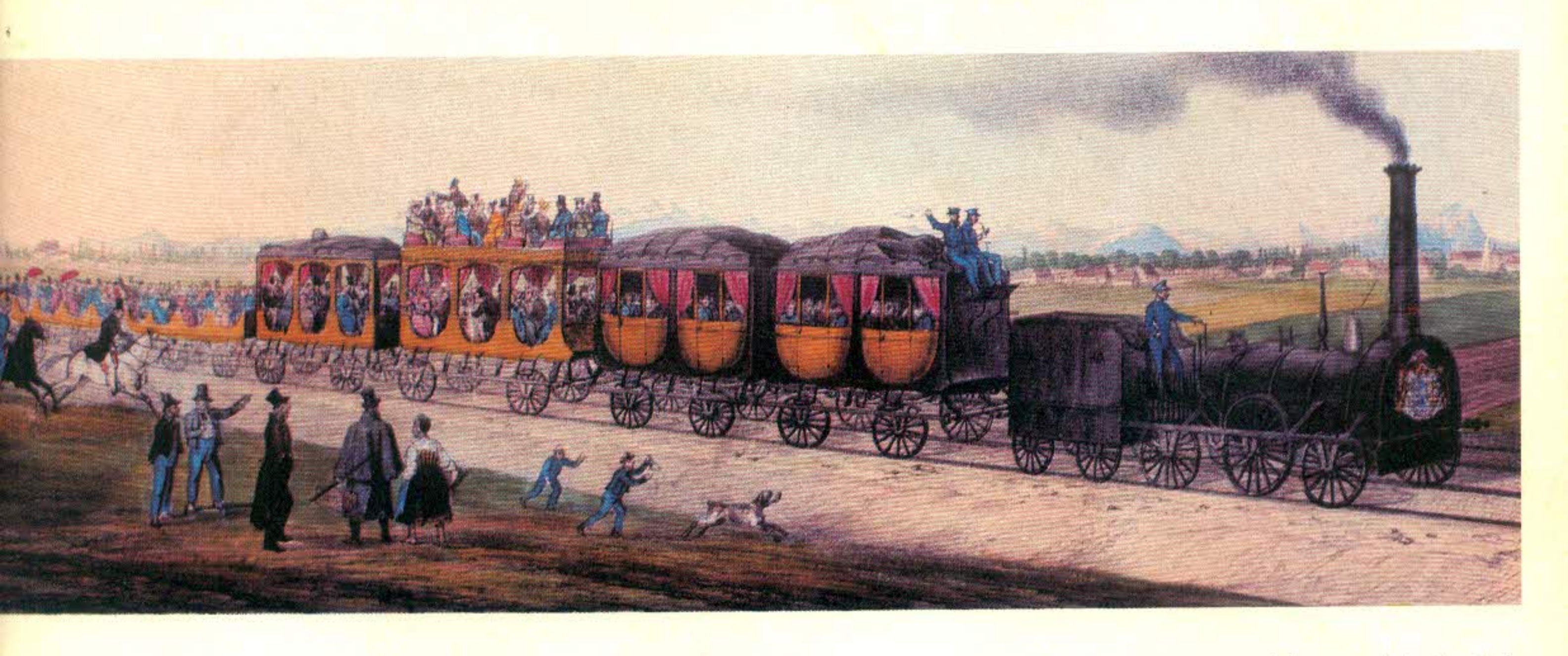
Historiadores y filósofos de la historia se esforzaron entonces en explicar estos cambios rápidos y violentos; los economistas políticos y los filósofos del utilitarismo esbozaron las grandes líneas del nuevo sistema social, mientras que los teóricos del socialismo lo sometieron a un examen crítico y anunciaron el advenimiento del tipo de sociedad que debía finalmente surgir del sistema industrial evolucionado.

Desde entonces, la sociología se nos presenta como una extensa ciencia que abarca los diversos aspectos de esta transformación del orden tradicional, así como el crecimiento de la sociedad moderna, y que explica el proceso de un modo científico y objetivo.

De hecho, la sociología se presentaba bajo dos aspectos diferentes: era subjetiva y especulativa en la medida en que veía en la evolución social un movimiento progresivo y en la sociedad moderna la más elevada forma social. Continuaba así, aunque de otra forma, la obra de los filósofos de la historia y marcaba el punto culminante de la doctrina del progreso en el siglo XIX.

Los precursores de la sociología, como Ferguson y Saint-Simon, estudiaban la historia de la sociedad más empíricamente que los primeros teóricos de la idea de progreso pero, dominados como ellos por esta idea la transmitieron a los primeros sociólogos. No hay que olvidar que Spencer, en la segunda mitad del siglo XIX, sostenía firmemente la existencia de una ley cósmica del progreso, a la que consideraba como una «necesidad beneficiosa».

La otra cara de la sociología presentaba un carácter puramente científico y objetivo, no sólo por estar compuesta en su mayor parte por estudios empíricos de todas clases (investigaciones históricas acerca del desarrollo de las institu-



La aplicación de la máquina de vapor a los viajes terrestres y marítimos iba a modificar radicalmente los factores materiales y espirituales de la vida en sociedad ya que permitía el transporte rápido de hombres y mercancías. (Según un grabado alemán de mediados del siglo XIV. Giraudon.)

ciones sociales, estudios etnográficos y encuestas sociales sobre la vida contemporánea), ni a causa del interés de los sociólogos por los problemas planteados por el método científico, sino también porque la idea dominante del progreso social se fue alejando paulatinamente de la antigua filosofía de la historia para asociarse a las teorías biológicas de la evolución. Esta transición se aprecia muy bien en la sociología de Spencer, cuyo objeto se define como el estudio de una «evolución super orgánica» y en la que se encuentran constantes ejemplos y analogías de orden biológico. En su primera época, Spencer tuvo en cuenta la concepción predarwinista de la evolución, de la que conservó algunos elementos, pero, tras la publicación del *Origen de las especies*, tomó muchas de las ideas de Darwin y, en el resto de su obra se dedicó a edificar una teoría científica de la evolución social digna de figurar al lado de la teoría biológica. Aún cuando menos clara, hallamos una bifurcación semejante en la obra de Marx quien, crítico filosófico de Hegel al principio, comparó luego su esquema del desarrollo de la sociedad con la teoría de Darwin, a quien quiso dedicar el primer tomo del *Capital*. Más tarde, Engels hubo de reconocer muchas veces en su teoría social una teoría de la evolución. La teoría biológica de la evolución iba a confirmar así a mediados del siglo XIX, la idea de que el progreso social suponía varios estadios.

A partir de Auguste Comte, la sociología tuvo otra razón para ser considerada como ciencia. La obra de Comte se divide en dos partes, íntimamente unidas. La primera se consagra al análisis de la ascensión de la ciencia moderna y a la exposición sistemática de los principios de un método científico; la otra, trata de los orígenes y tendencias de la sociedad moderna. Ambos elementos — el positivismo de Comte y su sociología — están en estrecha relación; primeramente porque, según él, el estado de la sociedad depende en gran parte del estado del pensamiento, tanto que las instituciones de la sociedad moderna vienen determinadas por el estado positivo del pensamiento, y después porque Comte concebía una jerarquía de las ciencias, en las que la sociología coronaba el edificio de la ciencia positiva.

Puede alegarse, como luego lo hizo Durkheim, que las teorías sociológicas de Comte no están muy conformes con sus propios métodos científicos; no obstante su clara formulación de la filosofía positiva y sus persistentes esfuerzos en tratar los fenómenos sociales de un modo objetivo y científico contribuyeron mucho a difundir la idea de una ciencia social general. Conforme dijo J. Stuart Mill: «Si no puede decirse de él que creara una ciencia (de la sociedad), sí cabe decir que la hizo posible».

Los fundadores: Auguste Comte, Herbert Spencer, Karl Marx

A mediados del siglo XIX y con la obra de Comte, se alcanza una época en que las nuevas ideas, las tendencias del pensamiento y los nuevos problemas sociales van a encontrarse reunidos para constituir un campo delimitado de estudios que desde entonces, tomará el nombre de sociología. Como ya hemos dicho, Comte no fue su único creador. Otros dos filósofos, Spencer y Marx, nacidos tan sólo veinte años más tarde, elaboraron, independientemente uno del otro, una ciencia de la sociedad cuyas teorías y conceptos diferían más

o menos profundamente de los de Comte. Spencer, conocía los escritos de éste — de los que tomó la palabra «sociología» —, pero no estaba de acuerdo con los mismos en muchos puntos.

No parece que Marx leyera a Comte antes de los años sesenta ni que fuera influido por su pensamiento; no adoptó ningún nombre nuevo para su propia teoría social y es probable que ésta no representara para él más que un desarrollo del estudio de la historia. Fueron sus discípulos quienes le dieron el nombre de «materialismo histórico».

Parte de los trabajos sociológicos de Comte son una simple exposición más sistematizada de las ideas que había tomado de Saint-Simon; según la expresión de un crítico, Comte es un Saint-Simon universitario. Una jerarquía de las ciencias, en cuya cúspide se halla la ciencia social, las tres fases del desarrollo intelectual del hombre (teológico, metafísico y positivo) consideradas como una ley de progreso, la relación entre la forma de pensar predominante y las instituciones sociales, la necesidad de establecer sólidamente la sociedad moderna sobre bases científicas e industriales de acuerdo con la filosofía positiva, la importancia de una «élite» intelectual en el seno de la sociedad; todos éstos eran conceptos que ya existían en los escritos de Saint-Simon.

La aportación personal de Comte radica sobre todo en la clara formulación del positivismo según una metodología científica y una concepción moderna del mundo y en la división de la sociología en dos ramas: la estática social que expone las condiciones generales del orden social, y la dinámica social, que se ocupa de la evolución de las sociedades. Dedica gran parte de su exposición a la dinámica social, con la perspectiva de la «ley de los tres estados» del progreso social e intelectual, pero no olvida los problemas de la estática social; antes al contrario, en su estudio de los tiempos modernos insiste en la necesidad de examinar las condiciones que llevarán a la estabilidad social. Toma en este punto otra de las ideas de Saint-Simon: a un período de crítica sucede otro orgánico, en el que las creencias e instituciones sociales deben consolidarse y armonizarse. Comte llama «consenso» a esta condición de acuerdo y armonía y consagra la mayor parte de su estudio de la sociedad posrevolucionaria a la investigación de las condiciones que permitirán alcanzar dicho «consenso». Según él, una de las más fundamentales es la difusión de la filosofía positiva, cuyo campo se ampliará para incluir las creencias y ritos de la «religión de la humanidad».

La concepción de la sociología de Spencer tiene por lo menos un punto común con la de Comte, ya que aquél también piensa que la sociología debe describir y explicar la evolución de la sociedad. No obstante, Spencer concibe la trayectoria y el ap--geo de esta evolución de una manera completamente diferente. En primer lugar distingue los estados del desarrollo social en función de la dimensión y complejidad de las sociedades y no en función de las transformaciones y tendencias intelectuales de los hombres. Por otra parte, describe y juzga las sociedades industriales modernas según otras normas. Si Comte veía la sociedad moderna modelada por el espíritu positivo, Spencer la consideraba constituida por el sistema económico de la libre empresa. Si Comte denunciaba los peligros sociales de la competencia ilimitada y proclamaba la necesidad de una autoridad reguladora, sobre todo en el campo moral, Spencer, en cambio, alababa el sistema competitivo, que era considerado por él como fuente de la libertad individual y del gobierno representativo.

Sin embargo, concuerdan en un punto. Ambos consideran que las nuevas sociedades industriales han alcanzado un equilibrio en cuyo seno se han consolidado las instituciones sociales y que descarta la posibilidad de una nueva evolución de importancia. Comte no ignoraba el conflicto entre capital y trabajo ni el impulso individualista que constituía una amenaza para la solidaridad social; no obstante, esperaba que estos peligros podrían superarse gracias a la expansión del espíritu positivo y a la «religión de la humanidad», que proporcionarían definitiva estabilidad al nuevo sistema social.

Spencer atribuye menor importancia a los conflictos habidos entre los grupos en el interior de la sociedad; y, respecto a los que oponen a los individuos unos contra otros, estima que llevan en sí su propio mecanismo regulador y que no representan peligro alguno para la unidad social. Según él, el principal peligro radica en el florecimiento de las ideas de tipo socialista, en las que ve un movimiento regresivo suceptible de conducir desde la libertad de una sociedad de tipo industrial basada en las relaciones contractuales, a la opresión de una sociedad militante basada en el rango social.

Las teorías marxistas

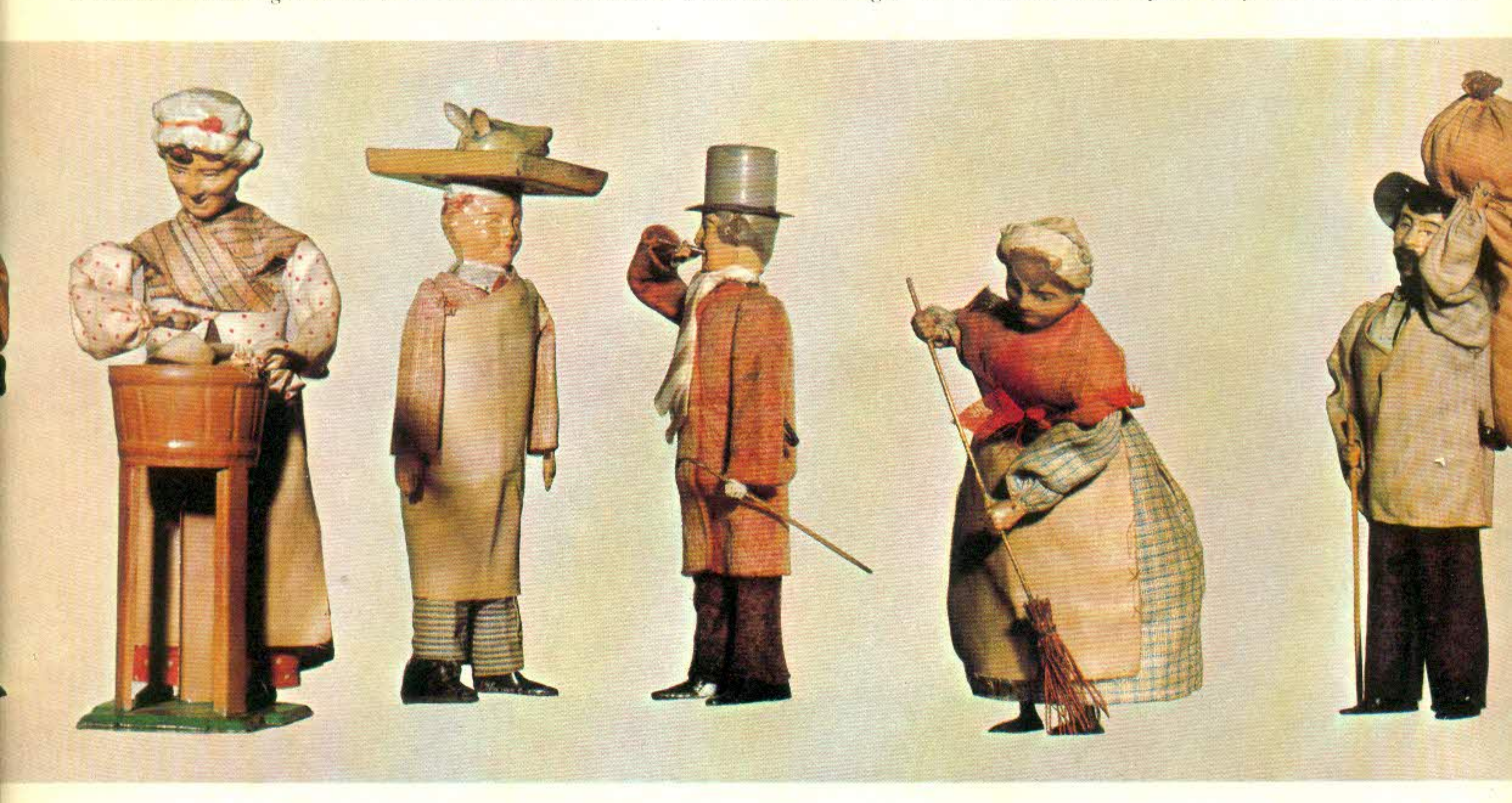
Karl Marx, tercer gran fundador de la sociología, difiere profundamente de Comte y de Spencer, aunque traza también las grandes líneas de una teoría del progreso social. A sus ojos, la moderna sociedad industrial — el capitalismo moderno — está lejos de haber alcanzado un estado de equilibrio; por el contrario, es un tipo de sociedad que se caracteriza por su alto grado de inestabilidad, de conflicto y de propensión a los cambios. Para llegar a semejante conclusión se apoya en dos argumentos principales: en primer término, — de acuerdo con su teoría fundamental de la influencia de las fuerzas productivas en la estructura de la sociedad —, subraya que el desarrollo de la técnica y de las fuerzas productivas es excepcionalmente rápido en las sociedades capitalistas y, por lo tanto, capaces de producir prontos y vastos cambios en otros terrenos; luego, observa que las clases sociales, nacidas del sistema de producción y de propiedad, están en vías de definirse más netamente en términos de interés económico, de organizarse mejor y de comprometerse más profundamente en el conflicto que

las opone entre sí. Marx espera, de esta lucha de clases, profundas transformaciones en la médula de las futuras instituciones sociales y políticas. Su teoría se opone, por tanto, a la idea de que el progreso social ha alcanzado sus límites y de que la sociedad moderna ha adquirido su forma definitiva o, todo lo más, como suponía Comte, de que necesita consolidarse por medio de una doctrina positivista enseñada por una minoría intelectual.

Retrospectivamente considerada, la contribución de Marx a la formación de la sociología parece superar las de Comte o Spencer. Marx reunió las ideas más importantes de su tiempo sobre economía política, filosofía de la historia y teoría política y las sometió a un análisis crítico para construir luego, sobre esta base, un riguroso método de investigación social, un haz de generalizaciones completas y detalladas acerca de la sociedad humana y una seductora explicación de los orígenes y tendencias de la nueva sociedad industrial. Las teorías de Marx evidencian, con mayor claridad que las de Comte y Spencer, los auténticos problemas vitales de las sociedades industrializadas del siglo XIX (efectos dramáticos del rápido cambio tecnológico, lucha de clases, movimientos sociales hacia la democracia y la igualdad) y, abiertas a la crítica y a la discusión, dieron lugar a otras muchas teorías que habían de ejercer luego una profunda influencia sobre la sociología. Además, los conceptos sociológicos que Marx introdujo o dotó de nuevo significado (concepto de clase, ideología, conflictos, evolución social y revolución) permanecen entre los más importantes de la sociología moderna y han originado polémicas muy fructíferas.

No cabe duda que los trabajos de Comte y de Spencer ejercieron una influencia menos duradera. La idea del progreso, que está en el fundamento de sus teorías, perdió interés hacia finales del siglo XIX y los vastos esquemas evolucionistas que de ello se dedujeron fueron objeto de muchas críticas. Contrariamente a Marx, cuyo esquema evolucionista también es criticable, Comte y Spencer se consagraron a la elaboración de una teoría de la evolución más que al estudio profundo de la sociedad moderna, por lo que sus trabajos tienen menor interés para los sociólogos actuales. Además, como creían que la sociedad industrial de su tiempo había llegado al último estadio de su desarrollo y menospreciaban los factores de conflicto y transformación que llevaba en su seno, la interpretación que dieron a las tendencias sociales de su tiempo carece absolutamente de realismo.

El leñador corta en el bosque la leña que llevará al panadero, quien lo alimenta a él y al zapatero que calza a ambos... Desde su puesto peculiar cada cual contribuye con su propio trabajo y recibe a cambio el resultado de la labor de los demás. Tal es la idílica imagen del trabajo humano que se tenía todavía en el siglo de las luces. Las violentas luchas de clases durante el siglo XIX revelarían otro aspecto muy distinto de las cosas.



La sociología, ciencia social

Aún cuando Comte, Spencer y Marx, cada uno a su manera, hayan elaborado y señalado el campo de acción de algunos de los principales problemas de una disciplina nueva entre las ciencias humanas y hayan concedido, por así decirlo, carta de naturaleza a la disciplina que intentaba hacer converger diferentes tendencias del pensamiento y de la investigación, no consideraron desde el primer momento a la sociología como una ciencia definida. Sus teorías tenían más bien la apariencia de una doctrina general que pretendía dar una explicación exhaustiva de la historia social de la humanidad, definir la esencia de la naturaleza del hombre y de la sociedad y constituir una base moral nueva para la sociedad moderna.

Bajo este aspecto, la sociología no podía ser aceptada como ciencia. Tras su muerte, las doctrinas de Comte fueron el credo de una secta restringida y su influencia intelectual volvió a extenderse gracias al florecimiento del positivismo filosófico, basado más en las ciencias naturales que en las sociales. Hubo que esperar medio siglo para que reverdeciera el pensamiento sociológico en Francia, donde fue expuesto en forma más científica por Emile Durkheim.

La teoría de Marx adquirió su mayor difusión como doctrina de un movimiento político, aun cuando todavía en vida de Marx influyó en algunos estudios históricos y decidió a ciertos autores a profundizar los aspectos económicos y sociales de la historia. Anteriormente, los escritos sociológicos de Comte y de Spencer se habían difundido en Alemania, donde fueron sometidos a examen crítico y rechazados en su mayoría. Los nuevos debates de que fue objeto la sociología a fines del siglo XIX, nacieron de la expansión del marxismo y de las polémicas sobre el materialismo histórico, donde se encuentra el origen principal de las teorías sociológicas de Max Weber.

La doctrina de Spencer tuvo menos suerte. En su teoría social introducía una justificación sistemática del «laissez faire» precisamente cuando la mayoría de los autores ingleses empezaban a preconizar cierto grado de control estatal en los asuntos económicos y sociales, dirigido a paliar los males más evidentes de la industrialización. Cuando Spencer ultimó su vasto sistema, el interés suscitado por las ideas fundamentales que encerraba (progreso y «laissez faire») se había extinguido ya. Ni Comte ni Spencer encontraron audiencia como teóricos, salvo por parte de John Stuart Mill, cuyos comentarios sobre la obra de Comte *(Auguste Comte y el positivismo)* y el estudio metodológico de las

El gran dibujante Gustave Doré, en un viaje a Inglaterra hacia 1865, realizó una serie de grabados que perduran como alucinante testimonio de la miseria y desamparo en que se hallaban millones de hombres en Londres y otras grandes ciudades de Inglaterra al principio de la industrialización. («El refugio», por Gustave Doré, foto Giraudon, París.)



ciencias sociales *(Sistema de la lógica,* libro VI, *La lógica de las ciencias morales)* son casi las únicas contribuciones que el pensamiento inglés de la época ha aportado al edificio de la sociología.

La influencia de Spencer fue más considerable en América donde, gracias a sus escritos, la sociología se convirtió en una rama de la enseñanza universitaria. Sin embargo, tanto en EE.UU. como en Inglaterra, las encuestas acerca de los problemas contemporáneos y los estudios referentes a la historia reciente de las instituciones aventajaron prontamente, en dicha enseñanza, a los considerados comúnmente como una teoría académica. Puede comprobarse esta evolución en Inglaterra, donde el interés se concentró en los trabajos de Sydney y Beatrice Weeb, consagrados al estudio profundo de problemas tales como la administración municipal, las condiciones de vida de los pobres, el desarrollo sindicalista y el movimiento cooperativo.

A fin de cuentas, la sociología moderna nace de dos corrientes diferentes: por una parte, los esquemas y conceptos teóricos implícitos en las doctrinas de Comte, Spencer y Marx; por otra, los estudios sociales concretos más recientes basados en las encuestas dedicadas al pauperismo y a los demás problemas sociales de principios del siglo XIX y, al propio tiempo, en el uso de las estadísticas. La aparición de estas dos corrientes debilitó progresivamente el nexo existente entre las teorías sociológicas y la filosofía de la historia y, aún reteniendo algunos principios de clasificación histórica de los fenómenos sociales propuestos por Comte, Spencer y sobre todo Marx, se renunció a reducir los diversos tipos de sociedades e instituciones a un orden de sucesión riguroso y a dar una explicación universal del desarrollo de las sociedades humanas partiendo de las formas más simples para llegar a las más modernas.

Esto no supone que la evolución histórica de las sociedades haya dejado de ser tema importante en los estudios sociológicos, sino más bien que se ha empezado a examinar dicha evolución en un contexto diferente y desde otro punto de vista. Los sociólogos se han dedicado desde entonces a estudiar períodos limitados y concretos de la evolución social, especialmente los que condujeron a la aparición de las sociedades industriales. El contraste entre sociedades industrializadas y no industrializadas, esbozado ya por los primeros sociólogos, pasa a ser un tema predominante en las obras de Max Weber y Emile Durkheim. Weber, en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo* (1904), intentó definir las principales características del capitalismo industrial occidental y trató de determinar los factores que permitieron a este nuevo sistema económico y social desarrollarse en una región del globo y en un momento determinado de su historia. Weber estudió también las características diferentes de otros sistemas sociales en el mundo antiguo y en Asia. Por otra parte profundizó su estudio de las fuerzas sociales que actúan en las sociedades industrializadas: el progreso de la ciencia y la tecnología, la extensión de los métodos burocráticos de administración y otras manifestaciones que consideraba como racionalización inevitable de la vida social.

También Durkheim, en su libro *De la división del trabajo social* (1893), distinguía dos tipos de sociedades: las que debían su supervivencia a la «solidaridad mecánica», es decir, a la uniformidad de las actitudes y comportamientos de sus miembros, y las que se fundan en la «solidaridad orgánica» (se trata esencialmente de las sociedades industrializadas), es decir, en el sentimiento de dependencia mutua de sus componentes, derivado de la división del trabajo y de la diversidad de ocupaciones. El estudio de estos dos tipos de solidaridad social está influido todavía por el concepto de evolución social, que desempeña un papel insignificante en los trabajos de Max Weber; pero Durkheim acusa una profunda extrañeza debida a los cambios de las sociedades modernas. Para él, el problema central es la posible desorganización de la sociedad contemporánea como consecuencia de una división mal establecida del trabajo que conduciría al aislamiento del individuo o a la extensión de los conflictos entre las diversas clases o grupos profesionales; señala también por otra parte, la dificultad de poder conseguir una mayor cohesión social en las sociedades en las que la religión ha dejado de ser una fuerza unificadora.

Finalmente, la doctrina social de Marx podía ser reinterpretada (y así se hizo) como un análisis sociológico de las sociedades industriales modernas, tanto más fácilmente cuanto que la obra de Marx, aunque se base hasta cierto punto en un esquema evolucionista, estaba consagrada casi por entero a la explicación de la génesis y desarrollo del capitalismo moderno. Así fue como Weber pudo rechazar la idea de marxismo como *Weltanschauung* o interpretación total de la historia, admitiendo no obstante que su «interpretación económica» acaso pudiera considerarse como un método conveniente y aceptable para el estudio de la sociedad moderna.

Las dos preocupaciones de la sociología moderna

La sociología moderna, tal como quedó constituida a fines del siglo XIX, definió su campo de estudio fundándose en dos preocupaciones; primeramente una amplia clasificación de los tipos de sociedades que, si no conducía a una teoría evolucionista, sí al menos al estudio de las líneas más generales y más universales de las estructuras sociales; la segunda preocupación era el estudio intensivo de las sociedades industriales modernas para descubrir sus caracteres específicos, la naturaleza de sus problemas y las principales direcciones de su evolución, y, en último análisis, para intentar conseguir mayor dominio sobre la vida social, análogo al adquirido por el hombre sobre las fuerzas de la naturaleza. La importancia de este segundo objetivo ha aumentado constantemente en el transcurso del siglo XX, especialmente en los

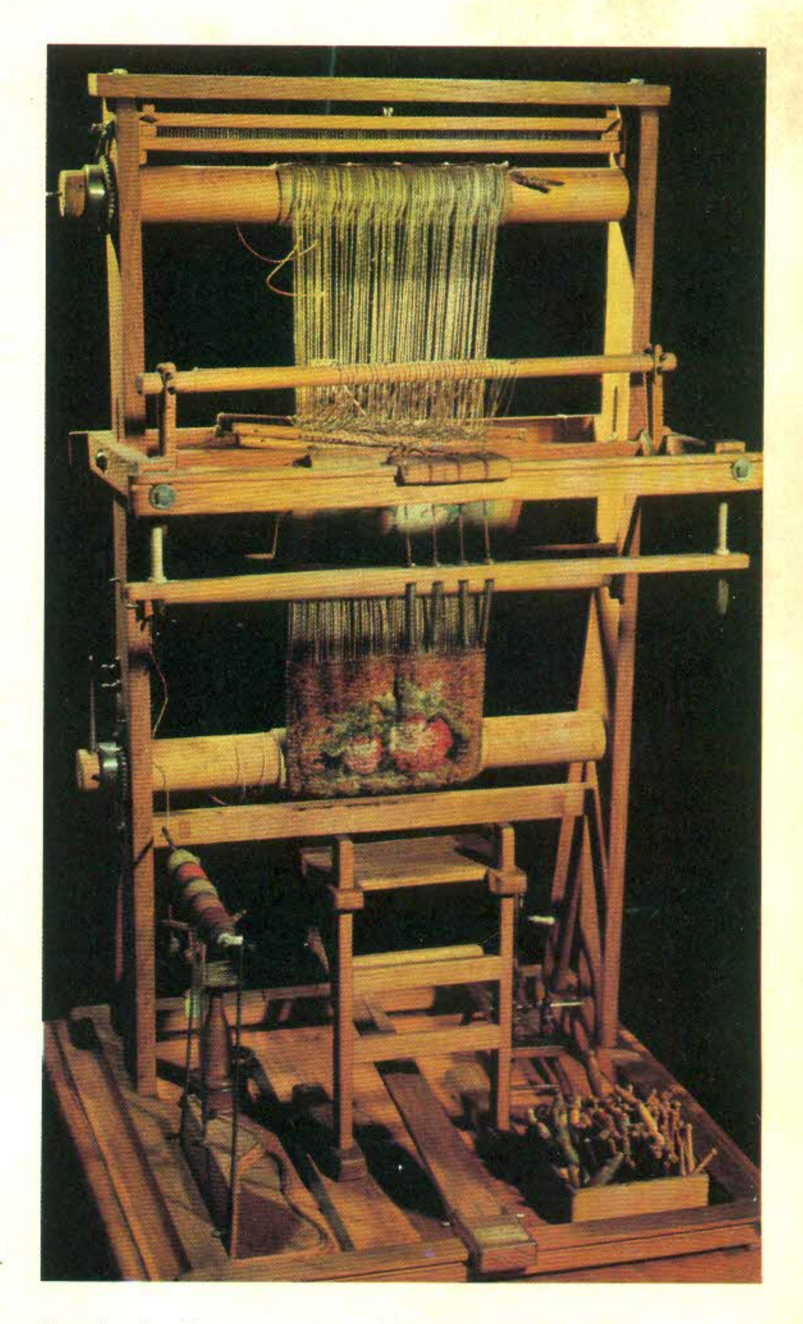
últimos veinte años, como consecuencia por una parte de la extensión de la industrialización a nuevos sectores del mundo, y por otra a la aparición, en los tradicionales centros de desarrollo industrial, de la oposición y la competencia entre el sistema industrial de los países capitalistas occidentales y el sistema de tipo soviético de Europa oriental.

La investigación sociológica, segundo elemento esencial de la sociología moderna, al desarrollar la observación directa y la medida de los fenómenos sociales, también ha contribuido mucho a atraer la atención de los sociólogos hacia las sociedades industriales, puesto que éstas pueden observarse directamente y permiten la obtención de estadísticas relativas a un pasado reciente. La sociedad tribal también ha sido objeto de profundos estudios, pero estos trabajos han sido realizados por antropólogos y el estudio de la relación entre la antropología y la sociología pertenece a un capítulo reciente de la historia de esta ciencia. El incremento de las encuestas y la sistematización de las estadísticas según los métodos más depurados, confirieron a la investigación sociológico-empírica un interés creciente, cuyos primeros ecos los hallamos de nuevo en los trabajos de Weber y de Durkheim.

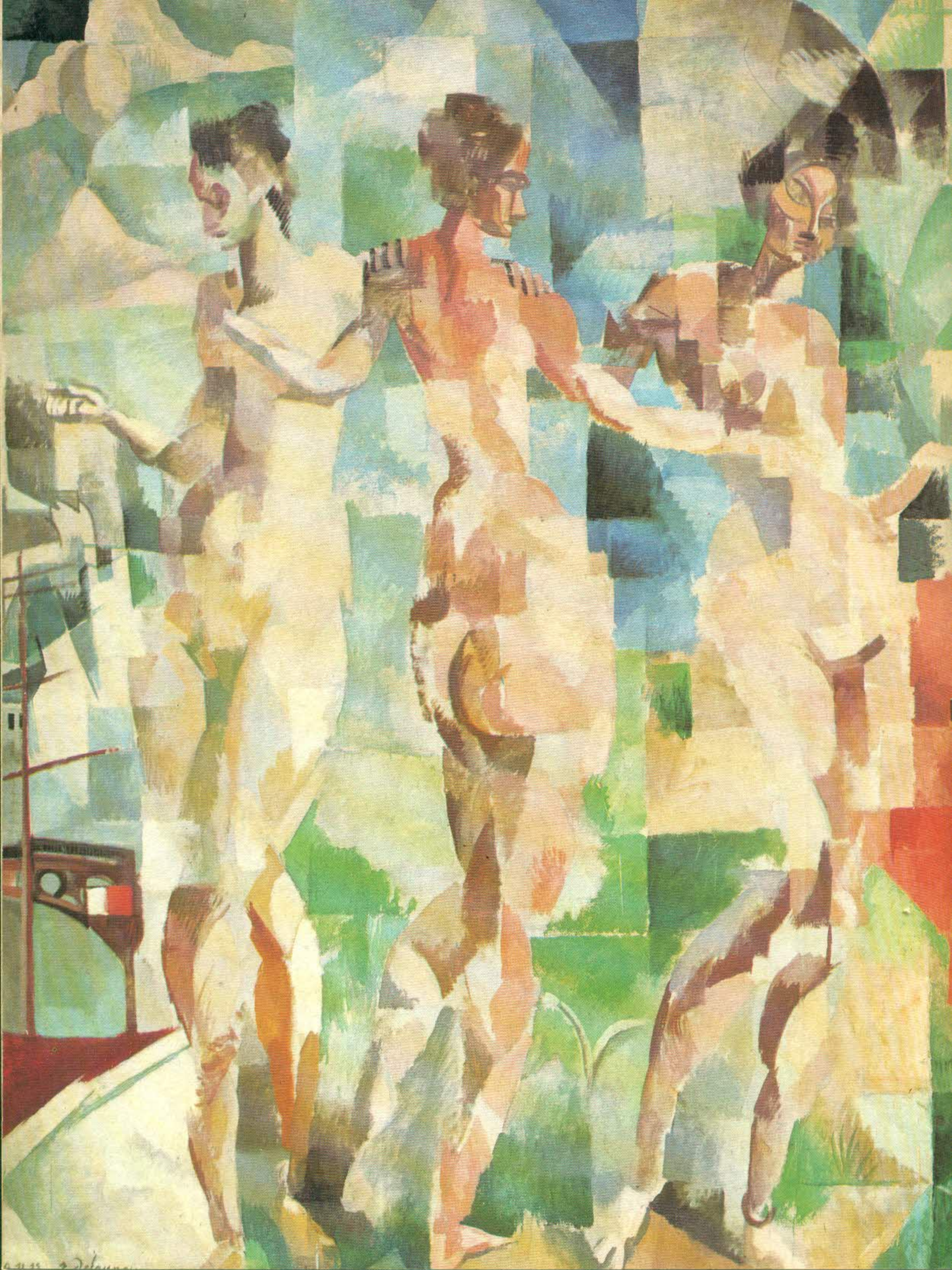
Weber emprendió muchos estudios sobre las condiciones sociales de su tiempo en Alemania, pero su mayor contribución a la sociología empírica radica en su intento de utilizar los datos históricos de una manera más científica y más exacta, con lo que no hace otra cosa que seguir el ejemplo de Marx y sus seguidores alemanes especializados en historia económica. En cambio, en el libro de Durkheim titulado *El suicidio* (1897) hallamos un ejemplo más significativo de la introducción de los métodos empíricos en la sociología.

En este libro se reúnen todos los datos disponibles sobre el suicidio en diversos países europeos y el autor intenta precisar las relaciones entre el suicidio y otras características generales de la vida colectiva. Llega así a establecer tres tipos de suicidio y demuestra que existe para cada tipo una relación regular entre la cantidad de suicidios y determinadas circunstancias sociales, por ejemplo, entre el número de los suicidios llamados «egoístas» y la filiación religiosa. Aun cuando Durkheim trabajó con datos imperfectos y utilizó métodos primitivos de análisis estadístico, su estudio del suicidio representa un notable progreso, puesto que utiliza datos cuantitativos para resolver problemas teóricos de gran alcance que expresa con precisión.

Fue alrededor del año 1900 cuando Durkheim y Weber introdujeron en la práctica esta clase de estudios sociales. La sociología moderna nació cuando se crearon las primeras sociedades nacionales de sociología y se organizaron los primeros congresos internacionales. Su finalidad y métodos no estaban aún determinados y, en ciertos aspectos, aún están sujetos a controversia en nuestros días. No obstante, aparece claro desde entonces que una de las principales tareas de la sociología consiste en establecer, en la medida de lo posible, una teoría de la sociedad industrial y de los procesos de industrialización capaz de ser verificada por los medios científicos normales de observación precisa y de medida exacta. Desde que la sociología ha adoptado esta teoría, se ha situado en el número de las disciplinas intelectuales más importantes para el destino del hombre del siglo XX.



La máquina de vapor tuvo una de sus primeras aplicaciones en la industria textil; desde luego, era un progreso técnico considerable, aunque en cierta forma marcó el principio de los trastornos sociales. En efecto: provocó la desaparición de los antiguos telares (como el aquí reproducido) y, en consecuencia, un fuerte movimiento de concentración industrial, un paro «tecnológico» y muy violentos disturbios sociales.



RENÉ KÖNIG

objeto y métodos de la sociología

Como cualquier otra ciencia, la sociología se propone el establecimiento de relaciones entre datos variables. No se trata de reducir el conjunto de estas relaciones a un factor privilegiado de orden geográfico, económico o psicológico que lo explique todo, sino de arrojar una luz sobre las formas a que obedecen los comportamientos típicos y repetidos, en la medida en que es posible observarlos, lo cual ha permitido el enunciado de teorías que la experiencia verificará.

La sociología contemporánea busca su camino entre grandes visiones sintéticas, que reúnen en un sistema lo que el hombre sabe de sí mismo como ser social, e investigaciones empíricas limitadas, orientadas frecuentemente a la ejecución de tareas prácticas inmediatas. Entre ambos extremos no parece viable hallar un tercer camino, de modo que, para muchos observadores, a mediados del siglo XX la situación general de la sociología es poco satisfactoria e incluso decepcionante si se tiene en cuenta la atención desproporcionada que la opinión pública presta a la evolución de esta ciencia. Considerando la simpatía general de que ha gozado la sociología desde su nacimiento, cabría esperar de ella mayor madurez de la que tiene. En cualquier caso, parece que ésta es la única opinión en la que han podido ponerse de acuerdo los defensores de las dos corrientes irreconciliables de la sociología, que contemplan en una perspectiva igualmente escéptica de la situación. Así pues, el acuerdo se limita a aceptar que, en apariencia, no pueden llegar a ningún acuerdo.

Quisiéramos hacer constar desde ahora que no podemos compartir este escepticismo, aunque dejando bien sentado que este punto de vista no está vanamente dictado por un ingenuo optimismo. Existen muchas razones que nos autorizan a considerar justificadas nuestras esperanzas.

Prejuicios y conceptos estereotipados

Una prueba fundamental de la madurez de la sociología moderna radica en el hecho de que esta ciencia ha aprendido a someterse a su propio método analítico, es decir, a constituir una «sociología de la sociología», lo que señala definitivamente el fin del período «ingenuo» y permite apreciar la distancia que subsiste aún entre la situación efectiva de la sistemática y de la investigación sociológica y las opiniones ampliamente difundidas a este respecto que, en determinadas circunstancias, podrían aparecer manifiestamente como prejuicios y conceptos estereotipados. Mas ¿por qué las consideraciones relativas a la sociología deberían estar precisamente exentas de tales prejuicios? Habiendo hecho del estudio de los prejuicios y las ideas sociales estereotipadas una de sus principales teorías, la sociología debería ciertamente habituarse a aplicarse a sí misma, para ser consecuente, esta teoría.

Semejante «autoesclarecimiento» tendría un importante resultado que, aproximadamente, puede formularse así: es inevitable, cuando se discute apasionadamente sobre problemas intelectuales, que ciertas concepciones extrañas dejen huella en la opinión pública, especialmente cuando entran en juego los medios de comunicación de masas; estas concepciones pasan a ser consideradas luego como conocimientos adquiridos, circulan en esta forma a veces durante decenios y se imponen prontamente en la opinión pública y también en el terreno científico. A nuestro parecer, esto fue lo que ocurrió en el caso de la sociología; hasta tal extremo que, poco a poco, nos hemos visto obligados a considerar con gran reserva los juicios de esta ciencia sobre ella misma, especialmente cuando revisten carácter de justificación respecto a los angustiosos problemas que le plantea la opinión pública.

El daño causado en ese caso a los juicios sobre la sociología por el proceso de cristalización de prejuicios e ideas es-

El pintor hace un análisis de su objeto. (Delaunay «La ciudad de París», fragmento.)*

tereotipadas es muy evidente. No obstante, aunque la situación real de la sociología difiriera completamente de las opiniones admitidas, quedan algunas adquisiciones definitivas sobre las que se establece un acuerdo general, aun cuando la opinión pública no esté tan informada como tiene derecho a estarlo.

Las conquistas de la sociología

Entre estas conquistas hay que considerar ante todo la desaparición de la ingenuidad sistemática con que se lanzaba antaño al mercado, en cada cambio de estación, un nuevo sistema «definitivo», tanto más afirmativo en sus pretensiones, cuanto más débil en su fundamento. Estos sistemas se presentaban frecuentemente en forma de enciclopedias de varios volúmenes, como las compuestas por Herbert Spencer o Sir James Frazer. Franz Oppenheimer todavía presentó su «sistema» en varios volúmenes, y de modo semejante procedió, no hace demasiado tiempo, Pitirim A. Sorokin.

Otro resultado de esta evolución consiste en que nadie se imagina hoy poder encontrar, crear o compilar un sistema sociológico por propia iniciativa; no tan sólo porque el estudio de los materiales reunidos rebase las fuerzas del individuo que quisiera hacerlo, sino más bien porque nadie cree ya en la posibilidad de una creación individual *ab ovo*. La sociología se desarrolla como cualquier otra ciencia seria; cada investigador trabaja en la edificación de la disciplina apoyándose sobre los esfuerzos y los resultados de su predecesor, y la sociología no pertenece realmente a ninguno de ellos, sino que es el fruto común de la larga serie de quienes han trabajado y siguen trabajando en su construcción.

Desde luego, todo esto no excluye la aparición de un gran sistematizador que, tras una serie de pequeños progresos, pueda hacer dar a la ciencia un gran paso hacia adelante; también en las ciencias naturales, los grandes virajes sido dados por un sabio que, repentinamente, supo hallar un común denominador para una serie de observaciones contradictorias en aparente desacuerdo con las nociones sistemáticas imperantes. Pero, incluso en este caso, la diferencia entre este proceso y el de otrora es evidente, puesto que el «viraje» en cuestión no partirá nunca de una reflexión individual, sino del replanteamiento de antiguas nociones sistemáticas.

De esta forma se ha desarrollado uno de los ensayos sistemáticos más importantes de la actualidad, el formulado por el americano Talcott Parsons basándose en las líneas generales comunes de las teorías de Alfred Marshall, Emile Durkheim, Vilfredo Pareto, Max Weber y Bronislaw Malinowski. Así se forman también las corrientes de ideas en el pensamiento sociológico, que no son tan sólo un nexo «horizontal» entre los diferentes problemas actuales, sino que sitúan a la luz del presente los resultados obtenidos por los sociólogos en el pasado.

Todavía hay otro progreso incontestable que no puede ignorarse cuando se examina el estado actual de la sociología: la desaparición de todos los sistemas monolíticos que no sólo preconizaban un método definido y exclusivo, sino que definían además como contenido exclusivo de este método ciertos «factores» últimos absolutamente responsables de todo fenómeno social.

Si se examina el índice de un manual de sociología de principios del siglo xx, salta a la vista que no existía entonces una sociología única, sino un complejo haz de sistemas monolíticos, diferentes y opuestos entre sí, cada uno de los cuales consideraba un solo factor, con exclusión de todos los demás, destinado a expresar toda la vida social de la humanidad. Dejando aparte la puerilidad de semejante principio, si se considera la inmensa diversidad de los problemas sociales presentes y pasados en los cien mil años de existencia del *homo sapiens*, el examen de todos estos factores podrían proporcionar una buena imagen de la variedad de posibilidades de condicionamiento de la vida social humana, si no estuviesen en absoluta contradicción unos con otros. Se hablaba de determinantes físico-materiales, de una mecánica y una ley de gravitación sociales, de una energética social y de una física de los seres sociales.

Varias de estas teorías son incluso relativamente recientes y reaparecieron con notable virulencia tras la gran revolución de la física moderna debida a Einstein, aun cuando esta revolución haya descubierto un horizonte mucho más amplio que el de las antiguas teorías seudofísicas de la sociología, teorías que la física moderna había dejado ya muy atrás.

A la par que estas teorías, desaparecieron también las que defendían que el hombre estaba concretamente determinado por su medio físico y material, especialmente la tesis del determinismo geográfico. El alemán Friedrich Ratzel había enunciado la teoría de que el terreno era el único motivo del agrupamiento social de los hombres e intentó a la vez servirse de este principio para la investigación práctica. No obstante, demostró su verdadera grandeza prescindiendo de su propia teoría para la práctica de sus estudios, con lo que refutó su propia tesis mejor que lo hubieran hecho las críticas ajenas. De hecho no existe ningún «determinismo telúrico» en el sentido estricto del término y es preciso concluir que el hombre crea su propio medio, al menos mientras lo descubre.

Las sociologías organicistas

Otro grupo de sociólogos buscó los factores determinantes del ser social en el campo de la vida orgánica, más allá del medio físico-material. Además de las numerosas analogías que hacen considerar el cuerpo social como un ser vivo,

de la misma manera que el cuerpo individual aparece como un conjunto de cuerpos que han crecido orgánicamente unidos, son numerosas las teorías biológicas parciales que han sido movilizadas por la sociología humana. Estas tesis no replanteaban la estructura social sino la esencia de lo social en el sentido estricto del término; aunque subsiste sin duda la posibilidad de analizar los conceptos de estructura y sistema, de función y proceso en su significado común a todas las ciencias de la vida, estas antiguas teorías no se limitaban solamente a tal análisis crítico, sino que forzaban la analogía hasta el punto de tratar de la economía como si fuera el sistema circulatorio de la sociedad, del Estado como su sistema nervioso central, y hablaban igualmente de tejidos conjuntivos y de sostén.

No obstante, por incierta que fuera la construcción de estos sistemas y por poco que se concentraran en el análisis sociológico, puede deducirse que siempre se proponían, hasta cierto punto, demostrar algo.

Así, la teoría darwinista justificaba fácilmente el principio que originó la aristocracia, mientras que el de la democracia se desprendía del principio de la selección natural; la teoría de las razas demostraba la superioridad de los arios, de los dolicocéfalos o, en caso necesario, de cualquier otro grupo. Con semejantes argumentos se podía demostrar también que el fin común de la biología y de la sociología es afirmar la originalidad o el carácter natural de los lazos corporativos o la aparición de la familia humana a partir del instinto de reproducción, aunque se haga difícil comprender que algo tan sencillo haya podido adoptar formas tan diversas histórica y culturalmente. Cabe entonces suponer que la palabra «instinto» podría tener aquí una función muy parecida a la célebre y clásica «vis dormitiva» de Molière con la que pretendía explicar la eficacia del opio.

De esta forma, la sociología organicista no tan sólo demostraba adolecer de ciertos defectos, sino que, lo que es más grave, daba carta de naturaleza en el pensamiento sociológico a una analogía aproximativa y mal fundamentada; analogía que sigue siendo, al menos en el nivel del lenguaje, en muchas representaciones vulgares e incluso científicas, la del ser social.

Desde luego, resulta cómodo hablar del funcionamiento «orgánico» de un grupo social cualquiera. Sin embargo, éste, en tanto que «sistema» social grande o pequeño, basado en ciertas ideas y normas comunes que deben asimilar todos sus miembros por un proceso de educación (o de socialización) más o menos consciente, no tiene absolutamente nada que ver con un cuerpo orgánico. Tan desprovisto de sentido resulta el hablar de «comunidad orgánica», como el referirse al crecimiento, a la decadencia o a la vejez de los cuerpos sociales.

Lo peor es que la mayor parte de estas analogías abusivas parecen converger, de modo que se admite sin crítica que expresan una realidad. Si hay algo peor que los errores completos, son las verdades a medias, puesto que éstas interrumpen parcialmente la evolución de la investigación. Además, tienen gran resonancia psicológica, ya que propagan la reconfortante convicción de que todo se orienta a un ulterior beneficio en el mejor de los mundos; sin embargo, dejando aparte este efecto psicológico, su eficacia real es prácticamente nula.

Tras la biología y sus diferentes disciplinas, fueron las diversas psicologías las que se adueñaron de nuestra ciencia, con lo que hasta cierto punto se reprodujo el mismo juego a un nivel superior.

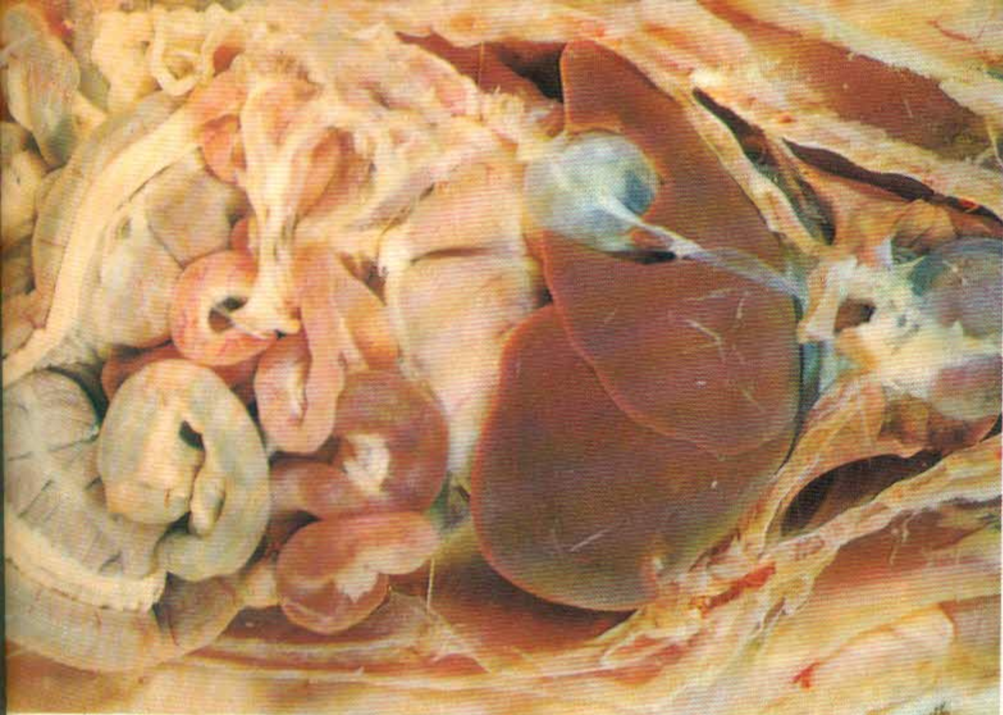
Unas veces, las psicologías materialistas o biológicas intentaban demostrar la existencia de factores sociológicos elementales; otras, se ponían en evidencia elementos propiamente psíquicos que determinaban el fenómeno social: desde los instintos a las ideas-madre pasando por los intereses. Era inevitable que las sociologías psicológicas de diversas tendencias sufrieran además la crisis y la desorientación simultáneas de la psicología, que se prolongaron durante más de una generación de investigadores.

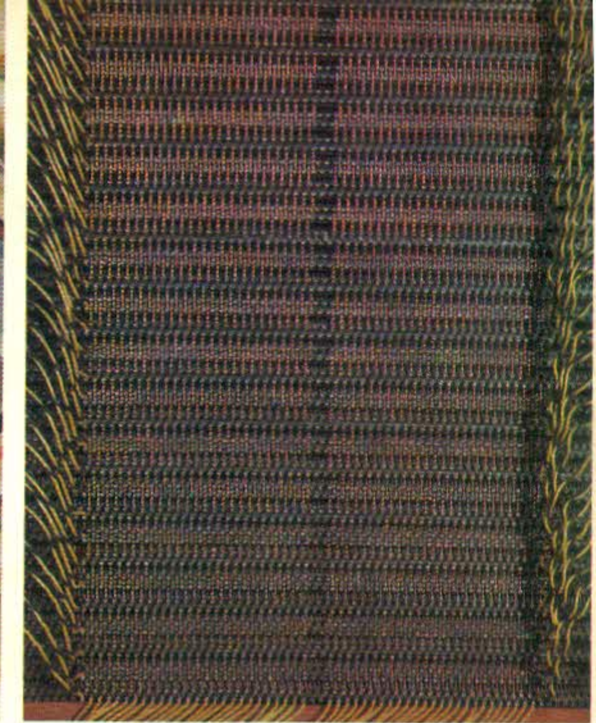
Por añadidura, la sociología soportó el peso de antiguas teorías psicológicas de carácter casi sociológico, como, por ejemplo, la psicología de los móviles derivada de la tesis sobre el intercambio y el contrato social. Piénsese en la lucha sostenida para deshacer la compleja noción conocida con el nombre de *homo oeconomicus*. En la doctrina denominada de la utilidad marginal, reaparece todavía por última vez el prejuicio de que el comportamiento económico de una sociedad es una conducta que debe interpretarse según un complejo esquema que es el resultante de muchas motivaciones individuales. Cuando se acepta semejante doctrina, el contenido específicamente social del comportamiento económico no puede por menos que escapar totalmente al examen.

La mismo ocurre con el derecho y la teoría del Estado; en estas doctrinas, es el «contrato» y no el «intercambio» el que constituye el elemento básico, sobre el que asientan luego las relaciones sociales, sin que jamás se haya preguntado nadie si el propio contrato no necesita un fundamento sociológico en cuyo caso no podría servir de base a lo social como factor predominante.

De esta forma surgen una serie de problemas mal planteados que han sido una pesada carga para la sociología antigua y que aún influyen desastrosamente en las representaciones populares y embrollan las ideas.

A este conjunto de falsas ideas pertenece la de la absurda oposición del individuo y la sociedad, de la persona y de la colectividad, cualquiera que sea el nombre que se les quiera dar. En último análisis, estas esquematizaciones se remontan siempre a teorías psicofilosóficas, que de una u otra forma intentaban construir por medio de algunos factores elementales el esquema evidentemente «complejo» de lo social.





Considerada como organismo, la sociedad es un todo estructurado; pero la comparación sólo es válida en un nivel abstracto y deja de serlo si se busca en ella el equivalente de los pulmones, el corazón o el hígado. También la cibernética proporcionó al sociólogo un modelo de pensamiento...

El verdadero punto de partida de la sociología

Dejando aparte el que estas tentativas despiertan innumerables dudas sobre la prioridad de uno u otro término de la alternativa, queda claro que el hecho originario de lo social no está constituido por una serie de individuos aislados que, de una forma u otra, se unen más tarde, sino por un conjunto complejo que se divide en partes y al que no puede aplicarse el axioma filosófico —de indudable origen biológico— según el cual «el todo es mayor que la totalidad de las partes». Efectivamente, nada puede encontrarse en el todo que no esté contenido en sus partes, y viceversa, nada se encuentra en las partes que no exista asimismo en el todo. El examen objetivo de este problema nos demuestra la imposibilidad de excluir lo social cuando se habla de la persona, ya que toda persona es la resultante de un proceso social. Por el contrario, todo grupo social se encuentra formado por personas y no contiene nada «además» o «fuera» de ellas, sino que simplemente se realiza por su intermedio.

Insistamos una vez más en que este importante conocimiento teórico se ha obtenido por medio de un análisis imparcial y empírico (sin prejuicio filosófico) de la conciencia social inmediata de la persona socio-cultural, gracias a lo cual los reformadores de la antigua psicología (como Wilhelm Dilthey con su «psicología realista» y los primeros representantes de la psicología social en Europa y en América) se han puesto de acuerdo sobre este punto. Es fácil comprobar que estas concepciones han dejado ya atrás los sistemas factoriales monolíticos aun cuando de momento esto no fuera inmediatamente visible.

Después de todo esto, se imponía un buen «lavado de cerebro» de la antigua sociología, para poder eliminar así todas las reminiscencias teóricas del pasado. Este trabajo resultó muy penoso desde el principio, pues no se trataba de inventar nuevos factores predominantes para continuar el tradicional juego, sino de dar un paso complejo en un terreno nuevo. Este paso fue dado independientemente por los tres grandes sociólogos, con los que la sociología propiamente dicha entra en su fase de madurez: Georg Simmel, Gabriel Tarde y Emile Durkheim. Todos ellos sentaron las bases decisivas de la teoría sociológica durante el último decenio del siglo XIX.

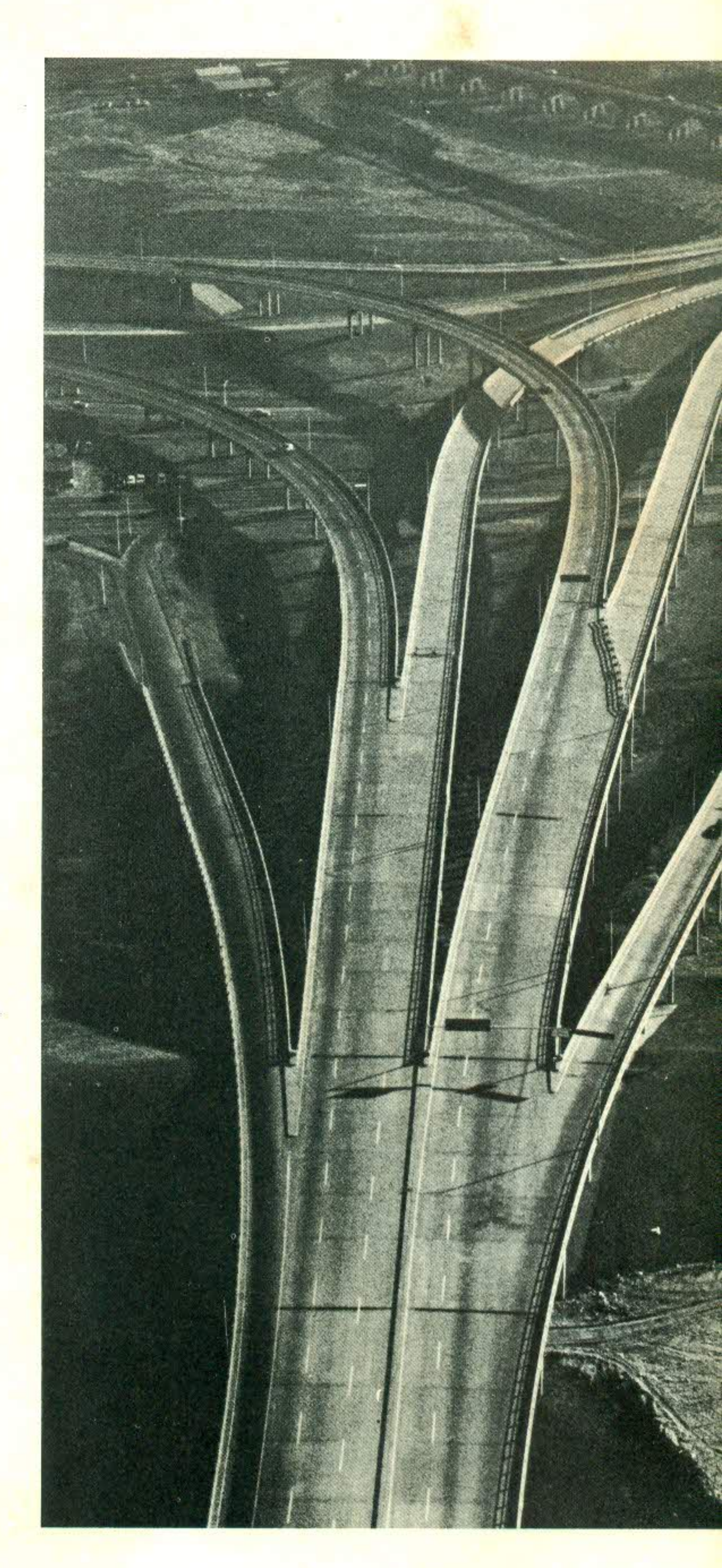
Georg Simmel se dio a conocer como el creador de la sociología llamada «formalista», si bien esta expresión no indica en forma apropiada lo decisivo de su contribución. En el mejor de los casos, puede emplearse esta expresión para señalar la diferencia entre su obra y la teoría de los factores, que todavía se encuentra formulada aquí y allá. No obstante, esta forma de hablar implica un peligro que hay que subrayar: en efecto, los conceptos «formales» pueden ser siempre considerados en la misma perspectiva que las doctrinas sociológicas cuyo contenido determinan, puesto que, en cierta manera, estructuran formalmente la realidad social, lo cual es propio de los conceptos. Sería, pues, preferible decir que la sociología formal no es ni biología, ni física, ni psicología, sino todo a la vez, en cuanto constituye hasta cierto punto una «geometría de lo social» que hace surgir las «formas» comunes de las diversas sociologías do-

tadas de un contenido. Así la sociología formalista no se aleja en modo alguno de la prolongada serie de sistemas teóricos hasta entonces formulados, pero, como ha señalado Georges Gurtvich, se colocaría al final de esta serie. En esta sociología el factor decisivo de lo social sería su estructura formal.

Existe otra posibilidad de interpretar la noción de «forma» (que solamente así adquiere su pleno significado) que hizo de Simmel un sociólogo moderno en el estricto sentido del término. Por formas no es preciso entender abstracciones que tienen un contenido cualquiera, sino relaciones de comportamientos de carácter estructural, es decir, que condicionan diversas conductas regulares y repetidas. A la vez, queda bien claro que dichos comportamientos siempre son «relaciones», esto es, resultan de intercambios entre individuos diferentes. Es Friedrich H. Tenbruck quien ha resumido esta «puesta a punto» en la presentación que hizo de Simmel con motivo de su centenario: «La tarea de los sociólogos se define por las reglas siguientes: no considerar lo que hacen los particulares como tales, sino atender a las reglas que rigen sus relaciones; no considerar la regularidad de las acciones singulares de los individuos, sino la regularidad de relaciones entre las acciones de varias personas» (1958). En realidad, se trata de algo más que de un nuevo tipo de sociología añadido a los demás. Por el contrario, la concepción de Simmel se opone a todas las demás, a las que él relega a la insignificancia en la medida en que: *a)* define la dimensión de lo social como dimensión de carácter propio, irreductible a cualquier otra; *b)* contempla el «factor sociológico», que no había sido considerado hasta entonces porque se le quería asimilar a otros factores; y *c)* descubre el método sociológico como fundamento de una disciplina autónoma.

Cuando el gran matemático y físico francés Henri Poincaré ironizaba diciendo que los sociólogos eran muy hábiles para hallar métodos que, afortunadamente, nunca aplicaban, se refería a los métodos derivados de las «teorías factoriales» que movilizan todos los elementos posibles e imaginables, salvo el esencial, es decir, el factor sociológico del que todo depende. Con él, el método no es ya la aplicación de una técnica cualquiera de investigación, sino que funda un campo original, garantiza la objetividad y utiliza para ello conceptos que le son propios. Efectivamente, la tarea de los sociólogos se realiza así de forma muy distinta al simple alineamiento de factores particulares siempre nuevos y se adentra en el análisis de los cuadros estructurales en que se sitúan los hechos sociales.

Un hecho social se define siempre a partir de otro anterior: Gabriel Tarde, en forma completamente independiente, había ya juzgado que la sociología podía considerarse



...pero no una imagen concreta de la sociedad. Esta imagen puede encontrarse, al menos en el plano de las funciones, en algunas realizaciones sociales, como en el caso de las autopistas. (Foto Ewitt-Magnum.)

como una especie de psicología, siempre en la medida en que se evite fijar su contenido basándolo inadvertidamente en una especie de «individuo presocial» independiente, destinado a unirse posteriormente con sus semejantes para formar un conjunto social. En realidad, la sociología es una «interpsicología» que examina las estructuras y leyes de las «relaciones interindividuales» (Léopold von Wiese).

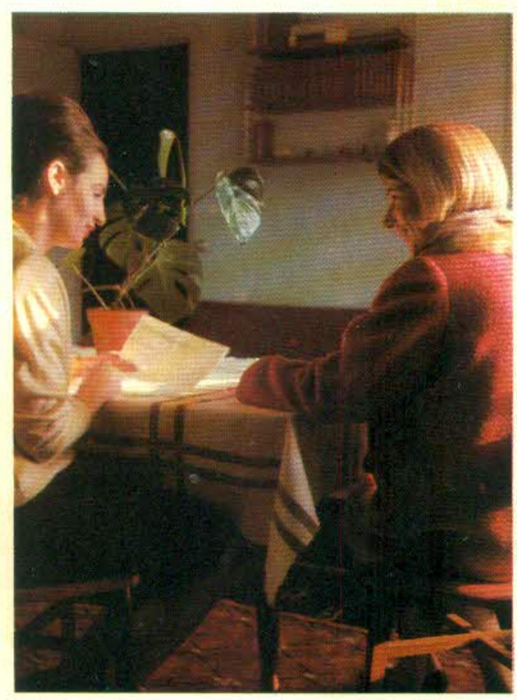
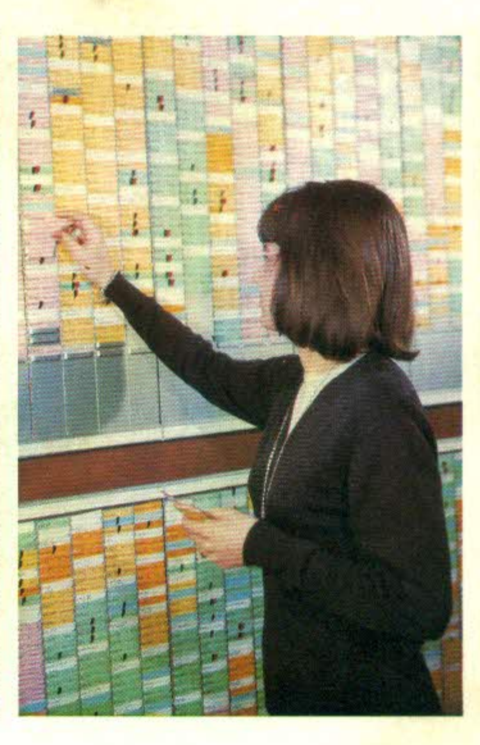
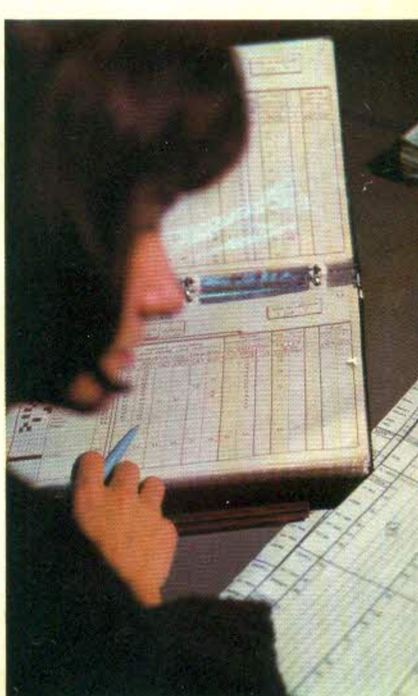
Indudablemente, esto no define totalmente el factor sociológico, cuya definición fue dada solamente por Emile Durkheim en la exposición de su concepto de las representaciones colectivas que regulan los intercambios sociales. Confiere así nuevo significado a un antiguo conocimiento, pero lo importante es que relaciona esta definición con otro concepto, el del «método sociológico», haciendo dar a la sociología un paso decisivo hacia la fundación de una ciencia autónoma. Es social cuanto me liga con obligaciones independientes de mí mismo. Incluso cuando cumplo libremente estas obligaciones tienen una realidad independiente de mi voluntad estrictamente personal. No las he concebido yo, sino que me son impuestas por la tradición y por mi propia educación.

En resumen, se trata de mi comportamiento como padre, esposo, o ciudadano sujeto al cumplimiento de contratos; de mi comportamiento como sujeto económico, como titular de un empleo, como miembro de una asociación cualquiera (iglesia o partido político), es decir, como ser sociomoral sometido a los usos, costumbres y demás sistemas reguladores. Si me aparto de estas representaciones colectivas, la sociedad que me rodea reacciona imponiéndome sanciones más o menos fuertes según la importancia del comportamiento aberrante para el resto de la sociedad. Desde la sentencia judicial a la simple burla, la sociedad responde en formas diversas a cualquier incumplimiento de las obligaciones sociales. De esta forma Durkheim aclara definitivamente la dimensión de lo «social», así como la propiedad común de todos los objetos abarcados por la sociología, el aspecto que les confiere un carácter científico. Al mismo tiempo, sostiene Durkheim que estas obligaciones no están basadas en una ley moral abstracta, sino más bien en la práctica efectiva.

Por primera vez es evidente ahora que se puede proceder empíricamente basando los enunciados científicos en observaciones metódicamente establecidas y planeadas, y al mismo tiempo establecer observaciones de gran alcance sobre el carácter general de lo social. Así empieza a resolverse, siquiera parcialmente, el dilema planteado al principio de esta exposición.

En realidad, cabe decir que una parte esencial del desarrollo de la sociología moderna consiste en la progresiva resolución de este dilema que caracterizó al siglo XIX.

Las técnicas de encuesta social por entrevistas entrañan, entre otros, problemas de clasificación geográfica y profesional (foto de la izquierda). Estos métodos, utilizados cada vez más sistemáticamente por la sociología, han establecido estrechos vínculos entre esta ciencia y la psicología social, que estudia la forma en que los individuos viven las determinaciones sociales. Comúnmente se procede a establecer una clasificación por fichas (foto del centro) y luego a un tratamiento estadístico (foto de la derecha) de los materiales obtenidos por medio de un cuestionario previo.

Filosofía de la historia y doctrinas ideológicas

Si con lo que acabamos de decir estuviese resuelto el problema de los fundamentos del método sociológico, las cosas serían fáciles desde este momento, pero no es éste el caso. El fenómeno social tiene un carácter eminentemente histórico, además de venir determinado por ciertos conceptos morales, por lo que no es solamente un fenómeno confinado en el marco de las obligaciones sociales, sino también un cambio de carácter estructural que modifica los propios conceptos de valores. Esto plantea problemas de naturaleza completamente distinta como, por ejemplo, la del «sentido» general de este cambio. Evidentemente, se trata de un problema muy diferente; aunque se intente siempre someter de nuevo el fenómeno social a un análisis empírico, se desemboca, no obstante, en una especulación filosófica para responder a la pregunta del sentido de la historia y de las realidades sociales en su conjunto, de forma que el dilema inicial no parece haberse resuelto más que efímeramente. Por lo demás, estas especulaciones sobre la filosofía de la historia son muy antiguas. La cuestión consiste en averiguar si el conocimiento de la filosofía de la historia está fundamentalmente subordinado al de la experiencia inmediata, es decir, si con dicho conocimiento se abren realmente nuevos horizontes que no pueden alcanzarse por la investigación normal.

Si nos referimos a las teorías factoriales monolíticas de las que hemos hablado anteriormente, comprobamos que éstas no desarrollaban solamente hipótesis particulares sobre la dependencia que tienen determinados fenómenos sociales respecto a unos elementos especiales y limitados (físicos, biológicos, biofísicos y psicológicos), sino que desarrollaban también ideas filosóficas generales, al afirmar la exclusiva eficacia de estos factores determinantes.

También estas filosofías se desarrollan siempre gracias a la extensión desmesurada de un factor particular. Estos factores son sencillamente de naturaleza ideológica, es decir, que representan ideas determinadas, tales como progreso (perfectibilidad), evolución (nacimiento, florecimiento, decadencia), libertad, sociedad sin clases, etc., de las que se dice que constituyen en cierto modo la «ley» de la historia.

La tarea del sociólogo consistiría en tal caso en intentar seguir «las huellas de las leyes naturales» de la evolución social, como dice Karl Marx en su introducción al *Capital*. Esto significa, en cada circunstancia particular, «descubrir la ley de las motivaciones económicas de la sociedad moderna», lo que equivale a sacar como conclusión, del importante papel desempeñado por la economía en la sociedad (tan evidente en la experiencia), una afirmación filosófica muy diferente y de carácter universal, según la cual la ley de las motivaciones de la sociedad moderna sería exclusivamente de naturaleza económica, que es lo que se afirma también en el *Manifiesto comunista* (1848): «La historia de todas las sociedades ha sido hasta ahora la historia de la lucha de clases.» Se trata todavía de una teoría factorial monolítica, salvo que el factor básico es en este caso una idea determinada (la lucha de clases) que, aunque es exacta dentro de ciertos límites (es indiscutible que existen luchas de clases), aparece aquí inadmisiblemente universalizada como principio general de explicación.

En el fondo no hay auténtica oposición entre las sociologías filosófico-especulativas y las empíricas, pues ambas están edificadas sobre experiencias determinadas; lo que ocurre es sencillamente que unas las universalizan sin críticas y las otras no.

La razón de esta diferencia es muy fácil de comprender: los enunciados de carácter universal, como los que acabamos de citar, contienen un fuerte atractivo para la acción. Así Marx pretendía servir, no a la teoría, sino a la *praxis* revolucionaria, y esto es lo que pretenden también todos los demás filósofos de la historia, excepción hecha del grupo social al que pueda resultar provechosa esta acción; trátese del liberalismo (John Stuart Mill, Herbert Spencer, Leonard Trelawney Hobhouse), del conservadurismo (desde Edmund Burke a Charles Maurras y Oswald Spengler), del socialismo (Karl Marx), del sindicalismo (Georges Sorel), del cristianismo católico (Pío XI en su encíclica *Quadragessimo anno*, León XIII en la *Rerum novarum*), del cristianismo protestante (Arnold Toynbee), del *american way of life* o del comunismo y de la lucha de clases (Lenin, Stalin), todos toman elementos de la realidad, a los que confieren inmediatamente un valor filosófico general que se señala como el único objetivo posible de la acción.

Respecto a estas filosofías de la historia, la sociología sólo puede adoptar dos actitudes: por una parte, desenmascarar sus injustificadas pretensiones y, por otra, presentar empíricamente las situaciones reales en que se basan. Así, la sociología moderna hace del estudio de las ideologías, es decir, de la investigación de las relaciones entre los sistemas de ideas y las «situaciones sociales» dadas, su parte quizá más importante desde el punto de vista del método. Karl Marx relaciona este estudio con el de la estratificación social al demostrar que las ideas que dominan una época, son a menudo las de la clase dominante, es decir, que «la clase que ostenta el poder *material* de la sociedad, es también la potencia espiritual dominante» (1845-1846). Una vez más, utiliza este instrumento teórico con la intención práctica de denunciar la economía liberal, vigente en su época, como instrumento ideológico destinado a asegurar la justificación de la sociedad burguesa.

Con esta perspectiva se ha prolongado el camino de la sociología desde el estudio riguroso y teórico de las ideologías hacia una nueva disciplina llamada «sociología del conocimiento». Su objeto es la exploración histórico-sociológica «de las estructuras necesariamente diferentes y de los diversos tipos de conciencia de individuos colocados en diferentes situaciones» (Karl Mannheim). En este caso la intención ya

no es práctica sino teórica, a saber, la coordinación de elementos ciertos de conocimiento con situaciones sociales determinadas, entre las cuales desempeña un papel especial el poder y la estratificación de las clases.

No obstante, pretender que los análisis ideológicos pueden basarse exclusivamente en la lucha de clases sería una generalización inadmisible. Sería mucho más importante una clasificación de las «formas de conocimiento» en la sociedad, especialmente una clasificación de una situación determinada del presente (tanto en un corte histórico transversal como longitudinal) que no demostraría la existencia de una sola forma dominante de conocimiento, sino de todo un sistema de niveles de conocimiento y también de las instituciones correspondientes (colegios, escuelas profesionales, escuelas superiores, universidades, academias) que difunden el saber, incluidos los medios de comunicación de las masas, que son auténticamente democráticos porque son accesibles en diferentes grados a casi todas las clases sociales y potencias económicas.

Los cambios sociales

El problema de los «cambios sociales» adquiere desde este momento nueva profundidad, al distinguir claramente las estructuras sociales y sus funciones por una parte, de los procesos sociales centrados en este esquema, y por otra, de la evolución social y de la transformación del conjunto de las estructuras. Georges Gurvitch afirma que todo fenómeno viene determinado por las estructuras sociales que, a su vez, pueden evolucionar por desestructuración o reestructuración. Pero esos procesos altamente complejos no comprometen tan sólo a las formaciones sociales en evolución (familia, economía, derecho, Estado) sino también a los sistemas de ideas y a las ideologías con ellos relacionadas. En ciertas circunstancias surgen crisis prácticamente totales durante el transcurso de las transformaciones sociales, cuando cambian todos los principios reguladores de las sociedades y, a la vez, los factores reales e ideológicos. Así se plantean, entre las diferentes partes de una sociedad, amplios conflictos y revoluciones que, en algunos casos, comprometen cualquier integración.

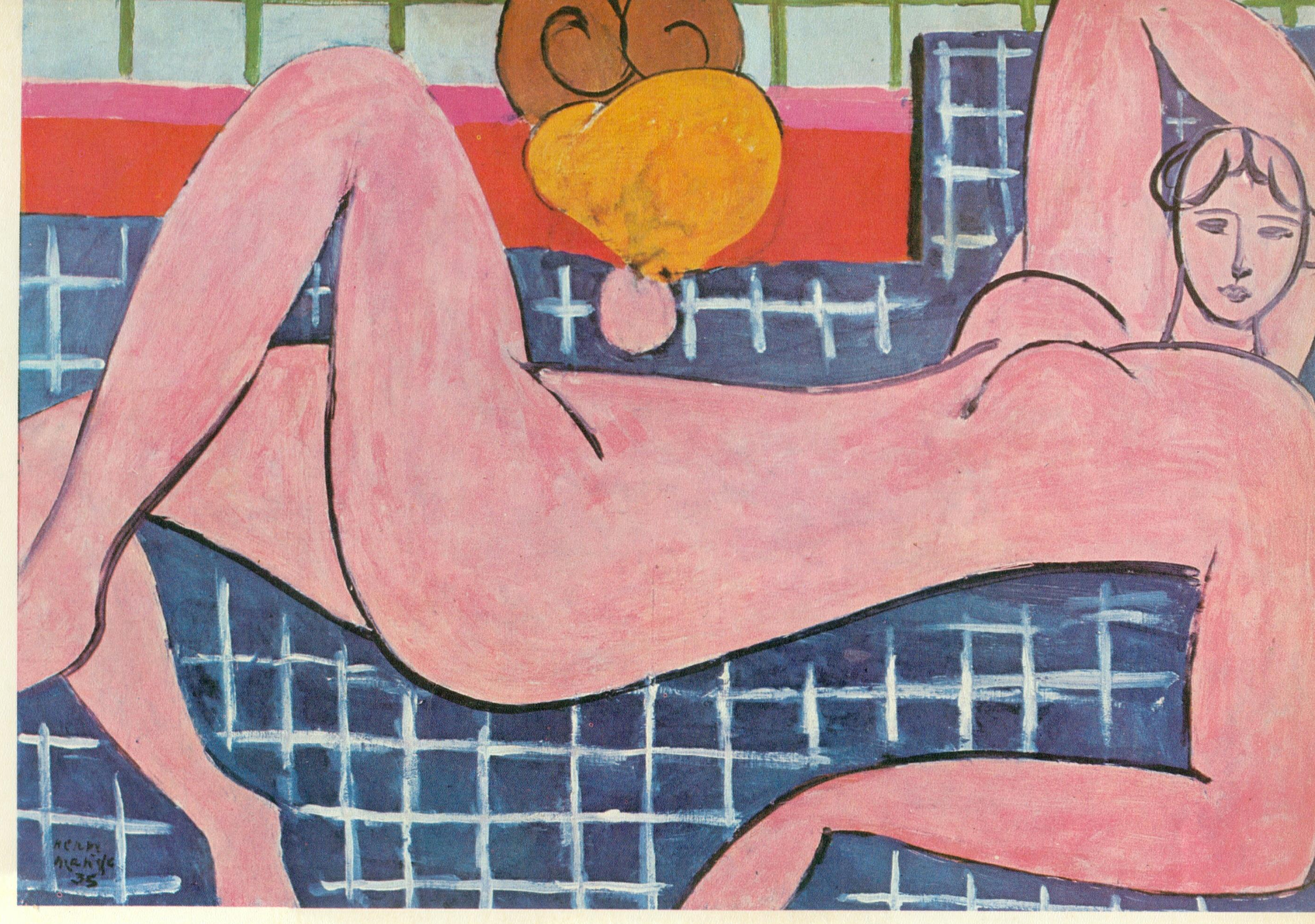
La primera revolución de esta especie, decisiva para la sociedad moderna, fue la destrucción del feudalismo por la sociedad burguesa, tras las crisis constitucionales inglesas del siglo XVII, la declaración de independencia americana en 1776 y la revolución francesa de 1789. La segunda revolución fue la emancipación de la clase obrera en el marco del sistema ascendente de la sociedad industrial a partir de 1848. Después se inicia un nuevo período de transformación revolucionaria de largo alcance, en el que aún nos hallamos hoy, durante el cual se produce la integración política de la clase obrera.

El estudio de la transformación social revela, indudablemente, menos elementos puramente revolucionarios que antaño, pero esto no se debe únicamente a que se haya frenado el proceso de transformación acelerada. Más bien podría decirse que la sociedad se halla en estado de «revolución permanente» (León Trotsky) mientras que su sistema se ha hecho más fluido, lo que significa que la transformación social se produce simultáneamente en todos los sectores, pero que cada uno evoluciona a ritmo distinto (la técnica más rápidamente que la economía y ésta más que el derecho y la religión). Además, se produce un conflicto suplementario entre los órdenes sociales y los medios de adaptación socio-culturales: educación, formación filosófica, cultura (William F. Ogburn). Las relaciones entre unos y otros pueden definirse como un retraso temporal *(time lag);* por ejemplo, el retraso entre la evolución efectiva de la familia y las representaciones culturales de esta misma familia que prevalecen en una sociedad dada. Las representaciones socio-culturales poseen en general la propiedad de sobrevivir, incluso mucho después de haber desaparecido las realidades que las originaron.

Esta evolución social universal viene acompañada de complejísimos cambios estructurales en la estratificación social, de tal modo que el estudio de la misma ha adquirido con toda justicia una importancia muy creciente en la sociología moderna. Aunque Marx pensaba que la estratificación tendería a simplificarse cada vez más hasta el momento en que sólo dos clases, la burguesía y el proletariado, quedarían en pie para el combate final, se ha producido, por el contrario, una extraordinaria complicación del sistema de clases sociales y cada vez aparece más claro que las clases medias se convierten visiblemente en los representantes culturales de las diferentes sociedades.

Los tipos ideales

Ante este creciente interés por la historia, el método sociológico tenía que progresar en el campo abierto por Durkheim mientras que el camino inaugurado por Simmel hallaría en Max Weber una extraordinaria prolongación con el concepto de «tipo ideal». La sociología no puede darse por satisfecha con simples descripciones de los acontecimientos histórico-sociales, pues este método se conforma con la yuxtaposición de hechos que no pueden compararse y, por tanto, no permite formar conceptos estructurales, los cuales precisan siempre de una cierta generalización. Además, subsiste el riesgo de que la historia se extravíe en la descripción de «seudo-tipos» que no significan otra cosa que la extensión de determinadas ideologías en el terreno de las concepciones científicas. (Es lo que ocurre cuando, por ejemplo, se incorporan al concepto «capitalismo» los elementos ideológicos del período histórico que caracteriza, lo que conduce a presentar por lo menos dos conceptos en lugar de uno, según se examine el fenómeno desde el punto de vista de las derechas o las izquierdas.) Este peligro no puede evitarse más que limitando los conceptos históricos a los fenómenos que, por su estructura, dependen de esos conceptos. Se subrayan



Del nuevo análisis de la realidad nacen la ciencia y el arte modernos. Los sociólogos se ocupan de la sociedad (cosa que ya hacía Aristóteles); Robert Delaunay (véase pág. 36) o Henri Matisse pintan un desnudo (lo que ya hacía Tiziano), pero ni unos ni otros han visto su objeto de la misma manera que sus predecesores. Han tenido que someterlo a deformaciones voluntarias, que en principio pueden sorprender al no iniciado y que luego se le imponen como único medio de hacerle ver algo nuevo en la construcción del espacio — o de la sociedad — y de restituirle la realidad.

así, de forma sorprendente y hasta exagerada, algunos aspectos de la realidad para hacerlos resaltar mejor con relación a otros fenómenos similares. Además, en cada caso concreto conviene desarrollar una tipología que permita reconocer las diversas formas bajo las que se presenta la realidad y distinguir los fenómenos similares. Así Durkheim distingue tres tipos de suicidio: el egoísta, el altruista y el «anómico», y Max Weber distingue la dominación racional de la tradicional y la carismática.

A diferencia de esta clase de tipologías, los tipos ideales no están destinados a permitir la descripción de las formas sociales particulares, sino más bien de los procesos históricos. Así, el concepto de «racionalización» no describe fenómenos particulares, como por ejemplo, la racionalización de la producción en la industria, sino un camino general hacia la objetivación no sólo de la economía, sino de todas las relaciones sociales en general, que no están basadas en valores y sentimientos puramente personales, sino en servicios mensurables. En la metodología sociológica moderna se ha comprobado que este concepto es extraordinariamente fructífero, ya que permite captar procesos generales histórico-sociales muy generales sin necesidad de acantonarse nuevamente en una filosofía especulativa de la historia. Con referencia a estos tipos ideales, la sociología contemporánea distingue entre las dos formas fundamentales de las situaciones sociales, que se expresan como «atribución» en un sistema de relaciones personales de carácter paternalista, y como realización o «adquisición» en un sistema de relaciones de carácter económico, que es siempre racionalmente mensurable. (En inglés, *ascription* y *achievement;* en alemán, *Zuschreibung* y *Leistung.)*

Otro tipo ideal histórico, ya mucho más concreto, es el concepto de «burocratización»; tampoco aquí se enuncia ninguna afirmación universal, pero se demuestra que, en el cuadro de la racionalización general de una sociedad, aparecen estructuras sociales de una especie particular cuando se confían determinadas actividades complejas a la competencia de ciertas «autoridades», que son expertos de distintos tipos dotados de una formación adecuada, en quienes el poder central «delega» ciertos títulos de autoridad limitados y racionalmente definidos. La burocratización entraña, además, el desarrollo de una economía financiera, puesto que el mantenimiento del sistema requiere disponer de recursos permanentes, que provienen de un sólido sistema impositivo. La burocracia se instala primero en la administración del Estado, pero se introduce luego paulatinamente en otros sectores de la vida que necesitan una administración, es decir, una organización racional como, por ejemplo, las empresas industriales, los partidos políticos, la vida cultural, etc. En el sentido del término, la burocratización es, pues, un concepto estructural.

Surge así todo un sistema de conceptos para analizar varios otros fenómenos dependientes de éste. Estas manifestaciones pueden estudiarse empíricamente en su acaecer histórico, sin recurrir por ello a especulaciones histórico-filosóficas.

Se ha desarrollado así un método propiamente sociológico a partir del dilema original entre las concepciones sintéticas globales por una parte y por otra, las investigaciones empíricas, sujetas siempre a una tarea limitada y estricta. Este método ha conseguido superar la contradicción inicial. Igualmente la multiplicidad aparentemente irreductible de los datos teóricos ha podido reducirse a una concentración significativa gracias al análisis estructural que, por medio del tipo ideal, ha llegado a integrar complejos procesos históricos.

De este modo la sociología, al empezar a adquirir madurez, se ha convertido en un instrumento esencial de toma de conciencia de la sociedad moderna.

Sistemática de la sociología y técnicas de investigación

Hoy día, la sistemática sociológica se basa principalmente en lo que se ha llamado sociología general, que trata de nociones sociológicas fundamentales, como persona sociocultural, socialización, estructura y función, procesos sociales y cambio social, etc. Se trata de auténticos conceptos generales, esclarecidos por la investigación ya efectuada y que forman un creciente conjunto de nociones coherentes, sobre las que se fundan las sociologías especiales, como la sociología de la familia, las de las comunidades locales, la del derecho, del arte, de la cultura, etc. En cada una de estas disciplinas se forjan conceptos específicos propios de sus respectivos campos de investigación.

Pero a fin de cuentas, la sociología moderna no se ocupa solamente de grupos particulares, sino también de sociedades globales (sociedades industriales, sociedades subdesarrolladas) y procesos complejos de racionalización, estratificación social, burocratización, desestructuración, reestructuración de sociedades históricas (revolución), etc. La sociología demuestra su propia madurez al someter sus adquisiciones a la sociología del conocimiento, con lo que asegura notablemente el desarrollo de su método.

Independientemente de este desarrollo metodológico, se han formado técnicas de investigación propias que han permitido utilizar las nociones adquiridas para formular un sistema de hipótesis en los terrenos más diversos. En el fondo hay ávidos procesos científicos que se desarrollan paralelamente: por un lado, la formación del método sociológico que permitió la gestación de la sociología general; por otro, el control experimental de enunciados particulares y la formulación de teorías particulares de alcance medio (Robert K. Merton). Un observador superficial podrá pensar que existe una oposición entre ambas tendencias de la actividad sociológica, siendo así que, por el contrario, trabajan en colaboración, formándose así gradualmente, junto a los conceptos básicos, un conjunto de conocimientos específicos seguros que pueden codificarse sistemáticamente. Las cosas han llegado casi hasta tal punto que, hoy día, para algunos fines prácticos determinados no se necesita recurrir a la encuesta, sino que puede utilizarse un fondo de conocimientos ya verificados. Todo ello no sería posible sin una gran actividad investigadora que ha reunido en los últimos cuarenta años más informaciones concretas que en los dos siglos precedentes, pero hubiese sido igualmente imposible de no poner a punto un método que empezó por consolidar la sistemática sociológica.

La seguridad de las técnicas de investigación utilizadas, no ha podido tampoco garantizarse sino después del desarrollo de un método consciente de sus posibilidades y objetivos. La observación, la experiencia, las técnicas de sondeo y contraste, experimentadas anteriormente por otras ciencias, han tenido que adaptarse a las necesidades propias de la sociología antes de poder ser utilizadas. En la antigua sociología hay muy pocas indicaciones acerca de las técnicas concretas, indicaciones que, por otra parte, se repiten con monotonía (como en Comte y Stuart Mill). Tan sólo después de Durkheim, tras haber sentado los fundamentos de un método sociológico, se tuvo conciencia de la necesidad de desarrollar una serie de técnicas de investigación, lo que únicamente fue posible después de haber delimitado el objeto de la sociología. Con la ayuda de estas técnicas, estamos en la actualidad en condiciones de desarrollar la investigación más sistemáticamente que antaño, cuando era sólo fruto de afortunadas casualidades. Las páginas siguientes informarán al lector de una gran proporción de los resultados alcanzados en esta materia.

SEGUNDA PARTE

la sociedad de clases



Las sociedades modernas son producto de una historia en la que cada tiempo ha dejado unas huellas tanto más perceptibles cuanto más próximos a nuestra época son los acontecimientos que las han causado. Aun cuando estamos viviendo la segunda revolución industrial, la de la electricidad y el átomo, el marco social en que la vivimos, así como los esquemas intelectuales con que la concebimos, a menudo son contemporáneos de la primera revolución industrial, la del carbón y el vapor.

Lo que aquí llamamos sociedad de clases es uno de los legados del pasado. Estamos ante problemas y puntos de vista heredados del siglo XIX, lo que no significa que podamos rechazarlos pura y simplemente por anacrónicos: las clases sociales son una realidad viva, aunque estamos asistiendo a su transformación. Sin embargo, desde este momento se nos plantean otros problemas que resulta imposible reducir a los primeros sin violentar los hechos.

Intentaremos abordar el estudio de las sociedades modernas desde puntos de vista sucesivos. Para empezar partiendo del trabajo y de las clases sociales, intentaremos ver cómo los problemas ya tradicionales evolucionan bajo la presión de los hechos que caracterizan el siglo XX.

Después examinaremos sucesivamente las tres formas de estructuras sociales correspondientes a los tres sectores de la sociedad contemporánea: los obreros industriales, los agricultores y, por último, ese estrato de empleados urbanos que constituyen la mayor parte del tercer sector, cuyas condiciones de vida y trabajo tienden a convertirlo en una especie de nueva clase social.

OLIVIER BURGELIN

las clases sociales

Una de las primeras tentativas para cimentar el estudio de las sociedades modernas sobre una base científica es la debida a Karl Marx, basada en el análisis de las relaciones mutuas entre las distintas clases. La creciente complejidad de las observaciones de los sociólogos se inserta cada vez con menor naturalidad en los cuadros conceptuales del marxismo. No obstante, es preciso que nos refiramos a este último, puesto que constituye a la vez un testimonio de la extrema importancia que ha llegado a adquirir el problema de las clases sociales en las sociedades industrializadas, y la tentativa más avanzada del siglo XIX para establecer sobre un fundamento riguroso el estudio de las sociedades.

ANTES de los tiempos modernos no ha existido ninguna sociedad de relativa importancia que no implicara una estratificación social generalmente estricta y codificada, en la que la situación de cada cual, determinada en gran parte por su nacimiento, sólo era discutida en momentos de grandes convulsiones.

La evolución industrial y el proletariado

La revolución industrial de principios del siglo XIX destruyó este orden tradicional. El funcionamiento de la industria exigía dos cosas: la inversión de un capital muy considerable y el reclutamiento de gran cantidad de mano de obra. De aquí la aparición, por una parte, de una clase de empresarios y de financieros distinguidos por su fortuna y no por su nacimiento, y, por otra, de una clase proletaria constituida esencialmente por la gran reserva humana de las sociedades: los trabajadores del campo. El trabajo agotador, las viviendas superpobladas, la miseria y la alimentación deficiente eran normalmente la suerte que correspondía a estos hombres arrancados de su condición tradicional.

Habría cabido pensar que el proletariado industrial llegara a ser un «estado» o una «condición» como los otros y ocupara en la sociedad un lugar propio, reconocido por consenso universal. Pero no ha sido así: el proletariado ha tomado conciencia de sí mismo como una clase explotada, de parias, y ha emprendido una lucha por mejorar su situación aunque sea al precio de una revolución social. Se ha presentado como una clase distinta a las demás porque se concebía a sí mismo como clase al mismo tiempo que denunciaba el sistema clasista.

Sería ingenuo buscar las razones de esta actitud exclusivamente en la miseria. Por espantosa que haya podido ser, no era siempre peor que la de los campesinos y, en general, la vanguardia de la lucha proletaria nunca estuvo formada por los sectores más miserables. Pero el contexto social de esta miseria creaba una situación característica. Su desarraigo lo excluía de la influencia de los cuadros tradicionales, especialmente de la Iglesia. Su trabajo desembocaba en la creación de riquezas, aparentemente en beneficio exclusivo de un patrón, cuyo poder estaba ligado al dinero y no al orden social tradicional y aceptado. La concentración geográfica de la industria agrupó alrededor de las fábricas miles de trabajadores, haciéndoles conscientes de su número y fuerza. Quizá deba añadirse que su situación en las ciudades y la naturaleza de su trabajo dieron a estos obreros una conciencia de los problemas de organización social que nunca habían tenido los campesinos.

El proletariado se enfrentaba a unos patronos que venían a ser, si no responsables, al menos organizadores de su miseria y opresión. En caso de conflicto los patronos contaban con el apoyo del poder, la policía y el ejército. Por lo tanto, en los momentos decisivos el proletariado veía en la burguesía al adversario que era preciso abatir para alcanzar su objetivo: la construcción de un orden social más justo, en

el que también el pobre dispondría de un lugar más conforme a sus aspiraciones materiales y morales.

Así, no es la estratificación social lo que aparece con el proletariado, sino su exacerbación, exacerbación que había de conducir a la denuncia de aquélla.

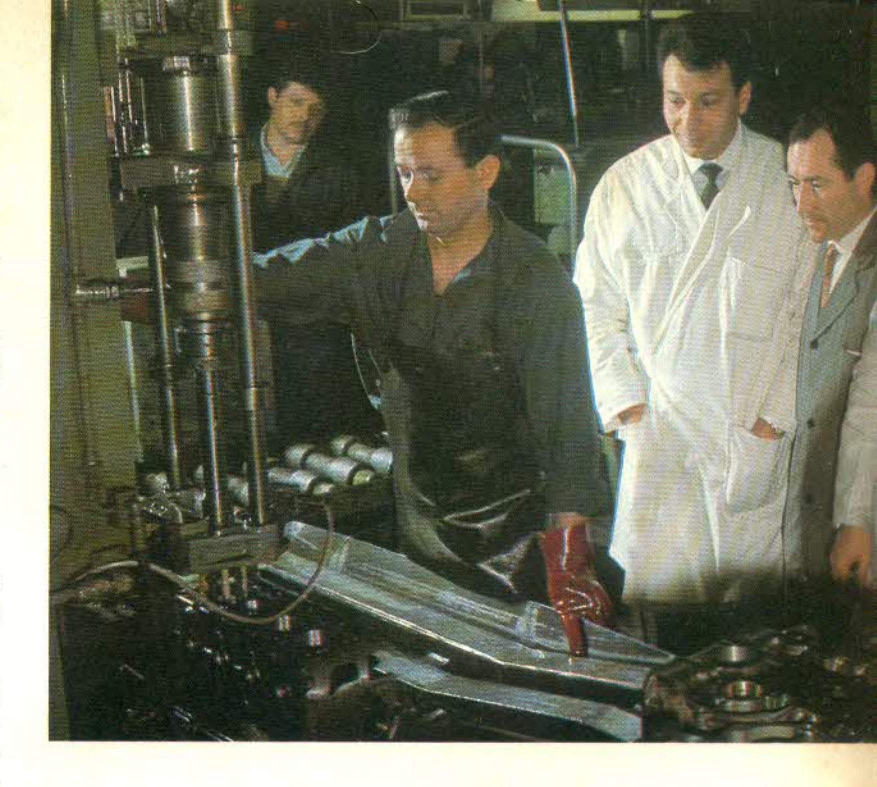
Las clases sociales según Karl Marx

Sin haber sido el primero en hablar de las clases sociales, ni de su importancia en las sociedades modernas, Marx fue quien las introdujo en la conciencia universal.

No obstante, no trataremos de la influencia histórica del marxismo, sino simplemente de su forma de enfocar el problema de las clases. Como él mismo dice, Marx es el heredero de un método elaborado por su maestro Hegel: la *dialéctica.* Este método coloca en primer plano las oposiciones y los términos antagónicos entre los que se desenvuelven. El interés de estos antagonismos radica en que contienen en embrión el acaecer futuro, el movimiento perpetuo de los hombres y de las sociedades. Hegel, utilizando los temas de la filosofía clásica, analiza el conflicto clásico de dos hombres enzarzados en una lucha a muerte. Uno de ellos es derrotado y, para evitar la muerte, acepta ser esclavo del otro. Pero esta nueva situación no pone término a la lucha. El esclavo debe trabajar para el amo y su trabajo le confiere un dominio en el mundo técnico, con lo que adquiere progresivamente el poder de transformar la naturaleza, al propio tiempo que se transforma a sí mismo. Esta evolución permite prever una inversión dialéctica que permitirá finalmente al esclavo liberarse de su servidumbre.

Es imposible comprender el pensamiento de Marx sobre las clases sociales si se desconoce este trasfondo hegeliano. Podemos darnos cuenta de ello leyendo algunos análisis contemporáneos que buscan en Marx la idea de que las clases sociales son datos fijos. Para un dialéctico, semejantes análisis son el colmo de la mixtificación, ya que pretenden fijar en forma equívoca lo que está en movimiento: aunque no digan más que cosas exactas pueden resultar falsos en la medida en que ocultan lo esencial, que es precisamente el cambio. Olvidan que amo y esclavo no lo son más que en la lucha que les une y durante la cual su situación cambia incesantemente. Tampoco en Marx las clases sociales son un hecho definitivo. Son los términos antagonistas y variables de un conflicto que Marx describe de una manera que recuerda a Hegel: el conflicto de amos y esclavos, de opresores y oprimidos.

Pero el esquema hegeliano es la obra de un filósofo que medita sobre la esencia de las cosas. No nos dice quiénes eran este amo y este esclavo. A veces describe su lucha como un puro enfrentamiento de conciencias, y a veces le da algunas características abstractas, pero nunca la sitúa en el terreno social. Marx rechaza este aspecto «filosófico» de la obra



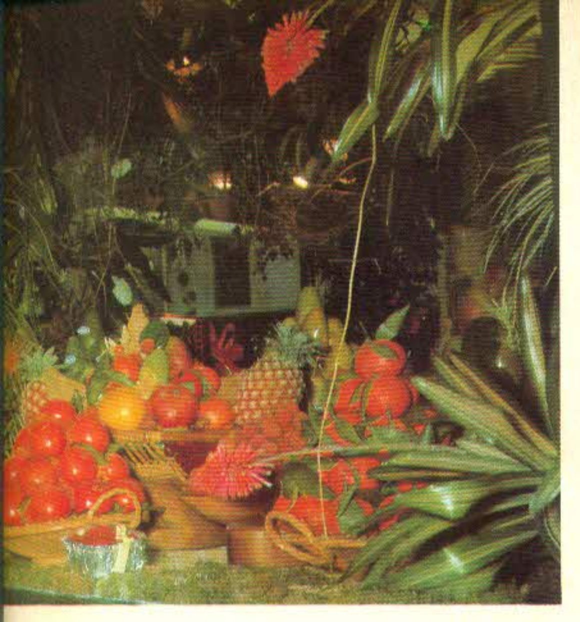
En la fábrica, como en el ejército, el vestido suele ser símbolo de la jerarquía y la escala social a que se pertenece. En la foto superior se pueden identificar por el vestido el obrero, el encargado y el técnico.

de Hegel. Según él, el conflicto entre amo y esclavo no reviste la forma de una relación humana universal, sino que es un hecho social que sobreviene en una situación dada cuya determinación es primordialmente económica.

Las relaciones que pueden establecer entre sí los hombres están determinadas, según Marx, por las condiciones económicas y varían con ellas. La relación de opresión sobreviene cuando algunos hombres se apoderan de los medios de producción necesarios para la vida de todos. Pero esta apropiación no se debe al azar ni a la mala voluntad, sino que es el resultado necesario de un estadio del desarrollo económico. Así sucede en el capitalismo moderno.

Marx introdujo además una distinción entre lo que llama *infraestructura* de una sociedad, o sea, las condiciones económicas y las relaciones que determinan, y la *superestructura,* es decir, la forma en que los hombres viven y piensan dentro de estas relaciones. Legislación y gobierno son parte de la superestructura, pero también lo es la *ideología,* la interpretación que dan los hombres a su situación o a las creencias que la acompañan. Por supuesto, esta distinción implica que la superestructura está muy determinada por la infraestructura. De esta forma la situación de clase, determinada por cierto estado de la economía, condicionará a su vez las instituciones, el gobierno, la legislación y la ideología. Respecto a los rasgos de la superestructura de la totalidad de la sociedad, suelen ser los de la clase dominante: la ideología de la clase dominante domina la sociedad y el Estado es el instrumento de su poder.

¿Es preciso concluir que las superestructuras son puros fantasmas, desprovistos de realidad propia? No es este el pensamiento de Marx, quien dice que cuando el proletaria-





Todos los aspectos de la vida social tienen una «significación de clases» de diversos grados. El escaparate suntuosamente dispuesto de un gran almacén de productos alimenticios y la sencilla exposición de un carro de venta ambulante ilustran claramente las palabras «burguesía» y «pueblo».

do adquiere conciencia de ser una clase, es cuando empieza verdaderamente a serlo. Por consiguiente, escribe más adelante, siempre es la realidad la que determina la conciencia, y nunca al contrario. Ambas afirmaciones sólo pueden conciliarse admitiendo que, para Marx, los hechos de la superestructura tienen un mínimo de consistencia (aun cuando sólo sea la de un signo) lo que les permite actuar a su vez sobre la infraestructura.

Esto no significa tampoco que la conciencia exprese correctamente la realidad en todo momento; por el contrario, podría afirmarse que, generalmente, la conciencia refleja la realidad, pero disfrazándola. Es un reflejo engañoso, lo que explica el sentido frecuentemente peyorativo que tiene el término ideología en Marx. Tan sólo algunas situaciones, emplazadas en las líneas de fuerza del desarrollo de las sociedades, conducen a una comprensión real de la historia. Este es precisamente el caso de la situación del proletariado en las sociedades modernas. Todo el mundo conoce las consecuencias que Marx creía poder extraer de esta situación excepcional del proletariado.

El estudio de los conflictos

¿Qué puede pensarse hoy de la doctrina marxista de las clases sociales, a la luz de la evolución habida a lo largo de un siglo, tanto en la realidad social como en nuestra forma de aprehenderla?

Distinguiremos dos aspectos en el pensamiento de Marx. Por una parte, lo que llamaremos la aplicación del pensamiento de Hegel a los hechos sociales, la idea de que la sociedad debe estudiarse a partir de los conflictos. Por otra, la forma en que Marx enraiza los hechos sociales en los económicos, esto es, su materialismo.

La aplicación del método de Hegel al estudio de las clases sociales tiene una ventaja muy importante. Al tomar como punto de partida los conflictos, da acceso a los grupos reales, tan reales por lo menos como los conflictos que mantienen. Y estos conflictos, si tienen un carácter permanente o latente, revelan un elemento de la estructura de toda la sociedad. Así, el conflicto latente entre obreros y empresarios revela a la vez la existencia de grupos reales (la clase obrera, por ejemplo) y la de hechos estructurales característicos de esta sociedad.

No obstante, cabe preguntarse si los conflictos actuales tienen la misma naturaleza que los del siglo XIX. De hecho, si se examina detenidamente lo que ocurre en los países capitalistas evolucionados y en la Unión Soviética, parece que estamos asistiendo a un deslizamiento del centro de gravedad de los antagonismos. Cada vez se aprecian, por ejemplo, más conflictos entre los sectores económicos, representados frecuentemente por organizaciones, que apenas si tienen carácter de conflictos entre clases. En cuanto a los propios conflictos entre clases, lejos de polarizarse cada vez más netamente, como Marx preveía, en la lucha entre proletariado y burguesía, parece que no cesan de diversificarse. Este fraccionamiento conduce a situaciones en las que un marxista puede tener dificultades para identificar el campo proletario. Hoy son cosa corriente en la industria los acuerdos, tácitos o no, entre empresarios y sindicatos obreros en aquellos conflictos que los oponen en bloque a otras categorías (por ejemplo, para mantener o elevar los precios de la producción).

En resumen, la estructura de la sociedad ha cambiado después de Marx, como es evidente en el caso de la Unión Soviética y también, aunque en menor grado, en los países occidentales. *(Ver cuadro I, p. 216.)*

Estas transformaciones no se han limitado a los países industrializados, sino que afectan a todo el planeta; el mundo que conoció Marx estaba formado por algunas naciones capitalistas relativamente evolucionadas, rodeadas de territorios que apenas habían alcanzado el movimiento de la so-

ciedad industrial, mientras que en nuestros días este movimiento ha penetrado virtualmente en todo el mundo. Repentinamente, un tipo de conflicto que en la época de Marx ocupaba un segundo plano (el conflicto entre naciones o sociedades desigualmente ricas o desarrolladas) se ha situado en primer plano. Está claro que los conflictos decisivos de nuestro tiempo son los que oponen a los Estados Unidos, la Unión Soviética y China (para citar sólo a los más importantes) y no los que pueden enfrentar a patronos y obreros. La interpretación marxista contemporánea de estos conflictos a escala mundial, según la cual se trata todavía de conflictos entre opresores y oprimidos, se ve forzada a admitir un serio desplazamiento respecto a los análisis de Karl Marx.

Este desplazamiento nos invita a replantear la cuestión de la fecundidad de un análisis sociológico basado esencialmente en los conflictos.

Desde luego, los conflictos tienen su propia consistencia y sus leyes características de desarrollo. Si colocamos dos antagonistas en una estructura determinada, podemos estudiar el desarrollo de su conflicto y demostrar que obedece a ciertas leyes estrictas. Esto es lo que hace hoy día a un nivel muy formalizado, la llamada *teoría de los juegos,* que tiene muchas aplicaciones en las ciencias humanas.

La sociología no puede contentarse con una definición absoluta de las estructuras y estudia actores reales cuyos juegos (que son varios a la vez) no cesan de modificar las propias estructuras en que se llevan a cabo. El esquema hegeliano parte de dos actores enzarzados en una lucha a muerte. Hegel y Marx apreciaron perfectamente que el desarrollo de la lucha modificaba a los actores. Sin embargo para el sociólogo, el conflicto en sí mismo no constituye un dato permanente. Aunque se prolongue, puede variar de naturaleza; la lucha a muerte puede convertirse solamente en una oposición matizada. En este caso no habrá, en efecto, desaparecido el conflicto, pero al afirmar su permanencia perdemos de vista la realidad esencial, al menos para el sociólogo, que consiste en las condiciones concretas en las que aquél se desarrolla.

La determinación económica de los hechos sociales

Marx fue uno de los primeros (no el primero) en ver claramente el carácter social de hechos que parecían de otra naturaleza: nuestras ideas, sentimientos y creencias o incluso lo que atribuimos a la «naturaleza». En realidad, nuestra situación en la sociedad, especialmente nuestra situación de clase, explicaba muchos aspectos de estos hechos. A este respecto, una de las piezas maestras del marxismo es la crítica de la sociedad burguesa, que demuestra hasta qué punto el género de vida, la moral, la filosofía, las instituciones y la religión no están simplemente relacionadas con la naturaleza y la razón (como generalmente cree la propia burguesía) sino con una determinada situación social.

No obstante, Marx no se detiene aquí, ya que, como hemos visto, considera que los hechos sociales están determinados en gran parte por los acontecimientos económicos. Las clases sociales desempeñan en este caso un papel decisivo, ya que actúan como nexo de unión entre unos y otros.

La fuerza del marxismo como sistema político estriba en este recurso a la determinación económica que le ha permitido transformarse, llegado el caso, en un materialismo muy sumario, pero eficaz en el plano de la polémica política y la reivindicación social. Sin embargo, su alcance teórico es muy limitado.

La determinación de lo social por medio de lo económico está a veces muy matizada en el propio Marx, quien a menudo describe los hechos económicos como hechos humanos, con preferencia a los datos materiales absolutos. Pero en el fondo está influido por la psicología de su tiempo, según la cual los hombres están gobernados por sus intereses. Si en el transcurso de un siglo las ciencias del hom-

Desde todos los tiempos unos pueblos han dominado a otros por la conquista militar o económica. Por esto, las diferencias de clase tienen a menudo una coloración étnica que el juego del mercado del trabajo perpetúa todavía: africanos del Norte trabajando en unas obras urbanas.



bre nos han señalado algo, es precisamente que una afirmación de esta especie sólo es cierta a partir del momento en que damos una definición del interés tan amplia y general que ya no tiene significado; si por el contrario, lo definimos como lo económicamente ventajoso, la tendencia a someter el conjunto de la existencia social al interés (o a creer que le está sometida) es un rasgo de la civilización que caracteriza una fase del desarrollo del capitalismo. Esta fase es la del rápido enriquecimiento de algunos, mientras que el proletariado miserable y subalimentado está sometido a una brutal opresión. No hay duda de que en este caso todos saben reconocer sus intereses y tienen sólidas razones para defenderlos.

La sumisión a los intereses económicos no explica más de lo que ella requiere que sea explicado, lo que también es cierto para toda la explicación por medio de datos materiales. Cierto que conviene distinguir en cualquier situación entre los datos materiales y la conciencia que los hombres tienen de ellos. Esta afirmación es particularmente verdadera en la sociedad industrial, donde la variación de estos datos tiene una importancia decisiva. Mas, desde el momento en que nos situamos en el plano de la realidad social, e intentamos comprender, por ejemplo, cómo actúan los hombres, esta distinción deja de ser clara, puesto que ya no existen datos materiales brutos, sino tan sólo diferentes formas de aprehenderlos.

Vestido, alimentación, color de la piel... todos los elementos vitales son signos sociales y sobre todo, naturalmente, el aspecto del habitat...





Marxismo y clases medias

Puede encontrarse una confirmación de este punto de vista en el análisis de la situación de las clases sociales a las que se ha dado en ocasiones el nombre de medias. No olvidemos, sin embargo, que este nombre no significa nada preciso, sino solamente que estas clases no pertenecen ni a la burguesía capitalista ni al proletariado obrero. Si se intenta definirlas en términos marxistas, según su situación en las relaciones de producción, se ve que existen por lo menos dos clases distintas a las que se ha dado el nombre de medias, nombre que sería preferible reservar para la primera.

La clase media tradicional es un estrato social formado por pequeños propietarios: empresarios, comerciantes o agricultores. Sólidamente implantada desde la segunda mitad del siglo XIX, sobre todo en las pequeñas ciudades y en el campo, ha sido la principal beneficiaria de la instauración del sufragio universal, del que se ha aprovechado a menudo para llevar a sus representantes al poder en la mayoría de los países capitalistas. Esta fue la edad de oro de los partidos del centro. Hostil al gran capital, pero poco inclinada a la revolución social, esta clase se atenía en efecto a un programa y a unas ideas similares a las de la Revolución francesa. Después de la primera guerra mundial ha perdido terreno constantemente, mientras que, por el contrario, se reforzaban por una parte la concentración capitalista y por otra los grandes partidos proletarios. No obstante, cuando las amenazas de que era objeto alcanzaban un grado demasiado intenso, ha podido constituirse en el principal sostén de movimientos extremistas, como el nazismo o el movimiento *poujadista* (este último, por cierto, ha conservado el lenguaje de 1789: Estados Generales, Fraternidad, etc.).

La evolución de esta clase realiza, en cierta medida, la proletarización creciente que Marx creía llamada a ser el futuro de las sociedades industriales. Además, la concentración económica ha opuesto cada vez más netamente sus intereses a los del gran capital. No obstante, cuando las circunstancias la han hecho salir de su posición moderada tradicional, ha preferido unir sus fuerzas a los diversos fascismos que sumarse a las organizaciones proletarias. Es notorio que a los partidos marxistas les ha sido muy difícil comprender este fenómeno, dificultad que ha adquirido un tinte trágico en el momento de mayor auge del nazismo, del que no han comprendido la naturaleza (creyendo generalmente que se trataba de un movimiento manipulado por los *trusts*) ni han visto a tiempo el peligro que representaba para ellos.

Por el contrario, el nuevo estrato social de los trabajadores de las ciudades ha sido hasta el presente una clase en auge que, en el curso del siglo XX, ha aumentado en número e influencia. Es un estrato esencialmente urbano, formado por los empleados de las grandes organizaciones modernas industriales, comerciales o administrativas. Es el estrato de los trabajadores de cuello blanco, de los oficinistas, a los que vienen a sumarse otros tipos de funcionarios o empleados, que forman una masa considerable. Su situación se parece




...y probablemente sea el restaurante el teatro privilegiado de esta confrontación. De la cantina a los grandes restaurantes de fama internacional la diferencia no es tan sólo de ambiente; perfumes, sabores, vestidos, decorado, servicio y otros muchos matices son índices de una distinción esencial.

mucho a la del proletariado obrero: como éste, no posee más que su fuerza de trabajo y los bienes que consume. Sólo se distingue de la clase obrera por la naturaleza de su trabajo, que no es, en general, inmediatamente productivo. Su nivel de vida no siempre es mejor y, hoy día, su ritmo de elevación es más lento. Sin embargo, hasta el presente, esta clase no se ha sentido en comunión de intereses con el proletariado obrero, del que siempre ha puesto gran cuidado en diferenciarse. Esta situación puede cambiar con la evolución técnica y en particular con la automación, como veremos en los capítulos siguientes, pues asistimos a una evolución que pone en tela de juicio tanto la definición de esta clase como la del propio proletariado. Por ahora, no obstante, estas dos clases son muy diferentes. El nuevo estrato de los trabajadores de las ciudades, por ejemplo, se inclina más por los grandes partidos conservadores occidentales que por sus adversarios de izquierda.

¿De qué son testimonio estos dos ejemplos? Podemos analizar en términos marxistas la situación de estas clases en las relaciones de producción; podemos estudiar con detalle su situación económica; pero, cuando se trata de comprender su acción, llega un momento en que el análisis marxista no nos reporta ninguna ayuda: trátese de un grupo o de un individuo, no es posible saber cómo actúa conociendo simplemente su situación económica. Es necesario saber además cómo la vive. Cuando se trata de la acción, la distinción entre infraestructura y superestructura no tiene utilidad. Los actores, en este caso las clases sociales, actúan en un marco en el que la realidad material no hace sino trazar los contornos.

Estos diferentes extremos — y otros muchos — han sido alumbrados por un siglo de discusiones e investigaciones sobre las clases sociales que no es posible exponer aquí, aunque fuera sucintamente. Nos preguntaremos simplemente si la aportación de Marx no podría ser completada con investigaciones sobre la forma en que los hombres viven efectivamente su situación, cualesquiera que sean las determinantes. Esto nos lleva a fijarnos particularmente en las innumerables investigaciones empíricas emprendidas estos últimos años en los Estados Unidos.

Investigaciones empíricas

Las más célebres son, sin duda, las del sociólogo Lloyd Warner, quien ha estudiado en particular la estratificación social de una pequeña ciudad americana. Considerando que nadie se hallaba en mejor situación que sus propios habitantes para saber cuáles eran las diferencias sociales existentes entre ellos, Warner interrogó a una representación de los mismos y, después de estudiar las respuestas, estableció seis clases sociales a las que bautizó según su situación respectiva: superior-superior, superior-inferior, media-superior, media-inferior, inferior-superior e inferior-inferior. Esta clasificación ha tenido luego un éxito extraordinario en los Estados Unidos. Los americanos, que hasta entonces habían negado siempre que entre ellos existieran clases sociales, experimentaron un cambio radical de parecer y se dedicaron a clasificarse los unos a los otros, ya en la *upper-middle*, ya en la *lower-upper*.

Un gran éxito es siempre ambiguo en sociología. ¿Significa el de Warner que ha descubierto en efecto algo, o que su clasificación, fundada en opiniones, no ha hecho más que sistematizar los prejuicios ordinarios? Desde luego, las categorías de Warner corresponden a una cierta realidad, al menos en el marco de la ciudad que ha estudiado. Pero es difícil admitir que estudios como los de Warner, que, no obstante, proporcionan numerosas enseñanzas sobre la vida

social de una pequeña ciudad americana, ayuden a esclarecer la naturaleza de las clases sociales.

Nuestro problema no consiste, en efecto, en identificar de modo más o menos preciso agrupamientos que ofrecen una sombra de coherencia, sino en comprender cuáles son las relaciones entre los diferentes rasgos que atribuimos a las clases sociales y cómo ligan con el propio hecho de la clase, definida según otros criterios. ¿Cuáles son, por ejemplo, las relaciones entre la pertenencia a una clase, definida según los criterios marxistas y según los criterios del tipo estudiado por Warner?

Al lado de esta tentativa de Warner se han emprendido numerosos estudios de estratificación social a partir de un criterio determinado: profesión, ingresos, nivel de vida, opiniones e incluso mobiliario de la sala de estar. Estos estudios, que toman en consideración toda clase de fenómenos descuidados por los marxistas, pueden ser muy instructivos. En particular, los trabajos extremadamente detallados sobre el prestigio de diversas profesiones en los Estados Unidos proporcionan indicaciones preciosas sobre las tendencias de la sociedad americana. Confirman la idea de que el trabajo y la estratificación social mantienen estrechas relaciones en las sociedades modernas. Además, introducen una dimensión psicológica. Pero tienen grandes dificultades para acercarse a la realidad misma de las clases, ya que a tales estudios les falta por completo lo que encontramos en Marx: la consideración, a partir de la definición de clases, de su situación las unas en relación con las otras y en su conjunto.

En el caso de los estudios de Warner, el cuadro escogido excluye tal perspectiva: nada indica que los grupos, en relación a los cuales se dividen en clases los habitantes de una pequeña ciudad, estén todos presentes en esta ciudad.

Clase y status

Antes de seguir adelante convendrá que introduzcamos cierto número de distinciones.

En primer lugar, si llamamos clases a grupos socioeconómicos definidos por su situación en las relaciones de producción, no es posible decir que todas las distinciones sociales se refieren a las clases. Así, Warner distingue el estrato de las viejas familias, cuyas fortunas son ya antiguas, del de aquellas de fortuna más reciente. Está claro que estos dos estratos no constituyen dos clases. No obstante, es posible que cada uno de ellos posea cierta coherencia y que, las familias de uno y otro no se traten entre sí. Hace falta, pues, un término distinto al de «clase» para designar una estratificación basada en el prestigio y en la opinión.

Después de Max Weber se ha extendido la costumbre de llamar *status* a la estratificación de este tipo. Según aquel autor, son tres los tipos de estratificación que desempeñan un papel importante en las sociedades occidentales: la *clase* (basada sobre todo en la situación dentro de la producción), el *status* (basado principalmente en el consumo y el estilo de vida) y el *partido* (basado en las relaciones de poder). Por supuesto, estas tres estratificaciones no coinciden de una manera general; no son, pues, reducibles entre sí.

He ahí un extremo importante que podemos considerar adquirido: el problema de la estratificación social no es reducible al de las clases sociales, aún si la estratificación en clases ha dominado la sociedad occidental en un cierto estadio de su desarrollo. Claro está que tampoco es posible considerar (como lo hacía Warner) que el problema de la estratificación se limita al del *status* (teniendo en cuenta que llamamos *status* a lo que Warner llamaba clase).

Por otra parte, diversas teorías contemporáneas nos permiten comprender los procesos en función de los cuales las actitudes de los individuos están determinadas por su situación social y, en particular, por los grupos cuya existencia determina esta situación social. Una de las más significativas es la teoría del grupo de referencia.

Teoría del grupo de referencia

Esta teoría parte del descubrimiento de Georges H. Mead, cuyas ideas esenciales se exponen más adelante en el capítulo dedicado a los *roles sociales*. Según Mead, el individuo no obtiene la experiencia de sí mismo directamente, sino indirectamente, colocándose en el punto de mira de otros individuos miembros del mismo grupo o, en general, del grupo al que pertenece. Por tanto, desde este punto de vista va a valorar su propia situación y en consecuencia, van a formarse sus actitudes.

Como lo ha hecho notar particularmente Robert K. Merton, esta teoría tiene un alcance extremadamente general. El grupo al que se refiere el individuo puede ser el pequeño grupo de sus allegados, su familia por ejemplo, pero puede tratarse de una categoría o de un agrupamiento mucho mayor, como la clase obrera o el partido comunista. En segundo lugar, el individuo puede referirse a un grupo del que no es miembro: el «burgués gentilhombre» no es noble, pero adopta la nobleza como grupo de referencia. En fin, esta referencia puede ser positiva o negativa. El individuo puede relacionar el conjunto de su conducta con el grupo a que pertenece (familia o clase social, por ejemplo), no para integrarse al mismo, sino, por el contrario, para distinguirse celosamente de él.

El fracaso de todas las tentativas, como la del realismo socialista, encaminadas a que la pintura exprese la importancia del trabajo humano en las sociedades modernas no significa que no sea posible un encuentro entre el arte y el ciudadano del siglo XX. Fernand Léger, por ejemplo, ha ideado una forma plástica que glorifica el trabajo contemporáneo situándolo en su medio mecánico y técnico propio.



Este último ejemplo pone de manifiesto que el comportamiento del grupo de referencia no es siempre consciente.

Las diversas actividades de un mismo sujeto pueden hacer intervenir diversos grupos de referencia. El sujeto no adopta siempre en las diferentes circunstancias de su existencia el punto de vista de las mismas personas o de los mismos grupos, a no ser que se trate de un monómano, como Don Quijote, que juzgaba todos sus actos según lo que habría hecho, en caso similar, «el famoso Amadís de Gaula, que fue uno de los más perfectos caballeros andantes».

Esta pluralidad de los grupos de referencia está sin duda relacionada con el hecho de que, en las diversas situaciones de su existencia, el individuo forma parte de diversos grupos. La referencia no es cuestión tan sólo del individuo, sino también del grupo. Esto es lo que hace que la teoría del grupo de referencia pueda ayudarnos a precisar el problema de las clases sociales.

Claro está que sería grave error pensar que un obrero se define como tal por su marco de referencia. Evidentemente, lo que le define como obrero es su situación en la estructura social y en ninguna más. Pero esta situación en la estructura social tiene normalmente un cierto número de consecuencias sobre las actitudes y sobre los valores del grupo en que aquél se encuentra inserto. El obrero se ve normalmente llevado a compartir estas actitudes y estos valores porque se encuentra a la vez en esta situación y en este grupo. Precisamente desde el momento en que se sitúa en el punto de vista del grupo al que pertenece, para volver a la expresión de Mead, no se considerará simplemente como obrero, sino como miembro de la clase obrera.

Naturalmente, es posible que un obrero, en lugar de adoptar los valores de su clase, los rechace para adoptar los de la burguesía. En este caso su situación de obrero puede parecerle incómoda, casi inaceptable, y su posición moral se hará difícil, salvo que se encuentre en el seno de un pequeño grupo que adopte todo él los valores burgueses. En tal caso habrá conflicto entre dos referencias, pero cabe pensar que la del pequeño grupo de allegados, el grupo primario, tiene más posibilidades de dominar que la de la categoría o agrupamiento más alejado por ser más general.

Así, pues, la teoría del grupo de referencia nos permite seguir la dialéctica de las estructuras sociales y de las conductas. Dada una determinada estructura, ¿cuáles son las consecuencias normales en cuanto al marco de referencia adoptado por los que se encuentran situados en ella? ¿Cómo varían los grupos de referencia cuando se modifica la estructura? Y también, ¿cuáles son las consecuencias sobre las estructuras sociales de los comportamientos de referencia?

Los progresos del conocimiento exigen que sigamos paso a paso los momentos de esta dialéctica o, como dice Merton, que estudiemos la *dinámica de selección* de los grupos de referencia. El error del empirismo es creer que es posible ahorrarse este difícil trabajo y examinar directamente los comportamientos sin haber sacado previamente a la luz las estructuras sociales en cuyo seno se realizan aquéllos. El error opuesto, que es en líneas generales el del marxismo y, sobre todo, del marxismo llamado «ortodoxo», es creer que los comportamientos pueden deducirse pura y simplemente de las estructuras, a las que se encontrarían ligados por algún principio simple.

La teoría de la estratificación

La teoría del grupo de referencia responde, pues, a dos dificultades con las que nos habíamos encontrado.

En primer lugar, proporciona un medio de comprender cómo se insertan las conductas en las estructuras sociales y también apunta una respuesta a los problemas de motivación que nos planteábamos a propósito del marxismo. En segundo lugar, permite comprender por qué el número de sistemas de estratificación es, a pesar de todo, limitado en una sociedad dada. No son, en efecto, las simples diferencias las que permiten explicar estos sistemas. Hace falta además que las diferencias sean codificadas e institucionalizadas hasta quedar integradas en las estructuras sociales para que puedan ser la base de una estratificación.

Talcott Parsons se ha esforzado en llevar más lejos el esfuerzo de sistematización considerando no ya solamente las relaciones de las estructuras y los comportamientos, sino los fines a los que tienden individuos y grupos.

¿Por qué, por ejemplo, obreros y patronos adoptan actitudes antagónicas en el curso de una huelga? Ello se debe, dice Marx, a su situación en las relaciones de producción. Efectivamente, todo hace pensar que es así, puesto que nos encontramos por un lado con los propietarios de los instrumentos de producción, o sus representantes, y por el otro con los trabajadores. Mas, ¿por qué? Es necesario que en un cierto estadio los hombres que participan en este conflicto atribuyan un valor particular a ciertos elementos de la situación para adoptar una determinada orientación respecto a la misma.

No se trata de pretender que esta valoración sea la causa del fenómeno, lo que reduciría la sociedad a un juego de puras ideas. De hecho, es evidente que esta valoración no hace más que dar un sentido a situaciones que no han sido creadas por ella. Lo que importa aquí es que tal valoración se produce siempre en un momento dado o que, por lo menos, no se puede hablar de hechos sociales en tanto que no se ha producido. Y esto no es cierto solamente para las situaciones económicas, sino también para todas las situaciones sociales sin excepción. Trátese de conflictos de trabajo o de indumentaria, de voto o de cocina, los hechos sociales se valoran siempre y son significativos para los actores, es decir, para los individuos y los grupos que participan en ellos.

A este nivel encontramos, pues, una unidad común a todos estos sistemas o a todos estos conjuntos de posibilidades, que nos parecen luego aislados los unos de los otros. Se trata de sistemas de valores.

La teoría de la estratificación de Talcott Parsons intenta disponer un inventario sistemático de las valoraciones posibles. En este intento se encuentra con dos dificultades considerables que sería vano subestimar. En efecto, no tan sólo es preciso llegar a sistematizar las valoraciones, sino también mostrar cómo se articulan entre sí los diferentes sistemas correspondientes a actores diferentes: clases, grupos, individuos. Por otra parte, hace falta pasar de una tal sistematización a prácticas efectivas, lo que crea nuevas dificultades. No existe ningún método riguroso para identificar los valores centrales de una sociedad. Podemos decir sin duda que, en la nuestra, el trabajo es uno de ellos. Pero ¿cuáles son exactamente las significaciones que le son atribuidas? ¿Cómo son compatibles con otras valoraciones, como por ejemplo la del ocio? Y, si lo son, ¿cómo están ligadas entre sí?

Estas dificultades han sido subrayadas mil veces por numerosos autores y pueden hacernos pensar que la teoría de la estratificación no ha encontrado su madurez definitiva.

Realismo y realidades

Como veremos a propósito de la sociedad de masas, los problemas del trabajo y de las clases sociales ya están en vías de dejar sitio a otros. Por una ironía habitual en la historia, el momento en que empiezan a declinar es sin duda el que escogemos para proclamar su auge, y es posible que no los veamos del todo claros hasta el día en que hayan dejado de plantearse.

Pues, si es cierto que no podemos comprender ninguna realidad en tanto que no sea realidad para nosotros, esta condición de la comprensión es al mismo tiempo el gran obstáculo para la misma. Precisamente porque la realidad es demasiado real para nosotros, no podemos retroceder lo suficiente para tener una perspectiva de ella que nos permita comprenderla.

El marxismo nos proporciona un buen ejemplo de esta paradoja. Nacido en la época del primer desarrollo de la civilización industrial, ha aprehendido la realidad social con un realismo que no encontramos en ninguna otra teoría. Este realismo no es desmentido, sino, al contrario, recalcado, por la actitud de denuncia y oposición que el marxismo adoptó en seguida ante un capitalismo en trance de desarrollo y cuyos aspectos sociales eran intolerables. Todo el mundo conoce el increíble cortejo de miseria que ha acompañado a la industrialización en la Europa del siglo XIX. En el momento actual podrían encontrarse los mismos fenómenos en la mayor parte de los países que se hallan en vías de desarrollo.

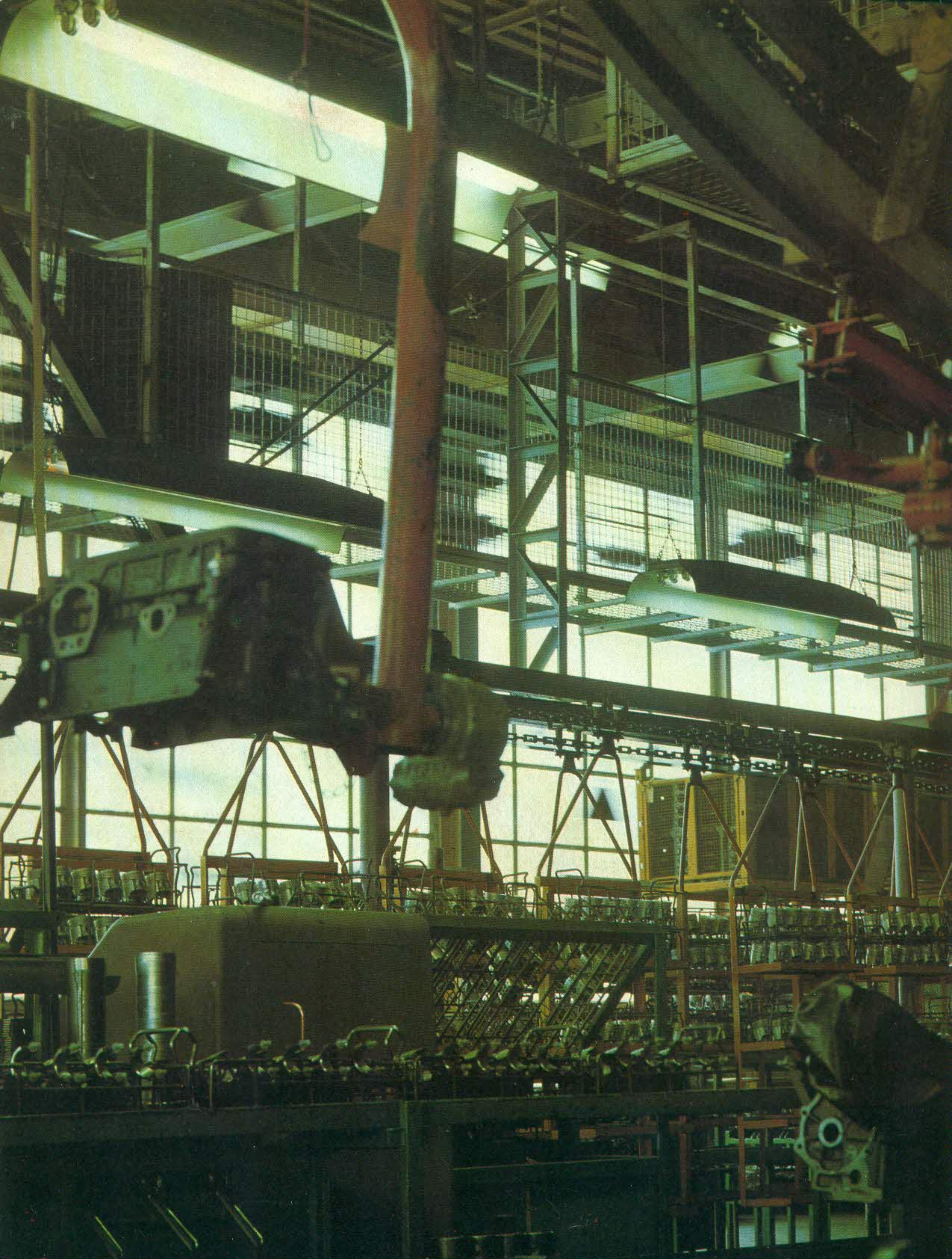




Muchos patronos toman el metro, pero hasta ahora, que se sepa, ningún obrero se ha comprado un Bentley. No es la comodidad del medio de transporte (relativa en la era de los embotellamientos) lo que cuenta aquí, sino el característico simbolismo social que se concede al objeto.

Pero hoy en día este mismo realismo puede convertirse en un obstáculo para nuestra comprensión de los hechos sociales. Desde el punto de vista de las clases sociales, por ejemplo, el marxismo era la doctrina que más tomaba en consideración los hechos disimulados por el racionalismo individualista burgués. En tanto que éste se obstinaba en declarar que los hombres eran iguales de derecho, el marxismo, con mucha más fuerza, mostraba la desigualdad de *hecho*. Podríamos decir, en términos marxistas, que el marxismo ha sido un instrumento ideológico incomparable para la clase obrera: ha puesto en evidencia la realidad de los fenómenos cuyas consecuencias sufría aquélla. Pero sin duda es preciso también aplicar al marxismo la crítica que él mismo ha aplicado al racionalismo burgués y admitir que puede, a su vez, encubrir una realidad más profunda, una verdad más general que las que ha sacado a la luz. Es, en especial, el realismo de la clase el que ha dado toda su fuerza al marxismo, del que no solamente cabe preguntarse hoy en día si nos permite describir correctamente una sociedad que los conflictos de clase no parecen amenazar ya de desgarramiento, sino incluso, si no se ha convertido en un obstáculo para la comprensión de lo que es una clase, en la medida en que nos disimula que los hechos no son hechos sociales más que a partir del momento en que se revisten de significación.

Este interrogante es en sí mismo el fruto de cambios sociales. Y por tanto, por medio de la investigación sobre el terreno y del estudio atento de los fenómenos que se desarrollan ante nuestros ojos, tendremos que responder a él en última instancia. En sociología, como en todas las ciencias, es en el estudio de los propios fenómenos, y no en lo que podamos pensar, imaginar o soñar sobre ellos, donde radica la clave de su comprensión. Los tres capítulos que siguen son ejemplos de la manera de orientar el estudio concreto de las clases sociales.



SERGE MALLET

el trabajo industrial

El trabajo industrial — el del obrero — se ofrece a nuestros ojos como si fuera el trabajo contemporáneo por excelencia. De hecho, por medio de la clase obrera han nacido a la conciencia moderna los problemas del trabajo. Pero los problemas que se plantean en general a los trabajadores, y en particular los de su inserción en el conjunto de la sociedad, están en plena evolución. El hecho de la automación, por ejemplo, cambia de día en día la naturaleza del trabajo, su forma de remuneración, las posibilidades de organización que se abren ante los trabajadores, el poder de que éstos disponen, la actitud que adoptan, etc. Consideraremos algunos ejemplos sacados de Francia. En otras partes los problemas se plantearán en otros términos sin que por ello se modifique el sentido general de una evolución que hace que los trabajadores organizados pesen cada vez más en el estadio de la producción y, por tanto, en toda la sociedad industrial. Por esta razón la clase obrera va saliendo poco a poco del rincón en que la había confinado el siglo XIX.

El trabajo industrial hizo su aparición en los aledaños del siglo XVIII y sus primeras descripciones sociológicas se deben a los creadores de la economía política moderna: Adam Smith y Ricardo.

Contrariamente al trabajo artesanal o agrícola que, bajo formas ciertamente diferentes, se encuentra en todos los estadios de la civilización humana, el trabajo industrial nace con una tecnología específica, la máquina, y un sistema social determinado, el sistema capitalista.

La definición ordinaria del trabajo industrial, cuando se le quiere oponer a los sistemas de trabajo precedentes, lo presenta como un trabajo ejecutado en grupo. Esta concepción está tan extendida que el lenguaje popular aplica prontamente el término «fábrica» a todo lugar en que se reúne un número importante de hombres para trabajar, aunque este trabajo no tenga nada que ver con la industria, es decir, con la producción.

De hecho, aunque el agrupamiento de un número mayor o menor de trabajadores en el mismo lugar de producción constituye una de las características propias del trabajo industrial, no es, sin embargo, un dato suficiente. Los sociólogos del mundo antiguo (principalmente G. Glotz y G. Thompson) concluyen que, ya en las ciudades comerciales griegas de los siglos IV o V, existían grandes talleres de cerámica, armas y curtidos en los que trabajaban hasta varias docenas de personas.

Lo mismo ocurría, como parece deducirse de los documentos administrativos, con los escribas del Egipto faraónico. Más cerca de nosotros, en los trabajos de las catedrales de la Edad Media se agrupaban, alrededor de los peones, cierto número de artesanos dedicados a la misma tarea de conjunto. Lo que diferencia fundamentalmente el trabajo industrial del artesanal es que éste *sólo* puede realizarse colectivamente. Los alfareros de Exidias trabajaban para un patrono según el proyecto de éste y en su taller, pero la obra que salía de sus manos era la obra individual de un creador.

No hay verdadero trabajo industrial sino a partir del momento en que la realización del producto implica la combinación simultánea de varias operaciones que no pueden ser realizadas por un individuo aislado. La fuerza del trabajo simple, — el realizado por la mano humana y la herramienta que la prolonga —, es sustituida por la fuerza del trabajo complejo, — realizado por la máquina —. Toda la evolución del trabajo industrial se resume en la puesta a punto de máquinas que realizan el análisis, y después la síntesis, de las diferentes operaciones productivas.

La transformación del trabajo autónomo en trabajo colectivizado, «socializado», no puede dejar de ejercer una profunda influencia sobre el *status* del trabajador. Durante todo el período de la artesanía, al que el sociólogo americano Lewis Mumford llama «fase eotécnica», la calificación profesional del trabajador, el «oficio», constituye a la vez un *status* social, una cultura y una propiedad inalienable. En

La presencia humana tiende cada vez más a desaparecer de la fábrica moderna.

la sociedad tan jerarquizada de la Edad Media el aprendizaje del oficio, es decir, la adquisición de reflejos psicofísicos y de mecanismos servosensoriales adecuados a la función escogida, corresponde a una verdadera «iniciación», de la que toma además las formas rituales. Convertido en jornalero u «oficial», el obrero adquiere con carácter durable un *status* social definido que tiende a sustituir los lazos geográficos de la comunidad agrícola. Aun cuando cambie de lugar, lleva consigo su propiedad esencial, el oficio, que basta para situarle inmediatamente (entre sus iguales y por relación a los otros estratos sociales) en un grupo humano determinado. Las corporaciones o los gremios son ante todo agrupaciones sociales más que simples asociaciones profesionales. Además, es en función de este *rol* social que cumplen las funciones de ayuda mutua y formación, delimitan los derechos y deberes de sus miembros y dotan a la organización de las manifestaciones religiosas y culturales propias de la corporación.

Trabajo y cualificación

Desde este punto de vista, la primera fase del trabajo industrial no se diferencia todavía fundamentalmente de la fase medieval. Adam Smith distingue desde el siglo XVIII tres categorías de trabajos industriales:

1.° Los oficios tradicionales y perfeccionados, los únicos a los cuales el economista inglés aplica el término de *cualificados* («las corporaciones, dice, deben formar *masters properly qualified*»). Entran en esta categoría los talleres de ebanistería o de relojería, en los que, si bien el artesano ha dejado de ser propietario de sus medios de producción, no conserva menos la autonomía de producción y la capacidad de decisión propias del artesano de la Edad Media.

2.° Las primeras manufacturas fundadas en la división cada vez más acentuada del trabajo en el taller y en el uso de la energía mecánica que simplifica las tareas. Los talleres textiles pertenecen en esta época a esta categoría, precursora de la fábrica moderna.

3.° Los talleres, o más bien canteras «primarias», consagrados a la extracción de materias primas o a sus primeras transformaciones (minas, fundiciones, forjas), que utilizan el *common labour* y en los que el trabajo ordinario del peón podía ser aprendido en unos días por cualquier individuo sin formación industrial alguna.

Adam Smith dedica su atención a la segunda categoría, la única verdaderamente propia de la industria moderna. El economista británico hace notar que la habilidad profesional (en el sentido de la rapidez y precisión de los movimientos propios de la profesión) es aquí el resultado de la facilidad de la tarea, de la que se ha realizado el análisis, más que de la acción del obrero. El *skilled labour* (trabajo hábil) aparece desde el siglo XVIII como anuncio del «trabajo parcelario» (el «trabajo a trozos» que tan brillantemente ha analizado Georges Friedmann). Frente a los dos tipos tradicionales de trabajo, el trabajo cualificado ligado a la fabricación de un objeto de uso completo y el trabajo ordinario *(common labour)* reservado a los peones, se vislumbra así una forma de trabajo que, con el desarrollo de la gran industria, se hará grandemente mayoritario. El peón será sustituido por el obrero especializado, prototipo de la clase obrera de la segunda mitad del siglo XX.

Smith, sin embargo, no considera la generalización del *skilled labour* como una regresión: ve principalmente un progreso social considerable en el hecho de que anuncia la abolición de los secretos técnicos propios de las corporaciones. La magia del trabajo cede el sitio a la utilización racional de las competencias; la organización del trabajo se anuncia en los textos proféticos del economista.

Marx, a su vez, cantará en *El Capital* la liberación del trabajo de los ritos mágicos del período medieval: «El velo de los secretos profesionales que hurtaba a las miradas del hombre el fundamento material de su vida, la producción social, comenzó a levantarse durante la época fabril y fue eliminado por completo en la época de la gran industria. Su principio de considerar cada procedimiento en sí mismo y analizarlo en sus movimientos constitutivos, independientemente de su ejecución por la fuerza muscular o la aptitud manual del hombre, creó la ciencia completamente nueva de la tecnología».

La noción de cualificación del trabajo es una noción histórica

Pero la gran industria ha necesitado doscientos años para dar caza al demiurgo, para acabar con «esta amistad entre la mano y la herramienta, nacida de una posesión progresiva, de gestos ligeros y combinados, de hábito e incluso de una cierta usura...» (H. Focillon). Expulsada de los presidios mecánicos, separada de las cadenas de la gran empresa, la habilidad profesional, la conciencia de la «obra maestra», se ha refugiado en sectores particulares de la industria moderna. La pieza aislada de mecánica, —completa aunque pieza y debida a la mano que la ajusta, la pule y mide táctilmente la resistencia del material—, ha mantenido durante mucho tiempo la ilusión de la forma completa. El propio lenguaje tecnológico, en su evolución, ha narrado esta larga historia de la resistencia de la «fabricación completa» a la invasión de la descomposición del trabajo que rompe la relación personal del hombre y el objeto.

El término utilizado por A. Smith, *skilled labour*, se aplica hoy día en los países anglosajones al obrero profesional. En realidad, el uso de máquinas nuevas va a crear un nuevo estrato de obreros polivalentes cuya formación, más técnica que corporativa, más intelectual que física, volverá a cubrir, sin embargo, una parte de las antiguas atribuciones de los *masters properly qualified*; el trabajo *skilled*, por el contrario, degenerará cada vez más en trabajo meca-





En la primera fase de la industrialización, de la que podemos hacernos una idea gracias a los pequeños talleres artesanos que subsisten en ciertos sectores marginales (como esta pequeña forja familiar), el buen uso de las herramientas depende ante todo de la habilidad y el valor del obrero.

nizado en el que incluso la habilidad manual especializada tenderá a ser inútil. La historia del trabajo industrial no es lineal. Pierre Naville, uno de los analistas más penetrantes de la cualificación del trabajo, tiene mucha razón al insistir en que:

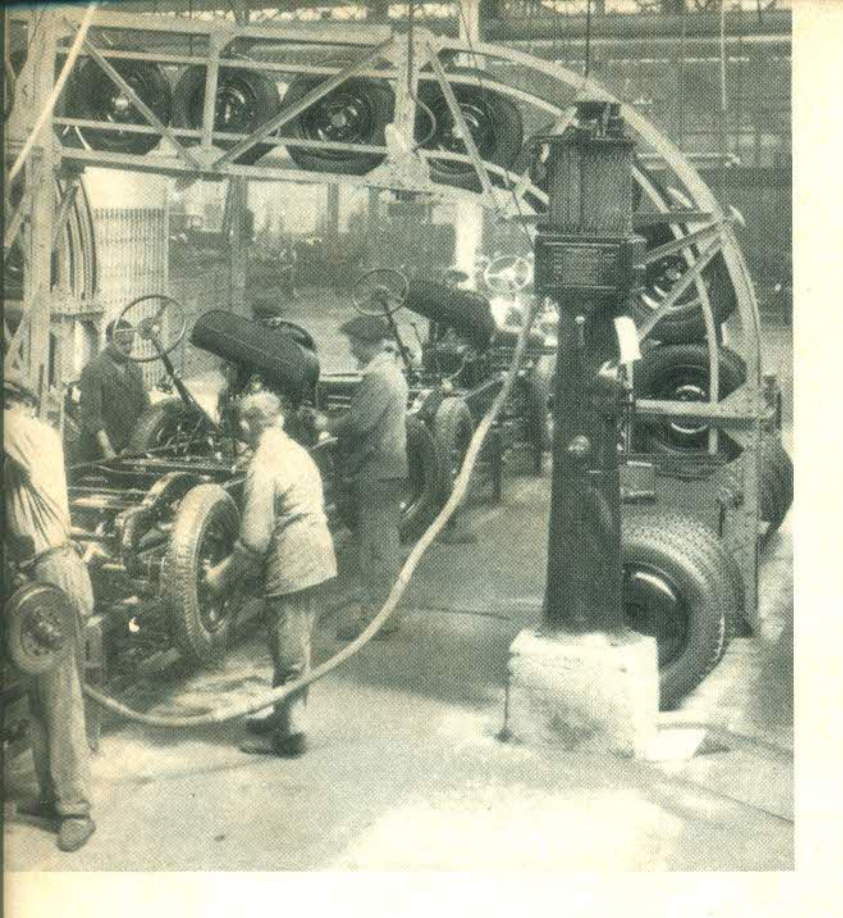
1.º la noción de cualificación del trabajo se muestra completamente relativa, y

2.º que sus formas dependen de las de las fuerzas productivas y, al mismo tiempo, de las de la estructura económica de la sociedad, y que, en la medida en que los criterios de la cualificación son estrechamente dependientes de las fuerzas productivas y de la estructura económica, aparecen más como criterios sociales que como criterios individuales. En una palabra, siempre ha habido en la clase obrera «aristócratas» que asumen en las mejores condiciones posibles las funciones exigidas por la producción y reciben por ello una parte más importante de la masa salarial; siempre ha habido «obreros refinados», pero cada fase industrial ha tenido los suyos y no han sido siempre los mismos. El oficio antaño cualificado desaparece o degenera en artesanado marginal o en funciones de reparación; surgen nuevas cualificaciones basadas en aptitudes diferentes, pero éstas, a su vez, se descualifican con la introducción de nuevas máquinas-herramientas que aseguran con mayor eficacia y seguridad que la mano o el ojo humanos el servicio efectuado por el hombre.

Es esta perpetua reconsideración de situaciones adquiridas, no tan sólo desde el punto de vista material, sino también del de la categoría social, lo que da un carácter tan dramático a los problemas de la reconversión. Los mineros, burdos peones en 1850, época en que todavía se utilizaban para este trabajo mujeres y niños, han conquistado durante la primera mitad del siglo XX una incontestable dignidad profesional. La introducción de métodos de extracción mejores y de instrumentos más perfeccionados (el martillo-perforador) y el perfeccionamiento de los métodos de evacuación que exigen una nueva organización de las galerías, así como el empleo de técnicas más desarrolladas de entibación y sostén, han hecho de los mineros verdaderos especialistas. La legislación del salario y la institucionalización del trabajo a destajo (rendimiento individual) también han devuelto en cierta medida al minero de la profundidad la ilusión de un trabajo autónomo.

En 1850 los mineros se reclutaban preferentemente entre presidiarios, vagabundos y trabajadores agrícolas sin empleo. En 1900 y hasta 1940 constituían uno de los estratos más orgullosos y más estimados de la aristocracia obrera. En 1960 los hijos de mineros abandonan en masa los pozos en los que la extremada mecanización del trabajo ha desprovisto a éste de todo interés material y moral. Franceses, belgas y alemanes tienen que reclutar los mineros de profundidad en los países proletarios de Europa meridional, Africa y Asia occidental, en tanto que los ingleses despueblan con este fin sus últimas colonias. El aspecto desesperado de ciertas revueltas obreras no se explica solamente por la intensidad de las reivindicaciones salariales. Más que un poder de adquisición mayor o menor, lo que defienden las categorías profesionales condenadas por la revolución tecnológica es su dignidad social. El error consiste en creer que ésta puede salvarse mediante el mantenimiento de estructuras arcaicas y no mediante la modificación profunda de la estructura del trabajo que, por cualificado que sea, es siempre una mercancía sometida como todas a la implacable ley del mercado y de la competencia.

Adam Smith, como hemos visto, recalcó ya en su tiempo la existencia continua de tres formas de trabajo industrial en el siglo XVIII. El sociólogo que escriba una monografía de una sola provincia francesa, los Bajos Pirineos por ejemplo, podrá observar a unos kilómetros de distancia el complejo automatizado de Lacq-Mourens, donde trabaja una



La hoy llamada fase B de la evolución industrial, es decir, la fase de organización del trabajo, condujo a la liquidación del trabajo unitario y a la famosa «cadena» caricaturizada por Chaplin. (Foto Viollet.)

clase obrera técnica, el grupo siderúrgico del Boucau, donde coexisten el trabajo profesional moderno y el trabajo especializado de la primera mitad del siglo XX, las tenerías y peleterías de Oloron, donde las condiciones de producción y el utillaje no han cambiado casi desde las manufacturas del siglo XVIII, y los artesanos ebanistas de Nay, que desempeñan su oficio en condiciones casi idénticas a las de sus antepasados de la época medieval. ¿Es posible, en estas condiciones, clasificar «históricamente» las edades de la organización del trabajo? Hemos visto que, si se puede precisar temporalmente la aparición del obrero especializado como la del técnico, estas propias nociones se entremezclan continuamente y en toda época coexisten tipos diferentes de organización del trabajo.

Legitimidad de una periodización de la historia del trabajo: los sectores modelo

Proudhon hablaba ya de «las clases obreras». Sin embargo, cada período industrial, cada edad de la organización del trabajo, tiende a crear una estructura relativamente homogénea de la clase que hace funcionar los medios de producción. El conjunto de factores psicosociológicos que segrega toda sociedad que tiende a la unidad, favorece esta homogeneización. El Estado, por su naturaleza centralizadora, y el movimiento sindical, por su deseo de superar las diferenciaciones, influyen en el mismo sentido. Así, las representaciones sociales, la visión que la clase obrera tiene de sí misma y que los otros tienen de ella, adquieren un carácter totalizador que no refleja la complejidad de los fenómenos reales, pero que es no obstante más verdadero que la realidad fotográfica o estadística. Cuando nos imaginamos a un obrero de 1848, una de aquellas «blusas» que enarbolaron las primeras banderas rojas, viene a nuestro espíritu la imagen de un operario ebanista o vidriero del barrio Saint-Antoine. En las grandes luchas por la jornada de ocho horas alzan su voz los mineros y los ferroviarios. Basly, el «minero indomable» y «heroico huelguista de Vierzon» forma parte de la imagen de Epinal del movimiento obrero. El año 1936 está dominado por los metalúrgicos parisienses. Billancourt y Javen son entonces los grandes lugares de la historia obrera.

Se observa así en la práctica, en el seno de la clase obrera, la existencia en cada época de un *núcleo estructural* a cuyo alrededor se organizan los conceptos y las formas de organización y de acción del movimiento obrero. Pero aquél no hace más que expresar el papel de *modelo* que desempeñan, en el conjunto de la organización industrial de una época, ciertos sectores de la producción, cuya influencia determinante sobre las relaciones sociales acelera los procesos de cambio en los otros sectores. Los estratos de la clase obrera que no pertenecen a estos «sectores testimonio» que expresan la realidad económica de su época se encuentran prácticamente apartados de la dirección del movimiento obrero.

El modo de producción capitalista se caracteriza esencialmente por estar en continuo cambio. La introducción de nuevas técnicas, el descubrimiento de nuevas materias primas o de fuentes distintas de las tradicionales, la invención de nuevos productos, etc., revolucionan continuamente la división del trabajo establecida. Las masas de capital o de obreros pasan constantemente de un sector a otro y las viejas industrias peligran o desaparecen. La consecuencia ineluctable de estos cambios es precisamente llevar al primer plano, en el interior de la clase obrera y de su movimiento organizado, a tal o cual fracción de aquélla, mientras los sectores *leaders* del pasado pierden su influencia.

Así, el análisis puede descubrir los modelos de organización del movimiento obrero de tal o cual época y establecer correspondencias y relaciones entre ellos y las relaciones económicas, técnicas y tecnológicas de producción que los determinan. El análisis de las «fases» de la organización del trabajo encuentran siempre, cualesquiera que sean sus autores, esta noción de los «polos dominantes». Esta es la razón de que resulte legítimo hablar, con todas las reservas que se imponen, de «la edad del profesional, la edad del obrero especializado y la edad del técnico» o, si se prefiere la referencia a la organización de la industria más que a la de los obreros, la edad de la fábrica, la edad de la gran fábrica mecanizada y la edad de la automación.

Fase A: los inicios de la era industrial

En sus inicios, la organización industrial no va más allá de la fase del capitalismo familiar o de grupo. Desde el punto de vista jurídico es la época en que dominan mayormente las «sociedades de personas». Cada empresa, geográficamente delimitada en función de la proximidad de una fuente de materias primas o de un mercado, asegura una fabricación global, es decir, la fabricación integral de un producto dado. De aquí que, en el interior de un mercado por entero concurrencial, nos encontramos con la existencia de una relativa fragilidad compensada por situaciones monopolíticas localizadas y la escasa fluidez de las corrientes comerciales.

La división del trabajo en el interior de la fábrica es en sí misma una división sencilla que requiere una sola categoría de especialistas o técnicos propia de una rama industrial. Estas ramas industriales no tienen todavía el carácter exhaustivo que adquirirán en seguida: se trata aún de «oficios», en el sentido de las antiguas corporaciones. En el proceso de fabricación la especialización del trabajo es todavía poco acentuada. Por supuesto, la producción está ya repartida entre diversos talleres, pero éstos constituyen unidades autónomas: cada obrero tiene su trabajo propio, su ritmo personal que remunera el salario por piezas. Continúa, como el artesano o el oficial de antaño, produciendo un objeto concreto; conoce las particularidades de su máquina, que repara él mismo. En una palabra, la única diferencia entre el obrero profesional de esta época y el artesano individual es que aquél ha perdido la propiedad de sus medios de producción y la de su trabajo. Socialmente la diferencia es fundamental; psicológicamente lo es menos, puesto que el obrero artesano estaba ya sometido desde hacía tiempo a las órdenes del maestro. La reacción del obrero profesional polivalente desposeído de sus instrumentos de producción es una reacción de propietario: defiende como su bien más querido la única propiedad que le queda: su oficio.

Esta estructura de la empresa está ligada a la de la economía global. Alain Touraine tenía razón al hacer notar que «siempre que las condiciones económicas y técnicas de la producción no permiten prever la naturaleza exacta y la cantidad de la fabricación, la organización del taller se reduce a la repartición del trabajo entre obreros y equipos capaces de adaptarse a tareas variadas y, sobre todo, de organizar ellos mismos su trabajo, es decir, de escoger las herramientas, los métodos y los gestos apropiados. En estas condiciones la empresa no tiene verdadera unidad, no es más que la coexistencia de dos mundos: el de la fabricación, en la que el obrero cualificado posee una gran autonomía de decisión, y el de la gestión, completamente reservado a la iniciativa del patrono».

Aparentemente, el empresario se encuentra así en posición dominante frente a sus empleados. Pero tan sólo aparentemente: la empresa paleocapitalista está, ya lo hemos visto, estrechamente determinada por su estructura familiar. La propiedad familiar está ligada a la posesión de la fábrica y del suelo, en una época en que el capital de rentas e inmuebles de la empresa tiene más valor que el capital de *outillage*. Su emplazamiento, como ya hemos visto, está determinado por la existencia de condiciones locales específicas: materias primas (minas de hierro, canteras, bosques), producciones agrícolas, circunstancias geográficas utilizadas por la técnica de la producción (determinadas aguas corrientes para el temple del acero o la peletería) y, más rara vez, por la existencia de un mercado local específico. Cuando aparezcan modificaciones técnicas de las condiciones de producción o llegue al mercado un nuevo competidor mejor equipado, la fábrica se encontrará en situación difícil.

El obrero, por el contrario, cambia de lugar con facilidad. En una coyuntura en la que, dada la escasa concentración urbana, el problema del alojamiento no tiene la gravedad que revestirá más adelante, al obrero le es fácil transportar consigo su única propiedad: la cualificación profesional con que le será fácil encontrar nuevo trabajo.

El utillaje de esta fase industrial refuerza esta autonomía obrera. Las «máquinas universales» utilizadas en aquella época no son especializadas ni están insertas en un esquema fijo de fabricación. Su buen uso depende esencialmente del valor profesional del obrero que las utiliza. Son las mismas máquinas que el obrero encontrará en uno y otro lugar de su peregrinar en busca de trabajo. En Denain o en Moulins, en Nantes o en Saint-Etienne, el obrero profesional que entre en un nuevo taller se siente en su casa; en él encuentra un mundo conocido que ya domina. Las relaciones esenciales son las que mantendrá con el grupo de sus iguales. La importancia de las relaciones humanas es, pues, tanto mayor cuanto más fuerte es la jerarquía obrera (jerarquía interior en la que los patronos no tienen nada que ver). Aprendiz, oficial y maestro forman una jerarquía profesional estable y aceptada por todos, puesto que es expresión de la ley interior del grupo obrero y no consecuencia de decisiones exteriores. Así, la disciplina del trabajo es autónoma e independiente de la propiedad de la empresa.

El sindicato de oficio

La existencia de este estrato superior de obreros profesionales, aún muy próximos al oficial del siglo XVIII y de la Edad Media, da nacimiento a esta primera fase del sindicalismo: *el sindicato de oficio.*

Dada la movilidad obrera, el lugar de residencia no tiene gran fuerza en la solidaridad de los obreros. Al contrario, ésta se ejerce más intensamente en el plano de la rama profesional. Las relaciones profesionales están, en efecto, favorecidas por el constante trasiego de obreros entre distintos centros de producción, trasiego que a menudo va más allá de los límites nacionales. Las condiciones de ejer-

cicio de la profesión son también homogéneas, como homogéneos son los instrumentos de trabajo. Por supuesto, el sindicalismo de oficio se ve dificultado por la existencia de ideologías diferentes: entre proudhonianos, bakuninistas y «socialistas franceses» las rivalidades políticas son muy vivas.

Pero el socialismo es, para unos y otros, la recuperación de la propiedad de los medios de producción, de los que ha sido desprovisto el artesano. Se ejerza esta reivindicación a través del desarrollo de las cooperativas de producción proudhonianas o mediante la huelga de gestión de los anarquistas, el objetivo sigue siendo muy próximo, muy concreto: reconquistar por medio de la propiedad del medio de trabajo la libertad del artesano jacobino de 1791.

Esta homogeneidad en los objetivos se expresa con la máxima nitidez en el carácter anticentralizador de todo el movimiento obrero anterior y posterior a la Comuna.

La noción de una economía global y planificada es, por el contrario, muy rara en la literatura sindical; el socialismo premarxista espera de las comunidades libres de trabajo la armonía de las edades de oro.

La coordinación de las acciones (huelgas, por ejemplo) se realiza raramente a nivel de la empresa o la localidad y casi siempre a nivel de la rama profesional. Pero la tasa de sindicalización es muy elevada y las asambleas sindicales muy frecuentes; sindicatos como los de los moldeadores y fundidores, de los obreros del libro, de los cocheros y conductores y de los mecánicos han impuesto prácticamente la marca *(label)* sindical: todo operario ha de estar sindicado si quiere entrar en el equipo. La acción es verdaderamente un producto del conjunto de los sindicatos. Y, precisamente por ser la decisión de una gran mayoría, los huelguistas usan tan deliberadamente la violencia física contra los «esquiroles», obreros que sustituyen a los huelguistas. La «caza del esquirol», práctica permanente del movimiento sindical en período de huelga, sólo es posible en razón de la extraordinaria coherencia de la masa de huelguistas: el esquirol es un traidor, al que se expulsa de esta comunidad cerrada. El sindicato de oficio no es solamente un organismo de defensa: las Bolsas de trabajo donde se reúnen los diferentes cuerpos de oficio (y que, simples lugares de reunión al principio, dieron origen más tarde a estos organismos administrativos que son las uniones provinciales y locales) son igualmente el centro de elaboración de una cultura obrera autónoma, organizada también alrededor de la noción de oficio. Se dan cursos de formación profesional a los jóvenes y las Bolsas son verdaderos centros de orientación del empleo.

Esta fase inicial del sindicalismo le ha dado un impulso poderoso. A través de los diferentes oficios se establece una solidaridad profesional que desemboca en una conciencia colectiva. Pero esta clase obrera organizada, muy minoritaria en la nación (tanto más cuanto que no agrupa más que una fracción de la clase: las docenas de miles de campesinos-obreros utilizados por las industrias extractivas, siderúrgicas, textiles, etc. quedan durante mucho tiempo fuera de las organizaciones sindicales, al igual que los peones eventuales y los obreros agrícolas), ferozmente celosa de su autonomía, ha cortado los lazos que la unían, en 1848, a la pequeña burguesía republicana. Lazos frágiles por otra parte: durante la Restauración las tentativas de los carbonarios para penetrar en las sectas de los *Compagnons* se vieron la mayor parte de las veces condenadas al fracaso. La alianza que se estableció en 1848, simbolizada por la presencia en el gobierno provisional del «obrero Albert», el único miembro de dicho gobierno del que se había querido subrayar el origen social, no sobreviviría a las jornadas de Junio. El fracaso de la Comuna reforzaría más el escepticismo del movimiento sindical ante la acción política.

El anarcosindicalismo, que llega a ser en Francia la corriente ideológica que domina el movimiento sindical, rechaza abiertamente el parlamentarismo y los compromisos con la pequeña burguesía republicana. Griffuelhès, uno de los principales fundadores de la C. G. T., escribió en su *Viajes Revolucionarios:* «Siempre que el movimiento sindical participa en alguna acción política, como las elecciones, se debilita en su acción propia sobre los lugares de producción».

Fase B: la organización del trabajo

Así, las condiciones de producción, y especialmente las relaciones técnicas de la primera fase de la época industrial, no se diferencian fundamentalmente de las de la fase preindustrial. Esta situación profesional se modifica en la medida en que las condiciones técnicas y económicas de la producción se hacen previsibles y es posible establecer un plan de producción a determinada escala. Ciertos sociólogos del trabajo (principalmente G. Friedmann y A. Touraine) consideran que este paso de la preponderancia de los problemas de producción sobre los de fabricación separa fundamentalmente un sistema de trabajo del otro: el que ellos llaman «sistema profesional», basado en la autonomía de la fabricación y de la gestión, y el que llaman «sistema técnico», en el cual el aparato técnico de producción es independiente de los obreros que lo hacen funcionar. La aparición de la fase B, preparada como hemos visto en la industria inglesa desde 1840, está ligada tecnológicamente a la posibilidad de prever y organizar el trabajo. En el plano técnico esto puede significar el respeto de normas definidas y la tipificación de las materias primas y los productos elaborados. Sin embargo, incluso fabricantes fuera de serie o en pequeñas series (máquinas-herramientas, por ejemplo, y bienes de equipo en general) pueden entrañar igualmente la desaparición de la autonomía obrera en la medida en que ha habido previamente (por la intervención del *Bureau des Méthodes)* separación entre la concepción y la fabricación del producto.

Lo esencial no es, pues, la evolución técnica en sí misma, sino la posibilidad económica de esta evolución: el tra-

bajo en gran serie o el trabajo organizado analíticamente implica para la empresa que lo ejecuta un programa de fabricación a largo plazo y la posibilidad, casi la garantía, de poder vender sobre la marcha un gran número de ejemplares del mismo producto. De la expansión de mercados y del desarrollo acelerado de la concentración capitalista nacerán las grandes empresas y el trabajo en serie, características de la fase B. La evolución de la industria francesa, retrasada en relación a la británica, es significativa de este proceso.

La formación del capitalismo industrial francés ha sido fulminante. En 1856 la población empleada en el sector secundario (industria y transportes) era de 4.384.000 personas, pero, a excepción de algunos grandes centros como París y Lión, estaba diseminada en innumerables pequeñas ciudades de provincias. En 1881, fecha considerada como el inicio del período de industrialización masiva, dicha población no era todavía más que de 4.444.000. En 1906 alcanzó la cifra de 6.338.000, seguida de una progresión constante. Se tendrá una idea del valor de esta cifra si se tiene en cuenta que hoy día la clase obrera (más los técnicos de la industria) agrupa a 6.862.000 personas activas. En 25 años (1881-1906) el sector secundario ha englobado casi dos millones de individuos, en tanto que en los 25 años precedentes no había absorbido más que 60.000. Posteriormente, durante 50 años de desarrollo casi ininterrumpido de progresos técnicos, esta cifra no ha progresado más que en 700.000 unidades.

El arranque masivo de la industrialización provoca un desarrollo extensivo de la producción, mientras que después se registrará, con el aumento de la productividad del trabajo, un desarrollo intensivo.

Las grandes empresas tienen, a medida que se desarrolla la mecanización del trabajo, cada vez menos necesidad de mano de obra estable. La política de mano de obra de las empresas se adapta a las vicisitudes del mercado: en período de expansión económica las fábricas dan trabajo a grandes masas y a los primeros signos de estrangulamiento se produce un gran paro obrero. La relación de las fuerzas se encuentra así exactamente invertida: el obrero no indispensable a la empresa se ve obligado a buscar empleo en el mismo lugar al que ha sido atraído por aquélla.

El estrato superior del proletariado ha visto, durante el período precedente, crecer sensiblemente su nivel de vida, pero no constituye más que una minoría en el ejército del trabajo. Paralelamente a la entrada en el mundo industrial de la mayor parte de los países agrícolas con excedentes de mano de obra a buen precio, la profundización de los procesos de descomposición del trabajo facilita precisamente la utilización de estas masas no profesionales. A la antigua división principal del trabajo (obreros profesionales que efectúan un trabajo unitario y peones encargados de trabajos sencillos que sólo exigen el empleo de fuerza física) le sucede una categoría más compleja que nace con la introducción, a partir del siglo XX, de las máquinas-herramientas semiautomáticas. Pierre Naville describió así esta mutación en la composición orgánica de la clase obrera:

«Obreros rápidamente preparados atendían en número creciente estas máquinas y ellos constituyeron la masa de los llamados obreros especializados, es decir, especializados en tal o cual máquina, en tal o cual puesto, más que en una fabricación determinada. Por encima de ellos se mantenía un estrato, de importancia decreciente, de obreros a quienes un aprendizaje metódico de varios años había proporcionado una competencia profesional completa. Estos eran los profesionales propiamente dichos. Y por último, por debajo de los obreros especializados se encontraban los peones adaptados a tareas elementales y raramente en contacto con una herramienta compleja. De esta nueva repartición resultaba que la proporción de obreros cualificados (...) disminuía y que la especialización apresurada de las máquinas convertía los diversos trabajos en trabajos no cualificados.

La descomposición del proceso de fabricación evoluciona hacia el análisis total. En el extremo de este cambio del trabajo unitario aparece ya el trabajo en cadena y sus corolarios psicosociológicos, desarrollados por Henry Ford y William Taylor.

El taylorismo: la hora de los gorilas amaestrados

La producción en serie, tal como la conocemos hoy día, aparece en los Estados Unidos al final del siglo XIX con la experiencia de W. Taylor en los talleres de fabricación de vagones de mercancías de la *Bethleem Steel Company*, pero su auge comienza el día en que, en 1910, Henry Ford lanzó desde sus fábricas de Detroit el «Ford modelo T».

Después de esta época, la producción en serie se ha desarrollado en el mundo entero y ha alcanzado tanto al sector agrícola (algodonales americanos o *kolkhozes* soviéticos) como al sector terciario (mecanización generalizada del trabajo de oficina).

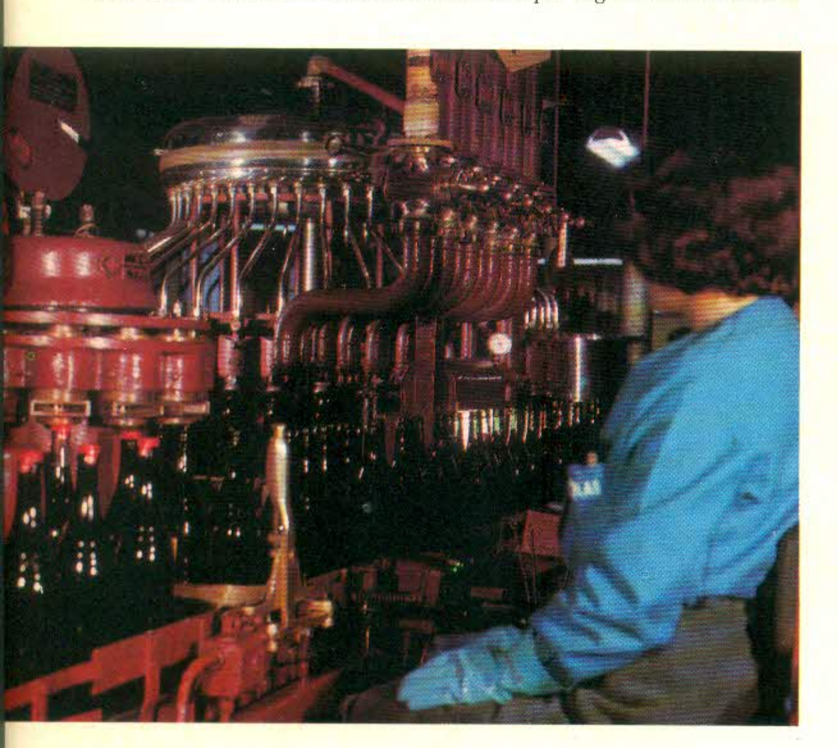
El principio fundamental de la «organización del trabajo» es la concentración de las decisiones de producción en las manos de la autoridad central. Los obreros no representan ya un potencial profesional utilizable de diversos modos, sino hombres afectos a puestos de trabajo. El análisis de los puestos no se ocupa de las posibilidades individuales de tal o cual obrero, sino de las etapas del proceso de producción. El *training on the job* (aprendizaje en el trabajo) remplaza cada vez más la formación profesional clásica. La jerarquía profesional refleja estos cambios: los viejos nombres de oficios, con toda su carga hereditaria sociocultural, son sustituidos por una categorización abstracta basada en una simple apreciación de la rapidez de movimientos. Además, el objetivo del aprendizaje es que el obrero obtenga un verdadero condicionamiento de reflejos fisio-

lógicos, sin recurso alguno a la reflexión, a la iniciativa o al saber. A excepción de algunos talleres privilegiados y de algunos sectores de la industria donde se mantiene el trabajo unitario, la cualificación profesional queda al margen de la gran industria. Además, la mayoría de los antiguos obreros se sienten incapaces de adaptarse a este nuevo «trabajo»; en cambio, llegan a la producción numerosos elementos sin tradición obrera, entre los cuales se encuentran mujeres en número cada vez mayor.

Grandes masas, excluidas hasta ahora de los problemas de la sociedad capitalista, se ven arrojadas a ella en condiciones frecuentemente dramáticas. El obrero especializado es el proletario en estado puro; se le ha arrancado hasta la conciencia de individuo en la actividad social. El trabajo, despersonalizado y abstracto, no representa ya ese factor de inserción en el mundo que sigue siendo para el obrero profesional. En la propia fábrica, vasta aglomeración jerarquizada, las relaciones de trabajo ya no son relaciones humanas: cuanto mayor es el número de obreros colectivos tanto mayor es el aislamiento de cada obrero en su máquina.

Los sociólogos del trabajo han observado desde hace mucho tiempo el fenómeno de la «descualificación». A partir de observaciones hechas en 1945 en las principales fábricas americanas, Georges Friedmann hizo notar que el *training on the job*, tan generalmente practicado en las empresas modernas, no podía asimilarse en ningún caso a una verdadera formación profesional. Sin embargo, tras dos o tres días de puesta a punto, los recién llegados son incluidos en la cadena de producción y, al cabo de unos sesenta días por término medio, su rendimiento puede competir con el de sus camaradas más entrenados.

La automatización del trabajo transforma al obrero en mero vigilante. ¿Acaso esta «embotelladora» hace otra cosa que vigilar atentamente...?



Contrariamente a la falaces esperanzas que continúan manteniendo la mayor parte de los militantes sindicales, procedentes del viejo estrato de obreros profesionales, la formación profesional, gracias al progreso de la tecnología, ya no es indispensable. La mayoría de los especialistas en métodos de producción creen incluso que es más perjudicial que beneficiosa para el rendimiento.

En 1924 W. Taylor creía que era posible «asegurar la producción con gorilas amaestrados». Esta ingenuidad cínica no es hoy día aceptable en la organización del trabajo. Pero la «conciencia de lo objetivo» no ha cambiado: se trata siempre de desarrollar al máximo en el trabajador las aptitudes automáticas y de reducir sus operaciones al solo aspecto maquinal.

En Francia, como en Italia, el peso de las tradiciones artesanales, la herencia cultural de la clase obrera y el desprecio de la fabricación «en serie» han influido durante mucho tiempo en las operaciones productivas. La legislación social, fruto de largas batallas del movimiento obrero, ha protegido el oficio durante más tiempo que en otras partes. Pero esta situación no podía prolongarse cuando se trataba de que la industria europea resistiera la invasión del mercado por la *mass production* americana. Las leyes de la economía han barrido las resistencias.

Naturalmente, los frecuentes conflictos provocados por la generalización del «trabajo parcelario» han ocasionado muy rápidamente una reacción contra la corriente mecanicista de las relaciones industriales desarrolladas por Taylor, Ford y sus émulos europeos.

La psicosociología industrial, reacción antitayloriana

Después de 1924 un psicólogo empírico americano, Elton Mayo, estableció a partir de una encuesta de varios años, realizada en los talleres Hawthorne de la *General Electric*, que las relaciones industriales seguían siendo, en el taller mecanizado, relaciones humanas y que las solas incitaciones «hedonistas», asociadas a las investigaciones fisiológicas sobre las condiciones materiales del ejercicio del trabajo, no bastan para compensar «la falta de interés» que el obrero-robot aportaba a su trabajo. El análisis de Mayo, y poco después todas las investigaciones de la psicosociología del trabajo, la obra de Moreno, de la escuela de Bethel, de Lewin, etc., han contribuido incontestablemente a desmitificar una teoría atomística del *homo oeconomicus* que justificaba, mediante la anticuada fisiología del siglo XIX, la servidumbre del hombre ante la máquina. Los psicoso-

ciólogos han redescubierto la importancia de las estructuras sociales en el grupo productivo.

Sin embargo, la intervención de los métodos psicosociológicos en la conducta de las relaciones interindustriales se ha encontrado rápidamente con un obstáculo insuperable: y es que la «organización científica del trabajo» aparece más que como fase final como una fase de transición un compromiso entre la estructura de las relaciones interindustriales de la fase A (de manufactura) y la de la organización socializada de la producción que anuncia todo el desarrollo de la sociedad industrial.

La organización industrial de la fase B manifiesta ya fuertemente su tendencia a la integración. En este sentido la sumisión de la fabricación al sistema de producción, de la técnica a la organización, representa una ruptura fundamental con el antiguo sistema de producción. La empresa, en cuanto unidad homogénea de producción, ha integrado talleres y productores. Pero la permanencia de una actividad productiva del hombre, la asignación del hombre a la máquina, mantiene la apariencia de una actividad profesional de tipo clásico: la ilusión de un «rendimiento individual», de un «trabajo individual», de una «producción individual». Ahora bien, este mantenimiento anacrónico de una noción de «rendimiento individual» que Mayo, como la mayoría de psicosociólogos que le siguen, no critica, no es meramente el producto de un retraso de la conciencia.

Hemos visto que en la fase A la fabricación está, por así decirlo, separada de la gestión. El obrero, aunque tenga un puesto fijo en la empresa del patrono, se comporta en relación al patrono, en cierto modo, como un artesano contratado. El provecho del patrono le parece la remuneración del capital invertido en los bienes fijos de la fábrica y en las existencias de materias primas y, sobre todo, del riesgo comercial que asume el empresario. De aquí que se haya mantenido durante tanto tiempo, a pesar de la difusión de las tesis marxistas sobre la plusvalía, la noción del «justo precio del trabajo». Se sabe además que, en el trabajo por piezas, forma predominante del salariado para las categorías cualificadas, el obrero contabilizaba sus propios rendimientos.

La «organización del trabajo» ha destruido, al mismo tiempo que la autonomía profesional, las bases del salario fundado en el rendimiento individual. En la fábrica integrada no existe ya el rendimiento individual: el rendimiento es resultante directa de la eficacia de la propia organización en su totalidad, es decir, de un sistema de producción de cuyas decisiones el obrero está por definición excluido. Los psicosociólogos de hoy día comienzan a formularlo en términos explícitos, puesto que consideran que la investigación psicosociológica debe ir, si quiere ser consecuente, hasta la reconsideración de los poderes de decisión en la empresa.

Además de sus ventajas económicas (mayor agilidad de la organización productiva e inmovilización menos importante del capital fijo) la parcelación del trabajo tiene, para la dirección de la empresa, la gran ventaja de mantener la ilusión del contrato individual entre quien emplea y el que es empleado. En realidad, el obrero especializado privado de sus ventajas personales, de la autonomía efectiva que le asegura su capital profesional, y excluido de la gestión del conjunto productivo en el que participa, no puede sentir hacia la empresa más que sentimientos de hostilidad o de indiferencia.

La «conciencia de clase» en el obrero parcelario

El conjunto de esta situación lleva a los obreros con sentimiento más intenso de pertenencia a una «clase específica» opuesta por naturaleza a las otras clases sociales. Este sentimiento de clase no es, desde luego, un fenómeno nuevo; lo nuevo es, por una parte, su extensión a grandes masas, comprendida la familia del obrero, y por otra la alienación de una parte de su contenido. En el obrero profesional la «conciencia de clase» se caracteriza a la vez por la doble conciencia de ser explotado y productor de riqueza. La explotación es sentida principalmente en función misma de esta cualidad de productor. La familia del obrero, las mujeres y las hijas especialmente, se mantiene aparte de las actividades de clase como se mantiene aparte de las actividades de producción. En los suburbios obreros poblados de obreros especializados es diferente. La conciencia de clase se funda esencialmente en el sentimiento de explotación, que es considerada como expresión de la desigualdad en la distribución de riquezas. Por ello la conciencia de clase deja de estar directamente ligada a la actividad productiva para ser la expresión de una condición social. Aquí la terminología indica también el cambio sufrido: el término «proletariado», cargado de todo un simbolismo de miseria, sustituye al de «mundo obrero» o «clase obrera», e incluso al de productor.

La expresión de la reivindicación social obrera va, pues, a desplazarse desde el lugar de la producción al lugar del *habitat* y, en consecuencia, de la lucha directa en la producción a la lucha política y especialmente electoral. Múltiples condiciones «técnicas» favorecen además este desplazamiento: el mismo *status* del obrero especializado y su inestabilidad, hacen muy difícil la organización de los movimientos en la fábrica. En cambio, el agrupamiento del *habitat* obrero hace de la base territorial un elemento coordinador más sólido. De ahí la importancia que adquieren en el movimiento sindical las uniones locales y provinciales, paralelamente a las federaciones de la industria. De ahí también la asociación más estrecha entre las luchas sindicales y las políticas. Lo que el obrero especializado es incapaz de conseguir en cuanto productor, intentará obtenerlo en cuanto consumidor: el papel de la municipalidad obrera, como órgano de redistribución de las riquezas, aumenta.

La naturaleza de las reivindicaciones obreras también ha cambiado. Superficialmente puede decirse que, consciente



de oponerse al capitalismo en su totalidad y no a un patrono individual y aislado, la clase obrera adquiere conciencia de las dimensiones políticas de su acción. La progresión considerable de los votos socialistas, y después comunistas, en las elecciones legislativas parece la confirmación de esta tesis. Sin embargo, esta concepción es parcial.

Ahora bien, paralelamente a la extensión de la influencia electoral de los partidos obreros, se asiste a una degradación progresiva del poder sindical. El porcentaje de los sindicatos organizados disminuye: fuera de algunos períodos de intensa actividad social (1935-1937, 1945-1946), el movimiento sindical no logrará organizar a gran cantidad de obreros. Las tasas globales de sindicalización sufren todavía el peso de viejas estructuras. El delegado de fábrica deja de ser el representante directo del grupo; con la introducción, a partir de 1936, de las elecciones de delegados (paralela a su reconocimiento oficial) se acentúa la escisión entre el grupo obrero de base y el militante sindical. Este se ve obligado, en su actividad, a tener en cuenta la reacción de los que la CFTC llama «base baja» y la CGT «los inorganizados». Reacciones imprevisibles que darán nacimiento a esa noción de psicología colectiva que es el «*climat*».

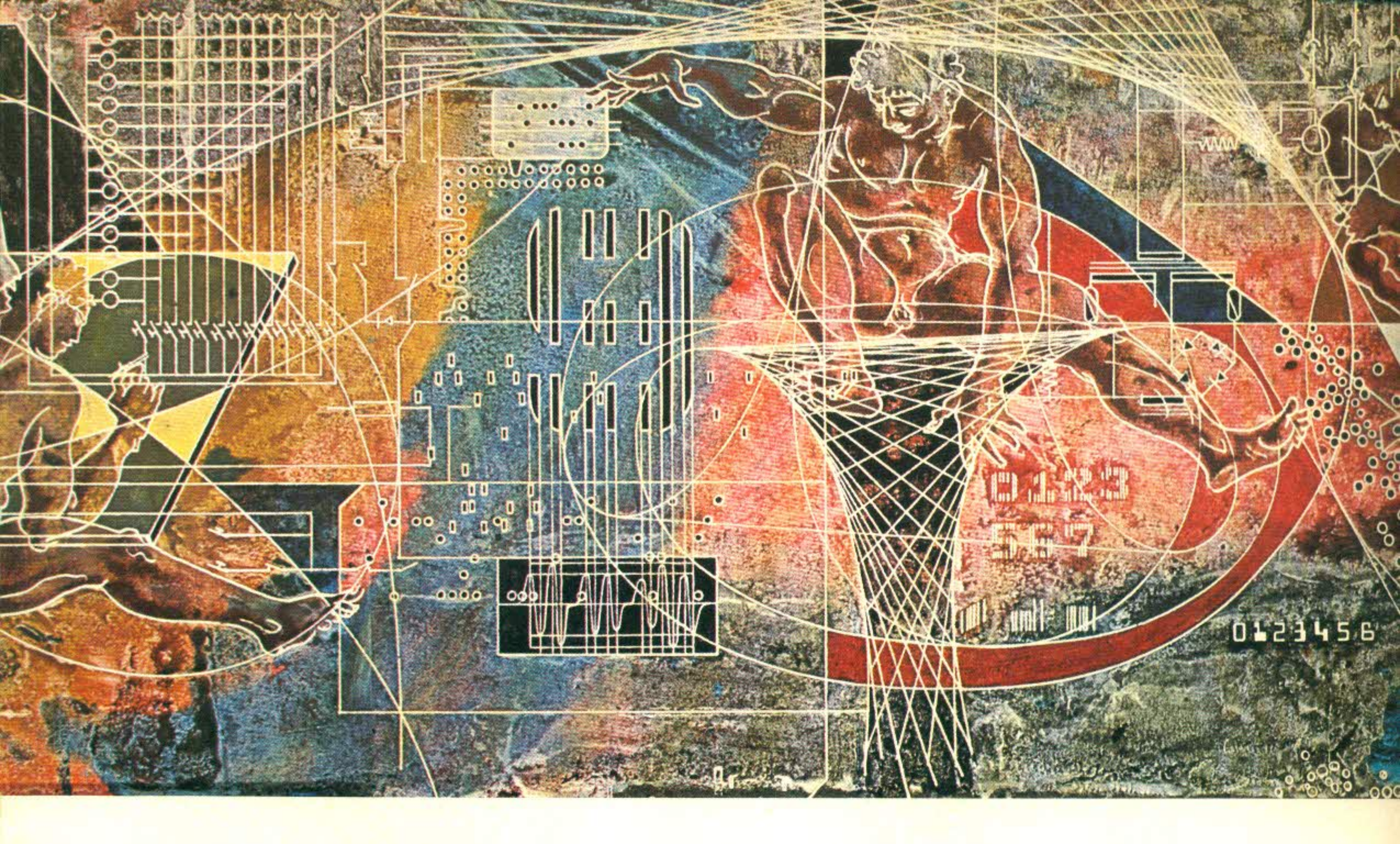
Una doble evolución va a manifestarse entonces en el interior del movimiento sindical francés, que volverá a encontrar así una tradición ya enraizada en los movimientos sindicales de Inglaterra y Alemania, países en los que el paso global de la economía al estadio del capitalismo industrial ha sido más rápido.

Por una parte el sindicalismo evoluciona hacia la búsqueda sistemática del *free bargaining* (regateo) con los patronos. El diálogo pasa a elemento principal de la acción sindical; la lucha y el conflicto ocupan un lugar secundario.

Por otra parte el movimiento sindical se apoya cada vez más, en vistas a obtener la protección global de sus intereses, en los partidos políticos y en el Parlamento, apoyo que no le es concedido gratuitamente: las rivalidades políticas penetran en el aparato del sindicalismo y rompen de forma decisiva la propia unidad sindical.

Esta evolución está evidentemente favorecida por los cambios que se operan en la propia naturaleza del Estado. A medida que se desarrolla la concentración capitalista y se globaliza la economía, el Estado se introduce con profundidad cada vez mayor en los caminos de la economía. La misma importancia de su papel le impide estar exclusivamente al lado de los patronos, al menos de una forma demasiado llamativa. Tiende cada vez más a no intervenir en favor de aquéllos más que en la medida en que sus intereses coinciden con los del desarrollo total del capitalismo.

Las confederaciones y las federaciones industriales practican con los poderes una política de presencia relativamente pasiva y procuran principalmente obtener de y por la ley ventajas de carácter general que refuercen su influencia y sus instrumentos de representación en la masa obrera. Los convenios colectivos por ramas industriales debilitan los sindicatos locales o de empresa en beneficio de los organismos



El fresco de Hans Erni para la Exposición nacional suiza de Lausana es el símbolo de toda la evolución del trabajo industrial contemporáneo.

centrales, los únicos reconocidos como «interlocutores válidos» tanto por el Estado como por los organismos patronales

La institucionalización del sindicalismo y la importancia que llega a adquirir en la toma de decisiones de carácter macroeconómico habrían podido abrirle el camino de una verdadera participación de hecho en el poder. En realidad, no es así; las organizaciones sindicales no tan sólo resultan impotentes, salvo excepciones coyunturales, para establecer un nexo orgánico entre las proposiciones que formulan a nivel del Estado y las acciones que regulan u organizan en la base, sino que se muestran también incapaces de dar unidad a las reivindicaciones de carácter general que formulan sus federaciones industriales.

En lugar de un programa económico, el sindicalismo elabora catálogos de reivindicaciones. La hostilidad del viejo sindicalismo contra el Estado ha sido sustituida por la inserción en el Estado, sin elaborar no obstante una política de conjunto, la única que le permitiría desempeñar realmente un papel en el poder.

Sin embargo, el transcribir en términos legislativos y derechos adquiridos las conquistas arrancadas por los trabajadores cuando la coyuntura económica les era favorable, ha modificado la óptica de los dirigentes. Ha ayudado al desarrollo de nuevas nociones económicas: expansión, estabilidad relativa del mercado, pleno empleo, etc. En una palabra, el sindicalismo transformado en grupo de presión contribuye a crear las condiciones de desarrollo del capitalismo tecnócrata.

Fase C: la automación

La introducción del trabajo en cadena y la estandarización de la producción en masa no ha eliminado definitivamente la producción «de calidad» hasta después de la gran crisis de 1927-1931. La misma guerra de 1939-1945 ha frenado considerablemente los procesos de modernización. Así es como, habida cuenta del desfasamiento que existe siempre entre la aparición de los fenómenos y la toma de conciencia de su realidad, todavía podían considerarse hace cinco años los fenómenos tipo del «trabajo por piezas» (descualificación de masa, aceleración de ritmos, parcelación del trabajo) como los aspectos esenciales de la evolución del trabajo en Francia. De hecho, tras la generalización de la producción en serie, hacía su aparición una tecnología totalmente revolucionaria: la automación. Esta, verdadera negación dialéctica de la parcelación del trabajo, se desarrollaba a marchas forzadas en las industrias avanzadas, las que tienen por objeto el tratamiento de nuevas materias: petróleo y petroquímica, química de síntesis, energía eléctrica y telecomunicaciones. En el curso de la expansión económica (1950-1956) la automación ganó nuevos sectores: Renault, con sus *máquinas-transfert,* le abría las puertas de la industria del automóvil. La SNCF automatizaba algunas de sus instalaciones, la EDF hacía lo mismo y las minas de hulla seguían el ejemplo; la

prolongada crisis textil, al precipitar las concentraciones, la introducía en las fábricas textiles del norte de Francia. Los nuevos complejos siderúrgicos, Sollac, Sidélor, Usinor, sustituían progresivamente sus trenes de laminación clásicos por laminadores automáticos, y el nuevo complejo de Dunquerque no empleará más que 800 obreros para una producción idéntica a la de los 18.000 obreros siderúrgicos de Denain. La automación alcanza también a cierto número de industrias antiguas, como las de la madera, el vidrio y los productos alimenticios, en las que cambia completamente el modo de producción hasta entonces empleado. Incluso el trabajo de oficina se ha visto rápidamente transformado por la introducción de cerebros electrónicos, ordenadores, etc. Esta penetración de la nueva técnica en sectores tan diferenciados como los de la producción, distribución, transportes y servicios, renueva decisivamente la propia noción de clase obrera. Hasta la especialización e incluso durante ella, la distinción entre el trabajo productivo y el improductivo era bastante fácil. Naturalmente, tendía cada vez más a separarse de la antigua noción de trabajo manual e intelectual, a la cual se superpuso en los principios de la era industrial, para adquirir un carácter más teórico, más económico.

En la propia industria, el almacenero, que realiza una labor esencialmente manual, está asimilado a la categoría de los «empleados» y, como a tal, se le paga mensualmente, puesto que la noción de rendimiento de productividad se asocia inexorablemente a un proceso de creación de valores materiales, de producción de objetos. En cambio, el obrero especializado por parcelaria que fuera su tarea, participaba en esta producción de valores materiales y percibía un salario horario y una retribución por el rendimiento, forma compleja del «salario por piezas» clásico. La naturaleza del trabajo obrero se modifica totalmente en la industria automatizada: se habla más de «vigilante» u «operador» que de productor propiamente dicho. Al parecer, la lógica final de la automación elimina al hombre en la producción de objetos. Estos son producidos por otros objetos capaces por sí mismos de rectificarse y corregir sus imperfecciones. En este conjunto autorregulado el hombre no es más que el demiurgo lejano que inventa los mecanismos de producción.

Como observaba André Barjonet, la «primera revolución industrial» estuvo profundamente marcada por la invención de la máquina-herramienta (adaptación de una herramienta a un motor que remplaza la mano del hombre). En este sentido los gigantescos progresos realizados desde el siglo XVIII por la tecnología se sitúan todos en la misma línea de desarrollo. No suponen ningún cambio cualitativo en la técnica de producción. La mayoría de los descubrimientos técnicos que se aportan en la actualidad a la industria clásica pertenecen aún a esta serie: las máquinas accionadas automáticamente efectúan eternamente, desde que se les da el impulso, la misma operación. La verdadera automación, que no se ha podido desarrollar realmente hasta el descubrimiento de la electrónica, no asegura tan sólo la totalidad de las operaciones efectuadas en otro tiempo por la mano del hombre, sino también ciertas funciones reservadas hasta ahora al cerebro humano. Los métodos de *feed back*, la autocorrección de los errores, la autorregulación de las operaciones, la síntesis de ciertos datos económicos y de las operaciones de producción propiamente dichas, funciones todas ellas realizadas por los cerebros electrónicos, han hecho hoy día acto de presencia en el terreno de los hechos económicos.

En estas condiciones la intervención del hombre se ve progresivamente relegada a los extremos del proceso productivo propiamente dicho. Su dominio se ejerce en el plano de la creación intelectual, por una parte en la invención y por otra en el control.

Al convertirse el equipo en el elemento esencial de la producción, el principal afán del capitalista será amortizar en el mínimo de tiempo las máquinas excesivamente costosas y, naturalmente, procurará adaptar su política de mano de obra y su política de inversión. El problema que se le plantea no es ya, como en 1925 o en 1935, disponer de una reserva de mano de obra fluctuante, fácilmente reducible, sino, por el contrario, asegurarse una mano de obra permanente que conozca las técnicas particulares de la empresa.

Las reivindicaciones obreras

La evolución técnica presta así a la «nueva clase obrera» medios de presión mucho más eficaces que los que poseían los obreros especializados, siempre sustituibles de un día a otro en las cadenas de producción.

La industria automatizada crea un nuevo tipo de cualificación muy alejado de los conocimientos del oficio tradicional, que hace necesaria una cultura general y tecnológica mucho mayor y que prepara la liquidación progresiva de la distinción entre trabajo manual y trabajo intelectual. Por la misma razón se va cerrando la fosa que separaba los obreros y los cuadros de mando: entre el operador de una unidad de *cracking* que vigila en bata blanca el flujo continuo del petróleo y las diversas presiones a que está sometido y el ingeniero o el técnico de grado superior que supervisa su trabajo, la diferencia no es ya de naturaleza sino simplemente de situación jerárquica, de la misma manera que las relaciones entre el comandante de un avión y los técnicos de su equipo son fundamentalmente diferentes de las que existen entre el comandante de infantería y la masa de sus soldados. La industria moderna tiende a tecnificar el conjunto de la clase obrera, al mismo tiempo que reduce el número de personas utilizadas en la producción. *(V. cuadro III, p. 217.)*

Tales tendencias han llevado cierto número de orientaciones nuevas al movimiento sindical de estas empresas: en la medida en que la unidad de producción es más homogénea, y los obreros se conocen más unos con otros y se facilitan las relaciones entre obreros y técnicos, más fácil es la puesta a punto de la organización sindical y más apetecida la adhesión al sindicato.

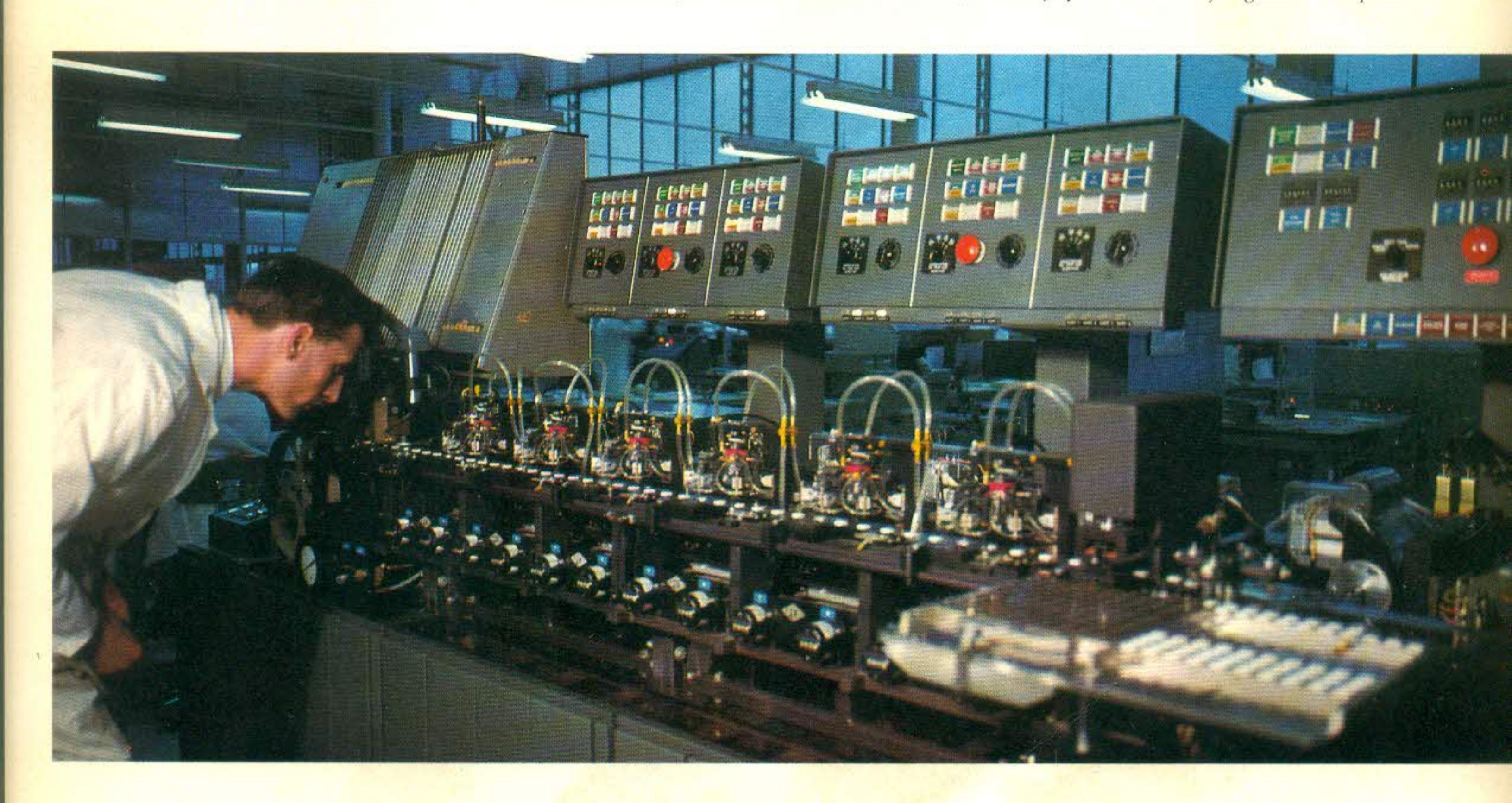
Las características técnicas de la empresa proporcionan, pues, a la clase obrera medios de presión más eficaces que en lo pasado; la seguridad de los militantes está más garantizada: no se sustituye de un día a otro un técnico de la electrónica como se sustituía un obrero especializado. Esto refuerza la confianza de obreros y técnicos y les lleva a organizarse sin temor a la represión del patrono. La tasa de sindicalización en los sectores productivos de la electrónica, la electromecánica, la industria petrolera y la química sobrepasa a menudo el 50 % de los efectivos, mientras que en la metalurgia la tasa de sindicalización en los diferentes sindicatos no pasa casi nunca del 14 % o 18 %, y aún hay que considerar que esta cifra está falseada porque incluye a los obreros de las pequeñas empresas, a menudo sindicados de manera formal.

Se observa paralelamente un cambio importante en la naturaleza de las reivindicaciones. Las reivindicaciones inmediatas aparecen cada vez más ligadas al conjunto de la organización tecnicoeconómica de la empresa, a la forma de organización del trabajo y a los ritmos de producción. Las reivindicaciones se orientan entonces hacia las reivindicaciones de control de la gestión de la propia empresa y toman a veces formas inesperadas en un movimiento sindical. Así, en febrero de 1960, los obreros de Massey-Harris de Lille (empresa en la que el porcentaje de técnicos es del orden del 65 %) fueron a la huelga para conseguir el cese de su director.

La clase obrera técnica, fuertemente integrada en el proceso de producción, está llamada a reivindicar más allá de sus necesidades inmediatas la posesión de ciertos instrumentos de control de la actividad económica que la hace vivir. En principio esta orientación se manifiesta principalmente al nivel de la empresa: la reciente elaboración de acuerdos de empresa muestra cómo en ciertos casos dicha orientación puede conducir a una verdadera institucionalización de elementos de control obrero de la producción.

Los acuerdos de empresa son fórmulas de acuerdo contractual entre patronos y asalariados que tienen en principio una base estrictamente paternalista. Para los primeros se trataba de pactar con sindicatos más o menos condescendientes un acuerdo ideológico en el que el patronato no se comprometía prácticamente a gran cosa, pero en el que en cambio, se prohibía toda acción al sindicato en el lugar de trabajo. Pero estos acuerdos han sobrepasado rápidamente este carácter para mostrarse como la nueva forma del acuerdo negociado entre sindicalismo y patronato en el marco de una economía en la que el concepto de empresa tiende a ocupar un lugar cada vez mayor. Sustituían así a los antiguos conve-

La verdadera automación, que no ha podido desarrollarse realmente más que con la electrónica, no tan sólo asegura la totalidad de las operaciones efectuadas antes por la mano del hombre, sino también ciertas funciones del cerebro humano; sólo hay que entretener y vigilar las máquinas.



nios bilaterales establecidos a nivel del conjunto de una rama industrial. La disparidad de las diferentes empresas en Francia es tal, en efecto, que las ventajas adquiridas por los obreros de la industria moderna no pueden extenderse a las empresas menos desarrolladas sin una resistencia seria del patronato de empresas pequeñas y medianas que bloquearía la negociación. En el curso de estos últimos tiempos la renovación de los acuerdos de empresa se ha realizado en el marco y bajo la presión de poderosos movimientos huelguistas, tendentes a introducir en el acuerdo el máximo de ventajas para la clase obrera. Las acciones de masa para incluir en los acuerdos de empresa no tan sólo las reivindicaciones inmediatas sino también algunas disposiciones que aseguren a los sindicatos el control de cierto número de elementos de la gestión de la empresa, marca probablemente un giro decisivo en la estrategia del movimiento obrero francés, y la primera tentativa de la clase obrera para adaptar sus formas de lucha a las nuevas estructuras del capitalismo.

Pero esta evolución no hubiera sido posible sin la autonomía cada vez más extendida de las grandes secciones sindicales de empresa respecto a la dirección confederal, sin el desarrollo de un nuevo tipo de sindicalismo fundado en la noción objetiva de integración de los obreros a la producción.

El desarrollo de estas nuevas orientaciones sindicales está jalonado asimismo por otras evoluciones.

Una concepción nueva de la huelga

En el sindicalismo de obreros especializados la eclosión de los movimientos reivindicativos está siempre determinada por lo que se llama «el clima» que se establece en determinado momento en una fábrica. La espontaneidad desempeñaba así un papel mayor que la organización y la dirección del sindicato. Por esta misma razón los movimientos no tenían en cuenta los criterios objetivos que hubieran podido asegurarles el éxito. Ha ocurrido a menudo que la dirección de las empresas, para hacer frente a un atascamiento de la producción, llevaron deliberadamente sus obreros al trabajo lento con el fin de obtener la disminución deseada de su capacidad de producción evadiendo las cargas financieras.

Por el contrario, en la mayor parte de las grandes y medianas empresas modernas, en las que la mayor tasa de sindicalización y la mayor formación técnica del personal permiten mayor cohesión y confieren más autoridad a los sindicatos, la noción de *clima* desaparece casi por completo de la acción y se llega a una verdadera organización científica de la huelga. En lugar de desencadenar huelgas ilimitadas que perjudican el poder de adquisición de los huelguistas, el sindicato, basándose en un conocimiento profundo del sistema de producción de la empresa, organizará la desorganización sistemática de la producción mediante detenciones limitadas del trabajo, escalonadas por puestos de producción en los puntos más sensibles. La contraseña de los huelguistas de la Thomson-Houston en 1959 («tres días de producción perdidos por el patrono, una hora de salario perdida por el obrero») logró paralizar durante un mes y medio la producción de la más importante factoría electrónica francesa sin que se afectara casi el presupuesto familiar de los huelguistas. En otros casos el sindicato desencadenará acciones en ciertos momentos delicados de la vida de la empresa, colocándola ante dificultades que amenazan repercutir en su situación en el mercado. Cuando se trata de empresas de prestigio, la búsqueda del efecto psicológico explotado por la gran prensa de información podrá tener igualmente un papel decisivo.

La organización sindical en la era de la automación

Pero, para asegurar un feliz resultado a tales acciones, no es suficiente que existan las condiciones objetivas: hace falta, además, que las organizaciones sindicales estén en situación de organizarlas y dominarlas, lo que requiere varias condiciones:

1.° Por regla general, la unidad intersindical se consigue más fácilmente en los problemas reivindicativos; pero, al día siguiente de una huelga o de una jornada de acción, se rompe de nuevo. Y peor aún si el movimiento se prolonga, pues entonces las modalidades prácticas y técnicas de la acción ocasionan siempre controversias que se transforman en debate «ideológico». Ahora bien, lo propio de estas nuevas formas de acción es que exigen una *acción continua y de gran duración*, en cuyo curso las condiciones técnicas de realización del movimiento deben *modificarse permanentemente*. Es así como en todas las empresas en las que se han podido efectuar acciones de este tipo se han constituido, siguiendo el ejemplo de la Thomson, comités intersindicales permanentes que aseguran de hecho una verdadera unidad orgánica fundamental.

2.° Pero la unidad sindical no determina nada si no se apoya en una adaptación a las condiciones de la empresa. Pasando por encima de las viejas reglas sindicales, varias empresas de la región parisiense han adoptado, desde hace uno o dos años, una estructura sindical única reagrupando sobre la base del *trust* las diferentes secciones sindicales de las empresas dispersadas geográficamente. Esta nueva estructura, hecha necesaria por la toma de conciencia de los determinismos de la empresa moderna, tiende a generalizarse. Igualmente, las viejas clasificaciones profesionales pierden terreno ante las realidades industriales.

3.° En fin, siendo la base del movimiento reivindicativo la propia organización productiva de la empresa, es indispensable el conocimiento del mecanismo del mercado y de la gestión financiera de la empresa por parte de los obreros militantes. Este conocimiento, que empieza a revalorizar el papel del comité de empresa, conduce a los sindicatos a plantearse los problemas de la gestión de las empresas. Cada vez es más corriente que sea la validez de la gestión ejercida por las direcciones la que se ponga en tela de juicio.

Así se elabora progresivamente en el movimiento sindical una nueva concepción de la lucha reivindicativa que, partiendo de la adecuación de las formas de lucha a las condiciones de la producción, desemboca en el control de la organización de esta misma producción.

El sindicalismo de empresa vuelve a encontrar, sobre una base de organización, algunos de los rasgos del sindicato de oficio: intensa participación en la actividad sindical, desburocratización mediante la revalorización de las secciones sindicales de empresa y orientación hacia la gestión de ésta. Otro rasgo tienen en común: la desconfianza ante las formas tradicionales de la lucha política y la creencia en la validez de la acción sindical organizada. Se ha podido hablar del renacimiento de un «anarcosindicalismo moderno». Sin embargo, se distingue fundamentalmente por dos aspectos:

a) la acentuación de los fenómenos económicos;

b) la estrechez del «espíritu de empresa» que conduce, con mayor intensidad que en el corporativismo de oficio, a aislar los elementos de la clase obrera que trabajan en los sectores avanzados de la industria de los otros estratos de la población. Desde este punto de vista la solidaridad de clase, que se expresaba en el sindicato de oficio bajo la forma de solidaridad corporativa, está ausente en el sindicalismo de empresa.

Los cauces futuros de la acción sindical

El problema que plantea la evolución ulterior del sindicalismo radica por completo en la contradicción existente entre estas dos últimas actitudes:

a) Dada la integración general de la economía y la ósmosis de ésta y de la política en la sociedad industrial, toda orientación de gestión en una empresa desemboca necesariamente, para ser eficaz, en una toma de posición global a nivel de la economía entera. Las elecciones económicas no pueden efectuarse ya dentro de los límites de una empresa, por importante que ésta sea.

b) El «espíritu de empresa», no en el sentido clásico de la sumisión a la dirección de la empresa, sino en el de una concepción particularista de las necesidades y aspiraciones de los asalariados de la empresa, llevaría a los mandos sindicales a entrar en conflicto (sobre la base de los intereses de grupo) con las otras fracciones del movimiento sindical y en el mismo sentido que las direcciones de sus empresas.

La mejor protección del sindicalismo de empresa contra las tendencias particularistas o el repliegue corporativista es el carácter global de la economía de nuestra época. Este mismo carácter contribuye a difundir las tendencias de gestión en los sectores en los que las condiciones objetivas de estas tendencias no existen todavía.

Podríamos inclinarnos así a decir que las nuevas orientaciones del consumo, basadas en el crédito, corresponden esencialmente a la situación creada para los asalariados de las ramas más avanzadas de la economía. Ahora bien, sabemos que el crédito, institucionalizado por el propio Estado especialmente en materia de construcción, se ha extendido rápidamente a todos los estratos de la población, incluida aquella fracción de la clase obrera, la más importante, que no se beneficiaba de la seguridad de empleo de que gozan los trabajadores de las industrias avanzadas.

Y es que en realidad los efectos económicos del sistema de crédito no hubieran podido realizarse si se hubieran limitado a la pequeña fracción de la población que disfruta de seguridad de empleo (funcionarios, técnicos y obreros de las industrias avanzadas).

El resultado es que actualmente, en las industrias en las que el movimiento obrero aceptaba tradicionalmente como un hecho la inestabilidad del empleo y organizaba su vida material teniendo en cuenta esta situación, la exigencia de la seguridad de empleo se ha convertido en la reivindicación principal de la clase obrera francesa, en tanto que las reivindicaciones de aumento de salario han pasado a segundo lugar. Esta exigencia la lleva a preocuparse de la situación económica de las empresas y de los sectores en los que trabaja y a plantear el problema de una reforma de estructuras que garantice la estabilidad al conjunto de la economía y no a algunas ramas privilegiadas.

Así, partiendo de las consecuencias que ciertos sectores ejercen sobre el conjunto de la economía, vemos crecer una toma de conciencia que, a partir de reivindicaciones económicas propias de tal o cual sector, de tal o cual empresa, de tal o cual región, pone en tela de juicio el conjunto del sistema económico y lleva a las organizaciones sindicales a sobrepasar el nivel de las luchas *categoriales* y a desembocar en la exigencia del control obrero de la producción a nivel de la empresa y también a nivel de la sociedad en general.

Asistimos así, al lado del frente político tradicional mantenido por los partidos y del frente social mantenido por los sindicatos, a la abertura de un tercer frente en la lucha secular entre capital y trabajo: se trata del frente económico con el que el movimiento obrero desafía el sistema existente, no a partir de opciones ideológicas ni de reivindicaciones sociales, sino de la comprobación práctica de la impotencia de este sistema para asegurar el desarrollo ininterrumpido y armonioso de las fuerzas productivas.

Por lo mismo, se ve puesta en duda la distribución tradicional de papeles entre el movimiento sindical y el movimiento político y los sindicatos se encuentran obligados, en cuanto organismos económicos, a politizarse en el verdadero sentido del término, es decir, no a hacerse eco de las contraseñas electorales de uno u otro partido político, sino a intervenir en forma activa en la vida política del país con los medios y los modos de acción que les son específicos.



HENRI MENDRAS

el trabajo agrícola

Las sociedades modernas son o se hacen industriales hasta en los sectores más extraños a la industria. Apartada mucho tiempo de la revolución industrial, la agricultura ha emprendido en el siglo XX, con la mecanización de su material y los nuevos métodos de explotación, el camino de la modernización. De ahí un cambio de ritmo muy notable y, al final, la transformación completa de lo que a nuestros padres les podía parecer la propia imagen de la inmutabilidad.

Ford creía que la agricultura llegaría a ser un día una industria como las demás. La rama industrial especializada en la producción de los productos alimenticios y de ciertas materias primas vegetales debía, según él, ocupar un puesto en el panorama de las actividades industriales, de las que no diferiría más que en aspectos secundarios. La modernización de la agricultura y el desarrollo del maquinismo agrícola parecían justificar esta visión del futuro.

Las revoluciones industriales y la agricultura

Sin embargo, el historiador de las técnicas agrarias debe tener en cuenta un hecho importante: la agricultura no ha conocido la primera revolución industrial. Todos los esfuerzos realizados para utilizar la máquina de vapor en el campo no han tenido más que éxitos pasajeros. La segadora-embaladora de Holt, en 1902, recogía la cosecha de unas veinte hectáreas por día, pero necesitaba un equipo de siete hombres a su servicio, en tanto que una máquina de tracción animal, si bien no cosechaba más que una decena de hectáreas, no necesitaba en cambio más que cuatro hombres. El tractor de vapor no tenía otro empleo en la granja y presentaba numerosos inconvenientes. Esta experiencia, por tanto, no fructificó y la máquina de vapor quedó limitada a la trilla de los cereales, tarea en que permanecía fija y, en lugar de servir para la tracción, servía sólo, como en la industria, para accionar la trilladora. Su único éxito queda reflejado en el lenguaje de los campesinos de ciertas regiones, para quienes trillar es «maquinar» y la trilladora es «la máquina».

La motorización de la agricultura, su industrialización, como diría Ford, ha sido consecuencia de la segunda revolución industrial: la del motor de explosión, la electricidad y la industria química, que ha introducido los abonos químicos en la tierra, el tractor en el campo y la luz y otras muchas pequeñas máquinas en la granja.

Uno se siente entonces inclinado a preguntarse si no convendría volver a la previsión de Ford y si la agricultura moderna no viene a anunciar, por algunas de sus características, la industria del mañana. Por su parte, con motivo de una extensa investigación sobre la automación industrial (*La automación y el trabajo humano,* París, C.N.R.S., 1961), Pierre Naville indica que «cada día se acentúa más la diferencia entre la puesta en marcha de un sistema automático y la elaboración de esta puesta en marcha, lo que le llevará a concluir que ésta es «la forma natural del trabajo agrícola más antiguo (...), pero que el automatismo tiende a conferir (a los sistemas industriales) una autonomía que les aproxima a los sistemas naturales». Proposiciones aventuradas y susceptibles de hacer sonreír. El estudio del trabajo de la agricultura moderna y de las transformaciones de la sociedad campesina mostrarán que no son solamente una paradoja.

La servidumbre de la extensión

El fracaso de la máquina de vapor en la agricultura pone en evidencia una de las servidumbres del trabajo agrícola: la extensión. El cultivador utiliza la tierra, material intransportable; es necesario, pues, que el obrero y la má-

Una de las servidumbres más notables del trabajo agricola es la extensión...

quina sean móviles respecto al material, mientras que, generalmente, en la fábrica obrero y máquina están fijos y el material es móvil. Esta servidumbre del trabajo agrícola le permite escapar a la lógica que ha llevado a las industrias a concentrar bajo un mismo techo el mayor número posible de instrumentos de producción para tenerlos cerca de la fuente de energía, la máquina de vapor. Además, en tanto que en la industria los oficios se han deshecho en labores parcelarias, en la agricultura, por el contrario y a pesar de la evolución de las técnicas, del trabajo y de los conocimientos útiles, las tareas siguen siendo globales.

Paradójicamente, la máquina ha ocasionado en ciertos casos una recomposición de actividades que estaban anteriormente repartidas entre varios miembros de un equipo de trabajo, por ejemplo la siega con hoz. Al activar la operación de la siega, la segadora ha modificado la organización del trabajo manual, trabajo que en el estadio siguiente ha sido casi completamente suprimido por la segadora-embaladora. La última máquina introducida en estas tareas, la segadora-trilladora, reúne en sí, además de las tres operaciones de la siega, los dos actos de la trilla; en fin, al transportar la era de trillar al campo segado, ha liberado al campesino de la servidumbre de la extensión.

Sin embargo, son todavía muchas las tareas en las que sigue siendo necesaria la herramienta manual. El hechizo de las máquinas perfeccionadas hace olvidar demasiado fácilmente que el agricultor sigue siendo el hombre de la azada durante una fracción importante de su tiempo. Esto es particularmente cierto en el caso de determinados cultivos, como los de remolachas o patatas.

Así, pues, en este terreno la evolución es contraria a la de las tareas industriales o quizá está más avanzada que en éstas, puesto que la agricultura ha llegado en ciertos casos a un automatismo mecánico que ha liberado al hombre de los trabajos tradicionales de ejecución para darle otros nuevos de dirección y vigilancia.

Cuando se pasa de un trabajo manual parcelario al trabajo de dirección de una máquina, como en el caso de la siega, disminuye el esfuerzo muscular, pero la fatiga resultante del ruido y la trepidación sigue siendo considerable y, para algunas personas, incluso más penosa que la antigua fatiga muscular. Lo mismo puede decirse de la labranza, aunque en este trabajo, en el que la máquina sustituye al animal, el hombre se convierte en conductor y se hace primordial el esfuerzo de atención.

La monotonía del trabajo es percibida de forma muy diferente según los individuos. La labranza con animales no es monótona: el hombre mantiene un diálogo con la bestia y puede, siguiendo el trabajo del arado, soñar, reflexionar o «rumiar» sus problemas. Hay otros trabajos manuales, como el conreo, consistente en dar segunda reja a las tierras, que le dejan aún más libre el espíritu. La conducción del tractor le parecerá tanto menos monótona al conductor cuanto mejor pueda «olvidar» su mecánica, lo que es más fácil para los jóvenes que no han conocido otra cosa y que se sienten orgullosos de aventajar a los viejos en este terreno.

Para reducir la monotonía del trabajo con la azada o detrás del arado, el campesino solía parcelar la dimensión de su campo. Así le parecía que el trabajo avanzaba más rápidamente. Prueba de ello es que, en ciertas regiones, un «jornal» representa la superficie de tierra que un hombre puede trabajar en un día. El tractor, que permite trabajar en el mismo tiempo una superficie mayor, invita, pues, al agricultor a agrandar sus campos y las razones técnicas que militan en favor de la concentración de las tierras se ven reforzadas por razones psicológicas. Pero la servidumbre del espacio sigue siendo la misma, aunque a escala modificada.

La tierra y el campesino

Por otra parte, la mecanización hace perder al campesino, como al obrero, el contacto directo con su material de trabajo y, por lo mismo, tiende a disminuir la importancia de la habilidad profesional y la destreza. La siega con hoz exigía una destreza manual que sólo podía adquirirse con un aprendizaje de varios años, ya que la siega no ocupa más que algunas semanas de cada año. También el manejo de la dalla exige un largo entrenamiento. La gavilladora tenía que recibir bien la paja para hacer lazadas: la variedad, la madurez y el estado higrométrico del aire influían en su trabajo. El conductor de la segadora-trilladora ni toca la planta: separa los sacos de grano y amontona las balas de paja.

Sin embargo, igual que en la industria, la máquina requiere un trabajo distinto que reclama de su conductor nuevos conocimientos. La puesta a punto de una segadora-trilladora es muy delicada si se quiere obtener un buen rendimiento y un grano de buena calidad. Por tanto, el material no es considerado ya en sí mismo, sino en función de la máquina. El productor equipado para el trabajo mecánico busca las plantas de cultivo que hacen más fácil el empleo de la máquina. La altura regular del trigo y su resistencia a encamarse facilitan la siega, como también la disposición de la espiga de maíz sobre su tallo.

¡Qué diferencia, pues, la que existe entre el conocimiento de la tierra y el contacto con la misma necesarios para el labrador y para el conductor del tractor! El mismo lenguaje marca este cambio de relaciones. La jerga del campo empleaba, para definir los diversos grados de humedad de la tierra, todo un juego de palabras que los agrónomos han sustituido por un vocabulario científico menos rico, signo quizá de un conocimiento mecánico de la tierra menos profundo. Según André Duffaure, «era más fácil conocer y cultivar la tierra antaño que hoy día. Entre el labrador que aprecia pacientemente, detrás de su arado, cada terrón de sus campos y el joven conductor que no tiene ojos ni oídos más que para la máquina que tira de sus herramientas, entre el hombre que constantemente sigue con los ojos el trabajo de la tierra y el

que le vuelve la espalda, existe una impresionante diferencia de actitud. Si el primero, demasiado exclusivamente atento a la tierra, ha descuidado el perfeccionamiento de sus medios de tracción y sus herramientas, el segundo, prestándoles demasiada atención, puede olvidar que en la agricultura la materia prima es la tierra».

Las servidumbres de la máquina

Esta diferencia de actitud se manifiesta también en las relaciones del hombre y la naturaleza. El campesino tradicional se sometía con fatalismo a las leyes naturales y se sentía condicionado por ellas. Por el contrario, el agricultor moderno tiende cada vez más a considerar la naturaleza como una materia prima que explota y que somete a su voluntad. Imputa todo fracaso a un error propio y no, como sus antepasados, a la malevolencia de la naturaleza. Para el campesino tradicional la tierra es una razón de vivir; para el agricultor no es a menudo más que un medio de producir. El segundo «prostituye» la tierra: la trata como un medio y no como un fin. Esta mentalidad prometeica va penetrando lentamente y no sin que se insista en todos los fracasos que ha reservado a los precursores americanos, particularmente en lo que concierne a la degradación de las tierras.

La sustitución del caballo o el buey por el tractor ha ocasionado un cambio de gran importancia en la vida cotidiana del campesino. Durante generaciones, el arado fue su compañero de trabajo y su orgullo; en ciertas regiones el caballo era incluso un lujo y un instrumento de prestigio. El tractor le sustituye en este doble papel de trabajo y ostentación. Pero existía entre el hombre y el animal toda una red de relaciones afectivas basadas en el cuidado cotidiano y muchas veces incluso en una larga historia de crianza y adiestramiento que confería al hombre un papel «paternal» frente al animal. Nada de esto sucede con la máquina. Esta se compra ya completa, no reclama más cuidados que los propios de su utilización y, en fin, no es maleable; el hombre no puede darle su sello propio, mucho menos cuando la mecánica es cosa nueva para él. El tractor exige de quien lo utiliza nuevas habilidades, imposibles de adquirir en la granja. Su propietario, decepcionado por no poderlo dominar, experimenta respecto a la máquina sentimientos de inseguridad y culpabilidad que le eran extraños cuando se dirigía a los caballos. Esto es cierto para los viejos, pero los jóvenes prefieren manejar un motor que dar pienso a las bestias. ¿Hasta qué punto están dispuestos jóvenes y viejos a transferir a sus relaciones con la máquina los sentimientos y actitudes que tenían ante los animales? Este sería un buen tema para la investigación psicológica.

La máquina será ciertamente para ellos un instrumento de liberación. El labrador que marcha pacientemente tras su arado es la estampa del esclavo al lado del conductor sentado en el tractor. Sin embargo, la amortización del material pone en peligro esta liberación imponiendo al hombre



Ya los campesinos encolerizados se entregan, para protestar contra su bajo nivel de vida y condiciones de trabajo, a las mismas manifestaciones de grupo que los asalariados de los sectores secundario y terciario.

afincado en la tierra un trabajo más largo y más fatigoso. Los agricultores de hoy día trabajan más que sus antepasados, ya que, para satisfacer nuevas necesidades, deben producir más. La máquina contribuye con sus exigencias a este aumento del trabajo. Un miembro de la C.U.M.A. (Cooperativa de Utilización de Material Agrícola) resume amargamente su experiencia: «Decidimos comprar una segadora-trilladora convencidos de que, gracias a su rapidez de trabajo, nos descargaría de parte de nuestras obligaciones, pero hoy somos esclavos de nuestra máquina. Para amortizarla, la hacemos funcionar incluso por la noche. La compra ha sido un éxito completo: el número de afiliados a la cooperativa ha aumentado, la máquina marcha de maravilla y su parte mecánica me proporciona grandes satisfacciones, el trabajo se hace mejor y, sobre todo, puede trabajarse mientras se quiera, pero ¡trabajo aún más que antes!» Y su mujer añade: «Con todas sus máquinas, no tiene un momento de descanso.»

Este es un caso límite en el que el explotador es al mismo tiempo responsable del material de la C.U.M.A. En general parece que la máquina ahorra tiempo y trabajo al campesino y libera a la mujer de ciertos trabajos. Pero la masa experimenta todavía ante la máquina y sus servidumbres una viva inquietud: «Las máquinas —decía un campesino—, están muy bien; pero cuantas más se tienen, más necesario se hace tener otras; cuanto más dinero se gana, más hay que gastar; me da un poco de miedo este engranaje en el que estoy metido y me pregunto hasta dónde puede llevarme.» En efecto, la estructura de la empresa agrícola y







su lugar en el sistema económico deben adaptarse a las necesidades de la máquina si quieren evitarse al hombre sus consecuencias molestas.

La empresa agrícola

Es demasiado pronto para hacer un análisis definitivo de las consecuencias de la mecanización y de la motorización en el trabajo agrícola y la sociedad rural. Además, el estudio comparado de la máquina agrícola y las estructuras agrarias en países de civilizaciones tan diferentes como Francia, Estados Unidos y Rusia muestran que, en la agricultura como en la industria, la máquina puede ser utilizada de formas diversas y adquiere significación en función de la estructura de la sociedad y de la ideología dominante. Naturalmente, la influencia de la máquina sobre el trabajo del hombre es fundamentalmente la misma. En cambio la estructura de la empresa agrícola (vasta explotación familiar americana, pequeña granja francesa, kolkhoze ruso) influye en la eficacia técnica y, por lo tanto, en el rendimiento económico de la máquina. Paradójicamente, el agricultor ruso, que se beneficia de mejores condiciones de utilización (grandes extensiones, especialización de los obreros, gestión colectiva), no es el que obtiene los mejores rendimientos.

Puede verse, a nivel de las economías nacionales, que la máquina agrícola plantea casi los mismos problemas a los gobernantes de Moscú, de París y de Washington: la máquina ha permitido al campesino liberarse hasta cierto punto de los azares de la naturaleza, pero le ha sometido a los del mercado económico. Hace falta, pues, buscar las condiciones apropiadas para dar a la agricultura un equilibrio económico que le asegure cierta estabilidad.

Cualesquiera que sean el régimen político y la ideología dominante, la agricultura es el sector de producción más directamente sometido a la intervención del Estado. La mano de éste se extiende por doquier, aun en países de libre empresa como los Estados Unidos y la Alemania federal.

La empresa agrícola que emplea como máximo tres hombres es la más extendida en el mundo actual. Reviste formas técnicas, económicas y sociales muy variadas, desde el pequeño campesino chino, que produce con la ayuda de herramientas manuales la cantidad de arroz justa para mantener a su familia, hasta la explotación del *Middle-West* americano, donde dos hombres disponen de tres tractores para cultivar más de un centenar de hectáreas. La URSS escapa a este tipo de empresa agrícola gracias a una política de asimilación de la agricultura a la industria y del campesino al

En función de las posibilidades de la máquina se definen hoy día la naturaleza, la duración y la rentabilidad del trabajo agrícola y se decide en última instancia su misma existencia. Así, el sector primario, antaño totalmente tributario del trabajo propiamente humano, se mecaniza progresivamente y afronta a su vez los problemas tecnológicos.

obrero, y esta posición no deja de causar alguna inquietud a los dirigentes. Además, debería comprobarse hasta qué punto, en numerosos *kolkhozes*, las explotaciones individuales no ocupan un lugar más importante que las tierras colectivas, que explotan a veces en su propio beneficio.

Sin embargo, en Francia se han creado grandes explotaciones de tipo capitalista en las que la estructura y el funcionamiento son análogos a los de una empresa industrial. Puede admitirse que este tipo de empresa no es consecuencia inevitable de la mecanización y la motorización. Para conducir las máquinas más perfeccionadas, la segadora-trilladora por ejemplo, no hacen falta más que tres hombres, personal que puede encontrarse en la explotación familiar. Además, el material no puede ser utilizado más que un pequeño número de días; por consiguiente, en las grandes explotaciones hacen falta varias unidades del mismo material, lo que no supone ninguna ventaja. Esta hipótesis es confirmada por los ejemplos americano y ruso.

La dimensión limitada de la empresa agrícola impide toda división del trabajo y el agricultor sigue siendo a la vez trabajador manual, ingeniero, mecánico, comerciante y jefe de empresa. Esta confusión de papeles excluye toda organización científica del trabajo, organización que requiere siempre una distinción entre quien define la disciplina y la impone y quien está sometido a ella. Según Jean Chombart de Lauwe, «el pequeño cultivador de más de cuarenta años parece casi impermeable a toda racionalización del trabajo: prefiere trabajar dos horas más cada día a tener que disciplinarse para ganar algunos minutos a las diferentes operaciones que efectúa en la misma jornada. Esta huida ante el esfuerzo intelectual es evidentemente la negación misma del sistema Taylor». ¡Cuánto hubiera apreciado esta observación el propio Taylor, quien decía a sus obreros: «No estáis aquí para pensar; otros cobran por ello.» En la empresa agrícola familiar nadie cobra por este concepto ni por cuidar de que se aplique lo que otros han pensado, y esta es la razón de que aquélla parezca más «humana». El agricultor tiene que repartir sus diferentes trabajos en su empleo del tiempo anual, estacional, mensual y diario; es fácil comprender que necesitaría una singular fuerza de carácter para imponerse además a sí mismo una racionalización del trabajo. Esta sería mucho más difícil en invierno cuando, disponiendo de mucho tiempo libre, el agricultor acostumbra pasar el día dedicado a trabajos de utilidad discutible que realiza lentamente para matar el tiempo, falto de distracciones organizadas. Este ritmo de trabajo parece anacrónico en nuestro siglo.

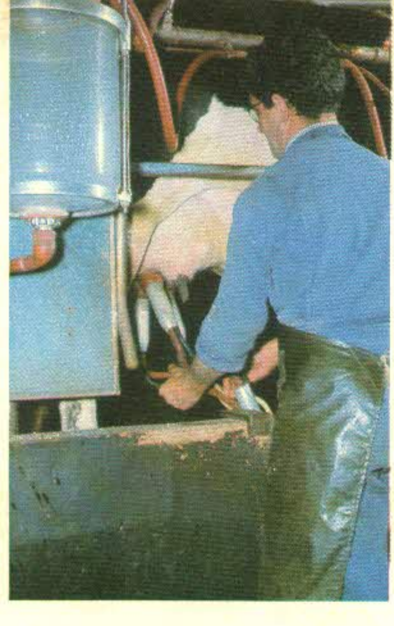
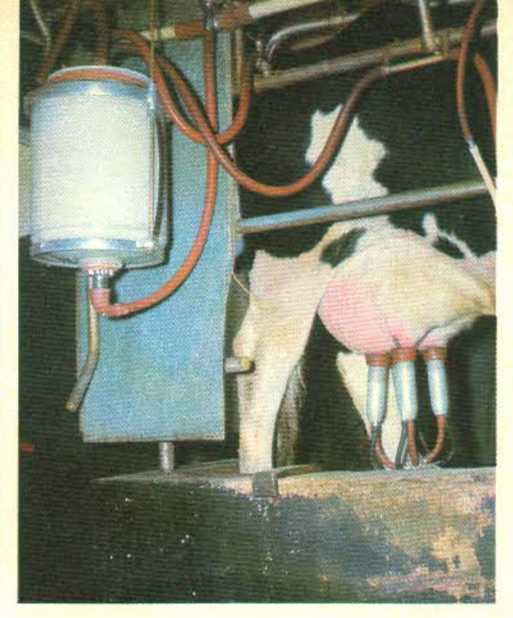
Los ritmos de la tierra

Volviendo a la distinción de Georges Friedmann, el campesino vive en el «medio natural», en el que el tiempo no tiene el mismo valor que en el «medio técnico». A consecuencia de la intensificación de cultivos ocasionada por la revolución agrícola y por la mecanización y la motorización, adquiere una nueva concepción del tiempo y lo mide cuando, en ciertos momentos del año, siente el temor de no poder dar abasto a todo su trabajo. Así, pues, el ritmo de las ocupaciones agrícolas se ha precipitado. Es el trabajo por hacer el que regula el horario del campesino y no el horario el que limita el trabajo, como ocurre en la fábrica. En fin, una hora de trabajo agrícola no tiene el mismo valor en enero que en julio; ahora bien, toda racionalización del trabajo descansa en una unidad de tiempo abstracta e intercambiable, universalmente válida, que para la agricultura no podría ser la misma en todas las estaciones.

Por otra parte el ritmo del trabajo agrícola está ligado al ritmo biológico y éste impone a la agricultura ciclos de producción particulares para cada producto y, en general, más prolongados que los de la industria. Hacen falta tres años para producir una vaca lechera y un año para producir un grano de trigo. Estos ciclos de duración variable tienen que combinarse en una misma empresa. El empresario agrícola, que calcula a menudo la prosperidad de su empresa a escala de una generación humana, debe tener en cuenta en este cálculo un ciclo animal de tres a cinco años y un ciclo

«Se ven esparcidos por los campos unos ciertos animales huraños, machos y hembras, negros, lívidos y requemados por el sol, pegados a la tierra que escarban y remueven con una obstinación invencible.»




La Bruyère, autor de la célebre y feroz descripción citada en la página anterior, ha escrito también: «No todo el campo es agreste» ¿Qué diría hoy día si viera así despoetizado el bucólico episodio del ordeño, que se practica con un mecanismo riguroso y a la vez higiénicamente responsable?

vegetal anual (sin hablar de las décadas necesarias para el crecimiento de los árboles). A diferencia del obrero indiferente al ciclo global de la producción, el agricultor no se interesa más que por este ciclo y toda operación sólo tiene valor para él en relación con el mismo.

En los países de antigua tradición la duración de los ciclos de producción no ha sido apenas modificada por la revolución agrícola o por la introducción de la máquina. En los países «coloniales», donde la creación del campesinado se hizo brutalmente y casi siempre por iniciativa de los europeos, el problema se ha planteado en toda su amplitud.

Psicología económica del campesino

A una encuesta sobre la satisfacción en el trabajo, el campesino francés responderá fácilmente: «me gusta cultivar tabaco porque rinde», enseñando así al sociólogo que no disocia el trabajo de su resultado económico. Tal asociación, fundamental para el campesino, lo es menos para el obrero, acostumbrado siempre a aceptar un salario de fijación arbitraria. Esta arbitrariedad la encuentra el campesino en la fase de la comercialización. Si bien ha aceptado, como condición impuesta por la naturaleza, que tras los años buenos vienen los malos, no comprende que su producción no le sea pagada siempre al mismo precio. Su ignorancia total de los mecanismos económicos le lleva a culpar al poder político de los sinsabores que le causa la estructura económica de nuestra sociedad y experimenta con respecto al gobierno sentimientos comparables a los del obrero ante su patrono. Esta comparación podría extenderse a los mecanismos y a los mitos puestos en juego por la fijación de los salarios, por una parte, y de los precios agrícolas, por la otra. Así, paradójicamente, en el caso del agricultor no es el trabajador, sino el jefe de empresa, quien participa de la mentalidad del obrero. Y es que, a pesar de los *slogans*, los dos luchan menos por un salario justo que por la satisfacción de sus necesidades. En la agricultura, efectivamente, la célula de producción se confunde con la célula de consumo y la familia no se distingue de la empresa.

Esta razón simple explica también por qué, con el consiguiente escándalo por parte de los economistas, el agricultor administra su explotación como «buen padre de familia»; es decir, con mentalidad de consumidor y no de productor. Para él «contar» significa lo mismo que «economizar», en el sentido estricto del término. El gasto de inversión no se decide en función del rendimiento que se le pueda sacar, sino en función del rendimiento producido por la campaña precedente. Esta actitud explica la escasa afición que muchos agricultores sienten por el crédito. En su opinión, el hombre se empeña para poder seguir trabajando y no para aumentar sus ingresos futuros; no distinguen claramente el crédito de consumo del crédito de inversión. En general la máquina entra en la granja por razones antieconómicas, pero, ya en su sitio, impone sus exigencias y tiende a introducir, sobre todo en los jóvenes, la afición por la mecánica, el sentido de administración y el uso del crédito. Así las máquinas llevan al agricultor hacia una concepción nueva de su oficio: le aproximan al industrial y le hacen entrar en el ciclo económico nacional y mundial, lo que supone una transformación profunda de la sociedad rural.

La hora de la cooperación

Existe de hecho una contradicción notable entre la evolución técnica y económica que exige del agricultor competencias cada vez más numerosas y más especializadas y la explotación familiar que se opone a la especialización de sus miembros. Para escapar a esta contradicción los agricultores han desarrollado un juego de organismos exteriores a la empresa que la descargan de las tareas comerciales y técnicas. Las cooperativas de aprovisionamiento, de venta y de transformación tienen ya una larga historia y obedecen a la si-

guiente lógica: el explotador delega sus poderes de comprador y vendedor en un servicio común a varios empresarios, cuyo director es un especialista.

Lo que se ha hecho así para los servicios comerciales puede hacerse también para los servicios de estudio y los técnicos. Esta es la solución que se proponen los dirigentes de la agricultura rusa al crear estaciones de máquinas y tractores (M.T.S.) y también los explotadores agrícolas de los Estados Unidos, quienes hacen segar su trigo, su maíz y su algodón por empresas comerciales. En Francia se han creado después de la guerra numerosas cooperativas de utilización de material agrícola (C.U.M.A.) y, paralelamente, se han multiplicado las empresas de trabajos agrícolas. Algunas de éstas se desplazan al ritmo de la maduración, como antaño los equipos de segadores manuales, y el viejo campesino sonríe al ver llegar al volante de la segadora-trilladora al hijo de su antiguo segador.

En Italia la reforma agraria se ha aprovechado de diversos ejemplos extranjeros. Se han creado *poderi* de una docena de hectáreas, distribuidos a familias de *braccianti* que han pasado de jornaleros a propietarios. Estos *poderi* se han agrupado en cooperativas de asistencia técnica, económica y financiera. De esta forma pueden asegurarse al pequeño agricultor algunas de las ventajas que disfrutan las grandes explotaciones. Toda reforma agraria, ya sea «socialista» o «liberal», china, cubana, mejicana o iraní tiene que resolver este problema de «encuadramiento» de los campesinos: municipios, activistas de la revolución y centros de asesoramiento técnico no tienen otra función.

La sociedad rural

A falta de reforma agraria, este movimiento hacia la asociación, resultado de nuevas condiciones técnicas y económicas, va a transformar profundamente la sociedad pueblerina. Los personajes tradicionales (cura, alcalde, notario, médico, maestro) desaparecen o pierden su influencia y son remplazados lentamente por nuevas *élites* que toman la dirección del sindicato, de la cooperativa o del Centro de Estudios Técnicos Agrícolas (C.E.T.A.). Por su parte, los artesanos ceden el sitio a los comerciantes y el mercado de máquinas agrícolas se instala en casa del herrero. Antiguamente el obrero agrícola participaba en la vida familiar de la granja, a pesar de lo cual el mundo del campesino no estaba por ello menos jerarquizado. El patrono se reservaba ciertos trabajos considerados como «nobles» y no tenía el mismo comportamiento con el jornalero que con el hijo del propietario vecino que se empleaba en espera de suceder a su padre. La separación entre obrero y explotador se ahonda aún más en nuestros días: la diferenciación de los trabajos repercute en el estilo de vida y el obrero tiende cada vez más a evadirse de la vida familiar de la granja para crearse una vida personal. Y, sobre todo, el número de asalariados disminuye mucho más rápidamente que el de explotadores.

La sociedad de nuestros pueblos se ha anquilosado durante los últimos cincuenta años y la movilidad social se ha reducido. Antes, cuando algunas hectáreas y un poco de ganado bastaban para la vida de una familia, no era raro que un obrero agrícola bien dotado llegara a ser arrendatario o incluso propietario. Ascensión social bien difícil hoy día, cuando la maquinaria y la producción para el mercado exigen superficies mayores, mayor número de reses, un equipo mecánico oneroso y un capital considerable. Así se explican las revueltas de obreros contra la mecanización registradas en Italia, Europa Central e incluso Francia entre las dos guerras, que recuerdan los movimientos análogos habidos en la industria inglesa durante el siglo XIX. Entretanto, la agricultura está falta de obreros cualificados capaces de manejar las máquinas cada vez más perfeccionadas que se ponen a su disposición; al parecer, la consecuencia normal de la motorización será la formación de un salariado agrícola, a no ser que se desarrollen, bajo una forma cooperativa, nuevas estructuras de producción.

La creación de dos grupos sociales, si es que no puede hablarse de dos «clases» en el pleno sentido del término, de propietarios explotadores medios por una parte y asalariados por otra, viene acompañada de una disminución del número de pequeños explotadores y de una desaparición de los propietarios no explotadores. Esta desaparición se explica por la «vuelta a la tierra» de hijos de familia que han estudiado en escuelas de agricultura y por la ascensión de muchos arrendatarios a la propiedad, gracias a las leyes de arrendamiento. Por otra parte, particularmente en las regiones de mayor cultura, las relaciones entre propietario y arrendatario se han transformado y a menudo es éste el que se halla en posición dominante respecto a aquél.

La revolución agrícola del siglo XVIII había provocado ya una escisión del mundo agrícola; unos, generalmente la parte más importante, marchaban al compás de su tiempo, mientras que otros no disponían de medios suficientes para seguir el progreso. Este mecanismo entra de nuevo en juego con la introducción de la máquina: el pequeño explotador cuyas tierras son demasiado exiguas o demasiado fragmentadas para permitir el empleo de máquinas y al que, falto de medios financieros, no le es posible equiparse, está condenado a desaparecer, a menos que se especialice en cultivos muy exigentes en mano de obra o que busque fuera de la agricultura recursos complementarios y adopte un género de vida mixto, el del obrero-campesino. El éxodo rural, ya sea geográfico (marcha del campo hacia la ciudad) o solamente profesional (el agricultor cambia de oficio pero se queda en su pueblo), ha alcanzado a 160.000 agricultores por año desde 1954. El estudio de tres pueblos puramente agrícolas en el Morvan, la Lorena y Alsacia ha llevado a S. Wickham a comprobar que las fuentes de ingresos económicos extrañas a la agricultura (jubilaciones, salarios, subvenciones, prestaciones familiares, etc.) representaban respectivamente el 88 %, el 6 % y el 83 % del valor de la producción agrícola comercializada por estos tres pueblos. Por su parte, en una región bretona desprovista de toda industria, Jean

Chombart de Lauwe ha definido cuatro tipos de pequeñas empresas:

—Las empresas familiares normales, de las que vive muy difícilmente una familia de cuatro a seis personas con dos o tres trabajadores.

—Las pequeñas empresas complementarias, de las que una familia extrae parte importante de sus ingresos por otros oficios.

—Las pequeñas empresas básicas, de las que viven numerosas familias gracias al complemento de las subvenciones sociales.

—En fin, las pequeñas empresas asilos donde los ancianos, antiguos agricultores o jubilados de otras profesiones, llevan una vida apacible y frugal.

Siempre existirán explotaciones de los tres últimos tipos. Cabe pensar que su proliferación actual es el resultado de un período de transformación de las técnicas agrarias y de la economía rural tradicional. Sin embargo, las estadísticas muestran que en el campo hay cada vez menos agricultores y que la agricultura va camino de convertirse, en muchas regiones, en una actividad secundaria.

Del pueblo a la región

Estas diferentes transformaciones han tenido como efecto la alteración profunda de las estructuras del campo. La sociedad rural era antaño suficientemente numerosa y diferenciada para llevar una vida social autónoma.

El pueblo albergaba varios estratos sociales. Primeramente los estratos no campesinos (alcalde, cura, maestro, etcétera), cuyo papel consistía en mantener la unión entre el pueblo y la sociedad nacional. Después los campesinos propiamente dichos, divididos en varios estratos atentos a marcar en todo momento las distancias existentes entre ellos. Hace algunos años todavía podían distinguirse, en una región del Macizo Central, seis estratos sociales que iban desde la vieja familia afincada desde antiguo en un buen terreno, hasta el obrero agrícola cuyo solo medio de vida son sus brazos. También existían, por último, los artesanos.

Esta diversidad permitía al pueblo llevar una vida en gran parte independiente. El campesino producía casi todo lo necesario para la vida de su familia y los artesanos le ayudaban a satisfacer sus necesidades. Los personajes pertenecientes al primer estrato citado aseguraban la vida intelectual, religiosa, administrativa y financiera del grupo. Eran los únicos que mantenían contactos con el exterior y, en particular, se encargaban de las relaciones con la autoridad y ayudaban a la penetración del progreso intelectual y técnico, adaptándolo a las necesidades y los hábitos mentales del pueblo.

A esta autarquía económica y a esta diversidad social correspondía una autonomía cultural; cada pueblo tenía sus costumbres, su folklore e incluso su lengua. Los jóvenes estaban especialmente encargados de animar esta vida social con las fiestas tradicionales, las cencerradas, etc. Los «viejos» tenían a su cargo la dirección moral del pueblo por medio de sus consejos y encarnaban la continuidad histórica transmitiendo las tradiciones que habían aprendido de sus padres.

La iglesia estaba en el centro de esta sociedad. La práctica religiosa unánime, del alcalde al más pobre, traducía una comunidad de cultura y de creencias, un acuerdo profundo sobre los valores esenciales de la vida. El cura era comprendido, en su plática dominical, por todos los feligreses.

La condición de esta homogeneidad era la autarquía demográfica. A excepción de los notables del lugar, nadie iba a buscar mujer más allá de los pueblos vecinos. Los que emigraban no encontraban el equilibrio; eran pocos o representaban un exceso demográfico que el pueblo tenía que derivar hacia el exterior para mantener su estructura y su unidad. En ciertas regiones montañosas los hombres marchaban en invierno a trabajar al llano o a las ciudades, pero esto no les impedía generalmente volver cada año a adoptar sus actitudes y sus papeles habituales sin olvidar la tradición.

Esta autarquía demográfica, económica, social y cultural se acabó el siglo pasado y hoy día no quedan en los pueblos, en las condiciones que hemos visto, más que los grandes y medianos explotadores y algunos asalariados. Forman un grupo homogéneo y poco numeroso que no puede llevar por sí solo una vida social y cultural autónoma. El pueblo y el municipio se convierten a menudo en cuadros muertos cuyas instituciones quedan vacías. ¿Cómo puede un municipio de menos de 3.000 habitantes mantener la alcaldía, la escuela, la iglesia, los caminos, etc.? Pero en la Francia actual uno de cada dos municipios tiene menos de 300 habitantes.

Gracias al automóvil y la motocicleta, el área de contactos de un agricultor, ayer aislado en su granja, se agranda hasta las dimensiones de la provincia o de un grupo de municipios dependientes de un pueblo-centro. Una unidad de este tipo es susceptible de vivir y proporcionar a sus habitantes todos los servicios comerciales, sociales y culturales que el ciudadano encuentra normalmente en su barriada. Para establecer comparaciones con la ciudad conviene considerar toda una región rural con una pequeña ciudad por centro; en ella se encuentra la variedad y el número que permiten el florecimiento de una vida social equilibrada.

La agricultura en la civilización urbana

Karl Marx comparaba las sociedades rurales francesas del siglo pasado con un saco de patatas, lo que quiere decir que las consideraba como unidades sociales distintas arbitrariamente englobadas en la sociedad francesa. Esta imagen no conserva actualidad más que en un punto: pueblos y



Un «jornal» era antaño la superficie de tierra que un hombre podía trabajar en un día. El tractor, que permite labrar en el mismo tiempo una superficie mayor, ha cambiado completamente la escala de visión de los agricultores: su «campo», en el doble sentido del término, se ha agrandado.

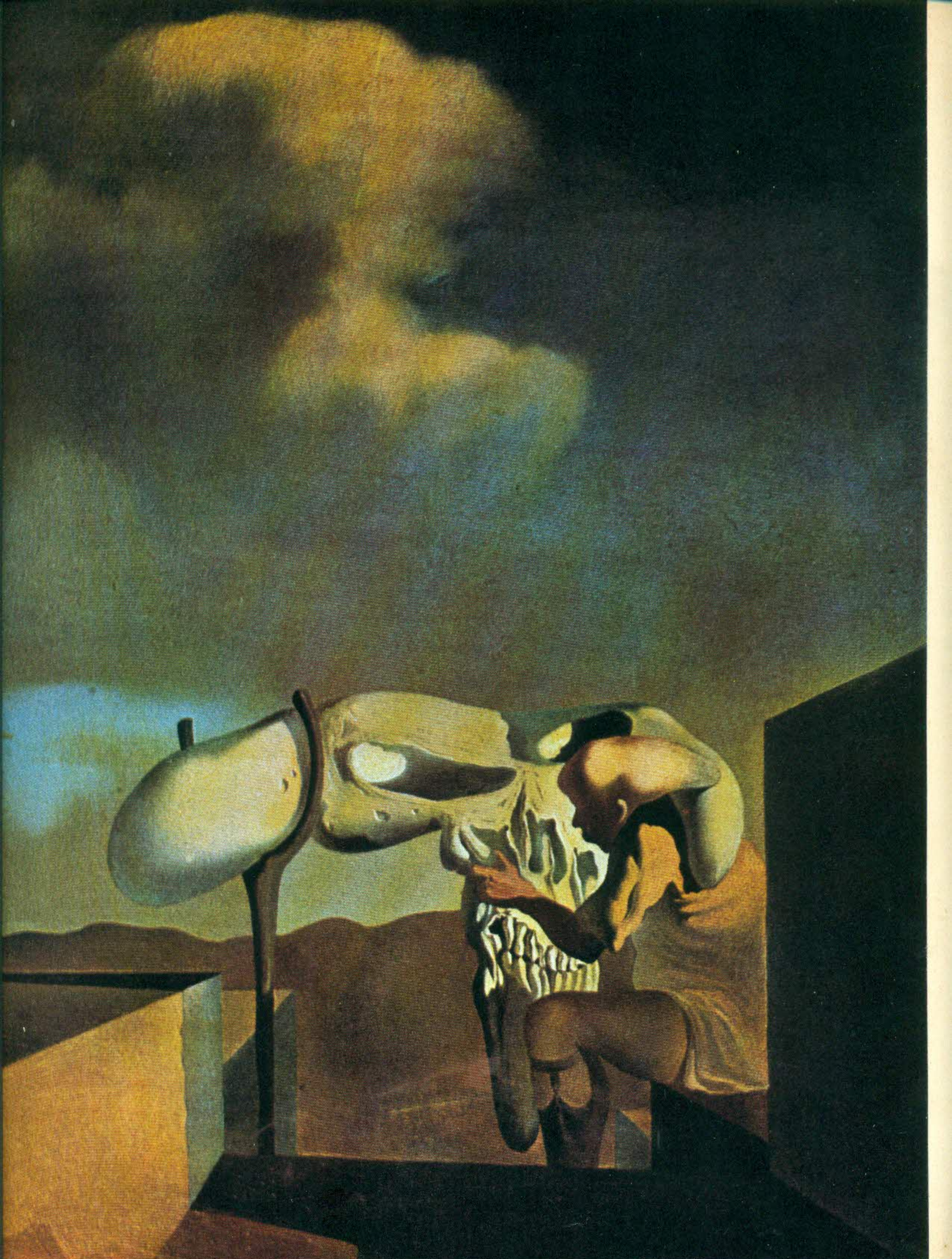
pequeñas aldeas campesinas están todavía impregnados hoy día de su civilización campesina tradicional que ha resistido el asalto de la civilización llamada de «masas». El progreso técnico y económico es un aspecto decisivo de este conflicto.

Entre los diversos elementos de la sociedad campesina reina, como en toda otra sociedad, un cierto grado de coherencia, resultado de una adaptación mutua: la ideología está ligada a la forma de las herramientas, como la producción económica lo está al sistema social. En el cumplimiento de sus funciones propias, cada uno de aquellos elementos utiliza el concurso de los otros y contribuye al mismo tiempo a la marcha del conjunto. Toda modificación de uno de ellos, sea técnica, moral o económica, tiene inevitablemente repercusiones en los otros. Pero como toda sociedad tiende ante todo a perpetuarse, opone una resistencia frecuentemente victoriosa a todo intento de reforma parcial que va a contracorriente de su dinamismo propio y de su coherencia funcional. Se dice entonces que sus miembros «rechazan la luz» o que están anquilosados y son impermeables a todo progreso, sin darse cuenta de que el menor progreso significa una revolución total. Los miembros de estas sociedades son, en cambio, muy conscientes de ello y se niegan justamente a comprometerse en una aventura de la que ignoran el fin y cuyos profetas les parecen extrañamente irresponsables.

Esto es cierto en Francia y, sobre todo, en los países subdesarrollados, donde la civilización urbana y técnica moderna es occidental. Pero, curiosamente, también es verdad en los Estados Unidos, como lo demuestra Horace Miner en su estudio sobre un condado de Iowa «lo más americano posible». La aplicación de la parte agrícola del programa del *New Deal* tropezó con dificultades porque, según conclusión de Miner, «el programa del *Department of Agriculture* tendía a introducir algunas ideas extremadamente nuevas en la civilización rural (...). Para el administrador eran éstas parte integrante de un plan de conjunto. Para la cultura local en la que se introducían, representaban rasgos nuevos y distintos, cada uno de las cuales debía integrarse en las costumbres y los valores rurales. Aquí residía el conflicto. La cultura local es selectiva en su aceptación de las innovaciones. Cada nuevo rasgo cultural es traducido a los términos de la cultura local y, para que sea aceptado, es preciso que no entre en conflicto grave con esta cultura».

Al cabo de unos años los servicios agrícolas federales se adaptaron a la vida social del condado al mismo tiempo que la iban transformando. Así como al principio se clamaba contra el «caporalismo», en 1939 no había ya problema: los nuevos métodos habían sido aceptados.

Todo lleva, pues, al acercamiento de la civilización rural y la urbana y se puede prever sin riesgo de equivocarse que el campesino tradicional no sobrevivirá, en lo que se refiere a su originalidad y su sabor propios, a la revolución en curso en la Europa occidental, revolución que empieza a hacer mella en todo el mundo. Esta gigantesca mutación que experimenta actualmente la humanidad es para el sociólogo un apasionante objeto de estudio y de investigación, pues pone en duda los fundamentos mismos de nuestra civilización e inclina a meditar sobre lo que podrá ser el trabajo, la sociedad y la vida del campesino de mañana.



JACQUES LAUTMAN y RENAUD SAINSAULIEU

el nuevo estrato de los trabajadores de las ciudades

El capítulo que sigue nos proporcionará un nuevo ejemplo de las modificaciones que marcan con su sello la sociedad contemporánea. Hoy día, mientras el número de obreros se estabiliza o disminuye, no cesa de aumentar el de funcionarios y empleados hasta tal punto que, desde hace más de un siglo, es costumbre quejarse de la hipertrofia «abusiva» de sus efectivos, especialmente por lo que se refiere a la administración, en detrimento de los de las profesiones denominadas productivas. No hay más remedio, sin embargo, que rendirse a la evidencia: este crecimiento del estrato de los «trabajadores de cuello blanco», como dicen los anglosajones, no tiene un carácter patológico, sino que constituye una propiedad de las sociedades modernas, necesaria en un cierto estadio de su desarrollo. La vida económica, política y cultural moderna va siendo progresivamente más determinada por el progreso en número e influencia de esta nueva clase, cuyas actitudes, aspiraciones y comportamiento resultan sensiblemente diferentes de los propios de la clase obrera.

UNA transformación de la repartición de empleos en la sociedad entraña modificaciones importantes de los estilos de vida y las concepciones de aquéllos a quienes afectan estos movimientos y también del equilibrio general de las fuerzas sociales. El fenómeno más visible hoy día es el enorme aumento de las tareas administrativas en las sociedades industriales, según un proceso en el que casi no se registran grandes oscilaciones y del que cabe pensar que durará todavía mucho tiempo.

Es difícil precisar el principio de esta mutación complementaria de la revolución industrial que constituye una de las facetas de la forma burocrática de las sociedades contemporáneas.

La burocracia de hoy día

Veamos en seguida un conjunto de fenómenos ligados a la vida interna de las empresas y las administraciones. Las transformaciones de la economía, encaminadas a la concentración, han contribuido desde un principio a complicar las redes de comunicación; el empleado sirve a la vez para simplificar la función de la memoria y la de la transmisión: clasificación y correspondencia son las dos tareas primeras. El taylorismo ha institucionalizado un proceso de especialización de los trabajos que, desde los sectores de la producción, se ha extendido a la oficina. Acto seguido, la evolución de las técnicas administrativas ha formalizado rápidamente los cuadros trazados por los especialistas de la organización del trabajo: las máquinas contables, la mecanografía, etc., se han sumado a los *pools* dactilográficos.

Paralelamente han aparecido nuevas exigencias: la búsqueda de seguridad en el desarrollo y control de los vaivenes del crecimiento ha engendrado una necesidad general de informaciones que se amplifica y diversifica al infinito, como atestiguan los servicios de estudio y las oficinas de estadística. La evolución general del progreso industrial implica inversiones crecientes en el terreno de la investigación científica, de donde se deduce el desarrollo de las oficinas de investigación en las empresas y de los servicios de estudios en los bancos, llamados a intervenir activamente en las economías en transformación mediante las inversiones que financian. Por otra parte, el Estado se hace cargo de un número creciente de tareas que se escapan del marco tradicional del control *a posteriori* de la legalidad de las actividades, para tomar el carácter de una regulación general de las transformaciones de la sociedad, lo que no excluye, en un momento dado, la intervención activa del poder ejecutivo. Algunas de las administraciones de Estado han nacido de la necesidad

Así es como Salvador Dalí ve al «burócrata atmosfericocéfalo medio...»

de organizar la penuria durante y después de la guerra; pero, de forma sorprendente a primera vista, se ha mantenido después con una legitimación que sobrepasa la tendencia natural a la supervivencia: el urbanismo ha ocupado el lugar de la reconstrucción en este lado del Atlántico y, en el otro, se refuerzan igualmente los servicios de *city planning*. El nuevo semblante del empleado de hoy día responde a una generalización de las funciones de la comunicación y de la seguridad que sobrepasa su terreno original y relega al pasado la imagen de un mundo de empleados formado por funcionarios de correos y agentes de seguros.

El sector terciario

En fin, hay que reconocer que este aumento del número de empleados dentro de la población activa corresponde a una etapa característica del desarrollo industrial. A partir de una cierta tasa de crecimiento de la producción es el desarrollo del sector terciario (sobre todo de los servicios burocráticos: telecomunicaciones, correos, seguros, crédito, etc.) el que condiciona el progreso general de la economía. Esta fase ha sido ya alcanzada por el pelotón de cabeza de los diez países industriales de Occidente. En Alemania L. Neundorfer, en su libro *Los empleados* (1961, Enke edit., Stuttgart) da para 1957 la cifra de 5.423.000 empleados y funcionarios, lo que equivale al 22 % de la población activa. Los empleados de Francia eran 2.040.000 en 1956 y representaban el 10,9 % de la población activa total. El censo de 1962 da un total de 4.216.300, o sea el 13,15 % de la población activa y más del 18,6 % de los asalariados de los sectores no agrícolas. Se comprende que, si el aumento numérico bruto alcanza ya el 20 % en seis años, el aumento de casi tres puntos en el porcentaje de empleados en relación con la población activa es el índice más significativo de la evolución de la repartición global de los empleos. Si se añade que el grupo denominado «cuadros medios» en la clasificación socioprofesional del INSEE comprende igualmente ciertos grupos de los que proceden los empleados y que conservan los rasgos psicológicos esenciales de éstos, el fenómeno es todavía más notable.

En los otros países industriales la evolución muestra las mismas características, más acentuadas aún en los Estados Unidos y en la Alemania occidental.

En lo que se refiere a los efectos de la automación, varían según el estado del desarrollo de cada país. En Francia, país que todavía muestra en relación con las otras naciones industriales un cierto retraso en el desarrollo de las actividades del sector terciario, se comprende que la automación será la ocasión de pasar a un mayor consumo de los servicios ofrecidos por estos sectores. Es de prever también que, durante un tiempo todavía indeterminado, la automación, al ir acompañada de un aumento considerable de clientes, no entrañará una disminución del número de empleados. En los Estados Unidos, en cambio, la entrada de la automación en las tareas burocráticas en el curso de estos últimos años parece haber reducido el porcentaje de empleados en relación a los servicios proporcionados y haber frenado el movimiento de evolución característico hasta entonces del desarrollo industrial.

A la hipertrofia de los efectivos se suma una feminización importante del empleo. En Francia, según el censo de 1962, las mujeres son 1.403.480 frente a 1.012.820 hombres, o sea casi el 60 %. L. Neundorfer señala la proporción de 56,5 % de mujeres para los empleados de oficina alemanes. Sin embargo, ni el número total de mujeres que trabajan ni su proporción en relación al conjunto de la población activa han cambiado mucho, de modo que se trata de un fenómeno que indica, en primer lugar, un cierto abandono de estas profesiones por parte de los hombres y, en segundo lugar, una situación generalmente más tensa del empleo en estos sectores. En efecto, la feminización de una profesión es siempre, salvo en el caso especial de los oficios exclusivamente femeninos (asistentas sociales, comadronas), consecuencia de la falta de mano de obra, a la cual viene a añadirse la insatisfacción de los hombres ante el salario y la situación.

La nueva situación del empleado

¿Cuál es la situación económica del empleado y cómo vive éste su situación profesional?

El hecho es que el empleado ha perdido buena parte de las ventajas materiales que le aseguraban un superior *status*.

Financieramente, la evolución general de los salarios ha sido desastrosa para el empleado, cuyo nivel de ingresos no supera casi el del obrero especializado. Los beneficios de la seguridad del empleo y de la jubilación tienden a extenderse progresivamente a todas las categorías, comprendidos los obreros, y pierden así su carácter de privilegio reservado hasta entonces a los funcionarios. Esta degradación del empleado tiene una significación en términos de mercado: la pérdida de los privilegios económicos se debe a una elevación general del nivel de instrucción en nuestras sociedades. En efecto, el empleado ocupa un lugar menos alto en la escala de retribuciones desde que el nivel de conocimientos necesarios para el ejercicio de sus funciones es más asequible. Por otra parte, la definición más estricta de los empleados en función de las cualificaciones disminuye las posibilidades de promoción interna y arrincona al empleado en una situación cuyo porvenir se hace cada vez más difícil.

La situación ha evolucionado mucho desde fines del siglo XIX. La Rusia de los zares de aquella época, estado muy centralizado y fuertemente burocratizado, proporciona un ejemplo casi caricaturesco de la posición social que un empleado administrativo de correos podía reivindicar a partir de un simple trabajo de pequeño empleado. Así es como Gogol, en *El diario de un loco,* describe la situación envidia-



Desde la época del «Diario de un loco», de Gogol, la condición del «escribiente» ha evolucionado en dos direcciones opuestas: este local, es, desde luego, más limpio y espacioso que las oficinas del Estado zarista, pero, socialmente, el empleado ha decaído y, en cierto sentido, se ha proletarizado...

ble de un joven escribiente encargado únicamente de copiar los escritos del día en un ministerio. El conocimiento de la ortografía y una buena caligrafía justificaban un prestigio social elevado.

La ambigüedad de la situación de empleado

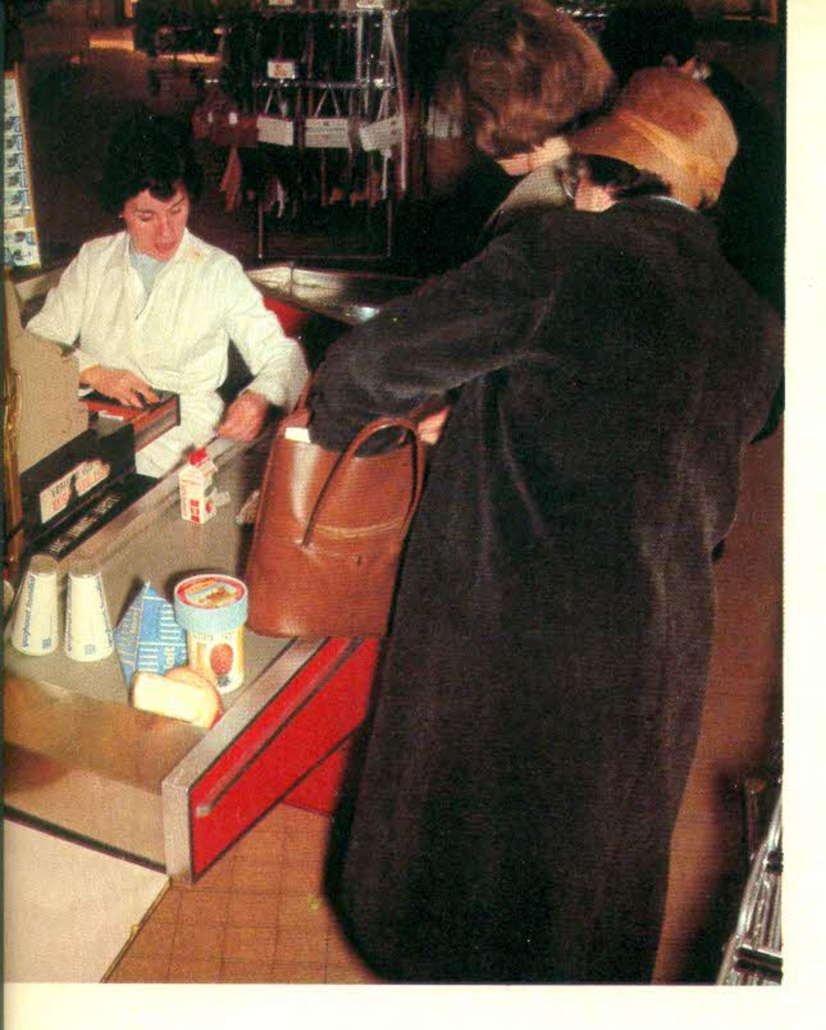
Se comprende que, en nuestros días, es necesario alcanzar la categoría de mandos o técnicos para conseguir una posición envidiable en la sociedad. Ante la amplitud de este cambio, el sociólogo puede seguir dos vías generales de interpretación. Si pone el acento sobre la pérdida del privilegio cultural, sobre el igualamiento de la situación económica del empleado y la del obrero y sobre la parcelación creciente de los trabajos, se preguntará si la nueva situación del empleado no es el signo precursor de una proletarización general de las clases medias. Sin embargo, la observación empírica no revela casi, en la representación vivida que el empleado tiene de su lugar en la sociedad o en las acciones colectivas que expresan su solidaridad de grupo, los caracteres que permitirían afirmar una acentuación del conflicto social y la constitución de los empleados en grupo cerrado. De aquí la tentativa inversa: afirmar que las transformaciones serían el anuncio de la sociedad sin clases, señalada por la falta de conciencia de clase en los empleados. En este terreno es necesaria mucha prudencia, pues es muy cierto que las mujeres, que constituyen hoy día la mayoría, tienen aspiraciones más reducidas que los hombres y no conciben el trabajo como medio de autorrealización. El modelo cultural que prevalece en las sociedades industriales exige que los hombres vean el mundo por mediación del trabajo y las mujeres a través de la familia.

Por otra parte, cabe preguntarse si la nivelación de las situaciones del empleado y del obrero no se debe más bien a un mejoramiento de la situación obrera. Por último queda también el interrogante de la débil conciencia de clase en el mundo de los empleados. Toda la literatura consagrada a este mundo acentúa el hecho de que los empleados participan necesariamente de las normas culturales de los estratos superiores de la sociedad: el empleado tiene vocabulario y hábitos de ciudadano que le separan menos del número de los instruidos y, además, las estadísticas sobre el origen social de los estudiantes indican que la promoción social es más fácil para los hijos de empleados que para los de obreros.

El empleado, cuya posición económica y cultural no se distingue ya casi de la posición del obrero y que reivindica un puesto superior en la escala social, tiene pues que vivir una ambigüedad de la que es preciso preguntarse cuál es su sentido. Para hallar la respuesta tendremos que examinar la actitud del empleado en el trabajo.

La noción de «empleado»

Es difícil hablar de un nuevo estrato social de trabajadores de las ciudades sin proceder a un análisis de aquello en que se basa su originalidad: la actividad profesional. Las grandes ciudades modernas de los países industriales pre-



Cuando la racionalización alcanza el sector comercial la posición del empleado presenta cierta analogía con la del obrero que trabaja en cadena: la cajera de un supermercado constituye un buen ejemplo...

sentan, a las horas en que la gente se desplaza hacia el trabajo, fisionomías muy parecidas en un punto y otro del planeta. Muy de mañana, los trabajadores manuales, aspirados por los suburbios fabriles o por algunos barrios de talleres artesanales, provocan corrientes centrífugas o circulares en la periferia de la ciudad. Poco después llegan en sentido inverso otras masas de trabajadores que congestionan barrios de negocios, centros comerciales y agrupaciones administrativas. Más tarde, por último, las calles del centro económico de la ciudad se llenan de una circulación intensa: los dirigentes, las profesiones liberales y los mandos se encaminan a sus lugares de trabajo. La segunda de estas olas de desplazamiento corresponde al nuevo estrato de trabajadores urbanos: «los empleados».

Con el crecimiento de las ciudades y el desarrollo industrial, esta noción de empleado, que expresa etimológicamente una simple dependencia profesional, se aplica a masas de trabajadores que aumentan constantemente a medida que las organizaciones se extienden y ramifican.

De hecho la lógica del uso corriente de este término parece apoyarse en la relación con el trabajo ejecutado y el lugar en que se ejerce este trabajo. Una práctica común en los países industriales definía el empleado como no manual y no mando; el *white collar* americano, el *clerk* anglosajón, el *black-coated worker* inglés, el *Angestellte* alemán y el empleado francés desempeñan en última instancia trabajos de oficina o de venta. Son numerosos en las compañías de seguros, los bancos, la administración del Estado y los servicios públicos, pero también en los grandes almacenes, y constituyen la mayor parte del personal de los despachos de profesiones liberales. Por último se les encuentra también en servicios administrativos y comerciales de las fábricas y en las secretarías de las direcciones.

El mundo burocrático

El empleado se distingue fundamentalmente del obrero por el sector de sus actividades. El primero realiza servicios: sector terciario; el obrero produce objetos: sector secundario. ¿Basta esta única diferencia de campo de acción para explicar la distancia entre las aspiraciones sociales de uno y otro? En otros términos, ¿las tareas del sector terciario exigen hoy día una competencia profesional superior a la que requieren los trabajos actuales del sector secundario? ¿Puede explicarse, como en el siglo XIX, la reivindicación de prestigio social del empleado porque su oficio requiere conocimientos y aptitudes superiores a los del obrero?

Ya pase su jornada de trabajo en la oficina o en el almacén, en el sector privado o en la función pública, el empleado, por regla general, desempeña una serie de trabajos muy variados pero sencillos en última instancia. El expediente es sin duda la principal preocupación del empleado y también las cuentas preocupan a mucha gente. La sociedad burocrática moderna, que se nutre de papel, no puede existir sin clasificaciones ni archivos y requiere para ello un número importante de trabajadores. El contacto con el cliente, en el despacho o por teléfono, es otra variante del papel del empleado. El trabajo del vendedor de almacén representa igualmente una forma de contacto con el cliente que, en las grandes unidades de comercio, se aproxima mucho al servicio desempeñado en una administración.

Las nuevas técnicas, especializadas en extremo, han creado una nueva categoría de empleos realmente manuales, pero en los que el desgaste físico es prácticamente nulo. Estos oficios quedan corrientemente asimilados a los empleados de oficina.

Muchos de estos empleados son relativamente simples y a menudo muy especializados, ora porque el empleado se ve limitado a dos o tres funciones que cumplirá toda su vida como «especialista», ora porque el jefe reparte entre sus empleados expedientes libres de problemas cuyo fallo definitivo se reserva para él. Pero algunas tareas más complejas entrañan cierta jerarquía de funciones entre los empleados de oficina. Así es como, en las compañías de seguros, se llega a confiar a escribientes con mucha experiencia la redacción de un contrato o la responsabilidad de las negociaciones y discusiones con el cliente.

Mas esta jerarquía funcional apenas es extensible, ya que si los puestos implican competencias técnicas, experiencia y responsabilidades financieras cada vez mayores, se clasifica a sus titulares como técnicos o mandos, lo que agrava el difícil problema de las fronteras del nuevo estrato social de trabajadores.

Psicología del empleado

La multiplicación y simplificación de estas nuevas tareas de tipo burocrático plantea dos problemas: ¿qué tipo de satisfacción puede obtener el empleado con su trabajo? y ¿cuáles son las repercusiones sobre su integración profesional y social?

Investigaciones realizadas en algunos de los sectores más representativos de este nuevo estrato de trabajadores (bancos, seguros, servicios públicos) proporcionan enseñanzas convergentes; en todos los tipos de actividad hombres y mujeres se declaran satisfechos de un trabajo que consideran muy interesante. Además, es curioso comprobar que, en estos medios profesionales en los que la antigüedad en el puesto suele ser importante, la satisfacción tiende más bien a aumentar con los años y culmina a los veinticinco años de empleo. Esta lenta progresión no se perturba, al parecer, más que entre los cinco y diez años, período crítico que atraviesan los «jóvenes» antes de habituarse a su trabajo. *(Véase el cuadro IV, pág. 217.)*

Tal satisfacción presenta un carácter netamente paradójico. En efecto, es difícil creer que la gran mayoría de empleados de oficina encuentre en sus trabajos cotidianos y repetidos de clasificación, contabilidad, control, informes, etcétera, ocasiones de realizar sus aspiraciones personales. Un trabajo verdaderamente estimulante permite desplegar aptitudes y marcar la labor con el sello de la propia personalidad. Si los empleados atribuyeran a esta causa la satisfacción que obtienen en su trabajo, habría que aceptar un éxito burocrático sin precedentes en la historia del trabajo y admitir, probablemente, un inmenso potencial de abnegación y fidelidad a los patronos.

El prestigio y sus conflictos

El nexo de unión positivo que se descubre entre la antigüedad y la satisfacción es, en realidad, el prestigio de la experiencia. Sobre un fondo de actividades monótonas y rutinarias, los conflictos de prestigio nacen forzosamente de consideraciones que sólo guardan una ligera relación con el trabajo. Se comprende así mejor por qué, en la casi totalidad de las oficinas de un gran banco, los empleados se hallan tanto más satisfechos cuanta menos iniciativa tienen: el trabajo rutinario es admitido como un elemento de seguridad. En algunas compañías de seguros la satisfacción de los empleados parece mucho más ligada a las posibilidades de promoción que al trabajo en sí; en este medio en el que la escala jerárquica está relativamente abierta, el prestigio de la competencia adquirida tiende a decrecer en relación al prestigio puramente jerárquico de la categoría profesional. En cambio, las aspiraciones sociales y culturales conducen a la insatisfacción; el empleado tiene menos razones para estar satisfecho de su trabajo cuanto más aspira a una posición superior.

Existe por último un neto paralelismo, en los Estados Unidos como en Francia, entre el prestigio atribuido por un tercero a cada ocupación y el interés que sus miembros declaran tener por ella. Incluso llama la atención que los empleados puedan servirse del interés que aplican a su trabajo para reivindicar un cierto prestigio ante los demás. Así se comprende que, al comunicar los resultados de los cuestionarios de un grupo «inferior» a otro «superior», se haya podido comprobar que los miembros del segundo grupo se sentían muy sorprendidos de saber que los primeros afirmaban interesarse en su trabajo y estar satisfechos de él.

Pero mientras la taylorización se instala en el terreno comercial, la administración, por el contrario, descubre el problema de las relaciones humanas con el público que espera incansablemente su turno en los hospitales, en los ayuntamientos o en los centros de la Seguridad Social.



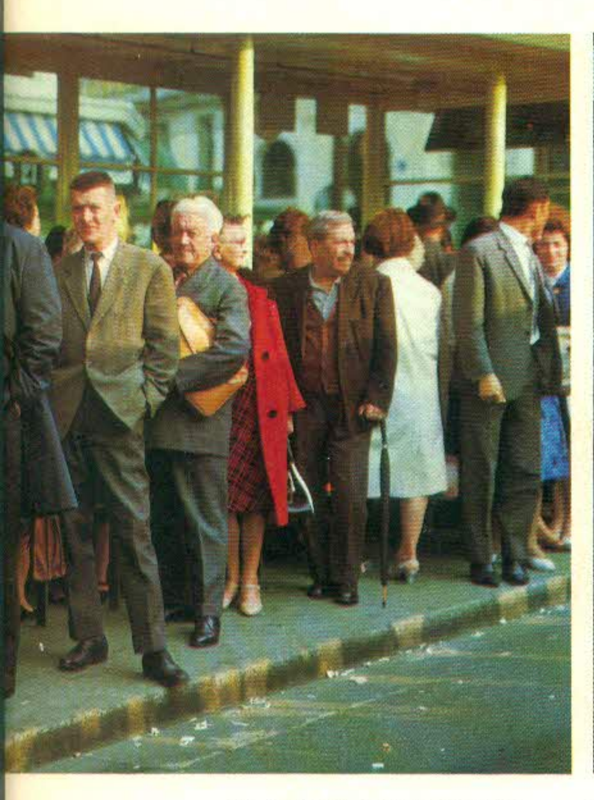
El grado de descentralización es ciertamente una fuente de mayor satisfacción, ya que las posibilidades de decisión están más abiertas a los empleados, pero también son más numerosos los descontentos o los celosos del prestigio de los otros. Al contrario, en un establecimiento muy centralizado, objeto frecuente de la política deliberada de una dirección, el conjunto de empleados está sometido a una misma disciplina y la satisfacción obtenida del trabajo corre riesgo de ser mucho más uniforme que en el caso precedente. Todas las estratificaciones características de tal o cual organización (jerarquía rígida que anula las diferencias de prestigio entre categorías profesionales, estratificación social que exaspera los conflictos, categorización profesional que levanta barreras) son realmente factores importantes de la satisfacción sentida finalmente por el empleado.

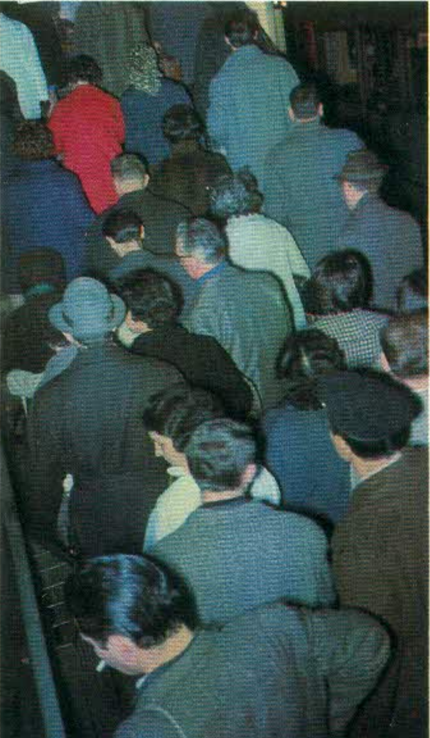
Los estilos de mando, tributarios también de la concepción de la autoridad del director, del tipo de responsabilidad de los mandos de la naturaleza del trabajo, de la longitud de la cadena jerárquica y de la posición que se ocupa en esta cadena, pueden ser causa de una mayor o menor satisfacción por parte de los empleados. Así se explica que en algunas compañías de seguros los jefes indecisos sean rechazados por sus subordinados y que, por el contrario, los jefes autoritarios o liberales, pero de comportamiento claro, sean mucho más apreciados, ya que ofrecen la posibilidad de sanciones o de recompensas, es decir, de diferencias de prestigio entre los empleados.

Además, se ha podido comprobar hasta qué punto la clase obrera, y también la de los nuevos trabajadores de las ciudades, tiene tendencia a preferir un control autoritario, es decir, un jefe que distinga claramente los mejores de los peores. En un mundo burocrático y especializado, en el que el trabajo se hace por sí solo puesto que siempre está previsto por la rutina, esta aspiración de los empleados al autoritarismo hace resaltar hasta qué punto el prestigio es indispensable para su adaptación social.

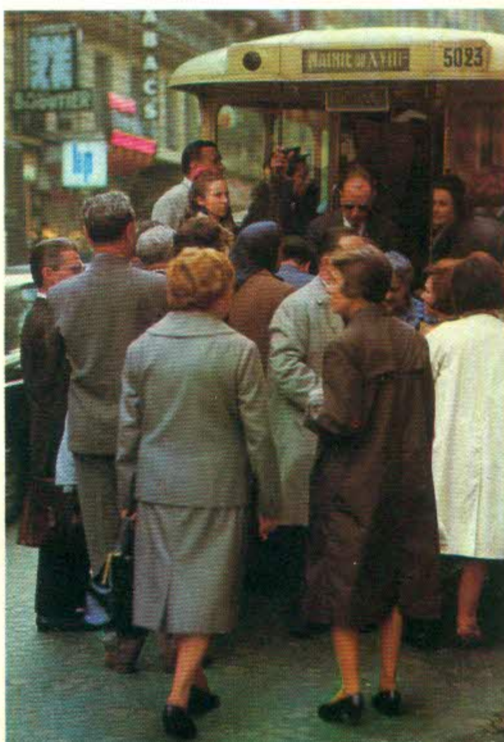
¿Cuáles son las repercusiones de este modo de valoración interrelacional sobre las actitudes respecto a la dirección y la política del establecimiento? Es preciso tener en cuenta aquí las nociones de adhesión y participación. En el mundo de la burocracia estas dos nociones han estado durante mucho tiempo asociadas. Se estaba habituado, por la práctica de las pequeñas organizaciones comerciales o administrativas, o por el ejemplo de los equipos de empleados de profesiones liberales, a comprender la adhesión a la firma como signo de una participación efectiva en las responsabilidades e intereses del establecimiento; el empleado

Pourquoi les fait-on courir
On ne les fait pas courir
L'arrivée en avance
Le départ en retard
Quels chemins en arrière
Quand la lenteur s'en mêle
Les preuves du contraire [1]
Et l'inutilité... *Paul Eluard*









(1) ¿Por qué se les hace correr?
No se les hace correr
La llegada adelantada
La partida demorada
Qué caminos hacia atrás
Cuando la lentitud interviene
Las pruebas de lo contrario
y la inutilidad...

estaba integrado en su organización en la medida en que, satisfecho de su trabajo «intelectual» y del prestigio social unido a él, se sentía adherido a la empresa y manifestaba en su propio trabajo un comportamiento de participación. La palabra adhesión es entonces sinónimo de cooperación, lealtad, devoción y espontaneidad. En el mundo obrero la situación clásica de lucha de clases implica un esquema idéntico pero de sentido opuesto, en el que la no adhesión y la mínima participación corresponden al descontento del trabajo y de la situación social que proporciona.

Este modelo de adaptación a la realidad social de la empresa no es ya válido hoy día; la simplificación y la especialización del trabajo burocrático, el crecimiento de las organizaciones en la sociedad urbana y la elevación general del nivel de vida han acabado modificando fundamentalmente el tipo de satisfacción que el empleado podía obtener de su trabajo y de su posición social y, al mismo tiempo, el equilibrio del modelo adhesión-participación se ha visto violentamente puesto en tela de juicio. Por una parte la adhesión a la empresa no parece ya ligada a una participación positiva; por la otra, la participación ha cambiado de significado.

La negativa a participar

Las recientes encuestas de Michel Crozier en numerosos medios burocráticos y administrativos de la sociedad francesa han puesto de relieve que los empleados más adictos a la empresa eran los que menos la conocían, los que estaban situados más abajo en la escala de prestigio de las categorías profesionales y los de aspiraciones sociales y nivel cultural menos alto. La adhesión expresada por estos individuos, que carecen de razones para juzgarse satisfechos de su trabajo puesto que no obtienen de él ningún prestigio, no se explica más que por el temor a ser despedidos y a la dificultad de encontrar un nuevo puesto de trabajo. Esta adhesión a la empresa no va acompañada, pues, de una participación activa. En efecto, en las encuestas citadas se ve que la conducta de indiferencia y no participación está más extendida entre los empleados de edad y aquellos cuyo nivel cultural es bajo y carecen de prestigio dentro y fuera de la organización.

Lejos del modelo propuesto (satisfacción, adhesión, participación activa en el trabajo), el comportamiento del empleado expresaría más bien un tipo de participación mínima, una especie de apatía compensada por satisfacciones de prestigio relativamente independientes del valor profesional del individuo y de los designios de la dirección. Una gran parte de estos trabajadores de las ciudades, que puede oscilar desde el 30 % en ciertas organizaciones hasta el 100 % en otras, está efectivamente dominada por una negación a participar, por una especie de apatía contagiosa. Los individuos se desinteresan de las actividades de la casa, adoptan una actitud de inhibición sistemática y prefieren mantenerse a la expectativa y no afrontar directamente los problemas con tal de no tener que compartir responsabilidades. Para que esta conducta se manifieste hace falta, naturalmente, que surjan disyuntivas que se aparten de la rutina del trabajo; pero todo empleado, incluso el subalterno, ha de hacer frente a situaciones de compromiso: puede leer o no el diario de la empresa, informarse de la marcha de la casa y de su departamento o desinteresarse del todo, dar su opinión sobre las reorganizaciones, intentar beneficiarse de las recompensas ofrecidas a las buenas sugerencias técnicas, etc.

El nuevo trabajador de las ciudades

Este comportamiento apático no es, sin embargo, la única transformación del comportamiento de participación inicial. En efecto, resulta sintomático comprobar que los individuos menos adictos a la empresa son también los que reivindican mayor información respecto a la gestión de la organización, los que mejor conocen a los directores y los que más participan en la actividad de los sindicatos y del comité de empresa; aparece así una nueva forma de participación conflictiva de los empleados que no aceptan integrarse (es decir, hacer suyos los problemas del funcionamiento de la organización) más que negándose a reconocer su adhesión a esta organización. Es a partir de una posición de rechazo real de la antigua adhesión a la persona del director, a partir de un afán de verdadera autonomía, de libertad auténtica, que el nuevo trabajador de las ciudades acepta participar activamente en la elaboración de soluciones positivas para los problemas humanos, técnicos y económicos planteados por la organización. Al mismo tiempo, este nuevo tipo de participación cambia de sector de aplicación. Ya no es en su trabajo, sino a nivel de la política de toda la fábrica, del conjunto del establecimiento, donde el empleado sindicado encuentra los fundamentos de su participación. Discutiendo las tesis oficiales es como, a partir de una visión personal o colectiva, presentará su solución positiva a los problemas de funcionamiento de la organización.

Llegados a este momento de nuestras consideraciones, la posición del empleado, lejos de esclarecerse, parece todavía más irracional. Sus aspiraciones sociales, que lo separan del obrero, no pueden explicarse ni por un privilegio económico, ni por un nivel de conocimientos técnicos particular, ni por una actitud en el trabajo básicamente diferente de la de los obreros. De aquí la idea de recurrir al análisis cultural para intentar comprender el origen de la ambigüedad.

Hacia una evolución del status social

Las actitudes psicológicas que se originan en las relaciones del trabajo (rendimiento, integración en la empresa) no bastan para explicar la situación vivida por el empleado. Es preciso examinar cómo, a partir de la situación en el trabajo, se establece la relación con el ambiente global.

En principio el empleado es un ciudadano cuya actividad, ya se efectúe en el edificio social de una firma industrial o de una agencia bancaria, le hace vivir en la ciudad. Aunque viva en los suburbios no participa menos en la vida de la ciudad y por ello se tiene que sentir, aun cuando tenga el mismo salario y su cualificación profesional sea débil, diferente del obrero que no conoce más que la periferia. A pesar de la uniformación creciente del vestido, el empleado tiene mayor afán de vestir bien; al no ser un trabajador manual, no lleva consigo los estigmas del trabajo y no es rechazado sin más de los límites de la clase media.

Por fragmentario que pueda ser su trabajo, los empleados se ven obligados, mucho más que los obreros, a entrar en contacto con escalones jerárquicos superiores; por ello, al igual que por la materia propia de su trabajo, una participación en las normas y los valores de los estratos superiores les conduce a situar su universo de referencia más alto que su lugar en la escala profesional y su situación económica. Hay un hecho que revela la conciencia que tienen de este fenómeno: el desfasamiento entre la forma en que ellos mismos aprecian su situación y la opinión que de la misma tienen, según ellos, quienes les rodean y que siempre imaginan más lisonjera de lo que realmente es. El empleado siente disminuir este privilegio de situación, pero su medio, sobre todo por lo que se refiere a los elementos femeninos, no percibe todavía esta evolución.

En efecto, esta anticipación de *status* social se basaba mucho en dos hechos que van esfumándose: la superioridad de instrucción del empleado y el rechazo que sufre el obrero por parte de la sociedad.

Examinemos estos dos puntos. El análisis de la democratización progresiva de los sistemas de enseñanza en los diversos países europeos demuestra que el sentido de la marcha es siempre el mismo: primeramente, acceso de los cuidadanos según orden decreciente de condición económica que conducía a la exclusión de los obreros; después abertura a la pequeña burguesía rural y al mundo de la propiedad agrícola y, por último, participación de los obreros y de los campesinos asalariados. En la movilidad social, pues, el acceso a la situación de empleado representa un paso importante. Por difícil que sea su situación económica, los empleados se encuentran ya en una escala ascendente. Esto aclara dos hechos relativos a su origen social que los trabajos de Michel Crozier en Francia han puesto en evidencia. En una gran administración pública parisiense, donde los empleados subalternos son casi todos mujeres, se observa que la mayoría es originaria de regiones rurales del sudoeste. El otro caso es muy diferente: los empleados de seguros parisienses han nacido en su mayoría en París, a menudo en el mismo mundo de empleados pero también a veces en la clase media, lo que demuestra que la situación de empleado puede corresponder a un descenso de condición social, puesto que el tipo de cualificación intelectual del empleado es exactamente el que tienen, por grado o por fuerza, muchos adolescentes de clase media.

Sin embargo, la generalización de la instrucción tiende a suprimir este privilegio de los empleados y es una de las razones profundas de la feminización que hemos hecho notar al estudiar los hechos demográficos de la evolución. De aquí que los empleados que todavía poseen actualmente un nivel de instrucción superior al medio tengan una conciencia cada vez más aguda de no ser tratados convenientemente por la sociedad. Paradójicamente en apariencia, estos empleados son los mismos que están satisfechos de las iniciativas que exige su trabajo y el mismo tiempo se manifiestan descontentos de su situación.

El trabajo les ofrece ocasión de realizarse a sí mismos, pero tienen el sentimiento de no haber utilizado al máximo en la sociedad las posibilidades que su cualificación les confiere. Puede decirse incluso que, psicológicamente, la satisfacción del trabajo se hace indispensable desde el momento que el sentimiento de fracaso social corre el riesgo de ser demasiado pesado para tolerarlo.

Por el contrario, los empleados menos cualificados están insatisfechos de su trabajo, en el que la parte de afirmación del yo es tanto más débil cuanto más centralizadora es la jerarquía, pero se sienten relativamente satisfechos de su suerte, ya que la situación de empleado les representa un éxito en la vida, habida cuenta de su insuficiente bagaje de de partida. El prestigio relativo en el grupo de referencia compensa la inferioridad jerárquica en el mundo del trabajo.

La regresión de una distancia social

La evolución general del nivel de vida y de la cultura de masa en las sociedades industriales hace cada vez más insignificante la separación que había entre los obreros y el resto de la sociedad, en particular los empleados. La reintegración de los obreros al consenso general, cosa que se viene realizando en los Estados Unidos en las últimas décadas, es también un fenómeno que arrojan las estadísticas de los salarios franceses de los diez últimos años. Se ve claro en ellas que, en 1956, en el sector semipúblico y privado, el obrero ganaba un 11,02 % menos que el empleado, mientras que durante este intervalo de tiempo la diferencia ha disminuido al 10,12 %. En el sector privado, la diferencia es más notable para los hombres que para las mujeres cuya remuneración es parecida a la del sector público. Si nos referimos a los gráficos de los salarios de 1961, podemos comprobar por una parte que las curvas correspondientes a los obreros — — empleados hombres y mujeres, que constituyen la inmensa mayoría de la población activa — se pueden prácticamente superponer y están reunidas dentro de unos límites de salario muy homogéneos; por otra parte, comprobamos también que, en los dos extremos de esta masa, hallamos entre los salarios homogéneos más claramente inferiores, los de las mujeres que trabajan en fábricas, y entre los salarios más desiguales y ascendentes en la escala, los de los cuadros medios de hombres y los cuadros superiores de hombres y muje-

res. De este modo, el proceso de igualación de salarios de obreros y empleados ha dado un gran paso adelante en cuanto que se le añade un factor complementario: la parte creciente del salario social que viene a retribuir necesidades y no competencias o sectores de actividad.

La escisión del sindicalismo

La reintegración progresiva de los obreros en una masa mucho más importante de la población activa, gracias a la nivelación progresiva de las condiciones materiales de existencia, conduce a ambos grupos, empleados y obreros, a aproximar sus actitudes sindicales. Existe una tendencia a reintroducir, a nivel de la empresa y de la nación, una nueva forma de participación de tipo conflictivo basada en la negociación colectiva. La apatía y el desinterés manifestados por el pequeño funcionario o el empleado del sector privado respecto a la política del establecimiento representan a menudo una forma bien caracterizada de oposición. En Inglaterra, el país industrializado desde más antiguo, la tasa de sindicalización es muy elevada y los empleados militan con los obreros en las mismas organizaciones, lo que constituye una característica particular de las *trade-unions*. Por su antigüedad y la seriedad de sus formas de acción, el movimiento obrero ha adquirido una ponderación y una respetabilidad que han sido un factor de acercamiento y, además, han facilitado la nivelación de las condiciones económicas y han contribuido a abolir distancias. Por último, las determinantes institucionales y culturales de la situación política han hecho que nunca apareciera una diferencia de orientación política entre las federaciones de empleados y las de obreros.

En Alemania, donde la distancia social y la importancia atribuida a la autoridad han mantenido aisladas durante tiempo las categorías sociales, el empleado ha conservado en relación al obrero un privilegio social más acentuado que en Francia. Hasta el advenimiento del III Reich el movimiento sindical de los empleados fue distinto del movimiento obrero y, dada su tendencia claramente más conservadora, no puso nunca en duda los principios de la legitimidad de la autoridad. No obstante, a pesar de la fuerte presión del Estado, obreros y empleados han realizado en varias ocasiones acciones sindicales comunes, incluso de larga duración. Desde 1945 el movimiento sindical se ha unificado.

Francia ha seguido una evolución distinta. Un particularismo históricamente comprensible caracteriza aún hoy el movimiento sindical de los empleados. Llegados al sindicalismo más tarde que los funcionarios, los empleados tradicionales

«Es cierto que los hombres más antiguos, los primeros bibliotecarios, utilizaban un idioma muy diferente del que hablamos ahora...» (J. L. Borges). La «International Business Machine Corporation», más conocida con las siglas IBM, ha creado un nuevo lenguaje que ha permitido inaugurar una nueva «memoria del mundo». Sus empleados de bata blanca son unos cien mil en la empresa matriz sin hablar de los centenares de miles de mecanógrafas que trabajan con las máquinas IBM.



del sector privado, sometidos a fuertes presiones paternalistas, han tendido a reagruparse en organizaciones de tipo confesional. Las diferencias entre mentalidades laicas y confesionales representan aún una escisión importante del mundo de los empleados que lo separa del sindicalismo obrero.

Las características del sistema de organización social, considerado desde el punto de vista de la distancia social y de las relaciones de autoridad, han contribuido hasta el presente a que el sindicalismo de los empleados tuviera un papel específico de árbitro. En Francia, los empleados pueden plantear sus quejas con relativa facilidad, lo que implica largas negociaciones y el arbitraje de instituciones centrales políticas, más independientes que en los países vecinos de la dirección económica de las empresas. En este sistema, empleados y funcionarios son los interlocutores de los obreros y de los dirigentes políticos y disponen, además, de un conjunto de medios de acción privilegiados sobre las instituciones políticas de las que son los resortes administrativos. La asimilación al sindicalismo obrero representaría, pues, para el empleado, la pérdida de una posición de fuerza.

La cultura de masas urbana

La creciente integración económica, tecnológica y cultural del mundo de los empleados y el de los obreros, la persistencia de aspiraciones sociales más elevadas en los primeros y el mantenimiento de un particularismo sindical son un conjunto de condiciones nuevas que nos conduce a analizar también el sentido que debe darse a la cultura de masa urbana, para la cual se han reunido actualmente todos los elementos favorables. Si bien es evidente que los diferentes estratos sociales están sometidos, a través de los medios de comunicación de masa, al impacto de una misma cultura y que, dada la elevación general del nivel de instrucción, tienden a disfrutar de las mismas oportunidades de beneficiarse de ella, parece no obstante imposible que este proceso conduzca a una nivelación cultural. Se comprueba en efecto que, lejos de ser un signo de debilitación generalizada del nivel cultural de los individuos, el interés manifestado por los medios de comunicación de masa (libros y periódicos de gran difusión, revistas de gran tirada y programas de radio y televisión) es el signo de una verdadera participación en la cultura. Pero la participación creciente de los trabajadores de las ciudades y los suburbios en esta cultura, junto a la desaparición progresiva de las barreras de orden económico y tecnológico, son motivo de que los individuos tiendan a distinguirse más entre sí por sus elecciones culturales. Las numerosas encuestas que se han realizado sobre este problema demuestran que, en el mundo de los empleados y en el de los obreros, los lectores del «Monde» o de la «Libération» no son los mismos que los de «L'Aurore»; al igual que, entre las mujeres, el público de «Marie-Claire» no es el mismo que el de «L'Echo de la Mode». Al parecer son las aspiraciones sociales individuales o de grupo y las posibilidades objetivas de promoción las que modelan más fuertemente estos diferentes tipos de participación en la nueva cultura de masa. Ahora bien, estas aspiraciones están ellas mismas en función de la educación recibida, del medio familiar y de los medios de relación a lo largo de toda la escala social. Aquí encuentra su explicación la ambigüedad de la situación del empleado: herederos de tradiciones aristocráticas debido a una situación social que fue superior a la del obrero, los empleados tienden a legitimar sus aspiraciones sociales mediante sus actividades culturales y, como la multiplicidad de los medios profesionales les ofrece posibilidades diversas de promoción y sus medios sociales y culturales de origen son varios, esta aspiración social corresponde a niveles de cultura muy diferentes. A su lado, más alejados del mundo intelectual por causa de sus ocupaciones, los obreros tienen sin embargo libertad de acceso y, cada vez menos separados de los empleados, también quieren diferenciarse según su tipo de participación en la cultura de masa. Aparecen así estratificaciones múltiples, tanto más cuanto que, suprimiendo las barreras de comunicación, la cultura de masa de las ciudades da al individuo mayor libertad de movimientos en la escala social. Los empleados han sido pues, históricamente, los precursores de los tipos modernos de relación social. Gracias al doble privilegio de su trabajo no manual y de su nivel de instrucción han reflejado muy pronto la ambigüedad de los *roles* sociales en los que el tipo de participación cultural tiene valor de promoción.

Las nuevas categorías sociales

Mientras tanto, la historia no cesa de producir nuevas categorías sociales portadoras de las características indispensables a las futuras transformaciones de la sociedad. Así sucede que un nuevo estrato de trabajadores, los técnicos y los mandos, ocupan rápidamente el lugar de los empleados en este *rol* de guía del grupo social. En los Estados Unidos representan ya la única categoría profesional de la que se prevé un crecimiento del 3 % desde ahora a 1975, en tanto que los empleados se hallan en fase de estancamiento y los obreros y campesinos en franca regresión. En Francia son los técnicos y los mandos medios los que han disfrutado de mayor aumento de salarios entre 1957 y 1960. En un mundo industrial de automación, de simplificación de las tareas de ejecución, de organización burocrática y de decisiones basadas en análisis de máquinas electrónicas, la responsabilidad del desarrollo pertenece a la investigación y a los técnicos de las especialidades encargadas concretamente de elaborar nuevos métodos o nuevos productos.

Por ser los únicos capaces de resolver los verdaderos problemas de la sociedad de investigación y también por su nivel de instrucción, los empleados que han respondido a las necesidades de la sociedad de la organización y la burocracia, los técnicos y mandos medios de hoy preparan probablemente el camino a los futuros ajustes de la sociedad industrial, en el sentido de una supremacía del conocimiento sobre el mando.

TERCERA PARTE

la sociedad de masas



A partir de cierto estadio de organización de la producción, del trabajo y de las relaciones sociales consiguientes se esboza una imagen de la sociedad industrial que corresponde a la que hemos llamado sociedad de clases y a la que hemos dedicado la parte precedente de esta obra. Mas, hoy día, aparecen ante nuestros ojos nuevos problemas, de los que son responsables la era de relativa abundancia que conoce la sociedad industrial avanzada en esta segunda mitad del siglo XX y los fenómenos que la acompañan: crecimiento del consumo, aumento del tiempo libre y desarrollo de la cultura. Vemos cambiar la naturaleza y la importancia de los conflictos y asistimos a la aparición de la sociedad de masas más allá de la sociedad de clases.

No olvidemos empero que sociedad de clases y sociedad de masas no son simplemente dos edades sucesivas, como las que solemos denominar Edad Media y Edad Antigua, sino dos ideas directrices que nos permiten poner el acento sobre dos aspectos de las sociedades industriales. Ahora bien, estos dos aspectos, aunque se hayan puesto de manifiesto en fechas muy diferentes, coexisten en la sociedad en que vivimos.

Así, de la misma forma que los estudios precedentes desembocan en nuevos problemas de organización o de cultura, los que siguen nos llevarán quizá a las clases sociales, realidad que sería erróneo creer que se desvanece de golpe, como por milagro, ante el automóvil, el refrigerador y la televisión.

OLIVIER BURGELIN

mitos y realidades

El término «sociedad de masas» se utiliza aquí para designar la sociedad industrial avanzada, es decir la que se encuentra en la segunda fase de su desarrollo, que es la que alcanza hoy día Europa después de los Estados Unidos. Los conflictos en el seno de la sociedad de masas están lejos de desaparecer: problema racista en Estados Unidos, debate lingüístico en Bélgica, bloqueo de carreteras por los campesinos franceses, reivindicaciones de los estudiantes, los militares, los médicos, los funcionarios, etc. Además, estos cambios son progresivamente más numerosos y rápidos, transforman la situación de los individuos y grupos, y hacen que cada cual se interroge, a menudo con inquietud, sobre el porvenir colectivo. Aunque la sociología no comparta enteramente esta inquietud ni participe en los mitos que la misma suscita, debe intentar comprenderlos y analizarlos como hechos característicos de las sociedades modernas.

Para describir la sociedad industrial avanzada o moderna los sociólogos contemporáneos emplean cada vez con mayor frecuencia la expresión *sociedad de masas,* pero lo hacen con ciertas reservas y entrecomillados, por así decirlo. No se trata solamente de oponer dicha sociedad a todas las otras, sino de oponer el estadio actual de su desarrollo a los estadios anteriores y, en particular, al estadio característico de las sociedades europeas del siglo XIX, dominado por la lucha de clases.

Sociedad de clases y sociedad de masas

De hecho, no parece posible describir en los mismos términos la primera sociedad industrial, la del siglo XIX, y la segunda, la que vemos surgir en nuestros días.

A partir de la máquina de vapor y de la explotación de las minas, la primera revolución industrial creó, alrededor de la hulla y del hierro, el ejército industrial de los proletarios. Las inversiones necesarias para la industrialización son arrancadas, al precio de una opresión intensa, a un consumo todavía muy débil. La producción sigue siendo insuficiente para satisfacer las necesidades, y no obstante, mal dirigida, aboca a las crisis que sacuden regularmente la sociedad capitalista, amenazada además por el dramático conflicto de las clases sociales.

Pero la sociedad industrial entra en un nuevo estadio de su existencia cuando la producción se hace suficiente para asegurar un aumento sensible y continuo del nivel de vida y, al mismo tiempo asegura las inversiones necesarias para que prosiga el desarrollo. La sociedad aprende a dirigir su producción y a evitar las crisis o reducir sus consecuencias. La aparición de nuevas técnicas, como el motor de explosión, la electricidad, la electrónica, etc., hace llegar la mecanización a nuevos sectores como la agricultura, la administración y la vida cotidiana. Igualmente, permite asegurar la automatización progresiva de la industria tradicional. Se esboza así la perspectiva de una liberación de las servidumbres del trabajo mecanizado. De la sociedad de clases estamos pasando a la sociedad *de masas.*

El hecho parece evidente. A pesar de ello, todas las tentativas realizadas para describir la sociedad de masas y los nuevos problemas que plantea no han cesado de provocar reticencias por parte de los sociólogos. Estas reticencias son de dos clases, cada una de las cuales responde a ciertas preocupaciones constantes de la sociología.

Por una parte nos encontramos con un fenómeno característico de las ciencias humanas contemporáneas, que es su desconfianza ante las grandes síntesis. Desconfianza bien comprensible si se considera, por ejemplo, el caso de la sociología, que, desde principios del siglo XX, intenta evitar verse encuadrada en un sistema de grandes teorías de las que René König mostró sus generalizaciones abusivas. Las grandes teo-

rías del siglo XIX todavía han conocido la época en que un solo hombres podía dominar todo el saber de su tiempo en el terreno de las ciencias sociales. Esta época ha terminado hace tiempo. ¿No será, pues, una pretensión insostenible querer hablar de sociedades modernas sobre las que no tenemos nunca más que puntos de vista particulares?

Mas, aunque estén bien fundamentadas, estas reticencias tienen precisamente el efecto de consolidar las grandes teorías de tipo tradicional, aquellas que presentan la gran ventaja de adoptar cada una un lenguaje y una perspectiva única para abordar el conjunto de los hechos sociales. Así se explica que los marxistas hayan podido defender, con cierta razón, que la mayoría de los trabajos de la sociología contemporánea no constituyen más que una mixtificación irrisoria ya que sus autores no han sido capaces de coordinarlos en una perspectiva de conjunto, única cosa que hubiera podido determinar su sentido y su alcance.

Existen, ya lo hemos dicho, reticencias de otro tipo: las derivadas de la expresión misma de *sociedad de masas,* pues el término *masa* evoca precisamente toda suerte de mitos a los que quizá ha servido de vehículo y suscita una imagen que hemos de ver cuán ambigua es.

No obstante, nos hemos decidido en última instancia a conservar la expresión *sociedad de masa* porque es el único término corriente para designar la sociedad industrial avanzada, a no ser que se la designe por su «infraestructura». En cuanto a los mitos, cualquiera que sea la expresión utilizada, procuraremos prescindir de ellos. Están tan extendidos que nuestra experiencia de la realidad social empieza siempre por expresarse a través de ellos. Cabe decir que el trabajo del sociólogo consiste simplemente en irse desprendiendo poco a poco de ellos mediante una crítica racional.

Los mitos de la sociedad de masas

Al hablar aquí de *mitos* nos referimos a una interpretación de la realidad que implica una deformación sistemática, de la que es posible mostrar el principio.

La sociedad de masas ha servido de pábulo a toda suerte de mitos, demasiado numerosos para poder enumerarlos. Pero en estos mitos encontramos siempre los mismos temas, de los que tres tienen especial importancia: el de la masa, el de la manipulación y el de la alienación.

Los mitos de la *masa* oscilan alrededor de un eje, que puede expresarse más o menos así: la civilización moderna está siendo progresivamente dominada por la mayoría que ejerce sobre el poder una presión creciente encaminada a obtener cada vez más ventajas y distracciones. Debido a esta presión y a la influencia de técnicas tales como el cine o la televisión, los gustos, el género de vida y los ideales (o ausencia de ideales) de la masa se extienden poco a poco a todos los estratos de la sociedad, lo que provoca un conformismo generalizado. La nivelación plebeya implica la decadencia de las minorías selectas y la paulatina desaparición de los valores verdaderos. El gusto, la distinción, las virtudes morales, el desinterés y la cultura están en regresión.

Los mitos de la *manipulación,* al igual que los de la masa, se fundan en una oposición entre la mayoría y la minoría; mas esta vez el polo negativo no es la masa, sino el pequeño grupo poderoso, y generalmente oculto, que tira de los hilos. No obstante, los dos mitos pueden combinarse muy bien: basta con oponer a una minoría verdaderamente selecta, aristocrática y desinteresada un grupo de charlatanes que exploten la credulidad de la masa. Los mitos de la manipulación se caracterizan por una increíble diversidad en cuanto al estrato social a que están referidos. Según el tiempo, el lugar y la situación de quien habla, los agentes de la manipulación pueden ser, por ejemplo: los *trusts,* el capital financiero, los *managers,* los medios políticos y militares, los técnicos, los intelectuales, los agentes de publicidad, el partido comunista, los traidores y saboteadores, los agentes del imperialismo, etc. La naturaleza de la manipulación varía según el grupo que la dirige: no se atribuye la misma clase de poder a los intelectuales que a los *trusts.* Los unos corrompen al pueblo, los otros se aprovechan de su sudor. Los unos disponen de la influencia, los otros del poder económico. Pero unos y otros son responsables de una situación cuyo análisis varía.

Por último, los mitos de la *alienación* no se refieren ya a un estrato social determinado, sino a la propia esencia de la sociedad moderna: su carácter organizado, racionalizado y estandarizado. El hombre no tiene ya sitio en este universo demasiado bien ordenado; no tiene derecho a existir más que como pieza anónima de una organización concebida como una especie de máquina social, cuyo funcionamiento se somete a verdaderas máquinas, como los cerebros electrónicos. La libertad y la espontaneidad van desapareciendo de este universo automatizado y no pueden ya expresarse sino por la neurosis o la delincuencia.

Entre estos mitos son posibles toda suerte de combinaciones. Se puede admitir, por ejemplo, que el hombre mejor adaptado a la organización moderna es aquel cuya capacidad de compromiso no pasa de ciertos límites. El hombre de la organización, el hombre moderno por excelencia, el que se impone en la sociedad contemporánea, no será pues diferente del hombre de la masa, mediocre y vulgar. Y no hay ninguna dificultad para hacer de este hombre mediocre fácil presa de todas sus manipulaciones.

Anverso y reverso

Entre los temas que acabamos de mencionar, algunos han sido groseramente tratados por demagogos sin escrúpulos; otros, por el contrario, evocan una reflexión bien madurada sobre la sociedad contemporánea. ¿No será, pues,



injusto medir con el mismo rasero apreciaciones tan diversas? Mas, precisamente, es interesante poner al descubierto los elementos comunes de pensamientos aparentemente tan distintos. Incluso es posible llevar más lejos el análisis y aislar una forma común al conjunto de estos mitos.

Todos insisten en un supuesto elemento *negativo* que dominaría en la sociedad moderna y del que sería responsable un cierto estrato social designado frecuentemente de forma muy vaga. Se habla por ello de nivelación *por lo bajo,* de dominación o corrupción *por un grupo pequeño,* del poder de la *organización.* Además, todos estos mitos oponen un valor a este contravalor: los mitos de la masa ponen en lugar preferente a un *individuo de la minoría selecta* (abrumado por la masa); los mitos de la manipulación abrazan de alguna forma el punto de vista del *pueblo* (engañado por los manipuladores); los mitos de la alienación se proclaman campeones del *hombre* (aplastado por la máquina o la organización). El polo positivo es siempre el hombre, en tanto que el polo negativo es una abstracción (masificación, manipulación o alienación). Ahora bien, es precisamente este polo negativo el que nos ha de dar la última significación, el sentido verdadero de la sociedad moderna.

En todos estos mitos tenemos, pues, una oposición entre el hombre concreto, portador de todos los valores, y una sociedad que se resuelve en una abstracción amenazante, destructora del hombre y de los valores. Desde sus orígenes, la sociología no ha cesado de decir que no se podía oponer el hombre a la sociedad, porque la sociedad está ya en el hombre, aún cuando sea pensado como individuo. De ello se desprende que todos los mitos, incluso los más modernos y los más inteligentemente defendidos, se apoyan en definitiva sobre el rechazo del pensamiento científico, sobre el retorno a este sentimiento incontrolado que nos hace concebir la sociedad como una gran fuerza exterior que nos oprime.

Existe otro punto común entre todos estos mitos: el pesimismo que comparten. Si bien proponen remedios a los males que analizan, se tiene siempre la impresión de que estos remedios son irrisorios. No resulta difícil comprender la razón de ello: si la sociedad es mala, o está condenada por la lógica de su desarrollo a orientarse en determinada dirección, no se comprende bien cómo el hombre, que no ha podido impedir este desarrollo, pueda ser capaz de conseguir que se oriente en una nueva dirección, que resulta además muy difícil de determinar.

Dicho esto, no se trata tampoco de oponer a este pesimismo un optimismo igual y de sentido contrario, sino de indagar los argumentos y análisis en que se funda aquél y ponerlo en relación con la situación de los grupos que lo adoptan. En resumen, se trata de comprender el meca-

Los mitos de la sociedad de masas tienen su raíz en una ilusión que se nutre de las realidades aparentemente más grises y frías. Ilusión ante un inmueble moderno donde se amontonan centenares de personas...

nismo y la función del mito en la sociedad de masa y, por tanto, de poner al descubierto los puntos en que el mito se articula con la realidad, e intentar una descripción de ésta.

Crecimiento y cambios

Ya hemos visto que el análisis marxista, fundado en la experiencia de la primera revolución industrial de la Europa occidental, ponía en primer plano, entre las consecuencias de esta revolución, la *escisión* del cuerpo social y especialmente la escisión entre el proletariado y la burguesía. En las sociedades capitalistas más desarrolladas no ha desaparecido esta escisión, pero, en vez de acentuarse, tiende a atenuarse y, para quienes estudian la sociedad contemporánea, pierde progresivamente su carácter en beneficio de otro fenómeno: el del *crecimiento.*

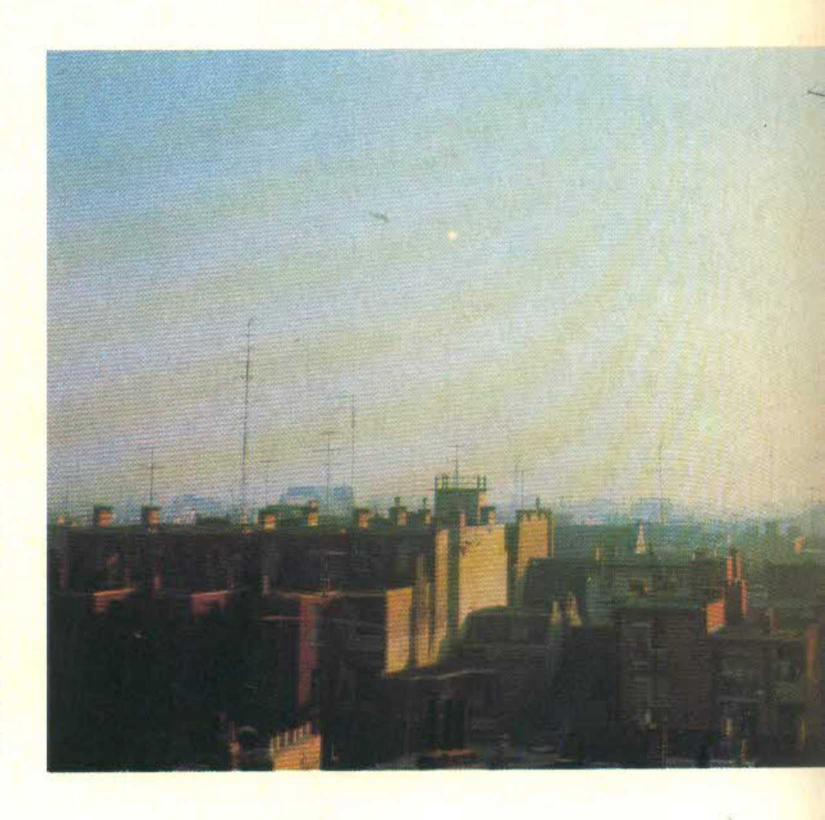
Esta afirmación puede, a primera vista, parecer extraña, puesto que cada una de las dos nociones está asentada sobre terrenos muy diferentes. En efecto, el término «crecimiento», aplicado a la economía, no es más que una palabra nueva para designar un fenómeno conocido desde hace tiempo: a saber, que la industrialización ocasiona un aumento global de las riquezas al mismo tiempo que una transformación progresiva de la vida de las sociedades. Pero, sin embargo, no deja de ser legítimo decir que el fenómeno del crecimiento ha atenuado progresivamente la escisión del cuerpo social. Efectivamente, poner el acento sobre el crecimiento es ponerlo sobre un cambio social progresivo y continuo más que sobre una serie de agitaciones violentas; es introducir la idea, contraria a la perspectiva marxista tradicional, de que una evolución permanente, lejos de conducir a una tensión cada vez más grande y por tanto a una revolución, puede conseguir los cambios sin aumentar las tensiones. De este modo se considera la sociedad bajo el ángulo del *cambio* y no ya bajo el del *conflicto.*

Esta evolución de perspectivas se expresa aquí en los términos que emplean en Occidente los teóricos que no pertenecen al campo marxista. Es interesante comprobar que las teorías soviéticas también reflejan esta evolución, aunque con otro lenguaje y en otro encuadre conceptual. Observamos así la afirmación de que al lado de los conflictos (llamados también contradicciones «antagonistas») existen contradicciones «no antagonistas», particularmente en la sociedad soviética. El interés de esta distinción radica en que, a diferencia de los conflictos, las contradicciones «no antagonistas» pueden resolverse gradualmente gracias al papel desempeñado por el Estado soviético. De esto a admitir que también el Estado capitalista puede tener un papel de árbitro y desarmar las contradicciones que, según Marx, debían llevarle a su ruina, hay sólo un paso. En todo caso, en esta perspectiva, la evolución de la sociología occidental, que insiste cada vez más en las *funciones* y no en los conflictos, es demasiado paralela a la de la teoría soviética para que pueda explicarse simplemente, como a veces se ha intentado hacerlo, por su carácter «reaccionario».

La consecuencia esencial del crecimiento es, sin duda, que provoca una elevación general del nivel de vida. Si bien en el momento de la primera revolución industrial cabía preguntarse si el progreso técnico en régimen capitalista no tendría por resultado colocar bajo la férula de unos cuantos privilegiados una masa enorme de esclavos miserables, de hecho la evolución se ha realizado en sentido inverso, esencialmente por dos razones. En primer lugar el progreso industrial, por su propia naturaleza, está más abocado a producir objetos de consumo en serie que a ponerse al servicio de unos cuantos. Por otra parte, el poder de los trabajadores organizados en sindicatos y partidos se ha hecho suficiente para tener un peso decisivo sobre el desarrollo de las sociedades industriales y el reparto de bienes.

Así, estas sociedades se han hecho cada vez más igualitarias. Esta evolución es sensible en el plano de los salarios, pero más todavía en el de los niveles de vida. Las diferencias de salarios pueden ser muy grandes y al mismo tiempo ser mínima la diferencia de los niveles de vida, siempre que bajen los precios de los objetos de consumo de masa. De hecho, en Occidente, los géneros de consumo de las diferentes clases se parecen cada vez más. Cuando vemos que en los Estados Unidos obreros y empresarios poseen casas, coches, refrigeradores y receptores de televisión, nos sentidos inclinados a pensar que las diferencias disminuyen,

...ilusión también de una sociedad que pretende haber sublimado el culto de la libertad y de la persona humana, mas en que todos, a la misma hora ante un aparato semejante, contemplan el mismo espectáculo...



aun cuando las casas, los coches o los refrigeradores no sean exactamente los mismos. Al igual que sucede en los hábitos de consumo, la igualdad se extiende progresivamente en todos los aspectos de la existencia.

En los Estados Unidos, único país que en realidad ha alcanzado la «era de la abundancia», el desarrollo del consumo de masas se ha traducido en una persecución de que es objeto el consumidor por parte de la publicidad, en una invitación al despilfarro de la que la Europa occidental está comenzando, a su vez, a sentir las consecuencias. Se trata de una de las disfunciones más características del capitalismo contemporáneo. No obstante, es probable que se exageren demasiado la importancia y el alcance de este fenómeno.

En todo caso, sólo cuando la URSS haya alcanzado un estadio superior de desarrollo económico será posible ver claramente hasta qué punto el fenómeno del despilfarro es propio del sistema capitalista o del progreso económico en general.

Mas la crítica del consumo de masas no se ha edificado solamente sobre una perspectiva hostil al régimen capitalista; también ha dado lugar a reproches contra la sociedad moderna en los cuales no deja de transparentarse la textura de los que hemos definido como «mitos de la masa».

Desestructuración y reestructuración

La destrucción de los grupos tradicionales por obra de la industrialización ha sido observada y descrita, desde el siglo XIX, bajo perspectivas muy diversas: la familia ampliada, el pueblo, la parroquia y también las diversas «sociedades» de la gran ciudad parecían perder poco a poco toda consistencia en beneficio de una masa indiferenciada o estructurada exclusivamente por grandes organizaciones de las que los individuos no son más que átomos. La fusión de una corriente romántica que insistía en el aislamiento del individuo con una corriente reaccionaria que encarecía las virtudes pasadas del «Antiguo régimen» dio origen a las primeras descripciones de la sociedad de masas. Son los temas que hoy vemos reaparecer cuando se denuncia el consumo de masas. Pero en este tiempo el mito ha cambiado de color: cultivado en Europa durante el siglo XIX por los estratos que echaban de menos el «Antiguo régimen» y veían en las masas un peligro revolucionario, se ha convertido hoy en día en el tema de los intelectuales liberales, sensibles siempre a lo que ellos juzgan como embrutecimiento de las masas por efecto de diversas consecuencias de la abundancia de la sociedad: exceso de lujos, publicidad, televisión, condicionamientos diversos.

¿En qué radica el carácter mitológico en esta descripción? Los argumentos en que se funda pueden ser rigurosamente exactos. La destrucción de los grupos tradicionales no es quizá tan rápida como se ha pretendido, pero prosigue sin embargo de forma incontestable. Está fuera de duda, por lo tanto, que asistimos al declive de todo tipo de valores — desde los valores religiosos hasta el compromiso político —, en los que los hombres encontraban motivos para vivir más válidos que la compra de un automóvil a crédito.

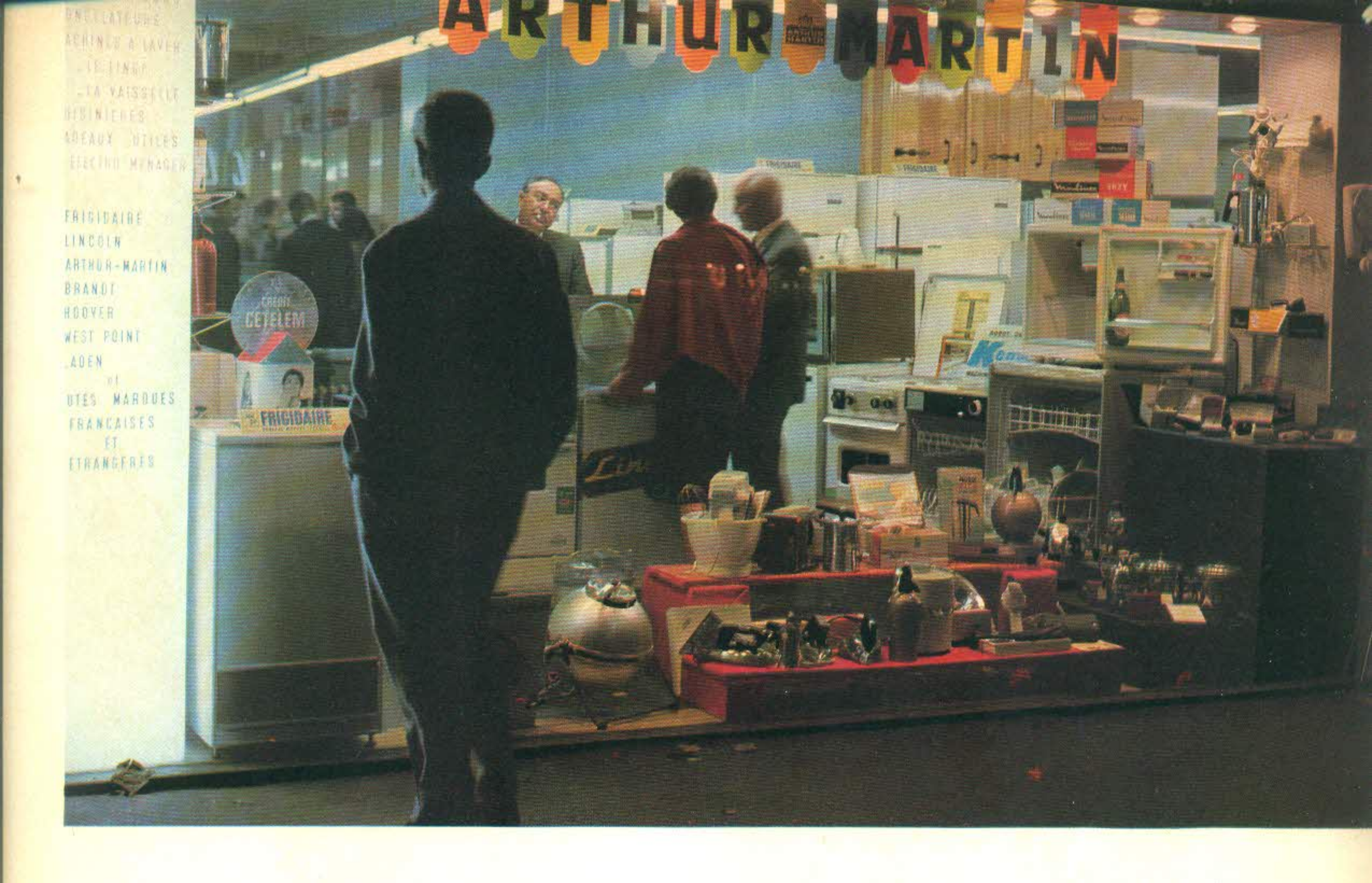
Mas una evolución tal no se realiza sin contrapartida. La historia de la sociología americana de los últimos treinta años es la del descubrimiento del *rol* decisivo que desempeñan en la sociedad de masas los pequeños grupos: grupos de obreros o amigos, familia, bandas de adolescentes, clases escolares, asociaciones de amas de casa, etc. Estos grupos son ciertamente menos estables y, en general, constituyen agrupaciones menos rígidas que los grupos tradicionales, pero no dejan de cumplir una función en ciertos aspectos análoga a la de éstos realizando la integración de los individuos que, la mayoría de las veces, actúan movidos por los sistemas de valores mantenidos por tales pequeños grupos. Es falsa, pues, la pretensión de que la sociedad de masas crea una masa indiferenciada de individuos amorfos.

En los Estados Unidos se ha registrado recientemente una modernización de estas teorías que no insisten ya en el aislamiento del individuo, sino en el conformismo a que se ve reducido bajo la presión de estos pequeños grupos. Volveremos sobre este nuevo aspecto cuando nos ocupemos de la situación de los individuos en la sociedad de masas.

Antes es preciso examinar otras consecuencias de los cambios provocados por el fenómeno del crecimiento. Una de estas consecuencias es que la evolución global de la sociedad de masas interesa a estratos cada vez más numerosos de la población. La racionalización y la organización modernas, limitadas al principio a un pequeño sector de la industria, se amplían sin cesar a nuevos sectores de la sociedad, incluidos aquéllos que se creían definitivamente al margen de la evolución técnica: la agricultura y las profesiones liberales e intelectuales.

La integración

Consideremos una sociedad de tipo tradicional como la Francia del siglo XVIII o la India de hoy día (aunque, en el caso de la India, el cuadro que vamos a intentar definir no sea del todo exacto debido a la vecindad y la influencia de las sociedades modernas). La inmensa mayoría de la población está formada por campesinos analfabetos que viven en un estado de miseria endémica; no tienen asegurada la subsistencia y no disponen más que de un número mínimo de objetos fabricados. Las decisiones del poder central no les atañen si no es en contadas ocasiones (impuestos, reclutamiento, guerra). Su contacto con la cultura de las ciudades es casi nulo o, si existe, es a través de intermediarios. Cada pueblo forma una especie de apartado al que los movimientos de la sociedad urbana sólo afectan superficialmente. En la sociedad no están integradas más que las pequeñas mino-



...ilusión asimismo de esta civilización mágica, imposible de imaginar hace solamente un siglo, en la que todo el mundo puede convertirse en jefe de un pelotón de esos maravillosos esclavos mecánicos que permiten conservar, batir, preparar o cocinar los alimentos, ventilar o limpiar la casa, dar la temperatura ideal a la habitación, lavar, secar y planchar la ropa; liberarse, en resumen, de la pesada servidumbre de la casa...

rías: la burguesía de las ciudades, la aristocracia de los terratenientes y sus directamente allegados.

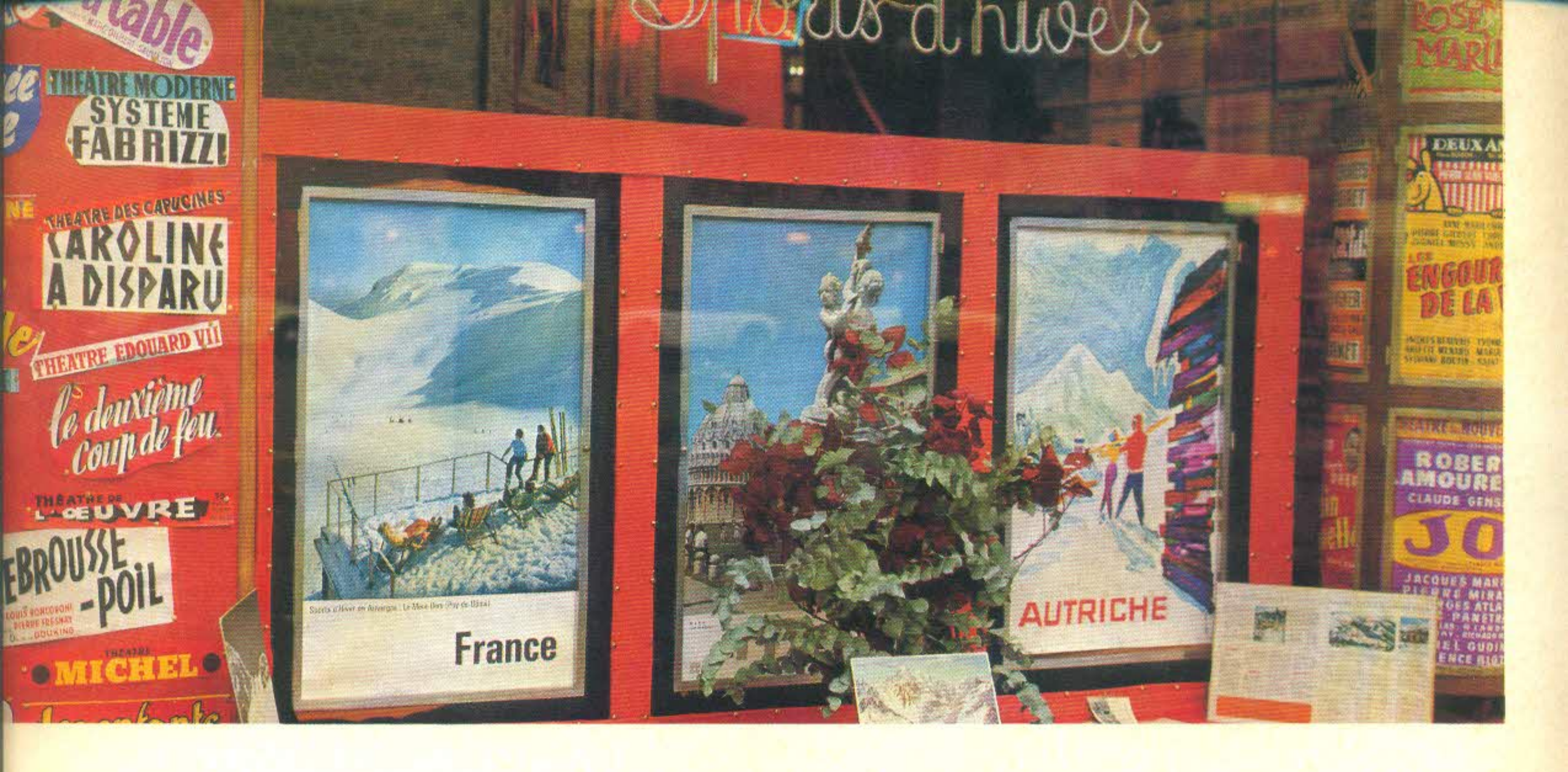
Por el contrario, en la sociedad moderna occidental la mayoría de la población vive en las ciudades, donde se ven esas inmensas multitudes que tanto hicieron pensar a Ortega y Gasset y que concretizan a nuestros ojos el término *sociedad de masas*. Las diferencias de nivel y género de vida, como ya hemos visto, se han atenuado. Las formas racionales de producción se han adaptado a casi todos los sectores. La administración ha extendido sus gestiones a aspectos de la vida social cada vez más numerosos y ha llegado hasta lo más recóndito del campo. Reformas tales como el sufragio universal, la enseñanza obligatoria, la seguridad social, las diversas garantías de empleo, la extensión de la legislación a nuevos dominios, etc., tienden a realizar una integración creciente de los individuos y los grupos. El individuo y el grupo dependen cada vez más de la sociedad en su conjunto, pero también la sociedad se hace cada vez más dependiente de ellos. Podría decirse que disminuye sin cesar la distancia entre el «centro» de la sociedad (los grupos que ostentan el poder y las minorías culturales generalmente concentradas en algunas grandes ciudades) y la «periferia» (los sectores menos afectados por la evolución). Los medios de comunicación de masas desempeñan aquí un papel nada despreciable al difundir por toda la población y con rapidez extrema cierto número de «modelos» elaborados por el «centro».

Así, la sociedad de masas es una sociedad dominada por las masas o, más bien, una sociedad en la que las masas tienden a participar plenamente.

Consenso y liberalización

La integración tiende a hacer de cada agrupación y, en última instancia, de cada individuo una pieza necesaria para el buen funcionamiento de la sociedad de masas. La ley de las mayorías, que neutraliza los efectos de esta situación, entra en juego a nivel de los individuos, pero no a nivel de las agrupaciones más importantes. Si una organización que disponga de una situación estratégica en la organización global de la sociedad decide entorpecer su funcionamiento, sus posibilidades de acción resultan muy considerables.

No hay que decir que el poder de cada grupo varía según su situación: el de los dirigentes de la banca es ciertamente



...ilusión una y otra vez ante las maravillosas imágenes de un mundo en el que casi todos pueden realizar las dos aspiraciones contradictorias que aguijoneaban a Tartarín de Tarascón: partir hacia la aventura, la nieve, el mar, el desierto, la selva, el sol, los países extranjeros, lo desconocido que siempre nos atrae, y quedarse cómodamente en casa, en el universo climatizado y acolchado lleno de palabras, música e imágenes...

mayor que el de los mineros, como el de los productores de trigo es, en Francia, mayor que el de los productores de legumbres. Intervienen toda clase de factores, entre ellos la importancia de la labor o el tecnicismo de la misma, pero el más importante es la situación dentro de las estructuras sociales. Muy a menudo la cohesión de un grupo no se pone en evidencia sino cuando se siente amenazado, pero entonces su poder (aunque sea tan sólo poder de perturbación) puede mostrarse suficientemente fuerte para conmover todo el cuerpo social. La sociedad de masas se encuentra relativamente desarmada cuando uno de estos grupos, al encontrarse en una situación de gran descontento, decide pasar a la acción directa para el mantenimiento de sus reivindicaciones. Se observa cada vez más que el poder del Estado parece insuficiente, y a veces incluso irrisorio, ante situaciones de este género y no se ve más solución a estos conflictos que la negociación.

Hace falta, no obstante, que esta negociación sea factible, como lo es prácticamente siempre que se trata de un descontento de naturaleza económica. Siempre es posible dar a los mineros, a los dirigentes de la siderurgia, a los médicos o a los productores de fruta cierto número de satisfacciones. La negociación se hace mucho más difícil cuando el descontento tiene un carácter global o difuso. Esta es la razón de que uno de los problemas más graves que pueden planteársele a la sociedad de masas sea el de las minorías étnicas o lingüísticas que, con razón o sin ella, sienten amenazado su derecho a existir dentro de la sociedad. Cierto que estos grupos no disponen, en general, de un *rol* estratégico dentro de la producción, pero, por ello mismo, están predispuestos a lanzarse a una acción violenta clandestina o pública que, como demuestra la experiencia, pone en serio peligro a la sociedad moderna.

¿Quiere esto decir que la sociedad de masas adolece de una fragilidad extrema? Es esta una tesis que se ha podido sostener con cierta apariencia de razón; en todo caso parece fuera de duda que aquélla no puede subsistir si no es en el marco de un consenso unánime. Cuando la sociedad de masas entra en un período de problemas graves, no puede salir de él más que por el restablecimiento del consenso. La existencia de una oposición organizada en las democracias occidentales no ha de considerarse como una excepción a esta unanimidad, sino, al contrario, como el medio que permite ejercerla. Si se juzga la oposición por sus actos, y no por sus declaraciones (aunque a veces coincidan), se ve que su verdadera función es la de canalizar el descontento dentro de los cuadros institucionales de la sociedad de masas, y no la de comprometer estos mismos cuadros.

De este modo, la sociedad de masas tiende a provocar o favorecer el consenso que necesita. Su movimiento la orienta hacia una liberalización progresiva. Este es, de hecho, el fenómeno que se observa cuando se consideran períodos suficientemente largos: las tendencias represivas del poder ceden su sitio a las negociaciones con los diferentes grupos y, a la vez, pierden progresivamente su virulencia.

Parece que los países del Este, con la URSS en cabeza, han adoptado otro método. Quieren, mediante una represión apropiada, evitar que puedan formarse grupos de oposición de alguna envergadura. De todas formas, hay ciertos hechos que indican que, en estos países, la sociedad de masas no di-

fiere sensiblemente del modelo que hemos descrito, si bien se desarrolla en un cuadro institucional distinto. A este respecto es de notar que, en los países del Este, se estimula la crítica en el plano local, lo que representa un mecanismo de integración diferente del que observamos en Occidente, pero paralelo a él. En segundo lugar, las formas más extremas de represión (como las utilizadas, por ejemplo, en los sucesos de Hungría) parecen ceder rápidamente el lugar a todo lo que puede ayudar a restablecer el consenso. En tercer lugar, el juego de las oposiciones puede ejercerse muy bien, como suele suceder generalmente, en el seno de un partido único, incluso cuando se presenta con unidad de fachada. En fin, subsisten en estos países numerosos aspectos de la vida social que no son consecuencia de socialismo o comunismo, sino simplemente de realidades anteriores a la sociedad de masas. Si ciertas ramas de la industria soviética se hallan entre las más modernas del mundo, la estructura de la población revela una agricultura que permanece todavía en una fase arcaica en relación con la de los países occidentales. En tal estructura es inconcebible una liberalización completa, puesto que la noción misma del consenso supone un desarrollo comparable de las diferentes partes de la sociedad.

Después de estos diversos ejemplos resulta fácil comprender que los mitos que hemos llamado de la *manipulación* puedan resurgir sin dificultad. En una sociedad en la que todos los grupos poseen un gran poder de presión es fácil suponer que alguno de ellos lo pueda todo, lo que, en cierto sentido, es verdad. Pero el punto débil de estas tesis radica en su multiplicidad. Si tantos grupos poseen la llave del poder material o espiritual, ¿no será que esta llave es múltiple? No se trata de negar que ciertos grupos (el partido comunista en la Unión Soviética, por ejemplo) pueden detentar un gran poder, pero en último análisis la tesis según la cual la historia está hecha por pequeñas minorías influyentes es tan parcial como la que sostiene que la hacen los reyes y los generales.

Es verdad que la evolución de las estructuras industriales se traduce en la constitución de grupos poderosos gracias a la concentración. Pero, precisamente por ello, estos grupos deben tomar sus decisiones tras una valoración objetiva de los hechos, que son completamente independientes de los intereses de su voluntad política, por ejemplo.

En todo caso, en el curso de la evolución general, los mitos de la manipulación van a contracorriente. Todo parece indicar que la sociedad de masas evoluciona hacia una mayor complicación de las redes de poder e influencia y no en sentido contrario, o sea, hacia una unificación de estas redes. Hemos visto ya que las propias estructuras de la sociedad de masas hacen que el poder esté cada vez menos concentrado en un grupo o en un estrato particular.

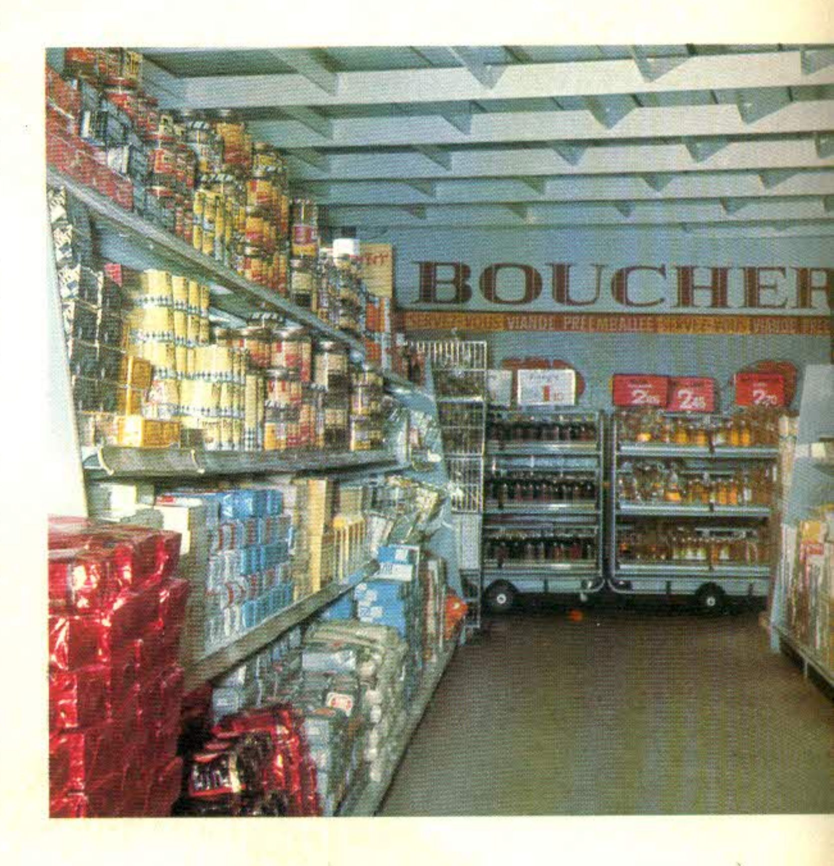
Ciertos sociólogos americanos, especialmente Paul Lazarsfeld, han demostrado que las influencias que rigen los actos de la vida cotidiana son múltiples y diversas. No son las mismas personas las que influyen sobre su ambiente cuando se trata de votar que cuando se trata de ir al cine, de vestirse o de hacer compras *(véase el cuadro V, pág. 218).*

La evolución de la sociedad de masas presenta todavía otro aspecto. Si bien es verdad que ciertos grupos ocupan mejor posición que otros en el plano del poder y de la influencia, también lo es que van perdiendo cada vez más su calidad de «minorías» opuestas a la «masa», ya que los lazos que los unen a la masa se refuerzan sin cesar, en tanto que las características que les distinguen de ella disminuyen constantemente. La «masa» desempeña un papel cada vez mayor, incluso en la conciencia de las minorías selectas, ya se trate de dirigentes de empresa, de altos funcionarios, de dirigentes sindicales o de obispos.

Cultura individual y democratización

Las minorías selectas se oponen tradicionalmente a la masa presentándose como un estrato formado por verdaderos individuos, por hombres que han cultivado su personalidad de una u otra forma. Pero esta distinción tiende a desaparecer en la sociedad de masas, no porque ésta impida que las

... ilusión, en fin, de esta «Affluent Society» de la que los Estados Unidos son el prototipo, pero a la que empieza a parecerse toda Europa y donde los supermercados dan la impresión de que la secular hambre de la humanidad ha sido vencida por el milagro de la abundancia.



minorías selectas se cultiven, sino porque eleva el nivel de la masa y lo acerca al de ellas.

El desarrollo de los individuos ha sido siempre un ideal oficial de la sociedad industrial, aunque en el siglo XIX no se haya practicado más que en un estrato restringido de la población. La necesidad del consenso ha acelerado la realización de este ideal. Cierto que puede escribirse «Libertad, Igualdad, Fraternidad» en las fachadas de los edificios oficiales y mantener a la vez a la mayor parte de la población en la ignorancia y la miseria. Esto implica, sin embargo, una represión constante, enérgica y eficaz. Si ésta disminuye, la única solución que les queda a los estratos sociales que detentan el poder es «arrojar lastre», en el sentido de empezar a poner en práctica las ideas oficiales. De hecho, la radicalización de los conflictos obreros durante los primeros años del siglo XX ha obligado a la burguesía a aceptar definitivamente (el caso es particularmente flagrante en los países escandinavos) una democratización progresiva de la sociedad industrial. Es esta democratización la que, a medida que afecta a nuevos aspectos de la vida social que van desde el nivel de vida a la cultura, lleva a hacer de la sociedad de masas una sociedad de individuos. Así, el siglo XX emprende en gran escala la realización de un programa elaborado desde el siglo XVIII que, por la fuerza de los acontecimientos, había quedado en letra muerta hasta nuestros días.

Por otra parte, la sociedad de masas tiene necesidad creciente de productores cualificados que sepan ordenar un fichero o hacer un cálculo y que sean, además, verdaderamente competentes en terrenos especializados. Pero la cultura no es solamente un medio de preparar a los individuos para que cumplan su trabajo; es también un elemento decisivo del consenso, como hemos de ver en el capítulo siguiente a propósito de la cultura de masas. Es un mismo movimiento el que lleva a la sociedad de masa a evolucionar hacia el desarrollo de los individuos y el de los lazos que los unen. Esta sociedad de individuos no es, ni mucho menos, una sociedad «individualista».

La importancia del individuo y de sus problemas en la sociedad de masas se hace manifiesta por la forma en que se usa, y abusa, de la psicología y sus derivados (psicoanálisis, relaciones humanas, tests, etc.). El abuso de términos psicológicos, como también del término «cultura», es significativo a este respecto.

La sociedad de masas se caracteriza, pues, por una promoción del individuo. ¿Cómo se explica, en estas condiciones, que florezcan en su seno tal abundancia de mitos que la representan como la obra maestra de una opresión refinada?



Sin embargo, lo que en el siglo XX ha conocido más intensamente no es la dulzura de vivir, sino, desde Guernica a Auschwitz, de Verdún a Hiroshima, esos cataclismos que cabe calificar de cósmicos (aunque hayan sido desencadenados por los propios hombres). Esto es lo que ha sabido expresar magníficamente Picasso, en cuya obra ha visto la sociedad moderna el símbolo de su propio desgarramiento. («El pudridero».)



La conciencia de la alienación

Nos encontramos ciertamente ante un fenómeno de retraso de la conciencia de la evolución. Es muy corriente que no adquiramos conciencia de una realidad hasta que deja de existir. En muchos aspectos, los mitos que se han extendido sobre la sociedad de masa serían más verdaderos o menos inadecuados, si se aplicaran a la sociedad del siglo XIX: la masa anónima, los pequeños grupos todopoderosos, la alienación, etc., son conceptos relacionados con la descripción muy realista que Marx hiciera, un siglo atrás, de la sociedad industrial.

Pero no basta hablar de retraso; hace falta explicarlo. Si tantos hombres de hoy día aplican a la sociedad moderna análisis que en ciertos aspectos están superados, es porque estos análisis les permiten explicar su propia situación de una forma satisfactoria, aunque no racionalmente, al menos desde el punto de vista psicológico.

La evolución que lleva a la sociedad de masas a afirmarse poco a poco se realiza al precio de choques y víctimas. Individuos, grupos y clases enteras se sienten perjudicados por esta evolución: obreros en paro «tecnológico», pequeños comerciantes arruinados por los supermercados, funcionarios que ven disminuir su prestigio y sus responsabilidades, etc. El descontento adquiere frecuentemente un carácter muy difuso. Tal es, en particular, el caso de las antiguas minorías selectas, que ven declinar poco a poco su posición a medida que ascienden las masas. En estos estratos perjudicados es donde se desarrollan primeramente los mitos.

Pero el desarrollo de la sociedad de masas no se limita a plantear problemas a ciertos estratos de la población, sino a todo el mundo. Efectivamente, en cada instante nos encontramos con la evolución de esta sociedad como con una necesidad exterior que trastorna inexorablemente nuestros hábitos, tradiciones y proyectos, destruye nuestros paisajes familiares y desplaza cuanto nos rodea. Constantemente, y a cada momento, experimentamos el vivo sentimiento de que no contamos para nada, de ser totalmente extraños, de estar completamente *alienados* ante esta evolución implacable.

El consenso, es decir, el hecho de que estas transformaciones inexorables sean aceptadas sin que haya otra posibilidad, aparece entonces como un conformismo insoportable, como la aceptación pasiva y resignada de lo inaceptable. Esto no impide que los que protestan más violentamente contra el conformismo sean ellos mismos unos conformistas, lo que permite a un tercero denunciar la protesta de éstos como una farsa. Así, finalmente, lo que se *realiza* es el consenso, pero lo que se *vive* es la experiencia del conformismo generalizado.

En términos generales, los mitos presentan una ventaja considerable respecto a los análisis que se esfuerzan en ser puramente racionales. Permiten expresar concretamente el sentimiento de la *nada* que tan intensamente experimenta el hombre de hoy día ante la enorme realidad de la sociedad de masas. Este sentimiento se expresa en forma de oposición entre lo que de concreto tiene lo humano y lo que de abstracto tiene la organización social, donde se nos revela una de las categorías fundamentales del pensamiento del hombre actual.

La sociedad de masas en la era planetaria

Empero, los problemas de la sociedad de masas no quedan del todo claros con la descripción de su evolución interna y de la forma en que son vividos. Uno de los problemas más graves que aquélla aún no ha resuelto es el de su universalidad, es decir, que no es propio de todas las sociedades del globo. Cierto que hoy día pueden encontrarse en todos los países del mundo algunos signos de los fenómenos que acabamos de describir y que se puede pensar que todas las sociedades del planeta evolucionan hacia la sociedad de masas, pero, en el supuesto de que así sea, la mayor parte de ellas no han alcanzado ni de lejos este estadio.

Es imposible dejar aquí sin plantear el problema de los regímenes políticos y de las estructuras sociales a ellos ligadas. No es que el régimen político tenga hoy día una importancia decisiva en el *interior* de la sociedad de masas. Podría decirse que el capitalismo americano y el comunismo soviético presentan uno y otro, en cuanto regímenes económico-políticos, caracteres arcaicos o regresivos en relación a lo que podría ser un régimen racional o funcional de la sociedad de masas: la propiedad privada de los instrumentos de producción por una parte, y el carácter autoritario de las decisiones por otra. Así, el problema no es «capitalismo o socialismo», sino más bien «cómo adaptar el capitalismo y el socialismo a la realidad de la sociedad de masas». Problema interesante, mas no dramático ni vivido como tal.

La elección de régimen político adquiere, por el contrario, un carácter decisivo para las sociedades *exteriores* a la sociedad de masas. Desde el momento en que el problema no consiste en organizar la abundancia, sino en organizar la escasez, es difícil no prestar gran interés al problema de saber *quién* será el racionado y *cómo* se le racionará. El problema «capitalismo o socialismo» es, pues, un problema actual del mundo exterior a la sociedad de masa, de aquellos países que, por referencia a esta sociedad industrial desarrollada, se han llamado *subdesarrollados*.

Este problema de las sociedades «exteriores» podrá adquirir evidentemente una importancia capital para las sociedades de masa porque suspende sobre ellas la amenaza de una guerra a la que no sobrevivirían. Su análisis se sale de los límites que nos hemos trazado aquí, pero no podemos dejar de mencionarlo como un proyecto tras el cual prosigue la evolución que hemos examinado y como un factor de perturbación de esta evolución que pudiera revelarse decisivo.

OLIVIER BURGELIN

la cultura de masas

Los sociólogos modernos suelen entender por cultura el conjunto de creencias, costumbres, comportamientos e instituciones de una sociedad. Esta definición, aceptable en general, precisa algún retoque cuando se habla de «cultura de masas», pues entonces no se trata de un conjunto de datos culturales, sino solamente de formas estéticas que presiden una serie de fenómenos propios de las sociedades industriales modernas. Sería ingenuo pretender que la cultura de masas sea el hecho capital de las sociedades modernas, el que, condicionando toda su evolución, nos da la razón última de dichas sociedades. Pero este es un hecho muy revelador. Revela, en primer lugar, la naturaleza propia de los fenómenos culturales, que no se desarrollan nunca en las direcciones deseadas, esperadas o planificadas por las minorías «ilustradas», sino en función de tendencias vivas y profundas de las sociedades. Revela también lo que son estas sociedades de las que la cultura de masa nos da una imagen, trastocada sin duda, pero fiel a su manera, puesto que nos permite comprender cuáles son los deseos, las necesidades y sobre todo las aspiraciones del hombre contemporáneo.

Uno de los rasgos más característicos de la sociedad de masas es la enorme cantidad de mensajes que en ella entran en juego. En las ciudades, en las carreteras, en el trabajo y hasta su propia casa, por todas partes y en cada momento, el hombre contemporáneo recibe mensajes que le llegan por los medios más diversos: conversación, llamadas telefónicas, notas escritas, carteles, señales, postes indicadores, periódicos, libros, películas, discos, radio o televisión.

No es que el hombre contemporáneo desee recibir siempre estos mensajes; muchos de ellos les son impuestos a sus sentidos en momentos en los que no puede dejar de recibirlos. Otros, por el contrario, los busca voluntariamente poniendo en marcha el receptor de radio, entrando en un cine o comprando un periódico o un libro. En el fondo, estos últimos mensajes son objetos de consumo de masas como otros muchos; objetos, no obstante, algo especiales, ya que muchas veces no poseen ningún substrato material durable. El periódico está hecho de tinta y papel, pero el cine, la radio y la televisión no distribuyen más que imágenes o sonidos pasajeros.

En términos generales, este universo de mensajes está estrechamente ligado al del consumo de masas. En efecto, éste se acompaña de una profusión de mensajes (procedimientos utilizados para llamar nuestra atención sobre los objetos de consumo) que van desde los envases vistosos hasta la publicidad de los carteles, las octavillas, la radio, el cine, la prensa o la televisión. Cuando esta publicidad no logra imponérsenos directamente, se insinúa por medio de los mensajes de la prensa, la radio o la televisión, para llegar así a nosotros. La publicidad contribuye, pues, a esta profusión de mensajes no sólo con los que ella difunde directamente, sino también con todos los que financia para introducirse a través de ellos. Esta es probablemente la razón de que la publicidad sea aún más intensa en los países occidentales que en la Unión Soviética.

Entendemos aquí por *cultura de masas* el conjunto de hechos ligados a la emisión y recepción de los mensajes extendidos en las sociedades modernas, pero no de todos sino sólo los de una categoría que es, sin duda, la más característica de estas sociedades.

La emisión de estos mensajes está *industrializada*. La radio, el cine, la gran prensa, la televisión, el disco, etc., son todos *medios de comunicación de masas* o, como dicen los anglosajones, *mass media* que constituyen industrias que revelan un estado muy avanzado del progreso técnico. La situación de estas industrias está ligada al régimen económico y político de cada país. En los Estados Unidos son empresas privadas; en otros muchos países el Estado dirige más o menos estrechamente la radio y la televisión y en la Unión

Soviética y las democracias populares gobierna directamente los medios de comunicación de masas. Obsérvese, sin embargo, que los modelos más vivos, de mayor difusión, más dinámicos y más populares de la cultura de masas han salido del sector privado: información en estilo directo, jazz, westerns, moda, grandes vedettes. Es el sector privado el que ha elaborado los estilos que se han impuesto poco a poco en el mundo entero, si bien con muchos matices y salvedades en los países del Este. A este respecto la industria cultural se sitúa directamente en la prolongación de la industria de gran consumo; las formas más típicas de la cultura de masas nacen del universo del beneficio.

La recepción de estos mensajes es un fenómeno de *masa*. Millones de hombres escuchan cada día las mismas informaciones en la misma cadena radiofónica, captan los mismos mensajes publicitarios, leen los mismos periódicos y van a ver las mismas películas. Subsisten, ciertamente, numerosas diferencias entre los mensajes que reciben los hombres, pero existe una tendencia progresivamente mayor a la uniformidad en el interior de cada sociedad y, en menor medida, en el mundo entero.

Los mensajes son en sí de naturaleza aparentemente muy diversa: informaciones políticas, acontecimientos diversos, noticias deportivas, canciones, anuncios y espectáculos variados. Esta impresión de diversidad se acentúa todavía más gracias al carácter extremadamente coloreado y al gran contraste de imágenes y sonidos con que los medios de comunicación de masas rodean nuestra existencia entera. Pero ello no debe ilusionarnos; bajo la diversidad de colores y sonidos aparecen esquemas extremadamente rígidos y repetitivos. Nada más *estandarizado* que los objetos culturales de consumo de masa. Es cierto que los periódicos nos ofrecen cada día nuevos hechos y traen a escena nuevos personajes y que el cine nos ofrece cada semana nuevas películas situadas en escenarios o en épocas distintos: en París o en el Far West, en Hong-Kong o en la Grecia antigua; pero se trata siempre esencialmente de las mismas historias contadas del mismo modo, con los mismos combates, las mismas hazañas, los mismos sentimientos, la misma acción y, desde luego, el mismo desenlace.

Emisión industrializada, recepción masiva, mensajes que varían sin salirse del cuadro de géneros estrictamente delimitados. He aquí las tres características del universo de mensajes que designaremos con la expresión de cultura de masas, sin pretender por ahora diferenciar los espectáculos de la publicidad, la ficción de la información: sin ocuparnos, en resumen, del carácter real o imaginario de los mensajes. Por otra parte, tampoco vayamos a creer que hemos encontrado una definición estricta y definitiva de una realidad cuyos límites, como veremos a continuación, son extremadamente variables.

Las coacciones y su función

Nos proponemos ahora intentar comprender cómo se sitúa la cultura de masa en la sociedad contemporánea. Es éste un problema que puede enfocarse de muchas maneras. La cultura de masa presenta una tal diversidad de aspectos y la sociedad de masas constituye una realidad tan compleja, que es justo que nos preguntemos cuáles son los aspectos de estas dos realidades que hemos de intentar ligar entre sí para penetrar con mayor profundidad en la comprensión de una y otra.

Por tanto, vamos a sentar una hipótesis que, *a priori*, todo permite creer que está justificada. Hemos definido la cultura de masas por un cierto número de elementos repetitivos y estandarizados no tan sólo a nivel del contenido de los mensajes, sino también al de su emisión y al de su recepción. Admitamos que estos elementos repetitivos no se deben al azar, sino que, por el contrario, la repetición y la estandarización son testimonio de la presión constante que la sociedad ejerce, de una u otra forma, sobre el universo de los mensajes. En otros términos, veamos de comprender cuáles son las *normas* de *estandarización*, las *coacciones* que pesan constantemente sobre la cultura de masas, y a qué son debidas.

A través de estas diversas coacciones y de la presión que ejercen sobre la cultura de masas intentaremos comprender cómo los hombres de hoy viven con ella y la utilizan. Dicho de otra forma, intentaremos comprender las *funciones* sociales que cumple, sin olvidar que estas funciones no son siempre obligadamente positivas para todo el mundo y desde todos los puntos de vista. La investigación de las funciones es, en efecto, inseparable de la de las *disfunciones*. Para mostrar las más importantes de estas funciones o disfunciones pondremos en relación la cultura de masas con diferentes categorías o diferentes grupos sociales: aquéllos a los que se

NOTA GENERAL SOBRE EL TÍTULO Y CONTENIDO DE ESTE CAPÍTULO. — *Se observará constantemente a lo largo de estas páginas la utilización del término «cultura» en un sentido sin duda insólito para algunos lectores. Los sociólogos contemporáneos entienden por cultura todo aquello que es difundido a través de los medios de comunicación. Lévi-Strauss habla incluso de una cultura yé-yé: «Cuanto más se desarrollan los medios de comunicación, más ofrecen a las subculturas la posibilidad de asentarse con excesiva rapidez en el seno de la cultura general. Lo que yo llamaría "el pluralismo cultural interior" es, a mi entender, un fenómeno estructural de nuestra sociedad. No nos encontramos ante un fenómeno patológico, pero debemos habituarnos a vivir en una sociedad de dimensiones muy grandes, en el interior de la cual hay modelos culturales totalmente heterogéneos, que no dejan por ello de ser fenómenos culturales. No hay gente sin cultura: la "tele" es una cultura, el mundo "yé-yé" es una cultura...» (entrevista concedida por C. Lévi-Strauss al diario 21/27, núm. 4, de la UNEF).*

dirige más o menos explícitamente y aquéllos cuya existencia o intereses vitales se definen por relación a ella. En el curso de esta tarea nos beneficiaremos frecuentemente de los innumerables estudios americanos realizados en este terreno y tal vez todavía más del libro de Edgar Morin, *L'Esprit du temps, essai sur la culture de masse* (Grasset, 1962), que realiza una síntesis y da a la vez una interpretación original.

It's you

¿A quién se dirige la cultura de masas? Vamos a ver que hay distintas formas de responder a esta pregunta y que las respuestas podrían ser de gran utilidad para precisar lo que entendemos por *masa* o por *sociedad de masas*. Si, para empezar, examinamos los propios mensajes, nos encontraremos tal vez con un término que nos recuerda el de masa; nos referimos a la palabra *millones*. Este diario o aquella cadena radiofónica hablan de sus millones de lectores u oyentes. Mas tal forma de referirse al público no es, sin embargo, la más común. A la pregunta: «¿A quién se dirige usted?», la cultura de masas no cesa de responder: «A usted».

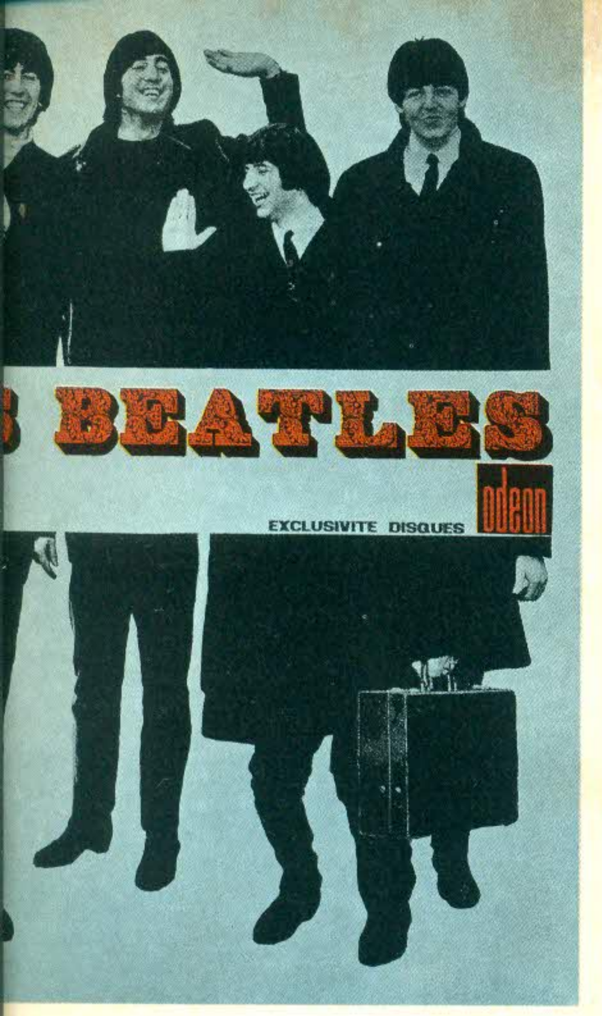
El actor y el pianista actúan para la sala y el orador político habla a su auditorio; en uno y otro caso se trata de grupos inconsistentes que se disgregarán en seguida, pero en los que, no obstante, siempre es perceptible la presencia colectiva. Los medios de comunicación de masas se dirigen, por el contrario, al individuo aislado o, en ciertos casos, a un grupo muy reducido (familia, grupo de amigos), pues su forma de penetración en la vida cotidiana del individuo es suficientemente flexible y ramificada para eso. El periódico y el transistor siguen al individuo por todas partes; la televisión y la radio se instalan en su propio hogar. Sólo el cine precisa de un público numeroso, pero la presencia extremadamente concreta de la imagen y el aislamiento del espectador en la oscuridad tienden a limitar o destruir el carácter colectivo del espectáculo. A pesar de ello, en ningún caso la presencia del grupo influye de forma directa e inmediata sobre quien emite los mensajes, por lo que éste puede, sin grandes obstáculos, dirigirse directamente al ojo o al oído de cada espectador. Esto explica sin duda el hecho de que, desde su aparición, los medios de comunicación de masas no hayan cesado de evolucionar hacia una personalización cada vez mayor.

Esta personalización se expresa en primer lugar por la manera de dirigir el mensaje. La cultura de masas en general y la publicidad en particular utilizan sin cesar la segunda persona: *manténgase joven, cuide su belleza, he aquí lo que necesita,* etc. Voz insistente y discreta que, como la de una

Tu lis les prospectus les catalogues les affiches qui chantent tout haut
Voilà la poésie ce matin et pour la prose il y a les journaux
Il y a les livraisons à vingt-cinq centimes pleines d'aventures policières
Portraits des grands hommes et mille titres divers...

Guillaume Apollinaire







De Inglaterra, tan adulta y burguesa, han surgido, ante la estupefacción general, las cabezas hilarantes y melenudas de los Beatles, símbolo irrespetuoso de esa ola adolescente y proletaria que rompe en el seno de la cultura de masas del mundo occidental. (Foto de la derecha, en Liverpool durante una actuación de los Beatles, de David Steen, Camera Press Ltd, Londres; la de la izquierda es la cubierta de un disco Odeón).

madre atenta y previsora, aunque tal vez algo abusiva, nos persigue sin descanso abrumándonos con sus consejos dulcemente imperiosos.

Además, en cuanto le es posible, la cultura de masas se presenta como un diálogo libre con sus consumidores: *dedicamos este disco a la señora tal, el señor cual nos escribe, hoy tenemos ante nuestro micrófono a la señorita tal, hemos recogido la opinión de la portera señora cual, envíenos su fotografía, escríbanos, telefonéenos.*

Lo trivial y lo extraordinario

Pero la cultura de masas no se contenta con hablar a los individuos; quiere que éstos la entiendan y la deseen, y para lograrlo les habla en su lenguaje, les canta canciones y les muestra las imágenes que más les pueden interesar. De este modo, se adapta por completo a los gustos del gran público ya se trate de espectáculos o de informaciones, de noticias políticas o de hechos diversos, de películas o de seriales radiofónicos.

Esta personalización de los contenidos puede orientarse en dos direcciones muy distintas. Consideremos, a título de ejemplo, la forma en que la gran prensa francesa ha tratado el asesinato del presidente Kennedy. Entre los numerosos artículos o reportajes fotográficos dedicados a este suceso sobresalen dos temas principales: el dolor de Jackie y el crimen misterioso.

El tema dominante ha sido el dolor de Jackie. Innumerables artículos nos han recordado la existencia apacible de la familia Kennedy; existencia al parecer similar a la de todas las familias unidas y dichosas, hasta que el padre de familia llegó a la presidencia de los Estados Unidos. Innumerables fotografías de John Kennedy con su esposa o entre sus hijos y en la intimidad de su hogar (intimidad que desbordaba a veces a las funciones oficiales cuando los hijos de Kennedy irrumpían en el despacho presidencial) nos muestran lo que esta existencia hubiera podido tener de dichoso y trivial a la vez. Pero un día esta familia simpática se ve sorprendida por la tragedia y, de un golpe, el personaje de Jackie, la viuda traspasada por el dolor, encarnación viviente de un tema eterno, se convierte en el personaje central, hacia el cual se vuelven los focos de los proyectores y al que

se dedican las primeras páginas de los periódicos de mayor tirada.

Así, la cultura de masas parece haber escogido el aspecto más inmediatamente humano, el que convierte el suceso en símbolo de lo más universal de la condición humana: el dolor de perder un ser querido.

Mas, al propio tiempo, insiste sobre otro aspecto del acontecimiento: el misterio que envuelve el crimen cometido. Misterio extremadamente evocador: poderes maléficos que rondan en la sombra y acechan para inmolar al inocente, al hombre que vive tranquilamente y que un día ve destruida su felicidad; poderes secretos que hacen vano todo intento de personificarlos, cuyas raíces penetran en las mitologías más lejanas y en el universo de nuestros sueños, de nuestros deseos más ocultos y más profundamente rechazados.

De este modo el crimen misterioso se relaciona con lo humano y también con lo universal, pero a un nivel más profundo y a la vez más oculto. Nada más ausente de nuestra vida cotidiana que el crimen y el misterio y, por lo tanto, nada más común que la atracción que ejercen sobre nosotros.

Los sueños del hombre contemporáneo

La cultura de masas posee, pues, un doble aspecto. Por un lado nos habla de lo que para nosotros es lo más trivial y cotidiano, adornándolo tal vez con el prestigio del poder, del dinero o del lujo. Nos habla hasta la saciedad de personajes, de reyes y de reinas, de *vedettes,* pero buscando en ellos lo humano, es decir, lo que hay de más inmediatamente común a todos los hombres. Nada menos épico que la historia de la familia real de Inglaterra, tal como nos la cuenta día a día la gran prensa: no es más que la historia de una familia parecida a millones de otras, con sus problemas, sus amores, sus sentimientos, su vida cotidiana. Pero los componentes de esta familia tienen al propio tiempo sangre real, y esta circunstancia reviste su mediocridad cotidiana de una cierta grandeza. La publicidad se mantiene igualmente en esta doble posición cuando nos presenta decoraciones de interiores modernas y cómodas, muy superiores a las que poseen la mayor parte de los receptores de publicidad, pero que mantienen siempre un carácter suficientemente trivial y ordinario para dejar abierto un acceso a lo inaccesible.

Pero, al propio tiempo, la cultura de masas también recurre a lo que hay de menos trivial y cotidiano: las grandes hazañas, el heroísmo, la aventura, los bajos fondos, el crimen, lo exótico, las civilizaciones lejanas o desaparecidas e incluso las que están por venir. Universo de cuentos de hadas y de leyendas heroicas que se superpone a lo cotidiano sin confundirse con él. Aún aquí, la cultura de masas se dirige a cada cual en los términos más apropiados para llegar a él individualmente, pero se dirige a lo más profundo de cada individuo y adopta por ello el tono de los viejos cuentos populares, de los que por otra parte copia frecuentemente los temas (desde el tema del vampiro hasta el del rey que se casa con una pastora). La cultura de masas redescubre así los viejos sueños de la humanidad a los que tal vez confiere una nueva savia.

Llamaremos *identificativos* a los temas que insisten en los aspectos más ordinarios de las realidades evocadas, aunque estas realidades pertenezcan a un orden de cosas no comunes a la vida cotidiana del individuo medio. En cambio, llamaremos *proyectivos* a los temas que ponen en primer plano lo extraordinario.

Más adelante consideraremos otros aspectos de esta oposición, pero apresurémonos a decir que no es radical. Tanto en un caso como en otro, nos encontramos en principio con modalidades de lo *imaginario.* Por otra parte, un mismo tema puede ser tratado de dos maneras diferentes: así, por ejemplo, los temas de la riqueza, el poder y el amor. Puede ocurrir, en fin, que sea recibido de formas diferentes por públicos distintos: Brigitte Bardot puede alimentar los sueños de erotismo masculinos y servir de modelo a las mujeres que se reconozcan en ella. Esta ambivalencia es una de las razones del *rol* dominante de las *vedettes* en la cultura de masas. Obsérvese, no obstante, la notable evolución que se ha registrado desde la época de la *vamp* a la de Françoise Hardy: las grandes *vedettes* cada vez son menos mujeres fatales, menos misteriosas y más como las otras, que no dudan en mostrar la trivialidad de su vida cotidiana. Mujeres, en resumen, que pasan progresivamente de la zona de la proyección a la de la identificación.

Fantôme de ta nudité
Fantôme enfant de ta simplicité
Dompteur puéril sommeil charnel
De libertés imaginaires...
Paul Eluard

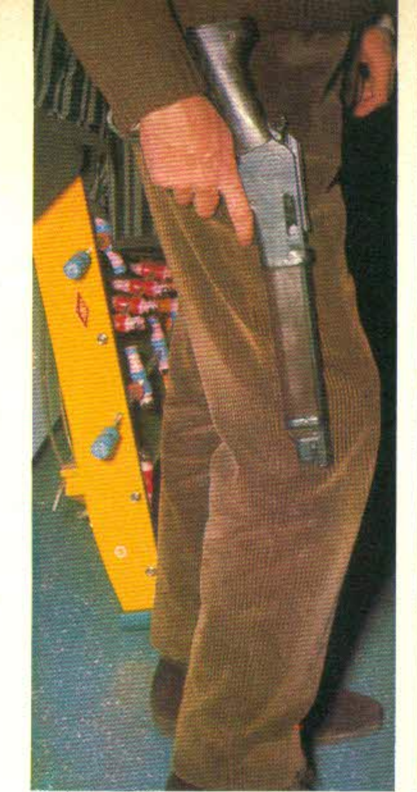
(Marilyn Monroe, foto Holmes-Lebel)

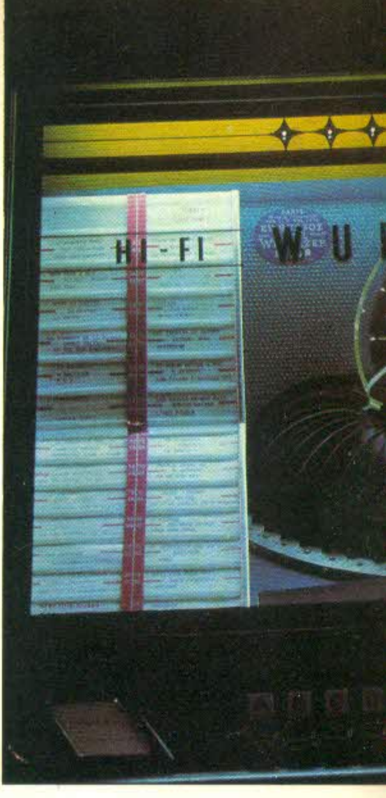


El empleo de estos términos implica, ante todo, una interpretación psicológica. La *identificación* es el proceso mediante el cual un individuo copia al otro y vive su vida como si fuera la suya propia; la *proyección* es el proceso por el que uno descarga sobre el otro sus impulsos. En todas las ocasiones esta fuerza o tendencia a la que hemos llamado de modo muy vago personalización, nos lleva a una psicología profunda. Como todas las culturas, la cultura de masa está profundamente enraizada en el alma del hombre que la consume y es en ella donde hay que buscar la clave de los hechos.

El increíble consumo que el hombre contemporáneo hace de los temas de la cultura de masas está en profunda relación con su propia existencia: existencia despersonalizada, aislada en medio de la multitud, existencia anónima en las residencias, en los transportes y en el trabajo; existencia en la que las relaciones humanas (de las que el amor puede ser el símbolo) se sienten como una necesidad; existencia en fin muy civilizada y sujeta a formas convencionales de relación que prohiben, por ejemplo, la violencia (esa violencia que, por otra parte, continúa existiendo en estado latente en cada uno de nosotros). La literatura y las ciencias humanas se han ocupado miles de veces en describir esa existencia que, para nosotros, es además una experiencia cotidiana. Mas entiéndase bien que para atribuir justamente unas determinadas funciones a tal o cual elemento de la cultura de masa es preciso analizar muy atentamente el elemento considerado y las condiciones sociales con las que se intenta ponerlo en relación. De ahí el interés que tiene una *historia* de los temas de la cultura de masas, que ha sido quizá esbozada, particularmente por el cine, pero casi siempre en una perspectiva demasiado estrechamente política. Todo hace pensar, efectivamente, que la aparición y evolución de estos temas están íntimamente ligadas a la vida de las sociedades contemporáneas. La historia de estos temas ha de verse ayudada por la *sociología* y el *psicoanálisis* que, a niveles diferentes, muestren cómo son realmente vividos.

Una investigación así es siempre más fecunda que la crítica, mil veces intentada, de la cultura de masas. A las dos clases de temas a que nos hemos referido corresponden dos tipos de acusaciones. Si se trata de temas identificativos, se insistirá en la mediocridad de aspiraciones, en el culto a la vida fácil y la trivialidad; si son temas proyectivos, se hablará con espanto de la violencia y el erotismo. El fondo ideológico de tales críticas es evidente y en seguida hemos de ver que es incluso posible relacionarlas con actitudes clasistas. Están justificadas, desde luego, en la medida en que se apoyan en características reales de la cultura de masas, pero carecen de toda comprensión puesto que se limitan a la denuncia sin intentar comprender la función. No puede decirse, por ejemplo, que las escenas de violencia, incesantemente repetidas en el cine y la televisión, tengan una influencia nefasta sobre los espectadores, incluso los más jóvenes. Es de temer que una sociedad que censurara con excesiva dureza la representación imaginaria de la violencia correría el riesgo de asistir a un desencadenamiento de actos reales de violencia.





Una carabina, una canción, una mujer, una guitarra... El secreto de lo placentero es ante todo la simplicidad: la caza, la lucha y el amor; el juego, el sueño y la música... El gatillo que basta apretar para dar

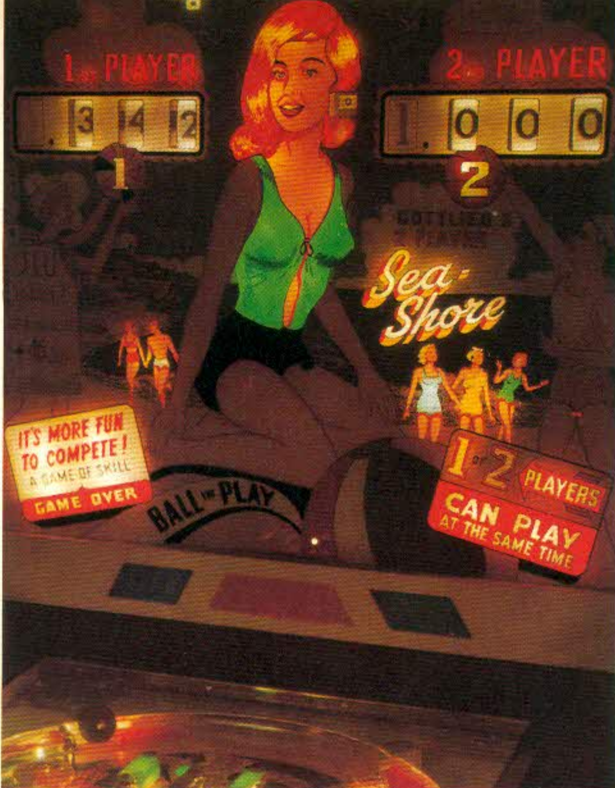
Esta solidaridad profunda entre los temas de la cultura de masas y el hombre contemporáneo nos permite comprender por qué el régimen capitalista es particularmente apropiado para la eclosión y desarrollo de las formas más vivas de la cultura de masa. El capitalismo obedece, en efecto, a sus propias fuerzas coercitivas, una de las cuales consiste en que su producción debe mantenerse tan cerca como sea posible de los deseos (aunque sean inconscientes) del público. En ninguna parte se hace tan patente esta tendencia como en la industria cultural.

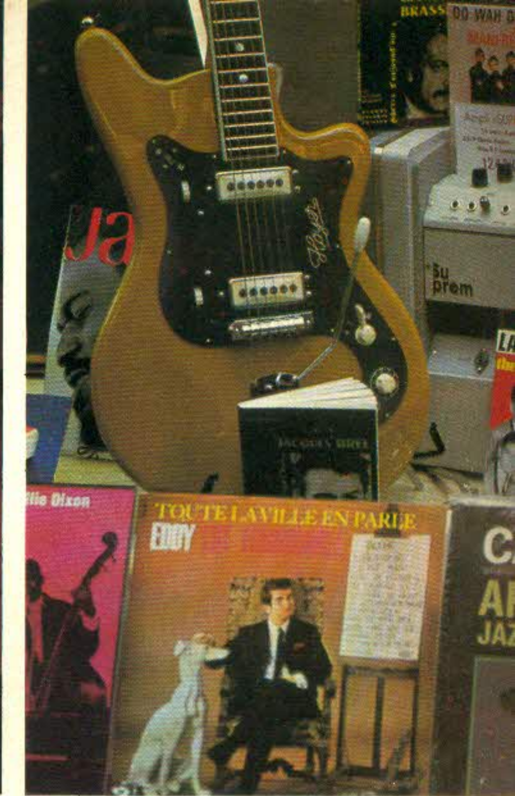
Edad y sexo

La cultura de masas no puede considerar al hombre contemporáneo, si quiere dirigirse eficazmente a él, como una realidad indiferenciada, sino que tiene que tener en cuenta determinantes tales como la edad y el sexo. Consideraremos especialmente a los niños, los adolescentes y las mujeres, que forman los públicos más típicos de la cultura de masa.

Los niños constituyen el grupo mejor delimitado entre dichos públicos. Si nos fijamos en las revistas ilustradas que se publican para ellos (*Tintin, Spirou, Journal de Mickey,* etcétera), nos percatamos de que el suyo es un universo cerrado y uno de los más extraordinarios de la cultura de masas. En él hallamos la imagen más perfecta de lo que hemos llamado proyección: se trata únicamente de tiros y golpes, actos de astucia o de valentía y aventuras increíbles a un ritmo endiablado. Los adultos son frecuentemente derrota-







al otro la muerte y a sí mismo el poder absoluto; el botón de la máquina que, con una simple presión, proporciona la evasión, la tristeza o la alegría; la imagen que se ilumina y que, por su propia vulgaridad, evoca lo infinito del deseo... Temas cuyas raíces antropológicas son demasiado fuertes, demasiado profundas, demasiado evidentes para albergar la esperanza de poder cambiarlas; en cierto modo la cultura de masas es eterna.

dos, en tanto que los niños, inteligentes y simpáticos, triunfan de todos los obstáculos, como el ilustre Tintin que encarna a la vez el buen sentido y la honestidad en un mundo de adultos corrompidos y grotescos.

La adolescencia, o la juventud, es uno de los grandes descubrimientos (y quizá una de las grandes invenciones) de los tiempos modernos, al que la cultura de masas proporciona con éxito indiscutible abundantes mitos, modelos y formas de ser, de sentir y de pensar. También son los adolescentes quienes, recíprocamente, forman el público por excelencia de los medios de comunicación de masas; son sus aspiraciones y sus problemas los que encarnan las figuras que ascienden fulminantemente: James Dean, Marlon Brando, Brigitte Bardot, etc. Son ellos quienes aseguran el éxito o el fracaso de una película; y si el universo cinematográfico posee ese carácter simultáneamente sentimental y brutal, heroico y cómico, que le es propio, es porque se dirige primordialmente a ellos.

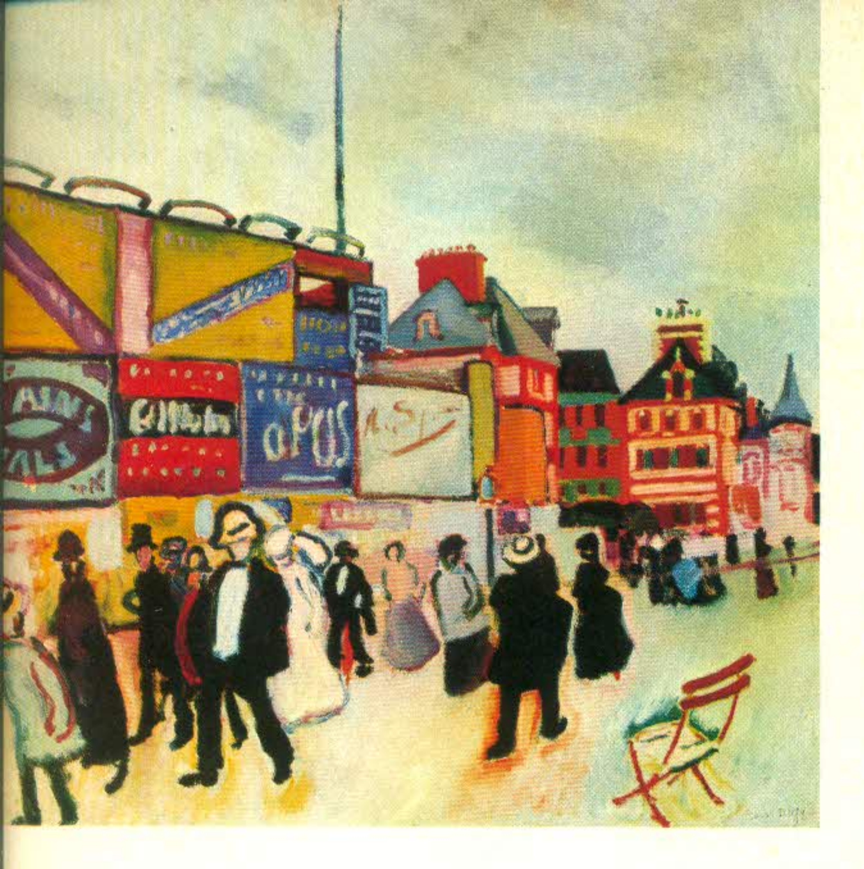
El peso de la adolescencia se hace sentir sobre todo en la cultura de masas, tanto cuando ésta se dirige a un público adulto, como la prensa diaria, o a un público familiar (es decir, no adolescente) como la televisión. En los dos casos vemos que la cultura de masas, al mismo tiempo que procura satisfacer los gustos propios de su público en cuanto a política, acontecimientos y variedades, dedica un gran espacio a los temas de la adolescencia, por ejemplo, a los «ídolos de la juventud». Posiblemente se deba esto a que todo lo característico de la adolescencia ejerce hoy día una especie de fascinación sobre las demás personas, ya sea porque quieren imitarla o simplemente comprenderla.

Las mujeres, en cuanto grupo social, son también en ciertos aspectos una invención de los tiempos modernos que se deja sentir sensiblemente en la cultura de masas. La razón es sin duda que las mujeres, lo mismo que los adolescentes, ejercen una influencia que no es posible medir tan sólo estadísticamente por su consumo cultural, por considerable que éste sea. Si los hombres son los mejores clientes de la prensa diaria, son las mujeres las que predominan entre los oyentes de la radio, los telespectadores y, sobre todo, los lectores de revistas.

Tienen, en efecto, más tiempo libre que los hombres; sus ocupaciones hogareñas son más compatibles con los programas de radio o televisión que las profesiones masculinas; mantienen un contacto menor con el mundo y son susceptibles a sentir un mayor deseo de compensación que los medios de comunicación de masa se esfuerzan en complacer. Es, pues, a ellas a quienes se dirige en particular la publicidad y, por consiguiente, aquellos medios de comunicación de masa que viven de la misma. Los temas de la comodidad doméstica, el amor y la felicidad conyugal, la moda, los productos de belleza, etc., son evidentemente los más característicos de la cultura de masas femenina.

Las clases sociales

Las diferencias de edad y sexo no son las únicas. El sociólogo americano Paul Lazarsfeld acostumbra decir que los especialistas de las comunicaciones de masas son los más «marxistas» de todos los sociólogos, con lo que quiere decir que



El universo abigarrado de la cultura de masas ha inspirado a los pintores. Unos, sensibles a la alegría de los colores, como Dufy, lo pintan resplandeciente. Otros muchos, intelectuales y moralistas como Rauschenberg y el Pop Art americano de los años sesenta, lo enarbolan, reproducido minuciosamente, o, al contrario, desmenuzado y atormentado, como testimonio contra la sociedad moderna. (Arriba: Dufy, «Anuncios en Deauville»; en la página siguiente: Rauschenberg, «Canyon».)

es en este terreno en el que se hace más tangible la división de clases. En realidad, Lazarsfeld, como la mayor parte de los sociólogos americanos contemporáneos, considera como clases sociales las categorías profesionales que coinciden más o menos con los niveles de educación, lo cual no corresponde a la concepción marxista. Sin embargo, siempre se pueden descubrir diferencias extremadamente claras en cuanto a la manera en que estas categorías reciben la cultura de masas. En los Estados Unidos, por ejemplo, existe un estrato social muy desfavorecido, aunque poco extenso, para el cual la televisión, por razones económicas y quizá también étnicas (la televisión es blanca y el estrato en cuestión suele ser negro o portorriqueño) está casi vedada. Dejando aparte este estrato minoritario, puede decirse en general que los norteamericanos son tanto más aficionados a la televisión cuanto menos instruidos están y menor es su nivel profesional.

La explicación es sencilla: en su búsqueda del mayor público posible, la televisión ha procurado complacer el gusto del estrato más numeroso, que en los Estados Unidos no es el menos favorecido, sino el formado por obreros y pequeños empleados. No es extraño, pues, que los intelectuales americanos constituyan el estrato más opuesto a la televisión. Esta oposición es, en cierto modo, el precio que la televisión americana ha de pagar para conquistar un público más numeroso. Del mismo modo, su búsqueda de un público familiar la aleja, hasta cierto punto, del público antifamiliar: los adolescentes. *(Véase el cuadro VI, pág. 219.)*

Desde el punto de vista de los temas, la división entre temas proyectivos e identificativos parece encontrar una cierta resonancia de clase.

Encontramos en la cultura de masas una zona netamente popular, como puede comprobarse ya sea por un estudio socio-profesional de su público, ya sea atendiendo simplemente al carácter de la publicidad que la acompaña, publicidad que no da importancia más que a los artículos más populares de consumo (detergentes, alimentos, etc.). Dominan los temas fantásticos, los acontecimientos: el héroe que supera todas las pruebas y dificultades, el príncipe que se casa con una pastora; lo extraordinario, en fin, bajo todas sus formas. En cambio, son pocos los temas de una cultura elevada. La riqueza y el poder se presentan revestidos de los atributos de lo maravilloso y lo inaccesible, o, por el contrario, del vicio y el aburrimiento. Se encuentran, codo a codo, la comicidad grosera y la seriedad extrema.

Tenemos, además, una zona de aspecto claramente más burgués, caracterizada por una publicidad más evolucionada, que presenta objetos de lujo y semilujo al propio tiempo que los objetos de consumo de masa. Esta publicidad hace mucho mayor uso de los consejos, las recetas y las modas, a menudo con un tono alegre, jocoso, irónico, hasta cínico. La vida de las estrellas, de los personajes mundanos, de los reyes y las reinas, de la alta sociedad de la alta costura son los temas preferidos. Es una zona claramente dirigida a la posición elevada, o sea, una zona en la que domina la identificación. En ella se engrandecen los valores sociales, presentándolos al mismo tiempo como accesibles, como formando parte de un universo que, lejos de ser prodigioso, tiene numerosos rasgos comunes con el del lector o el espectador.

Dentro de cada zona se encuentran también señales de otras diferenciaciones. En la zona popular, por ejemplo, la prensa romántica, sentimental y novelesca constituye un sector puramente femenino, en el que están proscritas la ironía, la sofisticación y lo atrevido. Las estrellas del cine y el teatro no importan mucho y la moda y la alta costura están ausentes. Ofrece a la vez un contraste completo con la prensa femenina «burguesa», sutil y sofisticada, y con el universo cinematográfico que, aunque también es popular, es premeditadamente erótico y violento porque se dirige a un público joven, mitad masculino y mitad femenino.

La existencia de estas dos zonas o polos (existen además toda suerte de zonas intermedias o casos-límite) plantea problemas de interpretación. Hemos reconocido, por ejemplo, un predominio de temas proyectivos tanto en la cultura infantil como en la popular. ¿Cuál es, pues, la relación entre una y otra? Si es cierto que los temas de la cultura de masas han de encontrar su público en la realidad social, hace falta también que exista un mínimo de coherencia entre los diversos públicos de un mismo tema o conjunto de temas.

Sin duda sería preciso en este momento confrontar una interpretación de tipo marxista, que describiría esta cultura proyectiva como la cultura de una clase oprimida o perjudicada, y otra de tipo psicoanalítico que la describiría como una cultura *edípica* de «niños» en estado de rebelión latente contra el «padre». La otra cultura, la cultura de la identificación, podría entonces ser descrita como una forma burguesa o «participante» de la cultura de masa, o sea, en términos psicoanalíticos, como una cultura en la que la situación edípica tiende a perder fuerza al renunciar los hijos a la rebelión contra los padres a cambio de diversas ventajas reales o ilusorias. Situación anunciada ya, y tal vez denunciada, en la tragedia de Hamlet.

Dentro de esta hipótesis la zona proyectiva estaría en la línea de todas las culturas populares tradicionales, las que nos han legado los cuentos de hadas y las leyendas heroicas. Por el contrario, la zona identificativa sería un producto típico de los tiempos modernos, que habría que poner en relación con el desarrollo de este nuevo estrato de empleados y mandos que, contrariamente a las esperanzas de Marx, no tiene su mirada puesta en el proletariado obrero, sino en el estrato superior de la sociedad, al que envidia y del que quiere imitar la cultura, las maneras, el estilo de vida y el comportamiento (incluido el comportamiento político), a falta de poder compartir realmente su tren de vida.

Público y públicos

Encontramos así en el seno de la cultura de masas una gran línea de escisión de las sociedades modernas. ¿No existe una cierta contradicción entre esta comprobación y el concepto mismo de una cultura de masas considerada como un todo que corresponde de algún modo al de la sociedad de masa?

Esta contradicción existe, pero existe antes que nada en la propia realidad. Es posible comprobarla a nivel de los productores de la cultura de masas. Éstos procuran aumentar al máximo su público, sobre todo en el caso de los productores privados; el caso del Estado-productor es, como veremos, ligeramente diferente. Pero el productor capitalista se ve en la necesidad de suprimir todo lo que puede disgustar a tal o cual categoría de lectores u oyentes. Por otra parte, si lleva demasiado lejos esta supresión, corre el riesgo de perder su clientela actual cuando lo que intenta es aumentarla. Se encuentra, pues, cogido entre dos tendencias que no son más que expresión de leyes económicas: de un lado la tendencia a buscar el público más vasto posible, que podríamos llamar la tendencia al público universal; del otro la necesidad de dirigirse a un público determinado. Pueden encontrarse señales de estas presiones contradictorias en todos los medios de comunicación de masa. No es difícil comprender la oposición de la televisión y el cine, por ejemplo, si se tiene presente que la primera se dirige básicamente a un público familiar y el segundo a un público de adolescentes.

¿Quiere esto decir que estas dos tendencias son igualmente fuertes, igualmente típicas de la sociedad moderna? Así podría pensarse cuando se estudia tal o cual situación concreta, puesto que cada situación concreta no es más que la traducción de un equilibrio entre estas dos presiones antagónicas. Mas, si se estudia la historia de los temas de los medios de comunicación de masa y se estudia también la historia de su concentración económica progresiva, no puede negarse que la tendencia al público universal es la más fuerte. Esto explica además la despolitización progresiva de la cultura de masas en el curso del siglo XX, entendiendo por tal no la eliminación de los temas políticos, sino la exclusión de una presentación política de estos temas. Explica también los esfuerzos de la cultura de masas por difundir y apoyar cada vez más no las simples opiniones, pues las opiniones están divididas, sino una idea inconsciente y común que, según los psicoanalistas, está mucho más cerca de lo universal.

Mientras tanto, no debemos olvidar que la tendencia a la *masificación* tropieza siempre con la tendencia opuesta, que también pesa sobre la cultura de masas. En ciertos casos es posible utilizar los medios de comunicación de masas, de una manera rentable, para dirigirse a un público relativamente limitado. Así ocurre desde hace tiempo con el libro, con el disco, con la radio y, en cierta medida, con el cine. Esto es lo que permite que las formas de cultura minoritarias se mantengan y desarrollen no tan sólo fuera de la cultura de masas, sino en las propias fronteras de la misma, como se comprueba al observar fenómenos tales como el libro de bolsillo, los discos de música clásica, las emisiones culturales y el cine de ensayo. Por este camino pueden entreverse las relaciones de la cultura de masa con las otras formas de cultura y los grupos que las sostienen.



Humanismo y divulgación

La sociedad contemporánea es, al mismo tiempo que una sociedad de masas, una sociedad técnicamente evolucionada, una sociedad de profesionales en la que no cesa de aumentar el nivel general de cualificación de los mismos. En torno a cada profesión o grupo de profesiones tiende, pues, a crearse un lenguaje, unas ideas, unas costumbres, o sea, el esbozo de una cultura. Estas culturas profesionales están reforzadas por intereses comunes. Los ingenieros electrónicos, los carniceros, los mineros, los militares o los agentes de policía no son tan sólo personas que comparten unas técnicas y un lenguaje; la disminución de la competencia, el aumento de la estabilidad de los empleos, la codificación de los progresos, la estructuración del sindicalismo y las organizaciones profesionales, etc., son factores que concurren a que los miembros de una profesión sean cada vez menos sensibles a lo que los divide y más sensibles a lo que los une.

Pero estas culturas profesionales son siempre más o menos esotéricas: no se comprenden los lenguajes profesionales ni se comparten las ideas profesionales fuera del medio que las ha visto nacer. La dispersión cultural sería sin duda característica de las sociedades modernas si no estuviera compensada por la cultura de masas, cuya función a este respecto es bien clara: mantener un vínculo en la sociedad amenazada de desgarramiento dando expresión a lo que persiste de universal (el lado *humano,* según su propio lenguaje).

Quizá sea aquí donde haya que buscar la verdadera función *informativa* de la cultura de masas y no simplemente en las noticias que transmite y a las que se da tal nombre. Trátese del asesinato del presidente Kennedy o de la boda de Johnny Hallyday, la cultura de masas nos comunica temas que no tienen para nosotros ningún valor práctico inmediato, a no ser el de hacernos comunes con todos los hombres que nos rodean y con los que, por otra parte, no tenemos posibilidad de comunicación. Lo mismo que decimos de las «noticias» cabe decir de la canción de moda, de los anuncios televisivos y también de los gestos, las entonaciones, las formas de ser. Así, la cultura de masas transmite a los hombres actuales un bagaje común que ella ha contribuido a formar.

La cultura de masas, en su búsqueda de temas que puedan interesar a una gran cantidad de hombres que posean bagajes culturales diversos, se apodera de todo cuanto encuentra en su camino: acontecimientos cotidianos, deportes, elementos extraídos de la cultura clásica, de las culturas populares, del folklore y de las civilizaciones desaparecidas. Nada que sea humano le es extraño, a condición siempre de que estos elementos se sometan a sus normas. Pues si la cultura de masas no se niega nunca, sino todo lo contrario, a hablar de política o filosofía, de literatura o música, de Mozart o Picasso, de Shakespeare o Santa Teresa de Avila, de la Grecia antigua o la civilización de los mayas, es siempre a condición de poder hacerlo a su manera. Igualmente, según los acontecimientos del día, no duda en interesarse por las culturas profesionales, por los mineros o los campesinos, por los militares o por los investigadores científicos, pero siempre con el afán de estar al alcance de todos y siempre obedeciendo las leyes implacables de la *divulgación,* para lo cual busca lo que ella misma llama lo *concreto.*

La cultura de masas utiliza así todas las otras culturas, pero a la vez las remplaza y las destruye. Ante ella desaparecen poco a poco las culturas populares, las obreras y las folklóricas. De esta forma la cultura de masas prosigue la tendencia a la unificación de la sociedad de masa, contra todas las tendencias centrífugas que puedan existir.

Planteada en sus términos extremos, esta tendencia pesa fuertemente sobre el conjunto de mensajes que la cultura de masas difunde. En su constante intento de dirigirse a la imaginación y a la efectividad, proscribe lo discursivo, lo oficial y lo fastidioso en beneficio de la imagen, del colorido, del sonido y de la viveza. Evita las ideas abstractas y busca siempre encarnarlas y personificarlas; así la política internacional es un diálogo entre los grandes personajes del mundo: «De Gaulle dice no a Kennedy». Se ve cómo su sentido de lo accesible se identifica con su sentido de lo humano y confirma su tendencia a la personalización.

Los desposeídos

En su *rol* de información — y de formación — la cultura de masas choca con ciertas posiciones, ideales e intereses.

A veces pisotea los caminos trazados por quienes se encargan de la enseñanza, de cuya misión recoge algunos de sus aspectos, todavía limitados. No es en el cine, al menos por el momento, donde aprendemos el alfabeto y la numeración y menos aún el cálculo integral o las etimologías griegas. Por otra parte, la enseñanza ha admitido siempre que nada es ajeno a su mundo, que los juegos, la vida familiar y los mismos cuentos de hadas pueden constituir una escuela paralela e insustituible. Pero esta escuela paralela se convierte, en el caso de la cultura de masas, en una institución poderosa que dispone de medios materiales enormes y que ejerce sobre los niños una gran atracción. La televisión no solamente distrae a los escolares en su trabajo, sino que los proporciona un tipo de información que tradicionalmente se habían reservado los maestros. ¡Y cómo no ha de gozar de superioridad, si tiene el poder de mostrar aquello de lo que los maestros tan sólo pueden hablar! En resumen, la televisión somete a la enseñanza a una competencia desleal.

Quedan otros muchos vicios que los maestros están prestos a denunciar de acuerdo con las que podrían llamarse minorías culturales: gentes de formación más o menos universitaria que obtienen, además de cierta cultura, prestigio y tal vez beneficios materiales; que forman la mayor parte del público del teatro, de los conciertos y de los libros (aparte las novelas policiacas y de aventuras, que pertenecen más bien a la cultura de masas) y se aferran a la formación de

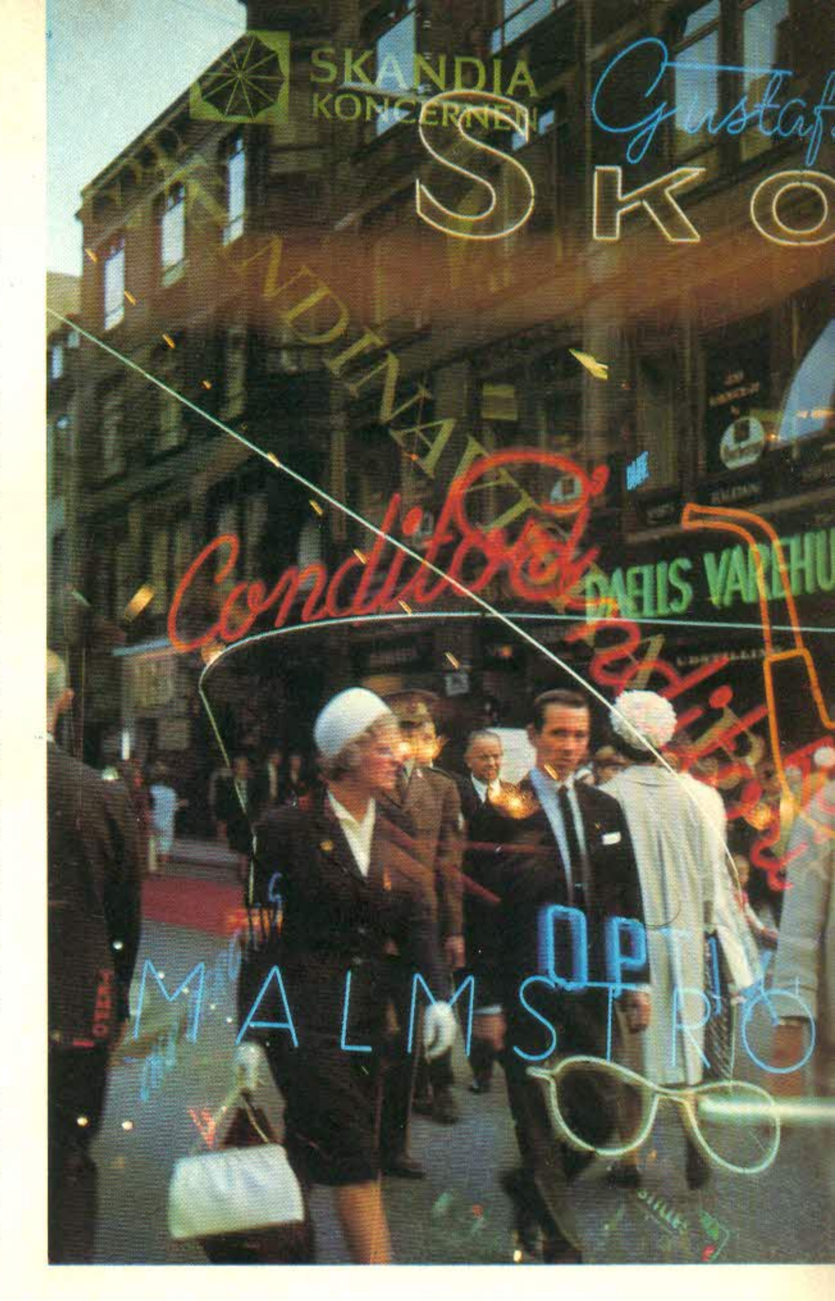
la *cultura clásica* que han recibido y tienden a juzgar que la cultura de masas es fácil, vulgar, embrutecedora y peligrosa.

La cultura clásica, que ha sido siempre la de una minoría, es una cultura unida al trabajo personal, al esfuerzo, a la dificultad; una cultura discursiva, que se adquiere lentamente y que, desde Shakespeare a Joyce, desde Molière a Proust, ha evolucionado hacia el refinamiento. La cultura de masas le parece, pues, insoportablemente fácil y vulgar. Pero en este caso la reacción profunda de un refinamiento que puede ser real se entremezcla inmediatamente con la actitud de una minoría que defiende sus privilegios. Pues también la cultura es un privilegio y, en nuestras sociedades, en las que el aprendizaje de la democracia es todavía demasiado breve e inseguro en muchos aspectos, un privilegio que se defiende poniendo bien alto el valor de lo raro, de lo distinguido, de lo excepcional. Pero —la polémica tiene sus exigencias— esta continua reivindicación acaba por caer en la vulgaridad que denuncia. Nunca se sabe, además, donde acaba la denuncia: la cultura de masas, juzgada como vulgar a causa de su presencia continua, de su indiscreción, de su humanismo elemental y agresivo que le hace apuntar sucesivamente hacia el dolor de una mujer o hacia el amor de otra, seguirá siendo tachada de vulgar cuando, recogiendo los temas de la cultura clásica, traduzca a Stendhal en imágenes o incluso difunda a Beethoven por la radio, a Sartre en los teatros populares y a Esquilo en la televisión.

La cultura de masas es considerada, además, como embrutecedora: contribuye a distraer a las masas y a impedirles que se enfrenten con la realidad de la condición humana en general o la proletaria en particular; es un obstáculo para la toma de conciencia, es el nuevo «opio del pueblo». De aquí que las críticas sean resignadas o amargas según se crea o no en la necesidad de opio para el pueblo.

Una de las paradojas de estos juicios es que, en general, las minorías culturales no disponen de palabra ni concepto alguno para designar o considerar el conjunto de lo que llamamos cultura de masas. Faltas de tal concepto, las críticas se encuentran algo apartadas de su objeto real, ya consistan en una visión pesimista del mundo moderno, ya se dirijan al régimen político-económico o, al contrario, se concentren en una fracción de la cultura de masas.

Estas actitudes son también frecuentes en los realizadores de la cultura de masa, quienes se consideran a sí mismos como parte de las minorías culturales. Así, en Francia, Marcelle Auclair, directora de la revista femenina *Marie-Claire,* publicación tipo de la cultura de masas, figura a la cabeza de la violenta campaña provocada por la aparición de la prensa sensacionalista. Es corriente que los realizadores adopten esta actitud severa incluso al juzgar sus propios trabajos, considerándose como vendidos a los productores o explotados por ellos. Así se explica un descontento que ha tomado formas políticas y que a veces intenta expresarse dentro de la cultura de masas con la introducción de



En la calle, en la oficina, en el taller, en el trabajo o en casa, por todas partes y a cada instante, en Nueva York, en París, en Río de Janeiro, en Roma o en Oslo, el hombre del siglo XX recibe multitud de mensajes que le llegan por los medios más diversos y que intentan imponérsele como sea a través de sus ojos, sus oídos y todos sus sentidos.

temas pesimistas (cine americano de color) o una distanciación irónica muy extendida en la cultura de masas francesa.

No hace falta adoptar estos juicios severos sobre la cultura de masas para encontrar aquí un ejemplo de *disfunción:* si esta cultura satisface un cierto número de deseos y apacigua determinadas tensiones, también crea otras; se encuentra comprometida en una lucha que es, dentro de ciertos límites, generadora de evolución.

No es preciso decir que las minorías culturales no permanecen pasivas ante la cultura de masas. Sin pretender frenar el fenómeno en sí, evidentemente demasiado masivo,

intentan limitar su extensión y, utilizando su poder de presión, apelan a la providencia de las sociedades modernas: el Estado.

El Estado

Las formas de recurrir al Estado varían según la naturaleza de éste y su situación en lo que respecta a la administración de los medios de comunicación de masas. Varían igualmente según la orientación política de quienes protestan: los conservadores reprochan a la cultura de masas su inmoralidad y piden que se ejerza la censura; los progresistas le reprochan su conformismo y quieren que su administración sea protegida de los intereses financieros.

La actitud de los grupos que ostentan el poder es a veces demasiado vacilante. Con razón o sin ella, ven en los medios de comunicación de masas una excusa para reforzar su situación. En la práctica los utilizan para su propaganda desde el momento en que se hacen directamente con su administración. El ejemplo francés demuestra lo difícil que es reprimir esta tendencia y el soviético hasta dónde puede llegar la misma. A falta de administración directa de dichos medios, los políticos anglosajones han dominado el arte de la manipulación indirecta y han facilitado informes a los periodistas a cambio de su buen comportamiento.

Cuando se trata de aspectos menos directamente políticos, la actitud del poder está sujeta a presiones contradictorias. En Occidente estas presiones son, en términos generales, de dos tipos. Por una parte, como hemos visto, las minorías culturales apelan a la noción de responsabilidad global del Estado respecto a la sociedad para pedir que el poder utilice sus medios represivos y financieros para mantener un cierto número de exigencias mínimas o para sostener o introducir formas culturales aceptables. En cuanto al capital, acepta las subvenciones y tolera la censura (tal vez, como en Estados Unidos, se adelanta a organizarla él mismo), pero sobre todo reclama el «laissez-faire».

Los grupos que ostentan el poder están lo bastante próximos a las minorías culturales (de las que incluso pueden formar parte) para recibir ellos también sus críticas. Pero es evidente que la lógica misma del sistema capitalista desempeña un papel más bien inverso, salvo que el Estado administre él mismo los medios de comunicación de masas. Aún entonces la administración estatal no es eficaz más que cuando el Estado se halla en situación de monopolio, por lo menos en una rama determinada. De no ser así, el Estado se encuentra, como ocurre en Francia con la radio, en competencia directa con el sector privado y en una situación particularmente delicada. Tampoco hay que subestimar el hecho de que, en cuestión de cultura, las actitudes pueden ser perfectamente inauténticas, hasta hipócritas, y que quien se queja de que la radio no dé conciertos de Mozart, tal vez no escucha más que a Johnny Hallyday.

Queda el sistema del monopolio, más o menos realizado en la Unión Soviética. Tiende a moderar en todos los aspectos el fenómeno que hemos llamado cultural de masas y a establecer un compromiso entre el folklore tradicional, la moral oficial, la influencia occidental y las aspiraciones de los dirigentes hacia la elevación del nivel cultural de las masas. Hasta el presente, este compromiso no parece caber más que en el cuadro de un cierre relativo de fronteras. La experiencia demuestra que desde que se entreabrieron aquéllas, la cultura de masas occidental entra a oleadas. A fin de cuentas, la cultura de masas soviética se le parece como una hermana virtuosa y discreta, aunque un tanto anémica.

Un problema mal planteado: los efectos

Es posible, pues, emprender un viaje con la cultura de masas a través de las sociedades modernas y considerarlas sucesivamente bajo los aspectos más diversos. Es decir que, para el sociólogo, la cultura de masas es un fenómeno particularmente interesante, dada la posición en cierta forma central que ocupa en la sociedad de masas.

Esto no significa que se trate de un fenómeno de importancia decisiva por sus consecuencias, al menos por sus consecuencias reveladoras. En la época comprendida entre las dos guerras se asistió, ante la estructuración de regímenes políticos nuevos que utilizaban largamente la prensa y la radio y ante la extensión general de los medios de comunicación de masas, al florecimiento de profecías que, como el *1984* de George Orwell, anunciaban una dictadura «televisionaria» o monstruos análogos que asegurarían su poder mediante el condicionamiento político y el embrutecimiento cultural de las masas. Estas ideas visionarias son testimonio de la toma de conciencia de un fenómeno entonces nuevo, pero no dejan de ser algo excesivas.

De hecho, el estudio de los *efectos* de las comunicaciones de masas, emprendido más tarde en gran escala en los Estados Unidos y en Gran Bretaña, ha resultado bastante decepcionante o, si se prefiere, tranquilizante.

En cuanto a efectos a corto plazo, los únicos que cabe aislar con alguna certeza, los medios de comunicación de masas no parecen poseer la eficacia maléfica que en general se les atribuye. No parecen la causa necesaria y suficiente de efectos aislables en el plano de la delincuencia juvenil ni en el de los movimientos electorales. La propaganda política nunca es eficaz si se apoya sólo en los medios de comunicación de masas.

Si se consideran los efectos a largo plazo, es difícil discernir en qué puntos las diferencias apreciables entre la sociedad de 1900 y la nuestra son más imputables a unos hechos que a otros. Por supuesto que, si consideramos un fenómeno cualquiera de los tiempos modernos (las bandas

de adolescentes, la despolitización, etc.) podemos apreciar sus huellas en la cultura de masas y las encontraremos también en el seno del propio fenómeno. De aquí a hablar de causa y efecto no hay más que un paso, pero un paso que la prudencia más elemental nos impide dar.

Si algo parece deducirse de todos estos estudios sobre los efectos es tal vez que, en general, la cultura de masas desempeña un *rol* de consolidación de situaciones existentes. Pero cuidado: no se trata necesariamente de un *rol* conservador en el sentido político. Lo que la cultura de masas consolida no es forzosamente lo que la derecha política quiere consolidar, sino todas las tendencias existentes en la realidad social, incluidas las tendencias al cambio. En otros términos, la cultura de masas es ante todo el reflejo de esta realidad. En un país capitalista que esté en plena prosperidad, esta tendencia a la consolidación se identificará con la tendencia conservadora propia de tal sociedad. Podría decirse, de una forma más general, que la sociedad de masas es consolidada por la cultura de masas, como ya hemos visto. Mas ningún régimen que esté amenazado por la evolución profunda de la sociedad, sea de izquierdas o de derechas, se salvará gracias a los medios de comunicación de masas, aunque detente el monopolio de su gestión. Numerosos ejemplos lo han demostrado ampliamente.

En realidad, unas veces se ha exagerado la importancia de la cultura de masas y otras se le ha restado trascendencia. Se la ha exagerado haciéndola la causa del movimiento de las sociedades, siendo así que no es sino el efecto. Pero otras veces se le han negado los caracteres y atributos que se reconocen generalmente a las otras culturas.

Una cultura industrial

Apoyándose en el carácter eminentemente *confeccionado* y *comercial* de la cultura de masas, se ha dicho a veces que no es en el fondo más que un fenómeno superficial, del que no se puede extraer ninguna consecuencia seria para el estudio de las sociedades modernas. Para defender esta tesis se utilizaban como argumentos la falta de efectos observables y el carácter pasivo, muchas veces incluso distraído, del consumo de aquella cultura.

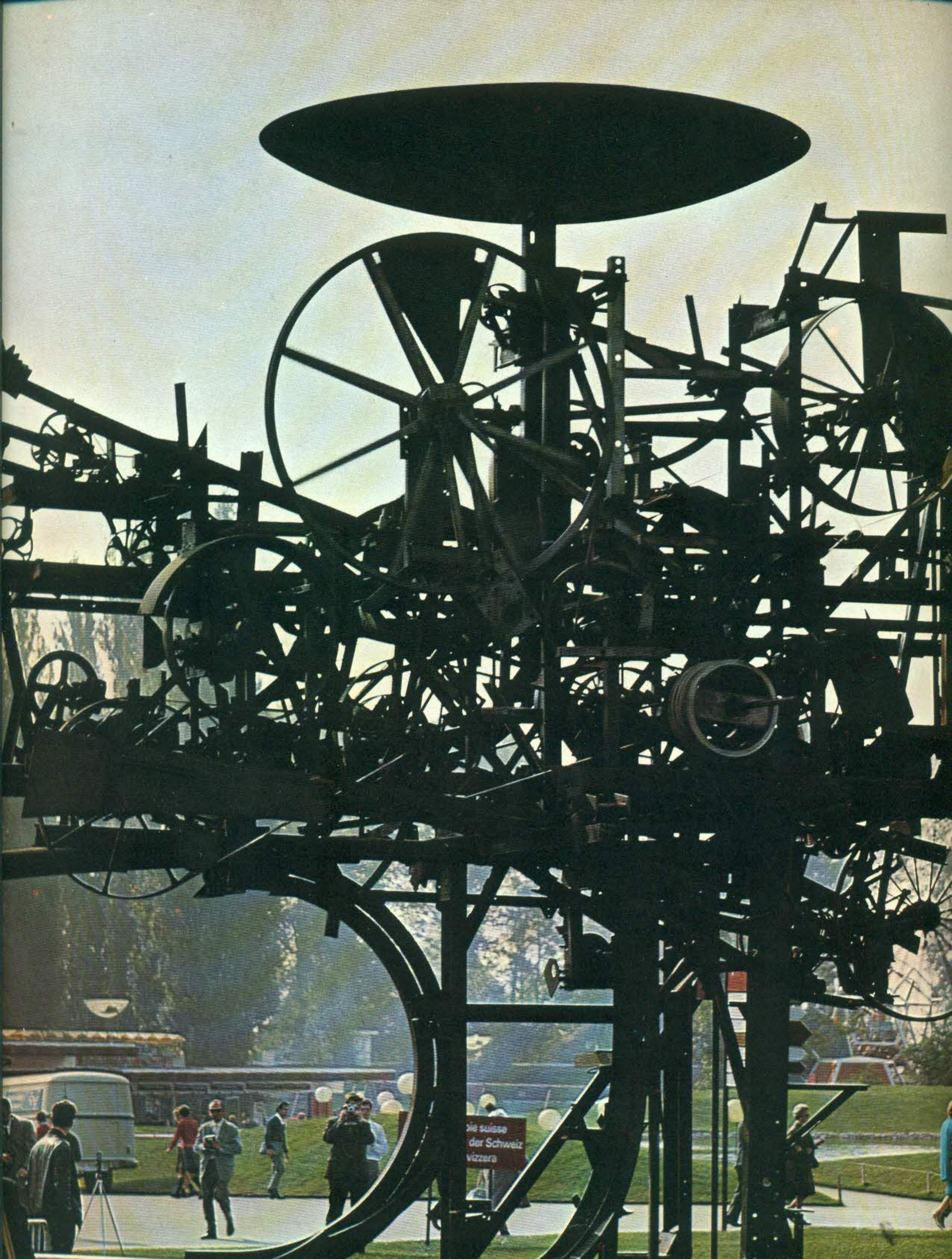
Hemos intentado demostrar, por el contrario, que las fuerzas coercitivas que pesan sobre la cultura de masas y que modelan todo su contenido corresponden a las realidades más profundas y características de los tiempos modernos. Estas realidades están bajo la tutela de la industria y el dinero, y este hecho confirma que la cultura de masas es un producto típico de las sociedades industriales y mercantiles. La tesis inversa es típica de aquellos intelectuales que, viviendo al margen de la sociedad moderna, creen que a ellos solos corresponde ser creadores de cultura y que todo cuanto depende de la industria o del comercio nada representa culturalmente. Se trata de una visión puramente mitológica, pues en verdad la sociología de la cultura consiste en considerar seriamente las relaciones entre la cultura y la sociedad donde nace y se desarrolla, sea una sociedad rural y artesana o industrial y comercial.

La incomprensión con respecto a la cultura de masas procede también de haberla comparado a las formas más elevadas de la cultura, es decir, a las que, como la denominada cultura clásica, han nacido en el seno de una fracción muy reducida de la sociedad, caracterizada por un nivel de vida superior, una formación depurada, un afán de crítica racional y una voluntad de distinguirse de la masa. Este último rasgo se ha hecho más y más importante a medida que ha aumentado el número de hombres con acceso a la lectura y a las diversas formas del arte y la literatura. La «alta» cultura ha evolucionado en el sentido de refinamiento y esoterismo y ha dejado en manos de la cultura de masa aspectos enteros de su universo tradicional.

La incertidumbre del reparto hizo que las discusiones sobre los méritos y deméritos propiamente «culturales» de la cultura de masas prosiguieran indefinidamente. Hasta ahora no nos hemos propuesto abordar este tema; nos hemos preguntado, en efecto, cómo se integra la cultura de masas en la sociedad, pero no si esta cultura es bella y buena. Pero cuanto más profundamente integrada en la sociedad de masas aparece la cultura de masa, más difícil parece someterla a juicios diferentes de los que emitimos sobre la sociedad en general. No cabe duda que se trata de una cultura sobre todo funcional y cuyas formas no subsisten más que si satisfacen necesidades inmediatas. A este respecto la cultura de masas, a pesar de su carácter industrial y en cierta forma prefabricado, estaría mucho más cerca de las culturas que estudia la etnología que la cultura clásica.

Mas, si se está absolutamente decidido a enjuiciar, es preciso procurarse los medios. Tal vez hemos esbozado aquí lo que podría ser una crítica sociologizante al intentar reponer los temas en el contexto de la sociedad que los consume. Una crítica completa, sin embargo, no puede detenerse ahí, sino que debe emprender un estudio sistemático de las *formas* utilizadas por la cultura de masas, exactamente como se hace en el estudio de otras culturas. Por supuesto que esta crítica de las formas puede beneficiarse del análisis sociológico, pero no tanto como éste de aquélla. Ya hemos visto, en efecto, que son las fuerzas coercitivas formales las que nos revelan el modo en que la sociedad influye sobre la cultura que ella consume.

Un tal análisis crítico ha sido ya esbozado en lo que se refiere al cine, a lo que se debe sin duda el que nadie ose someterlo a los juicios masivos e indiferenciados que se reservan para las otras formas de la cultura de masa. Cuando este análisis sea extendido a ellas, permitirá integrarlas en el estudio de las sociedades modernas y también en el de las culturas. Después de todo, el arte popular y cotidiano de nuestro tiempo no es menos digno de figurar en tales estudios que el de los *pueblos* o los *etruscos* y es posible que tenga mucho más que enseñarnos sobre nosotros mismos.


suisse
der Schweiz

FRANÇOIS BOURRICAUD

las instituciones de la sociedad industrial

Si se considera que ni los conflictos ni las disfunciones han desaparecido de la sociedad industrial avanzada, es importante saber de qué manera esta sociedad logra subsistir a pesar de estos inconvenientes y de qué modo consigue superarlos, si es que llega el caso; en una palabra, cómo logra, a pesar de todo, asegurar su propio funcionamiento según ciertas modalidades cada vez más complejas. No podremos comprenderlo si no es mediante un análisis de las instituciones que la caracterizan (las empresas y las administraciones, los sindicatos y los partidos) y un estudio de las fuerzas que se enfrentan, de los juegos que se desarrollan en el seno de la sociedad y de las evoluciones que ésta experimenta.

La expresión «sociedad industrial», que fue familiar a los autores del siglo XIX, especialmente a Comte y Spencer, vuelve a ser de uso corriente. En nuestros días se utiliza para referirse a sociedades de elevado nivel de productividad, en las que un número creciente de consumidores tiene acceso al disfrute de artículos producidos en serie. En Estados Unidos, en Gran Bretaña y en la Europa del noroeste es donde estas características son más acentuadas. ¿Puede considerarse la Rusia soviética como una sociedad industrial? Aunque no se concediera más que una importancia relativa al criterio de la propiedad de los medios de producción, que sirve para calificar de «socialista» a la Unión Soviética y de «capitalistas» a los países atlánticos, habría que convenir que el nivel de consumo por individuo no coloca a la Unión Soviética a la cabeza de los países industriales y que, sobre todo, la orientación que predomina en Rusia en cuanto a la *mass consumption* es diferente de la que se observa en Alemania occidental, Francia o Estados Unidos. Esta es la razón de que creamos justificado el limitar nuestro estudio de las sociedades industriales a las de Occidente. Además, la variante «socialista» comporta un régimen político muy diferente del que practican los «países occidentales». Dejaremos de lado la cuestión de si los dos tipos de sociedad industrial — la capitalista y la socialista — son irreductibles y si se aproximan o se alejan el uno del otro. Nuestra ambición es más modesta y se limita a describir y comparar algunas de las instituciones de los países occidentales (Estados Unidos, Francia, Gran Bretaña, Alemania), procurando ponerlas en relación con el hecho del cambio y el ideal del progreso.

No es necesario insistir en la realidad de que nuestras sociedades se transforman rápidamente. En un país como Francia la rápida disminución del sector primario (cada año desertan de la agricultura un promedio de 80.000 productores, sin contar sus mujeres y sus hijos) no se limita a plantear problemas a su propia categoría socio-económica, sino que los plantea también a la sociedad francesa en conjunto. No se trata tan sólo de que nuestras sociedades cambian, sino que han hecho del cambio un valor y un ideal. Es preciso decir que, desde la segunda guerra mundial, el cambio se ha convertido en sinónimo de crecimiento y desarrollo. No ocurría lo mismo en los años treinta, cuando la atención se centraba en el estancamiento y la regresión. El crecimiento casi continuo de la producción y la elevación casi regular de la renta media real (aun cuando detrás de esta media se oculten diferencias poco tranquilizantes) se han convertido desde hace veinte años en los atributos característicos de la sociedad industrial, hasta el punto de que ésta, al menos en su variante americana (y la situación actual de los Estados Unidos anticipa quizá el estado próximo y previsible de toda la sociedad atlántica), se autocalifica de «sociedad de la abundancia» (la *affluent society*, de Galbraith). Por muchas reservas que le inspire una observación serena de la actual riqueza de los Estados Unidos y de las perspectivas abiertas de la Europa del noroeste, la labor del sociólogo es reflexionar sobre las condiciones que debe cumplir una sociedad que se fija el doble objetivo del cambio y del enriquecimiento (que a veces tiende a confundir ingenuamente con la denominación única del progreso).

Esta «máquina que no sirve para nada», de Tinguely, ¿de qué sirve?

¿Qué tipo de *instituciones* convendrán más a esta sociedad para que pueda progresar plenamente?

Dejando a un lado disquisiciones ociosas, entenderemos por instituciones el conjunto más o menos coherente de reglas que definen y sancionan nuestra conducta en los campos más importantes para la vida de la sociedad. La familia, por ejemplo, es una institución, ya que tratándose de la elección de las personas que nos han de rodear en la intimidad, de las relaciones con nuestros hijos, con nuestros antepasados y con nuestros parientes (cuestiones todas relacionadas con la procreación y la educación), no somos libres de comportarnos como nos venga en gana, sino que nuestra conducta debe ajustarse a lo que la sociedad en que vivimos considera obligatorio o al menos lícito. Es esta una definición cuyo mérito consiste en precisar el uso de una palabra que el sociólogo se ha limitado a recoger del sentido común. Quede claro que el calificativo de institución no se aplica a cualquier conducta, por regular que sea. El paseo que daba Kant cada día a lo largo de las calles de Könisberg era un hábito, un rito si se quiere, pero de ningún modo una institución, ya que este episodio cotidiano no satisfacía otra necesidad que la higiene personal del filósofo. En cambio, no es indiferente a mis compatriotas que yo me case o me quede soltero y que eduque bien o mal a mis hijos. Lo que es susceptible de ser institucionalizado son las conductas que tienen un sentido y una función para la sociedad; el resto continúa perteneciendo al dominio privado.

A decir verdad, no es fácil trazar la línea divisoria; toda conducta es a la vez social (por cuanto se define en relación a las normas de las que se aparta o a las que se ajusta) e individual (siguiendo el ejemplo antes citado, soy *yo* quien me caso). Y, ya que toda conducta es obra de uno o varios protagonistas que adaptan normas constantes a circunstancias variables, ninguna conducta es rigurosamente institucional: cada ejecutante marca en ella su estilo propio. Asimismo, contrariamente a las creencias de un empirismo un tanto apocado, el análisis sociológico no puede limitarse a acumular hechos y registrar conductas. So pena de agotarse en una compilación de pequeños hechos incoherentes, debe empezar por descubrir los problemas funcionales para los cuales las instituciones constituyen soluciones más o menos adecuadas.

Toda sociedad, al lado de obligaciones comunes, asigna u ofrece a sus miembros labores tanto más especializadas cuanto más elevada es la eficacia que persigue. Por otra parte, esta eficacia es tanto mayor cuanto más se adaptan estas labores a las aptitudes de quienes las han de ejecutar. Pero toda sociedad, por diferenciada que sea, se define como un sistema de ligazón y dependencia. Durkheim, en *La división del trabajo social,* ha identificado perfectamente estos dos factores, que pueden recibir los nombres de diferenciación el uno e integración el otro, y ha visto que, cuanto más diferenciados son los órganos de una sociedad, más necesario y difícil le es a ésta reforzar su cohesión, que no puede mantener más que por medio de mecanismos muy delicados. Si admitimos que nuestras sociedades, que buscan el enriquecimiento por medio del progreso, crean categorías muy heterogéneas de productores y que se dirigen a consumidores cuyos gustos y recursos, por parecidos que hayan llegado a ser, siguen adoleciendo de una inestabilidad característica, hay que aceptar que en estas sociedades la integración de tal conjunto no será una tarea fácil. Nuestras sociedades occidentales se caracterizan, ya lo hemos dicho, por su elevada productividad y por la renta relativamente alta que aseguran al promedio de sus miembros; pero ¿cómo se obtiene este resultado y qué consecuencias entraña? La formación, el condicionamiento de productores «racionales», no es un fenómeno que se realice por sí solo. Max Weber ha subrayado que, para que una sociedad emplee los factores variables en sus combinaciones más eficaces, es necesario que se realicen ciertas condiciones concernientes al sistema de valores, a la concepción del mundo *(Weltanschauung),* al espíritu *(Geist)* de esta sociedad. Pero no es suficiente que por nuestra cultura (si se toma esta palabra en el sentido que le da el uso americano: conjunto de prácticas y creencias, conscientes e inconscientes, transmitidas por la educación o la «herencia social») estemos en condiciones de comportarnos como agentes racionales o, al menos, razonables; hace falta, además, que el funcionamiento de esta sociedad no produzca consecuencias intolerables, frustraciones o injusticias demasiado acentuadas para los individuos o grupos que la componen. Si el fruto del trabajo cooperativo, si el enriquecimiento que resulta del progreso técnico estuviera repartido abusivamente, la cohesión social se disolvería en los problemas de distribución.

Las instituciones que conviene estudiar para explicar el funcionamiento de la sociedad industrial son las que hacen posible la formación y la movilización de productores y, en segundo lugar, la formación y repartición del producto.

En las páginas que siguen nos atendremos al segundo aspecto. Considerando sucesivamente las «organizaciones», los grupos de interés y los partidos políticos, intentaremos determinar cómo nuestras sociedades pueden obtener un cierto efecto global (elevación de la productividad y mejora de la renta) que adquiere una enorme importancia en la escala de las preferencias colectivas.

¿Qué es la organización?

Nos proponemos llamar *organización* al órgano de producción característico de las sociedades industriales. Así pues, la palabra está tomada en un sentido muy extenso y, sobre todo, formal. La organización no se califica por la naturaleza de las actividades que ejecuta. En principio, una misma organización se consagra generalmente a tareas heterogéneas y complejas. Además, las actividades más diversas son susceptibles de ser «organizadas». También podríamos partir de la definición clásica de Chester Barnard, según la cual la organización es un «sistema cooperativo», entendiendo por ello

que las tareas y las responsabilidades están repartidas según las aptitudes de cada componente, y que un gobierno jerárquico obliga a cada individuo o categoría de individuos a concurrir a la tarea colectiva. Es indiferente entonces la naturaleza de las actividades que realizan los «sistemas cooperativos»; trátese de empresas comerciales o de fundaciones caritativas, se requieren a título necesario y suficiente una especialización funcional, una coordinación jerárquica y una integración, o por lo menos una sistematización, de las actividades parciales.

El control de las empresas privadas

El inconveniente de esta definición es que, por su misma generalización extrema, se presta a confusión. Si la organización se define por la especificidad de las tareas que se halla fundada en la de las aptitudes y por el rigor del control jerárquico, ¿no es fácil confundir la empresa privada y la burocracia pública? Varias razones nos impulsan a ello. Primeramente la empresa privada está cada vez menos en manos de un solo hombre, propietario y gerente a la vez. El poder de gestión, aunque no esté siempre separado del derecho de propiedad, se encuentra progresivamente funcionalizado; quienes lo ejercen están obligados a tener en cuenta no solamente su propio interés, sino el de aquéllos que están bajo su mando y cooperan con su trabajo, así como el de terceras personas y el del público. No queremos emprender una discusión de las tesis de James Burnham, según las cuales los patronos de las empresas no son los propietarios, sino los «gerentes» *(managers)*. Desde luego, ya no es posible seguir considerando el capitalismo contemporáneo como fruto de las dos estereotipadas alternativas del «jefe de industria» y del fabricante «maltusiano». Pero ¿se ha convertido la empresa capitalista en el reino de los organizadores? Hoy día quedan aún empresas que están más o menos controladas por una familia. Otro punto débil de las tesis de Burnham es que las nociones de poder y de control siguen siendo irremediablemente confusas. ¿Qué significa para un grupo de intereses *controlar* una empresa? ¿Acaso dirigir sus negocios y nombrar los altos cargos directivos? Es preferible una concepción más matizada. La composición del grupo de administradores es muy variable, así como la relación de fuerzas entre las diversas categorías que lo constituyen. Unas veces predominan los representantes de los accionistas (no necesariamente los más importantes, sino los que están *estratégicamente* mejor colocados porque tienen en sus manos la concesión de créditos o la obtención de mercados o, simplemente, porque de ellos depende la mayoría) y otras, los delegados de bancas o de otras empresas. Pero, sobre todo, ¿en qué consiste el poder ejercido de este modo? Lo que llama la atención es que este poder raramente es pleno y que, además, suele ser precario. El grupo consigue a veces dominar imponiendo su política, sus hombres o ambas cosas, y otras, ejerce el poder por cuenta de otros que le dejan hacer con tanta más facilidad cuanto más interesados están en permanecer ocultos en la sombra.

¿Quiénes son estos «técnicos» de los que habla Burnham? Bajo una denominación única se encuentran confundidos *roles* y actividades muy diversos. ¿Son los dirigentes actuales de empresas capitalistas ingenieros especializados en una o varias técnicas de producción? ¿Son ingenieros en organización, en el sentido que la tradición tayloriana da a esta palabra? ¿Son financieros? ¿Aspiran tal vez a una competencia sin límites que recuerda a Auguste Comte cuando hablaba de los «especialistas de las generalidades»? Ingenieros, gerentes y administradores tienen algo en común: son asalariados y, si han escalado puestos en la jerarquía de la empresa, no los deben solamente a sus «títulos» o a su «antigüedad» (en el sentido que estas palabras tienen para los funcionarios) ni tampoco a la cantidad de acciones que poseen. Entre los dirigentes de las grandes organizaciones se encuentra una proporción variable de personas pertenecientes a estas diversas categorías. Parecidas entre sí por la forma en que han sido reclutadas, que no tiene ya la simplicidad de la antigua situación en que el propietario era el patrón, ni el rigor de las carreras burocráticas, son muy diferentes y les es a veces muy difícil comprenderse. A los conflictos entre técnicos y financieros, que ya había percibido Veblen, se suman hoy día los conflictos entre técnicos y especialistas del «factor humano». Es pues imposible, bajo pena de simplificación abusiva, considerar homogénea (desde el punto de vista de su origen, formación y orientaciones) la categoría de los altos dirigentes de empresas capitalistas.

La institución no es tan sólo la estructura tradicional que, como la familia, apuntala la sociedad; puede ser también organismo de administración o de lucha. (Abajo: dirigentes sindicales franceses, foto Keystone.)



La empresa privada y la administración pública

Es preciso, pues, continuar distinguiendo la empresa privada de la burocracia pública, teniendo en cuenta que pertenecen a un mismo género: la organización. Aunque se multipliquen las garantías burocráticas en lo que se refiere al reclutamiento y la promoción y, generalmente, a la disciplina del trabajo industrial, y aunque la participación del personal y la organización del trabajo estén «científicamente» preparadas y reguladas, el obrero no es un empleado ni la firma una administración. ¿Qué diferencias hay que mantener entre una y otra? Con este fin vamos a considerar las variables siguientes: grado de «especificidad» de competencias y rigidez de *roles,* naturaleza de control jerárquico, relación de la organización con el mundo exterior y con el «sistema cliente». La organización burocrática alcanza el máximo de «especificidad», de rigidez y de independencia. El funcionario es reclutado según un procedimiento formalizado y codificado y sus méritos se comprueban públicamente por medio de un concurso. Su *rol,* para utilizar el vocabulario del sociólogo americano Parsons, no le es asignado *(ascribed),* sino que lo conquista *(achieved).* La administración, es cierto, tiene «empleos reservados», pero éstos se atribuyen de acuerdo con criterios objetivos, impersonales, universales: *todos* los súbditos de la nación, *todos* los resistentes, *todos* los deportados tienen desde este punto de vista idénticos derechos. Examinando la naturaleza del control jerárquico es como se descubre la del universalismo burocrático. No sería preciso forzar mucho las cosas para ver en toda burocracia un esfuerzo por realizar la promesa saint-simoniana: «Sustituir el gobierno de los hombres por la administración de las cosas». La autoridad del superior se funda en su competencia, en los dos sentidos que tiene esta palabra. Tiene derecho a mandar en razón de los méritos que atestiguan sus títulos; por otra parte su poder se ejerce en virtud de una delegación y sólo se extiende a campos estrictamente determinados. Al obedecer, no lo hacemos sometiéndonos a una coacción o a la amenaza de un individuo ni dejándonos llevar por la simpatía, sino por sumisión a la regla. En esta perspectiva la obediencia burocrática es de esencia militar. El ejército exige a sus miembros que le entreguen eventualmente el sacrificio de su vida, característica que podría decirse que basta para distinguirlo de todas las otras organizaciones. Pero también el ejército destaca el carácter delegado del mando y la impersonalidad de la obediencia.

Esta situación es *ideal* y no tiene posibilidades de realizarse sino cuando satisface estrictamente condiciones de realización delicada. La primera es que los problemas que se plantean a la organización sean precisos y determinados y, por consiguiente, que las soluciones puedan ser codificadas. Si puede aportarse una solución (la única, la buena, la verdadera) a cada una de las dificultades que se presentan a la organización, el control jerárquico tiene todas las posibilidades de ser eficaz, sin que los subordinados hayan de temer lo arbitrario. La organización se hace a la vez autónoma, se



¿Puede el poder político reconocer e institucionalizar una jerarquía de méritos independientes de la jerarquía de situaciones? En realidad, las enormes diferencias entre las funciones que desempeñan las condeco-

libera de su medio, marcha literalmente sola. Su progreso será tanto mayor cuanto que no tiene que ocuparse de sus clientes, sino de sus vasallos.

Un monopolio de Estado, como el que ha estudiado Crozier *(El fenómeno burocrático),* ilustra bien esta «especificidad» de *roles,* esta rigidez de control y esta separación esquizofrénica del mundo exterior. Pero esta situación expone la organización a algunos trastornos «disfuncionales». No hablaremos aquí de los problemas psicológicos de la «personalidad burocrática» (según el término de Robert K. Merton). Los observadores de todas las administraciones públicas señalan la proliferación de categorías que se ignoran unas a otras, cuando no se desprecian o se envidian. Pueden atribuirse dos causas a este fenómeno. Primeramente, como sea que los miembros de la organización son escogidos por sus aptitudes específicas, es natural que tiendan a parapetarse tras sus murallas de China. Los dirigentes salen de gran-



raciones en los distintos medios sociales y los comentarios irónicos que frecuentemente suscitan, evidencian que la sociedad, aunque no la rechace expresamente, no acepta esta costumbre sin unas ciertas reservas.

des escuelas rivales que se critican meticulosamente y se encuentran comprometidos en carreras paralelas, pero que ellos tienden a considerar irreconciliables entre sí. En las escalas de ejecución las diferencias de calificación son también muy apreciables. Michel Crozier ha demostrado en su análisis del monopolio industrial que los obreros de la rama de servicios y los de la rama de producción tienen intereses, actitudes y hasta diríase que ideologías diferentes. Naturalmente, la jerarquía sabe utilizar estas oposiciones en provecho propio («divide y vencerás»).

Ningún caso más típico que el del Ministerio de Edución Nacional de Francia. La multitud de categorías obedece en principio al gran número de especialidades. En la enseñanza superior la distinción entre Letras, Ciencias, Derecho y Medicina no proporciona más que una división muy superficial de las sutiles diferencias que los interesados establecen entre sus especialidades. El factor jerárquico refuerza esta tendencia. No es tan sólo que el arqueólogo de la antigüedad clásica y el exegeta de Platón se sientan siempre «diferentes» del humilde sociólogo o del digno geógrafo (diferencia a la que casi siempre se asocia una idea de superioridad), sino que también la distancia que hay, por ejemplo, entre el encargado de la enseñanza y el conferenciante, por no decir nada del abismo que cualquier persona avisada ve entre el profesor sin cátedra del que lo es a título personal, refuerza a cada uno en el sentimiento de su insustituible originalidad. Y nada hemos dicho, sin embargo, de las diferencias que se observan entre los distintos niveles de enseñanza: superior, secundaria, primaria, técnica... Todas las personas de este mundo especial utilizan, eso sí, el adjetivo «colega» (que para unos es una pretensión, para otros una condescendencia y para la mayor parte una expresión de solidaridad ficticia, de una seudo-*Gemeinschaft*, para utilizar la terminología de Merton). ¿Qué fuerza puede atribuirse a la cohesión que intenta afirmarse a pesar de tantas diferencias y divergencias?

Las trabas de la autoridad

Una segunda característica de la patología burocrática es la degeneración de la función gubernamental. Entendemos aquí por gobierno un órgano relativamente especializado que toma decisiones de las que es responsable y que tiene medios para obligar a realizarlas, si es necesario. La autoridad se encuentra trabada, ante todo, por la separación cada vez más acentuada entre las fases de la decisión, desde su preparación a su ejecución. Los consejeros y expertos rodean, y a veces agobian, al responsable y éste se encuentra en manos de sus subordinados, quienes con su celo y diligencia o, al contrario, con su desidia e inercia, aseguran el éxito o el fracaso de sus proyectos.

Es más, ciertas características de la autoridad burocrática la exponen a negarse, a anularse a sí misma. El afán de racionalizar las relaciones entre superiores y subordinados, de proteger a éstos contra todo riesgo de arbitrariedad, conduce a aislar lo más completamente posible a los diversos escalones de la jerarquía. Consideremos el caso del jefe de un establecimiento escolar, un director de instituto, por ejemplo. No es él quien escoge el personal; los profesores titulares no tienen nada que esperar ni nada que temer de él, salvo una observación cuyo efecto, en general muy limitado, no afecta más que a la rapidez con que el funcionario será trasladado de dicho instituto a otro más apetecido, si es que ha expresado tal deseo. Así, profesor y director pueden tratarse entre ellos como si fueran verdaderamente «colegas», puesto que la autoridad del segundo, desprovista de todo contenido eficaz, está casi reducida a una pura expresión simbólica. Esta descripción, lo admitimos, resulta algo simplificada. Ante todo, no tiene en cuenta que, dentro de ciertos límites, el superior puede desencadenar una acción de guerrilla (en los liceos, por ejemplo, la organización del horario permite a la administración hacer algunos favores y

ajustar viejas cuentas). Además, sólo es aplicable a los titulares; la situación de los profesores provisionales resulta mucho menos cómoda.

En todo caso el subordinado está tan fuertemente protegido que el superior se encuentra incapaz de ejercer su función de control. Esta observación tan trivial conduce, sin embargo, a consideraciones que Michel Crozier ha puesto de relieve. La agresividad, al no poder descargarse sobre los puestos jerárquicamente contiguos, se desplaza a objetivos más lejanos y elevados. El subordinado mantiene una relación neutra con sus jefes más directos y reserva sus juicios más severos para los superiores de más categoría. En los niveles más bajos disminuyen las tensiones jerárquicas, pero este resultado se paga muy caro. Aislados y desarmados, los dirigentes superiores pierden el contacto con los subordinados y, además de perder progresivamente sus responsabilidades específicas, se ven abrumados bajo el peso de tareas subalternas. Incapaces de hacer bien lo que corresponde al puesto que ocupan, se ven condenados a hacer mal lo que no es de su incumbencia.

La autarquía burocrática

Detengámonos en un tercer síndrome de la patología burocrática: la tendencia de las administraciones a replegarse sobre sí mismas y a vivir en circuito cerrado. Ante todo, muestran gran resistencia a admitir que el servicio que prestan, bajo la forma decidida por ellas mismas, no tiene un valor infinito. ¿No es un servicio inapreciable proteger el territorio de la patria y asegurar la independencia nacional? El ministerio de Educación Nacional usa el mismo lenguaje: sus demandas presupuestarias son siempre «irreductibles». Las administraciones disponen de dos cabezas de turco: la Hacienda y el poder político, al que, sospechoso siempre de tacañería, se acusa de ceguedad. No les basta con librarse de los socios capitalistas, de las instancias políticas que, al menos en principio, ponen a su disposición los medios materiales humanos y financieros que reclaman. Les es necesario además hacerse independientes de sus «clientes». Todo es simple cuando se dispone de la fuerza: en general, el que recibe no se preocupa mucho de la psicología del contribuyente; el oficial se comporta como si la disciplina fuera la fuerza principal de los ejércitos. Algunas administraciones menos afortunadas no pueden evitar el contacto con el usuario, pero hacen lo posible por limitarlo. Otra vez puede servir de ejemplo el ministerio francés de Educación Nacional. Tradicionalmente, dicho sistema de educación reduce al mínimo los contactos con los usuarios directos (nos referimos a los alumnos y estudiantes, quienes se hallan en situación de subordinación y pasividad ante los profesores) y con los usuarios indirectos (los padres y los antiguos alumnos, a los que por ahora no se consulta casi nunca). El caso francés es, por así decirlo, de una pureza hiperbólica. En un sistema descentralizado, como el que está en vigor en los Estados Unidos, los educadores pueden con mayor facilidad justificar sus demandas, puesto que, no teniendo el Tesoro Federal grandes obligaciones con respecto a ellos, se ven en la necesidad de «vender» sus proyectos a las riquísimas fundaciones privadas o a las autoridades políticas locales, que son mucho menos sensibles al argumento de las «prioridades absolutas», tan fácilmente invocado por la burocracia a la francesa.

Racionalización e innovación

El lector se sentirá tal vez sorprendido ante este análisis tan manifiestamente crítico. ¿No habíamos caracterizado las sociedades industriales por la aptitud que manifestaban para usar el progreso técnico con el fin de enriquecer a sus miembros? Si todas las tareas productivas se organizaran según el modo burocrático, ¿cómo podría elevarse tan sensiblemente la productividad media? Es cierto que la burocracia racionaliza las relaciones sociales formalizándolas, a la par que aporta al problema de la obediencia, en el seno de sociedades que se niegan a fundamentarla sobre la superioridad innata o el encanto personal, una solución que, al menos parcialmente, es satisfactoria. El proceso tan característico de nuestras sociedades, al que Max Weber llama *Entzauberung* («desacralización»), tiene por condición en el orden social una «legalización», una «burocratización» de las relaciones de mando. Organizar un complejo de actividades al estilo burocrático no es solamente preservar los derechos de los ejecutantes asignándoles obligaciones precisas y unívocas, sino también obtener el mejor partido posible de los recursos que se emplean. La racionalización burocrática no produce tan sólo consecuencias sociales, sino también consecuencias técnicas.

Max Weber atribuía la difusión de los procedimientos burocráticos a su eficacia instrumental. Esta fórmula, por correcta que sea, exige comentarios y aclaraciones. Ante todo no hace falta decir que, al fijar los *status* y las responsabilidades en función de las aptitudes y las competencias, aumenta el rendimiento de la organización. Lo que sorprende es que las burocracias sean capaces de innovar. Schumpeter ha demostrado que la innovación no se limita al descubrimiento de una idea brillante: los inventores del concurso Lépine no son «innovadores». Para que el descubrimiento se transforme propiamente en innovación hace falta que rebase el estado de prototipo, que sea objeto de una producción comercial, que mueva a algún promotor a abrirle mercados y a procurarle clientes. Así, la innovación no presupone tan sólo ciertas condiciones técnicas y científicas, sino igualmente condiciones favorables en materia de crédito, de producción y de venta.

Pero las innovaciones se preparan y realizan en un marco burocrático; las investigaciones a las que las empresas privadas dedican hoy día gran parte de sus recursos son efectuadas por especialistas reunidos y regidos de acuerdo con el principio de la competencia específica y funcional. Es cierto

que, si bien la investigación es un *proceso* continuo, la innovación es un *acontecimiento* del que no puede excluirse la contingencia. Las discusiones actuales sobre la decisión «científica» ponen de manifiesto un contraste análogo. En la literatura que se dedica a este tema la decisión no aparece ya como inspiración o intuición de un solo individuo, por genial que sea. En realidad es preparada por una labor colectiva: los «expertos» de los servicios permanentes o los consejeros del «equipo reducido» que rodea al jefe, no se limitan a recoger, coordinar e interpretar la información, sino que muy a menudo son también ellos quienes elaboran los proyectos entre los cuales el jefe deberá finalmente escoger. El «decisor» (neologismo debido a Bertrand de Jouvenel) es ayudado en esta tarea por los calculadores, quienes asignan a cada una de las diversas soluciones una categoría jerárquica en relación al *optimum* que se trata de conseguir. No obstante, la elección final pertenece al «decisor» y es tanto más difícil cuanto mayor es el número de soluciones posibles y más numerosos, sutiles e inciertos los criterios.

La decisión que ha sido preparada por procedimientos burocráticos aparece, en el momento de ser tomada, como el compromiso personal y la «innovación» de quien tiene a su cargo la labor de decidir. Por ello la gestión de éste viene sancionada por el éxito o el fracaso de las consecuencias de la decisión.



Hasta en las circunstancias que afectan más personalmente a los individuos, las instituciones trazan un cuadro rígido para la conducta individual y siguen cumpliendo así su función reguladora. No podría citarse mejor ejemplo a este respecto que el de los ritos funerarios...

Concentración y descentralización

La rutina no es un atributo necesario de la burocracia, como la innovación no lo es de la empresa privada. Hemos dicho que, para preparar «científicamente» las decisiones, la empresa está obligada, al menos en parte, a «burocratizarse». A esta situación se ha llegado también por otra razón. La tendencia a aumentar la parte fija del capital total hace que las inversiones sean cada vez más costosas, por lo que es necesario concentrarlas sobre las tareas más productivas. Esta necesidad ha impuesto a los organizadores una labor nueva y muy delicada. La empresa moderna, a medida que se hace más voluminosa, reclama, por así decirlo, una gestión burocrática: entre sus dirigentes, sus cuadros superiores y medios, sus empleados e incluso sus obreros debe establecerse un orden jerárquico. Nace así el «organigrama», que señala a cada cual tareas y responsabilidades definidas. Lo que nos parece digno de interés es, más que esta tendencia a la burocratización, la forma en que las grandes empresas han afrontado el desafío que ella supone. Todo «sistema cooperativo» no puede ser administrado si su talla sobrepasa un cierto nivel: a la necesidad de concentración se contrapone oportunamente la necesidad de descentralización. Peter Drucker ha descrito, en el caso de la *General Motors,* el proceso gracias al cual un gobierno federal retiene cierto número de decisiones en materia de investigación e inversión y deja a departamentos «responsables», en el terreno que les está reservado, la gestión de sus propios asuntos. La prodigiosa eficacia de la empresa americana se explica probablemente porque se ha encontrado en situación de jugar y ganar a la vez la carta de la concentración (asegurando así a sus inversiones un rendimiento muy elevado) y la de la descentralización (haciendo de la administración un proceso continuo de auscultación y orientación, en contacto estrecho con los problemas particulares y locales que los administradores pueden de esta forma seguir más de cerca y día a día). Gracias a esta descentralización el hombre de negocios está en situación de ser al propio tiempo un «burócrata» y un «innovador».

¿No estarán también las administraciones públicas, si quieren hallarse en situación de innovar, obligadas a abrir a sus dirigentes un campo de acción más liberalmente definido? Más arriba hemos insistido en la tendencia «esquizoide» de las burocracias. La empresa no sobrevive más que en la medida en que consigue mantenerse en contacto con el mercado. Para el economista no hay ninguna gran empresa moderna que no se adapte a la demanda de un modo automático, instantáneo y continuo. Sin embargo, el éxito estará ligado al arte con que sus dirigentes anticipen los gustos de los clientes y al estado del mercado. Lo que caracteriza a la empresa, en contraste con las administraciones, es su flexibilidad, su plasticidad. La empresa no invoca para sus objetivos de producción una «prioridad absoluta»; no es «el Estado». Es verdad que «todo lo que es bueno para la *General Motors* lo es también para el país», pero esta frase de Charles Wilson no ha convencido a todo el mundo, ni siquiera en los Estados Unidos. Sobre todo, cuando una gran

firma intenta justificarse ante el *público,* no apela a la calidad de sus productos o de sus servicios (este argumento se reserva para los *clientes* efectivos o potenciales), sino a la masa de salarios que distribuye y a su aportación al aumento de la renta nacional.

La organización eficaz de los esfuerzos cooperativos, es decir, capaz de poner a nuestra disposición una masa creciente de bienes y servicios, pasa por dos procesos a la vez complementarios y opuestos. Supone ante todo una especialización del trabajo, una formulación de *roles* y de categorías. Entonces se hacen accesibles dos resultados: una mejor utilización de las competencias y la limitación de lo arbitrario. El peligro es la esclerosis, tanto más temible cuanto que la burocracia tiende a identificarse con el Estado y a confundir sus objetivos propios con los de la colectividad. No obstante, la racionalización de las relaciones técnicas y sociales puede marcar otro camino. En lugar de pretender constituir sistemas cerrados, protegidos lo más posible de las presiones del mundo exterior, nuestras sociedades occidentales han desempeñado también su papel lanzando una serie de iniciativas parciales, discontinuas, *descentralizadas;* han intentado de manera cada vez más metódica y consciente colaborar en el progreso para beneficiarse a sí mismas y contribuir, al mismo tiempo, al bienestar colectivo. Esta es la razón de que las posibilidades de la organización se desplieguen incluso en el terreno de la formalización burocrática y en el de la innovación (que no debe confundirse con la invención genial) que el trabajo colectivo de expertos y sabios ha preparado minuciosamente.

Sindicatos y partidos

Hasta aquí hemos procurado caracterizar las organizaciones por sus funciones: se trataba de explicar cómo concurrían al doble movimiento de racionalización técnica y ordenación de las relaciones de autoridad propio de nuestras sociedades industriales. En esta perspectiva las organizaciones, cualquiera que sea la naturaleza de los productos que elaboran o de los servicios que prestan, se presentan como absolutamente asequibles. Primeramente realizan actividades *técnicas:* si el funcionario, el empleado o el obrero son escogidos en razón de aptitudes más o menos específicas es porque la organización quiere ponerlos a trabajar y aplicar sus aptitudes a tareas fijadas por ella misma. Pero la organización no es tan sólo un organismo de producción; para organizar los esfuerzos de una multitud de agentes productivos hace falta proporcionarles medios de trabajo y asegurarse de que cumplen la labor que les ha sido asignada. Hablaremos, a este nivel, de funciones *administrativas* de la organización. Esta debe, por último, definir sus objetivos a plazo más o menos largo y cuidar de que resulten compatibles con los de otras organizaciones y con las exigencias del público en general. Esta tercera categoría de funciones, a las que denominaremos *políticas,* son las más atrasadas en cuanto a unidad y coherencia.

Así definidas, las organizaciones constituyen sistemas de *poder* más o menos integrados y cuya coherencia es problemática. Quisiéramos subrayar que, en razón de su estructura, no se bastan a sí solas para resolver sus problemas internos ni los problemas externos de sus relaciones mutuas. Ante todo, por su modo de selección, son heterogéneas; así, la diversidad y los antagonismos entre los intereses de las categorías heterogéneas que las componen conduce a conflictos insolubles en el interior de las organizaciones. El caso de las empresas privadas es el más llamativo en este sentido. Los asalariados resisten, protestan, abandonan el trabajo e intentan, con mayor o menor fuerza, alzarse contra el poder por medio de la oposición organizada. Examinemos, entre las múltiples razones de esta conducta, tres de ellas. En primer lugar las condiciones de trabajo, a menudo monótono y parcelario; después la insuficiencia global del producto en relación a las necesidades, los deseos o las esperanzas, y las injusticias de la repartición; por último, la propensión a tener por ilegítima la actual distribución del poder en la empresa y en la sociedad.

El sindicato ejerce su acción en diversos terrenos; ante todo se encuentra presente en el interior de la empresa a fin de limitar la «arbitrariedad patronal», para hacerse reconocer como interlocutor válido y para negociar los acuerdos sobre el salario. La acción de los sindicatos tiene también efectos políticos: su mayor o menor pugnacidad, al afectar a la tasa de salarios, al volumen de producción y al nivel de productividad, facilita o complica la labor del gobierno. Además de estos efectos directos y a corto plazo, es preciso mencionar consecuencias más lejanas y difusas: una reivindicación de estilo más o menos reformista favorece el funcionamiento de instituciones moderadas. El sindicalismo anárquico-revolucionario que condena como inmoral y utópico a la vez todo compromiso con los «explotadores» y que confía a la huelga general la misión de acabar para siempre con la injusticia y resolver de una vez todas las contradicciones del capitalismo, hace particularmente difícil la alternancia de dos grandes partidos, uno de los cuales, por lo menos, tendría que ir a buscar gran parte de sus electores en las masas radicalizadas y desesperadas.

El caso de las organizaciones patronales confirma la dificultad de una distinción rigurosa entre la esfera de los intereses privados (sociedad civil) y la de los intereses comunes (Estado). Claro que la situación de las organizaciones patronales no es del todo idéntica a la de las organizaciones obreras. Los patronos no tienen que «hacerse con el poder»; cuanto más, han de *defender su poder,* consolidarlo o hacerlo respetar. Sin embargo, también los patronos tienen demandas que presentar al poder público. Ante todo quieren estar protegidos en lo que llaman su derecho de propiedad y cuentan además con el Estado para que los defienda contra los competidores extranjeros. Roger Priouret ha mostrado que el origen del movimiento patronal en Francia debe buscarse en el gran temor que tienen los empresarios a ser «abandonados» por el poder ante los productores ingleses, alemanes o americanos.

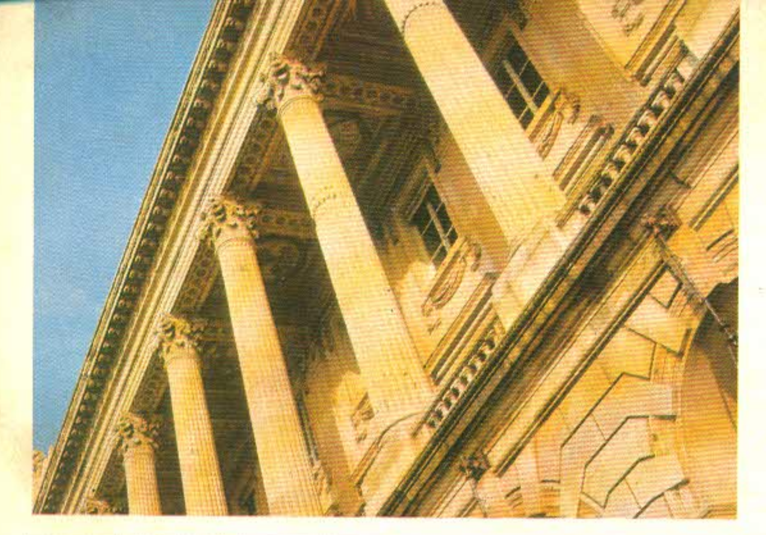
Las grandes organizaciones, a pesar de la complejidad de los intereses y actividades que ponen en juego, no constituyen unidades sociales autónomas. Son, en realidad, doblemente dependientes: están ligadas entre sí por los mil lados de la competencia imperfecta y dependen todas ellas de una instancia superior de la que tan pronto invocan la protección como intentan conquistar, pero de la que siempre recelan y de la que a menudo rechazan el arbitraje. Reclaman así un «orden político» que tendría por función colmar el vacío que el juego de intereses no consigue rellenar. No obstante en las sociedades industriales el orden político no se elabora a partir de demandas individuales. Nos encontramos aquí nuevamente con la función de las organizaciones: son ellas las que elaboran las demandas primarias y las exigencias particulares, las que definen los intereses que hacen conocer a la opinión y se esfuerzan para que sean aceptados por el poder público. Y puesto que son incapaces, debido a la mezquindad de sus intereses rivales, de defender públicamente sus posiciones y airear directamente sus reivindicaciones, recurren a intermediarios y a intercesores (los partidos y los grupos de presión). Dejaremos a un lado el caso de los grupos de presión y consideraremos acto seguido el de los partidos, que ilustra mejor la necesidad y las dificultades de una articulación entre los intereses privados y los de la colectividad.

De la lucha a la integración

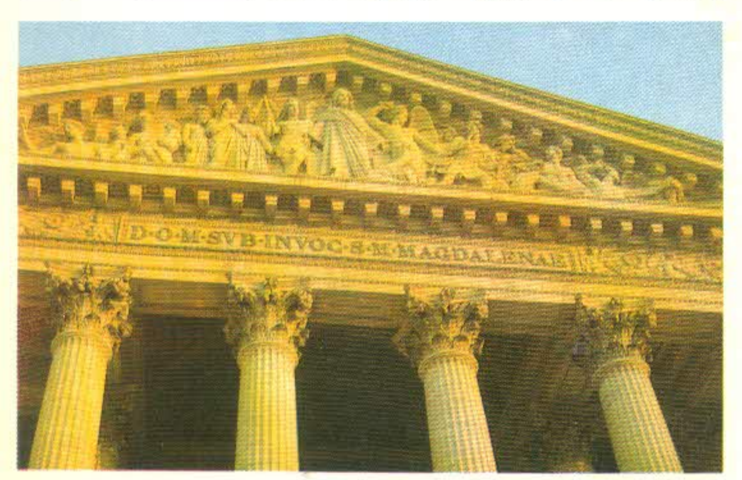
¿Qué funciones tienen los partidos políticos en las sociedades industriales? El pesimismo con respecto a los partidos es muy antiguo y no ha sido por nadie tan bien expresado como por James Madison, uno de los hombres que más intervino en el establecimiento de la Unión Federal americana, en un famoso texto en el que toma la palabra «partido» como sinónimo de «facción». «Las causas latentes de las facciones están inscritas en la naturaleza del hombre (...) Un desmesurado celo por las opiniones rivales en materia de religión, de gobierno u otras numerosas cuestiones que interesan a la especulación teórica tanto como a la práctica; un apasionamiento por jefes rivales que pretenden el poder, incluso los lazos particulares que se establecen entre determinadas personas (...) han dividido siempre a los hombres en partidos (...) y les han predispuesto más a atormentarse y a oprimirse los unos a los otros que a cooperar en el bien común (...). Pero el origen más corriente y duradero de las facciones es la distribución desigual y variable de la propiedad. Los que poseen y los que están desprovistos de propiedad tienen intereses distintos en la sociedad (...). Los intereses agrarios, los industriales, los comerciales, los bancarios y muchos otros de menor importancia se desarrollan necesariamente en las naciones civilizadas y las dividen en clases distintas dirigidas por sentimientos y puntos de vista diferentes.» De creer a Madison, la existencia de partidos fluye de tres tipos de condiciones. Este autor invoca en primer lugar hechos permanentes y universales que pertenecen a la naturaleza humana: el «desmesurado celo por las opiniones», «el apasionamiento por jefes rivales», los lazos personales y el particularismo de amistades y antipatías. Después cita una segunda categoría de determinantes que podemos llamar económicas y que oponen los pobres a los ricos; estos conflictos de interés que obedecen a una desigual distribución de la propiedad son a la vez simples y brutales. En cambio, entre propietarios, banqueros, industriales y comerciantes la lucha no adquiere este carácter permanente y extremo; los intereses, los sentimientos y los puntos de vista son diversos, a menudo llegan incluso a oponerse, pero admiten una reconciliación. Por esta razón Madison concluye: «La regulación de estos intereses variables, que se estorban los unos a los otros, constituye la tarea principal del legislador moderno y hace presente el espíritu de partido y de rivalidad en las operaciones necesarias y ordinarias de los gobiernos modernos.»

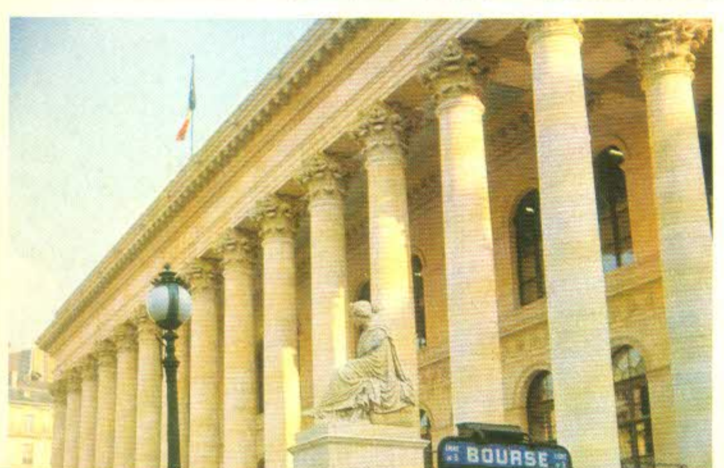
Las sociedades modernas están expuestas a múltiples escisiones, pero el legislador experto tiene posibilidades de reconciliar los intereses. Los partidos expresan la «especificidad» de intereses rivales, pero al propio tiempo pueden contribuir, llevados de la mano hábil del legislador, a elaborar una regla o un principio en nombre de los cuales el poder público pueda establecer compromisos y arbitrar soluciones. Esto es lo que expresa de forma más sintética y optimista otro autor del siglo XVIII, el inglés Burke, cuando define los partidos como «un cuerpo de individuos unidos para promover mediante su esfuerzo común el interés nacional, con referencia a un principio particular sobre el que estos individuos están de acuerdo». Detengámonos en lo que es propio del punto de vista de Burke: a sus ojos los partidos se proponen como objetivo el «interés nacional» (afirmación que, muy probablemente, haría sonreír a Madison), pero el bien común es definido por cada partido según los conceptos particulares de los individuos que lo componen. Los partidos desempeñan, pues, una doble función: *representan* intereses especiales y los *integran* contribuyendo a definir un interés nacional. Pero, mientras que para Madison la integración no puede conseguirse sino mediante el artificio del legislador, para Burke se realiza, por así decirlo, por sí misma; hasta tal punto los partidos se encuentran espontáneamente dirigidos hacia el interés nacional que viene a ser como su norma.

Los sociólogos contemporáneos no nos ofrecen perspectivas muy diferentes de las de Madison y Burke. Entre los observadores parece existir hoy día un extenso acuerdo en cuanto a la función representativa de los partidos. Estos tienen una clientela relativamente estable cuya fidelidad puede explicarse y preverse a partir de un conjunto de factores económicos y sociales. En lo que se refiere a los Estados Unidos, Paul Lazarsfeld ha demostrado que los simpatizantes del partido demócrata tienen una renta sensiblemente inferior al de los del republicano. Del mismo modo, existen muchas probabilidades de que un asalariado de la industria vote en favor de los candidatos partidarios del *New Deal*. Por otra parte, hasta los orígenes étnicos y religiosos tienen una influencia importante en las predisposiciones políticas de los









electores. El inmigrante recién llegado, o incluso el hijo de inmigrantes, católico o judío, con una renta anual inferior a 1.500 dólares y que desempeña un empleo industrial no cualificado, es muy probable que vote a los demócratas. Lo que acabamos de decir respecto a la clientela demócrata en los Estados Unidos se aplica igualmente, *grosso modo,* a la clientela laborista en Inglaterra y también, aunque al parecer en menor medida, al voto social demócrata en Alemania occidental. En la mayor parte de los países occidentales la decisión de los electores guarda una relación muy estrecha con su situación socio-económica. *(Véase el cuadro VII, página 220.)*

Los partidos como coaliciones

Los partidos modernos son partidos de intereses y, si quieren conservar la lealtad de su clientela, se ven obligados a ser portavoces de categorías sociales. Pero esta afirmación, por incontestable que sea, precisa ser matizada. Ante todo hay que decir que estas categorías sociales están muy lejos de ser homogéneas: los partidos modernos son partidos de intereses, pero no partidos de clases. La mayoría de obreros ingleses votan por el *Labour,* pero no todos los obreros votan por este partido ni todos los votos del mismo proceden de los obreros. El partido comunista francés puede perfectamente calificarse a sí mismo de «partido de la clase obrera». Es cierto que muchos obreros votan por él y que la mayoría de ellos votan a socialistas o comunistas, pero también es cierto que algunos obreros votan por partidos «burgueses» y que algunos «burgueses» (empleados, funcionarios, miembros de profesiones liberales) depositan sus votos en favor de los partidos «obreros».

Las categorías que los partidos representan no son homogéneas, sino más bien fluidas. Queremos decir con ello que parte de la clientela de un partido puede abandonarlo y pasarse con todo su prestigio al campo rival. La inestabilidad de ciertos sectores de la clase media había sido ya observada por Marx a propósito de los acontecimientos de 1848: la pequeña burguesía, republicana en febrero, deja aplastar a los socialistas en junio y da su voto a Louis-Napoleon en diciembre. En los países industriales modernos, como Inglaterra o los Estados Unidos, se trata con consideración especial a cierto grupo de electores, precisamente los que no son seguros: el partido demócrata no puede permitirse el lujo de perder el Sur, mientras que el republicano ha de estar atento a los votos de los granjeros. La derrota laborista de 1951 parece que fue debida a la defección de un grupo de electores de la clase media, al que disgustó la austeridad fiscal del *Labour.*

De las iglesias a los ministerios, de la Bolsa al Parlamento, en todo el mundo la burguesía ha tomado su vocabulario arquitectónico, destinado a expresar su poder y el de sus instituciones, del que se creó en la más imperialista de las civilizaciones, la de la Roma antigua.

Estas transferencias, entiéndase bien, no afectan más que una pequeña fracción del cuerpo electoral, pero a menudo bastan para inclinar la balanza en uno u otro sentido: las elecciones, como las batallas, se ganan con los «restos». Así ocurre manifiestamente cuando se trata de regímenes de partido doble, como los de Inglaterra y Estados Unidos, pero tampoco deja de ser cierto para los regímenes de varios partidos, como el de Francia. La victoria de las izquierdas en 1924 y en 1936 y la del Frente Republicano en 1956 fueron debidas al desplazamiento de votos inseguros. Esta relativa fluidez de las clientelas, aunque sea muy reducida, es suficiente para aconsejar a los dirigentes de los partidos la prudencia y la moderación. El *Labour* tendría muy pocas posibilidades de ganar la elección si presentara a los electores un programa rigurosamente socialista. El partido demócrata se expondría a graves tropiezos si fuera demasiado lejos en la ideología del *New Deal*. Lo que es verdad para los partidos de izquierda lo es también, *a fortiori*, para los de derecha. Los *Tories* no habrían conquistado el poder en Inglaterra si se hubieran propuesto desnacionalizar y suprimir la Seguridad Social, reconquistar la India y devolver al Imperio Británico su antigua supremacía.

Los partidos modernos representan los intereses de categorías sociales tan diversas que no constituyen grupos muy coherentes, sino coaliciones bastante laxas, cuyo principal objetivo es el éxito electoral. Los primeros sociólogos que se han interesado en el fenómeno de los partidos han señalado lo que uno de ellos, el alemán Roberto Michels, ha llamado la «ley de bronce de la oligarquía». Después de todo, un partido es una organización como otra cualquiera. No es sorprendente que el poder de decisión no esté distribuido equitativamente entre la masa de seguidores y los dirigentes; además, el sistema de designación de los dirigentes no da iguales oportunidades a todos los seguidores y, por último, los dirigentes, una vez situados en su puesto, tienen tendencia a perpetuarse en él. Considerados como una «máquina» (para emplear el vocabulario americano) o un «instrumento» (según el vocabulario usado en los partidos comunistas), los partidos son sistemas de poder; su eficacia y su rendimiento están ligados a su cohesión. En realidad, este punto de vista, exacto en lo que concierne a los movimientos revolucionarios, no se puede generalizar; si bien es aplicable al partido bolchevique, no resulta del todo conveniente para el partido demócrata americano (sin decir nada del partido radical francés). Para ganar a su causa a algunas categorías sociales, los demócratas se ven en la necesidad de invitar a participar en su organización a los intereses más diversos. ¿Cómo acceden los sindicalistas obreros de las grandes ciudades del Este y el Oeste, los dirigentes racistas del Sur y los jefes de las comunidades étnicas y raciales a tirar del mismo carro? El partido demócrata es probablemente un ejemplo hiperbólico de heterogeneidad. Pero también el *Labour* inglés es una coalición: los sindicatos, generalmente bastante moderados, las cooperativas, las personas físicas y morales que se adhieren al *Labour* tienen intereses y puntos de vista muy diferentes, pese a lo cual se conserva un mínimo de unidad, puesto que ninguno de los elementos que entran en la coalición puede encontrar en otra parte condiciones más favorables para hacer prevalecer sus intereses.

El ejercicio del poder

Los partidos no tienen solamente la función de representar los intereses, sino que contribuyen además a definir los objetivos políticos, es decir, los fines que interesan a toda la colectividad y que ella sola está en situación de realizar. Lo característico de la concepción moderna de los partidos no es el hecho de considerarlos como portavoces cualificados para dar a conocer reivindicaciones especiales, sino de presentarlos como órganos de integración.

Admitamos que los partidos desempeñan efectivamente esta función agregativa. ¿Cómo lo consiguen? Distinguiremos, muy esquemáticamente, dos soluciones. La primera, la más elegante, es la que practican los ingleses. Un partido recibe de la mayoría del cuerpo electoral la plenitud del poder y queda comprometido en un programa que, al elegir sus candidatos, le han confiado los electores. La elección se limita a designar a quienes han de gobernar; los diputados de la mayoría no son intermediarios de sus electores sino los miembros del equipo que ha ganado la elección. Este método es de una gran simplicidad, pero, para poderlo llevar a cabo, se precisa un cierto número de condiciones. Ante todo hace falta que la mayoría no pueda abusar de su poder, lo que le será difícil dada la heterogeneidad de la coalición, y en segundo lugar, que su mandato tenga un límite prefijado. Por su parte la minoría no perderá el tiempo echándose a la calle. No pudiendo derribar al gobierno, lo mejor que puede hacer es procurar ganar las próximas elecciones. La minoría cuenta, más que por sus críticas o sus reservas, por la medida en que es capaz, ante las iniciativas de la mayoría, de proponer otras soluciones. Lo paradójico es que la mayoría recibe todos los poderes (salvo el de cambiar un hombre en mujer, según el famoso aforismo inglés) porque se la pone en una situación en que prácticamente no le es posible abusar de los mismos: la mayoría es soberana precisamente porque es moderada.

Se trata en este caso de un resultado excepcional y casi milagroso. Si todo partido moderno es una coalición, generalmente llega un momento en que ninguno de los partidos puede constituir por sí solo una mayoría, razón por la cual varios de ellos tienen que formar una coalición. Esta situación, corriente durante la III y la IV república francesa, ha sido denunciada con diversas denominaciones, generalmente peyorativas: «el sistema», «el régimen exclusivo de partidos» y, de forma más pintoresca, «la república de los diputados». Esta última expresión va mucho más lejos que las precedentes en el análisis del fenómeno, pues subraya el hecho evidente de que, en ausencia de una mayoría incontestable en el cuerpo electoral, son finalmente los partidos y sus dirigentes quienes, sin preocuparse mucho de las preferencias de los electores, hacen y deshacen los gobiernos según

su capricho. Los alemanes de Weimar llamaban a este régimen *der Parteienstaat:* Estado en el que dominan los partidos. Hay que guardarse de condenar este método basándose solamente en las desgracias que ha acarreado a la Francia de los siglos XIX y XX, pues puede ser de una eficacia respetable, como lo demuestra el ejemplo de ciertos países escandinavos o incluso el de Holanda y el de Bélgica. Pero se precisan dos condiciones muy estrictas: una se refiere a la capacidad de los partidos para mantener acuerdos estables con sus aliados; la otra a la honestidad de aquéllos en relación a sus electores. Para que el sistema sea estable hace falta que los aliados tengan la impresión de que no tienen más alternativa que vivir juntos y que el abandonar la alianza, o incluso el amenazar con hacerlo para intentar así obtener una posición más favorable, no depende del capricho exclusivo de uno de ellos.

Cuando la opinión está dividida en una pluralidad de grupos de los que ninguno puede por sí solo conseguir la mayoría, todo el artificio de las instituciones debe tender a obligar a aquéllos a cooperar. Pueden practicarse diversos medios: el más eficaz consiste en castigar a los que pretendan obtener ventajas exorbitantes. Analizaremos aquí, en esta perspectiva, la práctica del veto presidencial. El lector se sorprenderá, pues los Estados Unidos pasan por ser un régimen de partido doble. En realidad, un presidente demócrata se ve a menudo obligado, para conseguir que el Congreso apruebe su legislación, a sustituir a los sudistas recalcitrantes por algunos republicanos que, en materia de «derechos civiles», por ejemplo, tengan una actitud más progresista. Si el presidente no consigue formar esta coalición, le queda otro medio: hará saber que está dispuesto a poner su veto a tal o cual medida votada por el Congreso, precisamente alguna de particular importancia para un grupo de intereses o para los representantes de una región determinada, con lo que aumentan las posibilidades de una negociación. Luego el presidente retira el veto, que molesta a ciertos parlamentarios, a cambio de la promesa de que éstos dejarán pasar el proyecto que le interesa.

Los límites del consenso

El prejuicio funcionalista por excelencia es el de no ver por todas partes más que armonía e integración. Las sociedades industriales no constituyen, lo hemos dicho desde el principio, unidades coherentes e integradas. Las organizaciones, trátese de burocracias o de empresas, no están en condiciones de resolver ellas mismas todos los problemas que plantean su funcionamiento y su desarrollo. Las firmas capitalistas se ven desgarradas por los antagonismos que enfrentan a propietarios, administradores, técnicos, gerentes, empleados y obreros. En cuanto a las burocracias, no consiguen nunca sustraerse del todo a las presiones de los «clientes» ni liberarse de las autoridades políticas que fijan sus orientaciones y sus objetivos generales. Pero afirmar la realidad de los conflictos no significa afirmar que éstos sean irreductibles. Algunos intereses entablan conversación y resuelven por sí solos sus propias dificultades; otros requieren un arbitraje. Negociación, mediación y arbitraje tienen de común el ser procedimientos artificiales; el acuerdo que preparan resultará de la aplicación consciente y reflexiva de un método más o menos formalizado. Mas el consenso no se refiere tan sólo a los problemas que preliminarmente han sido objeto de una discusión explícita; no hay que confundirlo con la conciliación prudente de intereses divergentes. Nos parece oportuno colocar junto al consenso metódico lo que podríamos llamar el seudoconsenso y el quasiconsenso. Lazarsfeld ha puesto de relieve el número e importancia de las cuestiones sobre las cuales están de acuerdo los electores y los dirigentes de los dos grandes partidos americanos; incluso ciertos observadores europeos han llegado a afirmar que no hay ninguna diferencia entre los programas republicano y demócrata. Esta interpretación es inaceptable. En primer lugar, no considera más que las posiciones finales de los dos partidos, la síntesis estilizada que les servirá de estandarte; además no quiere admitir o ver que, en lo que se refiere a problemas como la progresividad del impuesto, la seguridad social y los derechos civiles de los negros, ciertos sectores ocupan en cada partido posiciones radicalmente opuestas. El consenso no equivale a la supresión de todas las diferencias; sólo exige que no se hallen todas en primer plano. No es falso decir que republicanos y demócratas, conservadores y laboristas, están de acuerdo sobre cierto número de objetivos nacionales, pero bastaría precisar de un modo más riguroso el contenido de este acuerdo para hacerlo desaparecer. No es de esperar que los *tories* renuncien explícitamente al principio de la «libre empresa», aun cuando algunos de sus dirigentes no crean seriamente en la posibilidad de volver a la economía «de papá». Sería igualmente perder el tiempo esperar que los laboristas, que se muestran no obstante tan apartados de la ortodoxia marxista, renuncien a proclamarse «socialistas». Los partidos se ponen más fácilmente de acuerdo cuando los puntos en que convergen requieren soluciones de urgencia más bien moderada y además se prestan a enunciados algo vagos.

El quasiconsenso es la distracción, la confusión, el lapsus, mientras que el seudoconsenso, que procede de la voluntad deliberada de reservarse una ulterior disidencia en las cuestiones espinosas, no es en última instancia más que «mala fe».

¿Desmiente esta concepción los presupuestos funcionalistas que hemos invocado más arriba? No lo creemos. El funcionalismo no ha afirmado nunca que el máximo rendimiento social se consiga automáticamente en todas las sociedades, ni siquiera que la noción de rendimiento tenga un sentido en sociología. Todo lo que pretendemos decir es que no todos los conflictos son del tipo de la lucha a muerte y que algunos son resolubles, a condición de que sean precisos y limitados y que los rivales se contenten, a corto plazo, con soluciones mediocres. La solución será tanto mejor cuanto más halagüeñas sean las perspectivas de crecimiento y progreso.

CUARTA PARTE

grupos y organizaciones


1964

El estudio de la sociedad de masas y de los movimientos que la convulsionan puede ser abordado de dos maneras. En primer lugar podemos observar los cambios socio-económicos y sus consecuencias sobre las instituciones, la cultura o la sociedad en su conjunto. A este enfoque podría calificársele de macrosociológico. Pero al propio tiempo debe captarse el mecanismo de estos cambios, en la medida en que son cambios sociales que conciernen a nuestras propias vidas a nivel microsociológico, o sea, al nivel en que se realiza nuestra vida cotidiana, nuestras relaciones con el ambiente y los *roles* que asumimos.

Aunque parezca curioso, este tipo de enfoque no se ha iniciado hasta hace muy poco tiempo y por primera vez en los Estados Unidos. Todo ocurre como si la sociedad industrial descubriera, al llegar a cierto estadio de su desarrollo, un enfoque concreto de lo humano. La sociedad de masa, ya lo hemos visto, se interesa por el hombre, necesita saber siempre más sobre él, conocerle de una forma cada vez más íntima.

Como muchos de los grandes descubrimientos, el estudio de las relaciones humanas ha nacido en una época que le concedía un interés secundario y lo consideraba indigno, en todo caso, de una explicación científica. Desgajadas del campo estrecho de la ciencia humana del siglo XIX, las relaciones humanas pasan a ocupar un primer plano en el siglo XX.

La difusión de las ideas enunciadas por teóricos e investigadores se ha extendido por los diversos estratos sociales con una rapidez extrema. Los problemas que abordamos aquí son hoy día objeto de una viva toma de conciencia, tanto en el plano científico como en el seno del gran público, y esta actualidad viene a reforzar todavía más el interés que presentan para nosotros.

FRANCO FERRAROTTI

los *roles* sociales

La vida social del hombre implica un cierto número de «roles» que está obligado a asumir y que se traducen por comportamientos que están de acuerdo con lo que los otros esperan de él. El concepto de «rol» social es intermedio entre un análisis de tipo macrosociológico, que esclarece las funciones y se esfuerza en aislar las condiciones en que han de ser cumplidas, y un análisis de las conductas individuales. Es, por lo tanto, un concepto operacional que permite a la sociología manipular hechos psicológicos y relacionar así su trabajo con el de las demás ciencias humanas.

La sociología podría definirse, utilizando una fórmula sencilla, como el instrumento de que se sirve la sociedad para auscultarse a sí misma. La importancia de este instrumento radica en un descubrimiento relativamente simple: el de los aspectos *informales* de la vida social (actitudes, comportamientos y valores que no encuentran nunca una expresión explícita, pero que tienen importancia determinante para hacernos comprender la cultura a la que pertenecemos, la organización en el seno de la cual trabajamos, la sociedad en que vivimos y que reconocemos como *nuestra*). El conocimiento crítico de estos aspectos de la vida humana en sociedad escapa a otras disciplinas, como el derecho, la economía o la historia, a pesar que tratan del hombre en cuanto miembro del grupo y de la sociedad, ya que aquel conocimiento presupone una metodología y un conjunto de técnicas específicas de encuesta que son patrimonio de la sociología y de algunas otras ciencias sociales, como la psícología social y la antropología cultural.

Sin embargo, hasta hace muy poco tiempo no se habían fijado los sociólogos en los aspectos *informales* que ofrece la vida social.

Las redes informales y el movimiento de las sociedades

La sociedad, y especialmente la sociedad industrial compleja en que vivimos, aparece en la realidad mucho menos rígida de lo que la describen el organicismo y el funcionalismo antiguo y nuevo.

Más que a un conjunto de estructuras funcionales determinadas y rígidas o a un cuerpo bien integrado de órganos diversos en mutua dependencia, cabe compararla a un chorro «magmático» y constante que «cambia de forma sin cesar», según expresión de Vilfredo Pareto. Parece explicarse mejor en términos de *proceso* que en términos de organismo. Detrás de la fachada de los esquemas funcionales rígidos, ordenados explícitamente y codificados formalmente, dentro y fuera de los organigramas específicos y detallados, racionales e impersonales, se sitúa, vive y se desarrolla sin cesar la red multiforme y pruridimensional de las relaciones interindividuales reales, de los contactos y las influencias cotidianas, de las estructuras relacionales complejas (aunque sean débiles) de los pequeños grupos más o menos cristalizados que se suman para constituir, en su multitud cambiante, la sustancia sociológica real de las grandes estructuras institucionales. Estructuras sobre las que gira la sociedad como una puerta sobre sus goznes.

No se trata, queremos subrayarlo, de oponer de modo abstracto la estructura institucional formal y el contenido sociológico substancial o, en otros términos, el aspecto formal oficial y el aspecto informal real. Tanto la estructura institucional como el contenido sociológico o el aspecto informal son, uno y otro, *reales*.

En un plano diferente, aunque siguiendo una lógica de desarrollo que presenta una analogía profunda con la evolución ulterior del análisis sociológico, los orígenes mismos de la sociología como ciencia en el sentido propio del término presentan una problemática muy sugestiva: la que sostiene la tendencia a la autonomía de la sociedad civil con-

tra el aparato del Estado, que es lo mismo que decir la tendencia a tomar conciencia de la diferenciación entre la esfera de la comunidad social y la del Estado. Dentro de la esfera de las estructuras sociales de la sociedad civil se esboza una diferenciación análoga entre la esfera de la personalidad individual y la de las estructuras institucionales. Sin embargo, es evidente desde el primer momento que una doctrina que hiciera excluirse recíprocamente los dos terrenos de estudio y sus respectivas premisas (es decir, en términos de peligros reales, el psicologismo de una parte y un determinismo causal grosero de la otra), conduciría el análisis sose eventualmente entre el funcionamiento y las reglas escritas ciológico a un punto muerto y acabaría, probablemente, por privar a la sociología de una de sus misiones fundamentales: medir e interpretar la separación o escisión que puede crearde las estructuras institucionales de una determinada sociedad y los comportamientos colectivos efectivos, las relaciones «interindividuales», las representaciones que los individuos tienen de sí mismos y de los demás.

No todos los que cultivan las ciencias sociales parecen haber sido igualmente sensibles a esta evidencia. En efecto, entre el punto de vista estructuralista y el punto de vista socio-psicológico existe para algunos una oposición tan radical, metodológica y sustancial a la vez, que no cabe más que renunciar simplemente a discutir el problema de sus relaciones. Mas, por esto mismo, se ven obligados a admitir la existencia de una disidencia fundamental entre la persona y la estructura, entre el plan socio-psicológico y el plan estructural de la investigación. No comprendemos entonces cómo se puede evitar que la sociología caiga en la trampa de los falsos problemas y en el callejón sin salida de dilemas mecánicos y estérilmente dicotómicos.

El concepto de *rol*

El concepto de *rol* se presenta, gracias al análisis sociológico, extraordinariamente útil como concepto mediador entre la persona (tomada como individuo singular) y la estructura. Irreductible a las exigencias formales de la estructura pero dependiente sin embargo de las características imprevisibles, lábiles, sociológicamente insignificantes de la conducta estrictamente individual, *el «rol» se define como una fusión de elementos individuales y colectivos,* como un denominador común y una diferenciación individual. Hace así posible el análisis contextual del aspecto formal y del informal de todo hecho social y de toda situación humana significativa.

La noción de *rol* es, pues, una noción típicamente mediadora y equivale, desde que el sabio americano Georges H. Mead la formuló por primera vez a una tentativa de superar las posiciones individualistas implícitas en todas las teorías sociológicas de fundamento bio-psicológico. A través de ella se ve la sociedad no como una cosa absoluta, sino más bien como un conjunto de relaciones sociales determinadas. Dicho de otra forma: la sociedad está constituida por *el conjunto de personajes que los individuos representan en ella.* Gesto, lenguaje, símbolo, significación; la comunicación entre los individuos, que está en la base de la vida social, se basa en dos operaciones fundamentales, sin las cuales no se puede dar: el *role-taking* y el *role-playing.* «Adoptar, asumir un *rol*» significa esencialmente ponerse en el lugar del otro, de modo que pueda preverse su respuesta. La acción individual se hace social en la medida en que se desarrolla teniendo en cuenta las reacciones posibles de los otros e intentando adaptarse a ellas. Toda relación social exige en realidad una adaptación recíproca; el gesto, respuesta a un estímulo, se realiza como signo de gestos futuros, previsibles. Ciertas categorías de gestos se presentan, por ejemplo, como indicación explícita de un estado de satisfacción y, de esta forma, como medios adecuados para estimular una colaboración «interindividual». Los gestos, así concebidos, son, por su efecto acumulativo, la manifestación y al propio tiempo la causa de las actitudes.

El lazo social — pertenencia comunitaria o pertenencia a un grupo — emana entonces del hecho de que el individuo debe, en toda acción determinada, ser consciente de la significación de su gesto y prever la respuesta que éste provoca en los otros, a fin de utilizarla para regular su propia conducta; debe, en fin, saber comprender la actitud del otro en respuesta a su gesto. Cuando esta comprensión existe, puede decirse que ha comenzado la comunicación humana verdadera y propiamente dicha, en otras palabras — para emplear la fórmula de Georges H. Mead —, que ha nacido el símbolo significativo, es decir, el contenido común necesario para una comunidad de significación.

En esto, según Mead, consiste la inteligencia: «Esta forma de asumir el *rol* y la actitud del otro no es solamente uno de los aspectos diversos o una de las expresiones de la inteligencia o del comportamiento inteligente, sino la esencia verdadera de su carácter».

Roles y juegos

Basta con mirar a nuestro alrededor. Es un fenómeno que se verifica ya, al nivel más elemental, en el mundo animal. Sin embargo, la aptitud de «asumir un *rol*» se desarrolla especialmente en el ser humano, probablemente a causa de la larga duración del período infantil, que permite al niño vivir mucho tiempo en relación estrecha con quienes le prodigan los cuidados necesarios, y pedirles la satisfacción de sus necesidades por medio de gestos, especialmente vocales. Pero el campo de actividades en el que el mecanismo de «asumir un *rol*» y la noción misma de *rol* encuentran su mejor confirmación es, si se deja aparte el del lenguaje articulado y el gesto, el del juego. El niño juega a ser el maestro, la madre, etc.; se trata de un juego muy serio, en el que el niño se coloca en el lugar de las personas que representa, se «identifica» con ellas asumiendo su comportamiento típico.



La palabra persona tiene su origen en la voz italiana «persona», la que originalmente significa máscara. Pero en su acepción más moderna, esta palabra ya no es lo que disimula a la persona sino todo lo contrario, es decir, aquello en torno a lo cual se constituye ésta.

No se trata, sin embargo, de una simple imitación. A este respecto, Mead ha hecho notar la diferencia entre el juego en el sentido inglés de *play* y el juego en el sentido inglés de *game.* El niño — observa Mead — cumple sucesivamente los diversos *roles,* pero no los organiza en forma de representarse él mismo ante los personajes que interpreta. Los diversos *roles* quedan independientes entre sí. Por otra parte, no teniendo todavía organizado su universo de representación, el niño no sabe considerarse como objeto, es decir, no ha constituido todavía su propio *yo.* En una fase ulterior en la que el *play* se hace más complejo y abre camino a la aparición del *game,* el niño, en cierto sentido, se *desdobla.* Si, por ejemplo, juega a agente de policía, no se limita solamente a cumplir las funciones y a ejecutar los actos de este personaje, sino que se vuelve hacia sí mismo consciente de su papel de policía: se arresta a sí mismo, se hace su propio proceso, se formula preguntas y respuestas, se dirige a sí mismo como maestro y como padre o se imagina jugar con un compañero.

A través de este desdoblamiento se crea una verdadera estructura organizada y se establecen las bases del desarrollo de un verdadero *psicodrama,* como lo definirá más tarde Moreno. El análisis de Mead se hace particularmente agudo y acertado cuando se pone a examinar el *juego de grupo.* En este caso es evidente la trama de los *roles,* su diversidad y su «especificidad»; cuando un grupo de muchachos «juega a indios», cada niño dispone de una serie de estímulos que suscitan en él las respuestas que quisiera provocar en los otros. Sobre la base de la respuesta que quisiera dar a dichos estímulos, se organizan éstos y se pasa así del *play* al *game,* es decir, a un tipo de juego regido por leyes que todos los participantes deben conocer y seguir. De hecho, las reglas del juego no son otra cosa que la expresión de la organización de los diversos *roles* que cada participante en el juego asume como suyos. La diferencia entre el *play* y el *game* es, a este respecto, significativa: en el *game* el niño se halla en disposición de adoptar la actitud de cualquier otro participante y, de esta forma, se establece una red de relaciones entre los *roles* diversos; cada individuo se coloca en su propio lugar y reacciona de manera apropiada a su posición, en tanto que en el *play* el niño reacciona a un cierto estímulo y su reacción es la misma que suscita en los otros. Cuando el niño puede actuar en la situación social representada por el *game,* darse cuenta de las reglas que la rigen y seguirlas, también es capaz de prever en sí mismo las reacciones de cualquier otro miembro del grupo y, por tanto, de regular su conducta en función de tales previsiones. En otros términos, el niño se sitúa entonces como un individuo entre otros individuos comprometidos en la misma actividad. Por ejemplo, en un partido de béisbol cada jugador debe reconocer los «*roles*» de los otros para poder regular así su propio comportamiento; debe saber, pues, qué significan los gestos y el comportamiento de cada uno de los otros jugadores, para estar en situación de cumplir con éxito su propio cometido en el juego.

En el *game,* el niño no encuentra tan sólo el sentido de su propio gesto y de su propio *rol,* sino que descubre también a los otros y el sentido de la alteridad de los otros; socializa, por así decirlo, su propia acción al prever y tener en cuenta las acciones que realizan los otros. Todas estas reacciones, según la terminología de Mead, constituyen en su conjunto «el otro generalizado» *(generalized other),* es decir, la expresión explícita y estructurada de las respuestas de todos los miembros del grupo, la universalización del proceso de la «toma de *rol*»; por esto dice aquel autor que «la actitud del "otro generalizado" es la actitud de la comunidad entera». La teoría de Mead nos ofrece, pues, una interpretación completa de la vida social, la cual pretende resolver en el conjunto de las relaciones mutuas y los *roles* que aquélla suscita.

Sin embargo, cabe oponer serias críticas a varios puntos de esta interpretación.

El status y el condicionamiento de los *roles*

Debe citarse en primer lugar la crítica de Georges Gurvitch: la teoría de Mead a propósito de la importancia de los *roles* sociales «es profunda, aunque muy exagerada y demasiado limitativa a la vez. Exagerada porque reduce toda

la realidad social a los *roles* que se desempeñan e intercambian, ignorando todos sus otros aspectos en profundidad. Y excesivamente limitativa porque no considera más que los *roles* asumidos por los individuos en las «relaciones con los otros», y no tiene en cuenta el hecho de que estos *roles* y sus relaciones no son posibles más que sobre la base del nosotros, de los grupos, de los conjuntos que sirven de marco a cada «intercambio de *roles*» y que asumen a la vez sus propios «*roles* sociales» *(La vocation actuelle de la sociologie)*. Sin embargo, el individualismo de Mead había encontrado ya un primer censor atento en la persona del antropólogo americano Ralph Linton, quien, en colaboración con Abraham Kardiner, ha enriquecido la noción de *rol* con toda una serie de nociones anexas. El *rol* está estrechamente ligado a la noción de «tipo de base de personalidad» (o *personalidad de base,* según la traducción de M. Dufrenne), como asimismo al concepto de *status,* en la doble acepción de *status atribuido* y *status adquirido,* según se trate de un *status* independiente de la voluntad de los individuos o, por el contrario, del *status* que constituye el punto terminal, la adquisición resultante de una acción de los individuos. Está también ligado, en definitiva, a la idea de *modelo* de comportamiento *(pattern)* asociado a una cierta posición en la sociedad. Así, la noción de *rol,* demasiado grosera todavía en Mead, se subdivide en una serie de significaciones, entre las cuales, partiendo del postulado de que el *status* social es en su conjunto la situación atribuida al individuo por los miembros de su grupo, es posible distinguir los diversos *roles* que corresponden a los diversos *status* (*roles* «dominantes», «superiores», «inferiores», «subalternos», «generales», etc.).

El concepto de *rol* aparece así en toda su riqueza y se adapta a todas las estructuras institucionales. En el círculo de la familia, por ejemplo, tenemos los *roles* de padre, madre, hermano, hermana, etc. Cada uno de ellos tiene su contenido particular, implica actitudes determinadas (autoridad, obediencia, superioridad, inferioridad, etc.) y es objeto de una atención especial por parte del grupo y de la comunidad. Por esta razón constituye un hecho fundamental para el individuo y lo condiciona en ciertos aspectos importantes de su comportamiento. Todo *status* tiene como homólogo un tipo determinado de *rol*. En una sociedad esencialmente estática, como puede serlo la agrícola, predominan los *roles* «atribuidos», es decir, los *roles* ligados a condiciones relativamente independientes del individuo aislado. En cambio, en la sociedad industrial, siempre más abierta que la anterior, predominan los *roles* adquiridos, los que dependen de características individuales, de la competencia técnica específica, de la capacidad.

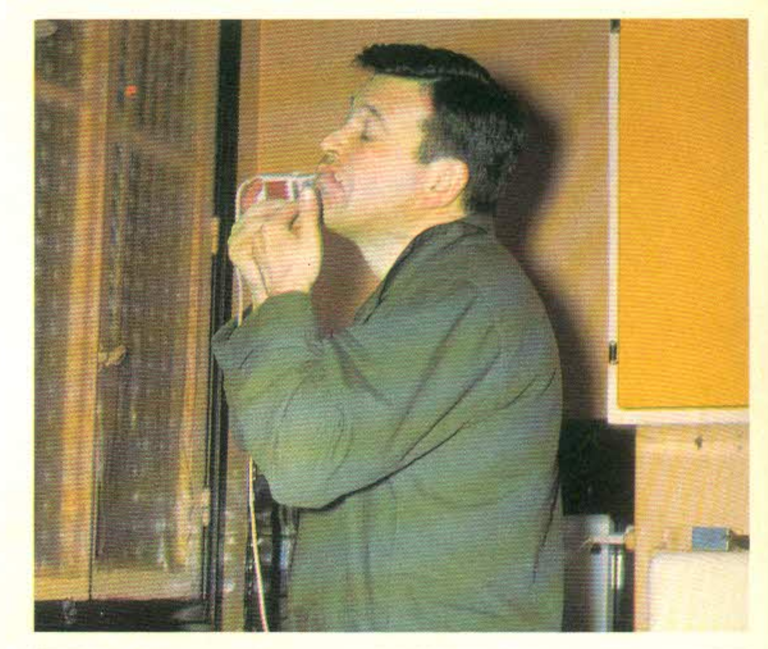
Sin embargo, esta capacidad individual, aunque idealizada, tiene un campo de acción bien delimitado. Encuentra



¿Se le encontrará algún día al realismo socialista soviético un sabor popular? Por el momento, esta tentativa sistemática de exaltar el cumplimiento de un rol *social «productivo» parece ser que ha fracasado...*

un primer límite en el hecho de los comportamientos determinados que implica todo *rol*. Un segundo límite es el establecido por el carácter recíproco de los *roles*, es decir, por el hecho de que a cada *rol* le corresponde un *rol* simétrico (al de marido, el de esposa; al del obrero, el de patrono, etc.). La acción personal aparece, pues, como condicionada, no tan sólo por el marco estructural e institucional que define toda vida en común, sino también, y de forma todavía más sutil y menos aparente, por la trama de los diversos *roles* sociales y de los esquemas referenciales, por los complejos de valores y, en una palabra, por los modelos de comportamiento que encontramos en el fondo de toda cultura y de los que los *roles* sociales extraen toda su fuerza y su justificación.

Así concebidos, los *roles* sociales constituyen indudablemente un instrumento de investigación precioso para el sociólogo, lo que explica el fracaso relativo de las críticas, aún las más radicales, formuladas contra la noción de *rol*. Por lo demás, el valor de conceptos operacionales como el de *rol* no ha de buscarse solamente en su rigurosa coherencia interna, sino también en la fecundidad de las investigaciones que permite.

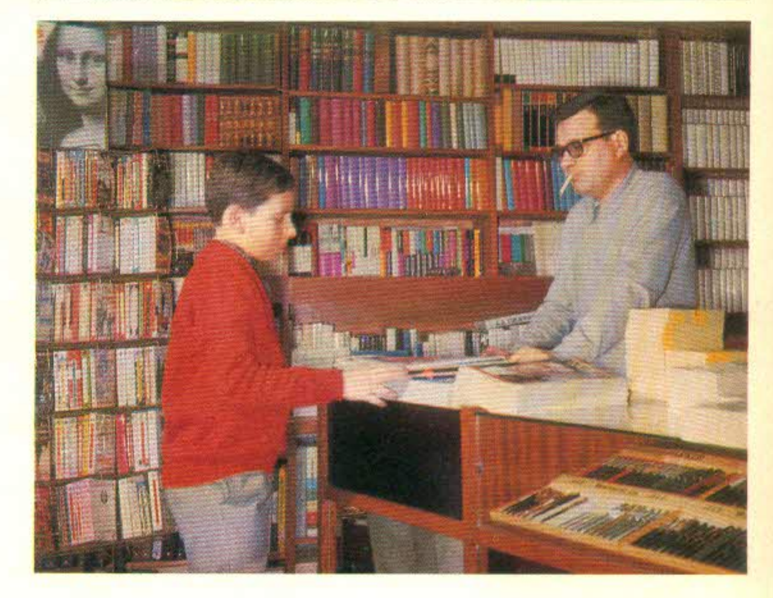


Los grupos primarios

Desde este punto de vista, el concepto de *rol* ha pasado la prueba del fuego y sus resultados se han mostrado muy positivos. Recordemos brevemente los trabajos precursores en el campo de la sociología, la industria y el trabajo, realizados por Elton G. Mayo. Como observa con mucha agudeza Michael S. Olmsted (*The small group*, New York, 1959), estas investigaciones han permitido algo más que el descubrimiento de ese factor misterioso que hace aumentar la productividad global y la productividad horaria de cada hombre, independientemente de las condiciones físicas y normativas del trabajo, y que se ha dado en llamar impropiamente el «factor humano»; los investigadores han descubierto también fenómenos de alcance más vasto de lo que parecía a primera vista. Estudiando grupos restringidos de trabajadores en condiciones predeterminadas, establecieron ciertos principios generales de la organización de los grupos sociales elementales o *grupos primarios*.



a) Las personas que se hallan en contacto recíproco continuo, como es el caso en un grupo de obreros, tienen tendencia a constituir una organización social informal, que implica un modelo de comportamiento «hacia fuera» o «más allá» de la uniformidad de movimiento y comunicación necesaria para evitar las dificultades y alcanzar un objetivo. Este comportamiento es una mezcolanza sutil de actividades evidentes, palabras, gestos, sentimientos e ideas que acaban



Una jornada es, desde el punto de vista social, el paso continuo de un personaje a otro, una especie de juego de Frégoli al que cada individuo se dedica con la mayor seriedad del mundo e inconscientemente...







marcando como un emblema a «los nuestros» por oposición a «los otros».

b) Un factor importante de este organismo social informal es el código de grupo. No se trata, por lo menos en sus partes más importantes, de un código escrito y es muy posible que los miembros del grupo ni siquiera se den cuenta de lo mucho que modela su comportamiento. De todas formas, este código no tiene una eficacia automática o universal y no actúa sin entrar en conflicto con otras tendencias y presiones. Además, el código del grupo primario prescribe la lealtad y, de hecho, da la siguiente orden: «Sé de los nuestros. Todos los otros son unos imbéciles.»

c) En el interior del grupo no todos se comportan de la misma forma. Se produce, por diversas razones, una distribución de *roles:* uno de los miembros se convierte en el bufón del grupo y otro en el señor; unos son jefes y otros vasallos, unos gozan de gran prestigio y otros de muy poco. En la sala de observación de montaje de hilos, en la *Western Electric Company* de Hawthorne, la fábrica en la que Elton G. Mayo ha realizado durante doce años sus encuestas más conocidas, se manifesta un fenómeno concomitante: la subdivisión del grupo en dos bandas rivales que diferían por sus hábitos de trabajo y su posición social.

El juicio global que puede hacerse sobre los trabajos de Mayo varía enormemente. Fueron exaltados, casi siempre sin ningún sentido crítico, por los industriales que le rodeaban, quienes esperaban haber encontrado en sus investigaciones la justificación científica de las técnicas de tratamiento psicológico y de la verdadera servidumbre mental que intentaban aplicar a sus obreros. Han sido criticados, a menudo sin exceptuar nada de su obra, cuando no con un furor ideológico doctrinal, por los adeptos del estructuralismo. Pero es indiscutible que el descubrimiento de la importancia de los aspectos *informales* y de las relaciones reales en las que se expresa la vida de los pequeños grupos, representa para el sociólogo una base sólida.

Las bandas de adolescentes

Esta comprobación se verifica manifiestamente en numerosas investigaciones especialmente realizadas en los Estados Unidos, es decir, en un medio cultural en el que se insiste tradicionalmente en la necesidad de cohesión del cuerpo social, constituido históricamente por grupos étnicos y culturales de inmigrantes, muy diferenciados por lo tanto, y en el que existe una viva preocupación, muy democrática, por la formación espontánea, la organización y la estructura de la autoridad en los pequeños grupos.

...Solo delante de su espejo; dando órdenes al empleado del garaje; frente a un cliente; con su familia; discutiendo con su socio; o bien mirando la televisión, el señor X es en cada ocasión un hombre diferente.

A este respecto pueden citarse los estudios de Frederic M. Thrasher (*The gang*, Chicago, 1927) sobre las bandas de menores existentes en los bajos fondos de Chicago. «La banda — escribe Thrasher — es un grupo primario... Explica prácticamente todo tipo de comportamiento de grupo, incluso la más fría deliberación y la programación. Además, la banda puede crear toda una tradición y casi una cultura propia; en este sentido, es como una sociedad en miniatura.» La noción de *rol* — de *role taking* y de *role playing* — es fundamental para el análisis de la organización interna de la banda. «Todo miembro de la banda tiende a poseer una posición bien definida en el grupo. Las tareas comunes exigen una división del trabajo. Para triunfar en la lucha (contra otras bandas, contra la policía o contra la sociedad en general) hace falta un jefe dotado de cierta autoridad, aunque sea implícita, y, por consiguiente, cierta sumisión y cierta disciplina por parte de los demás miembros. A medida que la banda desarrolla actividades más complejas, en el interior del grupo se definen las posiciones y se diferencian más netamente los *roles* sociales.

La diferenciación de los *roles* sociales es un factor de eficacia; al mismo tiempo, constituye un instrumento capital para que el grupo controle la conducta de sus miembros. Las observaciones de Thrasher tienen, a este respecto, gran interés. Según él, la unidad del grupo no es un hecho simple que pueda considerarse natural. Salvo en circunstancias particulares y momentáneas, el prestigio del *leader* no basta para explicar la cohesión de la banda. Existe en ella una forma de «democracia», por así decirlo, y el jefe debe adaptarse de modo muy preciso a los deseos de la banda. El grupo posee un código común, una cultura con sus normas propias y sus símbolos particulares que contribuyen a su unión. Es corriente que se llegue a las manos para aclarar discusiones, pero incluso esto se hace de acuerdo con las reglas más o menos definidas del código.

Se pueden encontrar afinidades profundas con el tema principal de las investigaciones de Frederic M. Thrasher en los trabajos de William Foot Whyte, particularmente en *Street Corner Society* (Chicago, 1943), obra en la que el autor analiza la función de la banda en la vida de los niños pobres de la comunidad italiana de Boston. La diferencia más notable entre las dos obras reside en el método. En tanto que Thrasher efectúa una encuesta de tipo extensivo, basándose sobre todo en los datos de segunda mano (expedientes de la policía y de los asistentes sociales e informes proporcionados por antiguos miembros de bandas), Whyte ha desarrollado un análisis profundo de algunas bandas, en la vida de las cuales ha participado él mismo aplicando la difícil técnica de la *observación participante*. Lo que más le llama la atención es la estructura rígidamente jerárquica de las bandas, aunque vistas desde fuera pueden dar la impresión de agrupaciones anárquicas. Whyte observa que en realidad no se trata tan sólo de que el grupo en general ejecuta lo que el jefe sugiere, sino que cada miembro tiende a comportarse en función de su posición en el grupo, es decir, según el *rol* que desempeña. Whyte dice, por ejemplo, que el tanteo obtenido por los muchachos en el juego de bolos no refleja tan sólo su habilidad natural, sino también su rango en el interior del grupo. Cuando un muchacho atrevido desafía a otro de rango superior, los demás miembros del grupo ejercen sobre él presiones diversas (burlas u otros medios psicológicos) para que el provocador pierda la partida.

El análisis del contenido del *rol* del *leader* en términos de psicología del comportamiento constituye, aún actualmente una contribución de primer orden a la investigación sociológica, sobre todo en la medida en que desenreda la madeja de los aspectos formales e informales, la configuración de los esquemas de comunicación entre los miembros de la misma banda, los canales por los que transcurren las instrucciones desde el mando hasta los «estratos inferiores».

En el estudio de Whyte la función de *leader* es aprehendida con extraordinaria claridad: «El *leader* da más dinero a los miembros de su banda que éstos a él; pero, cuanto más se desciende en la jerarquía de la organización, más raros son los casos en los que el *leader* se siente obligado a dar dinero [...] El *leader* procura no crearse obligaciones con los miembros inferiores del grupo. Es el núcleo de la organización; cuando él falta, los miembros del grupo se dividen en varios grupos pequeños; cuando él aparece, cesa toda actividad común y toda conversación general [...] En todo momento es el centro de la discusión. Un muchacho comienza a decir algo, se interrumpe cuando se da cuenta de que el *leader* no le escucha y reemprende su discurso cuando ha conseguido llamar la atención de aquél [...] El *leader* es el que actúa cuando la situación lo exige y es más rico en recursos que sus compañeros. La experiencia le ha demostrado que sus ideas son justas; en este sentido «justas» significa simplemente que satisfacen a los miembros del grupo. Es el más independiente en su juicio.

Los *roles* de autoridad

Basándose en los resultados de estudios realizados en el interior del pequeño grupo y también en un vasto material histórico, Hans Gerth y C. Wright Mills distinguen en los *roles de autoridad* tres funciones principales:

a) En primer lugar, la función de representación y encarnación del poder y de sus atributos.

b) En segundo lugar, la función de *legitimación* del poder de hecho, gracias a la elaboración de una doctrina apropiada que tiende a racionalizar, es decir, a explicar en términos racionales y a justificar teóricamente la situación de hecho.

c) Por último, la función verdadera y propiamente dicha del ejercicio del poder detentado, es decir, el *mecanismo de adopción de la decisión* relativa a la utilización de los recursos materiales y humanos en vista de los fines que se per-

siguen (H. Gerth y C. W. Mills, *Character and Social Structure,* Londres, 1954).

La sociometría

La determinación del contenido de los *roles* de autoridad es, pues, importante para explicar la manera concreta en que opera la estructura normativa de la sociedad.

La preponderancia de los *roles* atribuidos o de los adquiridos, de los *roles* «democráticos» o autoritarios, puede proporcionar datos significativos acerca de una sociedad, tan esenciales para comprender la forma y la dinámica de su desarrollo como lo son los datos relativos a la estructura económica, la constitución jurídica, la organización política formal, etc. En el plano del análisis psico-sociológico, la noción de *rol* es importante para fijar las características de las relaciones individuales y la estructura de los grupos primarios. En este sentido ha sido utilizada sobre todo por J. L. Moreno, fundador de la *sociometría,* tentativa genial de medición cuantitativa y cualitativa de las relaciones entre dos o más personas que constituyen un grupo de *asociados.* Son asociados de un grupo los individuos que entran en contacto con los otros miembros a niveles diversos de libertad o de condicionamiento individuales, a través de: *a)* la «aceptación del *rol*», que deja un margen mínimo o prácticamente inexistente a la iniciativa personal; *b)* el «juego del *rol*», que permite por el contrario un cierto grado de autonomía personal, y *c)* la «creación del *rol*», que permite e incluso implica la plena disposición de la iniciativa espontánea del actor. En este último caso, según expone Moreno, el individuo consigue una plena realización de su personalidad por medio de la «producción espontánea» de sí mismo: «Los aspectos inaprehensibles de lo que se llama el *yo,* aparecen en los *roles* en que éste opera» (J. L. Moreno, *Fundamentos de sociometría).*

Analizando los *roles,* no tan sólo cuando son complementarios, sino en los aspectos que los diferencian y contrastan, se llega a comprender mejor, según Moreno, una cultura determinada, en la medida en que el concepto de *rol* se organiza como un sistema de referencia a la acción práctica, más flexible y menos abstracto y general que los conceptos de «personalidad» o de «yo». Moreno le atribuye una anterioridad casi absoluta: «No son los *roles* los que emergen del *yo,* sino el *yo* el que puede emerger de los *roles.*» Moreno insiste en el carácter práctico, si no revolucionario (como dice a menudo, no sin cierto énfasis), de la sociometría. A partir de la teoría de la diversidad de los *roles* y del recurso al *role playing,* sostiene Moreno que desde ahora es posible resolver gran parte de los problemas sociales que preocupan a la sociedad industrial favoreciendo una adhesión más inmediata y personal a las funciones cristalizadas de una sociedad racionalmente organizada.

En realidad, desempeñar un *rol* no implica solamente la aceptación pasiva de un esquema de comportamiento rígido, sino también una decisión espontánea del individuo que se introduce en el *rol* y lo hace revivir de forma personal.



La banda de adolescentes es un grupo primario con un código común y una cultura con sus normas y sus símbolos, y la noción de rol *es fundamental para analizar su organización. El famoso film «West Side Story» nos proporciona un buen ejemplo (foto Los Artistas Asociados).*

Tal vez haya de considerarse esta exaltación del momento de espontaneidad creadora del individuo, como la aportación más original de Moreno, pero también el límite de su contribución. Las investigaciones sociológicas efectuadas en los grupos sociales elementales parecen confirmar un punto importante que Thrasher había ya establecido al referirse a las bandas de menores de la zona metropolitana de Chicago: la necesidad del acuerdo interior del grupo, es decir, la facultad que el grupo como tal tiene de funcionar en relación al individuo como un instrumento de control social. Entre los medios que el grupo emplea para imponer el dominio sobre sus miembros. Thrasher clasifica los castigos físicos inmediatamente detrás de la «opinión de grupo». La importancia de la violencia y de la coacción material y moral no debe subestimarse ni aun en los pequeños grupos. Desde este punto de vista, las experiencias de laboratorio, en cuanto se basan en el postulado de una *adhesión absolutamente espontánea,* corren el riesgo de alejarse de la realidad de las relaciones sociales concretas y caer en el formalismo psicológico.



GEORGES LAPASSADE

los pequeños grupos en las instituciones

La sociología actual no parece ya hallar en el análisis de la sociedad global razones para temer o esperar un hundimiento rápido y catastrófico de los regímenes políticos y las instituciones. Es absurdo pensar que ha perdido su capacidad crítica. He aquí un ejemplo de que no ha sido así. Aunque el estudio de los pequeños grupos se ha desarrollado a veces al amparo de tentativas de hacer aceptar por la base las decisiones unilaterales de lo más alto, este estudio puede también desembocar en un replanteamiento radical de los marcos institucionales y el orden establecido.

El grupo, en la vida diaria, es la familia, el club, el taller, el equipo, la oficina. Estos marcos de nuestra existencia diaria tienen fines y razones de ser muy diversas, a veces incluso opuestas. Y no obstante, en todos los grupos se dan casi los mismos problemas. En el esfuerzo común para alcanzar nuestros fines a través de los conflictos y los momentos de cooperación, de las dificultades para comunicarse y las fases de diálogo intenso, de las cuestiones de autoridad y las decisiones tomadas en común, en cada grupo tomamos contacto con lo que constituye el grupo: todos esos mecanismos y el hecho de que estemos *embarcados* en la misma empresa, juntos, solidarios hasta en nuestros conflictos más agudos y, como se dice actualmente, «*interdependientes*». Un grupo es ante todo y en general, un conjunto de personas «interdependientes» en la persecución común de ciertos objetivos: el trabajo, el juego, las luchas sociales.

Sin embargo, hasta el siglo XX los psicólogos no han descubierto las leyes generales del funcionamiento de los grupos, su dinámica interna. Ya en 1900, en Francia, Alfred Binet plantea un programa muy completo de investigaciones sobre los pequeños grupos; pero el trabajo de investigación no se emprende realmente hasta el año 1920, con Moreno, fundador del psicodrama y la sociometría; y no es sino en 1939-40 cuando Kurt Lewin emprende el estudio experimental de los pequeños grupos, de la dinámica de grupo. La sociología del conocimiento no dejaría de poner de manifiesto la vinculación entre estos primeros descubrimientos de Moreno y Lewin y la decepción social y política que siguió a la primera guerra mundial: al igual que Sócrates y Rousseau, Kurt Lewin, un judío alemán que había emigrado a los Estados Unidos, piensa que no podrá reconstruirse la democracia si no es a partir de los pequeños grupos. Moreno inventa el psicodrama, instrumento de desreificación social, en el momento en que aparecen claramente en el nuevo Estado soviético los primeros síntomas de burocratización; en el momento en que la social-democracia europea se enfrenta con su fracaso, cuando fallan los grandes sistemas; el momento del surrealismo, de Kafka, de los análisis marxistas de la reificación. Así, el grupo se opone a la institución.

Este conflicto entre los pequeños grupos y las instituciones, que a veces toma el carácter más académico de antagonismo entre sociólogos y psicólogos, parece expresar de un modo más agudo lo que expresaban ya dos «filósofos de los pequeños grupos»: Sócrates y Rousseau.

Sócrates, el monitor de pequeños grupos

«Sentémonos en círculo» *(en kyklo)*, propone Sócrates en el principio de *La República*. Crea así el pequeño grupo, casi al margen de la Ciudad, cuyo objetivo es la búsqueda de la verdad en común. Interviene sin que se lo *pidan*, pero también sin enseñar nada, porque no es un *sabio*, sino un *buscador* perpetuo de la verdad entre la ignorancia general y admitida. Ha descubierto, como dijo Nietzsche, «que era el único en confesarse que no sabía nada, mientras que en sus peregrinajes críticos a través de Atenas, entre los hombres de estado, los oradores, los poetas y los artistas, encontraba por doquier la ilusión del saber». La sociedad oficial griega consagra ya a cada cual dentro de su saber especializado; pero el diálogo, el pequeño grupo, se convertirá en el lugar en que estas ilusiones son finalmente destruidas.

La cohesión del pequeño grupo está ligada a la comunidad de los fines: aquí a la filatelia.

El hombre de la ilusión, el hombre viejo, ha muerto en el grupo, como en los viejos ritos de iniciación. Es posible volver a nacer, aquí y ahora, en el grupo y a través de ese grupo, si cada cual está dispuesto a dar el primer paso y ayudar al propio Sócrates a seguir adelante. Cada cual se convierte en monitor para el otro. El nuevo nacimiento del grupo es, al propio tiempo, el nacimiento de Sócrates. Porque he aquí que se manifiesta en el grupo —en el que sin duda no se han vencido todas las resistencias— una intención común de verdad que fundamenta la reciprocidad de los intercambios.

Este primer iniciador *moderno* opone, frente a las viejas iniciaciones y a las muchedumbres manipuladas, el trabajo colectivo del pequeño grupo al que se niega a dirigir y al que ayuda, sencillamente, a progresar, lejos de Eleusis y del ágora, de las viejas divinidades agrarias y de las autoridades políticas. Y por esto, el pequeño grupo socrático será considerado por los demás, los que permanecen al margen de él, como una fuente de desorden y de agitación: Sócrates se convierte en elemento peligroso porque reúne a hombres y adolescentes en una situación de intercambio que no deja nada en la imprecisión, que ya no confunde verdad y autoridad, dialéctica y manipulaciones sofísticas, saber y no saber. Así, el pequeño grupo se convierte, dentro de la democracia ateniense, en el único ámbito de una democracia real en la que cada cual renuncia a sus máscaras: un grupo al propio tiempo terapéutico y pedagógico, pero sin un *leader* consagrado, sino sólo con su monitor. Este modelo se perderá, en nuestra civilización, tras la muerte de Sócrates, para ser parcialmente redescubierto gracias a la crisis que atraviesa la sociedad contemporánea. Rousseau comprendió, sin embargo, lo que significaba el *momento* de Sócrates, y volvió a descubrir, sin duda en un plano muy diferente, esta función del pequeño grupo basada en la organización, contra la de la «democracia» griega cuyo mito hemos conservado y añoramos.

Juan Jacobo Rousseau y el contrato de grupo

El Contrato Social es el requisito mínimo para que un pueblo sea pueblo, o, como diríamos hoy, para que un grupo sea un grupo; es la decisión común de existir y de hacer algo juntos, de renunciar a la búsqueda exclusiva de intereses privados para servir a objetivos comunes. Es el paso de la animalidad a la humanidad: el hombre se humaniza en y a través del grupo. Pero este grupo no es este *otro*, exterior a nosotros mismos, como querrían ver los sociólogos de la escuela de Durkheim: Rousseau es mucho más «psico-sociólogo» que «sociólogo»; ve en el Contrato Social ese «tercer» mediador que cada uno de nosotros es para con los otros y que los demás son para con nosotros. El Contrato es un vínculo de «interdependencia» que no crea la dependencia.

Rousseau cree que un sistema como éste pudo funcionar realmente en las ciudades griegas y romanas. Nosotros lo creeríamos también, como otros muchos, si Sócrates no nos hubiera enseñado que las multitudes griegas ya eran «manipuladas» por los tribunos. El hecho es que quizá teníamos necesidad de proyectar en el pasado la *utopía* de una sociedad en la que todos los miembros participan y se comunican realmente. Esta sociedad no podemos encontrarla más que en la experiencia de los microgrupos; Rousseau la ha soñado en la sociedad cerrada de *La Nueva Eloísa*.

Pero Rousseau es al mismo tiempo un analista político que sitúa el momento en que la comunicación se degrada, en que el poder se aleja, en que el Estado soberano se separa de sus súbditos. Todo el movimiento del *Contrato Social* trata de dar una descripción explícita, y a partir de sus orígenes, de este fracaso del grupo relacionado con la ideología de los pequeños grupos en nuestra sociedad industrial.

Porque la degradación de las relaciones sociales y de los grupos se ha agravado todavía más con el advenimiento del maquinismo disgregador —Marx lo subraya continuamente— de las estructuras de las viejas comunidades y, sobre todo, de las estructuras familiares y profesionales. En los tiempos de Rousseau, sólo la dimensión geográfica de los Estados parecía provocar la dislocación del grupo y le hacía desesperar de encontrar *realmente* una solución. Rousseau, filósofo de los grupos, no es un reformador social. Sólo con la sociedad industrial nacerá una idea de los grupos y de las técnicas de grupo propuestas como soluciones activas para evitar la degradación de los contactos humanos.

Fourier y la utopía de los grupos

Fourier puede ser considerado como el verdadero precursor de la psico-sociología de los pequeños grupos e incluso de las técnicas de grupo. Esta es, por lo menos, la tesis que un psico-sociólogo, Robert Pagès, ha sostenido a partir de un análisis riguroso de la doctrina de Fourier. Ve en él el origen de la *experimentación* social y política al único nivel donde tal experimentación es posible: los pequeños grupos y los microorganismos sociales. Pues el grupo, para Fourier, es también la dimensión de una empresa.

Profundamente *directivo*, propone el plan riguroso y sistemático de una sociedad socialista en la que, por lo que atañe al sistema institucional, no se deja nada a la improvisación. Los grupos de base (de formación, de producción) están rigurosamente integrados en un conjunto que asegura su coordinación y sus intercambios. Este es, quizá, al comienzo de la era industrial, el nacimiento de la psicosociología con Fourier, y luego Proudhon y Auguste Comte, aunque el término no figure en el vocabulario positivista.

Antes que Lewin y la dinámica de grupo, antes que los cibernéticos sociales, Fourier quiso ser el Newton de una

sociedad de pequeños grupos. Quiso analizar el orden, o más bien el desorden, de la naciente sociedad industrial refiriéndose a un sistema «de armonía» organizado científicamente teniendo en cuenta las pasiones del hombre. Este sistema social implica una «interpsicología» no represiva, a pesar de la subordinación del sistema a los planes establecidos por Fourier. Esta subordinación anuncia la «sociocracia» de Auguste Comte, el *human engineering,* el psico-sociólogo-rey.

Proudhon

Los seguidores de Fourier sólo pedían a las autoridades la autorización para realizar micro-experimentos en los que se prepararían científicamente las bases de la sociedad futura. Proudhon ha criticado severamente la «utopía» de Fourier: «Una idea poco feliz, a mi modo de ver, de la escuela falansteriana, fue la de haber creído que arrastraría a mucha gente, si se le permitía construir un primer falansterio modelo. Se suponía que el mayor o menor éxito de una primera prueba conduciría a una segunda, y entonces, cada vez más rápidamente, una población empujaría a otra y llegaría un día en que los 37.000 ayuntamientos de Francia se encontrarían transformados en grupos de armonía, en falansterios. En política y en economía social, la epigénesis, como dicen los fisiólogos, es un principio totalmente falso. Para cambiar la constitución de un pueblo, hay que actuar a la vez sobre el conjunto y cada una de las partes del cuerpo político; nunca insistiremos bastante en ello.»

Esta crítica anuncia las que hoy día ciertos sociólogos hacen a los psico-sociólogos. Se «denuncia» el error de una «revolución» a través de los pequeños grupos — la revolución sociométrica de Moreno, el «seminario» lewiniano — en nombre de un paso previo necesario, el del cambio social en su conjunto. No se puede empezar por los grupos; hay que cambiar el conjunto de instituciones y destruir el viejo sistema social. Pero cuando Proudhon reclama «una soberanía efectiva de las masas trabajadoras, reinantes, gobernantes», vuelve a los sistemas de grupos y sufre a su vez los golpes de las críticas irónicas de Marx.

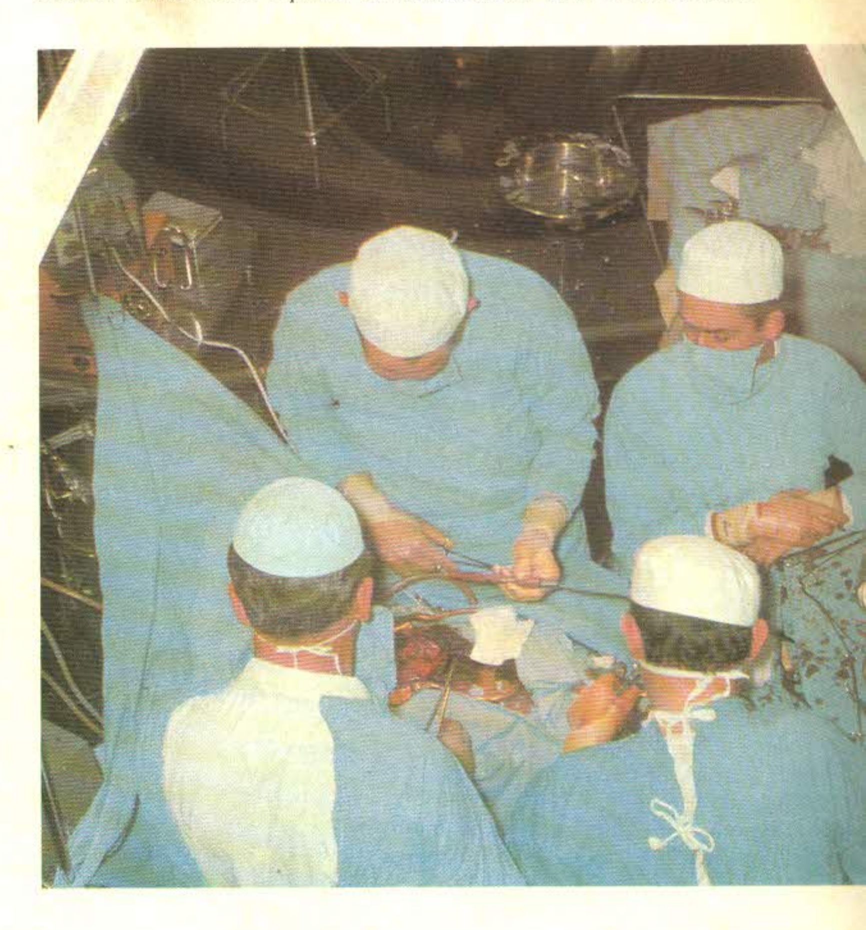
Karl Marx y los marxistas

No puede haber sitio en la obra de Marx, dados los fundamentos de sus análisis, para una teoría positiva de los pequeños grupos. El autor del *Manifiesto* y de *El capital* muestra, por el contrario, cómo la sociedad industrial y el reino de la burguesía disuelven las relaciones humanas en todas las esferas de la vida social. Pero se lleva a cabo una labor dialéctica en la existencia social a partir de esta disolución necesaria. Así, la disgregación del grupo familiar prepara una forma futura y superior de la familia: «en la historia. al igual que en la naturaleza, la putrefacción es el laboratorio de la vida...».

Las formas corporativas del trabajo también han cambiado. La «cooperación» (título de un capítulo de *El capital*) en las modernas empresas implica meramente una «solidaridad» de yuxtaposición sólo mecánica. En el «trabajo desmenuzado» cada cual realiza una tarea muy especializada en la fabricación de los objetos. Los «grupos» son el producto de la división del trabajo y de la concentración de los obreros en las fábricas-cuartel. Pero la *Commune* de París anuncia ya, según Marx, el *self-government* de los trabajadores, la autogestión obrera, base del sistema social futuro. La revolución social restablecerá, a un nivel superior, la verdadera cooperación. El paso previo es, necesariamente, la conmoción total del sistema, el cambio radical de la organización capitalista de la producción.

Lenin desarrolla lo que, en la obra de Marx, se encuentra apenas esbozado. Auncia una sociedad de participación integral: «La cocinera debe poder gobernar el Estado»; pero, en la práctica, conserva el modelo autoritario de organización de la producción, contra la oposición obrera que reclama, en 1921, la autogestión. Trotsky concuerda

Todos los grupos se enfrentan con los mismos problemas en su esfuerzo común hacia un fin: conflictos y momentos de cooperación, dificultades de comunicación y fases de diálogo intenso. Tal vez en la sala de operaciones es donde este esquema se encarna de un modo más dramático.





En los grupos de jugadores, las relaciones institucionalizadas entre los miembros se definen en términos especialmente precisos: las reglas del juego. Hay otras reglas más sutiles sobre el comportamiento de los jugadores, sus conversaciones, sus actitudes frente al éxito o el fracaso, el interés que deben manifestar en relación con el juego: son datos que el sociólogo puede tal vez observar más fácilmente aquí que en otros grupos reales.

con Lenin en este punto, a pesar de la capacidad de análisis microsocial que manifiesta, sobre todo en el *Curso nuevo*, donde se desarrolla una verdadera sociometría política de las relaciones entre la burocracia y los grupos fraccionarios. Para Marx y los marxistas, la sociedad de los pequeños grupos queda relegada a futuro lejano.

Auguste Comte, primer microsociólogo

Comte admite que las doctrinas socialistas de su tiempo tienen algo de cierto. Levanta acta de una «orientación espontánea» del proletariado hacia la sociabilidad efectiva que se manifiesta principalmente en la «memorable prontitud de nuestra población en formar por doquier unos clubs sin ninguna agitación especial, a pesar de la ausencia de todo verdadero entusiasmo». Así son los clubs revolucionarios y las asociaciones obreras.

Pero estos clubs tendrán que perder, en la era positiva, su función negativa y crítica para integrarse en el nuevo orden espiritual. «Entonces constituirán el principal punto de apoyo de la reorganización espiritual.» El verdadero significado de estos clubs, «templos del porvenir», está deformado por las doctrinas de todos los «perturbadores occidentales». A partir de ahora, el positivismo tendrá como misión la de remplazar la agitación por la cooperación, la política revolucionaria por la nueva religión cuyos sacerdotes serán los sociólogos, o, según Comte, los sociócratas. Estos deberán educar al proletariado en pequeños grupos organizados espontáneamente, y destruir al mismo tiempo las peligrosas utopías que consisten en «recurrir a medios políticos allí donde deben prevalecer los medios morales».

Porque lo temible en estas utopías es, sobre todo, su hostilidad a la organización jerarquizada de la producción: «Esta utopía no es menos opuesta a las leyes sociológicas por su desconocimiento de las constituciones naturales de la industria moderna cuyos jefes indispensables quisiera apartar. No hay ejército sin oficiales como no lo hay sin soldados; esta noción elemental se adapta tanto al orden industrial como al orden militar... No sería posible ninguna gran operación si cada ejecutante tuviera que ser también administrador, o bien, si la dirección estuviera vagamente confiada a una comunidad inerte e irresponsable.»

Hay que hacer notar que ya en 1921, Lenin y Trotsky, en nombre de las necesidades del momento, opusieron más o menos los mismos argumentos a los que reclamaban la dirección colegiada de las empresas, es decir, simplemente la democracia de los Consejos. Los psico-sociólogos no llegan hasta aquí. En primer lugar evitaron — como ahora se verá —, plantear el problema, y prefirieron en un primer momento, separar el problema de los talleres de los de la organización general de la empresa y tratar los grupos sin «tratar» directamente las instituciones. Y ésta es la orientación esencial de las primeras intervenciones en las empresas, cuyo verdadero precursor es Elton Mayo.

Elton Mayo y los grupos de producción

A principios del siglo XX, los jefes de empresa descubren la importancia de los «factores humanos» del rendimiento. En 1927, Elton Mayo es llamado a consulta por la dirección de la *Western Electric Company* para estudiar los problemas humanos del rendimiento industrial. En el curso de un primer período, observa un equipo de obreras trabajando en una estancia escogida especialmente. Un observador ayudante seguirá su comportamiento cotidiano durante dos años y, a partir de estas observaciones, se intentará deducir los factores que influyen en el sentido de un aumento del rendimiento. Se obtiene un resultado análogo disminuyendo las horas de trabajo o concediendo una pausa en el transcurso de la cual se sirve el té a las obreras. De este modo, cualquier medida parece eficaz. Luego se vuelve a las condiciones iniciales y se observa que el rendimiento sigue siendo más alto que antes de la intervención. De ahí la necesidad de considerar un factor que no se había tenido antes en cuenta: el grupo. Estas obreras mantienen buenas relaciones entre sí, y esto facilita el trabajo. Estas relaciones «informales», que se reflejan en ciertos cambios en la organización formal y oficial del trabajo, desempeñan un papel positivo.

Se procede seguidamente a un segundo experimento en la misma empresa. En un taller trabajan nueve montadores, tres soldadores y dos comprobadores. El trabajo de los soldadores está técnicamente subordinado al de los montadores, y el de éstos, al de los comprobadores. Los nuevos obreros obtienen progresivamente una promoción en su cualificación, mientras que los salarios permanecen ligados a la producción del grupo. La observación ha permitido poner de manifiesto la existencia en este equipo de un reglamento implícito de vida común: los obreros no han tratado de aumentar individualmente sus ganancias. Por otra parte, el equipo ha funcionado como si se dictara a sí mismo unas normas que no pudiera transgredir. Existía cierta solidaridad obrera actualizada en una autorregulación del equipo, un sistema «informal» que había que tener en cuenta para comprender los mecanismos sociales de la producción.

Un análisis sociométrico más fino ha permitido observar otros elementos: la existencia de subgrupos diferenciados en su comportamiento, ciertos fenómenos de ayuda recíproca en el trabajo provocados por algunos cambios de puesto. En resumen, la vida social del equipo con sus juegos, su comportamiento en la producción, sus relaciones, sus conflictos internos, el reparto de funciones, ha podido ser analizada. Con esta experiencia nace la psico-sociología industrial centrada en el análisis de los grupos de trabajo.

Desde entonces, el problema de las relaciones humanas en la empresa está claramente planteado. El movimiento de las *human relations* encuentra aquí su origen. Se va a encontrar luego con otro movimiento surgido del laboratorio y de la investigación: el de la *dinámica de los grupos*. Pero, antes de describir este encuentro y para continuar siguiendo el orden histórico, hace falta ahora mostrar con el psicodrama que es, esta vez, de origen europeo, el descubrimiento de otra aproximación a los pequeños grupos.

Moreno, el psicodrama y la sociometría

A finales de la primera guerra mundial, un psiquiatra de origen rumano, J. L. Moreno, organiza en Viena una escuela de arte dramático inspirada, notoriamente, en las investigaciones de Stanislavsky. Es una escuela de improvisación que escoge algunos de sus temas de la vida ordinaria. Un día, Moreno propone a una de sus alumnas, Bárbara, que deje su papel habitual de ingenua para interpretar el de una prostituta vulgar y agresiva implicada en un acontecimiento cualquiera. El compañero de la actriz advierte entonces una mejora en el comportamiento privado de ésta. Moreno atribuye esta mejora al cambio de papel. El hecho de interpretar este nuevo papel ha tenido consecuencias terapéuticas, o como afirma Moreno, catárticas. El término está tomado de la teoría aristotélica del teatro. Pero, mientras que, según el filósofo griego, el público es el beneficiario de esta función catártica, Moreno descubre que la catarsis puede ejercerse sobre los propios actores. De este modo se ha efectuado el paso del «teatro de la espontaneidad» al psicodrama, del arte dramático a la psicoterapia.

Pero a través de este progreso, persiste la misma inspiración. Moreno asigna al psicodrama la misión de restaurar la espontaneidad perdida en nuestra civilización, la espontaneidad de los orígenes y de la infancia. En el escenario psicodramático, los compañeros del drama hallan de nuevo un estado de gracia análogo al del nacimiento tal como lo concibe Moreno: nacimiento de un ser inacabado y creativo por razón de este mismo inacabamiento. El psicodrama es la infancia vuelta a encontrar a voluntad, la desreificación de los *roles* sociales petrificados, los redescubrimientos del impulso creador y la capacidad de inventar incesantemente soluciones a las dificultades de la vida cotidiana.

Al comienzo de la sesión tenemos el grupo: los «clientes», el «psicodramista» y sus ayudantes, y, a veces, un público-participante. El «psicodramista» empieza creando la «fusión» en el grupo, el clima. Es el *warming up*, mecanismo necesario que va a hacer posible la búsqueda progresiva de un tema en el que cada cual se sienta implicado. Después, se elabora un boceto sobre este tema que servirá de trama a la improvisación dramática, momento culminante de la sesión, seguido por un comentario de lo que se ha manifestado. Esta es la curva ideal de una sesión de «psicodrama»: un *psicodrama* es el conjunto de las sesiones dedicadas al tratamiento de un caso, al igual que un «psicoanálisis» es el conjunto de las sesiones que constituyen un tratamiento, una «cura» psicoanalítica. Durante *algunas* sesiones se representan papeles. Pero el psicodrama no se limita tan sólo a estos «sketch» de intención terapéutica. Es algo muy distinto y, sobre todo, constituye una técnica de grupo. Moreno reivindica para sí también el título de fundador de las terapéuticas de grupo.

Es, finalmente, el inventor de la *sociometría*. Cuando haya emigrado a Estados Unidos, Moreno tratará desde otro punto de vista, más general, el problema de los grupos. Ya, en los jardines de Viena, observaba a los niños; y ya el psicodrama orientaba su reflexión hacia las dificultades de las relaciones sociales. Al ocuparse de un campo de personas desplazadas, había observado que esas personas se adaptaban más fácilmente a la situación si se las autorizaba a agruparse de acuerdo con su propia elección. Esta observación se vuelve a encontrar, sistematizada, en el «test» de las «elecciones sociométricas» que consiste en preguntar a los miembros de un grupo «a quiénes les gustaría tener por compañeros para llevar a cabo tareas concretas». A partir de los resultados obtenidos con estos cuestionarios, Moreno procede a un análisis del grupo, identifica a sus *leaders*, a los «apartados», a los subgrupos, a las «redes». El sociograma es la representación gráfica de esta organización interna del grupo (1). Hay que diferenciarlo del organiograma, que es una representación figurada de una estructura oficial: jerarquía de las personas y los grupos en una fábrica, una escuela, un hospital. La exploración sociométrica revela otras «jerarquías», otros sistemas de poder y de dependencia. Muy pocas veces coinciden organigrama y sociograma. Una tal coincidencia, si fuera general, significaría que el sistema social es enteramente aceptado y que lo eligen todos los miembros del grupo. La *revolución sociométrica* se habría llevado a cabo.

La institución define un marco estructural: pero dentro de este marco se forman, por afinidad, unos grupos informales cuya acción puede alterar mucho el desarrollo normal de las funciones institucionalizadas.



La revolución sociométrica no es sólo «la revolución en y a través de los pequeños grupos»; es también el cambio social. Y es también una revolución permanente en el interior de la revolución social. Es la voluntad de impedir que las sociedades nuevas se burocraticen, de conservar el impulso social que produce los cambios decisivos, conmueve las viejas estructuras y vuelve, por un tiempo, a la espontaneidad creadora de los grupos sociales «en fusión».

La sociometría se presenta así como una técnica del cambio social. Su base es psicológica o, más exactamente, interpsicológica: el test sociométrico revela las simpatías y las antipatías, las estructuras aceptadas y las que se rechazan. Moreno tiene el sentido de la «dimensión institucional» en los grupos. Su intervención, justamente célebre, en una institución de reeducación de jóvenes delincuentes (descrita en *Los fundamentos de la sociometría*) muestra claramente que decide intervenir a nivel del sistema *institucional*, con su distribución social de las funciones y todo lo que crea una institución interna, situando y modificando los pequeños grupos.

La intervención sociométrica en los grupos y las instituciones está animada por el espíritu del psicodrama. Se trata, como en él, de dejar libres la espontaneidad, la capacidad creadora, la capacidad de inventar una historia personal o colectiva. Se trata, pues, de conocer los grupos, no sólo en plan de investigación, sino también para facilitar los cambios. El psico-sociólogo opta *a priori* por los cambios. Esta opción, la volveremos a encontrar en la obra teórica y práctica de Kurt Lewin.

(1) Sobre el sociograma se tratará con más detención en el tomo IV de *La aventura humana*.

Kurt Lewin y la dinámica de grupo

Los comienzos de K. Lewin son bastante distintos de los de Moreno. Lewin es, ante todo, un hombre de laboratorio que se dedica a la psicología experimental tal como se practica en los laboratorios desde fines del siglo pasado, con métodos que pretenden ser rigurosos, controlados y con un objeto de estudio que es, ante todo, la psicología llamada «general» (las emociones, las percepciones, la memoria, la voluntad). Pero Lewin es al propio tiempo un teórico riguroso. En su período alemán, elabora ya una psicología topológica que sitúa a la persona en su medio ambiente, psicología inspirada en las teorías de la forma *(Gestalttheorie)*. Trata también de fundar, al igual que Freud, pero sobre otras bases experimentales y con otros instrumentos teóricos, una psicología dinámica que presente la personalidad como un sistema de fuerzas, un lugar de conflictos en el que se oponen necesidades y deseos, tendencias y resistencias a los cambios. Desde estas primeras investigaciones, hacia 1938-1939, se enfrenta en Estados Unidos con los problemas de los grupos. La teoría lewiniana de los grupos es una teoría del *campo* de grupo y, por extensión (como vemos en el pensamiento más reciente de Lewin), del *campo social*. El «campo» sigue caracterizándose por su sistema de fuerzas y por la interdependencia de sus elementos. Pero el interés de Lewin por los grupos no sólo se explica por la historia de su pensamiento y de sus preocupaciones teóricas y experimentales. Emigrado, es profundamente hostil a las dictaduras. Se preocupa por inventar soluciones nuevas a los problemas de la democracia. Estas soluciones, para que sean rigurosas, deben ser controladas. Lewin experimentará en el laboratorio, con sus ayudantes, tipos de funcionamiento social. Es significativo que su primer experimento, el de los «tres climas sociales» (autoritario, democrático y «laissez-faire»), esté directamente inspirado en instituciones pedagógicas y políticas.

El experimento de los «climas sociales»

El «clima autoritario» es el de la escuela tradicional, el de las sociedades tradicionales, y también el de algunos sistemas socio-políticos contemporáneos. El clima democrático es el de la escuela nueva, y constituye una manera de expresar el ideal político de las sociedades occidentales. El clima del «laissez-faire» es el de los pedagogos liberales de Hamburgo, después de la primera guerra mundial; y es, al mismo tiempo, la manifestación de una política socialista y hasta anarquista. Este primer experimento de Lewin trata de valorar, a partir de un control experimental riguroso, el comportamiento democrático de los grupos.

En 1938 y 1939, Lewin y sus ayudantes hacen un experimento con grupos de niños a los que se invita a fabricar máscaras de teatro bajo la orientación de un instructor. Se distribuye a estos niños en tres tipos de grupos: autocráticos, democráticos y «laissez-faire».



Al inventar la dinámica de grupo, Kurt Lewin sólo pensaba en el análisis sociológico; pero su sistema, ha modificado a veces los marcos de pensamiento y acción en el seno de las instituciones. El efecto de un «brain storming» (arriba) a menudo rebasa el problema a que apuntaba.

En el comportamiento autoritario de los grupos, cualquier determinación de la «política» viene del instructor que es quien decide la tarea que hay que llevar a cabo. En el comportamiento democrático, por el contrario, cualquier cuestión «política» (de actividad) del grupo es materia de discusión entre el grupo y su instructor. En el comportamiento del «laissez-faire», finalmente, el grupo tiene absoluta libertad de decisión y el instructor no participa en la elaboración de las decisiones, pero está a disposición del grupo. Además, en la conducta autocrática, las técnicas y etapas de actividad son dictadas cada día a los niños por el instructor y no hay «planificación» a largo plazo, es decir, no se fija un objetivo a alcanzar. Sólo el instructor conoce la finalidad de las operaciones que se llevan a cabo. En el comportamiento democrático, al contrario, se discute y se establece en común (los niños y el instructor) un plan de trabajo a largo plazo. En el del tipo «laissez-faire», el instructor suministra los materiales si se le piden. Pero no delibera con el grupo de niños. Está a su disposición para darles, cuando se lo pidan, materias primas e indicaciones técnicas, etc. Pero no hace sugerencias ni decide nada.

Por lo demás, el instructor autocrático asigna a cada componente del grupo su trabajo. El es el que forma el grupo y distribuye a los componentes. En el grupo democrático, los miembros del grupo son libres de trabajar con uno (o varios) compañeros a su elección, y se deja al grupo la distribución de las tareas. En el grupo «laissez-faire», el instructor sigue siendo el «presente-ausente». Por último, el instructor autocrático elogia o censura a cada uno de los niños. En el grupo democrático se esfuerza en ser objetivo y aprecia el trabajo del grupo. En el clima de «laissez-faire», se abstiene de juzgar el trabajo.

Con el fin de eliminar las variables personales de los instructores (o su carácter), se les hace asumir en grupos distintos los tres papeles. Así se procura suprimir todos los factores variables (en especial, mediante la constitución homogénea de los grupos), y se conserva sólo uno: los «climas sociales creados artificialmente» en los tres tipos de grupos.

Una vez establecido esto, podrán provocarse artificialmente acontecimientos experimentales en estos grupos. Por ejemplo, se introduce un perturbador (un falso barrendero que levante polvo), o el instructor abandona el grupo. Se graban en un magnetófono las reacciones de los niños, así como la vida entera del grupo. Se puede establecer entonces cómo el hecho de vivir en un clima autocrático, democrático o de «laissez-faire» influye sobre el grado de agresividad de los grupos. En el «clima democrático» es donde la agresividad es menor y mejor controlada. Las entrevistas con los niños de los grupos, realizadas tras el experimento, muestran igualmente de modo significativo que el clima democrático atrae la atención de los participantes que declaran estar dispuestos a «volver el año próximo» (el experimento se realizó en un campo de vacaciones).

La intervención en las instituciones sociales

Este experimento demuestra que los pequeños grupos se conciben como algo que implica una idea de la «democracia» y más en general del funcionamiento social. El estudio de los pequeños grupos no es amorfo; el psico-sociólogo tiene una orientación. La tiene ya a nivel de laboratorio, es decir, antes incluso de su *intervención* en la sociedad. El compromiso existe siempre en el estudio de los grupos.

Existe en especial en la intervención. Lewin interviene en los conflictos sociales y los raciales. Facilita los cambios necesarios, por ejemplo, el de los hábitos dietéticos en períodos de penuria. En 1943, se trataba de facilitar el consumo de carne de buey (con lo que disminuía la calidad consumida) en seis grupos de 13 a 17 amas de casa. Tres grupos asistieron a *conferencias* de 45 minutos dedicadas a ensalzar la riqueza en vitaminas del buey y dar algunos consejos culinarios. Los otros tres participaron en discusiones colectivas con un experto en nutrición.

Se obtuvieron entonces los siguientes resultados: el 3 % de las amas de casa de los tres primeros grupos y el 32 % de las de los otros grupos cambiaron de «hábitos culinarios». Estos resultados evidencian la eficiencia de las decisiones tomadas en grupo. Prueban también que el psico-sociólogo tiene la posibilidad de combinar la acción directa y la experimentación de acuerdo con el principio lewiniano de la «investigación activa» *(action research).* Por último, abren a la investigación un nuevo campo que consiste en analizar e investigar sobre los muchos problemas del cambio social.

Otra intervención, que se cita a menudo, fue realizada por Coch y French en una empresa de confección, la *Harward Manufacturing Corporation.* Esta empresa tropezaba con resistencias por parte del personal cuando se producían cambios en los puestos de trabajo, debidos a la evolución de las técnicas empleadas, y estas resistencias se manifestaban por una baja del rendimiento, despidos, hostilidad hacia la dirección, etc. El experimento se llevó a cabo con cuatro grupos de obreros:

— en el primer grupo (18 obreros), se explicó sencillamente la necesidad de los cambios;

— en el segundo grupo, algunos representantes de la masa obrera participaron en las decisiones;

— en los otros dos grupos (7 y 8 obreros) todos los trabajadores participaron en las decisiones. En estos últimos grupos fue donde los cambios se aceptaron mejor, en tanto que la resistencia más fuerte se encontraba en el primero.

Un experimento de este género aporta un fundamento científico a la ideología de la autogestión obrera, aún en el caso de que sus organizadores persigan otros objetivos o formulen sus descripciones sin situarlos en su dimensión institucional y política.

La intervención del psico-sociólogo en las empresas, y, más en general, en los organismos sociales, presenta ciertos rasgos esenciales, que podrían ser ilustrados con un ejemplo tomado de la literatura. En *El Castillo* de Kafka, vemos que K., el agrimensor, llega al pueblo con la intención (¿o la misión?) de determinar «fronteras»: es su oficio. Pero busca al «cliente», individuo u organización que le ha llamado y se enfrenta con las *resistencias* del grupo que se manifiestan por diversos síntomas: ¿cómo telefonear al castillo? Las *comunicaciones* funcionan mal. El *Castillo* es la organización petrificada, «burocratizada», con su complejidad secreta, que descubre el psico-sociólogo cuando aborda los problemas de su sociedad porque una organización lo consulta.

El doctor Elliot Jaques realizó una intervención muy interesante en una fábrica de cojinetes, la *Glacier Metal Company,* situada a las afueras de Londres y que cuenta con unos 1.500 trabajadores. La intervención empieza en abril de 1948 con una primera fase: la implantación (se concreta la función de los psico-sociólogos que no participan en la dirección de la empresa y son sólo «consultivos»). En julio de 1948, E. Jaques dirige la intervención del equi-

po que está a disposición de la colectividad. Entre 1948 y 1951, grupos distintos le consultan para pedirle ayuda en la resolución del problema de las remuneraciones, del comité de los delegados del personal, etc. A través de estas intervenciones, se analiza la estructura social de la empresa, su «cultura» (convenciones, costumbres y tabúes) y la personalidad de los miembros. Se trabaja especialmente para facilitar las comunicaciones en la empresa, clarificar los papeles y concretar las responsabilidades.

La intervención del psico-sociólogo en los grandes grupos (las empresas, las administraciones, las escuelas, los hospitales...) comporta un cierto número de técnicas específicas. A partir de entrevistas y cuestionarios se lleva a cabo un primer diagnóstico: lo importante es adquirir un conocimiento objetivo de la organización cliente y saber cómo la conciben sus miembros. (Así, tal o cual organización practica una política de ventas, o de producción, o de publicidad, etc. y sus miembros perciben con mayor o menor claridad esta política, la aceptan o no.)

Además, una empresa es un «grupo de grupos». Reúne equipos, despachos, talleres, de acuerdo con ciertas formas de organización. Entre estos grupos se difunde la información por caminos formales (circulares, etc.) o informales (rumores). Estas comunicaciones chocan con ciertas barreras que pueden ser superadas. Éste puede ser uno de los objetivos de la intervención que alcanza una nueva fase con la comunicación (llamada *feedback*) de los primeros resultados. Estos resultados pueden ser estudiados por grupos en algunas reuniones que utilicen ciertas técnicas de animación. Por otra parte, desde el principio de la intervención se intenta a menudo constituir grupos reguladores con los miembros de la organización cliente. Estos son los grupos, o comités, con los que se prosigue y amplía el trabajo, provocando la participación, cada vez más extensa y más profunda, de los otros miembros de la organización.

Este es, por lo menos, el objetivo a que se apunta: que los miembros del grupo comprendan los problemas que, en principio, les afectan aquí y ahora; buscar las soluciones, determinar los cambios necesarios y facilitar los que provocan resistencias. Queda claro el camino que se ha seguido desde las primeras investigaciones de Elton Mayo: hoy el taller se halla en la totalidad de la empresa, se analizan los pequeños grupos en su contexto institucional y ya no se concibe una intervención limitada a un sector parcial. Esta experiencia, que afecta a todo el sistema de la empresa, toma así un sentido muy distinto.

Y no obstante, estas intervenciones psico-sociológicas se enfrentan aún con las mismas objeciones ideológicas: sólo se quiere ver en ellas el último descubrimiento de las clases dirigentes para *manipular* a los trabajadores y para instaurar la colaboración entre las clases en la empresa capitalista. No estamos seguros de que la realidad sea tan sencilla. Es cierto que la intervención en los grupos se propone a veces explícitamente reducir las tensiones, hacer aceptar los cambios (de puestos de trabajo, de personal, de «política»). Pero es igualmente cierto que una intervención contribuye a la toma de conciencia de los problemas y que saca a la luz todos los sistemas informales y conflictuales producidos por los antagonismos de intereses. La discusión sobre el significado *social y político* de la intervención en los grupos e instituciones sigue abierta. Se la encuentra, por otra parte, formulada en términos más o menos parecidos, a nivel de las nuevas técnicas de formación, entre las cuales vamos a estudiar en especial el método del *training group*.

El *training group* y el análisis institucional

Lewin murió demasiado pronto (en 1947) para asistir al desarrollo de los métodos de formación que llevan hoy a todas partes, de forma activa y a veces hasta mesiánica, la enseñanza inspirada en los principios de la dinámica de grupo. En efecto, desde el verano de 1947 se han venido

Después de la familia, el pequeño grupo informal constituido al margen de la escuela por los propios niños es el que representa el factor más poderoso y también más eficaz de su socialización; y éste es el marco en el que hacen el largo aprendizaje de un mundo en el que cada cual debe saber crearse un lugar dentro de un conjunto social.







El trabajo de los tipógrafos les lleva tradicionalmente a formar pequeños equipos que, a menudo, desbordan el marco institucional: en efecto, muchas de las ideas que habían de convertirse en las de la clase obrera e iban a animar su lucha por la emancipación de los trabajadores, nacieron entre los tipógrafos del siglo XIX y hoy aún, la platina, sigue siendo a menudo la base de lanzamiento de muchas reivindicaciones obreras.

desarrollando las sesiones y seminarios *de entrenamiento al diagnóstico* que se caracterizan, ante todo, por la técnica original del *training group* o *T. Group*.

Al igual que el psicodrama, el grupo de formación (llamado también grupo de base o de diagnóstico) fue inventado de modo fortuito. Explicaremos brevemente cómo.

En el transcurso de la sesión de formación psico-sociológica que se desarrollaba en Bethel, Maine (Estados Unidos) en 1947, los animadores del seminario de psico-sociología, alumnos de Kurt Lewin e investigadores del «Centro de Investigación en dinámica de grupo», cambiaban impresiones sobre sus respectivos grupos (grupos de enseñanza y ejercicios). Estos cambios de impresiones interesaron a los participantes en el seminario. A instancia de ellos, estos diagnósticos concernientes a los grupos organizados en el *aquí y ahora* del seminario les fueron comunicados. El principio del *training group* había sido descubierto.

Un *training group* es un pequeño grupo de cerca de diez personas que se reúnen para formarse con un monitor de dinámica de grupo. El grupo analiza su propio funcionamiento con ayuda de este monitor que, no obstante, no da consejos ni enseñanza alguna. Sólo informa al grupo, si lo juzga necesario, de cómo ve o analiza la situación.

Progresivamente, los miembros del grupo asisten y participan en el nacimiento de su grupo, aprenden a prescindir del monitor y a analizar por sí mismos el funcionamiento del grupo de que forman parte. La relación del grupo con su monitor «socrático» se analiza también en el transcurso de quince o veinte sesiones que constituyen generalmente la base de la formación. Se trata de un grupo que funciona a «puertas cerradas» en un clima de tensiones que permite el análisis *en caliente* de su funcionamiento.

El *training group* constituía al principio, y constituye todavía, una actividad esencial en los seminarios de formación psico-sociológica. No es, pues, extraño que ocupe una parte del horario del seminario (una o dos sesiones diarias) al lado de otros ejercicios de formación.

Pero se practica también el grupo de diagnóstico intensivo con una duración habitual de tres días sin actividades complementarias de formación. La fórmula de los seminarios de dinámica de grupo presenta, sin embargo, la ventaja de agrupar varios *T. Group* en el marco de una estructura,

la institución del seminario, que puede servir para el *análisis institucional* de esas estructuras, así como el estudio activo de las relaciones entre los grupos, en el transcurso de reuniones primarias a las que asisten todos los participantes de la sesión, monitores y alumnos.

El conocimiento activo de los grupos se viene divulgando masivamente a través de estos seminarios, y esta divulgación motiva críticas muy parecidas a las que se dirigen a la intervención en las empresas.

Puede objetarse a estas críticas que el *training group* es una escuela de la decisión colectiva. Es un lugar donde se aprenden las condiciones funcionales de la autogestión consciente y analizada, siempre y cuando al análisis de grupo siga el análisis institucional y se sitúe al primero en el marco general de nuestra sociedad. Por otra parte, la experiencia nos enseña que las condiciones privilegiadas del *training group* (que también se llama, por este motivo «grupo de sensibilización a las relaciones humanas») hacen que los participantes adopten una actitud menos crispada ante el problema del cambio y sepan convertirse ellos mismos en materia de discusión cuando las circunstancias así lo exigen.

Los pequeños grupos en la sociedad

Los estudios sobre los pequeños grupos están hoy realmente en boga; y es lamentable. Se puede destacar el carácter místico y de iniciación que ha podido tener a veces esta difusión. Pero más vale sin duda interrogarse sobre la necesidad de *participar en grupos* manifestada en estos seminarios que son los que han puesto estos estudios de moda. ¿Se trata de una crisis de los grupos naturales? ¿De nostalgia de las relaciones llamadas «primarias» en una sociedad caracterizada por las distancias sociales, por el aislamiento de los individuos? El estudio de los pequeños grupos debe también dar cuenta del interés que suscita y situar este interés en el mundo contemporáneo. Las técnicas e ideologías de los pequeños grupos se difunden en numerosos sectores sociales. Incluso en el teatro penetra la dinámica de grupo con el *happening*.

En la escuela: la pedagogía institucional y la autoformación

En las escuelas, el trabajo de equipo es, cada vez más, una necesidad: hay que preparar a los hombres de mañana para una investigación que va a ser necesariamente colectiva. El ingeniero de hoy no puede ya dominar, dentro de su propia especialidad, la totalidad de los conocimientos. Hay que prepararle, pues, para entrar en grupos de investigación en los que el trabajo se hará en común. Aquí, ya no hay pupitres alineados como para un espectáculo, sino en grupos, y en medio de ellos, y no en su cátedra, está el maestro. El trabajo en grupo es ya una de las innovaciones pedagógicas que más ha confirmado el desarrollo técnico. A veces incluso, este sistema de equipos está integrado en el de una pedagogía institucional en la que los alumnos y el maestro, reunidos en *consejo,* deciden en común los horarios, la programación y la organización de la clase. Pueden verse, en algunas de estas clases, niños de 11 años que escogen por sí mismos su libro de lectura. Estos métodos de vanguardia logran crear un excelente «clima democrático» para el aprendizaje y la libre actuación de los intereses.

Así pues, el estudio de los grupos interviene aquí dando una garantía experimental a estos métodos pedagógicos. Además, pone de manifiesto la realidad de que el maestro es un miembro del grupo-clase encuadrado en el «campo» en que está situado, en la dinámica de la situación escolar. Además, las investigaciones llevadas a cabo en otros lugares sobre las relaciones mutuas de los grupos, encuentran aquí una aplicación a las relaciones entre los equipos de la clase y el *consejo de gestión,* que constituye así un grupo de grupos. En fin, la influencia del no-directivismo, divulgada al principio a partir de los seminarios de dinámica de grupo, empuja a la pedagogía actual por el camino de la automatización.

En el hospital: la terapéutica institucional

El hospital psiquiátrico sigue una evolución paralela: introducción de las terapéuticas de grupo, del psicodrama, clubs de diversiones o de ergoterapia... El nuevo hospital sigue los pasos de la escuela nueva, llegando hasta la autogestión por parte de los propios enfermos, el *club,* la cooperativa, los talleres. En una primera fase, la *terapéutica institucional* se apoya en esta integración de los grupos a nivel de las instituciones para convertirla en la base de una *socioterapia.* Después, a partir de análisis más profundos, este sistema hospitalario de la autogestión se convierte en un medio privilegiado de análisis de los individuos y de los grupos desocializados, y en instrumento para volverlos a introducir en los sistemas *ternarios* de las relaciones humanas que constituyen, de acuerdo con la inter-psicología psicoanalítica, la base de toda participación «normal» en el sistema social. Se trata de pedagogía institucional y terapéutica institucional: en ambos casos, ya lo hemos visto, el progreso consiste en partir de los *pequeños grupos* para situarlos después en un *campo* más amplio, considerado él mismo como un grupo. Tal es el camino recorrido desde Elton Mayo hasta Elliot Jaques, desde la psicología de los talleres hasta la de la empresa industrial descrita y tratada como un grupo. Los límites de la formación, de la terapia y de la intervención retroceden así hasta los de las instituciones cuyo conjunto constituye una sociedad. Así, trabajar en estos grupos significa, tarde o temprano, la necesidad de considerar la propia *sociedad global* como un *grupo* y *cambiarla,* para que sean duraderos los cambios a escala de las instituciones de terapia, formación y producción. Vemos cómo son vividas las instituciones en los grupos. Y descubrimos que los pequeños grupos son el paso obligado entre los *mass media* y los individuos.

Las pandillas contra las instituciones

Pero al lado de estos grupos casi oficiales, integrados en las instituciones y reconocidos «de utilidad pública», existen grupos informales que traducen el malestar de esta sociedad y la crisis de sus instituciones. Se ha visto ya que «las redes informales», detectadas en las empresas por los psico-sociólogos (y conocidas por los propios obreros mucho antes de las investigaciones), son a menudo signos de un conflicto social, y que constituyen una verdadera organización paralela y casi «clandestina» en estas empresas: redes de ayuda mutua, de defensa contra la autoridad oficial y la burocracia de la producción que coarta la tendencia espontánea a la organización.

Habrá que analizar en términos análogos la relación que se establece entre los grupos de niños, adolescentes sobre todo, y el conjunto del sistema social. Se sabía ya que la pandilla de niños puede desarrollarse, como una compensación, en la medida en que la escuela les rehusa cualquier clase de vida social organizada. Desde los 7 años, el niño ha superado ya la edad del «monólogo colectivo» y, antes de «la edad de la pandilla», es ya capaz de someterse a unas *reglas del juego;* puede crear juegos de grupo. Por esto el trabajo de equipo es posible ya muy temprano en la escuela primaria. Si no se lleva a cabo, si la escuela conserva su rigidez tradicional, los grupos se formarán en otra parte.

El problema se complica con las pandillas de adolescentes que expresan, cada vez más, el conflicto e incluso la ruptura entre las generaciones de nuestra sociedad. Los «grupos de edad» ya existían sin duda en las sociedades primitivas en las que constituían incluso un elemento esencial del sistema social: eran reconocidos y aceptados, correspondían a una etapa normal de la vida social. Hoy, por el contrario, los grupos de adolescentes son de oposición al sistema. Agrupan a muchos más jóvenes que todos los movimientos juveniles que, en principio, están creados para ellos. Estas pandillas se encuentran en todos aquellos lugares en los que la sociedad se disloca: en las ciudades, en las grandes aglomeraciones... Son testigos también de una necesidad de vida social *igualitaria* que tiene su significación y sus aspectos positivos a pesar de que se tienda a destacar sobre todo el carácter destructor de las «pandillas de salvajes».

En todo caso, el estudio de estos grupos constituye también un camino para acercarse a los problemas esenciales de nuestra sociedad.

Autogestión y burocracia

El estudio de los grupos se encuadra así en sus dimensiones sociológicas e institucionales. Esto se ve más claramente aún a nivel de la producción agrícola e industrial. Las nuevas formas de cooperación en la agricultura (cooperativas de material agrícola, trabajo de las tierras en común, nacimiento de una agricultura de grupo) demuestran, sobre una base tecnológica y económica, que se ha superado el individualismo arcaico, en el cual los explotadores estaban sencillamente yuxtapuestos, según Marx, como lo están las patatas en el saco. Se comprende que esta transformación implique la adopción, por parte de los movimientos de agricultores jóvenes, de métodos de grupo al nivel de la formación.

En el sector industrial, el problema es también el de las formas de gestión. La necesidad de que la gestión la realicen los grupos se manifiesta sobre todo, como indican los sociólogos de la «nueva clase obrera», en los sectores técnicamente adelantados, con una clase obrera más joven y mejor formada que domina las condiciones técnicas de la producción mucho mejor que el trabajador en cadena. La autogestión obrera, utopía del siglo XIX, parece posible en las fábricas modernas, a base de los cambios de mentalidad colectiva que comportan las transformaciones tecnológicas.

Finalmente, tal vez debamos preguntarnos aquí sobre el origen indirecto del interés con que se miran hoy, por parte de ciertos sectores del sindicalismo obrero (y estudiantil), los estudios sobre los pequeños grupos en relación con los problemas de democracia interna y de desburocratización. Lo que se intenta es tratar, de acuerdo con estos métodos de grupo, los problemas de la participación, y aumentar el número de operarios directores, en vez de limitarlo a las cumbres de la burocracia. La petición de estas organizaciones se parece a veces a la que la *Western Electric* hizo a Elton Mayo: mejorar el «rendimiento», es decir, formar a los cuadros y a los militantes de base, en vez de analizar en la cumbre las crisis y las disfunciones. La petición burocrática es más de formación de cuadros y animadores que de intervención. Pero la difusión de la dinámica de grupo podría desbordar los marcos a los que se la quiere circunscribir, hasta renovar los modelos de pensamiento y acción políticos y hacer posible que las organizaciones de trabajadores prefiguren, en su vida interna, la sociedad del futuro.

Los estudios sobre los grupos y sus técnicas nos dan hoy no ya el medio de oponer los pequeños grupos-refugio a la sociedad global, sino la posibilidad de superar este antagonismo real que hemos descubierto primero con Sócrates y después con Rousseau. En este sentido, es significativo que el pensamiento último de Sartre apunte a superar la oposición entre «el grupo en fusión» y las instituciones monolíticas, entre la dialéctica de los grupos y el campo de lo «práctico-inerte». La psico-sociología se apoya en la sociología, modificándola, y la lleva a la acción. La hace bajar a la calle.

El estudio de los grupos no pueden ya seguir constituyendo terreno privado del psico-sociólogo, separado de las *instituciones* y de las organizaciones sociales que estudian los sociólogos. Tiene su lugar en el punto donde se encuentran los estudios y las acciones que orientan las ciencias sociales hacia la *investigación activa*. Establece el vínculo entre práctica y teoría. Enseña cómo podemos concebir y preparar *aquí y ahora* una sociedad como institucionalización permanente e instituciones autogestionadas por los grupos.

MICHEL CROZIER

el estudio de las organizaciones

Las sociedades modernas deben dedicarse a tareas cada vez más complejas, que exigen no sólo la participación de un gran número de hombres, sino también que todos ocupen el puesto adecuado a su capacidad. De ahí, el considerable desarrollo de las «organizaciones» que responden a esta función de asignación de puestos. Tanto si se trata de construir una máquina, como de asegurar la victoria de un partido o de gobernar un país, nada eficaz puede lograrse si no es por un esfuerzo colectivo y organizado. Ya nos hemos ocupado alguna vez de las organizaciones, en particular refiriéndonos a las instituciones de la sociedad industrial. El estudio de las organizaciones ocupa efectivamente un lugar privilegiado que lo convierte en una de las más vivas y actuales ramas de la sociología contemporánea. Ya que gracias a él podemos pasar del pequeño grupo a la sociedad en su conjunto, y de las tareas sociales a las instituciones.

Ni el estudio de los pequeños grupos, ni siquiera el estudio de las tareas sociales permiten comprender de forma suficiente la relación del individuo con la sociedad en su conjunto. En efecto, una sociedad no consiste únicamente en un conjunto de acciones recíprocas y tareas regidas por las exigencias que constituyen el objeto de la psicología social. Es también un conjunto de actividades convergentes y contradictorias dirigidas hacia unos objetivos. En el marco de estas actividades, los pequeños grupos y las tareas sociales no son sino medios. Ciertamente los medios condicionan los fines, pero a su vez están condicionados por ellos. La organización es el crisol donde se opera esta fusión entre las exigencias del hombre como ser social y sus aspiraciones como productor y actor de toda acción.

Importancia del concepto de organización

En un grupo experimental se puede prescindir de toda relación ambigua con el mundo exterior. El trabajo y el vínculo de dependencia con el exterior son datos controlados y no elementos aleatorios del juego. Por eso es tan difícil el paso de las enseñanzas del laboratorio a las situaciones reales. Efectivamente, en la realidad, el pequeño grupo ya no constituye un fin para los participantes sino el medio de participación en otro orden.

Es cierto que el concepto de *rol* social nos ofrece la posibilidad de intuir la naturaleza y la complejidad de estas participaciones. Gracias a él, podemos estudiar las modalidades de la integración de los individuos en la sociedad. Pero, si nos limitamos a razonar sobre los pequeños grupos y la sociedad en su conjunto, no podremos entender más que muy fraccionariamente el verdadero sentido de los *roles* que describimos.

Un *rol* sólo se comprende a través de un juego. Y lo esencial del juego al que se entregan los hombres no se resume ni en el equilibrio de las relaciones personales, ni en el conflicto de los estatutos sociales y de las participaciones de orden general. Consiste, sobre todo, y esto es lo fundamental, en la consecución de objetivos individuales y colectivos, a la vez contradictorios y complementarios. Estos objetivos no pueden alcanzarse más que a través de la sumisión de los individuos a formas de organización coercitivas, gracias a las cuales se ordenan racionalmente las actividades y relaciones humanas: a través de estas formas se definen y materializan los *roles* vividos y se determinan, en función de la estrategia de los individuos y de los mismos grupos, los elementos aleatorios de las relaciones personales.

El estudio de las organizaciones humanas pretende llenar estas lagunas. Su objetivo es el de comprender cómo pueden articularse las relaciones personales y los *roles* en el seno de una sociedad determinada. Más concretamente, estudia cómo se ponen en acción los medios humanos a través de las orga-

nizaciones de producción y de los organismos administrativos, políticos, culturales o religiosos; trata de determinar las condiciones, los límites y las consecuencias deseadas e inesperadas de una integración consciente y racional de estos medios humanos en un objetivo común.

Ciertamente, todavía se le escapa una buena parte del sentido de la actividad humana, pues no consigue explicar cómo se elaboran los fines que persiguen las organizaciones y cuáles son los medios de integración de estos fines en el seno de la sociedad en su conjunto. Pero colocándose al nivel en que se opera más racionalmente la articulación de las diversas estrategias humanas, constituye en estos momentos uno de los campos en que la sociología puede afirmarse como una disciplina teórica original.

En el lenguaje común, el término organización designa a la vez dos nociones complementarias: por una parte se aplica a las propias unidades sociales, empresas, administraciones y asociaciones diversas que pueden ser consideradas como «organizaciones»; y por otra parte significa la disposición, la articulación de un conjunto de elementos gracias al cual una unidad se hace coherente y puede existir. La sociología se apoya naturalmente en estas dos nociones. Es, a la vez, un estudio descriptivo de estas unidades coordinadas a través de las cuales se ejercen las actividades humanas, una teoría del funcionamiento y un análisis de las condiciones de existencia de tales unidades.

Descripción y teoría

El estudio descriptivo es, naturalmente, el primero que se nos ocurre. No hace falta insistir más sobre el lugar que ocupan las grandes organizaciones en la sociedad moderna. La mayoría de los miembros de una sociedad industrial desarrollada trabaja más o menos directamente para ellas. La mayor parte de los bienes que éstos consumen son producidos en masa por estas mismas organizaciones. Sus distracciones y su vida cultural están dominadas por otras organizaciones. Las propias ciudades donde residen son grandes organizaciones cuya complejidad se les escapa, y sus medios de discusión, de representación y de participación deben, para ser eficaces, emplear, al menos parcialmente, este modo de acción fundamental del hombre moderno.

Estos espectaculares desarrollos de las grandes organizaciones son, pues, los que han llamado la atención sobre la importancia del concepto de organización; pero éste hubiera sido utilizable — y ahora nos percatamos de ello —, para cualquier forma de sociedad relativamente compleja. En efecto, incluso en las sociedades más primitivas, el hombre debe recurrir a formas de organización para realizar sus fines, y de su «capacidad organizativa» dependen sus progresos.

El estudio de las organizaciones no puede, pues, limitarse a la descripción de una de las piezas importantes del conjunto social. Debe desembocar naturalmente en una sociología de la organización, es decir, en una teoría del hombre y del grupo humano como medio y como limitación a la acción. Sin embargo, en último extremo, la sociología de la organización y la teoría de la actuación se confunden; o, por lo menos, la sociología de la organización constituye, en las condiciones actuales, el fundamento más sólido para una teoría racional de la actuación.

El desarrollo del pensamiento en materia de organización

El pensamiento moderno sobre este tema comienza con Taylor. Taylor está en el origen de un movimiento que no se ha limitado simplemente a América. Ha sido extremadamente popular en Europa y particularmente en Francia, donde los éxitos de un teórico como Fayol o de un práctico como Bedaux han sido espectaculares. Taylor y sus émulos, los grandes ingenieros de los años 1910 a 1920, han permitido que la sociedad industrial moderna hiciera un progreso fundamental al construir los instrumentos mentales que permiten considerar la relación del hombre con su trabajo y con los objetivos de la organización de la que forma parte de acuerdo con una lógica conocida: la de la economía.

Sin embargo este progreso sólo pudo lograrse a cambio de hacer simplificaciones muy notables. Para llegar a «racionalizar» la actividad humana, los organizadores tuvieron que reducirla a sus aspectos más simples y más fácilmente calificables y postular para todas las operaciones posibles la existencia de un *one best way* objetivo. Una filosofía de la actuación como ésta, fundada en una visión inadecuada de las motivaciones del hombre en el trabajo, y en un análisis exageradamente optimista de la capacidad de los dirigentes para descubrir la «única solución mejor» a cualquier problema, se prestaba fácilmente a las críticas.

En cuanto a la organización misma, los taylorianos pensaban bastante ingenuamente que era posible sustituir el dominio opresivo de los hombres por la administración científica de las cosas. Negaban, por lo tanto, la existencia de todas las relaciones complejas y ambiguas que se entrelazan en torno a los vínculos de cooperación y de subordinación que deben mantener los miembros de una organización. Mientras tanto, estas ilusiones eran compartidas por los dirigentes industriales y por los revolucionarios contemporáneos. La impaciente definición que Lenin da del socialismo: «Los soviets más la electrificación», atestigua una misma voluntad de escapar, gracias a la ciencia, de los problemas del poder que habían obsesionado a las generaciones anteriores. El sueño del ingeniero y del marxista convergen en cuanto a la visión de las organizaciones donde todos los engranajes encajan. La única disciplina psicológica aceptable es la psicotécnica, que permite la selección científica de los seres que se han de convertir en estos engranajes.

Un ejemplo descriptivo de organización: el dispatching *de una gran estación.*





Unas ilusiones semejantes no podían resistir la prueba de los hechos. Pero para que fuera posible un progreso real en este campo, era necesario que una nueva corriente intelectual, el movimiento de las relaciones humanas, volviera a plantear los postulados demasiado estrechos de la organización científica. Este movimiento, en reacción violenta contra el análisis mecanicista del comportamiento humano que llevaban a cabo los ingenieros, obligó a tener en cuenta la importancia de la afectividad en las relaciones humanas. Pero si el descubrimiento del «factor humano», de las «relaciones personales» y de las «comunicaciones» ha sido extremadamente fecundo, la visión de la organización que han propuesto las diversas escuelas psico-sociológicas es una visión parcial y no ha sido útil para elaborar una teoría satisfactoria del funcionamiento de las empresas.

Interaccionistas y lewinianos

Estas escuelas y, en particular, la escuela interaccionista y la escuela lewiniana que sucesivamente han marcado la pauta de estos estudios, han desencadenado una verdadera revolución de la sensibilidad: han revelado a los organizadores, a los hombres de acción y a los intelectuales la existencia de todo el conjunto de sentimientos complejos que rigen las respuestas y las negativas de los individuos a las exigencias de la producción. Pero, al mismo tiempo, han pretendido ignorar el mundo de la actuación o considerarlo como un dato que obedece a la racionalidad mecanicista de los clásicos.

La corriente interaccionista procede directamente de las célebres experiencias de Mayo y de Roethlisberger en Hawthorne y de los trabajos del grupo reunido en Harvard a finales de los años 1930 alrededor de Elton Mayo y del filósofo T. N. Whitehead. Hay que relacionarla con trabajos como los de William Foote y George Homans. Los interaccionistas, por ejemplo, creyeron poder desmontar todo el conjunto humano que constituye una organización como si sólo se tratara de una pirámide de «interacciones» o de relaciones informales. Esta creencia les permitió describir de una forma excelente el desarrollo de fenómenos espontáneos de *leadership* y esclarecer con una nueva visión la influencia del contexto cultural y tecnológico sobre el comportamiento de los miembros de una empresa. Pero fracasaron cada vez que trataron de analizar el funcionamiento de una organización como una unidad. Además, su éxito en la comprensión de los determinismos que pesan sobre el mundo de los sentimientos les llevó, con bastante frecuencia, a analizar los comportamientos informales de forma tan mecanicista como lo hacían los ingenieros de la Organización Científica del Trabajo cuando analizaban el estímulo económico que supone el salario para condicionar el rendimiento.

La sensibilidad actual reacciona con fuerza ante el marco arquitectónico típico de la moderna organización, al que califica de futurista...

La corriente lewiniana, que se constituyó alrededor del célebre psicólogo alemán Kurt Lewin, se desarrolló después de su muerte, sobre todo en el *Survey Research Center* de la Universidad de Michigan. Se la podría denominar corriente «participacionista» en la medida en que su aportación fundamental consistió en demostrar que el *leader* más eficaz es el *leader* permisivo, es decir, el que permite que sus subordinados participen en sus decisiones, y que la resistencia al cambio depende indirectamente del modo de participación de los interesados. Este es el sentido de los famosos experimentos del propio Lewin sobre los grupos de niños sometidos a un *leadership* «autoritario», «democrático» y «laissez-faire». Los lewinianos, que generalmente son posteriores a los interaccionistas, fueron más comprensivos. Al llamar la atención sobre el problema de la participación, abrieron un nuevo y fecundo campo de investigación a la sociología de la organización. Pero se preocuparon excesivamente por demostrar la superioridad del mando permisivo y no consideraron, en cambio, el peso de las estructuras y el de los fenómenos del poder. Al no abordar directamente los problemas específicos de la organización, no ofrecen al sociólogo o al práctico más que una perspectiva estática en la que el cambio aparece sólo bajo la forma de una conversión moral.

Estas dificultades convergentes de la corriente lewiniana y de la corriente interaccionista han tenido importantes consecuencias prácticas. Los programas de formación inspiradas por ellas han suscitado temores de manipulación muy vivos por parte de subordinados que no pueden aceptar verse limitados en su afectividad, del mismo modo que no se prestan a dejarse considerar como un simple engranaje en el aparato productivo. Al mismo tiempo — y esto es lo más importante —, chocaron con la resistencia de las estructuras profundas de la organización. No basta, pues, tomar conciencia, incluso a la fuerza, de la necesidad de establecer relaciones humanas mejores; es necesario también que los cuadros puedan, a pesar de las sujeciones de la organización a la que pertenecen, aplicar los principios a que se les quiere convertir.

Racionalidad y libertad

Esta situación traduce en el fondo la imposibilidad profunda de conciliar las exigencias de la eficacia y la productividad con las de las relaciones humanas en el marco de una reflexión limitada a las categorías instrumentales y afectivas. En la práctica, se elude la dificultad conservando una doble escala de valores. Cuando se trata de formación, cuando se habla de valores morales y de filosofía del mando, se razona en términos de relaciones humanas, pero cuando se trata de problemas técnicos o administrativos, es siempre la lógica de la organización científica del trabajo la que prevalece.

La misma ambivalencia se encuentra de forma velada en las controversias teóricas sobre la filosofía del *management*. Se admite con demasiada facilidad que pueden desarrollarse dos reflexiones paralelas e incomunicables sobre el mismo terreno: una, con Barnard *(The Functions of the Executive)* se desarrolla a partir del estudio del funcionamiento de la empresa y se revela, por este hecho, incapaz de razonar sobre la jerarquía de las sujeciones y los fenómenos de poder correspondientes; otra, con Drucker *(The Practice of Management)*, considera ante todo el papel de orientación y de política general del *manager*, pero trata los problemas de funcionamiento de forma mecánica y formal, sin reconocer la necesidad del *manager* de negociar a todos los niveles la participación de sus colaboradores.

Se empieza sin embargo a salir de esta situación gracias a las nuevas técnicas elaboradas para el estudio de las decisiones. En efecto, la seguridad que aportan estas técnicas ha permitido considerar simultáneamente el estudio de las dos lógicas a las que el hombre debe enfrentarse: la de una racionalidad utilitaria indispensable para la consecución de sus objetivos y la de la resistencia de los medios humanos contra los cuales y gracias a los cuales es posible la acción.

Esta nueva perspectiva cuyo primer representante fue Herbert Simon (March y Simon: Las *organizaciones*) se caracteriza, sobre todo, porque se interesa por un dato que no había sido considerado hasta entonces debido a su complejidad: la existencia de un sistema de organización articulado y coactivo, pero al mismo tiempo compuesto de actores libres.

... o de «kafkaiano». Estos desfases entre el producto de una sociedad y de su ideología son factores de inadaptación que pesan sobre una y otro y, por tanto, en un plazo más o menos largo, factores de cambio.

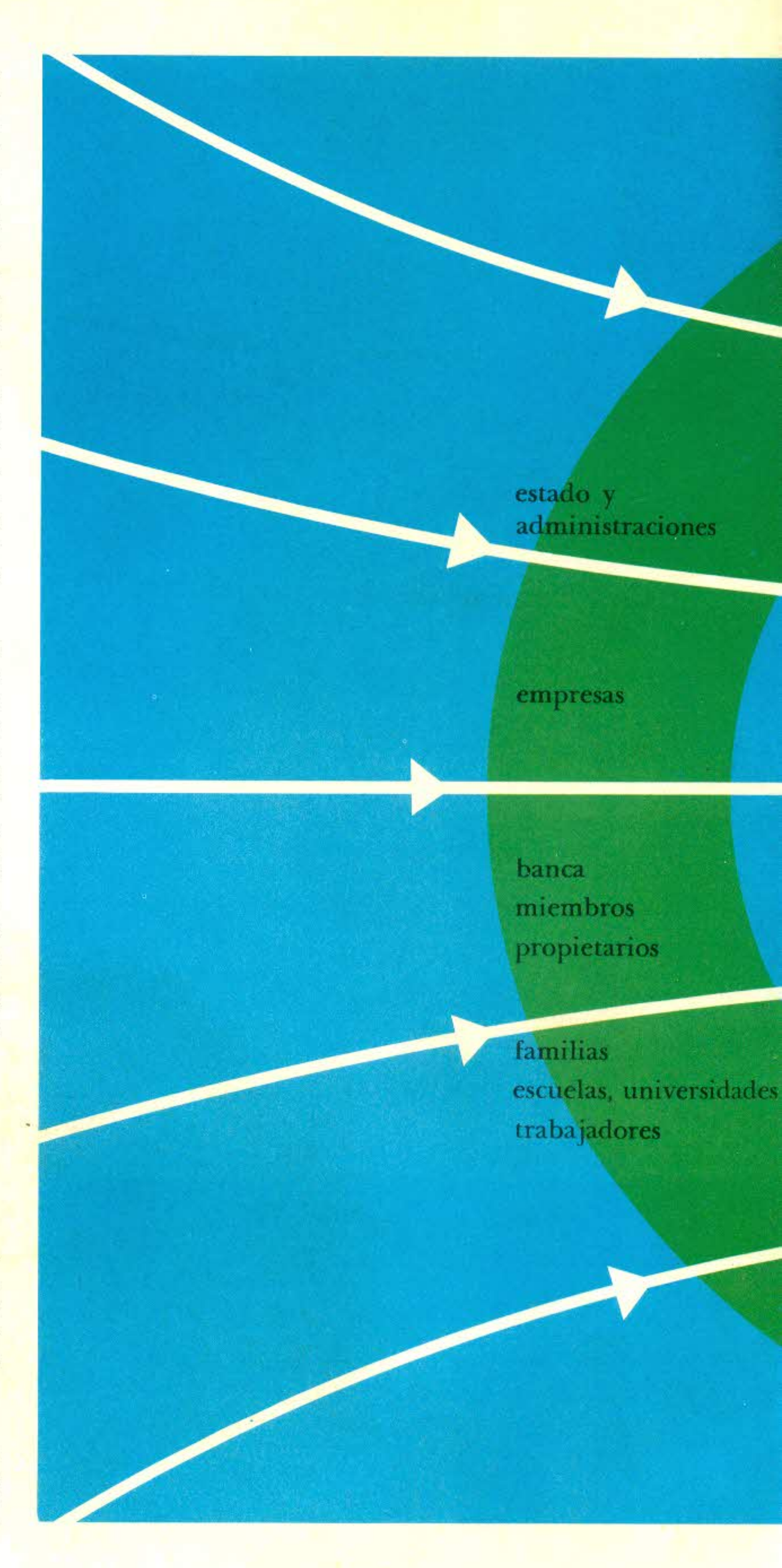


Los taylorianos habían simplificado el problema tomando como hipótesis de trabajo la de que el hombre era incapaz de percibir otra cosa que su interés económico inmediato. Los estudiosos de las relaciones humanas han demostrado hasta qué punto era abusiva esta simplificación, pero han cometido un error complementario al no querer ver en el hombre más que un sujeto de intercambios, determinado por su ambiente afectivo. Es posible aceptar a la vez los dos postulados y las legítimas críticas que se les hacen. Basta con considerar a cada miembro de una organización como actor independiente y no como sujeto pasivo dentro de un conjunto organizativo, el cual, por otra parte, restringe y limita su estrategia pero no determina directamente sus reacciones. Los estímulos económicos y los métodos de mando no son los únicos elementos que dan forma a los *roles* divergentes y a veces contradictorios que la organización impone a cada grupo y a cada individuo. Estos *roles* son generalmente determinados por las necesidades de control inherentes a la existencia de un conjunto organizado sometido a la vez a las sujeciones de la técnica, a las de las circunstancias económicas y a las que se refieren a las necesidades, a las aspiraciones y a los proyectos de los participantes.

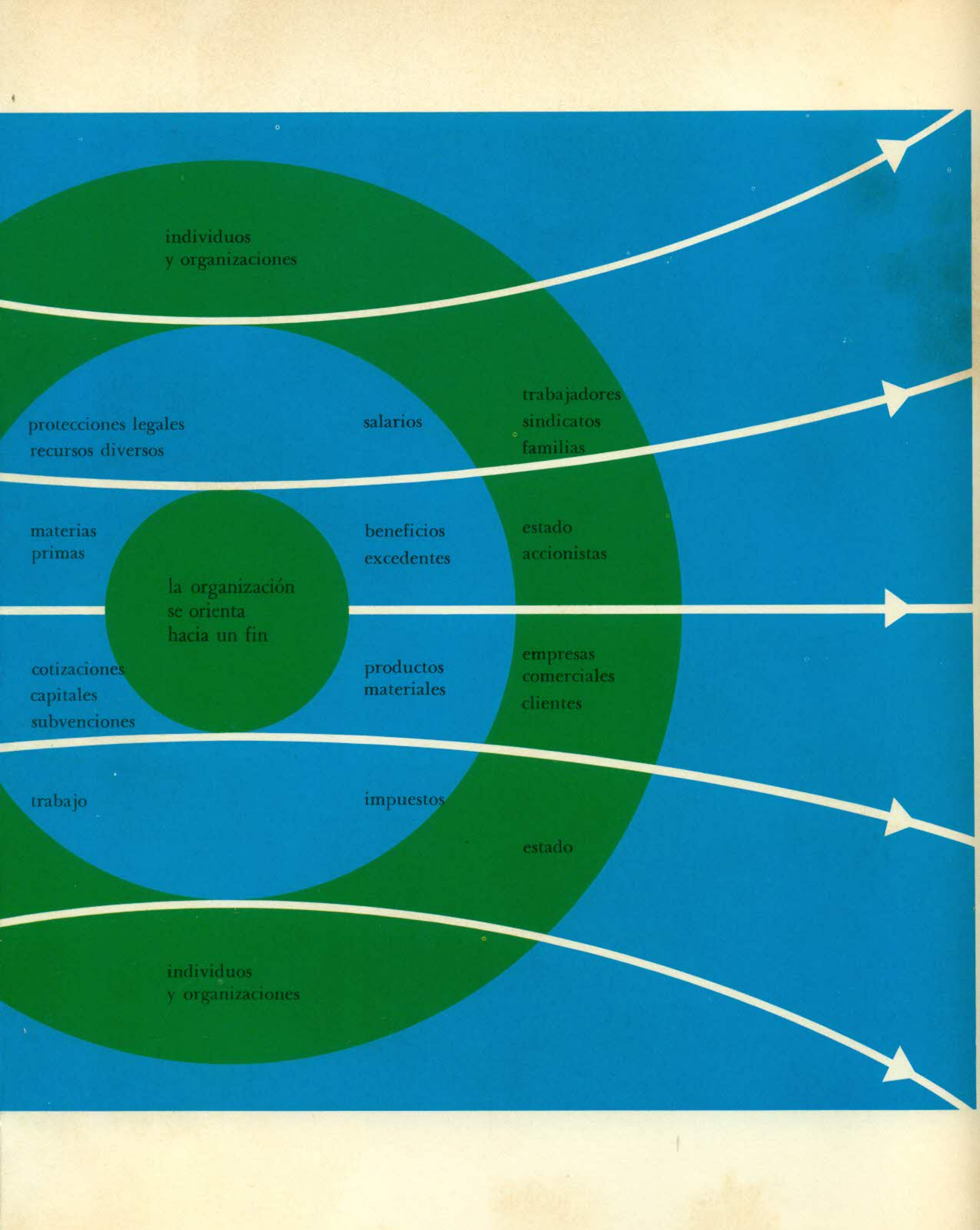
El análisis de los *roles* y de la estrategia de las relaciones humanas en el seno de una organización permite volver a dar todo su valor a las estructuras formales y a la exigencia racionalista de la organización científica. Y se puede conciliar fácilmente con los descubrimientos de las relaciones humanas con sólo admitir que el *one best way* tan querido a los clásicos no puede ser alcanzado. En efecto, cada actor, por capacitado que se crea, no puede buscar nunca la solución verdaderamente óptima, sino que debe contentarse con la primera que le parezca satisfactoria en función de criterios limitados por las sujeciones que pesan sobre su propio *rol*. Un punto de vista relativista como éste deja un espacio a la vez mayor y menos categórico a los elementos afectivos. Estos siguen explicando las resistencias y la adaptación a posteriori del material humano a cualquier cambio, pero son útiles para comprender el sistema de sujeciones que limita a priori las elecciones posibles a todos los niveles.

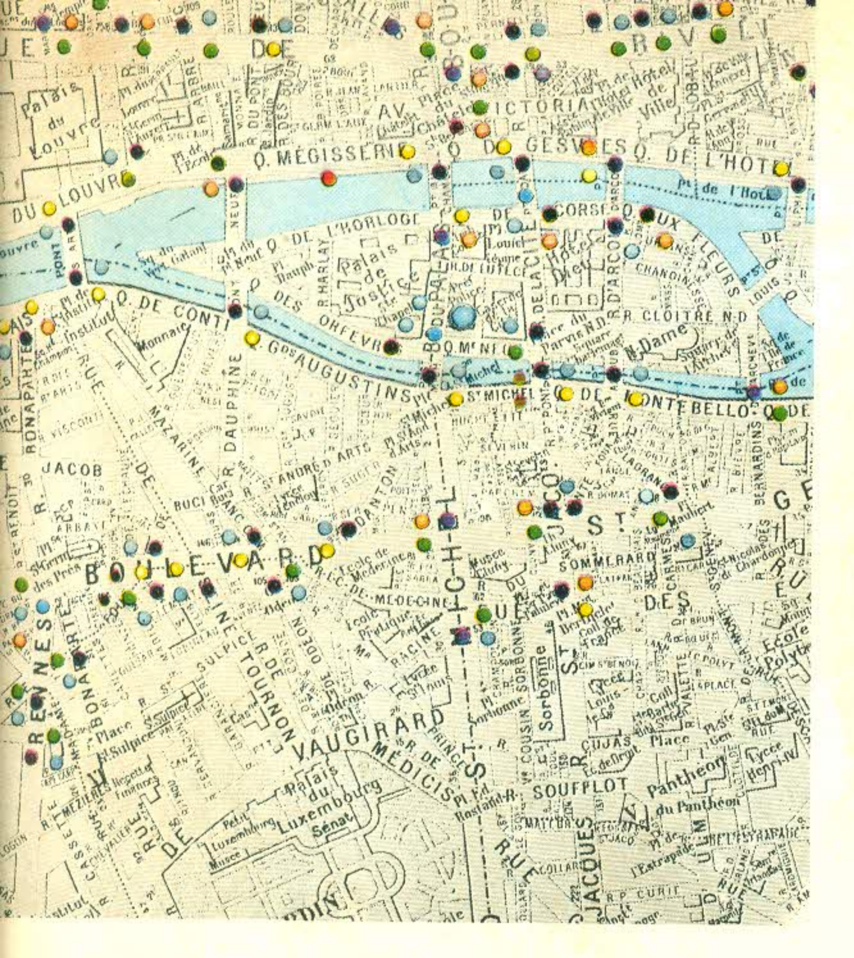
Los grandes problemas de la sociología de la organización

¿Cómo estudiar la puesta en marcha de los medios humanos en las organizaciones concretas de las sociedades primarias? La sociología de la organización intenta llevar a cabo este programa considerando las organizaciones como sistemas sociales orientados hacia una meta. Las sujeciones que



Este diagrama esquematiza la función de la organización en la sociedad contemporánea. Toda organización está orientada hacia determinada finalidad (por ejemplo, cuidar enfermos, construir máquinas, juzgar); su aportación esencial es la síntesis que realiza de elementos diversos.


individuos
y organizaciones
protecciones legales
recursos diversos
salarios
trabajadores
sindicatos
familias
materias
primas
beneficios
excedentes
estado
accionistas
la organización
se orienta
hacia un fin
cotizaciones
capitales
subvenciones
productos
materiales
empresas
comerciales
clientes
trabajo
impuestos
estado
individuos
y organizaciones



Instrumento organizador: plano de uno de los cuatro mandos coordinados de París que regulan electrónicamente la circulación de 103 cruces (puntos negros = semáforos, puntos de color = registros del flujo).

impone a la actuación humana la necesidad de recurrir a conjuntos organizativos no pueden efectivamente comprenderse más que a través del análisis de las relaciones jerárquicas, el de la adaptación del individuo a los datos técnicos y organizativos del trabajo, el de los problemas de participación y de integración, y finalmente el de los conflictos de *roles* y de la estrategia de los individuos y de los grupos. Tales análisis suponen un «sistema social» constituido por la organización, pero que se caracteriza por su carácter parcial y temporal y por su dependencia en relación a una meta o a objetivos que legitiman su existencia.

La sociología de la organización se desarrolló en primer lugar en el marco del movimiento de las relaciones humanas, como una reflexión o una extrapolación a partir de los estudios de los pequeños grupos hechos en laboratorios y en las empresas. Las tentativas de experimentación que se llevaron a cabo en los primeros años de la posguerra para verificar algunas hipótesis demostraron, a falta de un bagaje conceptual suficiente, cuán prematuras eran en realidad estas primeras generalizaciones. Sólo cuando el uso de los conceptos de sistema social y de gobierno fue sustituido por los conceptos de coordinación y de control y por las nociones actualizadas de relaciones informales y de *leadership,* pudo realmente constituirse la nueva disciplina.

A partir de 1950, los progresos más sensibles se han realizado a través de una serie de estudios clínicos y de algunas tentativas de comparación y sistematización consecutivas. No se podía pensar en proponer leyes generales antes de haber podido definir el objeto constituido por una organización y antes de haber podido elaborar la problemática adecuada a él. Había que superar el razonamiento sobre los comportamientos en el seno de las organizaciones para preguntarse qué significa la organización como fenómeno.

Se han perfilado progresivamente tres tipos de problemas que definen, momentáneamente, la orientación del estudio de las organizaciones:

— El problema de la patología de las organizaciones o, más exactamente, de las disfunciones burocráticas.

— El problema de la participación.

— El problema del cambio.

Las disfunciones burocráticas

En la perspectiva clásica de la organización, las disfunciones burocráticas, la rutina, la rigidez y la incomprensión aparecen a los ojos de los ingenieros como simples retrasos o como las consecuencias de la estéril oposición de los conservadores. Pero para muchos sociólogos y políticos contemporáneos constituían las naturales consecuencias de la concentración de las unidades de producción y de la estandarización de las actividades humanas, suscitando de este modo un movimiento de oposición intelectual que dominó durante largo tiempo el pensamiento social moderno.

No obstante, este movimiento es ambiguo, puesto que supone a la vez una ingenua confianza en la eficacia de la organización científica del trabajo y un temor igualmente ingenuo ante el riesgo de estandarización y de opresión del «hombre de la organización». Max Weber fue el primero en unir ambas interpretaciones. El criterio esencial de la superioridad de la burocracia es, para él, la previsibilidad. Pero no cree que se pueda obtener por otra vía que no sea la estandarización y naturalmente teme que sea para el hombre la fuente de una nueva opresión. La corriente pesimisma revolucionaria de los años 1920 que se ha perpetuado hasta nuestros días y cuyos representantes van desde Rosa Luxembourg hasta Bruno Rizzi y Simone Weil, se basa en esta contradicción para demostrar que sólo la fe mística, el salto dialéctico revolucionario, permite la salvación de la humanidad. Hallamos el mismo razonamiento en libros como *La era de los organizadores* de Burnham o *El hombre de la organización* de William F. Whyte, a pesar de que el primero sea obra de un cínico, y el segundo, de un conservador moderado.

Robert K. Merton fue el primero en abrir el camino a los nuevos análisis sociológicos, al volver a estudiar la vincu-

lación, que se admitía con demasiada facilidad, entre la eficacia organizativa y la opresión del individuo. Resumamos su razonamiento aún a riesgo de esquematizarlo: la disciplina necesaria para obtener en el marco burocrático el deseado comportamiento estándar tiene como consecuencia, para los funcionarios, un desplazamiento de las metas (la actitud ritualista) y la rigidez resultante les hace difícil adaptarse a su propio trabajo. Paralelamente, en el grupo, esta rigidez desarrolla el espíritu de casta, que crea un foso entre ella y el público y hace que la burocracia sea más ineficaz.

Este análisis descansa sobre el siguiente postulado implícito: la rigidez del comportamiento, las dificultades de adaptación y los conflictos con el público intensifican la necesidad de control y reglamentación, con lo cual las consecuencias inesperadas y disfuncionales del modo de actuación burocrático tienden a reforzar su aislamiento. La disfunción se considera como resistencia del factor humano frente a un comportamiento que se quiere obtener mecánicamente.

A partir de esta nueva exposición del problema todavía próxima, en muchos aspectos, al movimiento de las relaciones humanas, se desarrollaron los análisis clínicos (sobre todo los de Selznick y Gouldner) que permitieron superarla.

Selznick parte del razonamiento de Merton sobre el control y la previsibilidad y demuestra que también puede extenderse al problema de la especialización: se especializan y fragmentan los *roles* para hacer más neutra la función, más científica, pero también se crea un espíritu de casta que sólo cabe combatir reforzando la especialización. La organización sólo puede subsistir recurriendo a mecanismos políticos: al admisión incondicional que hace participar en las decisiones a algunos intereses especializados, y el adoctrinamiento ideológico que asegura un mínimo de lealtad.

Gouldner demuestra que la regla burocrática no es sólo un medio de control, sino también un instrumento de poder y como tal, utilizable tanto por los subordinados como por los superiores, puesto que la existencia de reglas cuya aplicación puede siempre ser suspendida o «interpretada», ofrece un terreno de negociación indispensable entre las partes.

Se ven los progresos realizados: la disfunción no es ya tratada como un error despreciable o una dificultad mayor, consecuencia ineluctable de la evolución hacia la previsibilidad. sino analizada y colocada en su sitio en el conjunto de las relaciones humanas de la organización. No obstante, la relación entre este aspecto patológico de la organización y su aspecto racional sólo se ha tratado imperfectamente.

Hemos intentado demostrar (Michel Crozier: *El fenómeno burocrático*), tras unos estudios sobre organizaciones administrativas francesas, que los comportamientos ritualistas o de rutina de los «burócratas» no son consecuencia de la formación (o de la deformación) profesional que éstos han padecido. Los resultados de las encuestas parecen demostrar que son el resultado de un comportamiento enteramente racional y corresponden al modelo de las relaciones de poder establecido en función de la estructura de las tareas y de las comunicaciones, de modo que el conjunto de este modelo y de estas estructuras constituya una necesaria protección contra los riesgos inherentes a la actuación social exigida. Un individuo no adopta un comportamiento «burocrático» a causa de su carácter y de su formación, sino porque, en el sistema social estratificado en que vive le es necesario y racional someterse al comportamiento defensivo que le impone con finalidad igualitaria la categoría a que pertenece.

La participación

El segundo problema a estudiar en las organizaciones es el de la participación. El análisis de la patología burocrática deja bien clara la importancia de la relación fundamental entre individuo y organización. Esto nos lleva al estudio de los modos de gobierno, es decir, los procesos por los cuales los individuos pueden ser integrados en la organización.

Los primeros trabajos, en la época del entusiasmo por las relaciones humanas, trataron directamente de los factores de la integración. Se buscaba una terapéutica que permitiera la reconstitución de un cuerpo social trastornado por las fuerzas intensas de ruptura. Esta actitud estaba condenada al fracaso en la medida en que los individuos aparecieron como sujetos pasivos de una política encaminada a manipularlos.

Las investigaciones de los discípulos de Lewin impusieron poco a poco la noción de participación, primero en el sentido de las relaciones personales, a veces abusivamente generalizado, y más tarde en otro más amplio y sociológico.

Tannenbaum, por ejemplo, al plantear el problema de las relaciones entre participación y poder, descubre que puede haber más sujeción en un sistema democrático con fuerte participación que en un sistema autoritario con una participación débil. De lo cual se puede deducir la conclusión de que los subordinados no sienten una inclinación natural a reivindicar una participación en las decisiones. Esta puede, en efecto, ser más peligrosa para ellos en la medida en que puede ser acompañada por una sujeción mayor.

Es mucho más fácil salvaguardar la independencia respecto a una decisión o, de modo más general, respecto a una organización, cuando uno se somete sin haber participado que cuando se aceptó discutirla. Es racional para cada individuo negociar su participación; una actitud de retirada e incluso de huida puede muy bien ser considerada como una actitud racional de su parte si lo que se le ofrece a cambio no le parece satisfactorio.

La voluntad de participación no es, pues, un dato estable que se podría manipular desde arriba o desarrollar naturalmente suprimiendo las barreras que la reprimen.

Las formas de participación y el grado de ésta dependen por último, al menos en cierta medida, de factores culturales. La necesidad de protección y, por tanto, la posibilidad de participación, están efectivamente ligados al grado de confianza en el prójimo y al grado de tolerancia de la autoridad que caracterizan a una cultura dada. Se han hecho todavía pocos estudios sobre este tema, pero constituye un campo de investigación muy amplio. William F. Whyte presentó, por ejemplo, algunos resultados de la comparación entre los Estados Unidos y el Perú que demuestran la considerable importancia de una variable como ésta para comprender el funcionamiento de una organización. Nosotros mismos propusimos algunas hipótesis más espectaculares sobre ciertos rasgos particulares de las organizaciones francesas.

El cambio

El problema del cambio es particularmente interesante para la sociología de las organizaciones.

El interés de un problema como éste resulta evidente. Pero desde un punto de vista metodológico, es difícil abordarlo puesto que la observación del cambio no puede hacerse fácilmente y la experimentación aparece como imposible. Además, conceptualmente era indispensable que las organizaciones fueran estudiadas como sistemas estables antes que se juzgara posible analizarlas como sistemas en movimiento.

Esta prioridad metodológica desembocó, no obstante, en contradicciones frecuentemente puestas de manifiesto por los adversarios de la escuela funcionalista. Si la burocracia en particular se describe como un sistema, una de cuyas características esenciales es la de resistencia al cambio, uno se pregunta cómo pudieron sucederse los diferentes estados que han conducido a la elaboración del sistema descrito.

Este problema está empezando a ser estudiado y todavía nos servimos más de hipótesis especulativas sobre el cambio que de teorías basadas en análisis empíricos.

Nosotros mismos nos hemos centrado sobre el problema de la crisis como el medio esencial de cambio para un sistema burocrático. En efecto, el modelo de funcionamiento al cual obedecen las organizaciones que hemos estudiado es el siguiente: la organización demasiado rígida, protegida contra toda comunicación por una serie de barreras, no puede darse cuenta de las transformaciones que ocurren a su alrededor, ni adaptarse localmente cuando las percibe.

Sólo logrará cambiar cuando las frustraciones individuales de sus miembros, afectados por las disfunciones que resultan de esta ceguera, hayan tomado una importancia irresistible. Pero el cambio al que se someterá vendrá de arriba e implicará una total refundición de todo el equilibrio de la organización. Resistencia negativa de los grupos, efervescencia individual irrealista, crisis revolucionaria y cambio impuesto de arriba abajo son las características de un modo de organización como éste.

Sociología de la organización y teoría de la actuación

El desarrollo de las grandes organizaciones es uno de los fenómenos más importantes de las sociedades industriales modernas. Acarrea consecuencias directas, tanto en lo que se refiere a la psicología de las relaciones impersonales y al funcionamiento de los pequeños grupos como en lo referente al fundamento de las instituciones, la estrategia económica de las unidades de producción y la estrategia social de los individuos, los grupos, las categorías y las clases en el seno de la sociedad. Un análisis todavía más profundo revela que la importancia de las grandes organizaciones en el mundo moderno transforma completamente el campo, los métodos y la estrategia de la actuación. En todas las épocas las sociedades se han visto limitadas por los medios humanos de que disponían. Pero la aparición, motivada por el desarrollo de las organizaciones, de medios más racionales de coordinación y de integración de las actividades humanas cuyas leyes pueden ser más fácilmente conocidas y sobre las que se puede actuar, transforma completamente la concepción que puede tener el hombre de la racionalidad y, por tanto, sus posibilidades prácticas de actuación.

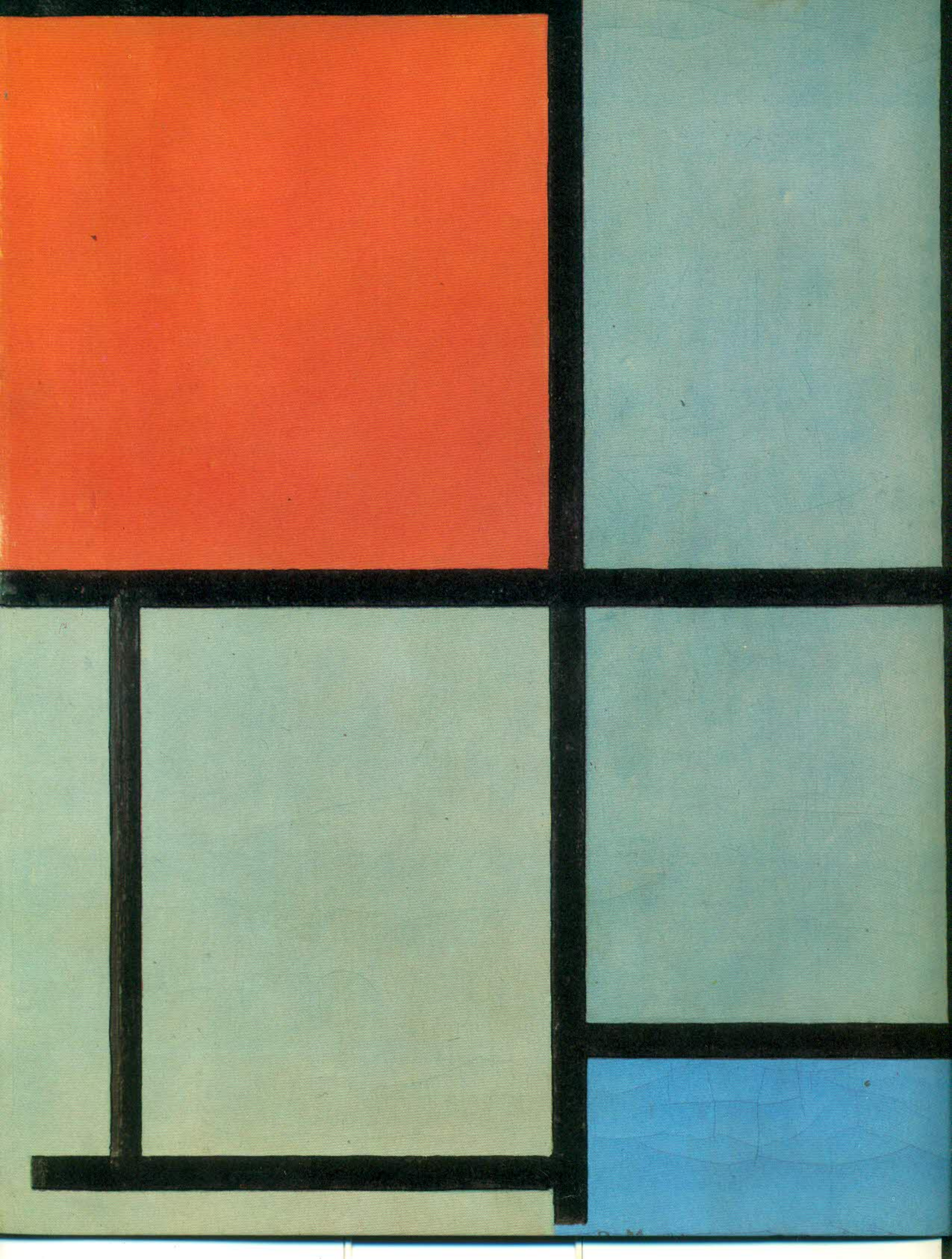
La sociología de la organización desemboca por sí misma en reflexiones más generales tocantes a otras disciplinas ya constituidas o en vías de desarrollo, como la sociología política, la sociología económica, la sociología del conocimiento y la sociología de las culturas nacionales. Por ser un nuevo método de observación de la realidad a la vez que un terreno para la investigación, puede aportar una contribución positiva en numerosos campos en los que ya empieza a dejarse sentir la necesidad de una teoría de la actuación y del cambio.

Las primeras reflexiones que desde ahora pueden presentarse en estas perspectivas, a partir de los resultados de búsquedas que todavía están en sus comienzos, conciernen a tres grandes temas: la evolución de las formas de organización moderna, el papel de los expertos y los tecnócratas y la transformación de las concepciones de la racionalidad.

La evolución de las formas de organización

En la sociedad industrial y post-industrial, la evolución de las formas de organización parece marcada por dos grandes factores. Por un lado, los constantes progresos de las técnicas de previsión en todos los campos permiten una mayor

Con la obra de Mondrian, el racionalismo formalizador ha invadido el arte moderno.



tolerancia respecto a las particularidades personales y a las necesidades propias de cada individuo; el dirigente que puede prever el comportamiento de sus subordinados no necesita recurrir a la coacción para obtener un mínimo indispensable de conformidad de su parte. Por otro lado, la evolución de la civilización hace que los propios individuos sean cada vez más complejos y «adaptables»; toda participación es para ellos menos peligrosa, puesto que les compromete menos y son capaces de encontrar otras soluciones, materiales y morales, con más facilidad. En consecuencia, mientras en la Edad Media sólo podían alcanzar una eficacia razonable las organizaciones de formas rígidas que comprometían al individuo hasta en su más íntimo comportamiento, en nuestra sociedad actual, estamos en presencia de organizaciones mucho más flexibles, capaces de contentarse, con una lealtad completamente temporal sin que se vea afectada su eficacia. Y esta evolución se acelera. Con sólo comparar, por ejemplo, la forma de vestirse, el conformismo moral y la psicología de los empleados de los grandes almacenes parisienses a lo largo de treinta años, se puede apreciar la amplitud de los cambios experimentados.

Una interpretación apresurada de la concentración del poder económico en el seno de unidades de producción que aumentan de día en día, ha suscitado grandes temores a la vez que una cierta fascinación. Muchos autores han sostenido que la complejidad de nuestra era técnica ofrecía a los expertos la posibilidad de jugar un papel decisivo, y que estos *tecnócratas* se están constituyendo en la clase dirigente de un nuevo orden feudal que está por venir.

El papel de los expertos y de los tecnócratas

Tales temores no son confirmados por un examen minucioso del modo como se toman las decisiones en el seno de una organización. La invasión de un número creciente de materias y campos por la racionalidad tecnológica confiere el poder a los expertos que son los agentes de este progreso. Pero sus éxitos destruyen la fuente misma de su poder. En efecto, sólo en la medida en que una técnica no está todavía racionalizada se hace indispensable recurrir al experto. Desde el momento en que éste ha conseguido racionalizar métodos y programas de actuación, deja de ser indispensable. Es cierto que se esfuerza en resistir al progreso, pero, en contra de lo que se cree comúnmente, la aceleración del cambio que caracteriza nuestra época tiende, a fin de cuentas, a restringir su poder de negociación. Así, la profesión médica, que constituye en la sociedad el mejor ejemplo de un grupo que conserva, gracias a la fuerza de sus tradiciones y a la ansiedad humana frente a la enfermedad, un papel y una influencia considerables, ya no ofrece al practicante de hoy ni los recursos ni la autoridad de que disponían sus predecesores. El gran público es mucho más hostil a sus privilegios y mucho más crítico respecto a sus remuneraciones que antes.

Así como los expertos y los técnicos no corren el riesgo de ser aventajados en su condición de clase o grupo detentador de poder, tampoco parece que corran ese riesgo los directores o *managers*. En efecto, la evolución de las formas de organización tiende a transformar su papel: en vez del capitán de industria de ayer (un autócrata que asumía la entera responsabilidad de los actos), nos enfrentamos cada vez más con un *leader* «político» cuyo éxito está en función de su influencia en sus subordinados. Ciertamente, el poder de tales dirigentes sigue siendo considerable; puede ser mucho más eficaz y tener consecuencias mayores que el del antiguo capitán de industria. Pero este poder es cada vez menos el de una casta a la que el nacimiento, la formación o la posesión de secretos inaccesibles al resto de la humanidad hubieran predestinado.

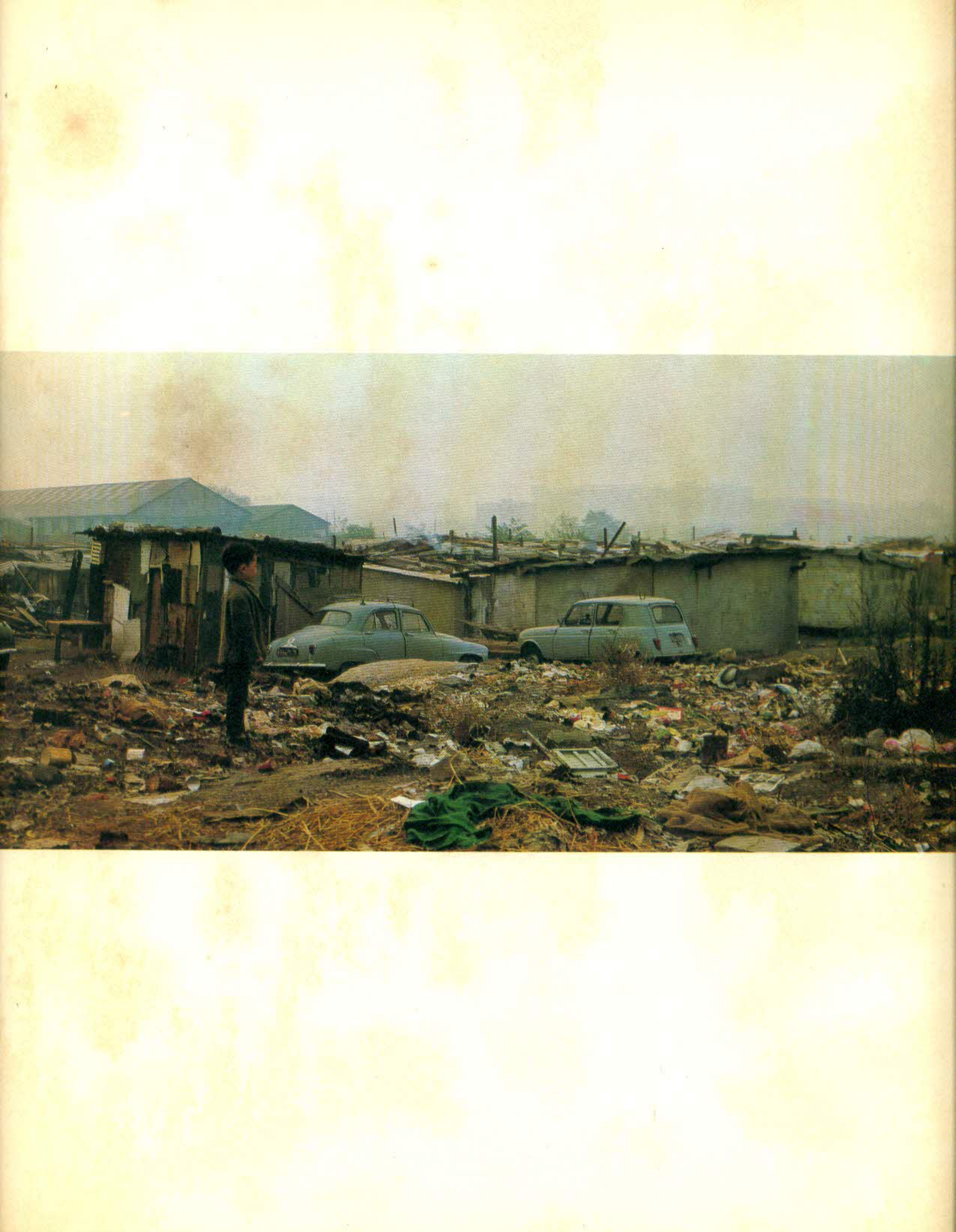
La transformación de las concepciones de la racionalidad

Las antiguas formas de organización y los mecanismos de autoridad que les correspondían, estaban ligados a una concepción mecánica y lineal de la racionalidad, que distinguía neta y categóricamente entre el orden de los fines y el de los medios. Los progresos realizados en el gobierno de las organizaciones permiten tener en cuenta cada vez más las «consecuencias inesperadas» que acarrea la utilización de medios humanos que necesariamente conservan su autonomía. De este modo tiende a diferenciarse una nueva concepción de la racionalidad que permite buscar racionalmente los medios de conciliar eficacia y participación. Esta nueva concepción de la racionalidad de la actuación humana constituye por sí sola una fuente de transformación de las relaciones humanas y del funcionamiento de las organizaciones. Efectivamente, en la medida en que es capaz de prever las consecuencias indirectas de la cooperación de los seres humanos en el seno de una organización, el hombre puede lograr el desarrollo de nuevos modos de actuación. En este terreno, nuestra época es testigo de una verdadera revolución cultural. La sociedad se hace consciente de sí misma y de los medios de que dispone para actuar sobre sí misma. Los hombres ya no dependen de mitos morales, como el de la mano invisible, de los economistas liberales o de vagos principios reguladores como el del mercado. Las enseñanzas de la experiencia empiezan a ser utilizadas para prever el porvenir en vez de serlo únicamente para restringir la actuación a las normas del pasado. Esta revolución afecta en primer lugar al papel del intelectual en la sociedad: ya no permanece apartado de la acción y encargado de profetizar sobre los principios. Cada vez más se le invita directamente a reflexionar sobre el complejo juego de los fines y medios.

Pero, sobre todo, corre el riesgo de acarrear considerables consecuencias sobre los modos y medios de cambio en el seno de las organizaciones y de la sociedad considerada en su conjunto.

QUINTA PARTE

supervivencias y desviacionismos



Los sociólogos califican de «desviacionistas» los comportamientos que, en el seno de una sociedad o un grupo dados, están en desacuerdo con las normas admitidas por esta sociedad o este grupo. ¿Estos fenómenos son sólo visibles a partir de un análisis psicológico? Ciertamente no. Los comportamientos «desviacionistas» lo mismo que los que se consideran sanos, son el resultado de la presión de las estructuras sociales sobre el individuo. En algún sentido no dejan de ser normales. La sociedad transmite a cada cual, por medio de la cultura y la educación, un cierto número de normas y de metas a alcanzar. Si carecen por completo de los medios para respetar estas normas o para alcanzar estas metas, el crimen, las enfermedades mentales, el suicidio son soluciones a las cuales están abocados los hombres.

En cuanto a los fenómenos de «supervivencias», todavía podemos observarlos a nuestro alrededor en algunos suburbios o en algunas comarcas campesinas que aún no han sido del todo conquistadas por la industrialización; y cuanto más nos alejamos de los centros geográficos de la moderna sociedad industrial, más numerosas son las supervivencias.

«Supervivencias» y desviacionismos no tienen otra cosa en común, en el contexto de este libro, más que el de ser rebeldes a un tipo ideal de la sociedad de masas. Pero ¿se puede decir que son fenómenos residuales y por tanto de un interés limitado a pesar de todo? Tenemos buenas razones para no tratarlos con tanta desenvoltura.

En primer lugar, definen los límites entre los cuales es válido un cierto tipo de análisis, y estos límites siguen siendo demasiado estrechos.

Pero sobre todo, la historia de las ciencias humanas — y también la de las ciencias de la naturaleza — enseña que lo que un cierto tipo de explicación deja de lado como residual es precisamente lo que otro tipo de explicación, más comprensivo que el primero, pondrá en primerísimo plano.

Todo nos invita, por tanto, a conceder la mayor atención a estas «supervivencias» o desviacionismos que muchas veces son tan ricas en enseñanzas provechosas como los fenómenos considerados característicos del funcionamiento «normal» y «sano» de la sociedad industrial adelantada.

CHARLES PARAIN

las supervivencias de las sociedades preindustriales

¿Estamos asistiendo a una desaparición brutal y total de las formas de vida tradicionales? ¿Está la sociedad de masas instaurando una desesperante uniformidad de respuestas estereotipadas a exigencias funcionales universales? A menudo, nos sentiríamos tentados a responder afirmativamente, aunque aquí se trate de problemas que por muchos conceptos escapan a nuestro campo de observación. Pero si estudiamos detalladamente las transformaciones, en particular las que se producen en un medio rural, tenemos que pensar si la pregunta no es más compleja de lo que nos imaginábamos a primera vista. ¿Está el porvenir determinado por estas tendencias que por ser hoy dominantes, nos parece que imponen la uniformidad? ¿O bien por estas «prolongaciones del pasado» a las que llamamos supervivencias?

En las sociedades como las de la Europa occidental en las que la industria se ha convertido en la rama dominante y decisiva de la producción y que por esta razón se suelen calificar de industriales, las antiguas formas — artesanado y pequeña industria — unas veces son eliminadas y otras sólo sobreviven como complementos y apéndices de la gran industria. En este terreno la situación es clara: las ciudades, en la medida en que constituyen complejos económicos, se transforman profundamente para responder a las necesidades de la producción industrial, a las nuevas necesidades que ésta ha engendrado y a las formas de vida que de ella se derivan. Y todo el mundo prevé que seguirán transformándose en el mismo sentido.

La rutina campesina

No sucede lo mismo en el terreno de la producción agrícola, a pesar de que ésta tienda por su parte a reorganizarse a imagen de la producción industrial. El mismo tipo de fábrica puede implantarse en sitios diferentes con gran independencia respecto a las condiciones geográficas, pero las explotaciones agrícolas no pueden dejar de tener en cuenta la infinita variedad de las condiciones naturales; por otra parte, las estructuras sociales resisten fuertemente al cambio, lo que frecuentemente se traduce por una exagerada o errónea incriminación a la rutina campesina. Los campos y los pueblos se transforman ordinariamente con gran lentitud porque se hallan situados en regiones poco industrializadas o en condiciones geográficas demasiado desfavorables.

De forma general, siempre en el campo subsisten con mayor o menor amplitud, unas estructuras o elementos de estructuras y formas de vida que representan prolongaciones de situaciones pretéritas en las que la producción agrícola era todavía la rama dominante de la vida económica. ¿Se trata en este caso, como en las ciudades, de simples *residuos* destinados a ser eliminados en un plazo más o menos largo? ¿El problema que aquí se plantea es simplemente el del ritmo de transformaciones ineluctables? De hecho, en la agricultura los residuos son mucho más complejos que en las ciudades. Al ser de distinta edad histórica, son de una naturaleza y una calidad diferentes. No todos están igualmente condenados a ser superados o a hacerse inutilizables, afortunadamente para la sociedad futura. Hay que decirlo de una vez: no se puede proceder irreflexivamente a una desaparición completa y apresurada de estos residuos, si es que uno está encuadrado en las filas de un modernismo a ultranza, ni tiene utilidad lamentarse desconsoladamente por la destrucción brutal de unos valores humanos que, por su diversidad, conferían un cierto grado de personalidad y de intimidad a la vida social. La realidad no es tan simple ni tan desesperante.

Es necesario ver claramente la complejidad de estos problemas que son desconcertantes si se quiere comprender la evolución presente, prever la evolución futura y actuar sobre ella.

Para ello, tomaremos un conjunto aislado, un nivel de estructuras que hoy se encuentran relegadas a un segundo plano, pero que durante mucho tiempo fueron dominantes. En razón de su larga estabilidad relativa y su aparente inmovilidad, estas estructuras pueden ser calificadas de tradicionales.

Sería ciertamente imposible dar aquí una descripción detallada que abarcara todas sus variedades; pero un esquema típico y, si se quiere, ideal permitirá reconocerlas aunque estén ya en vías de descomposición, bajo el abigarramiento de las formas históricas reales.

Las estructuras tradicionales

En los orígenes de la vida social había una yuxtaposición de grupos restringidos, esencialmente compuestos por pequeños productores directos, dependientes y a la vez independientes unos de otros. La mayoría de la población vivía de pequeñas explotaciones agrícolas que, en la mayoría de los casos, eran autosuficientes, gracias a la práctica de un pluricultivo de subsistencia. Se recolectaban cereales para el pan de cada día que se cocía en casa; se cultivaba cáñamo para tener ropa; se criaba ganado, corderos, cabras y algunos cornúpetas para la leche, la lana, la carne y también para las tareas del campo. Se disponía de la leña suficiente para la cocina y la calefacción. La gente se contentaba con unos instrumentos agrícolas que en gran parte fabricaban los propios hombres, mientras las mujeres hilaban el cáñamo y la lana. De esta forma casi no hacía falta recurrir a la ayuda de los artesanos y de los pequeños comerciantes cuyo número era reducido y que, a menudo también ellos, se dedicaban a las tareas agrícolas.

El grupo fundamental era el de la comunidad pueblerina. Los miembros de este grupo dependían con mucha frecuencia de un gran propietario rural al que debían pagar rentas: éste era el tipo de organización feudal que precedió a la sociedad burguesa. Sin embargo, la comunidad pueblerina se administraba directamente a sí misma con la participación personal de todos los cabezas de familia en las asambleas periódicas de la comunidad. Esta comunidad disponía, por otra parte, de bienes colectivos, bosques y pastos, en donde se apacentaba el ganado y principalmente los animales de labranza; a veces, incluso tierras de labor colectivas se redistribuían en condiciones variables.

Los lazos familiares eran a la vez muy fuertes y muy extensos. Todos los miembros de la comunidad eran solidarios unos de otros y se ayudaban mutuamente. Fiestas familiares y ceremonias religiosas o laicas de la comunidad pueblerina reagrupaban periódicamente a unos y otros, consolidando la cohesión de los grupos que, por esta misma razón, podían ejercer un control eficaz sobre la moral de los individuos.

Las estructuras familiares

El contraste con las estructuras de las sociedades industriales de tipo capitalista es sorprendente y la incompatibilidad es casi total. En éstas, la gran empresa se crea para lograr un provecho propio en el seno de una economía de mercado ampliada a todo el planeta; por otra parte, la división del trabajo no cesa de perfeccionarse y de complicarse. Además, en estas sociedades el individualismo se exaspera en busca de dinero y de distracciones aturdidoras; la moral ya no está sostenida por el sentimiento de la continuidad familiar, concretada en la continuidad de la explotación familiar y de la responsabilidad que de ella se deriva.

Las sociedades tradicionales estaban cimentadas en un apego a la tradición que explica la garantía de seguridad que tales estructuras económicas y sociales aseguraban tanto a los individuos como a los grupos, y se comprende por qué ofrecieron durante tanto tiempo una resistencia tan tenaz al movimiento general que arrastraba a las sociedades a su alrededor. Pero este movimiento era irresistible a través del progreso de las fuerzas productivas y la profundización de las diferencias sociales. Además, las estructuras tradicionales paralizaban el espíritu de iniciativa y de empresa y se hicieron cada vez más sofocantes a medida que se ofrecían otras posibilidades. Por fin, el crecimiento de la población ha planteado problemas cada vez más difíciles de resolver. No será inútil que aquí entremos en detalles, con el fin de ayudar a comprender la diferencia de dinamismo que se observa entre las distintas sociedades.

En algunas de ellas se intentó aplicar soluciones que frenaron los desarrollos históricos por medio de prácticas que han persistido hasta nuestros días. Pueden de este modo distinguirse en el sudoeste de Francia dos tipos históricos de estructuras familiares destinadas a favorecer la transmisión de una generación a otra de un patrimonio familiar sin la menor partición. Hay que decir que las condiciones económicas generales de estas regiones imponían el mantenimiento de la integridad del patrimonio, que de otra manera no se hubiera conservado por no poder proveer los medios de subsistencia de una familia. Antiguamente sólo se casaba un hijo. Sin duda había muchos niños, pero la mortalidad infantil hacía estragos; los que no se casaban se quedaban en casa del heredero o bien entraban en religión o se enrolaban en el ejército del rey. Cuando las formas de vida más igualitarias generalizaron el derecho a casarse, apareció el tipo de familia con un hijo único. En ambos casos, si a pesar de todo había más de un posible heredero, uno de ellos se beneficiaba, frecuentemente de forma abusiva, de todos los recursos ofrecidos por el Código Civil y se quedaba solo al frente del

patrimonio. Sin embargo, en regiones más dinámicas, ya existía antes del siglo XIX una estructura familiar en que los matrimonios tenían varios hijos, de los cuales la mayor parte se casaban; en este caso, los repartos patrimoniales de sucesión se hacían en lotes iguales para todos. Indudablemente no podemos decir que es ésta la causa fundamental de la mayor rapidez de desarrollo en la parte de Francia donde así sucedía, pero es uno de los factores que más contribuyeron a ella.

Las etapas intermedias

Se designa habitualmente con el término de «tradicional» no sólo lo que corresponde estrictamente al modelo coherente y equilibrado que acaba de ser descrito, sino todo lo que es anterior a lo que se puede llamar revolución agrícola caracterizada, entre otros rasgos, por la mecanización, el empleo masivo de abonos y la aplicación de los más racionales y convenientes cultivos rotativos. Este uso tan fácil y cómodo tiene el grave inconveniente de falsear la perspectiva histórica, de dar la impresión de que en la evolución de las sociedades se produjo una mutación brusca, antes de la cual reinaba el inmovilismo, el empirismo moderado y el estancamiento de la producción. Sin embargo, es evidente que una transformación, aunque sea tan radical, debe tener sus raíces en el pasado, a menos que haya sido preparada e impuesta desde el exterior. Sus elementos se han ido formando poco a poco sobre la degradación progresiva de la sociedad tradicional propiamente dicha. Son elementos intermedios entre la sociedad tradicional y la sociedad industrial, pero que ya se encuentran animados de un cierto movimiento progresista y no se hallan anclados en la tradición. Su suerte en la sociedad industrial va a ser necesariamente más variada y más *discutida* que la de las estructuras verdaderamente tradicionales.

Cuando se viaja por la Europa occidental, recorriendo regiones desigualmente desarrolladas, no se pasa simplemente de pequeñas sociedades de estructura tradicional a zonas industrializadas y plenamente modernizadas, sino que se encuentran vestigios de una serie de etapas intermedias. Al mismo tiempo que se viaja por el espacio, se descubre, a través de los sucesivos tiempos históricos, la trama del paisaje rural.

Los dos problemas del «habitat»

El rasgo más aparente de este paisaje es la repartición de las dos grandes variedades del *habitat: habitat* concentrado y *habitat* disperso. ¿Cuál de estas dos variedades está mejor adaptada a la rápida generalización del progreso técnico en una agricultura que destina casi todos sus productos a la venta en el mercado? El problema se planteó, como se verá, al menos desde finales del siglo XVIII, a la vista de planificaciones más o menos autoritarias. Se ve claramente su importancia ya que a primera vista la solución tendería a introducir en el paisaje rural una extrema uniformidad.

Se han intercambiado algunos argumentos que demuestran que no es ni fácil ni inevitable dar al aspecto de los campos una monotonía pesada.

No hace mucho que desde un punto de vista económico se subrayaba la superioridad del habitat disperso, ya que permite reunir alrededor de las edificaciones de la granja terrenos de un solo dueño, lo que asegura un gran ahorro de tiempo en los transportes y en los trabajos agrícolas y hace que el terreno forme una unidad de explotación tan consistente que casi sería imposible desmembrarla con particiones. Sin embargo, se admitía que los servicios colectivos, electrificación o traída de aguas, enseñanza o diversiones, estaban asegurados más cómodamente y a menor precio en un habitat concentrado. Desde un punto de vista social, se oscilaba entre las ventajas del aislamiento — independencia y libertad de movimientos —, y los peligros del individualismo desconfiado y de la impermeabilidad a las ideas provenientes del exterior.

En realidad hay varios tipos de dispersión: se pueden distinguir tres estadios en la evolución de este habitat.

El «habitat» disperso

El estadio más elemental fue el de la colonización de una región, en diversas épocas, por pequeños grupos constituidos casi siempre por grandes familias de tipo patriarcal; se encuentran ejemplos muy característicos y extendidos en toda la parte sudoeste de Francia. Al dislocarse la gran familia en pequeñas familias conyugales, se constituyeron los caseríos y los pueblos alrededor de pequeñas explotaciones en autarcía total. Muchos de estos caseríos han empezado a desaparecer o están condenados a ello debido al fracaso de explotaciones demasiado pequeñas, incapaces de adaptarse al progreso técnico.

Un segundo tipo es el de la gran alquería aislada tal como se encuentra en las regiones pantanosas de Poitou. Estas alquerías que explotan el terreno de un solo dueño, de una superficie total que oscila entre las 15 y las 100 hectáreas, se constituyeron en los siglos XVI y XVII sobre la ruina de los pequeños propietarios que frecuentemente vivían agrupados en viejos pueblos. Aquí, como se hará resaltar más de una vez, la variedad en el paisaje rural es el resultado de innovaciones relativamente recientes. Generalmente antes de la guerra de los Cien Años estas comunidades rurales de dimensiones variables y compuestas de pequeñas explotaciones autosuficientes estaban agrupadas unas al lado de otras; la uniformidad reinaba hasta en las casas de los campesinos que en aquel entonces no eran todavía más que habitáculos muy rústicos.

Estas alquerías de una extensión mediana o grande hubieran podido ser el marco de explotaciones incesantemente modernizadas; pero el sistema de aparcería imponía el estancamiento técnico. La condición de los aparceros, duramente explotados por sus propietarios señoriales o burgueses, continuó empeorando en el siglo XVIII, ya que su pobreza les impedía introducir en sus explotaciones las mejoras que se iban produciendo en la agricultura. El problema de la aparcería sigue planteado aún en nuestros días, pero ya no se trata de un problema de reestructuración del habitat sino de un problema social.

Por fin, el tipo más evolucionado de habitat disperso es el de la gran granja cuyo semillero lindante con los pueblos agrupados es tan característico en una gran parte de la comarca parisiense. En este caso aún nos enfrentamos con un rasgo relativamente moderno de la geografía humana; estas creaciones se multiplicaron a partir del siglo XIV, unas veces sobre las viejas reservas señoriales, y otras debido a la reagrupación de pequeñas propiedades como en el caso de las grandes alquerías. Pero en vez de aparceros que no disponen más que de la fuerza de sus propios brazos, los explotadores son en este caso los granjeros capaces de mantener el ganado y las herramientas agrícolas, es decir, que se trata ya de granjeros capitalistas. También estas grandes granjas fueron impulsadas insistentemente para que se modernizaran. Su inserción en las nuevas estructuras de la llamada sociedad industrial, de la que representaron por adelantado un papel constitutivo, no planteó ningún problema. Además, a juzgar por su funcionamiento, no podemos hablar, en cuanto a ellas, de los inconvenientes del aislamiento, hoy menos que nunca; la facilidad de los desplazamientos, los periódicos, los libros y las telecomunicaciones les abren amplias ventanas al mundo.

El «habitat» agrupado

Podríamos hacer distinciones paralelas en el habitat agrupado. Como caso extremo, ciertos pueblos pequeños de campesinos enclavados en regiones de una agricultura irremediablemente pobre deben mirarse como «residuos» difícilmente asimilables por la sociedad industrial. Cualquiera, aunque no los haya visto con sus propios ojos, ha oído hablar de estos pueblos muertos o en trance de muerte, existentes sobre todo en el sudeste de Francia. Pero el fenómeno no es nuevo en la historia de la Europa occidental: no sólo caseríos, sino también pueblos enteros, en gran número, fueron definitivamente abandonados, tanto en Inglaterra como en el sudoeste de Alemania, durante la segunda mitad del siglo XIV y a principios del XV. Salvo las víctimas directas, los propios contemporáneos no se conmovieron demasiado por estos trastornos, quizás porque no tuvieron conciencia de ello. ¿Habría, pues, que inquietarse hoy con más desaliento porque se da una publicidad alarmista a esto que parece turbar gravemente el orden establecido? ¿Acaso las posibilidades de actuar sobre la naturaleza y sobre la vida social no han sido incomparablemente ampliadas y multiplicadas desde el final de la Edad Media?



La desaparición de las formas de vida tradicionales relega a los museos o a distracción de turistas los objetos folklóricos otrora investidos del sabor y valores de toda una cultura. (Carretilla siciliana, foto Giraudon.)

Lo que sin duda alguna es útil retener, es que la gran aglomeración rural tanto puede ser un obstáculo al progreso como proporcionar un marco apropiado a las sucesivas adaptaciones. Los grandes pueblos del sur de Italia o de Sicilia

que alcanzan el tamaño de pequeñas ciudades, pero cuya población se dedica, casi exclusivamente a actividades agrícolas, han permanecido desde hace varios siglos en un estadio semifeudal porque están ligados a la persistencia del régimen de latifundios. En estas condiciones, la agricultura no puede modernizarse si no destruye previamente ese régimen en el que los grandes propietarios, que tienen demasiadas tierras y un capital demasiado restringido, se ven obligados a utilizar un modo de explotación extensiva por colonización. Los colonos, especie de aparceros que se encuentran en una situación de semidependencia personal respecto del propietario, cultivan las parcelas a ellos asignadas, con frecuencia muy alejadas del pueblo donde residen, con medios de producción, utillaje y ganado extremadamente reducidos y rudimentarios; no tienen ni ganas ni capacidad de mejorar la productividad del suelo por medio de abonos, viñedos u olivares. En este caso, también es lícito hablar de residuos difíciles de apartar del camino.

Por el contrario, en la parte septentrional de Francia, sobre todo en las zonas más urbanizadas, el habitat aglomerado conoció desde la Edad Media, en el marco de un régimen feudal bastante bien equilibrado, una serie de mejoras técnicas que le han encaminado hacia la gran explotación intensiva en el interior de los pueblos; y este tipo de explotación que elimina a los pequeños campesinos enriqueció a los grandes explotadores que pertenecen las más de las veces a la categoría de los granjeros capitalistas.

En los comienzos del régimen feudal, los terrenos de estos pueblos habían sido divididos en parcelas de forma cuadrangular y regularmente alineadas, hecho que facilitó las labores agrícolas y la percepción de las rentas. El dinamismo de las comunidades se tradujo en frecuentes roturaciones llevadas hasta el límite de lo posible y en el funcionamiento juiciosamente combinado de las servidumbres colectivas. Sobre todo a partir del siglo XVII, el desarrollo de la gran ex-

La despoblación de los campos, el abandono de las viviendas, la degradación del material y a veces el dejar baldías las tierras cultivadas son otros tantos síntomas que simbolizan a nuestros ojos las amenazas de la sociedad industrial sobre el mundo rural tradicional que pintaban las no-







plotación intensiva, con arrendamientos pagados en dinero, destruyó las pequeñas explotaciones de subsistencia, minando las bases de la comunidad pueblerina.

Las revoluciones agrícolas en Escandinavia

Que la regularización en la parcelación del terreno, realizada en apariencia por la propia autoridad de los señores, se debió al interés bien entendido de los pequeños aparceros y a su firme voluntad, es un hecho patente en el caso de Dinamarca, donde no fueron los señores, sino las comunidades pueblerinas, las que tuvieron la iniciativa en dichas modificaciones: el resultado fue, tomando como modelo las regiones plenamente feudalizadas de Alemania, una regularización muy perfecta y racional de las parcelas.

velas campesinas del siglo XIX o de principios del XX. Pero éste es sólo un aspecto de una situación compleja del cambio tecnológico y social.



Del mismo modo, en el desarrollo de la pequeña explotación autárquica hacia la gran explotación intensiva que produce para el mercado, hemos visto desplegarse no sólo el espíritu de empresa de los capitalistas secundado por las intervenciones estatales, sino también la capacidad organizativa de las comunidades pueblerinas, aunque con más fluctuaciones. Los países escandinavos, cuyo estudio es muy instructivo debido a su gran capacidad de asimilar el progreso técnico y afrontar resueltamente las transformaciones incluso radicales a las que éste les conduce, han dado ejemplo, desde la segunda mitad del siglo XVIII, de una completa reestructuración de las explotaciones agrícolas. Sabemos que la reestructuración es una condición básica para una revolución agrícola paralela a la revolución industrial y cuánto ha tardado la implantación de este movimiento en Francia.

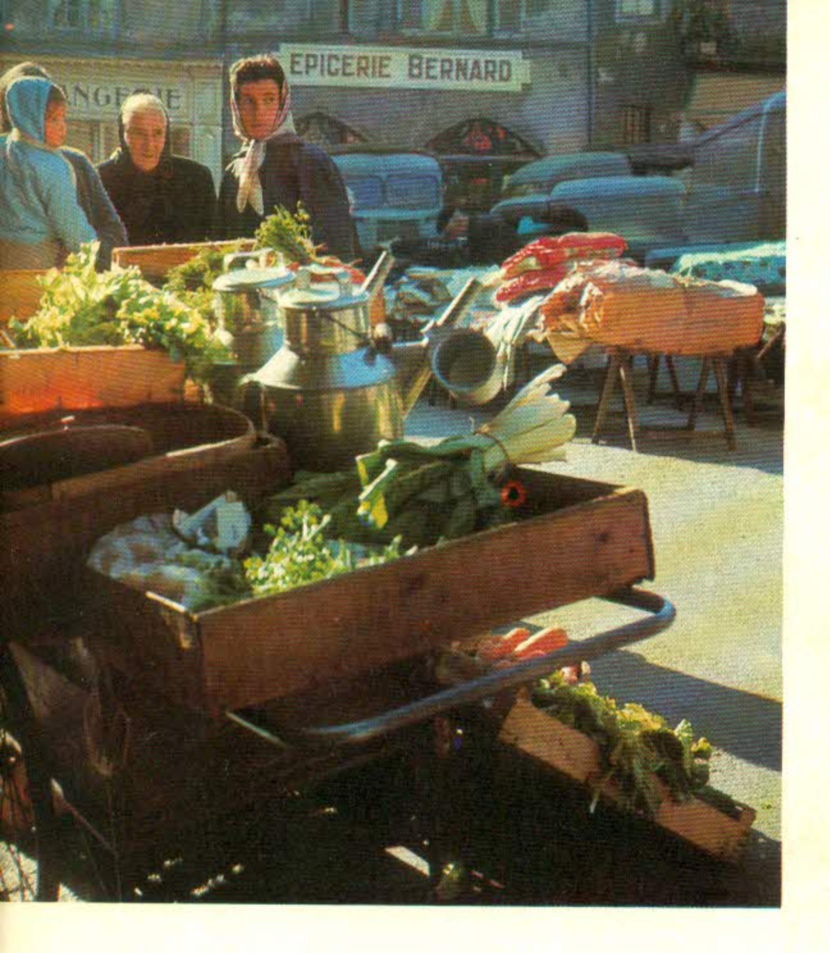
En Suecia, las leyes de 1803 y 1827 prescribieron que los edificios de explotación y las agrupaciones de tierras que de ellos dependieran fueran desplazados fuera de las aglomeraciones. De este modo se pasó en gran parte del país, mediante una reelaboración radical del paisaje rural, del habitat aglomerado al habitat disperso. En el Schlesvig danés fueron los campesinos los que espontáneamente comenzaron a reagrupar sus tierras, y a mediados del siglo XVIII la reestructuración estaba terminada en algunos distritos y a punto de terminar en los restantes.

Por eso no han desaparecido de los países escandinavos ni el color local ni la originalidad. El ejemplo es digno de ser meditado. Cuanto más pronto y más resueltamente se emprenden las «revoluciones» que se han hecho posibles y necesarias, mejor pueden ser salvados los particularismos enriquecedores. El problema reside en que las transformaciones no sean ocasión para una especie de pillaje en detrimento del artesano, del pequeño campesino o de los bienes colectivos. Mientras que en Inglaterra la burguesía se mostró favorable a la constitución de grandes propiedades rurales a expensas del patrimonio público, en Suecia se puso al lado de los campesinos y ayudó a los reyes a recuperar las tierras de la corona acaparadas por la aristocracia.

La transformación del paisaje rural

Cuando se está plenamente convencido de que la majestad secular —y venerable por ser secular— de las llamadas sociedades tradicionales no es a menudo más que una ilusión, y de que las sociedades preindustriales no temían las innovaciones dado que poseían una gran dosis de dinamismo, uno se halla mejor dispuesto para admitir y preparar las transformaciones necesarias, pero también para hacer una selección juiciosa de las formas heredadas del pasado en vez de dedicarse a ciegas destrucciones.

Además, se llega a la conclusión de que la generalización de las nuevas estructuras revolucionarias es la fuente, como por compensación, de una nueva composición del pai-



La inadaptación a las exigencias del mercado moderno determina la degradación y ruina de estructuras sociales cuya resistencia al cambio es muy fuerte, como en este pequeño comercio pueblerino ambulante.

saje rural. A través de una aparente uniformidad nace una nueva diversificación que hay que saber reconocer y admitir con la misma libertad de espíritu y la misma comprensión que la que demuestra el hombre contemporáneo, de cara al porvenir, respecto a nuevas formas artísticas y nuevas riquezas culturales.

Una mejor utilización más completa y más racional de las condiciones naturales, gracias a las posibilidades prodigiosamente incrementadas de la técnica, está creando en la Europa occidental una diversidad ciertamente dibujada con menos detalles, pero más poderosamente impresa en la naturaleza y, por así decirlo, más musculosa. Geográficamente, las diferencias climáticas determinan vocaciones agrícolas diferentes, conducentes a la formación de tres grandes tipos de paisaje rural: la Europa continental, apta para el cultivo de cereales y algunos cultivos industriales; la Europa occidental o Europa atlántica, propicia a la ganadería, y la Europa mediterránea, lugar privilegiado para el cultivo de la vid, el olivo y la horticultura.

Un maestro indiscutible de los estudios rurales, Marc Bloch, supo hacer ver la existencia en nuestro país de tres regímenes agrarios fuertemente individualizados: el de los campos abiertos y alargados, el de los cerrados, y el de los campos abiertos e irregulares, correspondientes en líneas generales a los tres tipos de paisajes rurales que se acaban de definir. Sin embargo, examinándola con más atención, vemos que esta diversificación no es tradicional. Salvo en lo que respecta al paisaje mediterráneo cuya entrada precoz en la historia hizo que se elaborara mucho más pronto que los otros dos, la preocupación por una agricultura de subsistencia, basada en la misma amplia gama de producciones agrícolas, mantuvo hasta plena época moderna una tendencia hacia la uniformidad, a pesar de la presión de las condiciones geográficas; el ejemplo de la antigua difusión de la vid, más allá de los límites actuales, lo ilustra muy bien. En el siglo XVIII estuvo muy en boga la creación de campos cercados en el oeste y sudoeste de Francia; pero este hecho era, a menudo, resultado de innovaciones recientes, y otros muchos campos siguieron abiertos como en el nordeste. Por el contrario, en los campos abiertos del nordeste, se encontraban frecuentemente numerosos árboles frutales en medio de los campos, mientras que a la orilla de los caminos se alineaban hileras de árboles y a veces verdaderos vallados. A lo largo de la historia no han dejado de sucederse las tendencias hacia la uniformidad y otros hacia la diversificación, e incluso se han entremezclado; en efecto, para luchar contra los excesos de una tendencia, lo más eficaz no es soñar utópicamente en un regreso al pasado, sino avanzar en el sentido de las reelaboraciones efectuadas basándose en el progreso de la técnica.

Una granja modelo

Donde se da una mayor variedad de evoluciones y resulta más instructiva la práctica de los diferentes pueblos, es en el caso de la Europa atlántica. Alrededor de 1870, el pluricultivo continuaba dominando en Dinamarca y era frecuente la exportación de cereales. Sólo a partir de esta época, la agricultura danesa, muy afectada por la competencia de los cereales del otro lado del Atlántico como consecuencia de la baja de los fletes, se orientó resueltamente hacia la producción ganadera. Pero generalmente en el noroeste de Europa, desde los Países Bajos hasta Jutlandia e incluso hasta Noruega, la economía rural se había caracterizado por el predominio de la cría del ganado en el establo durante el invierno; de ello resultará una de las más notables creaciones de la arquitectura rural, la creación de la casa del ganadero pluricultor, denominada durante largo tiempo casa bajosajona, porque en la Baja Sajonia fue donde se implantó de una manera más neta. Bajo un mismo techo monumental muy alto se hallan las habitaciones de la familia, y a continuación, ocupando la mayor parte del espacio, una inmensa nave en la que se almacena el heno y que está rodeada de dos laterales más bajos que sirven de establos. Se trata, pues, de una casa que desde sus orígenes es plenamente funcional y está bien adaptada a una juiciosa utilización de las condiciones naturales. Por este motivo ha subsistido hasta nuestros días y puede conservar sus líneas fundamentales sin perjuicios para la modernización.

El ejemplo de los Países Bajos

Este país, al que nadie osaría acusar de conservadurismo, ofrece hoy este carácter de paisaje humanizado con un éxito sorprendente para el deleite de los que viven en él y de los que lo visitan. Pero hay que observar que la construcción de este paisaje se hizo posible gracias a que, antes que en ningún lugar de Europa, los Países Bajos se separaron del modelo tradicional de vida patriarcal; para lanzarse a la economía mercantil y después a la capitalista.

Primitivamente, en las costas de Frisia o a lo largo del Rin, sólo estaban habitados los collados, alturas frecuentemente artificiales, capaces tan sólo para un pueblo o para una gran familia. No se construyeron diques eficaces más que a partir del siglo XIII, cuando los condes de Holanda aseguraron su soberanía sobre los pequeños señores; en Flandes se hizo sentir el influjo de las abadías. Más tarde, en el siglo XV, las grandes abadías encontraron rivales, para el establecimiento de *polders,* entre los burgueses ricos. El período más activo de la lucha contra el mar, antes de la época contemporánea, fue el comprendido entre mediados del siglo XVI y finales del XVII, y coincidió con el apogeo comercial de las Provincias Unidas y con la creación de grandes fortunas de origen colonial, mientras que los ingenieros holandeses convertidos en maestros del arte hidráulico, eran llamados a Inglaterra, Francia y Alemania. Esta irrupción de métodos ya industriales y, en cierto sentido, unificadores, ¿acaso podían hacer lamentar a alguien la desaparición de paisajes naturales de marismas y lagunas?

Para una estética del paisaje

Por otra parte, la naturaleza prodiga advertencias contra los excesos de una uniformidad poco previsora, sobre todo en la medida en que la observación científica permite descubrirlos rápidamente. En el oeste de Francia, el paisaje de campos cerrados pareció recientemente constituir un obstáculo a la mecanización puesto que ésta exige superficies suficientemente extensas. Se procedió, pues, a derribar las vallas y a nivelar los taludes para proceder a nuevas reestructuraciones; y se hubiera podido pensar que los campos de estas regiones iban a adquirir el aspecto desnudo de las explotaciones intensivas de la cuenca parisiense. Pero se comprendía que una destrucción excesiva de los vallados acarreaba, por los climas locales, consecuencias nefastas: en las pendientes, el suelo cultivable era erosionado; los prados y los huertos estaban expuestos a la acción desecadora y glacial del viento, y la desaparición de las rapaces nocturnas favorecía la invasión de los roedores.

En las regiones mediterráneas, si bien una naturaleza salvaje o semisalvaje bajo un cielo extraordinariamente luminoso, ejerce sobre el hombre civilizado una especie de fascinación, hay que decir que muchos paisajes encantadores son el resultado de una larga y paciente elaboración: desde la antigüedad, Italia ha sido cantada como un maravilloso vergel. Con la edad comunal y más aún con el Renacimiento, el gusto por el paisaje bello se afirmó en la Toscana, a la vez que se perfeccionaba la agricultura; el paisaje rural fue regularizado y adornado; pero este hecho está en estrecha relación, como en los Países Bajos, con la aparición de los primeros elementos del capitalismo. En los siglos XV y XVI, el paisaje bello se extendió a la mayor parte de Italia gracias a la formación de una nueva nobleza de antiguos comerciantes y banqueros, y también de condottieri. Por el contrario, en la región del bajo Ródano, la plantación de los vallados de cipreses que hoy nos parecen uno de los rasgos más característicos y seductores del paisaje provenzal no se empezó hasta el año 1830: el paso del pluricultivo de subsistencia a la especialización hortícola se vio acelerado por la construcción de la línea férrea en el valle del Ródano y, en lo sucesivo, habría que proteger las hortalizas tempranas de la violencia del viento.

La imagen que reproducimos simboliza una forma de vida que no es más que la prolongación de una situación antigua, en la que la producción agrícola representaba la rama dominante de la vida económica.



Una vez más tenemos aquí el ejemplo de un nuevo elemento de belleza creado por la tendencia a la industrialización. Para las sociedades, todo consiste en saber aprovechar las ocasiones y utilizarlas lo mejor posible, cosa que frecuentemente hace necesario en la presente época una acción concertada, rápida y enérgica. Mientras la industrialización conservaba un ritmo relativamente lento, las readaptaciones podían efectuarse mediante tanteos experimentales en los que las diferentes exigencias tenían tiempo de equilibrarse. El drama que provoca una industrialización impetuosa, es que se pierden ocasiones, y también que los daños no sólo inútiles, sino también poco razonables y difícilmente reparables, aumentan antes de que puedan ser remediados.

No siempre es fácil encontrar soluciones. Lo esencial del atractivo que ejerce el paisaje toscano, o el de la Umbría reside sin duda en las disposiciones a la vez variadas y regulares de lo que se denomina *coltura promiscua,* un cultivo mixto en el que los plantíos de cereales están separados por hileras de árboles mezclados con vides. En la Emilia, este tipo de cultivo no alcanzó su plena extensión hasta entrado el siglo XIX. Pero se ha operado una vuelta atrás desde comienzos del siglo XX y el cultivo mixto ha iniciado una regresión que parece tener que continuar por razones relativas al progreso técnico y a la evolución económica: la especialización creciente, necesaria en una economía de mercado, impele a abandonar la vid por producciones mejor adaptadas al medio geográfico; el desarrollo de los cultivos forrajeros evita que el follaje de los árboles deba alimentar al ganado, y el empleo del tractor exige espacios más despejados. El caso del paisaje rural de la Emilia puede considerarse como un símbolo de la contradicción que pone el triunfo de la sociedad industrial entre las exigencias y seducciones del desarrollo material y las aspiraciones a una vida cultural cada vez más amplia y más elevada. Puede establecerse un paralelo, por ejemplo cuando se trata de adecuar viejos barrios históricos a las grandes ciudades modernas. ¿Cómo proponer principios absolutos y decidir en abstracto? No existe ningún tipo de vida cultural sin una base material, y por otro lado la vida se haría insípida con un funcionalismo estrechamente material.

Es indispensable tratar por separado cada caso particular teniendo en cuenta las proporciones del conjunto y del futuro tanto como las del presente.

Hacia una reestructuración de la comunidad pueblerina

Seguramente, en el plano social, el hecho más impresionante de la vida del campo y el de mayores consecuencias es la disgregación de la comunidad pueblerina a medida que todas las estructuras se reorganizan tomando como modelo las estructuras industriales. Jamás debe perderse de vista el hecho de que la comunidad pueblerina representa, en el campo, la agrupación típica de las sociedades preindustriales y que éstas pudieron conocer en su seno un apogeo que, aún a distancia, solemos idealizar.

La ampliación del horizonte social se ha hecho inevitable, de un lado por la relación cada vez más estrecha, incluso por parte de los pequeños productores, con una economía de mercado; por otro lado y ligado con este hecho, por la necesidad de cada uno de elevar su nivel cultural de año en año, con el fin de responder a los rápidos progresos de las técnicas, a la creciente complicación de la vida administrativa y a la renovación ininterrumpida de la fisonomía del mundo. A lo cual se unen las posibilidades y la tentación de llevar una existencia más confortable, más civilizada, aunque no siempre más conveniente para la salud.

Cada vez con más frecuencia, los niños, después de los 11 años, van a estudiar el bachillerato elemental a un gran pueblo vecino o a la ciudad. Se oye la radio, se ve la televisión, se leen periódicos y hasta libros de bolsillo. Ya no se hacen fabricar los muebles por el carpintero del pueblo; el tractor elimina al herrero. Las fiestas votivas, las ceremonias religiosas o laicas dejan de constituir el elemento fundamental de las diversiones. La creciente comodidad de las comunicaciones acelera este proceso, pero entiéndase que todo esto no son sino tendencias más o menos pronunciadas según las capas sociales y según las regiones.

Incluso en el campo, asistimos a una especie de atomización de la vida social; el individuo se va aislando cada vez más no sólo en el interior de la comunidad pueblerina, sino también en el interior de la familia, cuyo círculo se ha hecho más reducido. Al mismo tiempo, el individuo dirige cada vez más su mirada, sus gustos y sus ambiciones hacia el exterior. De ello resultan situaciones y sentimientos de soledad que tienen por corolarios tanto el aburrimiento para el que la agitación de la vida moderna no es más que un remedio pasajero, como el desarraigo ante los dramas de la existencia, a falta del sostén que representa una solidaridad suficientemente amplia y estable. La elevación del nivel de cultura permite ciertamente el establecimiento de nuevos lazos sociales a un estadio superior: sindicatos, agrupaciones políticas o culturales. Pero estos lazos no afectan más que a aspectos restringidos de la vida social, en tanto que ésta estaba sumergida por entero y de una manera cotidiana en la comunidad pueblerina. De aquí se deduce, a pesar de las corrientes contrarias, un apego duradero a las formas de vida comunitaria cuyos aspectos democráticos serían difícilmente remplazables. Del mismo modo, el hombre de las ciudades permanece apegado a su barrio y a los pequeños comerciantes del mismo.

Es característica, tanto de la comunidad pueblerina como de la familia, la imposibilidad de mantenerse indefinidamente en unas formas inamovibles: el profundo interés de la sociedad no reside en su destrucción, sino en su reestructuración.

RENÉ GOUELLAIN Y JEAN LOUIS BOUTILLIER

las sociedades del tercer mundo

Lo que es cierto para algunas capas tradicionales que subsisten en el interior de las sociedades industriales lo es «a fortiori», para las sociedades no industriales. Es indudable que las primeras consiguieron crear un movimiento en el cual parecen arrastrar poco a poco a todas las demás. Sin embargo, en la actualidad nada nos autoriza a afirmar que vamos a asistir a un proceso de uniformidad de todas las sociedades humanas según el tipo de la sociedad de masas.

Antes de pasar a la consideración de las sociedades del tercer mundo, recordemos que las sociedades industriales presentan unas estructuras en las que las relaciones sociales están dominadas por los intereses económicos. Además, en el plano de la organización se caracterizan por la integración de unidades técnico-económicas diferenciadas en el seno de las propias naciones comprendidas en conjuntos más amplios que se han originado debido a la acción de algunas naciones de economía imperialista. Por otra parte presentan contradicciones específicas: las oposiciones de clase, los fenómenos colonialistas, que se desarrollan al mismo ritmo con que se concentran los medios de producción en un contexto socio-geográfico cada vez más extendido.

Al margen de estas sociedades que buscan el aumento de la productividad de su economía, existen pueblos, tribus, grupos étnicos, elementos de unidades nacionales en su mayor parte recientes y más o menos integrados, que poseen sistemas sociales particulares: los más arcaicos parecen ser aquellos en los que predominan las estructuras familiares bajo cuya protección se desarrollan todos los elementos de la vida social que comúnmente colocamos en el terreno económico. Así, podemos esperar descubrir en ellos conflictos y contradicciones diferentes de los que nacen de sus relaciones con las sociedades industriales.

Un criterio básico: la economía

A pesar de su diversidad estos pueblos se agrupan, porque ninguno de ellos responde a los criterios del mundo industrializado, en la categoría de sociedades no industriales. Pero no podríamos limitarnos a considerar diferencias cualitativas establecidas entre sociedades de estructuras diversas, o incluso opuestas. Las investigaciones en materia de desarrollo que toman como criterios las categorías de producción, de consumo y de nivel de vida, completan estos datos inmediatos con otros que son cuantitativos. Sin embargo, aquí encontramos, a fin de cuentas, las mismas diferencias, pero más matizadas y como puestas de relieve sobre el fondo de los criterios comunes. Así, las sociedades no industriales constituyen la mayoría de los países que padecen insuficiencia de alimentos, que acusan una productividad muy baja, por ejemplo en el plano agrícola, que disponen de una renta nacional poco elevada y de un nivel de vida muy bajo. Por el contrario, las naciones industrializadas son las mejor provistas y se benefician de la mayor parte de los recursos mundiales explotables. Sin embargo, surgen excepciones: un país, industrial o no, puede responder a tipos intermedios, situados respectivamente entre el de un subdesarrollo característico y el de un óptimo desarrollo: la China actual, país industrializado, está todavía muy subdesarrollada; inversamente, los estados petrolíferos del golfo Pérsico, de estructuras casi feudales, están empezando ya a desarrollarse. De igual modo pero a otra escala, hay que distinguir —tanto en los países industriales como en los no industriales— islotes, casi aislados, cuyas características se encuentran por lo menos en contradicción con los datos fundamentales de las sociedades consideradas: éstos son los «residuos» de las sociedades preindustriales de los que habla Ch. Parrain en el capítulo anterior.

Si no tenemos en cuenta estas excepciones, es evidente que encontramos la misma oposición entre sociedades industriales y no industriales que entre países subdesarrollados y desarrollados. En efecto, frente a sociedades fundadas so-



bre bases diferentes de las nuestras, se plantea la cuestión de las relaciones que se pueden establecer entre los sistemas sociales, las razas y civilizaciones, y los marcos geográficos. No se plantearían estos problemas si, como en siglos pasados, se considerara que las naciones industrializadas han llegado al final de la evolución de la humanidad y que basta con clasificar a las restantes según el camino más o menos largo que tienen que recorrer para alcanzar a las primeras.

Estas oposiciones, cuanto menos abstractas, son la expresión actual de antagonismos reales que existen entre las naciones industriales y el conjunto de los estados subdesarrollados que llamados «tercer mundo». Estos conflictos son engendrados por la desigualdad y la explotación de unos por otros, cualesquiera que sean las condiciones en que ésta se manifieste, como lo demostraron las crisis por las que atravesaron y por las que todavía atraviesan algunos países colonizadores, así como los desórdenes en que se ven envueltos los países colonizados por ellos. Estas relaciones, junto con su desarrollo, constituyen uno de los rasgos dominantes de la historia contemporánea.

Caracteres de las sociedades no industriales

Nos preguntamos qué realidad representan en el mundo estas sociedades «residuales». Vamos a considerarlas en sí mismas y, para ello, intentaremos superar el concepto de sociedad no industrial, basado en una negación, para definirlas de una manera más positiva en su diversidad.

Habrá que retener dos series de criterios con el fin de ordenar esta diversidad: en la primera están incluidos todos los hechos relacionados con los sistemas económicos y con las técnicas en su relación con el medio circundante y los tipos de vida; la segunda se referirá a datos relativos a las organizaciones sociales y políticas. Además, como con frecuencia es posible determinar correspondencias entre estos dos órdenes (relaciones del hombre con el medio, y entre los hombres) recurriremos a la noción de área cultural, que implica no sólo una síntesis de las dos series de criterios mencionadas, sino también una visión totalizadora, incluyendo por ejemplo, el estudio de las ideologías.

En primer lugar encontramos las categorías, ya clásicas, utilizadas por Thurnwald, D. Forde, Baumann, Westermann.

ECONOMÍA DE RECOLECCIÓN, CAZA Y PESCA:

Los esquimales del Artico, cazadores de focas y de renos.

La importancia de las artes primitivas en la cultura occidental demuestra que la relación entre las sociedades industriales y las demás está lejos de tener un sólo sentido. («Ekoï», estatuilla camerunesa de piel.)

Los kwakiutl, los nootka y otras poblaciones de pescadores de la Columbia británica.

Los yukaghir, cazadores de renos en la tundra siberiana.

Los bosquimanos, dados a la recolección y a la caza en las selvas centro-africanas.

Economía pastoril (casi siempre ligada a un modo de la vida más o menos nómada):

Los tungus, cazadores de renos de Siberia.

Los moros y los tuareg, criadores de camellos en el Sahara.

Los kirghiz y los kalmucos, criadores de caballos y de corderos de las estepas de Asia central.

Economía agrícola:

Los hopi, cultivadores de maíz en los desiertos de América del Norte.

Los azande, cultivadores de la sabana centro-africana.

Cada una de estas economías está caracterizada por el nivel de sus técnicas: el uso de ciertas redes, el empleo de herramientas como la azada y el pico. Al mismo tiempo que determinan la productividad, estas técnicas sirven, junto con los datos demográficos, para definir el nivel de la producción de una población, las relaciones que mantiene con el medio, las posibilidades de evolución que encierra, sus oportunidades de progreso y expansión o, por el contrario, de estancamiento e incluso de regresión.

Sus sistemas agrarios

A pesar de su simplicidad, esta clasificación nos proporciona un primer instrumento de análisis para reconocer algunas sociedades residuales. Sin embargo, es necesario matizarla ya que, si no existe una jerarquía propiamente dicha entre los diferentes tipos de economía que acaban de citarse, si es difícil determinar los estadios por los que obligatoriamente deberían pasar todas las economías en su evolución, se debe al menos resaltar el lugar excepcional que ocupa la agricultura, actividad nacida en una época relativamente reciente de la historia de la humanidad. En efecto, la agricultura ofrece posibilidades de producción más importantes y más regulares que la recolección, la caza y la pesca; las poblaciones que se dedican a estas últimas actividades, si bien no siempre tienen un nivel de subsistencia inferior al de los agricultores, sí es cierto que, sobre todo en el caso de los nómadas, llevan una vida tan precaria que las podemos catalogar, sin ninguna dificultad entre las sociedades residuales y, por tanto, están condenadas a desaparecer en un plazo más o menos largo. ¿Pero, será quizá también ésta la suerte reservada a algunas economías agrícolas ligadas a ciertas técnicas de producción? Ya ha sido estudiado el caso de los sistemas agrarios de cultivo itinerante sobre tierras quemadas *(shifting cultivation)*: tipo de economía muy extendido en el mundo ya que asegura la subsistencia de unos quinientos millones de personas que utilizan todavía instrumentos de arar arcaicos y técnicas rudimentarias obteniendo rendimientos muy bajos tanto del suelo como del trabajo humano. En esto, la economía agrícola se traduce en un derroche del capital fijo y, en el paisaje, en un deficiente aprovechamiento del terreno y cierto desorden que contrasta, por ejemplo, con la bella ordenación de las tierras de rotación trienal de cultivos de la Europa medieval.

Su organización social y política

Marx y Engels expusieron frecuentemente su idea de que en las sociedades arcaicas, tal como acaban de ser caracterizadas por la «simplicidad de su organismo productivo», las relaciones de producción están subordinadas a las estructuras familiares: «Cuanto menos desarrollado está el trabajo, menor es la masa de sus productos y, en consecuencia, la riqueza de la sociedad; y mayor la influencia dominante de los lazos de sangre sobre el orden social» (*El origen de la familia*, 1884). Y esto nos lleva a considerar ahora a las sociedades según su organización social y política.

Se las puede clasificar en dos categorías muy amplias: las sociedades sin poder central y las de poder centralizado. No hace falta decir que estas últimas no coinciden generalmente con las naciones o los estados del tercer mundo de los que hablaremos luego.

Las sociedades sin poder central son las sociedades segmentarias *(tribes without rulers)*. Descansan en la yuxtaposición de linajes y de clanes sin jerarquía estricta entre ellos, y por tanto sin *leaders*. Los segmentos se basan en relaciones familiares o de vecindad. Así ocurre, por ejemplo, con los tallensi de la sabana ghaneana y los bororos del Amazonas.

Por el contrario, las sociedades con poder central se caracterizan por la existencia de una jerarquía entre elementos de distintas familias o tribus; puede tratarse tanto de castas, de clases, como de agrupaciones diversas cuya organización global necesita de la presencia de un «Estado», grupo específico encargado de administrar, juzgar e incluso controlar las actividades económicas, tasas y prestaciones, redistribución de las rentas y monopolio del comercio exterior. La composición del grupo gobernante varía extremadamente: por un lado, varía según la intensidad de las formas de gobierno; por otro, según el origen de estos gobiernos — conquista militar, golpe de estado, herencia, reconocimiento general, elección. Tal es el caso de los tutsi y los hutu del reino de Burundi, del reino de Nepal, del sultanato de Hadramaut en el sur de la península arábiga.

Hay que citar otra categoría que tiene una notable importancia histórica y cuyos vestigios se pueden encontrar con



El tipo de economía, el estado de las técnicas, la concepción del universo y de la propia sociedad, los problemas de organización, todo lo que las sociedades saben y piensan, se refleja en la construcción del pueblo, que constituye el marco de la vida en común. (Poblado lacustre de Ghana.)

facilidad hoy día. Agrupa las sociedades basadas en relaciones de tipo «feudal» o pseudo-feudal (o sociedades aristocráticas no feudales, que Marx designaba con el término de «sociedades de una forma de producción asiática» evocando la organización social de Egipto o la India de la antigüedad) o en la realización de grandes trabajos (como la irrigación bajo el imperio de los incas).

Las áreas culturales

Si ahora relacionamos las categorías que se deducen de las dos series de criterios que nos proponíamos utilizar, ¿acaso no se impone la noción de área cultural? Aunque ciertamente no existan relaciones unívocas entre sistemas sociales y sistemas económicos, siempre se pueden advertir afinidades y concordancias entre estos dos órdenes de fenómenos. Así, las economías de baja productividad, como las recolectoras, no parecen compatibles con la existencia de una organización con poder central; es el caso de los recolectores de la selva ecuatorial africana organizados en sociedades «anárquicas». Por el contrario, en el seno de economías en las que puede obtenerse un excedente, se encuentran formas de gobierno de tipo estatal; este es el caso, entre otros, de las sociedades de castas de la India. Veamos igualmente el ejemplo que nos ofrecen las numerosísimas sociedades que practican el cultivo itinerante y que están dotadas de organizaciones plurisegmentarias. Tal es el caso de las poblaciones del Oeste de Africa que, ante el empobrecimiento de sus tierras y frente a los problemas creados por su expansión demográfica, emigran, se dividen, crean nuevas unidades; proceso que es posible gracias a la propia naturaleza de su organización. Sin embargo, la existencia de imperios en estas sabanas puede contradecir el paralelismo que acabamos de sugerir entre los campos económico y político. Pero la contradicción es sólo aparente si tenemos en cuenta el contexto histórico propio de las áreas culturales en cuestión. Entre otros ejemplos, citemos el del imperio de Mali cuyo desarrollo y prosperidad estuvieron estrechamente ligados al comercio transsahariano. Cuando en el siglo XV aparecieron en la costa nuevos modos de comunicación con Europa y se hundió dicho imperio, su caída no provocó modificaciones esenciales en las comunidades básicas.

La noción de comunidad

Bajo la extrema diversidad de las sociedades que acabamos de citar, ¿es posible descubrir algunos rasgos comunes, comparables a sus homólogos de las sociedades industriales? Lo que se advierte en primer lugar es el papel esencial que en todas las sociedades no industrializadas juegan

las comunidades reducidas, debidas a lazos familiares, cuasi-familiares o vecinales. Estas agrupaciones no sólo componen tribus y clanes sino también comunidades pueblerinas. Compuestas por miembros que tienen entre sí relaciones mutuas y continuadas, la fuerza de estas unidades sociales radica en el hecho de ser comunidades cerradas, opuestas al mundo exterior: la solidaridad existe, ante todo, entre los miembros del grupo, fuera del cual los demás son más o menos extraños según pertenezcan o no a la misma cultura. No podemos dejar de sentirnos impresionados ante la fuerza y la cohesión que en muchos casos todavía conservan estas comunidades fuertemente particularistas. Como de ordinario viven en un espacio reducido, sus miembros están unidos casi siempre por lazos de sangre que se renuevan a cada generación. De este modo se refuerzan mutuamente los vínculos con la tierra y los lazos sociales. No es, pues, de extrañar que las relaciones familiares prevalezcan en las relaciones sociales.

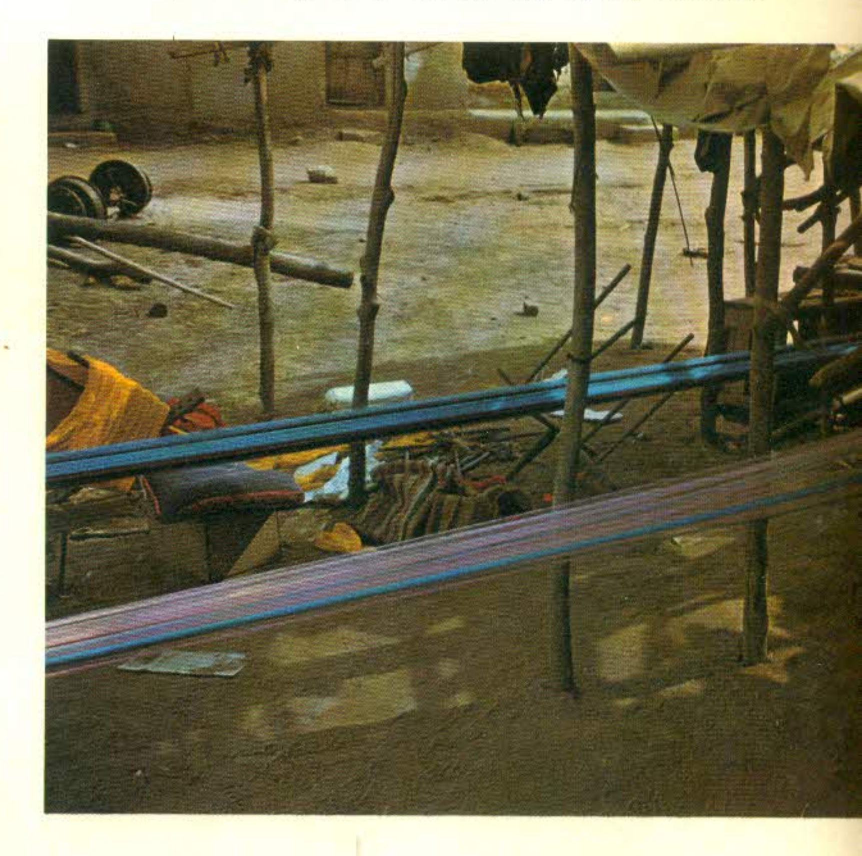
En el contexto de la pequeña comunidad, la familia coincide a menudo con la unidad de producción, mientras en las sociedades industriales pierde esta función. Además, garantiza la seguridad económica de cada uno de sus miembros; en las naciones modernas esta función corre a cargo de compañías de seguros, gubernamentales o no. Por otra parte, en las sociedades fundadas en el parentesco, los lazos no familiares son ocasionales y muy pronto quedan asimilados a los familiares. Así, en comunidades raramente homogéneas son «adoptados» los elementos extranjeros; y, si es cierto que en su seno se reconocen autonomía a pequeños grupos de orígenes diversos, no lo es menos que, por encima de todo, se está sumiso a una autoridad única de tipo patriarcal. Finalmente, vemos que todas las relaciones se expresan en términos de parentesco. Sin embargo, entre las que prevalecen en el mundo no industrial, existen otros tipos de relaciones que no son de carácter familiar sino que se trata de lazos de clientela o pseudo-feudales que, como los primeros, se hallan inscritos en unidades comunitarias cerradas y como replegadas en sí mismas.

Como lo subrayaron Redfield y Toennies, el predominio de estas relaciones personales se ve confirmado por el análisis de los mecanismos económicos propios de estas sociedades. Actividades tales como plantar, sembrar, recolectar, intercambiar, no se reducen sólo a fines económicos: contienen elementos rituales, pactos de solidaridad, objetivos políticos. Cada acto no tiene, pues, un contenido único, sino que expresa las relaciones de los hombres entre sí, de los hombres con el medio y el entorno cultural. A título de ejemplo, volvamos a las comunidades pueblerinas del oeste africano. En estas economías esencialmente agrícolas, los dos factores de la producción, la tierra y el trabajo, no intervienen en el mercado. En lo que se refiere a la tierra, generalmente no existen transacciones del tipo compra, venta, o alquiler a título oneroso. El suelo, propiedad colectiva de la comunidad, se atribuye individualmente a las unidades de explotación del pueblo para los fines de la producción. Estas lo reciben gratuitamente en nombre de un verdadero derecho sobre la tierra derivado de su pertenencia a la comunidad. En nombre de este mismo derecho se atribuye a los extranjeros admitidos en el seno del pueblo el espacio que les hace falta. A la inversa, y por el mismo procedimiento, a los campesinos que se expatrían o que son excluidos de la comunidad, les son retirados los campos que antes cultivaban. En cuanto al trabajo, no existe relación salarial que ligue al patrón con el empleado. La masa de mano de obra disponible se reparte entre las necesidades de las familias y de la vecindad.

Primacía de la tradición

Pero se pueden descubrir otras características comunes. Partiendo de un punto de vista diferente, Parsons intentó sistematizarlas, con relación a las sociedades industriales, valiéndose de varias oposiciones. La primera dicotomía que advierte hace referencia a las reglas que presiden los estatus individuales. Hace resaltar que, en las sociedades que nos ocupan, las actividades de cada cual vienen determinadas en función de estatus heredados. Esta forma de adquisición por «atribución» se opone a la de las naciones industrializadas en las que el criterio del rendimiento o del resultado juega

En las pequeñas comunidades del tercer mundo, la familia representa en general la unidad de producción: y este telar primitivo sigue siendo sin duda la fuente de ingresos de un grupo familiar bien delimitado.



un papel primordial en la adquisición del estatus. Esta comprobación está de acuerdo con la distinción hecha por Maine entre sociedad de estatus y sociedad de contrato. El ejemplo más corriente y que mejor ilustra la cuestión, es el de las sociedades de castas: en cada una de ellas, los diversos oficios son distribuidos según la filiación. La segunda dicotomía, ligada a la primera, particularismo-universalismo, pone el acento sobre la multiplicidad de reglas —generalmente de carácter jurídico— que existen en un mismo marco social. Existen diferentes grupos de reglas para cada categoría social. Esto ocurre en el caso de las casas y también en el de las aristocracias tribales propietarias de ganados, como por ejemplo los tutsi de Burundi que tienen asegurado su monopolio, frente a los hutu a los que dominan, mediante un conjunto de prescripciones que les favorecen. La tercera oposición es la de la especificación en relación con la generalidad funcional, es decir, del trabajo parcelario o del trabajo «desmenuzado», en relación con las tareas múltiples realizadas por un mismo agente, como el campesino del oeste africano que, él mismo, planta construye, fabrica sus utensilios y teje sus vestidos.

De este breve análisis se desprende que todos estos pueblos que se hallan al margen del mundo industrializado siguen siendo orientados por la tradición, mientras que las naciones modernas se han hecho progresivas o «racionales», según la expresión de Max Weber. No es que la tradición excluya todo cambio; lo admite, pero estas sociedades del tercer mundo siguen siendo «repetidoras» en la medida en que conservan sus estructuras originarias y las hacen servir en el presente. Es éste el proceso que hoy está sobre el tapete. Sin embargo, las tradiciones siguen con todo su peso frente a los cambios sociales.

Los efectos de la colonización

Antes de la ocupación colonial, estas sociedades «tradicionales» se desarrollaban siguiendo su propio camino; por un lado, bajo el efecto de sus contradicciones internas, y por otro, bajo la presión de los conflictos e influencias que las hacían acercarse u oponerse entre sí. A partir de la colonización, su evolución ha estado presidida por factores externos. Aunque parezca una paradoja, estas sociedades «repetidoras», que no carecían por completo de historia propia, se vieron realmente privadas de ella al ser arrastradas por el desarrollo de las colonias convertidas en naciones. Se encontraron entonces como congeladas en el estado en que la ocupación colonial las había sorprendido.

En efecto, la colonización modificó profundamente las condiciones de su evolución. En primer lugar, la imposición de un poder político extranjero contribuyó ampliamente a su transformación. La instalación del poder colonial se realizó de diversas maneras: unas veces se suprimieron los poderes autóctonos existentes; otras, se limitaron sus atribuciones y se mantuvo sobre ellos un control estricto. De este modo, estas sustituciones o superposiciones de poder nivelaron y humillaron a estas sociedades ante el colonizador. Y en los casos en que se impuso la administración directa, las jerarquías tradicionales fueron literalmente aplastadas.

El vacío político que entonces se produjo, y que no pudo ser llenado con el nacimiento de nuevas élites, perturbó profundamente numerosos estratos de la vida social, especialmente la economía, y asestó un golpe al dinamismo de estas sociedades. Por el contrario, las experiencias de administración indirecta parecieron ser menos traumáticas; sin embargo, en la medida en que las jefaturas tradicionales fueron «utilizadas» por el poder central, la acción colonial provocó los mismos efectos negativos sobre el destino de los colonizados.

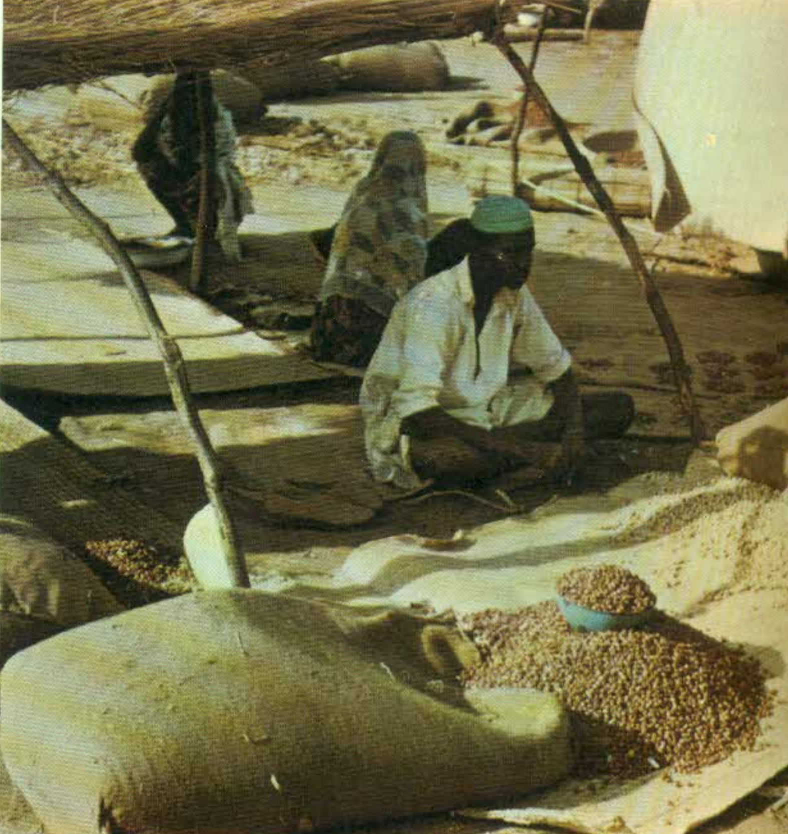
Otro factor de evolución que se vio alterado, fue la competencia que enfrentaba a grupos y a individuos y que ponía en juego el dominio de unos sobre otros con el fin de alcanzar una supremacía. Al limitar todas las posibilidades de expansión por medio de la revuelta o de la guerra, la colonización hacía imposible cualquier cambio. Estas sociedades, cristalizadas, encuadradas, dominadas, se convirtieron en testigos de su propia historia acabada, y tuvieron que soportar los golpes de una historia que hoy se hace a escala planetaria.

Pero fue al introducirse en una economía monetaria generalizada cuando estas poblaciones experimentaron la transformación más radical. El dinero fue figurando cada vez más como mediador indispensable en las relaciones sociales tradicionales: dote, prestación, tributo... Además el signo monetario contribuyó a originar nuevas jerarquías establecidas en función de la renta. Por último, se desarrolló la especialización en las actividades económicas; y, por ejemplo, en los lugares en que fueron impuestos los cultivos de exportación en detrimento de los cultivos de alimentación propia, los productos que antes obtenía cada cual en el marco de la auto-subsistencia fueron objeto de transacciones monetarias. En algunos casos, éstas afectaron incluso a los medios de producción, en particular a la tierra, que se convirtió a su vez en objeto de transacción y bien alienable. Por tanto, las relaciones con la tierra y las relaciones sociales tomaron otro sentido, pues, aunque todo parece funcionar como antes, actualmente está en íntima relación con el dinero que hay que obtener al margen o a partir de las actividades llamadas «tradicionales». De este modo, los actos en su totalidad adquieren un significado diferente.

Los efectos de la colonización con respecto a estas sociedades son ahora bien conocidos: civilización, descivilización, destribalización han sido bien analizadas en esta última década. Sin embargo, a pesar de la enorme presión cultural que tienen que soportar, y a excepción de los casos de puro y simple exterminio de los individuos, estos pueblos, aunque profundamente afectados, no sólo han sobrevivido, sino que incluso no están en vías de desaparición. En la vida cotidiana es donde mejor se transparentan sus rasgos originales. La

Al imponer a las sociedades del tercer mundo un orden exterior, la colonización las privó de un medio esencial de adaptación al cambio y de este modo las congeló en el estado en que las había sorprendido. Tras independizarse, estas naciones se esfuerzan en llenar un vacío demasiado profundo, tanto en el terreno de la industria como en el del comercio: ¿hay al respecto imágenes más elocuentes que la de estos mercados arcaicos, que coexisten con los rascacielos en el África negra?







adopción de nuevos modelos por «efecto de demostración», según la terminología de los economistas, no parece que vaya a trastornar la marcha de los comportamientos típicos, más abiertos a las innovaciones de lo que se cree, ni a deshacer el orden social fundamental, como lo demuestra esta búsqueda de dinero según las reglas de la sociedad industrial, efectuada con fines de prestigio tradicional (poligamia, «regalos», gastos suntuarios...).

Una difícil síntesis

Hay que considerar un último punto. Las sociedades no industriales forman parte de estados que han alcanzado recientemente su independencia. Por esto, es plausible pensar que al ser el poder político de origen autóctono, han vuelto a encontrar una cierta autonomía. Sin embargo, y con mucha frecuencia, las instituciones políticas han sido superpuestas por el antiguo poder colonial sobre el conjunto complejo que representan. En efecto, en algunos casos, tan sólo se trató de una simple sustitución de una élite de la administración precedente. Entonces se puede hablar de neocolonialismo. Tanto más cuanto que, paralelamente, el pacto colonial se ha perpetuado con la economía de trata que implica: como las nuevas élites que fueron a veces impuestas de algún modo, se desarrolló una industrialización ajena a las necesidades específicas de las antiguas colonias. Podemos preguntarnos si estos estados están en vías de industrialización, o lo que es lo mismo, si se convertirán a su vez en sociedades industriales.

Pero plantearse la cuestión, ¿no es, acaso, situar a estos estados, con los sectores modernizados que poseen, a medio camino entre las sociedades industriales y las no industriales? ¿No equivale esto a plantear otro problema, el de la existencia en su seno de pueblos auténticamente «arcaicos», o, al menos, de un género de vida anacrónico? Ciertos líderes del tercer mundo preconizan la liquidación de estos pueblos, no deseando mantener más elementos que los que tienen carácter folklórico; por el contrario, otros — socialismo árabe o africano, por ejemplo — desean realizar una difícil síntesis, quizá utópica, entre los valores tradicionales y las normas propias del mundo industrializado. Sea como fuere, cada pueblo tiene su «racionalidad» original y, por esto, no debemos abusar de la noción de «residuo». Tampoco debemos olvidar que esta noción, acuñada por las sociedades actualmente más avanzadas, tiene su origen ante todo en una relación de fuerza y no en la visión de una humanidad jerarquizada en sí misma.


PEZ

JACQUES SELOSSE

los problemas de la adaptación

Hemos visto que los «desviacionistas» son los individuos sin medios para respetar las normas sociales. Pero, por esto mismo, para el sociólogo, los fenómenos de desviacionismo constituyen una ocasión única para confrontar la cultura y la estructura de una sociedad y poner de relieve los desfases de una con respecto a la otra. Estos desfases son muy numerosos en nuestra época de rápida evolución: entre estructuras ya colectivistas y una tradición que halaga el individualismo y el éxito social; entre el hedonismo de la civilización de masas y una educación que sigue aún basada en una moral del esfuerzo y del pecado. Y muchos más que, al marcar los límites de la adaptación del hombre a la sociedad moderna, nos ayudan a comprender mejor la naturaleza de los difíciles problemas planteados por esta adaptación.

La evolución de la sociedad industrial supone trastornos para la historia y la geografía; esto nos da idea de la importancia que tiene. Los efectos de las técnicas apreciadas por los balances económicos indican una progresión vertiginosa de los medios de producción. Esta progresión mantiene un clima de euforia. ¿Pero, qué sucede con el hombre?

Solidario y a la vez dependiente de esta evolución, el hombre ve extenderse las dimensiones de la humanidad más allá de los continentes y de las barreras raciales. Ciudadano del mundo, presiente que mañana será solicitado por empresas universales. Pero observa con angustia cómo se derrumban las fronteras y cómo la conciencia individual se abre a las dimensiones cósmicas.

¿A qué precio paga el hombre el progreso?

Sociedad y socialización

Cada sociedad posee unas maneras de pensar y de actuar que se derivan de sus experiencias y que se expresan mediante un sistema de control social y de normas étnicas y estéticas. Estas conductas admitidas y vividas forman un repertorio y son transmitidas por la costumbre, la tradición, la ley, las instituciones y los grandes medios de información de la cultura. La vida colectiva define de este modo sus cánones y sus reglamentos que son a la vez enseñados y aprendidos por el individuo miembro de la sociedad. El comportamiento social se edifica en cierto modo sobre los esquemas recurrentes de las conductas admitidas. Estos modelos se combinan, a partir de las relaciones humanas, en procesos colectivos que componen las numerosas instituciones que existen en toda cultura. De los comportamientos a las instituciones, la cultura es la configuración total de los sistemas individuales y colectivos que caracterizan a una sociedad determinada. La adquisición de estos comportamientos, el uso de los medios humanos de comunicación, el empleo de técnicas que permiten actuar sobre la materia, el medio, son las características esenciales de la civilización. Pero la acción sobre el medio no basta para definir una sociedad; es necesario que los contactos que se establecen entre los hombres estén igualmente reglamentados, controlados y orientados hacia la satisfacción de necesidades específicamente humanas. De este modo es como la sociedad puede definirse como un sistema de relaciones entre personas y una forma de acción sobre los medios ambientes para realizar objetivos comunes en una vida social armónica; ser a la vez creadora y fruto de su cultura es una de las características de la especie humana. Dentro de esta perspectiva podemos definir la personalidad como una red organizada de estructuras de comportamientos individuales y sociales. El hombre depende del contexto social que preexiste al individuo: Kamala, el niño lobo, sólo sabía aullar a la luna. Una persona puede aislarse, escapar momentáneamente a la sociedad, pero no puede escapar a su cultura.

Si el hombre participa de una cultura, también es miembro de grupos sociales. Estos se clasifican habitualmente en

«primarios» y «secundarios» según la clase de contactos que se establecen entre sus miembros. Los grupos primarios tienen sobre todo un carácter educativo y normativo. Tienen una función de regulación de los comportamientos. Los grupos secundarios son generalmente menos consistentes, multifuncionales, y sirven de nexo entre los individuos y las instituciones. Así ocurre con los sindicatos y los partidos políticos. A través de ellos los individuos suelen actuar sobre las instituciones primarias como la familia o la escuela. Son grupos operativos. Una de las características de la sociedad moderna es la proliferación de este tipo de grupos, hecho que tiende a disminuir la influencia de las relaciones primarias y debilita el respeto a los valores normativos. La organización social depende de las relaciones y del buen funcionamiento de estos grupos. Gracias a ellos, la sociedad define los estatus que cada miembro ocupa y los *roles* que asume. La psicología social define el *rol* por el conjunto de los comportamientos esperados por los demás en función del lugar que ocupa el individuo, y el estatus por el conjunto de comportamientos que este último puede esperar de los demás. Por su mediación, los hombres se insertan en la colectividad, se sitúan en una jerarquía social, descubren las reglas de la vida en sociedad y aprecian su participación y la de los demás. De hecho todo sistema social reposa en la articulación de los estatus y los *roles*, que son complementarios. El individuo se identifica con su estatus, lo que contribuye a formar la conciencia que tiene de sí mismo. Por el hecho de ser miembro de grupos sociales, aprende a conformarse al sistema de relaciones sociales y a comportarse de una forma esperada y aprobada.

También gracias a las relaciones entre personas y grupos se regula y controla el recíproco cumplimiento de los *roles* sociales, resultado de la experiencia social; lo exigido y lo prohibido, lo apreciado y lo recompensado, lo censurado y lo castigado, permiten elaborar un sistema de sanciones (recompensas y castigos) que influirán en la personalidad, en la sociedad, en su cultura y en sus instituciones y establecerán todo un sistema de referencias que elaboran lo que los sociólogos llaman un control social.

Las condiciones de adaptación

Sin embargo, algunas conductas escapan a los modelos tradicionales de la cultura y a este control. Son los comportamientos desviantes. Desde el punto de vista sociológico, las personas adaptadas son las que comparten los modelos de creencia y de conductas generalmente transmitidas y recibidas. Las que se alejan son las desviantes.

Las costumbres, las tradiciones y los usos establecidos constituyen el decálogo al que hay que referirse para apreciar la desviación. Un desviante puede situarse por encima de las normas (el santo, el sabio, el artista), y también por debajo (el criminal, el estafador). Pero se suele usar más en el sentido de una desaprobación, de una inadecuación.

La personalidad adaptada es la que sabrá responder según esperan las demás, teniendo en cuenta su posición y su estatus, en las diversas agrupaciones sociales en las que participe. La desviación se puede analizar, sobre todo, con relación a los *roles* sociales. Sabemos que éstos deben satisfacer una necesidad específica, que se ejercen en el sentido de una finalidad reconocida; que están orientados hacia un fin individual y social; que se integran en un conjunto de conductas esperadas, transmitidas y prescritas. Sin embargo, las reglas que se aplican a los *roles* sociales se desarrollan en el seno de los diversos grupos donde dichos *roles* se ejercen y no en la sociedad en su conjunto; su aprendizaje depende de las funciones y de los objetivos del grupo particular que requiere su ejercicio. Son diferentes de un grupo a otro, lo que algunas veces provoca verdaderos antagonismos y suscita conflictos.

La personalidad desviante es la que tenderá a comportarse de manera diferente al modelo preconizado. De esta forma se ve encaminada a perturbar el equilibrio de las acciones humanas. Los comportamientos desviantes estarán sobre todo caracterizados por actos de rebelión, de agresividad, de desvinculación o de originalidad. En su relación con los demás es donde la conducta humana adquiere todo su valor. El individuo aprende las normas de conducta de los diversos grupos en cuanto persona y en cuanto miembro. El respeto a las consignas es siempre originariamente, un respeto hacia los demás. El conflicto consiste en un fracaso de estructuración de conductas adaptadas a las prohibiciones. La culpabilidad, hecho psico-social, no tiene sentido si no está referida a los demás. Traduce una inconformidad con los valores sociales, es decir, con las actitudes y los sentimientos comúnmente admitidos. Expresa el estado en que se encuentra el individuo que se siente separado del grupo del cual es miembro. En resumen, los criterios de un buen ajuste, de una buena adaptación social, pueden ser definidos por:

— el equilibrio de la vida psíquica, afectiva y social;

— la posición social que responde a la vez a los intereses y a las capacidades del sujeto;

— la manera como aprecian los que le rodean la participación del individuo en las actividades del grupo;

— la disponibilidad psíquica y física que no se ve contrariada por las perturbaciones de la personalidad.

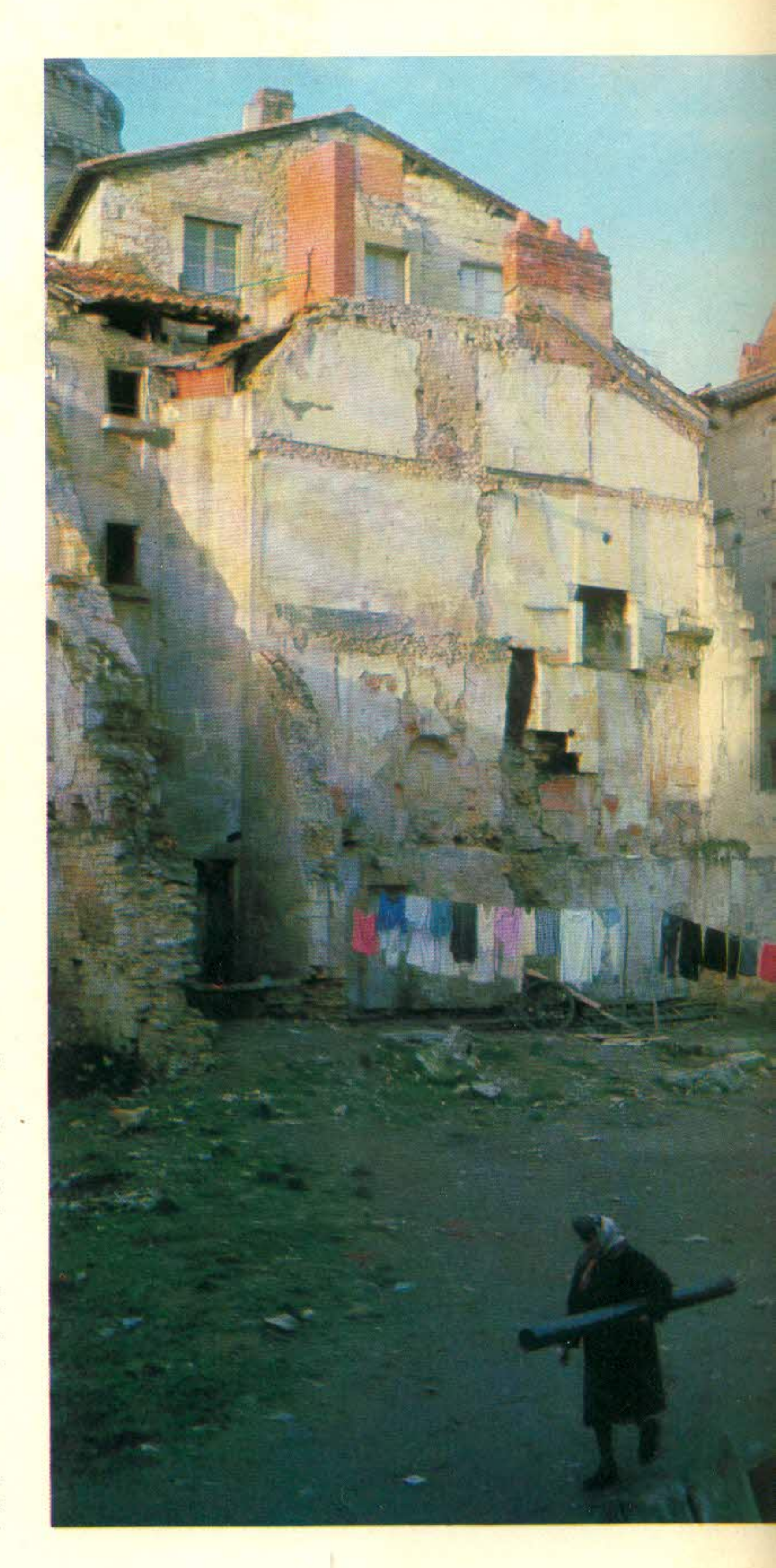
La aceleración de la historia

De este modo, el hombre es deudor al medio, a la organización social, a la cultura de que es heredero, e igualmente a los valores culturales que ordenan una cierta conformidad de los comportamientos con modelos admitidos y reconocidos. Sin embargo, no cabe deducir que la perennidad social, así como el proceso de socialización, implica una inercia de las estructuras y de los individuos. Las sociedades compuestas de personas son, como ellas, órganos vivos. Intervienen

constantes modificaciones que están en la base de los procesos de cambios sociales y de movilidad social. Estos fenómenos socio-culturales son normales y están controlados por la sociedad que regulariza estas evoluciones. En la sociedad industrial lo nuevo no es el hecho social del cambio, sino la amplitud con que éste se produce. El ritmo de las modificaciones, verdaderas convulsiones sociales, sofoca las culturas y anacroniza las civilizaciones. Tanto los hombres como las sociedades parecen sorprendidos por la rapidez de las transformaciones que el maquinismo introduce, con una aceleración sin precedentes, en la historia de la humanidad. La característica dominante de la época moderna, es esta *aceleración de la historia*. Esta noción es solidaria de la de evolución que está en el centro de todo estudio de los procesos de adaptación.

Malthus suponía que la evolución demográfica seguía una progresión geométrica, mientras que la progresión de los recursos era aritmética. Pero la aceleración del crecimiento no es constante: incluso las tasas de crecimiento están en aumento. Si la tasa de crecimiento demográfico hubiera permanecido constante desde el siglo XVII, hubieran hecho falta 250 años para que se duplicara la población del globo. Sin embargo la U.N.E.S.C.O. estima que la población mundial se duplica actualmente en un espacio de 30 años. Los recursos técnicos que condicionan los recursos disponibles siguen igualmente una progresión acelerada. Ciertamente, el universo siempre presentó, en todos los terrenos, fenómenos de crecimiento; pero lo nuevo es que *a partir de ahora la evolución puede ser advertida a lo largo de una misma existencia humana*. La sociedad es arrastrada por una realidad inestable y el hombre ya no puede comportarse como en un mundo de cambios imperceptibles. La educación ya no prueba un saber definitivo: cada diez años el ingeniero debe adaptar sus conocimientos a los progresos de la técnica; el obrero moderno tiene que practicar sucesivamente varios oficios. La experiencia de una generación ya no es satisfactoria para introducir a los jóvenes en la cultura moderna. La tradición técnica no evoluciona sino que innova, y los valores sociales se ven en grandes dificultades para dar un sentido a lo que constantemente está puesto en duda. Con la era atómica, las conductas heredadas ya no son adecuadas para afrontar las nuevas situaciones. Ya no se trata de mantener o defender una cultura, sino de promover iniciativas resueltamente prospectivas. En muchos terrenos, los cambios no son producto de una evolución sino de una verdadera mutación.

Incluso la adaptación biológica está alterada. El sistema nervioso se desgasta debido a sus constantes ajustes. La novedad de las relaciones, su complejidad asociada a la multiplicación de los instrumentos y de las máquinas, someten a dura prueba a los mecanismos de adaptación.



Sobre el rostro de la ciudad se inscriben los fracasos de la sociedad moderna. ¿Cómo puede establecerse una existencia equilibrada en un mundo en el que el habitat se encuentra frecuentemente en demolición...

La robotización

Además de la rapidez de la evolución, la *mecanización* viene a interponerse entre el individuo y sus medios de vida. En su obra: *Le travail en miettes* (París, Gallimard, 1956), Georges Friedman estudió esta substitución del «medio natural», en el que el hombre efectúa sus intervenciones según un ritmo natural, por un «medio técnico» que caracteriza una intervención diferida y desnaturalizada de la mecanización. Las máquinas han invadido nuestro universo. Al lado de las máquinas de producción, Friedman hace mención destacada de las máquinas de transporte que han reducido las dimensiones del mundo; de las máquinas de relación, como los teléfonos, los interfonos, la radio y la televisión, que reducen la distancia física en las relaciones humanas y de las máquinas de distracción como la radio y el cine. Los hombres están constantemente enfrentados a ellas. Desde el trabajo hasta la diversión, todos los aspectos de la vida de un hombre están mecanizados. Los especialistas en higiene mental y social reconocen que los hombres no pueden «conservar su equilibrio si no es con unas satisfactorias relaciones humanas». Sin embargo, las relaciones sociales se colectivizan y al hombre le cuesta cada vez más establecer un diálogo con sus semejantes. Los grandes medios de comunicación de masa han modificado estas relaciones gracias a las nuevas formas de expresión audiovisual cuya acción sobre el hombre es más fuerte que la de la letra impresa. La radio, la televisión y el cine difunden sus noticias que uniformizan la curiosidad, limitan los intereses y estereotipan las actitudes.

...o en reconstrucción? El salto demográfico ha llevado a las sociedades modernas a buscar soluciones radicales al problema del alojamiento, pero éstas, a su vez, plantean gran cantidad de problemas sociales...



La sociedad moderna ha edificado una civilización técnica más preocupada por la productividad que por el humanismo. La vida profesional, que define la posición social de los individuos, es, sin duda, la más alienadora. El trabajo está despersonalizado; no concierne ya directamente al individuo, es intercambiable y, por el hecho de su no participación en la empresa, se siente irresponsable. El trabajador se convierte en instrumento de un sistema dominado por el ritmo de las máquinas, su tarea es fragmentaria e inacabada. Su estatus profesional no lo compromete ni psicológica, ni moral, ni socialmente. Esta *robotización del hombre* ha sido señalada por E. Fromm como el mayor peligro que amenaza a la humanidad, después de la guerra. El hombre estandarizado es un hombre alienado.

La civilización contemporánea es una civilización *de masas* caracterizada por la uniformidad de las mentalidades, y también por la concentración cada vez más densa de población en las aglomeraciones industriales.

El fenómeno migratorio del siglo XX

La *urbanización rápida* es uno de los fenómenos más característicos del mundo moderno. En el año 1800, solamente el 3 % de la población mundial (unos 906 millones aproximadamente) vivía en aglomeraciones urbanas de más de 5.000 habitantes; en 1950 este porcentaje era superior al 30 %. En 1880, las ciudades de más de 100.000 habitantes albergaban al 1,7 % de la población mundial; en 1950, el porcentaje era del 13,1 %. Y más concretamente en Estados Unidos en 1790 sólo el 5,1 % de los ciudadanos vivían en ciudades de más de 100.000 habitantes, mientras que en 1860 ya vivían el 19,8 %, y en 1960 el 69,9 %. En Francia, y tratándose de las mismas ciudades, en 1954 el porcentaje era de 16,8 %, y en 1962 alcanzó el 18,4 %. En la misma Francia, desde el año 1954 a 1962 han abandonado su tierra natal más de 3 millones de personas. Las previsiones del IV Plan han sido superadas en mucho. Durante estos 8 años a que nos referimos, la población urbana ha aumentado en un 15,3 %, mientras que el aumento de la población total sólo ha sido del 8,4 %. Esta rápida progresión del crecimiento urbano es aún infinitamente más sensible en los países que se hallan en vías de desarrollo: entre 1941 y 1961 se ha duplicado la población urbana de la India; en 1961 había 121 ciudades de más de 100.000 habitantes, mientras que en 1951 sólo eran 77 las ciudades que pasaban de esta cifra de habitantes. Es cierto que el crecimiento demográfico interviene en este

movimiento y lo acentúa. Al ser las poblaciones muy móviles, los desarraigados se convierten más fácilmente en emigrantes. Esta movilidad crea inestabilidad en las estructuras sociales, que multiplica los procesos de adaptación. Ya de por sí delicado, este *fenómeno migratorio* tiene efectos más nocivos cuando no es voluntario, sino impuesto.

Pero nunca alcanzó proporciones tan importantes como en los últimos treinta años: en 1937, y como consecuencia de la invasión japonesa, hubo en China más de 30 millones de hombres que se convirtieron en refugiados; la segunda guerra mundial desplazó a más de 100 millones de personas, dejando a muchas familias sin hogar y creando la clase social de los prisioneros, refugiados, desplazados, repatriados. Las circunstancias políticas e históricas han acrecentado los trasiegos de población. Las migraciones se presentan bajo aspectos diferentes de los que nos muestra la historia, tanto en el plano del número como en el del origen. Entre las *migraciones forzadas,* recordemos que 20 millones de europeos vivieron durante la segunda guerra mundial fuera de su país de origen y lejos de su hogar. El Comité Internacional de la Cruz Roja recibió unos 17 millones de peticiones individuales de información acerca de miembros de las familias que durante este tiempo estuvieron separados de ellas. Se trata de la más importante «destrucción familiar» de la historia.

Un estudio de un médico suizo, el Dr. Pfister, ayuda a distinguir las dificultades de adaptación de dos categorías de migrantes «forzados»: los refugiados y los repatriados. Los refugiados tienen una tasa de morbidez psiquiátrica superior a la de los repatriados. Estos últimos presentan menos perturbaciones de la personalidad y, en contraste con los primeros, muy pocas depresiones endógenas. Las personas que mejor soportan los efectos de esta transplantación son los agricultores y las amas de casa. «Tanto entre los repatriados como entre los refugiados se dan abundantes casos de enfermedades mentales, localizadas en su mayoría en individuos pertenecientes a la clase media, es decir, aquéllos que han tenido mayores dificultades para encontrar un trabajo conveniente.» Del mismo modo, los sujetos más desgastados por el trabajo son los que más fácilmente adquieren nuevas formas de conducta, ya sea porque encuentran en el mundo rural este mismo condicionamiento natural que marca el ritmo de la actividad del campesino en toda la superficie del globo, ya sea porque se integran en un grupo social reducido en el que les es posible establecer rápidamente relaciones humanas, o porque les resulta cómodo y fácil adquirir nuevos automatismos ligados a condiciones de vida obrera que les parecen un elemento de ascensión económica.

Hombres al margen

La movilidad puede ser un movimiento de individuos hacia un país distinto del de origen (emigración); puede igualmente efectuarse sin salir de las propias fronteras. La integración de los extranjeros en el país que los acoge ilustra un buen número de los problemas que plantea la adaptación socio-cultural a lo largo de las diversas fases del proceso asimilador; los estudios realizados, sobre todo en los Estados Unidos, demuestran que, como mínimo, hace falta el paso de dos generaciones para que haya asimilación. *El emigrante es pues, por regla general, un individuo al margen,* es decir, que no está liberado de las influencias de su antigua cultura y que todavía no se ha integrado en las normas, los hábitos y las tradiciones del nuevo medio en que se encuentra. El hombre marginal se define como un ser híbrido, que camina a horcajadas sobre dos estilos de vida. V. Stonequist distingue tres estadios en su proceso de integración en el nuevo medio: en el primero, generalmente de corta duración, ni siquiera advierte su diferencia con respecto a los demás. En el segundo entra en conflicto con su nuevo medio; en este período de crisis intenta redefinir los términos de su nueva situación, apreciados con relación a los *roles* que le son asignados; pero además es necesario que la distancia social no se vea aumentada por prejuicios étnicos, religiosos o raciales, puesto que su lenguaje, su religión y sus hábitos socio-culturales son puestos a veces en tela de juicio. El último estadio depende de las aptitudes del sujeto para racionalizar y dominar sus problemas de integración. Puede gradualmente ocupar una posición social, adquirir un estatus y ejercer sus *roles,* o bien, por el contrario, permanecer al margen de la sociedad, extraño y excluido.



...porque ¿cómo se vive aquí? ¿Cuáles son las relaciones mutuas? ¿Dónde juegan los niños? ¿Cómo va uno a la ciudad y cuánto tiempo emplea?

El estudio de las discriminaciones étnicas y raciales pone en evidencia comportamientos anárquicos que ilustran las dificultades de integración de los sujetos migrantes.

— Los autóctonos se ven envueltos en disputas explosivas.

— Los ajustes de cuentas se efectúan con ocasión de peleas brutales entre una banda de extranjeros y un grupo de otros ciudadanos.

— Los «pogroms», que encarnan la resistencia de la comunidad nativa a la admisión de extranjeros, nacieron de un vago sentimiento de justicia vindicativa ante la violación y usurpación de unos derechos adquiridos considerados como privilegios.

Estas manifestaciones individuales o colectivas revelan dificultades de asimilación cultural. Los desplazados, refugiados, emigrados o inmigrantes padecen del desarraigo de su medio de vida original. Este cambio de horizonte social crea una especie de vacío cultural que influye en su estado mental. De aquí que estén expuestos, con más facilidad que las personas estables, a accidentes mentales o sociales.

A. Girard y J. Stoetzel, al estudiar los *franceses y los inmigrados* analizaron los niveles de adaptación social. Entre los factores favorables, apuntan el matrimonio mixto, la escuela y la profesión y la juventud de los inmigrantes. Los niños fijan a los padres en el país receptor, y esto favorece la fusión en la comunidad. La influencia de la vida familiar es también muy considerable en el comportamiento de los inmigrados. Cuando logran volver a constituir la célula base de la sociedad, es cuando los extranjeros encuentran la mejor posibilidad de integrarse, de ser admitidos «del todo» en el grupo receptor, criterio esencial para la asimilación.

La movilidad social

Tomada en el sentido de desplazamiento de un lugar de residencia a otro dentro de un mismo país, la movilidad social es una importante característica de la sociedad técnica. Desde este punto de vista, el ejemplo de los Estados Unidos es muy evocador y significativo. Actualmente, una persona de cada cinco se desplaza cada año y cambia de medio de vida. De este modo, más de 30 millones de americanos conocen de tanto en tanto nuevos horizontes; menos del 2 % de la población adulta ha vivido siempre en la misma casa. Esta movilidad atañe sobre todo a los jóvenes: el 40 % tienen de 20 a 25 años de edad. Europa no conoce tales desplazamientos, pero hay signos que dejan ver que la urbanización e industrialización crecientes van a estimular estos movimientos. Mientras que en 1789 la población activa del sector primario contaba con el 90 % de la población francesa, en 1856 no representaba más que el 53 %, en 1936 el 36 %, en 1954 el 27 % y en 1962 el 20 %. El número de agricultores masculinos en activo desciende de 5 millones en 1921 a 4 millones en 1946 y a 3,3 millones en 1954; en 1971 no habrá en Francia ni 2 millones de agricultores. Y como esta movilidad afecta sobre todo a los adultos más jóvenes, se produce el indiscutible fenómeno del envejecimiento del mundo rural.

Estos desplazamientos incesantes que caracterizan a las sociedades urbanas pueden tener efectos nocivos sobre los individuos. En efecto, el marco social es uno de los soportes más eficaces de los comportamientos individuales y colectivos; la adhesión a un estilo de vida, la pertenencia a grupos sociales de afinidad sirven de base a las actitudes, juzgan las elecciones y sancionan los desfallecimientos. La ruptura de los lazos afectivos y sociales que implican tales desplazamientos no facilita la conservación y el desarrollo de los cimientos comunitarios. En muchos casos, el ajuste del individuo a sus nuevos *roles* no es más que efímero o transitorio. Los valores propios de los nuevos grupos sólo son admitidos momentáneamente. La ley escrita, anónima, es la única que puede mantener la garantía de un cierto orden social.

Las desorganizaciones sociales

Si en Francia, país relativamente estable, la delincuencia parece poco influida por la movilidad social, en los Estados Unidos y en Suecia se ha demostrado que ésta tiene un papel importante en la génesis de las conductas criminales.

En nuestra época en la que las colectividades nacionales buscan la solución a los problemas económicos, sociales o políticos en los trasplantes masivos de población, el estudio de su adaptación a los nuevos medios debe tener en cuenta el papel patógeno de estas situaciones de bruscas transiciones. Por tanto, es conveniente que estas comunidades se preocupen de preparar estructuras de recepción para estas personas desarraigadas *(ver cuadro VIII, p. 221)*.

En fin, otro problema capital para el equilibrio del mundo moderno, como es el estudio de los países en vías de desarrollo, y de forma particular de los estados que han alcanzado la independencia recientemente, proporciona la materia de los *procesos de industrialización y de urbanización*. En estos países ansiosos de participar en el progreso del mundo, se desean las modernizaciones, pero el *ritmo* y el *origen extranjero* de estas modernizaciones degradan sus sistemas sociales y culturales. La destribalización debida a la necesidad de mano de obra industrial desarraiga al campesino y lo proyecta en una organización social extraña al contexto que no es el fruto de una evolución interna. Y como la implantación industrial es discontinua, el país presenta islotes de modernismo en un contexto inarmónico. Los datos demográficos no son respetados y la industrialización acarrea importantes movimientos de mano de obra, predominantemente de un solo sexo, que perturba el equilibrio de los sexos en las regiones escasamente pobladas; el mercantilismo de las relaciones matrimoniales se desarrolla a la par que la prostitución. El ritmo estacional de las actividades rurales

favorece la contratación temporal. Movilidad, inestabilidad profesional y cualificación mediocre son datos que repercuten en el conjunto de los comportamientos. La organización de las empresas revela que las relaciones humanas entre patronos y obreros están muy tirantes, y ello se agrava por la presencia de intermediarios encargados del reclutamiento de obreros y de su rendimiento.

La explotación industrial desarrolla una vida urbana que se presenta como una sociedad nueva tan mediocremente estructurada como organizada. Esta sociedad urbana es también heterogénea. Las relaciones entre sus elementos son escasas, lejanas y con frecuencia antagónicas, lo que favorece el desarrollo de actividades segregacionistas. Como consecuencia de ello, la ciudad tiende a hacer aparecer conflictos entre comportamientos y códigos culturales diferentes, y a borrar los rasgos culturales específicos en provecho de una polivalencia ética y social. El complejo urbano apoyado en la fuerte estructura técnica impone normas que son extrañas a las nuevas poblaciones ciudadanas. *Los choques entre culturas diferentes* pueden ser una base fundamental para explicar las conductas delictivas. La transformación de una cultura de tipo homogéneo en una cultura de tipo heterogéneo e inarmónico multiplica las situaciones de conflicto. En estas nuevas ciudades, la aparición de un derecho urbano, teniendo en cuenta la inadecuación de la justicia consuetudinaria, y la creación de nuevas infracciones no sancionadas por el derecho tradicional, contribuyen al debilitamiento de la noción y el valor de derecho. El sistema de normas no corresponde al número de situaciones que debe reglamentar, y por ello hay una gran cantidad de situaciones marginales.

La patología social

La noción de equilibrio dinámico es esencial para comprender los procesos de adaptación; el hombre se caracteriza por equilibrios biológicos y reguladores de la personalidad que tienen por misión reducir las tensiones. Cuando hay demasiada separación entre las estructuras personales y las exigencias del medio, aparecen conductas de negación, de regresión, de proyección o de sublimación, y a veces conductas neuróticas reaccionarias. A partir de estas conductas el hombre diferencia sus funciones de relación con el mundo externo. E igualmente, a partir de su experiencia organiza su personalidad en el tiempo y da un sentido a su actividad y un fin a su existencia. La complejidad de las relaciones con el mundo social y la técnica circundante, caracterizada por un despertar de los grupos sociales y una proliferación de normas culturales, va a multiplicar las ocasiones de tensión y a traer una perturbación importante en las funciones de equilibrio individual. Entre las manifestaciones de desequilibrio, son las conductas patógenas las que llaman la atención de los observadores en razón de su desarrollo. Sin entrar en las discusiones de escuelas que oponen los partidarios de la predisposición a los de la patogenia social, es posible proponer una descripción patológica o mórbida del hecho social. Se trata fundamentalmente de un conflicto entre lo cultural y lo individual.

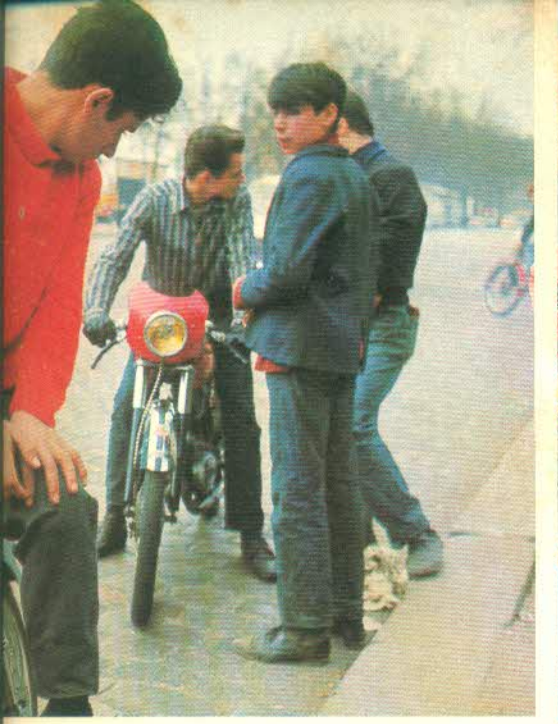
Los sociólogos utilizan la interpretación de las manifestaciones mórbidas para estudiar los problemas ocasionados por el impacto de los cambios sociales sobre los hombres. Sus estudios están reunidos bajo las rúbricas generales de criminología, de socio-psiquiatría y de patología social.

La inadaptación resultante de la desorganización social puede tomar varios aspectos. El individuo puede reaccionar contra el orden establecido perjudicando a los demás, a sus bienes o «a la cosa pública», contrayendo una enfermedad mental, e incluso, en el colmo de la desesperación, eliminándose. La delincuencia, la enfermedad mental y el suicidio son tres síntomas, entre otros, que ilustran el malestar de una civilización, el desorden de las culturas, el desequilibrio de las estructuras sociales y la desorganización de la vida. Estudiaremos sus aspectos sociales principales.

El fenómeno criminal

La historia de la humanidad está jalonada de crímenes: Caín es el antecesor del hombre criminal. La criminalidad es un fenómeno social: ninguna sociedad está exenta de ella. Cada grupo humano tiene un porcentaje particular de delincuencia que lo caracteriza. Se dieron varias definiciones de crimen, según que fueran referidas al derecho, a la moral o al criminal. Hasta finales del siglo XIX, prevaleció la concepción penal. «El crimen no es una entidad de hecho sino de derecho, no es una acción sino una infracción» (Carrara). Toda sociedad comporta una ley positiva, tradicional o consuetudinaria, escrita o de derecho. Esta ley define todos los grados de transgresión que, en el marco de una vida de grupo, caracterizan las conductas criminales. Desde una perspectiva menos jurídica, se denomina crimen a «todo acto o comportamiento que choca vivamente con la conciencia colectiva del grupo y provoca una reacción contra su presunto autor». Las definiciones de criminalidad evolucionan con el desarrollo de las ciencias humanas y sociales.

A partir de 1876, Lombroso desarrolló el estudio del crimen sobre bases científicas. Inspirada en las teorías darwinianas y establecida sobre bases constitucionalistas, la obra del médico italiano puso el acento sobre los aspectos individuales de la criminalidad. Ferri desarrolla la obra de su maestro, la amplía en perspectivas antropológicas e introduce el estudio del condicionamiento criminal por factores físicos y sociales. «Todos los crímenes son la resultante de las condiciones individuales y sociales. La influencia de los factores es más o menos grande según las condiciones locales particulares.» Ferri insiste sobre la mutua dependencia de los factores de orden físico y social, individual y colectivo. Tarde fue el primero que se detuvo a estudiar los factores culturales de la delincuencia, no sólo al presentar la conducta antisocial como nacida de la imitación de los comportamientos irregu-





Lo real (la banda, la vestimenta extraña, la motocicleta) y lo imaginario (la violencia, la pistola, la sexualidad) se unen en un universo de símbolos sobre los que la sociedad adulta deja flotar una atmósfera de censura y sospecha, aunque lo provee de los materiales que necesita. De James Dean a Marlon Brando, de «West Side Story» a «Goldfinger», el cine expresa fuertes tendencias «desviantes» en las aspiraciones de la adolescencia.

lares de los demás, sino también como una manifestación de un conflicto de adaptación.

Fue Durkheim el que propuso una explicación del fenómeno socio-patológico al definir el concepto de anomia. (*El suicidio,* París, 1897). Este concepto se utiliza para designar las perturbaciones en el comportamiento de algunos grupos sociales que siguen imperfectamente las normas de la sociedad. Las actitudes de los miembros de estos grupos se ven perturbadas por las situaciones conflictuales surgidas de su mala integración y de la diversidad de valores creada por las desorganizaciones sociales. Desde esta perspectiva, la criminalidad expresa un fallo en el control y la acción reguladora de la sociedad.

La sociología criminal americana, con Sutherland y Cressey (*Principles of Criminology,* Philadelphia, 1955), considera la criminalidad como un fenómeno «normal» ligado a las asociaciones diferenciales que se desarrollan entre los grupos en una situación conflictual nacida de una perturbación social y que lleva consigo una desintegración cultural. Para el sociólogo, existe crimen cuando un individuo comete una infracción a las reglas que rigen una cultura. Esta concepción es evidentemente más amplia que la definida por consideraciones puramente jurídicas. Sin embargo, hay que subrayar la dificultad inherente a toda definición de infracción que se enuncie en razón de la movilidad de la sociedad. Mientras que la infracción debía ser imputable a un individuo responsable, los códigos modernos tienen en cuenta la noción de delito no intencionado y de responsabilidad colectiva. La concepción individualista de las definiciones jurídicas tropieza con las exigencias de una vida colectivista. Se plantean nuevos problemas, especialmente en lo que se refiere a la protección de la vida, de la familia y de la moral sexual; como ejemplo se pueden citar las polémicas en torno a la eutanasia y al control de la natalidad, así como los conflictos provocados por la falta de asistencia a las personas en peligro, por los adulterios y los abandonos de la propia familia. Por tanto, los poderes políticos y legales deben señalar los valores esenciales que se trata de proteger por medio de los mecanismos jurídicos. Sólo porque la ley penal la refiera a un código o no, puede una conducta ser calificada de «criminal» o simplemente de «desviante».

Además de este aspecto jurídico, el crimen se presenta como un fenómeno patológico original ya que, aparte de que sea una violación de las normas morales y sociales, el hecho que le hace específico es que tal comportamiento está acompañado de una sanción (por tanto, de una amenaza).

La evolución de la criminalidad en la sociedad moderna se caracteriza por un crecimiento general de su número, por una modificación en la naturaleza de los comportamientos delictivos, y por un aumento de la delincuencia juvenil. En Francia, si asignamos al número total de quejas, denuncias y procesos habidos durante 1937 un índice igual a 100, éste alcanza en 1950 el valor 140 y el de 265 en 1960.

Los delitos y los crímenes son cometidos por individuos cada vez más jóvenes. El porcentaje de criminales de menos de 30 años es de 32 % en 1955 y de 46,7 % en 1961; y el de los condenados en materia correccional va del 33 % al 41 % en los mismos años.

La criminalidad pierde su carácter agresivo para tomar formas más «ingeniosas»: la cantidad de golpes y de heridas voluntarias disminuyó de 36.387 en el año 1938 a 25.853 en 1948, a 21.889 en 1958 y a 11.487 en 1961, mientras que

los robos calificados y el encubrimiento aumentan respectivamente de 162 y 1.450 en 1938 a 248 y 2.883 en 1961.

La delincuencia juvenil crece en valor absoluto y en valor relativo. El aumento fue del 3,5 % entre 1954 y 1955 y del 16,7 % entre 1961 y 1962. En 1954 fueron juzgados 13.504 menores (fue la cifra más baja registrada en Francia después de acabar la segunda guerra mundial), mientras que en 1963 eran ya 38.472. La tasa de delincuencia de menores juzgados (la minoría de edad penal es en Francia hasta los 18 años) por cada 1.000 jóvenes de 10 a 18 años aumenta en la proporción que se ha visto. Esta tasa era de 2,50 en 1913, de 2,40 en 1938; alcanza la cifra de 6,37 en plena guerra (1942) para bajar hasta 3,12 en 1954 y subir a 5,82 en 1963.

La tasa de criminalidad juvenil comparada con la de criminalidad adulta aumenta también de manera patente. Era del 6,3 % en 1954, del 8,4 % en 1957, del 11,1 % en 1959 y del 12,1 % en 1961.

La criminalidad varía según los sexos. Las mujeres no representan más que del 6 al 7 % de los condenados por los juzgados criminales y del 10 al 14 % de los condenados en materia correccional. Parece que su participación en la delincuencia está disminuyendo. Los actos delictivos y criminales se distribuyen en infracciones contra las personas, contra los bienes y contra las buenas costumbres. Pues bien, los delitos contra los bienes son los que imprimen el movimiento de conjunto de la curva de la delincuencia. Representan un 70 % de la criminalidad general. La delincuencia juvenil es la que más lejos ha llevado los estudios relativos a la etiología de la delincuencia. Gracias a ella se está dando cada vez mayor valor a la importancia del medio general y del entorno inmediato sobre los comportamientos reprensibles. Así, la tasa media de delincuencia crece con la urbanización y la industrialización de las regiones. Se triplica cuando pasa de ayuntamientos de menos de 5.000 habitantes a otros de más de 100.000. La naturaleza de la delincuencia varía igualmente según estos criterios. Los robos cualificados son más frecuentes en las grandes ciudades que en las pequeñas. Los robos de vehículos tienen lugar sobre todo en las aglomeraciones de más de 100.000 habitantes.

La vecindad aparece como un dato esencial para la comprensión de la delincuencia. Este dato está ligado con la densidad de población y el tipo de vivienda. Los grandes conjuntos proporcionan una tasa más alta de inadaptados sociales que los barrios de casas individuales. La superpoblación es un factor criminógeno: el 40 % de los jóvenes delincuentes estudiados en un «muestreo» nacional viven en alojamientos superpoblados.

En lo que respecta a su escolaridad, se puede comprobar que ha sido más perturbada que la de la población normal y que su reparto socio-profesional se establece a un nivel inferior. Pero donde las perturbaciones son más sensibles es al nivel de la célula social primaria: el 45 % de los jóvenes delincuentes proceden de familias disociadas (de hecho o de derecho).

D. Szabo sugiere que se analice el fenómeno criminal a tres niveles: al nivel de la cultura, al de la sociedad y al de la persona (*Crímenes y ciudades,* París, Cujas, 1960).

Al *nivel de la cultura,* son los valores y las normas que modelan el comportamiento social los que dan una significación a las acciones humanas: por ejemplo Ohlin y Cloward descubren en las sub-culturas delincuentes, intentos de adaptación de los jóvenes proletarios a la cultura burguesa dominante, y Cohen propone que se interprete la delincuencia juvenil en las clases medias como un medio de manifestar su virilidad frente al matriarcado. La delincuencia está en correlación *con factores de heterogeneidad cultural.*

Al *nivel de la sociedad,* el estudio de los criterios de articulación de los grupos sociales según sus diferentes estructuras y las características demográficas permite establecer ciertas comparaciones con los comportamientos criminales. Los estudios de las zonas de delincuencia y los orígenes socio-profesionales son índices preciosos para la comprensión de la criminalidad. De este modo se ha establecido que es vano esperar una disminución de la criminalidad en ciertos sectores urbanos patógenos si no se actúa sobre sus estructuras. Diversos estudios sobre la delincuencia sexual han mostrado que dependía en parte del desequilibrio de la repartición sexual de la población. A. J. B. Parent, al estudiar la prostitución, ya notaba en 1836: «Se puede decir de las prostitutas lo que la observación nos enseña respecto a los malhechores: que la mayor parte tienen un origen (social) innoble.» Este autor, al insistir sobre el origen social de las prostitutas, quería subrayar el carácter de promoción social y económica que representaba la prostitución.

Al *nivel de la persona,* lo más importante es el estudio de la motivación del acto delictivo. La tendencia de los jóvenes a formar grupos puede provenir de un sentimiento de inseguridad engendrado por la dificultad de integrarse en la sociedad de los adultos. Pero, por otro lado, los grupos de delincuentes establecen con el conjunto de la sociedad unas identificaciones parciales: los objetivos fijados por los adultos son aceptados por los jóvenes, pero los medios para alcanzarlos son diferentes. Su búsqueda está presidida por la satisfacción inmediata. Del mismo modo, originariamente la fuente de las conductas delictivas parece situarse en el establecimiento de las primeras identificaciones con las imágenes parentales. En efecto, se observa en los delincuentes una deficiencia en las relaciones que se desarrollan en el curso de la socialización y que perturban la integración armoniosa y funcional de la personalidad.

Las investigaciones criminológicas se orientaron de este modo cada vez más hacia el estudio de la personalidad criminal y de los tipos de delincuentes. Consideran más los actos que las infracciones, más el carácter disocial de la conducta que la cualificación delictiva, ya que parece evidente que el acto reprensible constituye la respuesta de un individuo o de un grupo a una situación social específica considerada frustrante o alienante. Ya decía Lacassagne el siglo pasado: «Las sociedades tienen los criminales que merecen.»

Los trastornos mentales

Interesan a la sociedad por un doble concepto. En primer lugar, porque las personas que padecen enfermedades mentales plantean problemas de integración, casi se podría decir de aceptación social. En segundo lugar, porque estas enfermedades provienen en parte de tensiones sociales nacidas de las culturas industriales. La característica esencial del enfermo mental, es la de no poder participar en las actividades de los grupos sociales naturales e institucionalizados, ya que no le es posible comunicarse con sus semejantes. La desocialización va del brazo de la despersonalización. La extensión de la enfermedad mental es todavía muy poco conocida; sólo puede tenerse una idea aproximada de la misma por las estadísticas sanitarias y sociales que están lejos de registrar la totalidad del fenómeno. Desde la introducción reciente de los tratamientos a base de neurolépticos y tranquilizantes, cuyo efecto es abreviar la duración de los internamientos y facilitar los tratamientos ambulatorios, el número de enfermos tratados en los hospitales psiquiátricos tiende a estabilizarse.

La Organización Mundial de la Salud estima que el porcentaje de plazas necesarias en los establecimientos psiquiátricos para atender a una sociedad desarrollada es de 3 por 1.000.

En Francia, la tasa de enfermos mentales cuidados en los hospitales era de 242 en 1937, de 287 en 1941, de 180 en 1948, de 248 en 1956 y de unos 265 en 1962, por cada 100.000 habitantes. La tasa media de los Estados Unidos es de unos 300. El estado de Nueva York poseía en 1957 la tasa más alta de los Estados Unidos con 605.

Sin pretender «sociologizar la psiquiatría», es sin embargo indiscutible que las enfermedades mentales están asociadas de una forma no despreciable a algunos factores de desorganización social. Así, su tasa es más elevada en las ciudades que en el campo. En la civilización urbana, caracterizada por una extrema movilidad, las relaciones están más distendidas, los vínculos son menos consistentes, los lazos de unión más anónimos. El individuo tiene dificultades para precisar sus objetivos, para alimentar una cierta estima de sí mismo, para definir un estatus que lo valorice. Está sometido a su destino y no lo puede dominar, se encuentra aislado en la comunidad, en el trabajo, en las relaciones interpersonales. La sociedad industrial es compleja y toda su organización está orientada hacia la productividad. El hombre está al servicio de los medios de producción. El obrero vive en una atmósfera de competición; su participación en el trabajo es fragmentaria. Su situación de asalariado suscita un sentimiento de inseguridad que engendra un sentimiento de insatisfacción. Un estudio americano efectuado en base a la población de New Haven demuestra que hay triple número de enfermos de origen proletario que de origen acomodado. El origen geográfico de los enfermos mentales del Sena está en los barrios más pobres de París. La tasa de morbidad psiquiátrica se distribuye en las zonas de transición entre *habitats* diferentes o entre culturas diferentes. La tasa de algunas enfermedades, como las psicosis alcohólicas, es inversamente proporcional a los ingresos medios.

Asimismo, las migraciones han dado lugar a estudios de patología social que muestran el desarrollo de las enfermedades mentales entre los inmigrantes. La tasa de admisión de migrantes en los hospitales de Nueva York era superior a la de los otros enfermos. Estudios similares se han efectuado en Francia sobre sujetos nordafricanos. El hecho de estar en proceso de instrucción y formación reduce los contactos y las comunicaciones, limita las posibilidades de desarrollo de la personalidad y favorece las perturbaciones de adaptación que a veces se traducen en trastornos mentales. No es sólo la separación material de una comunidad la causa del aislamiento social, sino también la degradación de los valores propios de las costumbres originales. La precariedad de la posición social contraría el equilibrio de los comportamientos individuales. El individuo se encuentra literalmente desorientado, alienado. Se ha advertido que cada cultura, cada medio de vida, cada agrupación social posee sus propias manifestaciones patológicas.

Los análisis de la socio-psiquiatría ponen el acento sobre la importancia de las estructuras sociales, de los sistemas de relaciones individuales y de los valores en la génesis de los trastornos de la personalidad. Sin pretender limitar la etiología de las enfermedades únicamente a estos factores, no conviene subestimar su importancia. A poco que un individuo se encuentre en estado de ruptura, de conflicto o de abandono con respecto a su medio social, será más vulnerable que los demás. La alienación social precede generalmente a la alienación mental.

Por otra parte, conviene señalar en los países occidentales el desarrollo de una nueva actitud médica. La medicina psico-somática que se viene desarrollando desde hace unas décadas reconoce a las influencias psico-sociales un papel importante en el origen de numerosas perturbaciones funcionales e incluso de algunas enfermedades orgánicas. Es conocido el papel de las emociones en la vida vegetativa (Cannon). Estados de ansiedad debidos a conflictos consecutivos, a estados de tensión *(stress)* pueden crear, al repetirse, perturbaciones secretorias en el estómago conducentes a la gastritis y a la ulceración, o también a hipertensión arterial, cefalalgias, alergias... Esta síntesis psicosomática reconoce la causalidad múltiple de los fenómenos mórbidos. Bajo esta perspectiva, el profesor J. Delay propuso trazar unos diagramas que registrasen las oscilaciones de la vida afectiva y social y las del estado somático de los sujetos.

Los comportamientos nacidos de la frustración real o anticipada cortan los puentes que unen al individuo con los demás. Le aíslan del mundo humano encerrándolo en el automatismo de las puras reacciones de descarga o en el hermetismo de las motivaciones inconscientes. Los fenómenos de disociación y desintegración son graves y patológicos precisamente por razón de las rupturas de las relaciones hu-

manas. Pero la diversidad de los trastornos mentales es grande; por esto, el estudio de un síntoma de desajuste más neto servirá para precisar mejor las intrincaciones sociales en la etiología de los desarreglos de la conducta humana.

Las tres formas de suicidio

La tasa de suicidios ha sido utilizada por varios sociólogos como índice de deterioración social. Durkheim escribe que la creciente marea de muertes voluntarias no atestigua el fulgor creciente de nuestra civilización sino un estado de crisis y de perturbación. Considera su número como un termómetro del fenómeno patológico.

La herencia no parece predisponer a la muerte voluntaria. Deshaies sólo reconocía una transmisión hereditaria de la psicosis maníaco-depresiva, pero no del suicidio.

Atentar contra la propia vida es hacer prueba de una absoluta inadaptación. Esta conducta de autodestrucción ha sido observada en todas las sociedades y en todas las épocas, pero la actitud ante este fenómeno varía según las culturas. Mientras que el hecho de darse muerte está fuertemente reprobado por los musulmanes, y condenado por los judíos y los cristianos, no está desaprobado en los países de Asia y de Oriente. Por tanto, es un error comparar las tasas de suicidios sin tener en cuenta las culturas respectivas.

La proporción por cada 100.000 habitantes presenta estas variaciones: en el Japón es de 26, en Inglaterra de 11,5, en Israel de 7, en Italia de 7,3, en Irlanda de 2,7. Algunos autores han señalado que la frecuencia del suicidio entre los protestantes es superior a la que se da entre los judíos y los católicos. Esta observación ha sido objeto de controversia por considerarse demasiado simplista.

Se debe a Durkheim la primera tentativa de descripción sociológica de las formas del suicidio. Hay una relación entre la manera como se ejerce la acción reguladora de la sociedad sobre los sentimientos y las actividades de los hombres. En función de esta relación Durkheim define tres tipos de suicidio: el suicidio egoísta, el suicidio anómico y el suicidio altruista. Esta última forma es el caso de la muerte buscada deliberadamente en pro de un ideal o para servir a los demás: la muerte de quien así se inmola es tomada por el grupo en el que vivía como una conducta modelo. Así pues, no puede decirse que es una desviación en el sentido negativo del término. Es la muerte de los mártires, de los héroes.



La represión de la criminalidad es sentida por la sociedad de masas como uno de sus más flagrantes fracasos. Se saben ahora demasiadas cosas sobre la determinación sociopsicológica del crimen para poderlo condenar fácilmente sin segundas intenciones y conservar la noción tradicional de culpabilidad: sin embargo, todavía no sabemos reeducar a los delincuentes, o al menos lo hacemos muy mal. Por eso, el absurdo sistema penitenciario se mantiene en medio de un creciente malestar.

Esta forma no se da más que en sociedades con grupos sociales muy integrados en las que la personalidad es más colectiva que individual.

Por el contrario, el *suicidio egoísta* se comete en grupos sociales mal estructurados, en los que las relaciones personales no se cuidan y donde los objetivos están mal definidos. Los lazos que unen al individuo con la vida se relajan, los que lo atan a la sociedad se distienden. Parece que un buen número de suicidios en la sociedad moderna reflejan esta debilidad. Una sociedad mal organizada suscita el desinterés por el funcionamiento de los grupos y los individuos se sienten más débilmente integrados «ya que el estado de integración de una aglomeración social no hace más que reflejar la intensidad de la vida colectiva que circula en su interior».

El *suicidio anómico* se observa cada vez que una perturbación de orden colectivo, que una ruptura de equilibrio modifican el cuerpo social y hacen tambalearse los valores de una sociedad o de un grupo. La tasa de suicidios que se registra es más elevada tanto si el trastorno se debe a un movimiento depresivo como si éste es de euforia.

Los trabajos psicoanalíticos han insistido sobre la ambivalencia de la agresividad en nuestras culturas occidentales. Se han podido distinguir tres momentos en la expresión agresiva: el deseo de matar que precede al deseo de ser muerto y, al fin, el deseo de morir.

Stekel describe la muerte de uno mismo como un autocastigo; uno se mata porque desea la muerte de alguien. De este modo, la muerte voluntaria es una forma de homicidio. Esta interpretación parece confirmada por la concordancia registrada entre la tasa de mortalidad por suicidio y la tasa de mortalidad por homicidio: Dinamarca con una tasa de suicidio de 28,7, Austria con 35,8, Suiza con 31,6, Alemania Federal con 25,7 y Finlandia con 31,9, presentan igualmente una elevada tasa de homicidios.

Si el *suicidio considerado como un hecho social* traduce las dificultades de integración, de participación y de relación de los individuos en los grupos sociales, todos los cambios en los fundamentos o en las estructuras sociales van a modificar su frecuencia.

Su estudio no puede ser disociado de los estatus de los individuos en sus grupos primarios y de su inserción en las estructuras de su sociedad. Todas las situaciones de anomia matrimonial que perturban la *célula social primaria,* el hogar, suscitarán un incremento de las muertes voluntarias. Se aprecia igualmente un importante contingente de suicidas entre los divorciados, los casados sin hijos y los viudos.

Si las perturbaciones se registran *al nivel de los grupos multifuncionales* que diversifican a la sociedad en su conjunto, la tasa de suicidios sigue siendo un índice revelador. Por ejemplo, en Francia, los años de crisis económica y política que se sucedieron de 1930 a 1940, vieron aumentar el porcentaje de suicidios de 20 por 100.000 habitantes en 1930 a 25 en 1936 y continuar la ascensión hasta la guerra. Después de la guerra, en el inmenso entusiasmo de los días que siguieron a la liberación, esta tasa descendió a 16 en 1946 para volver a subir a 21 en 1955 y mantenerse en unos 20 hasta 1960.

En los Estados Unidos, el porcentaje medio por cada 100.000 habitantes es de 11, pero varía con las modificaciones de la situación económica. En 1900 era de 10,2, de 12,8 en 1926, de 15,6 en 1930 durante los años de la pre-crisis, y llegó a ser de 17,4 en 1932 en pleno marasmo económico. El retorno a las actividades fue marcado por una tasa todavía anormalmente elevada de 15,9 en 1933 y de 15,3 en 1938. En 1960 vuelve a ser de 10,8.

Estas crisis económicas acarrean con frecuencia una pérdida del estatus social profesional, una disminución de los sentimientos de solidaridad y de seguridad y, sobre todo, una caída del prestigio social que en las sociedades occidentales está ligado a la posesión de bienes materiales. El hecho de que los hombres estén implicados más directamente que las mujeres en las organizaciones de producción y tengan una vida de relación más extensa y jerarquizada que la de sus cónyuges, puede explicar en gran parte la diferencia entre el número de suicidios en ambos sexos. Los hombres se suicidan en número tres a cuatro veces superior al de las mujeres. *(Ver cuadro IX, p. 221.)*

El fenómeno global de la *urbanización* es igualmente una variable sociológica que pesa sobre la frecuencia de suicidios en una sociedad dada.

Además del hecho urbano, la ruptura del equilibrio en los medios rurales parece estar en relación con el aumento de las tasas de mortalidad por suicidio. En Francia, los departamentos muy agrícolas tienen una tasa superior a la de los departamentos medianamente agrícolas. La despoblación, la movilidad, los desplazamientos de población perturban las estructuras rurales. Es sintomático que, por ejemplo, haya más suicidios en los departamentos periféricos de la región parisiense que en Seine y Seine-et-Oise. Se ha hecho una observación idéntica en Michigan y parece ser válida sobre todo para los últimos treinta años, que han visto acelerarse el ritmo de urbanización, mientras que antes de 1930, M. Halbwachs observaba que el suicidio era poco frecuente en los ayuntamientos de menos de 2.000 habitantes.

El desarraigo brutal de la *transplantación* crea igualmente las condiciones favorables para un incremento de la tasa de muertes voluntarias. La frecuencia de los suicidios se quintuplicó entre los refugiados que estudió el Dr. Pfister en Suiza en los días que siguieron a la segunda guerra mundial.

En un *plano individual,* las dificultades en definir estatus y *roles* se encuentran igualmente en el origen del suicidio. Así, en las ciudades y, sobre todo, en París, la tasa de suici-

dios de las francesas, cualquiera que sea su edad, es superior a la de toda Francia. Se conocen los problemas planteados por la evolución del papel de la mujer en la sociedad urbana e industrial y las dificultades con que se encuentra para hacer reconocer sus derechos. Otro ejemplo: la tasa de suicidios de los hombres es más alta en París que en el resto de Francia para edades comprendidas entre los 15 y los 29 años, es decir, en el período de inserción en los cuadros de la vida profesional y matrimonial que son los elementos básicos de la integración social. La frecuencia de las muertes voluntarias es igualmente anormal entre los estudiantes. Su recrudescencia se observa, sobre todo, cuando se acercan los exámenes y al principio de curso. Del mismo modo la cantidad de suicidios de adolescentes (14-19 años) se ha cuadruplicado en Francia desde 1870. Se puede pensar legítimamente que este fenómeno patológico se debe en una parte importante al alargamiento progresivo del período de maduración social, a los problemas de elección y de orientación profesional que son propios de la diferenciación acelerada de las técnicas de las actividades industriales. Esta prolongación de una situación de dependencia y de no compromiso con las estructuras adultas de la producción y de las responsabilidades no asegura las condiciones requeridas para una mayoría de edad afectiva y una maduración social satisfactoria.

La evolución de la tasa de suicidios durante la guerra permite poner en evidencia la *importancia de los valores de conformidad a una cultura*, de solidaridad con una sociedad definida. En efecto, en pleno período de graves convulsiones, de ruptura de los grupos primarios, de dislocación de las instituciones, el número de muertes voluntarias disminuye. En Francia, de 1942 a 1944, la tasa de suicidios bajó en un 40 % con respecto a las estadísticas de antes de la guerra. Los Estados Unidos conocieron sus tasas más bajas en 1943-1944 (10,2 y 10). Pueden adelantarse varias interpretaciones de este fenómeno. Una de orden psicológico: la agresividad puede ser abiertamente dirigida contra un enemigo conocido y designado, y no hace falta que en algunos sujetos se transforme en auto-agresividad. Otra de orden psico-social: nunca los sentimientos de pertenencia a un grupo se han desarrollado tanto como en este período de crisis. El nacionalismo desarrolla las fuerzas de cohesión y, al menos temporalmente, suscita la solidaridad: el individuo piensa menos en sí mismo que en los suyos.

Desequilibrios sociales y límite de las capacidades de autorregulación

Así pues, sean las que sean, las manifestaciones de inadaptación tienen orígenes sociales sensiblemente comunes. Sus expresiones sintomáticas varían según la vulnerabilidad de los grupos y de los individuos. Si, por ejemplo, se examinan las áreas de delincuencia, se comprueba que coinciden con las que proporcionan el mayor número de enfermos mentales, de alcohólicos... y que están habitadas por las poblaciones económica y culturalmente menos favorecidas. Estas reflexiones a propósito de los desequilibrios sociales e individuales nos recuerdan que existe un límite a las capacidades de autorregulación y a las posibilidades de adaptación de las agrupaciones sociales y de los hombres.

El estudio de algunas formas de patología social demostró que existe cierta relación entre las modificaciones de la sociedad y las perturbaciones de los comportamientos individuales y colectivos. Las transformaciones son debidas, sobre todo, al progreso técnico el cual, en un movimiento irreversible, actúa sobre las estructuras sociales, las relaciones humanas y las culturas a veces antagónicas que se desarrollan en la civilización moderna. Las observaciones precedentes demuestran que «el progreso técnico no se corresponde forzosamente con el progreso humano». Mientras que la civilización industrial se edifica sobre bases de racionalización y estandarización, las células sociales no son estandarizables, ya que los hombres no son intercambiables.

Además, existe una superabundancia de medios cuyos efectos son tales que los supervalorizan. El medio tiene demasiada importancia en sí mismo, y el hombre que debería ser el dueño tiende a transformarse en servidor. Una civilización industrial puramente técnica llegaría a deshumanizar al hombre. El desarrollo de la era atómica es lo que mejor simboliza estas transformaciones y estas contradicciones entre el progreso y sus efectos destructores.

¿Habrá que pensar que el «coste social» que se paga por el progreso deba condenar a éste? Sería olvidar sus efectos sobre el nivel y el género de vida. Tomando solamente este único aspecto, hay que resaltar los signos de promoción de vida intelectual y la prolongación de la duración media de la vida. El racionamiento económico y social está en Occidente en vías de desaparición. Los hombres podrán sacar provecho de una educación permanente que debe unir a toda la colectividad en un mismo esfuerzo de solidaridad con miras a la edificación de una civilización de la era atómica. Esta, nacida de un cataclismo, no puede evitar sumirse en el caos si no se apoya en las ciencias humanas para dominar el ímpetu acelerado del progreso y la precipitación de las masas. Es necesario que, por medio de una toma de conciencia colectiva, el hombre dirija el destino de este conjunto energético colosal, le dé una dirección y lo libere de su propia fatalidad. Este esfuerzo se presenta bajo la forma de una carrera entre *educación y desintegración*.

Antes de la energía atómica, algunos sociólogos pensaban que la vuelta al equilibrio podía efectuarse a través de fenómenos recurrentes de carácter periódico o accidental, como las guerras o las revoluciones. Actualmente la humanidad tiene conciencia de la precariedad de la condición humana y de la fragilidad del equibrio social. Nunca como ahora estuvo la vida social tan peligrosamente sometida a las repercusiones del «accidente histórico» (como por ejemplo, el asesinato del presidente Kennedy). Por tanto, es necesario crear las condiciones de un equilibrio prospectivo que debe someter el conocimiento y los medios de la técnica moderna a los ideales comunitarios.





La obra de Jakson Pollock, primer pintor americano que ha llegado a alcanzar un renombre mundial, es el resultado extremo de la revolución pictórica del siglo XX. El color proyectado en la tela no expresa más que el gesto del pintor: la «pintura de acción» ha renunciado no sólo a la figuración, sino también a expresar los datos formales del mundo sensible, cosa que aún pretendía hacer el arte abstracto. Quiere ser la expresión de la pura subjetividad de su creador. Pretende rechazar todo el universo social y se presenta con violencia, como un desafío a la sociedad más organizada que la humanidad haya tenido jamás.

Ya ha finalizado nuestro examen de las sociedades modernas. Si todavía quedan planteados muchos problemas referentes a ellas, al menos este estudio nos ha permitido comprender mejor sus estructuras, sus actuales comportamientos, y, en cierta medida, su porvenir. Pero al término de este volumen nos resta interrogarnos acerca de la propia sociología y sobre las perspectivas que se le ofrecen.

Estas perspectivas no son fáciles de definir, ya que, lo mismo que ha sucedido con las demás disciplinas que se consideran hoy adultas, las ciencias humanas vuelven a replantearse su situación y su estatus recíproco. ¿Hay que ver en esto un signo de madurez? A la luz de los progresos realizados y de las investigaciones emprendidas, la sociología y las demás ciencias del hombre están hoy encaminadas a confrontarse y a interrogarse sobre su vocación. De este modo, el futuro — y ya el presente — de la sociología se encuentran ligados, por ejemplo, a los de la psicología, de la psicología social y de la antropología.

Vamos a intentar precisar aquí la naturaleza de estos lazos y definir, en función de los de las demás disciplinas, el punto de vista de la sociología.

La importancia del «punto de vista»

El sentido común quiere que las ciencias, como todas las actividades humanas, se diferencien por sus objetos. Pero sobre lo que pueden ser estos objetos, no nos da más que unas luces muy tenues. Nos dice que la astronomía se ocupa de los astros y la sociología de la sociedad. Es cierto. Pero, aún a riesgo de parecer pedantes, hay que admitir que estos astros de los que se ocupa la astronomía, que esta sociedad de la que se ocupa la sociología, no se parecen demasiado a los astros o a la sociedad que aprecia el sentido común y su parecido es menor a medida que progresan estas disciplinas. El trabajo científico elimina el objeto del sentido común en provecho de otro más abstracto, más elaborado, pero que le es más asequible. René König ha demostrado cómo la Sociología ha realizado por su cuenta esta elaboración.

Al distinguir las ciencias por sus objetos nos arriesgamos a confundir estos últimos con los que el sentido común les asigna, como cuando decimos que la sociología es la ciencia de las sociedades, lo que no es ciertamente falso pero sí vago, y no tiene en cuenta este hecho esencial, que Raymond Aron nos ha recordado en el prefacio del presente volumen: la sociología no es la única disciplina que tiene algo que decir sobre las sociedades modernas. Por otra parte, al intentar confrontar los objetos de diversas ciencias, nos arriesgamos a comparar realidades incomparables, ya que nada nos dice a priori *que estos objetos son de la misma naturaleza. El método más seguro para evitar estos obstáculos es el de remontarse siempre al* punto de vista *en que se coloca una ciencia, con el fin de precisar a la vez su método y su objeto. Es, por otra parte, una ardua tarea que nos obliga, si no a transformarnos en especialistas en esta ciencia, al menos a hacernos una idea suficientemente precisa de su manera de ser para poder captar su propio carácter. Vamos, por tanto, a intentar remontarnos a los puntos de vista de las diferentes ciencias del hombre, para ver en qué se distinguen y cómo confrontarlas.*

sociología y ciencias del hombre

La historia de las ciencias humanas es, ante todo, la de una diversificación de los puntos de vista. No encontramos, en Auguste Comte o en Karl Marx, la idea de la existencia de una pluralidad de ciencias humanas, sino, por el contrario, una tentativa de unificar el conjunto de los hechos humanos en una perspectiva a la que podríamos llamar, en general, sociológica. Pero, contrariamente a lo que esperaban los «grandes fundadores», se vio, a fines del siglo XIX, que la psicología se constituía en disciplina autónoma. Y no fue una casualidad el hecho de que en este período la sociología, con Simmel, Durkheim y Weber, precisó su punto de vista en los términos que ha recordado René König.

Sociología y psicología

¿En qué consiste la diferencia entre los puntos de vista de la sociología y de la psicología? Puede decirse que nada que sea humano es extraño a una ni a otra. En último extremo, los mismos hechos *interesan a ambas disciplinas — y con esto se ve claramente la ambigüedad de la noción de objeto —. Hablar, como es difícil dejar de hacerlo, de hechos psicológicos o sociales, significa ya decir que estos hechos son considerados desde un determinado punto de vista. La psicología y la sociología no ven los hechos ni los explican del mismo modo.*

La psicología atribuye a la personalidad *individual el conjunto de los hechos humanos. En particular, el psicoanálisis creó un lenguaje que permite organizar sistemáticamente los hechos a partir de la personalidad, considerada como una totalidad estructurada. Explica, pues, estos hechos mostrando su función en el seno de esa totalidad estructurada.*

Del mismo modo, la sociología intenta dar cuenta de los hechos mediante la sociedad considerada como un conjunto sistemático, o, como dicen algunos autores, mediante el sistema social *— tanto en el caso de que estos hechos afecten directamente a algunos grupos o a la sociedad en su conjunto (por ejemplo en el estudio de las clases sociales o en el de las organizaciones), como si se trata de hechos que afectan ante todo a los individuos (tales como el suicidio o las enfermedades mentales).*

Si se ha impuesto esta dualidad de puntos de vista es porque, hasta el momento, cada uno de estos dos tipos de análisis ha dado un paso en falso cada vez que ha postulado que los descubrimientos hechos a su nivel podían ser directamente aplicables al otro. No puede deducirse, por ejemplo, de una determinada situación social, un cierto tipo de personalidad que le corresponda; y, por consiguiente, el estudio de uno no basta para dispensarse de estudiar el otro. Tal vez en la actualidad sea posible — lo veremos más adelante — pensar en una superación de esta escisión de puntos de vista. Pero antes, tenemos que ver su alcance y sus consecuencias.

El análisis funcional

Algunas consecuencias, derivadas de la definición del punto de vista sociológico, que afectan a la propia sociología, las recopiló Robert Merton, hace unos veinte años, bajo la denominación de análisis funcional.

A decir verdad, el funcionalismo sociológico es mucho más antiguo: existe la costumbre de considerar a Durkheim como su fundador, aunque el funcionalismo no fue enunciado teóricamente sino mucho después de él, desgraciadamente en una forma brutal y del todo inaceptable, por el etnólogo Bronislaw Malinowski. Pero tal como lo expone Robert Merton, el análisis funcional no es ni trata de ser una teoría revolucionaria, sino sólo un intento de dar forma a unas exigencias que son inherentes al propio punto de vista sociológico.

Estas exigencias pueden resumirse en la siguiente enunciación: cuando dentro de la realidad social observamos un comportamiento que adquiere regularmente la misma forma (por ejemplo, un rito religioso, una huelga, la lectura diaria del periódico), podemos admitir que si este comportamiento se repite es porque ejerce alguna función. En otros términos, se le considera un proceso que se desarrolla en el marco de una estructura social. *Los conceptos de estructura y función están íntimamente ligados: no puede existir una función sino en el marco de una cierta estructura, pero una estructura no es sino un conjunto de funciones, que sólo se mantienen porque se llevan a cabo.*

El análisis funcional debe evitar incurrir en un cierto número de errores, y, prácticamente, todas las objeciones que hayan podido hacérsele se han reducido a demostrar que tal o cual autor había incurrido en alguno de ellos.

En primer lugar, no hay que considerar los motivos que dicen tener los participantes para observar una conducta social determinada como la expresión de una función. Esto es algo evidente a nivel psicológico: así, los estudios de motivación emprendidos en estos últimos años con fines comerciales han demostrado claramente que los motivos explícitos de nuestra elección en materia de consumo no expresaban el significado psicológico real de ésta. Ocurre lo mismo a nivel sociológico; todos los partidos políticos, por ejemplo, pretenden representar la voluntad de toda la sociedad o, por lo menos, la de determinada clase social; para demostrar que cumplen la función de agrupar intereses, François Bourricaud no se fundó, evidentemente, en la opinión o las declaraciones explícitas de los miembros de los partidos, sino en un análisis del papel que desempeñaban realmente estos partidos. Esta distinción entre los motivos confesados y las funciones reales implica que, en ciertos casos, no podamos ser en modo alguno conscientes de las funciones verdaderamente realizadas por un comportamiento en el que participamos. Las funciones pueden estar ocultas a los ojos de toda la sociedad en cuestión. En este caso los sociólogos hablarán de funciones latentes, *y, claro está, el interés esencial del trabajo sociológico consiste en poner en claro estas funciones.*

Un segundo error que debe evitar el análisis funcional consiste en olvidar que la sociedad es una totalidad infinitamente compleja en la cual un elemento puede perfectamente ser funcional para un individuo o para un grupo, y al mismo tiempo perjudicial o peligroso para otros individuos u otros grupos. Se hablará entonces de disfunciones. *Los comportamientos que agrupamos en unas categorías como* clase social, partido político, desviancias, cultura de masas, administración o burocracia, *responden todos a una función, o, más bien, a un conjunto complejo de funciones. Esto no impide que todos sean en cierto modo, disfuncionales y pueden llegar a ser peligrosos para ciertos grupos, incluso para la sociedad en su conjunto. La sociedad es, en este sentido como en otros, muy distinta de un organismo biológico. Y, en general, el funcionalismo sociológico, que saca gran parte de sus conceptos de la biología, debe procurar no dejarse arrastrar por su modelo, porque esto le llevaría a las posiciones absurdas del organicismo.*

Franco Ferraroti puso al descubierto el tercero de los errores del funcionalismo en las primeras páginas del capítulo dedicado a los roles sociales. *Consiste en considerar estructuras y funciones como un conjunto estático de relaciones constantes. Error en el que podemos caer fácilmente ya que, en el vocabulario de las matemáticas, el término función se emplea justamente en el sentido de* relación constante. *El análisis sociológico no debe perder de vista que los elementos a los que atribuye funciones son unos* procesos *cuyo ejercicio mismo corre el peligro de modificar los datos estructurales. Aquí también, el sociólogo debe tener cuidado de no caer en una visión «oficial» de la función e imaginarse con excesiva credulidad que las «funciones» (en el sentido del análisis funcional) de un partido político, de la policía o de un periódico se reducen a sus «funciones» (en el sentido oficial) de servir a una causa, de mantener el orden o distribuir informaciones; lo cual, naturalmente, excluiría cualquier posibilidad de evolución y, además, haría superfluo el trabajo del sociólogo.*

La psicología social

El análisis funcional ordena las consecuencias del punto de vista que adopta la sociología respecto a su propio método. Pero existen otras consecuencias que afectan a las relaciones de la sociología y la psicología.

La sociología moderna, tal como hemos visto, se creó al considerar aisladamente un nivel formal al que hemos llamado sistema social. Esto implica la posición, defendida por Durkheim, según la cual los hechos sociales no pueden ser explicados mediante hechos psicológicos, sino sólo mediante otros hechos sociales. Los partidos políticos y las clases sociales no se explicarían por las motivaciones o la personalidad de los que los integran, sino por el marco social. Se trata de una posición fundamentalmente clara y que sin duda está ampliamente justificada, pero que plantea inmediatamente un problema: si las motivaciones de los individuos no sirven para explicar los partidos políticos o las clases sociales, ¿por qué los individuos se adhieren a los partidos, adoptan comportamientos de clase, etc...? De un modo más general, ¿cómo se explica que los individuos estén, en general, de acuerdo con su ámbito social? Evidentemente, estamos demasiado acostumbrados a estos hechos para que nos causen extrañeza. Pero, al considerarlos más a fondo, vemos que han de implicar la existencia de alguna relación entre los hechos sociales y los psicológicos.

Por otra parte, esto es lo que los sociólogos han mantenido siempre. Pero sólo en el curso de la década 1920-1930, un cierto número de pensadores e investigadores americanos decidieron no contentarse con considerar en principio que los hechos sociales influyan o condicionen los comportamientos individuales y trataron de determinar con precisión cuál era el mecanismo de esta influencia. De esta consideración nació una nueva disciplina: la psicología social.

El desarrollo de la psicología social había de tener una gran influencia sobre el de la propia sociología. En efecto, aportaba a la sociología lo que a ésta le había sido siempre difícil conseguir: técnicas y, por consiguiente, materiales.

Esta dificultad de la sociología es inherente a la situación del observador de las sociedades modernas que pertenece él mismo a estas sociedades, y que por tanto, lógicamente, tiene dificultad en observarlas. ¿Cómo estudiar el funcionamiento de las instituciones? ¿En los textos que las rigen? No siempre existen y, además, la realidad puede apartarse sensiblemente de los textos. Hay que recurrir, pues, a la observación directa, pero ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿cómo? Estas preguntas han sido siempre un tanto embarazosas para los sociólogos. La psicología social les ofreció una respuesta especialmente eficaz, al demostrar que era posible un cierto tipo de investigación sobre el terreno, *en particular, mediante cuestionarios o técnicas diversas de entrevista. Así, las técnicas de la psicología social han tenido una importancia fundamental en la investigación sociológica llevada a cabo en estos últimos treinta años.*

Pero la influencia de esta psicología social había de desbordar el marco de las técnicas de investigación. En principio, considera la diferencia de los puntos de vista psicológico y sociológico y trata de fijar regularidades en el comportamiento de los individuos que ocupan estatus distintos, para poder determinar la influencia de las estructuras sociales. Pero, en realidad, asistiremos a menudo a una inversión de puntos de vista: puesto que la psicología social no conoce las estructuras sociales sino a través de los individuos, caerá a menudo en la tentación de ver ante todo la dimensión psicológica de éstas; y su influencia sobre la sociología se ejercerá en este sentido «psicologizante». No puede explicarse de otro modo la importancia que han tomado en las investigaciones sociológicas conceptos tales como los de actitud y opinión.

La antropología

Los puntos de vista y la influencia de la antropología son totalmente distintos. El término antropología, en su acepción más corriente, sirve para designar una ciencia cuyo contenido es fundamentalmente el mismo que el de la etnología: la ciencia tradicional de las sociedades primitivas o sociedades sin escritura.

A principios del siglo XX, la sociología se erigía como ciencia general de las sociedades. Dentro de esta perspectiva, la etnología no era más que una rama de la sociología, la que se ocupaba de un tipo particular de sociedades. Al transformarse en antropología, la etnología apunta a una inversión de las posiciones: puesto que la sociología se ocupa de hecho, ya que no de derecho, sólo de las sociedades modernas, ella es la que representa un caso particular de la ciencia de las sociedades cuyo caso general viene representado por la antropología. Pero la propia designación de antropología (del griego anthropos: *hombre) implica una ambición más elevada: la antropología no quiere ser sólo una ciencia social. Algunos antropólogos no han ocultado que la ambición de su disciplina estaba destinada, en un plazo más o menos corto, a ser la fuente y raíz de una nueva ciencia del hombre no encuadrada en las distinciones tradicionales.*

Tal ambición se explica mediante ciertos datos relativos a la investigación etnológica.

Uno de los más graves problemas con los que tiene que enfrentarse el sociólogo reside en el hecho de que se

halla implicado por lo que observa en su propia sociedad. Así, cae en la tentación de considerar como natural, *debido a que está habituado a ello, lo que en realidad es* cultural. *Y no es sino después de inmensas dificultades cuando los sociólogos han llegado a ser conscientes de que la búsqueda del beneficio económico no es un instinto sino un valor cultural. Del mismo modo, aún hoy día, encontramos difícil admitir que las enfermedades mentales son solidarias, tanto por su origen como por las formas de su desarrollo, de las condiciones sociales dentro de las cuales aparecen. Esta tendencia que tienen todos los hombres a considerar los hechos particulares de su cultura como hechos naturales ha puesto trabas al desarrollo de la sociología. En último término, ni siquiera* vemos *los comportamientos que consideramos como naturales, o al menos no vemos que haya en ellos algo que deba ser visto. Miopía que va acompañada de puntos de vista demasiado divididos y demasiado parciales: tratándose de cultura de masa, de política o de desviancias, compartimos las opiniones o las ideas de un grupo, de una clase o de una sociedad y estamos expuestos a cada instante a que estos puntos de vista desvíen nuestras observaciones.*

Sin ser un observador enteramente neutro y objetivo — en las ciencias humanas este tipo de observador podría considerarse como un mito — el etnólogo está menos expuesto que el sociólogo a estos inconvenientes, aunque sólo sea porque su tabla de referencia es más amplia. Conoce al menos dos sociedades: la suya y la que está estudiando. Pero la diferencia de perspectivas entre sociología y etnología va mucho más lejos.

El dibujo de lo real, tal como lo han logrado la sociología, la psicología y la psicología social, corresponde al modo como se han planteado los problemas en determinado momento dentro de determinada sociedad. T. B. Bottomore nos ha mostrado antes cómo la sociología había nacido de la sociedad industrial; el psicoanálisis nació de un determinado tipo de práctica médica, vinculado también a las estructuras de la sociedad moderna. En realidad, se podrían señalar numerosas relaciones entre el desarrollo de los métodos estadísticos y de la psicología social por un lado, y el advenimiento de la sociedad de masas *por otro.*

Trabajando a menudo solo o con un pequeño equipo, dentro de una sociedad que en muchos casos se compone sólo de algunas decenas o centenares de miembros, el etnólogo ni desea, ni tiene medios a su alcance para trazar este dibujo. Los hechos que observa están, a su modo de ver, íntimamente vinculados unos a otros. Es cierto que en muchos aspectos se acerca más al sociólogo que al psicólogo, pues intenta relacionar los hechos que observa con la diferencia de costumbres, de instituciones, y, en general, de culturas y no con la simple variedad de los individuos. Pero más fácilmente que el sociólogo recurrirá a conceptos propios del psicoanálisis: también en este caso, el hecho de ser totalmente extraño a la cultura que está observando lo lleva hacia una interpretación profunda de los fenómenos, que además le resulta más fácil por las dimensiones restringidas de las sociedades estudiadas.

Las diferencias de punto de vista entre una antropología que descansa principalmente sobre datos etnográficos y una sociología imbuida de psicología social son, pues, bastante importantes. La antropología, que es más sensible a los comportamientos que a las actitudes y que se inclina más a una elaboración profunda de los datos que a su tratamiento cuantitativo, aporta fundamentalmente un punto de vista unificador que invita hoy a los sociólogos y a cuantos estudian las sociedades o los hombres que viven en ellas, a replantearse la definición tradicional de las disciplinas. Es ahí donde hay que buscar la influencia más profunda y más importante de la antropología sobre el estudio de las sociedades modernas, y no en las tentativas que, con mayor o menor éxito, han sido emprendidas en diversos lugares para introducir las técnicas etnográficas en la observación directa de las sociedades modernas.

Significación y actuación

A diferencia de la psicología social, la antropología no ha tomado en consideración ningún sector de la realidad olvidado por el trabajo científico; en lo esencial, ha aportado un nuevo punto de vista que obliga hoy a las ciencias humanas a interrogarse sobre el punto de vista que tradicionalmente consideran como propio. La sociología no constituye una excepción.

Hoy se perfilan dos intentos de reorganización teórica de alguna envergadura:

Ambos parten de la misma comprobación: los hechos considerados por las ciencias humanas son todos hechos con significación; considerados desde el punto de vista de las ciencias humanas, no tienen más realidad que la de ser significativos para los actores (individuos o grupos) que participan en ellos. Tienen en común otro rasgo: si puede hallarse en estas dos teorías la expresión de la oposición tradicional de los puntos de vista psicológico y sociológico, tanto la una como la otra pretenden presentar

un cuadro teórico que sirva para el conjunto de los dos niveles.

El estructuralismo, *cuya expresión más brillante y vigorosa es la que encarna el antropólogo Claude Levi-Strauss, propone emprender un análisis de las significaciones tomando como modelo la lingüística. El problema que la lingüística estructural ha logrado resolver puede expresarse así: ¿cómo unos sonidos articulados pueden llegar a ser portadores de sentido? Ahora bien, ha conseguido demostrar que lo decisivo no es el carácter simbólico de los signos (que cada palabra represente una idea), sino su organización diferencial. En otros términos, hay que remontarse a la lengua como sistema para entender la atribución del sentido a la palabra. Si aplicamos esta tesis a otros fenómenos sociales además del lenguaje, tendremos que pensar que lo que da un sentido a los ritos, a los objetos cotidianos, a los vestidos, a los* roles, *a los comportamientos políticos, y, en suma, a todos los hechos sociales, es su organización sistemática. En tal caso, la tarea más urgente que deben emprender las ciencias sociales es el estudio de estos sistemas.*

La teoría de la actuación *fue enunciada en su forma más elaborada por el sociólogo americano Talcott Parsons. Partiendo también de la idea de que los hechos sociales no son tales sino en función de su significación para los actores, pero más directamente influida por la psicología social que por la antropología o la lingüística, trata de codificar el proceso psico-social de la valoración más que el de la significación. Desde esta perspectiva, considera los comportamientos no sólo como procesos funcionales, sino como actuaciones orientadas hacia unos fines e intenta analizarlos a partir de esta orientación.*

En realidad, no hace falta poseer un excesivo espíritu de conciliación para comprobar que estas dos direcciones se complementan más que se oponen. Los sistemas estudiados por el estructuralismo no son reales sino en la medida en que son la obra de individuos que actúan. A la inversa, el estudio de la actuación individual o colectiva desemboca en los sistemas que utiliza esta actuación.

Es difícil dejar de advertir que encontramos en lo más profundo de cada una de estas dos teorías uno de los conceptos claves del pensamiento moderno: significación y actuación. Pero el problema que plantean hoy al sociólogo no está en saber si estos temas son ricos en resonancias profundas, sino en qué medida podrán ser operativos *en lo que concierne al estudio científico de las sociedades modernas. Sólo con esta condición estas teorías podrán alcanzar su finalidad: llegar a la superación del funcionalismo, meta a la que, sin haberlo aún conseguido, aspira hoy la sociología.*

O. B.



estadísticas y encuestas sociológicas

Advertencia general

Con frecuencia aparece en este volumen la distinción de las actividades profesionales en tres sectores: primario, secundario y terciario. Esta división se debe a los economistas (fue utilizada por primera vez por Allen B. Fisher en 1935 y propagada posteriormente gracias a los trabajos de Colin Clark) y es hoy de uso corriente. El **sector primario** agrupa las actividades agrícolas; el **sector secundario** es el sector industrial propiamente dicho; el **sector terciario** comprende las restantes actividades: servicios de todas clases, enseñanza, comercio, administración, espectáculos, etc. El economista francés Jean Fourastié ha adoptado esta división fundándola únicamente en el progreso técnico: el **sector primario** se define por un progreso medio de la productividad, a largo plazo; el **sector secundario**, por un progreso muy rápido; el **sector terciario**, por un progreso lento o nulo. En la práctica estas definiciones quedan más o menos recortadas.

Cuadro I: Evolución del empleo en la sociedad industrial

Desde los comienzos de la revolución industrial, la estructura del empleo se ha modificado considerablemente, como lo demuestra el ejemplo de los Estados Unidos. *(Según J. Fourastié: Le grand espoir du XXe siècle, Paris, 1963.)*

Distribución de la población activa en los Estados Unidos (en % del total)

	Actividades		
	primarias	secundarias	terciarias
1820	73	12	15
1850	65	18	18
1880	49	26	25
1890	43	27	30
1900	38	28	34
1910	32	31	37
1920	28	33	39
1930	22	31	47
1940	18	34	48
1950	12,5	35	52,5
1960	9	32	59

1) El número de hombres que vivían de actividades primarias no ha cesado de disminuir desde hace 150 años, incluso cuando el territorio de los Estados Unidos aumentó de forma considerable, durante este período, con regiones en las que la agricultura y la ganadería fueron en un principio los únicos recursos.

2) La proporción de trabajadores industriales aumenta muy lentamente durante la primera mitad del siglo XX, y tiende a disminuir a partir de 1950. Sin embargo, la producción industrial americana ha realizado enormes progresos durante estas dos épocas.

3) El sector terciario no cesa de desarrollarse y actualmente da empleo a una mayoría creciente de la población activa.

Dos rasgos que aquí sólo aparecen de forma indirecta acabarán de trazarnos la fisonomía del empleo en la sociedad de masas.

a) La disminución del número de hombres que viven de la agricultura viene acompañada de un éxodo rural. La población de la sociedad de masas es una población esencialmente urbana.

b) El aumento de la productividad en el sector secundario y el desarrolllo del sector terciario implican un alza general de la cualificación. Entre los obreros, por ejemplo, la proporción de cualificados no cesa de aumentar con respecto a la de los peones.

Cuadro II: La movilidad social en Francia

Población masculina activa y profesión de los padres de los alumnos de 4 grandes escuelas. *(Según A. Girard: La réussite sociale en France, 1961.)*

	Población masculina activa	Ex alumnos
Cultivadores	27	6
Obreros	41	2
Comerciantes, artesanos	10	11
Empleados y funcionarios subalternos y medios	16	15
Mandos, funcionarios superiores, jefes de empresa, profesiones liberales	6	66
	(100)	(100)

La movilidad social en Francia es relativamente muy débil: los dos tercios de los padres de los ex alumnos de 4 grandes escuelas de reputación forman parte de las capas "superiores" de la sociedad, representando sólo el 6 % de la población activa.

Cuadro III: Disminución de la proporción de obreros entre los asalariados de la industria en Francia

Clasificación de las industrias en función del número de obreros por cada 1.000 asalariados en 1952 y 1961. (Establecimientos con más de 10 asalariados.)

Clasificación (1952)	1952	1961	Diferencia	Diferencia en % (1952-1961)	Clasificación 1961
1. Industria de la madera, mobiliario	881	850	−31	− 3,5	3
2. Construcción y obras públicas	875	862	−13	− 1,4	2
3. Vidrio, cerámica, materiales para la construcción	871	840	−31	− 3,5	5
4. Extracción de diversos minerales	869	867	− 2	− 0,2	1
5. Industria textil	862	829	−33	− 3,8	6
6. Cueros y pieles	855	849	− 6	− 0,7	4
7. Producción de metales	843	802	−41	− 4,8	9
8. Papel, cartón	817	811	− 6	− 0,7	8
9. Industrias de transformación (incluida la construcción)	810	781	−29	− 3,5	11
10. Industrias diversas	807	791	−16	− 1,9	10
11. Vestido y telas	794	820	+26	+ 3,2	7
12. Industria agrícola y alimenticia	775	744	−31	− 4,0	12
13. Industria mecánica y eléctrica	766	728	−38	− 4,9	13
14. Industrias poligráficas	720	645	−75	−10,4	14
15. Industria química y del caucho	707	641	−66	− 9,3	15
16. Petróleo, carburantes y líquidos	556	484	−72	−12,9	16
Total de actividades	725	698	−27	− 3,7	

Advertencia: En todas las industrias, salvo en las del vestido y telas, la proporción de obreros por 1.000 asalariados ha disminuido, mientras que ha aumentado la proporción de mandos, técnicos y empleados. Se trata de una tendencia cuya amplitud es variable y que merece ser señalada, aunque no constituya un cambio brusco. *(Citado por G. Friedmann: Le travail en miettes, Paris, 1964.)*

Esta tendencia es característica, sobre todo, en los más modernos sectores de la industria. Por un lado, la proporción de obreros es particularmente fuerte en las industrias antiguas o tradicionales (madera, construcción, vidrio y cerámica, minas, cueros y pieles), mientras que es claramente más débil en las industrias modernas (petróleo, química, poligrafía, mecánica, electricidad). Por otro lado, en el período considerado, la evolución tiende a acentuar esta oposición entre las industrias tradicionales y las industrias modernas.

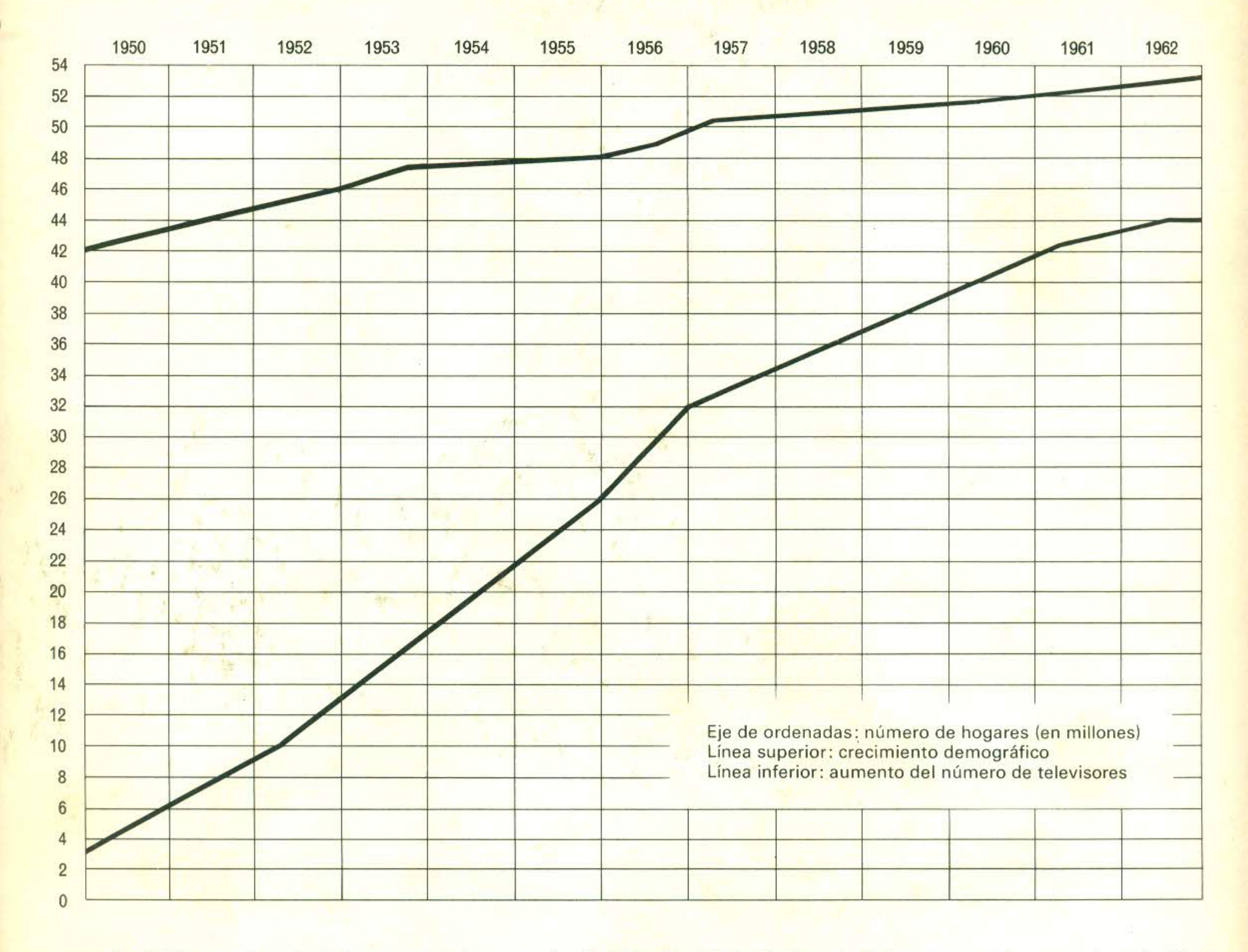
Cuadro IV: Origen social y satisfacción en el trabajo

Una encuesta realizada entre empleadas jóvenes de un servicio administrativo de París revela que su satisfacción en el trabajo es mayor cuanto menos elevado es su origen social. *(Según Michel Crozier: Petits fonctionnaires au travail; CNRS, 1955.)*

Juicio sobre el gusto en el trabajo	Clase social		
	burguesa	media	popular
Le gusta mucho su trabajo	0	0	6
Le gusta su trabajo	0	6	20
No le gusta mucho su trabajo	1	5	4
No le gusta en absoluto su trabajo	3	5	0

Las condiciones del trabajo son análogas para todas. Pero las empleadas de las diferentes clases sociales no tienen el mismo punto de referencia para juzgar su trabajo. Este punto de referencia puede estar determinado por la educación, pero eventualmente también por las normas del grupo en que se desenvuelven las empleadas fuera del trabajo. De todas formas, serán sus relaciones presentes o pasadas con grupos exteriores al empleo (familia o medio) las que determinarán los juicios de las empleadas sobre su trabajo. En cierto sentido, se puede decir que estos juicios no dependen de las propias condiciones del trabajo, sino de la imagen que de él se forjan en cierto número de grupos.

Esta imagen no es puramente arbitraria. Las familias burguesas tienen excelentes razones para encontrar poco atrayente un trabajo duro y medianamente retribuido, del mismo modo que las familias populares tienen no menos buenas razones para encontrarlo aceptable o satisfactorio. Tenemos, por tanto, unas "condiciones objetivas" que debemos tomar en consideración. Pero el problema reside en saber en qué se traducirán estas condiciones objetivas al nivel del punto de referencia.



En 1950, uno de cada 14 hogares americanos tenía televisión. En 1959, 12 de cada 14 hogares americanos tenían televisión. Esto es un ejemplo de:

1) La gran extensión del campo de los medios de comunicación de masas. Prácticamente nunca ha existido en ninguna sociedad un "público" de una extensión comparable al de la televisión americana, tanto en cifras absolutas como en cifras relativas al conjunto de la población.

2) La extrema rapidez con que se difunden las innovaciones en la sociedad de masas. En diez años una innovación es adoptada por casi todo el conjunto de la población. Nos encontramos, otra vez, con un hecho radicalmente nuevo.

A partir de 1959 la proporción de hogares americanos con televisión cesa de aumentar prácticamente. Unicamente aumenta la cifra absoluta proporcionalmente al aumento general de la población. ¿A qué se debe este paro en la expansión de la televisión?

En líneas generales, los americanos que no tienen televisión se distribuyen en tres categorías:

a) Un grupo, muy poco numeroso, de gente opuesta a la televisión: en su mayor parte está constituido por intelectuales.

b) Los habitantes de las regiones montañosas que no tienen la posibilidad de captar las emisiones: esta categoría es igualmente poco numerosa.

c) Los que no tienen medios para adquirir un receptor: muchos de ellos se sitúan en las minorías étnicas, negros o puertorriqueños, lo que tiende a reforzar el etnocentrismo blanco de la televisión americana.

En resumen, la expansión de la televisión se encuentra con límites culturales, tecnológicos y económicos que no puede actualmente franquear sino con gran lentitud. Lo notable es lo lejanos que se encontraban estos límites y la rapidez con que se han alcanzado.

Cuadro V: Diversidad de influencias en la sociedad de masas

La célebre encuesta llamada de Decatur, llevada a cabo por Katz y Lazarsfeld sobre una importante muestra de mujeres de una ciudad mediana de Illinois, demuestra que la influencia de los *mass media* sobre el conjunto del público no es inmediata, sino que se ejerce por mediación de un cierto número de "leaders de opinión", que son grandes consumidores de *mass media* y ejercen una influencia sobre su entorno inmediato. *(Según Katz & Lazarsfeld: Personal Influence, Glencoe, 1955.)*

Diversidad de leaders de opinión (porcentaje)		
LEADERS DE OPINION	*Ejercen una influencia en:* **un terreno** asuntos públicos 3,0 compras 12,4 modas 12,0	27,4
	dos terrenos compras y asuntos públicos 2,8 modas y asuntos públicos 2,4 modas y compras 5,1	10,3
	los tres terrenos	3,1
NO LEADERS	**ningún terreno**	59,2
	total	100 %

De este modo, se ve contradicha la idea de que el "centro" de la sociedad de masas es el detentor de las llaves de una influencia todopoderosa sobre el conjunto de la población por mediación de los *mass media.* En efecto, desde el momento en que esta influencia se ejerce por mediación de los leaders de opinión, no puede ser efectiva si no se realiza en un sentido aceptable no sólo para el propio leader, sino también para el pequeño grupo que éste dirige; lo cual explica por qué es imposible transformar las actitudes de una población con una "propaganda" que se ejerce por mediación de los *mass media.*

Pero, por otra parte, es imposible considerar a los leaders de opinión como una élite poderosa y coherente que ejerce una influencia sobre el conjunto de la población. Estos leaders no sólo son excesivamente numerosos para ello, sino que también varían considerablemente según el problema considerado.

Así, el 41 % de las mujeres ejercen una influencia sobre uno de los tres campos considerados: modas, compras y asuntos públicos. Y los 2/3 de éstas no ejercen influencia más que en un campo; menos de 1/10 ejercen una influencia en el conjunto de los tres campos.

Aquí tenemos un buen ejemplo de cómo el estudio de la sociedad de masas nos remite al de los pequeños grupos o de los roles sociales.

Cuadro VI: Expansión de la televisión en los Estados Unidos

Evolución del número de hogares con televisión en los Estados Unidos. *(Según The Official Statistics Book of U.S.A.)*

Año	Número total de hogares	Hogares con televisión	Porcentaje
1950	42.900.000	3.100.000	7
1951	44.200.000	10.000.000	23
1952	44.700.000	16.000.000	36
1953	45.600.000	21.200.000	46
1954	47.600.000	27.700.000	58
1955	47.800.000	32.000.000	67
1956	48.000.000	35.100.000	73
1957	49.500.000	38.400.000	77
1958	50.400.000	41.800.000	83
1959	51.300.000	44.100.000	86
1960	52.600.000	45.000.000	86
1961	53.300.000	46.500.000	87
1962	54.600.000	47.200.000	87

Cuadro VII: Voto obrero y partidos de izquierda en Europa occidental

Los partidos europeos de izquierda se presentaban tradicionalmente como los partidos propios de la clase obrera. ¿Qué sucede exactamente?

Cuadro A: Proporción de obreros en los electorados socialista y comunista.

Consideremos, en primer lugar, el porcentaje de votos obreros entre los electores de estos partidos. En los años considerados este porcentaje es siempre superior a 60, excepto para los partidos socialistas finlandés, italiano y francés. Sin embargo, son los tres únicos países de Europa occidental en los que los partidos comunistas tienen importancia, y, electoralmente hablando, los partidos socialistas se han visto desplazados de la izquierda al centro. Hay que considerar como caso aparte el del partido comunista italiano, que recoge muchos votos de obreros parados permanentemente (no censados como obreros en esta estadística) y de campesinos. Aquí interviene el hecho de que el contexto social italiano no responde enteramente a la imagen de una sociedad industrial avanzada. Sin contar esta excepción, podemos afirmar, por tanto, que en cada país hay un solo partido importante que recoge una fuerte mayoría de votos obreros; este partido es unas veces el socialista y otras el comunista.

<table>
<tr><th rowspan="2">País</th><th rowspan="2">Años de las encuestas</th><th rowspan="2">Porcentaje de la clase obrera en la población adulta</th><th colspan="2">Porcentaje de los votos obreros en el electorado del partido</th></tr>
<tr><th>socialista</th><th>comunista</th></tr>
<tr><td>Inglaterra</td><td>51-55</td><td>60</td><td>78</td><td>–</td></tr>
<tr><td>Bélgica</td><td>52-54</td><td>52</td><td colspan="2">68</td></tr>
<tr><td>Suecia</td><td>46-50</td><td>42</td><td>71</td><td>88</td></tr>
<tr><td>Alemania</td><td>53</td><td>49</td><td>66</td><td>–</td></tr>
<tr><td>Noruega</td><td>57</td><td>46</td><td colspan="2">70</td></tr>
<tr><td>Francia</td><td>46-56</td><td>40</td><td>40</td><td>72</td></tr>
<tr><td>Dinamarca</td><td>53-55</td><td>38</td><td>66</td><td>76</td></tr>
<tr><td>Italia</td><td>53-58</td><td>32</td><td>Soc. 52
Soc. D. 37</td><td>48</td></tr>
<tr><td>Finlandia</td><td>58</td><td>29</td><td>40</td><td>60</td></tr>
</table>

Cuadro B: Las secciones electorales de la clase obrera.

Consideremos ahora el porcentaje de los obreros que votan por los socialistas o los comunistas. En los años considerados, es igual o superior a 63, salvo en Alemania, país de condiciones históricas muy particulares. Sin contar esta excepción, podemos afirmar que los obreros votan en su gran mayoría por la izquierda. *(Los dos cuadros están tomados de Mattei Dogan: Le vote ouvrier en Europe occidentale, Revue française de sociologie, 1960.)*

Es, por tanto, incuestionable una cierta adecuación entre la clase obrera y la izquierda política. Pero esta adecuación no es total. Dejando aparte el caso del partido comunista sueco, muy poco importante, el porcentaje de votos obreros en el electorado de los partidos de izquierda no alcanza nunca a ser del 80 %. Asimismo, el porcentaje de obreros que votan a la izquierda no pasa del 80 %. Si consideramos ahora el porcentaje de la clase obrera en la población total (cuadro A), vemos que todos los partidos de izquierda necesitan de electores no obreros para alcanzar una mayoría de votos; Inglaterra, Bélgica y Suecia serían teóricamente las excepciones, si todos los obreros votasen por la izquierda, pero no es éste el caso. Podemos pensar que esta necesidad de recoger votos no obreros afecta considerablemente a la política de los partidos de izquierda, y por ello, en el curso de estos últimos años, muchos de ellos han intentado explícitamente romper con la tradición que les convertía en los partidos de la clase obrera.

Karl Marx tenía razón cuando consideraba que el sistema político está en relación con el sistema de clases sociales, del cual depende en cierta medida. Ello no impide que este sistema político esté dotado de una consistencia propia, y de este modo, los elementos que desde un punto de vista político son simples (los partidos), son complejos (las coaliciones) desde el punto de vista socioeconómico.

País	Años de las elecciones	Fuerza electoral de los partidos. Porcentaje de votos obtenidos			Porcentaje de obreros que votan por los socialistas o los comunistas (aprox.)		
		Soc.	Com.	Total	Soc.	Com.	Total
Suecia	1948	46,1	6,3	52,4	64	10	74
Noruega	1957	48,4	3,4	51,8	69	6	75
Inglaterra	1951	48,8	0,1	48,9	65	0,2	65
Finlandia	1958	25,1	23,6	48,7	35	45	80
Dinamarca	1953	39,6	4,6	44,2	69	4	73
Bélgica	1954	38,7	3,6	42,3	58	5	63
Italia	1958	S.14,2	22,7	41,4	S.27	38	71
Francia	1951	S.D. 4,5			S.D. 6		
		14,5	25,9	40,4	16	51	67
Alemania	1953	29,5	2,2	31,7	45	3	48

Cuadro VIII: Origen étnico y desviancias

Desde hace largo tiempo se ha venido observando, tanto en Estados Unidos como en Francia, un gran número de desviantes de origen no autóctono. Así, los célebres gángsters de Chicago no eran, casi en absoluto, americanos de origen. *(Según Thrasher: The gang, Chicago, 1927.)*

Razas y nacionalidades de los gángsters de Chicago		
Raza o nacionalidad	Número de gángsters	Porcentaje sobre el total de gángsters
Mezclada	351	39,89
Polaca	148	16,82
Italiana	99	11,25
Irlandesa	75	8,52
Negra americana	63	7,16
Blanca americana	45	5,11
Americana (blancos y negros mezclados)	25	2,84
Judía	20	2,27
Eslava	16	1,82
Checoslovaca	12	1,36
Alemana	8	0,91
Sueca	7	0,79
Lituana	6	0,69
Diversas	5	0,57
Total	880	100,00

Del mismo modo, las enfermedades mentales hacen estragos sobre todo entre los inmigrantes y sus hijos, como lo demuestra el ejemplo siguiente. Se trata de la proporción (por 100.000 habitantes) de enfermos mentales de más de 21 años ingresados por primera vez en el hospital psiquiátrico de un distrito rural americano. *(Según Lemert: Social Pathology, Nueva York, 1951.)*

Proporción de enfermos mentales	
Nacidos en los Estados Unidos	40,8
Nacidos en el extranjero	119,2
Nacidos en los Estados Unidos de padres extranjeros o mixtos	131,7

Esta última estadística tiene el interés de demostrarnos que las enfermedades mentales son más numerosas entre los hijos de los inmigrantes que entre los mismos inmigrantes. Las más expuestas son las personas en período de adaptación.

Cuadro IX: Porcentaje de suicidios en Francia

Porcentaje de suicidios en Francia por 100.000 habitantes. *(Porcentaje calculado a partir de las cifras facilitadas por los Comptes Généraux de l'Administration de la Justice Criminelle et de la Justice Civile et Commerciale.)*

Años		1936	1946	1950	1955	1960
Porcentaje de suicidios		25,7	15,9	18,7	21,2	19,8
Porcentaje por sexos	H.	39,7	22,5	28,3	31,1	28,2
	M.	12,7	10,0	9,8	11,9	12,0

EL PRESENTE VOLUMEN, TOMO TERCERO DE LA OBRA

LA AVENTURA HUMANA

ENCICLOPEDIA DE LAS CIENCIAS DEL HOMBRE

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL VEINTIOCHO DE JUNIO DE MIL NOVECIENTOS SESENTA Y SIETE

EN LOS TALLERES DE HERACLIO FOURNIER, S. A., VITORIA.

LA REDACCIÓN DEL TEXTO Y LA PREPARACIÓN ARTÍSTICA HAN SIDO EFECTUADAS

EN EL MARCO DE LA SOCIÉTÉ CIVILE D'ÉTUDES LITTERAIRES ET ARTISTIQUES, PARÍS.

LOS CLISÉS DE LA ILUSTRACIÓN EN COLOR HAN SIDO REALIZADOS POR ATESA, GINEBRA.

EL TEXTO HA SIDO COMPUESTO EN CARACTERES BASKERVILLE

POR IMPRENTA HISPANO-AMERICANA, S. A., BARCELONA.

LA IMPRESIÓN SE HA EFECTUADO SOBRE PAPEL SUPERIOR FLASSÁ,

DE TORRAS DOMÉNECH, S. A., GERONA.

LA ENCUADERNACIÓN ES OBRA DE LOS TALLERES DE IMPRENTA HISPANO-AMERICANA, S. A., BARCELONA.

ESTA COEDICIÓN INTERNACIONAL HA SIDO COORDINADA Y REALIZADA BAJO LA DIRECCIÓN DE

INTERGRAPH, PROMOTORA DE ARTES GRÁFICAS, S. A., PAMPLONA (ESPAÑA)

